

**CUENTOS
ESCOGIDOS
DE
JOY
WILLIAMS**

**«POSIBLEMENTE LA MEJOR ESCRITORA
DE CUENTOS CONTEMPORÁNEA»,
THE GUARDIAN.**

Seix Barral

ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

DEDICATORIA

CITA

CUENTOS ESCOGIDOS

CUIDARSE

EL AMANTE

VERANO

PREPARATIVOS PARA UN COLLIE

LA BODA

EL MOZO JARDINERO

PASTOR

TREN

LA EXCURSIÓN

QUÍMICA INVERNAL

ORILLAS

LA GRANJA

ESCAPADAS

PODREDUMBRE

EL PATINADOR

LU-LU

EL PEQUEÑO INVIERNO

CENTRO DE BELLEZA
BLANCO
LOS HOMBRES DE AZUL
LA ÚLTIMA GENERACIÓN
INVITADO DE HONOR
CONGRESO
MARABÚ
DERECHO DE VISITA
SUSTANCIA
CARIDAD
ANODINO
ACUSE DE RECIBO
LA OTRA SEMANA
MARTILLO
FORTUNA
BROMELIAS

CUENTOS NUEVOS

EL COBRE
LAS CHICAS
EL APARECIDO
LA MISIÓN
UNA TEMPORADA MÁS
PELIGROSO
EN EL PARQUE
GATOS Y PERROS
EL ENCARGADO DEL PUENTE
SOUVENIR
EL CAMPO
LA CÉLULA MADRE
ANSIAS

FUENTES

NOTAS
CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte



SINOPSIS

Cuentos escogidos reúne, por primera vez en castellano, los mejores cuentos de una autora considerada como maestra del relato corto y «posiblemente, la mejor escritora norteamericana de cuentos». Su primera recopilación en más de una década y la definitiva para el público español: 33 historias procedentes de colecciones previas y otras 13 publicadas por primera vez en forma de libro, que recogen todo lo que ha hecho de Williams una autora fundamental de las letras norteamericanas: una prosa nítida y elegante, un humor muy personal y una sorprendente habilidad para iluminar nuestro mundo mediante personajes y situaciones tan inquietantes como tremendamente familiares.

Para Rust, y para Caitlin y Cole

He aquí, les digo, un misterio: no todos dormiremos,
pero todos seremos transformados.

En un instante, en un abrir y cerrar de ojos...

1 Corintios 15, 51-52

CUENTOS ESCOGIDOS

CUIDARSE

Jones, el predicador, lleva toda la vida enamorado. Es algo que le desconcierta porque no ha visto que nadie haya salido beneficiado de ello, ni siquiera aquellas personas que se lo han reconocido, lo cual no ocurre todos los días. El amor de Jones resulta demasiado obvio y sólo provoca desinterés. Es como un animal de un zoo ambulante al que, como consecuencia de una aberración genética, le crece un órgano por fuera de la piel, torpe y desdichado, algo que nadie debería ver, sin duda algo cuyo funcionamiento nadie debería poder observar. Ahora se sienta en la cama junto a su mujer en la Unidad de Cuidado Personal del hospital, a unos veinticinco kilómetros de su casa. La han ingresado para hacerle unas pruebas. Está muy débil, muy cansada. Tiene algo en la sangre. Sus brazos están cubiertos de hematomas allí donde le han pinchado en busca de las venas. También tiene la cadera hinchada y amoratada donde le han sacado muestras de médula ósea. Todo esto da miedo. Los médicos se muestran severos y sabios, y responden a las preguntas de Jones en un tono que le hace sentir desesperadamente sordo. Le han dicho que en realidad no existen las llamadas enfermedades de la sangre, ya que la sangre no es un tejido vital, sino un vehículo pasivo para el transporte de nutrientes, oxígeno y residuos. Le han dicho que esas anomalías de los corpúsculos sanguíneos, que es lo que parece tener su mujer, deben interpretarse como síntomas de una enfermedad en otra parte del cuerpo. Le han mostrado, porque lo ha pedido, diapositivas y gráficos de células sanguíneas sanas y enfermas que a Jones le recuerdan a canapés. Le hablan (porque les insiste) de leucocitosis, mielocitos y megaloblastos. ¡Ninguna de esas cosas tiene en cuenta el amor que siente por su esposa! Jones se sienta a

su lado en la habitación sombría y agradable, vestido con un traje gris y su alzacuellos, porque cuando deje a su mujer tendrá que visitar a otros feligreses de su parroquia que están ingresados allí. Esta parte del hospital es como un motel. Los pacientes pueden vestir de calle. Las habitaciones tienen escritorios, alfombras y coloridas colchas. Cómo le gustaría estar de viaje con ella esa misma noche y pernoctar en un motel. Entra una enfermera con un vasito de papel lleno de pastillas. Hay tres pastillas o, por decirlo mejor, cápsulas, y no son para su mujer, sino para su sangre. El vasito es el más pequeño de su especie que haya visto Jones en su vida. Toda perspectiva, toda noción del tiempo y de la escala de las cosas, parece haber huido del hospital. Por ejemplo, cuando Jones se vuelve para besar los cabellos de su mujer, lo único que encuentra es aire.

Jones y su mujer sólo tuvieron una hija, la cual, a su vez, es madre de una niña que nació hace seis meses. La hija de Jones se ha aficionado a las estrellas y echa mano del firmamento más de lo que Jones haya hecho jamás, como el propio Jones no tiene ningún inconveniente en admitir. Ha abandonado a su marido y ha dejado a la niña con Jones. También le ha confiado el perro. Ahora se marcha a México, donde pronto, en las montañas, sufrirá una crisis nerviosa. Jones no lo sabe, pero su hija ha visto su destino en las estrellas y ha salido a su encuentro. Sin pensarlo, Jones acepta cuidar de la niña y el perro, ya que es lo único que su hija parece necesitar de él. La fecha de nacimiento del bebé es algo secundario con respecto a las posiciones de los planetas y las propiedades zodiacales de casas, cuadrantes y gradientes. Su símbolo es una amazona que monta a pelo. Para Jones, es una idea bonita. Significa audacia. También significa suerte. Jones desliza un poco de dinero en el bolsillo de la maleta de su hija y la lleva en coche al aeropuerto. El avión rueda por la pista y Jones levanta los brazos, intentando contener entre ellos toda la suerte de su familia.

Una tarde, al llegar a casa, Jones había encontrado a su mujer sentada en el

jardín, sollozando. Había estado trasplantando las flores, metiéndolas en macetas antes de que llegaran las primeras heladas. Tenía tierra en la frente y alrededor de la boca. Decía que su ropa ligera le parecía muy pesada. El peso de la ropa le había dejado dolorido el cuerpo. Cada respiración era una piedra que tenía que engullir. Lloraba y lloraba bajo el débil sol de otoño. Jones vio que las venas de la garganta le palpitaban. «Me muero —dijo ella—. Voy a tardar meses en morirme.» Pero después de hacerla entrar en casa, ella le insistió en que se había repuesto y preparó té para los dos mientras Jones trasplantaba a las macetas el resto de las plantas y las bajaba al sótano. Ella se tumbó en el sofá y Jones se sentó a su lado. Conversaron en voz baja. De hecho, su voz era casi un susurro, como si estuvieran en un lugar público rodeados de desconocidos en vez de en su propia casa sin otra compañía que ellos mismos. «Salgamos a dar un paseo en coche», dijo Jones. A su mujer le pareció bien.

Juntos cruzan por varios pueblos, sumando kilómetros, hasta llegar al estado vecino. Ella no quiere parar de viajar. Compran sándwiches y batidos y comen en el coche. Tiene que echar más gasolina. Su mujer se acurruca a su lado, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el asiento. Jones ve que le laten las venas del cuello. En algún punto se produce un sonido pavoroso, casi audible. Jones se lleva la mano fría de su mujer a los labios. Piensa en un ataque de locura, algo que se desmadra, profundamente enterrado en la tiniebla de su esposa. «Sólo te pido que no me lleves al hospital», suplica ella. Por supuesto que irá. Ese momento ya pasó.

Jones le escribe a su hija. Esta mañana ha recibido una breve carta suya diciéndole dónde podía escribirle. El sello extranjero era tan grande que casi borraba las señas de Jones. No había ni una palabra sobre su madre o su hija, lo cual hace que Jones se sienta extraño. A Jones, su propia vida le parece tan increada como la de su Dios, tal vez incluso imaginaria. Su hija le hablaba del pueblo en el que vive. No tiene previsto quedarse mucho tiempo. Quiere viajar. Descubrirá qué quiere hacer exactamente y entonces regresará a casa. El pueblo es pobre pero interesante y hay mucha gente de Estados Unidos de

su misma edad. Hay un zoo en la playa. Casi todos los pueblos, por pequeños que sean, tienen un pequeño zoo. Sobre todo hay águilas y halcones en jaulas. ¿Y qué puede responder Jones a eso? Le escribe: «Aquí todo va bien. Quemamos en la chimenea la madera del viejo manzano y huele de maravilla. ¿La niña está al día de las vacunas de la polio? Cuídate». Jones emplea esta expresión todo el rato, por lo general de forma totalmente gratuita, como cuando compra un paquete de escobillas para su pipa o paga el peaje de la autopista. «Cuídese.» Distráido, Jones termina escribiendo fuera del papel, en el vade del escritorio. Tiene que empezarla otra vez. La echará en el buzón de camino al hospital. Ya llevan tres días seguidos haciéndole radiografías, pero las imágenes salen borrosas. No saben interpretarlas. Su mujer está ahora en una cama de hospital de verdad, con altas barandillas de metal. Se sienta a su lado mientras ella toma la cena. Ella le pide que se lleve su camisón bueno a casa y lo lave con una pastilla de jabón Ivory. Ya no le permiten hacer nada, ni siquiera lavar las pocas cosas que necesita. «Tiene que cuidarse.»

Jones conduce por una carretera rural. Ha caído la primera nevada de la temporada y quiere mostrársela al bebé, que viaja en una sillita acolchada sólo para ella. La cabeza de la niña está casi a la misma altura que la suya y mira concentrada el paisaje, a veces con una sonrisa. Avanzan por la carretera, que surca sinuosa los campos y las frondosas pinedas. Todo está blanco y limpio. Ha nevado toda la tarde y aún lo hace, pero muy débilmente. Grandes copos de nieve caen solitarios sobre el parabrisas. La niña a veces hace ademán de agarrarlos. En ocasiones da una breve patada y un grito de alegría. Ya han hecho los recados. Jones ha comprado leche, un poco de comida y un par de rosas amarillas, que ha dejado en el maletero envueltas en papel de seda y de periódico, en el frío. Tiene que comprar un par los sábados porque la floristería cierra los domingos. No le gusta hacerlo, pero no hay otro remedio. Las rosas se estropean enseguida. Esta noche le dará una a su mujer. La otra la pondrá en agua azucarada y la guardará en la nevera. Sólo le queda esperar que el capullo conserve la frescura hasta el domingo, cuando lleve la rosa al calor atroz del hospital. La niña se retuerce entre los

cinturones que la sujetan a la sillita. Tiene la boca enfurruñada mientras mira concentrada los campos, los árboles. Va muy abrigada y lleva un gorro de punto naranja que tiene veintitrés años, la edad de su madre. Jones lo encontró hace unos días. Por un lado se ha descolorido y ahora es casi rosa. Lo más seguro es que una vez lo dejaran en un lugar al sol. Jones, conduciendo, casi se siente alegre. La nieve es preciosa. Todo está blanco. Jones es un hombre cultivado. Ha leído a Melville, quien dice que el blanco es un incoloro ateísmo de todos los colores, ante el que nos echamos atrás. Jones no lo cree así. Ve en la nieve algo sagrado, una promesa. Espera que su mujer se haya dado cuenta de que nevaba, aunque una cortina la separe de la ventana. Jones ve algo que se mueve en la nieve, como si fuera un trozo de nieve, corriendo. Aunque conduce despacio, levanta el pie del acelerador. «Mira, cariño, una liebre de las nieves.» Al oír su voz, la niña abre la boca y guiña los ojos en una callada expresión de júbilo. La liebre es magnífica. ¡Rapidísima! Serpentea entre obstáculos invisibles, como si hubiera salido de un sueño feliz. Vuela sobre la zanja, sus patas convertidas en remos, ligeramente amarillentas, del color de la madera sin tratar. «Mira, cielo — exclama Jones—, ¡qué grande es!» Pero de pronto la liebre se enrosca y cae redonda como una pelota, con las patas y la cabeza prietas contra su cuerpo. Golpea en la carretera y se desliza panza arriba unos cuantos metros. El coche se desvía y logra evitarla. Jones para el coche, asombrado. Abre la puerta y se dirige corriendo hacia el animal. La niña se revuelve en la sillita como buenamente puede y lo observa. Es como si el animal nunca hubiera estado vivo. Tiene la cabeza rota en varios sitios. Jones se agacha para tocar su pelo, pero enseguida se incorpora sin hacerlo. Un hombre sale del bosque sujetando una escopeta. Saluda a Jones con la cabeza y agarra la liebre de las orejas. Cuando se va, las patas de la liebre rozan el suelo. Hay unas manchitas cristalinas en la nieve. Jones regresa al coche. Querría disculparse, pero no sabe por qué. Toda su vida la ha consagrado a la apologética. Es su profesión. Le interesan tanto la justificación de los actos como el arrepentimiento. Siempre se ha conducido rectamente, pero nunca le ha servido de nada. «Ay, cielo», le dice a la niña. Ella le sonrío, mostrándole su único diente. Ya en casa, de noche, después de que la niña haya cenado,

Jones le lee un cuento. Está dormida, respira ruidosamente, pero Jones le cuenta la historia de al-Buraq, el níveo corcel de Mahoma que podía desaparecer de la vista de la humanidad de un solo salto.

Jones repasa una colección de vinilos en la que no hay un solo ejemplar que se haya abierto. Todavía están envueltos en celofán. Los dibujos de las carátulas son al pastel, con motivos épicos. Nombres, instrumentos y orquestas se mencionan con aplomo. Le gustaría coincidir en lo que respecta a la importancia de los discos, pues sabe que tienen valor, pero no está familiarizado con las referencias. Su hija los trajo un día a casa. Se los había regalado un hombre mayor que ella, un profesor con el que tuvo una aventura. A Jones, naturalmente, eso le duele. Su hija le habla de los hombres con los que ha salido pero que ya no le interesan. ¿De dónde salieron esos hombres? ¿Dónde estaban esperando y por qué han desaparecido? Jones recuerda a su hija cuando era una niña pequeña y le ayudaba a rastrillar las hojas muertas. Varios años, el Primero de Abril, su hija le gastó la misma broma: cambiaba el tabaco que guardaba en el humidificador por cereales. Se siente dominado por una mezcla de remordimiento y asombro. Cuando vio a su hija hace apenas unas semanas, parecía delgada y nerviosa. Casi se había arrancado todos los pelos de las cejas de puro nerviosismo. Y las pestañas. Tenía los párpados hinchados y blancos, como bulbos de flores. Se había mordisqueado cruelmente las uñas y algunas le sangraban. Se había mostrado dura y distante, con el único deseo de empezar un viaje para el que ya había comprado el billete. ¿Qué puede hacer él? La busca en el rostro de la niña, pero no está ahí. Todo continúa y se reanuda al mismo tiempo, pero no ocurre lo mismo con los sueños. Uno no puede revivir lo que ha soñado. Jones rompe el celofán de uno de los discos, sopla el polvo de la aguja y lo pone en el plato. Fuera ha oscurecido. La casa parroquial está lejos y los únicos edificios que hay cerca son graneros. El río no se ve desde allí. La música es el *Te Deum* de Bruckner. Muy bonito. Dedicado a Dios. Pone la otra cara del disco. Una mujer, Kathleen Ferrier, canta en alemán. La música lo deja atónito. Son los *Kindertotenlieder*. Ni se le ocurre buscar la traducción de

esas letras. La música es más que suficiente.

En el hospital, su esposa espera que la traduzcan, ya no es una mujer, la mujer a la que ama, sino un problema. Su sangre se mueve con el mismo misterio que las constelaciones. La examinan y la atacan, y ha abandonado a Jones. Es una nadadora que espera un instante antes de continuar ahogándose. Jones lo ve todo desde la orilla. En México, su hija pasea por la playa con dos hombres. Interpreta la obra de teatro en que se ha convertido su vida. Jones está en lo alto de la montaña. La niña llora y Jones la saca de la cuna para cambiarla. El perro golpea la puerta con la pata. Jones lo deja salir. Se pone cómodo con la niña y escucha el disco. La niña no para de moverse en su regazo. Tiene los ojos de un potrillo, azul marino. En apenas unas semanas, se ha acostumbrado a esperar todo de Jones. La sienta en el borde del sofá y va a buscar la caja de sus juguetes, donde guarda un osito, unos cuantos sonajeros y unas pelotas. Vuelve a abrir la puerta y el perro entra enseguida. Su abundante pelo está frío, huele a hielo. El perro acerca el hocico a la niña y ella suelta un chillido.

*Oft denk' ich, sie sind nur ausgegangen!
Bald werden sie wieder nach Hause gelangen!*

Jones elige una brillante pelota y la empuja con dulzura hacia la niña.

Es domingo por la mañana y Jones está en el púlpito. La iglesia es muy vieja y el cementerio colindante todavía más. Está catalogado y no se entierra a nadie allí desde la Primera Guerra Mundial. Han abierto uno nuevo, no muy lejos, que es el que usan ahora las familias. Las sepulturas no están marcadas con lápidas, sino con pequeñas losas, y los operarios, inmediatamente después de un entierro, desenrollan tepes de hierba sobre las nuevas sepulturas para que no quede ni una mácula en el suelo, ni siquiera por una breve temporada. Han acudido al servicio de hoy setenta y ocho adultos, once

niños y el coro infantil. Jones aprovecha el ofertorio para contarlos. Los libros de la iglesia dicen que suman en total trescientos cincuenta miembros, aunque tiene la impresión de que no ha faltado nadie. Hoy bautizará a la niña. Ha hablado con una de las señoras para que se ocupe de ella y la lleve hasta la pila cuando termine el primer himno. La niña está preciosa con el vestido blanco de encaje. Jones ha peinado sus finos cabellos con esmero y luego los ha mojado para hacerle un tirabuzón, pero el pelo ya se le ha secado y se ha encrespado como la cresta de un martín pescador. Jones ha comprado el vestido en Mammoth Mart, una tienda enorme con un gran elefante metálico vestido con un peto en el tejado del edificio. Se siente ridículo por haberlo comprado allí, pero visitó otras tiendas y fue allí donde vio el vestido más bonito. Bendice a la niña con agua de un cuenco de plata. Dice: «Somos salvos no porque lo merezcamos. Somos salvos porque somos amados». Es una ceremonia breve. La niña mira con curiosidad a Jones cuando se la llevan de vuelta a la guardería. Jones empieza su sermón. No recuerda cuándo lo escribió, pero aquí está, mecanografiado, frente a él. «Nada hay de malo en lo que uno hace pero sí en lo que uno se convierte.» Le parece cuestionable, pero sigue adelante. Lleva treinta y cuatro años predicando. Tanta fe le ha dejado demacrado. Pero el recuento de hematíes de su mujer es de sólo 2,3 millones. ¡No es suficiente! ¡No recibe suficiente oxígeno! Jones da su sermón. Por el camino ha perdido lo que estaba buscando. Seguro que antes sí lo sabía. La congregación se balancea como las alas de una mantarraya en el agua. Es domingo y para los pacientes es festivo. Los médicos no los visitan. No hay pruebas ni diagnósticos. Le gustaría irse, cruzar por el pasillo y salir al invierno, donde vertería sus palabras en el suelo. ¡Por qué es incapaz de acordarse de su propia vida! Termina, se sienta, se pone de pie para ofrecer la comunión. Cubitos de pan forman una pirámide derrumbada. Son ofrecidos y recibidos. Jones ingiere su parte, arrancada previamente con sus propias manos de una rebanada de pan de molde enriquecido. Está reseco, casi viciado. Sólo pensarlo le revuelve el estómago. Lo mastica sin parar, pero no se deja consumir y permanece en su boca como un nervio.

Jones espera en el vestíbulo noticias de la operación de su mujer. ¿Hubo acaso un tiempo antes de este terror? Hasta agradecería volver a sentirlo, pero el terror hace tiempo que desapareció, arrollado por la rápida sucesión que va de lo posible, pasa por lo probable y termina en el dato confirmado. La niña está sentada en sus rodillas y juega con su corbata. Esta mañana se despertó muy temprano para el zumo de naranja y luego, con gesto grave, lo regurgitó todo de inmediato. Ahora, sin embargo, parece estar mejor, y sus dedos exploran las corbata de Jones. Siempre que la mira, ella le devuelve una sonrisa luminosa. Se ha pasado buena parte de la jornada limpiando la casa con saña, cambiando las sábanas y las páginas atrasadas de los muchos calendarios que tienen colgados en las habitaciones, cosas que debería haber hecho una semana antes. Ha quitado el polvo, pasado la aspiradora y planchado todas sus camisas. Ha lavado toda la ropa del bebé, pijamitas, batas y peles de tela suave que se congelan en sus manos nada más salir de la casa. Y ahora espera y mira su reloj. El tumor tiene justo ese tamaño, le dicen, el tamaño de la esfera de su reloj de pulsera.

Jones tiene al bebé en su regazo y le está dando de comer. La cena es larga y complicada. Primero tiene que darle las vitaminas, luego, porque está resfriada, unas gotas de aspirina líquida. La cena continúa con un biberón de leche, de un cuarto de litro, y una ración de papilla de verduras. Ahora la deja descansar un rato para que la comida le siente bien. Colgada de su cadera, la niña avanza por las habitaciones de la enorme casa mientras Jones enciende y apaga las luces. Regresan a la mesa y le da un poco más de leche, medio potito de papilla de pollo y unas cuantas cucharadas de postre, normalmente fruta al horno, a veces con nata montada, o pudin. La niña no le hace ascos a nada. Es buena. Come deprisa y bien. A veces coge la cuchara, le da la vuelta y se la mete en la boca por el lado equivocado. Naturalmente, no hay nada que no pueda hacerse mal. Jones adora a la niña. Olisquea su cabeza caliente. Su nacimiento es un profundo error, una abstracción. Nacida en el seno del matrimonio pero sin amor. La deja en el parque y se ocupa del perro. Llena un cuenco de agua y otro con pienso. El perro come con suma educación.

Come un poco de pienso y luego toma un poco de agua, luego más pienso y más agua. Cuando termina, deja los cuencos tan limpios como si estuvieran recién lavados. Jones piensa ahora en su cena. Abre la nevera. Las señoras de la iglesia le han traído brownies, venado, queso y compota de manzana. Hay pasteles de pavo, chuletas de cerdo, bistecs, abadejo y hamburguesas de cerdo. Una luz brillante desvela toda esta comida. Hay mucha. Hay que consumirla. Se ha formado una costra en los agujeros de una lata de leche evaporada. Hay una bolsa transparente de higadillos de pollo, cerrada con grapas. Jones contempla disgustado las gotitas de humedad en los briks y las botellas, las perlas de grasa en el guiso frío. Se sienta. La estancia está llena de lámparas y cables. Piensa en su mujer, en su cuerpo con vida, trastornado y unido a sondas, y empieza a temblar. Todos los objetos se quedan turbados ante semejante dolor.

Falta poco para Navidad y Jones da un paseo por el río, junto a una casa abandonada. El perro se abre camino entre la nieve, mordiéndola. Hay flores de escarcha en las ramas de los árboles y, cuando Jones se entretiene debajo, la niña levanta la mano y empieza a mover la boca porque le gustaría cogerlo, el hielo, la rama, todo. Su mujer volverá a casa en unos días, justo para Navidad. Jones ya ha puesto el árbol y ha bajado los adornos de la buhardilla. No podará el árbol hasta que ella llegue a casa. Tiene muchas ganas de convertir en una fiesta el momento de abrir las cajas de los viejos adornos. Siempre les ha gustado mucho hacerlo. Por supuesto, a Jones se le caerá una bola del árbol que se romperá en mil añicos, que es lo que le pasa todos los años. Avanza con paso lento por la nieve con su pequeña pasajera. Lleva a la niña en un portabebés en bandolera, con las piernas a lado y lado de su cadera. Miran con seriedad la casa carcomida. Hace tiempo un médico tenía su residencia y consulta en esa casa, pero, mucho antes de que llegara Jones, el médico, que gozaba de gran respeto entre los vecinos, fue expulsado de la comunidad porque una chica del pueblo lo acusó de haberla dejado embarazada. Según cuenta la historia, lo único que dijo el doctor fue: «¿De verdad?». Aquello enfureció al pueblo y a los padres de la chica, que

insistieron en que se hiciera cargo del niño en cuanto naciera. Eso hizo el médico y se ocupó del bebé con gran esmero, aunque su consulta quedó arruinada y nadie quiso volver a saber nada de él. Un año más tarde la chica contó la verdad, que el padre real era un chico que iba a la universidad con el que pensaba casarse. Quisieron recuperar el bebé y el médico les devolvió la criatura de buen grado. Desde luego, se trata de una historia antigua e importante. A Jones siempre le ha gustado, pero ahora le molesta la pasividad de aquel hombre. Tras la enfermedad de su mujer ya no ve las cosas de la misma forma. Seguirá aceptando lo que le depare la vida, pero ya no se rendirá. Sin duda, todo ha cambiado para Jones.

Porque así lo pide la aseguradora, la mujer de Jones sale del hospital en silla de ruedas. Está delgada y hermosa. Jones siente gratitud y confusión. Le entran unas ganas irrefrenables de darle una propina al camillero. ¿De verdad pueden haber pasado tantos años? ¿Acaso no es ésta su mujer, su amor, justo después de dar a luz? ¿Acaso no está todo a punto de empezar? En México, su hija deambula sin interés por una joyería hasta elegir un pequeño huevo de plata. Se abre con una bisagra y dentro hay dos figuritas, una pareja de novios. Jones deja el bebé en brazos de su esposa. Al principio, la niña se asusta porque no se acuerda de esa persona y le echa los brazos a Jones entre lloriqueos. Pero la voz dulce de su mujer no tarda en calmarla y ya en el coche se duerme en sus brazos. Jones se ha esmerado en dejar la casa preparada para recibir a su mujer. Está limpia y ordenada. Durante varios días se ha obligado a no salir de una zona de la casa para asegurarse de que el desorden sea mínimo. Jones ayuda a su mujer a subir los escalones de la entrada. Juntos entran en las resplandecientes habitaciones.

EL AMANTE

La chica tiene veinticinco años. Aunque no hace mucho que se divorció, no es capaz de recordar al hombre con el que estuvo casada. Seguramente era un buen tipo. Se lo dirá al bebé, eso seguro. Una vez, su marido perdió unas gafas de sol de cincuenta dólares haciendo surf después de zarpar de Gay Head y el disgusto le duró unos cuantos días. Y otra cosa: también le gustaban los riñones. Le encantaba comer riñones los fines de semana. Ella tenía que pasearse por los supermercados, con una bonita barriga y el pelo recogido en una trenza, en busca de riñones frescos para ese joven, su marido. Cuando la besaba, sus besos, o así lo imaginaba ella, tenían un ligero olor a orina. Como es lógico, no le gustaba pensarlo. Era difícil imaginar que ese mismo problema pudiera volver a plantearse, es decir, con otro hombre. ¡Ninguna lección podía sacarse de una experiencia como ésa! El bebé no se acuerda de él, de ese hombre, su papá, y ella tampoco lo recuerda. La acompañó cuando dio a luz. No a su lado, pero cerca, en el pasillo. Se había escapado del trabajo para ir al hospital. Cuando se la llevaron en la camilla, su marido le dijo: «Ahora tendrás que aprender a querer a alguien, mala mujer». Le cuesta creer que pudiera decir algo así.

La chica no duerme bien y últimamente ha cogido la costumbre de escuchar la radio toda la noche. Es una radio vieja, no muy buena, y de noche sólo sintoniza una emisora. Desde medianoche hasta las cuatro, escucha «Action Line». La gente llama a la emisora y habla sobre el mundo, sobre sus comunidades, y hacen preguntas. Dan música y pasan un anuncio de ternera con frijoles. Una mujer llama y dice: «¿Alguien puede decirme por qué el relleno de mi pastel de limón con merengue me sale aguado?». Esa gente

recibe material obsceno en sus buzones. Quieren saber dónde se venden esas banderitas que el público agita el Día de las Fuerzas Armadas. Hay un hombre en el estudio que responde a esas preguntas sin dilación. Llama otra mujer. Dice: «¿Puede ponernos al día de los progresos en la recogida de cupones Betty Crocker para la máquina pulmonar?». El hombre puede y lo hace. Responde a la pregunta de la mujer. Satisface su petición por asombroso que parezca. La chica cree que un don así es siniestro y maravilloso. Cree que ese hombre puede ayudarla.

La chica quiere enamorarse. La delgadez de su cara es la delgadez de una amante fracasada. ¡Es tan difícil! El amor pide concentración, cree, pero no es capaz de recordar nada. Trata de acordarse de dos cosas cada día. Por la mañana, con el café, intenta hacer memoria, y al caer la noche, con su primer bourbon con agua, también lo intenta. Lleva varios días intentando recordar el nacimiento de su bebé. No le viene nada a la cabeza. ¡La vida es tan invasiva! Todo el mundo hablaba. ¡Demasiadas conversaciones! El médico estaba de pie a su lado, esperando las contracciones. «No, aún no puedo jugar al tenis —dijo el médico—. Llevo dos meses sin poder jugar. Tengo espolones en los pies y mi matrimonio casi se va al garete. Cosas del aire acondicionado y los suelos de cemento. Te destrozan los pies.» Unos minutos después, la enfermera decía: «Es una maravilla trabajar con teflón. El que usamos para cerrar las arterias. Me encanta». La chica deseaba que se callaran. Deseaba que pusieran la radio y cerraran la boca. El bebé que llevaba en sus entrañas era duro, brillante, como una mazorca de maíz. Quiso hacer un comentario inteligente o encantador para que se dieran cuenta de que estaba bien y dejaran de hablar. Mientras cavilaba un comentario perfectamente equilibrado y divertido, la niña nació. Le pusieron unas pulseras de plástico para identificarla. Tres días después, cuando ya habían regresado a casa, su marido serró las pulseras con un cuchillo para cortar pomelos. La chica había querido convertirlo en un acontecimiento. Berreó: «¡Tengo unas tijeritas de plata preciosas que eran de mi abuela y resulta que lo haces con un cuchillo para cortar pomelos!». Su marido se ruborizó azorado, pero le sonrió como siempre hacía. «Eres un inseguro —le dijo llorosa—. Eres un inseguro porque tuviste paperas a los ocho años.» Faltaba

un año y dos meses para el divorcio. «No eran paperas —dijo él con cautela—. Me rompí el brazo nadando, nada más.»

La chica se hace amante de un hombre que conoce en una cena. Él la llama a la mañana siguiente. Va en coche a verla a su apartamento. Conduce un descapotable blanco que tiene los faldones laterales llenos de óxido. Le propone ir a navegar. Dejan a la niña en la guardería de camino al muelle. Ya tiene dos años, a punto de cumplir los tres. Lleva el pelo trenzado y lleno de horquillas bajo un gran sombrero con unas orejas de Mickey que le compró en un viaje a Disney World. Lleva un jersey de rayas embutido en unos pantaloncitos cortos también de rayas. Le da un beso a la chica, otro al hombre, y entra en la guardería con el desayuno guardado en una bolsa de pan de molde Wonder Bread. Por la tarde, cuando regresan, a la chica le cuesta reconocer a su hija. Después de todo, hay tantos niños de pie en las aulas, todos de la misma altura, todos criaturas perplejas, enclenques, con piezas de rompecabezas de madera en las manos.

Entrada la noche, la chica escucha dormir a la niña. Está acostada en su cuna de madera lacada, agarrada a un osito. El oso ha perdido la lengua. Donde debería haber un trocito de fieltro rojo no hay nada. Es muy posible que la niña se lo haya tragado sin querer. La sábana de la cuna tiene un estampado con animalitos de circo diminutos de color amarillo. A la chica le gusta mirar a su hija, pero no soporta la sábana. Hay tal desbarajuste de cosas en la cuna, tantos colores y adornos. ¡Vaya caos hay ahí dentro! La chica va a la cocina. En la encimera, cuatro cucarachas rojas exploran un molde de tarta de café. La chica vuelve a su cuarto y pone la radio. Hay muchas interferencias. El Hombre Contestador de «Action Line» suena enfadado. Un señor mayor le está preguntando algo, pero se oye fatal porque el caballero se niega a apagar su pulidora de piedras. Está pulimentando piedras en su pulidora como hacen todos los viejos y se niega a apagar la máquina mientras hablan. Finalmente, el Hombre Contestador le cuelga el teléfono. «Bien hecho», dice la chica. El Hombre Contestador carraspea un poco y dice en tono cantarín: «Todo el vino de este mundo sólo ha servido para saciarnos. Nuestros hogares se resienten por culpa de la tristeza, la vergüenza y la confusión de las mujeres. Ausencia, esterilidad, luto, privaciones y

separaciones abundan sobre esta tierra». La chica se abraza las rodillas y empieza a balancearse en la cama. La niña murmura dormida. Más cucarachas se deslizan sobre la formica y se zambullen en el pastel. La chica las oye. De la radio sale ahora la voz de una mujer. La chica se asusta. Es como la voz de su madre. Se inclina hacia la radio. Siente una terrible opresión en el pecho. Casi no puede respirar. La voz dice: «Pongo un cazo debajo del aire acondicionado que tengo en la ventana y recoge el vapor que se condensa en la máquina. Luego uso el agua para regar mi hiedra. Creo que estos detalles te hacen mejor persona».

La chica ha hecho el amor con nueve hombres a lo largo de su vida. No es que sean muchos, pero al mismo tiempo le parecen más que suficientes. No sabe qué pensar de ellos. Todos se portaron bien con ella. Cree que es maravilloso que una mujer pueda hacer el amor con un hombre. Haciendo el amor, siente que se está comportando como es debido. Está bien. A menudo comparte su cama con ese hombre. Está acostado, durmiendo boca abajo, y le rodea los pechos con su brazo moreno. A veces, cuando la niña está inquieta, la chica la sube a la cama con ellos. El hombre cambia de posición, se vuelve de espaldas. La niña se queda tumbada entre los dos. Se quedan los tres tumbados, en silencio e inmóviles, serios y despiertos. En la radio, el Hombre Contestador está presentando un concurso. Dice: «Si la respuesta es: el tiempo que tarda la biela en salir del pistón es de cuatro segundos; ¿cuál es la pregunta? Si la respuesta es: cuando la cabeza de la biela está unos ocho milímetros por debajo del bloque motor; ¿cuál es la pregunta?».

Viaja con el hombre por todo el sur del país en su descapotable blanco. Luego regresa con muñecas, sandalias y animalitos de azúcar para la niña. A veces la niña viaja con ellos. Se sienta a su lado, fingiendo hacerse algo espantoso en los ojos. Finge que se los arranca. La chica no le hace caso. La niña está morena, fornida, y es cariñosa, pero a veces, cuando le dan un beso, se queda tiesa e incluso fría, como si se hubiera muerto repentina y estúpidamente. En los restaurantes donde paran a comer, la niña se porta bien, pero sólo toma mantequilla y agua helada. La chica y el hombre eligen los platos con cuidado, pero tampoco comen demasiado. Intercambian los platos. Prueban un bocado de vez en cuando. En menos de un mes, el hombre

se ha gastado muchos cientos de dólares en comida que no comen. En «Action Line» cuentan que una mujer adulta consume trescientos veinte kilos de alimentos secos al año. La chica se lo cree, por supuesto, pero no se reconoce en ello. A veces, comparte con su hija una bolsa entera de bizcochos rellenos de crema de higos y se los comen con apetito, pero rara vez come con el hombre. Tiene el vientre duro, plano, vacío. Siempre se siente hambrienta, un peligro para sí misma, y enamorada. Y dejan generosas propinas en las mesas de los restaurantes y luego vuelven a meterse en el coche. Los asientos queman por el sol. La niña se sienta en el regazo de la chica mientras viajan, mientras el cuero de los asientos se enfría. No parece querer nada. Hace unos ruiditos de gallina clueca, apenados, cuando ve animales aplastados en el arcén. Cuando la niña no los acompaña, viajan con los amigos del hombre.

El hombre tiene muchos amigos por los que siente devoción. Son listos y de posición acomodada. Gente de buen talante, generosa, desenvuelta en sus duraderas aventuras amorosas. Se conocen desde hace años. Es algo que incomoda a la chica, quien hace años que no conoce a nadie. La chica teme que cada uno de ellos haya amado a los demás en uno u otro momento. ¡Esas relaciones son tan complejas que la chica no acierta a comprenderlas! Hay tal fluidez, tal constancia, en su trato. Se muestran tan compenetrados y tranquilos. Trata de imaginar sus abrazos. Intuye que los suyos son distintos. Una tarde, justo antes de la puesta de sol, la chica y el hombre se adentran un poco en los Everglades. Es muy aburrido. No hay paisajes, ni perspectivas. No es un pantano, eso seguro. ¡Sólo es un río con unos pocos centímetros de profundidad! Otra pareja viaja en el asiento de atrás. Están muy bronceados y ambos tienen el pelo de un rubio descolorido. Casi parecen hermanos. Él es abogado y ella es abogada. Toman gin-tonics, lo mismo que el hombre y la chica. Es la primera vez que los ve. La mujer se asoma por encima del asiento de atrás y mete otro cubito de hielo de la nevera portátil en el vaso de la chica. Dice: «Me han contado que tienes una hija pequeña». La chica asiente con la cabeza. Se siente rara, un poco asustada. «Es una niña muy *soportable*», dice su amante. Conduce el gran coche muy deprisa y muy bien, pero se oye un ligero traqueteo en el motor. Lleva una camisa de manga larga

con los botones de los puños abrochados. Tiene una buena mata de pelo y necesita pasar por el barbero. La chica disfruta mirándolo. Avanzan y a cada lado del coche, por los canales de cieno o sobre las charcas de juncos, se mueven a toda velocidad los hidrod deslizadores. Hacen un ruido ensordecedor. Los turistas a bordo llevan unos cascos enormes para protegerse los oídos. El hombre se vuelve hacia ella un instante: «Te quiero», dice ella. «Ídem», dice él a viva voz, imponiéndose al estrépito de las lanchas. «Doble ídem.» La chica se echa a reír. Y entonces llora. Lleva muchos meses sin llorar. Todos se quedan asombrados. El hombre conduce unos cuantos kilómetros más hasta detenerse en una gasolinera. La chica está desesperada por él. Haría lo indecible por ese hombre, lo imperdonable, cualquier cosa. Se siente perdida, pero no en él. Querría perderse sin dejar rastro, dentro de él. «Haría cualquier cosa por ti», grita. «Tómame una aspirina —dice él—. Apoya la cabeza en mi hombro.»

La chica duerme sola en su apartamento. El hombre ha salido de viaje por trabajo. Le asegura que volverá. Siempre volverá, le dice. Cuando la chica está sola, calcula con sumo cuidado lo que puede beber. Con sumo cuidado se bebe treinta y cinco centilitros de bourbon en dos horas y media. Cuando no está con el hombre, retoma la costumbre de escuchar la radio. Normalmente sólo presta atención a las respuestas de «Action Line». «Sí —dice el Hombre Contestador—, respondiendo a su pregunta, la diferencia entre levantarse todos los días a las seis o a las ocho durante cuarenta años asciende a veintinueve mil doscientas veinte horas, es decir, tres años, doscientos veintiún días y dieciséis horas, lo que es igual a ocho horas diarias durante diez años. Conque despertarse a las seis sería equivalente a sumar diez años a su vida.» Por el tono del Hombre Contestador, la chica cree que el asunto le asquea un poco. Lava su vaso de whisky en el fregadero. Varios globos vuelan a la deriva por la cocina. Flotan hasta salir de la cocina y terminar en el balcón. Flotan por el pasillo hasta chocar con la puerta cerrada del cuarto de la niña. Algunos no flotan, sino que descansan en los rincones de la cocina como montones de gelatina. Ésos están llenos de agua. La chica compra muchos globos y se pasa el día hinchándolos para la niña. Juegan mucho con ellos. Los hacen estallar en el fogón de la cocina y los que están llenos de

agua los revientan contra las paredes del cuarto de baño. La chica apaga la radio y se duerme.

La chica toca el rostro de su amante. Pasa los dedos por sus huesos. «Claro que te amo —dice él—. Quiero que vivamos juntos.» Ella está muy inquieta. Le pasa la mano por la boca. Hay algo que no entiende, algo que no sabe hacer. Prepara un trago para los dos. Le pide un chicle. Él le da una barrita arrugada, todavía envuelta en el papel. Está segura de que no es chicle de verdad. El Hombre Contestador ha dicho que Lewis Carroll inventó un sucedáneo de chicle. Teme que sea eso lo que le ha dado. ¡No lo quiere! Se lo traga sin haberlo masticado. «Por favor», dice. «¿Por favor, qué?», responde el hombre, un tanto impaciente.

Su exmarido la llama. Ha llegado el otoño y hace un bochorno inusual para la época. Quiere ver a la niña. Quiere llevársela una semana a su casita junto al lago en el centro del estado. La chica accede. Él llega al apartamento, recoge a la niña y le acerca la cara con gesto cariñoso. Está un poco más gordo. Gana un poco más de dinero. Lleva un reloj, una cartera y un llavero distintos. «¿Cómo te va?», pregunta el padre de la niña. «Estoy enamorada», dice ella.

El hombre no visita a la chica durante una semana. Ella no sale del apartamento. Pierde casi dos kilos de peso. Prepara gelatina instantánea con la niña y se alimentan así durante varios días. La chica recuerda que, después de nacer su hija, el único alimento que le daban en el hospital era esa gelatina. Piensa en toda el agua hirviendo en hospitales de todo el país para hacer la gelatina de las parturientas. La chica se sienta en el suelo y juega horas sin fin con su hija. La niña está hastiada. Se viste y desviste. Rebusca en su pequeña cómoda y se prueba toda la ropa. La chica piensa constantemente en el hombre, aunque no consigue hacerse una imagen muy precisa de él. ¡Ni siquiera tiene una fotografía suya! Hojea revistas viejas. ¡A alguien debe de parecerse! A veces, entrada la noche, cuando piensa que tal vez vuelva con ella, siente que quien ha venido a verla es el Hombre Contestador. Es como una luz errante, nunca quieto. Tiene la temperatura alta y el metabolismo acelerado de un pájaro. En «Action Line», alguien dice: «Y vivo al lado del aeropuerto, ¿qué es lo que nos cae encima, sobre mi tejado,

cuando despegan los aviones? Lo oímos. ¿Qué es? ¡Exijo saberlo! Mi césped está sano, mi televisor sintoniza todos los canales, pero algo está ocurriendo sin mi consentimiento y no me siento bien, mi mujer tuvo un derrame y alguien me robó la colección de sellos y se llevó las orquídeas de mis árboles». La chica toma un sorbito de bourbon y menea la cabeza. La avaricia, la maldad de la gente... Piensa en lo grosera y lujuriosa que es la gente. «Bueno —dice el Hombre Contestador—, cada rincón del mundo tiene sus desventajas. Al final es imposible escapar del sufrimiento. Ni siquiera la tierra es segura ya. Se está marchitando. Si cavas lo bastante hondo para plantar tus semillas, debajo de la corteza encontrarás un vacío como el cielo. No, a la larga nada es compatible con la vida. Siguiendo llamada, por favor.» La chica corre al teléfono y marca el número a toda prisa. Es muy tarde. Susurra para no despertar a la niña. Se oye ruido eléctrico y un zumbido. «No logro entenderla», grita el Hombre Contestador. La chica dice con voz más firme: «Quiero saber cuándo me llegará la hora». «Su hora ya llegó, querida —dice él—. Su hora le llegó mientras dormía. Llegó y la vio soñando y se marchó por donde había venido.»

El amante de la chica llega al apartamento. Ella se echa en sus brazos. Tiene un aspecto maravilloso. ¡Haría cualquier cosa por él! La niña se agarra del bolsillo de su chaqueta y se cuelga con todo su peso balanceándose de un lado a otro. «Mi amigo», le dice la niña. «¡Vaya, vaya!», dice el hombre, sorprendido. Llevan a la niña a la guardería y luego van a comer a un restaurante maravilloso. La chica se pone a llorar y tira la cesta de panecillos al suelo.

«¿Qué pasa? —pregunta él—. ¿Ocurre algo malo?» Está cansado de ella, sobra decirlo. De sus cambios de humor y de sus temblores. La chica está lívida. La muerte no está muy lejos, piensa. Es muy fácil llegar hasta ella. El amor está más lejos que la muerte. Ella le da un beso. No puede parar. Se aferra a él, tratando de besarle. «Tranquilízate», dice él.

La chica ha dejado de ver al hombre. No tiene noticias suyas. Es una chica demacrada y pasiva, que vive sola con su hija. «Te quiero», le dice a la niña. «Mamá me quiere —murmura la niña—, y papá me quiere, y la abuela me quiere, y el abuelo me quiere, y mi amigo me quiere.» La chica la corrige.

«Mamá te quiere», dice. La niña está creciendo. En poco tiempo habrá terminado de crecer. ¡Cuándo está pasando todo esto! Despierta a la niña de madrugada. Le da un vaso de zumo y juntas escuchan la radio. Una mujer está hablando en la radio. Dice: «Espero que no me considere vulgar». «Por supuesto que no», responde el Hombre Contestador. «Este hombre nunca se queda sin palabras», susurra la chica a la niña. La mujer dice: «Mi marido sólo se excita si cree que le falta alguna parte de su cuerpo». «Sí», dice el Hombre Contestador. La chica zarandea a la niña soñolienta. «Escúchalo bien —dice—. Quiero que te enteres de estas cosas.» La voz de la mujer desconocida prosigue débilmente: «Un dedo, un ojo, una pierna. Tengo que fingir que le falta algo».

«Sí», dice el Hombre Contestador.

VERANO

Constance, Ben y sus hijas de matrimonios anteriores, Charlotte y Jill, compartieron una casa de veraneo durante un mes con su amigo Steven. Ese agosto tenía cinco fines de semana y en cada uno de ellos Steven invitó a una mujer distinta: Tracy, India, Yvette, Aster y Bronwyn. Todas esas mujeres armaron un buen alboroto con la excusa de Charlotte y Jill, ambas de diez años de edad. Les hicieron nachos y copas de zarzaparrilla con helado de vainilla, les compraron juegos de ganchillo y las llevaron al brezal a identificar flores. Las llevaron a los cementerios, de donde las niñas regresaban con inscripciones calcadas en papel que a Constance le parecían deprimentes:

*Se nos dio esta flor hermosa
para que abriera sus pétalos en esta tierra
pero los abrió en el cielo.*

¡O aún peor!

*Descansa aquí Aimira Rawson.
Hija, Esposa, Madre.
Lo hizo lo mejor que pudo.*

Las niñas colgaron las inscripciones en el lateral de la nevera con imanes en forma de brócoli.

Esas mujeres peinaron a las niñas según distintos estilos sofisticados que

Constance no soportaba. Nada era tabú para ellas, no había ningún tema del que no hablaran con las niñas: el amor, la muerte, métodos japoneses para la caza de la ballena. Cada una de esas mujeres tenía sus propias costumbres, teorías e historias que contar, y cada una de ellas llegó a la casa con un regalo y pasó setenta y dos horas en ella. Dedicaban tanto tiempo a las niñas porque no podían dedicárselo a Steven, quien no aparecía antes de las cinco de la tarde. Ese verano Steven estaba ocupado escribiendo un libro; estaba, según sus propias palabras, «escribiendo una respuesta estéticamente compleja a las corrientes herméticas de la vida moderna». Y eso pedía tiempo.

Ben se estaba recuperando de un infarto que había sufrido esa primavera. Se encontraba con Constance en un restaurante y tuvo un infarto. Ella recordaba el gesto de total atención que había cruzado su cara. En ese momento pensó que estaba mirando a una mujer guapa detrás de ella, al otro lado de la sala. Ese recuerdo, que le venía a la cabeza con frecuencia, la mortificaba.

Ahora las cosas se le aparecían a Constance bajo una luz distinta: los objetos parecían tener más presencia, la gente parecía más vívida, el cielo más brillante. El velo que cubría los mensajes de sus pesadillas era mucho menos tupido. Se sentía avergonzada por tener esas sensaciones, ya que a fin de cuentas era Ben, y no ella, quien había sufrido el infarto. Él siempre la había acusado de tomarse las cosas demasiado a la tremenda.

Constance y Ben llevaban cinco años casados. Charlotte era la hija de Constance de su matrimonio con Paul, mientras que Jill había nacido del matrimonio de Ben con Susan. No es que las chicas estuvieran chifladas la una por la otra, pero por lo menos se llevaban bien. Congeniaban, la verdad. Dormían juntas en la buhardilla que, en opinión de Constance, era la habitación más bonita de la casa. Tenía dos camas de hierro, paredes blancas de aglomerado y un ventanuco desde el que se veía la confluencia de tres calles. A veces, Constance subía con un gin-tonic a la buhardilla, se tumbaba en una de las camas y miraba a la gente echar sus postales en el buzón del cruce. Ella no enviaba postales. No quería tener contacto con nadie que no fuera Ben, y Ben vivía en la misma casa que ella, como habían hecho en todas las casas en las que habían estado desde que se casaron. No parecía

muy razonable enviarle una postal a Ben.

Aquel agosto fue cálido y esplendoroso en gran parte, pero quienes habían veraneado en la zona toda la temporada decían que julio había sido aún mejor. Los jardines estaban abrasados. Los peatones empujaban con muy malas pulgas a los ciclistas que circulaban por las aceras. Había más llantos en los bares y más medusas en el mar.

La tarde del primer viernes de agosto, Constance observó desde la buhardilla a una pareja de ancianos que, tras muchas deliberaciones, echó sus postales en el buzón. Miró a una mujer de su misma edad que echaba una postal en el buzón y se iba con una expresión malvada y satisfecha en la cara. Miró a una mujer más vieja echar por lo menos una docena de postales sin asomo de emoción.

Charlotte subió a la buhardilla y le dijo a su madre:

—Cuando una persona se ahoga, imagina una escalera que sale en vertical del agua e intenta trepar por ella. ¿Lo sabías? Si imaginara que la escalera es horizontal, no se ahogaría.

Charlotte se fue. Constance se sentó en la cama y echó un vistazo a la habitación. En el espejo de la cómoda estaban las fotografías de dos niños, los novios de Charlotte y Jill. Se llamaban Zack y Pete. No eran más que unos mocosos, pero ahí estaban. No le gustaba que las niñas tuvieran novios tan pronto. Otra fotografía, que Constance no había visto hasta ese momento, mostraba a un perro grande frente a un arbusto en una maceta. Constance no sabía nada de aquel perro. Se levantó y empezó a recoger los envoltorios de las chucherías que las niñas habían dejado tirados por el suelo y los metió en el vaso vacío. Tenía treinta y siete años. Pensó en esa frase de F. Scott Fitzgerald que dice que las vidas en Estados Unidos no tienen un segundo acto.

Constance bajó a la cocina, donde Tracy se había servido una copa del champán que había traído y aguardaba la aparición de Steven a las cinco en punto de la tarde.

—Me encanta este sitio —dijo Tracy—. Me encanta, me encanta, me encanta.

Tenía los ojos brillantes. Era bastante simpática, pero su cutis era muy

malo. Era vegetariana; cuando se marchó, las niñas se pasaron tres días pidiendo tofu. Era la mecanógrafa de Steven en la ciudad, donde vivía con *Scooter*, su labrador epiléptico, en el mismo bloque de pisos que la tía de Jill.

—Estuviste en mi apartamento hace muchísimos años —dijo Tracy a Jill—. Eras muy pequeñita y tiraste de la cola de *Scooter* y te gruñó y tú le dijiste: «Para ahora mismo», y te hizo caso.

—No lo recuerdo —dijo Jill.

—El mundo es un pañuelo —dijo Tracy, sirviéndose un poco más de champán. Suspiró—. *Scooter* se está haciendo mayor.

Charlotte y Jill estaban sentadas a cada lado de Tracy en la mesa de la cocina, haciendo listas de nombres para sus hijos. Charlotte había elegido Victoria, Grover y Christopher. Jill prefería Beatrice, Travis y Piña.

—Piña... —preguntó Tracy—. ¿Cómo vas a llamar Piña a una niña?

Constance echó un vistazo a la recargada caligrafía de los nombres. El futuro se extendía en el horizonte, repleto de individuos que esperaban a que alguien los encontrara.

—¿Te gusta nadar? —preguntó Constance a Tracy.

—Sí —dijo Tracy con solemnidad—. Acabo de darles unos cuantos consejos a las chicas en caso de pánico en el agua.

—¿Vamos a bañarnos? —preguntó Constance.

—Casi son las cinco —dijo Tracy—. Steven bajará de un momento a otro.

—Piña es una forma bonita y un nombre bonito —dijo Jill.

—¿Vamos a bañarnos? —Constance preguntó a las niñas.

—No, gracias —respondieron ellas.

Ben entró por la puerta de la cocina mascando chicle. Desde el infarto, había dejado de fumar y se pasaba el día con un chicle en la boca. Estaba moreno y sonriente, pero tenía una forma curiosa de moverse, como si cargara un peso incómodo. Constance se sonrojaba un poco cada vez que veía a Ben.

—¿Quieres venir a bañarte conmigo? —preguntó Constance.

—Claro —dijo Ben.

Bajaron en coche a la playa y se dieron un baño. Sobre el peñasco que

coronaba la playa había el búnker blanco de una estación Loran, que permitía a los pilotos fijar su posición midiendo el intervalo temporal entre las señales de distintas emisoras. Constance y Ben nadaron sin tocarse ni hablar. Luego regresaron a casa.

India llegó el fin de semana siguiente. La botella de champán de Tracy contenía ahora un crisantemo marchito. India era una mujer reservada y femenina. Trajo a dos invitados por su cuenta, Fred y Miriam. Vivían los tres juntos en una granja en South Woodstock, en el estado de Vermont, no muy lejos de esos enormes bloques de cuarzo en forma de testículo. «Hay erecciones megalíticas por toda nuestra finca», le dijo India a Constance.

Fred acababa de vivir algo horrible, su esposa se había muerto. Un lunar de la cintura se le puso azul y en seis semanas estaba muerta.

Fred le dijo a Constance: «Las últimas palabras que me dijo fueron: “La vida dura bastante. No es mucho, pero sí bastante”». A Fred se le empañaban los ojos, pero no lloraba. Había traído una cinta de Blind Willie Johnson en la que cantaba *Dark Was the Night* y la ponía a menudo.

El sábado celebraron una gran comida con varias docenas de mazorcas frescas y una garrafa de vino blanco. Miriam le dijo a Constance: «No fue Rose quien murió, fue Lu-Ellen. ¡Lo que no daría Fred por que hubiese sido Rose! Lu-Ellen era sólo una muchacha de la oficina por la que estaba chiflado».

Miriam se lo contó entre susurros para que Fred no pudiera oírlo. Tenía granos de maíz entre los dientes, pero quitando eso era la viva imagen de una mujer exasperada. ¿Estaba enamorada de Fred?, se preguntó Constance. ¿O de Steven? En realidad, era con Edward con quien hablaba por teléfono cada dos por tres. Miriam le decía cosas a India del estilo de: «Edward dijo que se puso en contacto con Jimmy y que ya está todo arreglado».

Después de comer, todos se quedaron en silencio largo rato, escuchando el sonido de la máquina de escribir de Steven. Éste no comió, pues estaba reuniendo lo cósmico y lo personal, lo poético y lo explicativo. Durante las horas de trabajo, su único combustible era el zumo de pomelo.

India había traído cuatro bolsas de frambuesas de Vermont para Constance y Ben. Las bayas se habían estropeado un poco durante su viaje a través del estrecho. A Ben también le había traído un libro encuadernado en piel con gruesas páginas cremosas en blanco para que anotara sus pensamientos.

—A Steven no se le escapa nada, nada de nada —dijo India.

—Nunca he visto una inteligencia tan serena como la suya —dijo Miriam.

—¿Sabéis? —dijo Fred—, Vermont tiene un pequeño problema. Muchas de las cosas que la gente cree que son inscripciones antiguas sobre las piedras son en realidad raspones que dejaron los arados o las raíces de los árboles. Y, aun así, hay gente que se dedica a traducir esos raspones, aunque no sean auténticos.

India bajó la mirada y se rio entre dientes.

Más tarde, India, Miriam y Fred se llevaron a Charlotte y a Jill a un acantilado que se consideraba el punto más alto de la isla y todos saltaron al vacío. Era una de las diversiones favoritas de las niñas. Les encantaba saltar del acantilado y bajar a grandes trancos por la arena rosada hasta llegar a la playa, pero volver a subir no les gustaba nada.

Al día siguiente llovió. Por la tarde, Charlotte y Jill fueron con el trío de invitados de aquel fin de semana a ver una película al cine y Constance subió a la habitación de las niñas. La lluvia había entrado por la ventana abierta y estaba mojando un damero que había en el alféizar. Constance cerró la ventana y pasó un trapo. Se sentó en una de las dos camas y pensó en los dos conejitos que Charlotte y Jill habían tenido durante el verano de sus ocho años. Ben prestaba su voz a los conejitos y los hacía hablar de las verdades del mundo en un tono pomposo e irascible. A Constance siempre le había parecido desternillante. Entonces los conejos se murieron y las niñas no quisieron tener otra pareja. Constance miró por la ventana. La lluvia martilleaba de plata la calle oscura. No había un alma.

Esa noche reinó el silencio en la casa. Constance se acurrucó detrás de Ben en la cama y acarició su pelo.

—Háblame —dijo Constance.

—William Gass dijo que las parejas se parecen como dos paredes —dijo Ben.

—Eso no es más que una aliteración —dijo Constance—. Háblame un poco más.

Pero Ben no dijo mucho más.

Llegó Yvette. Tenía unas facciones bonitas y los ojos grandes, pero se la veía preocupada y siempre tenía el pelo sudado «por culpa de las visiones y el insomnio», según le contó a Constance. Deleitó a Charlotte y a Jill relatándoles el argumento completo de *Hospital General*. También leyó las palmas de sus manos sucias.

—Por mi propia constitución, estoy más o menos condenada al sufrimiento —dijo Yvette, al tiempo que señalaba las profundas arrugas que surcaban el pulpejo de su pulgar. Pero garantizó a las niñas que serían felices y que cada una tendría tres maridos y serían felices con todos ellos. Las niñas hicieron otra lista. Jill eligió a William, Daniel y Jean-Paul. Charlotte, a Eric, Franklin y Duke.

Constance miró las listas. No quería imaginarse a sus niñas como esposas enamoradas.

—¿Crees que Yvette es guapa? —preguntó Constance a Ben.

—No entiendo palabra de lo que dice —dijo Ben.

—No hace falta que entiendas lo que dice para pensar que es guapa —dijo Constance.

—No creo que sea guapa —dijo Ben.

—Me contó que Steven le dijo que sus palabras tenían un significado telepático y acumulativo.

—Bajemos al centro a por unos chicles —dijo Ben.

Los dos bajaron por la calle mayor. Cientos de personas abarrotaban la pequeña población. «¡Jerry! —gritó una mujer desde la entrada de una tienda—. ¡Dame dinero!» Había plazas de estacionamiento en batería en la calle de sentido único. Estaban llenas de coches herrumbrosos o de coches perfectamente encerados y ocupados por jóvenes de ambos sexos con las

radios a todo volumen.

—Qué montón de gente —dijo Constance.

—Hay una esfera de emisiones de radio de unos treinta años luz de diámetro que se expande a la velocidad de la luz e informa a cada estrella que alcanza de que nuestro mundo está lleno de gente.

Constance se quedó mirándolo.

—No veo la hora de que termine el verano —dijo.

—No recuerdo muchos agostos —dijo Ben—. A partir de ahora voy a recordar mis agostos.

Constance se puso a llorar.

—Es imposible hablar contigo —dijo Ben.

Caminaban de regreso a la casa. Un grupo de muchachas que llevaban al hombro mochilas con sus iniciales estampadas pasaron en bicicleta.

—Tú no hablas —dijo Constance—. Lo tuyo es taquigrafía, una miserable taquigrafía.

Yvette estaba haciendo palomitas de maíz para las niñas en la cocina mientras esperaba a Steven. Hablaba por los codos. Las niñas la miraban extasiadas. Yvette dijo:

—Me encanta conversar con desconocidos. Cuando os hagáis mayores, veréis que es mucho más divertido hablar con desconocidos que con tus amigos.

Ya bien entrada la noche, Constance se despertó al oír música del reproductor de casetes de Steven en la habitación de al lado. Hacía mucho calor esa noche. Tras las delgadas cortinas había una oronda luna azulada.

—Es la pieza más triste que he escuchado en mi vida —dijo Constance—. ¿Qué música es?

—Pues sí que es triste —dijo Ben.

Las niñas entraron en la habitación y zarandearon el hombro de Constance.

—Mamá —dijo Jill—, no podemos dormir. Yvette nos ha contado que el año pasado intentó matarse con unas tijeras.

—¡Oh! —exclamó Constance, enojada. Se llevó a las niñas de vuelta a su habitación. Se sentaron las tres en una cama y miraron la luna por la ventana.

—Yvette dijo que si el astronauta Gus Grissom no hubiera muerto en la plataforma de lanzamiento durante el incendio del *Apolo*, seguramente habría muerto de un infarto en la Luna —le dijo Charlotte a Constance—. Yvette dijo que Gus Grissom tenía las arterias taponadas de depósitos adiposos y que su cuerpo cumplía todos los requisitos para una tragedia. Yvette dijo que si Gus Grissom hubiera tenido un infarto en la Luna, nadie en el mundo habría podido volver a mirar al cielo con la misma admiración y asombro.

—Yvette dijo que todas las cosas pasan porque tienen que pasar —dijo Jill.

—Me gustaría darle a Yvette un puñetazo en los dientes.

Constance no había visto a Steven en varios días. Sólo había oído el ruido de la máquina de escribir y a veces aparecía un vaso en el fregadero que tal vez era suyo. Constance tenía en la cabeza la imagen de la botella de Coca-Cola sujeta al cordel de una persiana veneciana transmitiendo mensajes incoherentes al final de la película *La hora final*. Finalmente se acercó a su habitación y llamó a la puerta.

—¡Eh! —exclamó Steven.

Constance se avergonzó de haberlo molestado y se escabulló sin decir nada. Subió a la habitación de las niñas y miró por la ventana. Había un hombre junto al buzón, escudriñando el cartel con el horario de recogida de las cartas y negando con la cabeza.

Aster llegó con su hija Nora. Era una niña precoz. Tenía ocho años, llevaba sujetador, la melena pelirroja le llegaba a las rótulas y se sabía las letras auténticas e incomprensibles de casi todas las canciones new wave. Cantaba con una voz ronca, gastada, y movía su cuerpecillo hacia delante y hacia atrás como si fuera una fregona. Aster miraba a Nora mientras bailaba. Era una mirada de enfado, como la que podría dedicar una mujer a su marido. Constance pensó en Paul. Se había aburrido muchísimo con Paul, pero ahora se preguntaba qué era exactamente lo que le había aburrido tanto de él. Era

difícil recordar cosas aburridas. Paul no soportaba la mayonesa. La primera cosa que le había dicho a la madre de Constance cuando se conocieron fue que había tenido veinte coches a lo largo de su vida, lo cual era cierto.

—¿Piensas alguna vez en Susan? —preguntó Constance a Ben.

—Últimamente sale en la tele —dijo Ben—. Es un anuncio de Pepsi, pero Susan tiene en la mano un trozo de pollo frito.

—No he visto ese anuncio —dijo Constance con sinceridad, deseando no haberle preguntado por Susan.

Aster era una mujer mayor. Parecía impacientarse más que las otras visitas esperando que Steven acabara y bajara de una vez.

—Está haciendo una síntesis milagrosa ahí arriba, ¿no? —dijo con ironía—. ¿Pasión, tiempo? ¿Dentro, fuera?

—¿Estás enamorada de Steven? —preguntó Constance.

Aster se encogió de hombros.

Constance se quedó pensando. Tal vez el amor no era la meta ni la respuesta. Constance quería a Ben, pero ¿qué bien le hacía a él su amor? Ben casi se había muerto por culpa de su obsesión. Tal vez la comprensión era más importante que el Amor, y tal vez la forma más elevada de comprensión era la de uno mismo, de las propias motivaciones, deseos y capacidades. Constance pensó en ello, pero la idea no la sedujo demasiado. La descartó.

Aster y Nora eran muy buenas en un juego de mesa en el que se empleaban vocales, números e iniciales de nombres en un vertiginoso y polígamo diario de viaje para dar pistas al compañero de equipo sobre la susurrada identidad del personaje buscado.

—Estuve en Suiza con Tim durante cuatro días y luego fui a Nome con Ernest —dijo Aster.

—¡Mick Jagger! —exclamó Nora.

Luego Jill, mirando con furia a Nora, susurró algo al oído de Aster.

—Estuve —dijo Aster— en la India con Ralph sólo un día antes de conocer a Ned.

—¡El ayatolá Jomeini! —gritó Nora.

Charlotte y Jill se quedaron mirándola, ofendidas.

Esa noche, todos salieron salvo Constance, que se quedó en casa con

Nora.

—¿Sabes? —le dijo Nora—, no deberías beber quinina. A los pilotos de aerolínea no les permiten mezclar la ginebra con quinina. Afecta al juicio.

Esa tarde, en el pueblo con Aster, Nora había comprado muchas velitas. Ahora las repartió por la casa en platillos de café y las encendió. Con la ayuda de Constance, apagaron todas las luces y pasaron por todas las habitaciones disfrutando de la luz de las velas.

—¡Qué bonitas son! —dijo Nora. Tenía los pies grandes y blancos y llevaba una camisa de hombre a guisa de camisón—. Me parecen muy bonitas. No me gusta la luz eléctrica. La luz eléctrica lo ilumina todo a la vez. Todo tiene un aspecto tan *muerto*, ¿sabes a qué me refiero?

Constance echó una mirada a Nora y no respondió.

—Cuando todo está iluminado —dijo Nora—, es como si nada pudiera *ocurrir* de verdad. Es como si las cosas sólo pudieran *ser* lo que son.

Constance miró las oscilantes manchas de luz que proyectaban las velas. Era la primera vez que conocía a una persona mística.

—Las cosas que más me gustan son las que no me hacen pensar —dijo Nora—. Quiero decir que me sienta fatal usar el cerebro, ¿a ti no te pasa lo mismo? Cuando piensas en el mundo o en Dios, no te imaginas un cerebro gigantesco, ¿a que no?

—Por supuesto que no —respondió Constance.

—Pues claro que no —dijo Nora amablemente.

Las velas tenían fragancias distintas. Finalmente, una tras otra, más o menos en orden, se fueron apagando. El domingo, después de que Nora se marchara con su madre, Constance la echó de menos.

A Constance le costaba conciliar el sueño. Se iba a la cama mucho antes que los demás, a veces justo después de la cena, y se acostaba y no podía pegar ojo. Una vez consiguió dormir un rato y tuvo un sueño en el que el carrito que empujaba por los pasillos de un supermercado A & P era un carro de paradas cardiorrespiratorias, una unidad móvil completa de resucitación cardiopulmonar del mismo tipo que las que había visto en los pasillos de la

Unidad de Cuidados Intensivos del hospital. En el sueño, se mordía las uñas mientras empujaba el carrito por los interminables pasillos, atormentada porque no sabía qué productos elegir. Cogió un paquete de galletas saladas y lo puso en el carro entre una caja de catéteres de rotación automática y un desfibrilador. Constance se despertó, con el corazón latiendo desbocado. Escuchó un rato la serena respiración de Ben y luego salió de la cama, se vistió y bajó a pie al centro del pueblo. Era justo antes del alba y las calles estaban tranquilas y desiertas, pero alguien, aprovechando la noche, había arrancado todas las flores de las jardineras que había delante de las tiendas. Pegotes de tierra y pétalos rotos formaban una senda incierta ante ella. El estropicio doblaba una esquina. Constance deseó que Ben la hubiera acompañado. Habrían podido caminar juntos, sin tener que decir nada.

El fin de semana que llegó Bronwyn hubo muchísima niebla. Bronwyn era del sur. Era adusta y sincera, una baptista que acababa de abandonar a su marido sin volver la vista atrás. Había estado enamorada de Steven desde los trece años.

—Mis padres son baptistas —le dijo Constance.

La niebla se colaba a través de las mosquiteras. Una voz en la calle dijo: «¡No puedo creer que esa mujer nos haya servido otra vez pejerrey!».

Bronwyn tenía unas tarjetitas de visita con un dibujo de Jesús llamando a la puerta de tu corazón. Jesús vestía una túnica blanca y llevaba la barba muy bien recortada. Golpeaba con gesto pensativo las pesadas puertas de madera de un coqueto bungalow cubierto de enredaderas.

—¡Me acuerdo de este dibujo! —dijo Constance—. Cuando era pequeña veía ese dibujo por todas partes.

—Quédate una —dijo Bronwyn.

El corazón no parecía malvado, sino sencillamente cerrado. Constance se preguntó cuánto tiempo había imaginado el artista que Jesús estaría esperando ante la puerta.

Bronwyn se llevó a Charlotte y a Jill a recoger donativos para la protección de los mamíferos marinos. Se apostaron en la calle y recaudaron

más de treinta dólares en una lata de café marca Brim.

—Nuestra salvación depende de que aprendamos a comunicarnos con otros seres inteligentes —dijo Bronwyn.

Constance le firmó un cheque.

—Las ballenas y los delfines poseen una inteligencia muy sofisticada —le contó Bronwyn a Constance—. Conocen la fidelidad, el juego y la pena.

Constance le firmó otro cheque, se preparó un gin-tonic y subió a su cuarto. Esa noche oyó murmullos y gemidos que, en repetitiva secuencia, procedían de la habitación de Steven.

Al día siguiente, Bronwyn preguntó:

—¿Te ha gustado compartir casa con Steven?

—No lo he visto mucho —dijo Constance—. En realidad, casi nada.

—El verano puede ser una época muy difícil —dijo Bronwyn.

El último día de agosto, Ben alquiló un todoterreno rojo brillante sin capota ni laterales en la carrocería. Ben, Constance, Charlotte y Jill botaron en el coche toda la mañana y al mediodía se acercaron a la playa que había en la estribación más alejada de la isla, donde se alzaba el faro. Al acercarse al faro, Constance se sintió embargada por una extraña emoción. Quiso subir hasta lo más alto. La puerta de acero estaba cerrada con una cadena, pero a poco más de un metro de la base del edificio había un gran agujero en el hormigón, lleno de latas de cerveza y cristales rotos, y detrás se veía ascender una escalera de caracol con una celosía de hierro forjado. Charlotte y Jill no entraron porque no habían traído los zapatos, pero Constance se coló por el agujero y subió por la escalera. Se sintió dominada por una maravillosa sensación de esperanza al subir por aquel remolino estrecho de paredes enlucidas. Al llegar a lo más alto le faltaba el aire. Envueltas en un laberinto de cables y conectores había dieciocho potentes baterías de camión para alimentar la luz. Por un instante, su decepción veló su asombro. Vio el Atlántico abriéndose como un abanico sin una mota sobre su superficie, y a su pequeña familia en la playa, abajo, sentada en una manta rayada. Constance se asomó al balcón que rodeaba la linterna. «¡Os quiero!», gritó.

Ben miró hacia arriba y la saludó con la mano. Ella volvió a meterse en el faro y enfiló el descenso. No sabía exactamente lo que había esperado encontrar, pero sin duda no eran dieciocho potentes baterías negras de camión.

Esa noche, en la cama, Constance soñó con gente riendo. Abrió los ojos.

—Ben —susurró.

—Hola. —Estaba desvelado.

—He soñado risas —dijo Constance—. Quiero reír.

—Ríete mañana —dijo Ben. Y la volvió de espaldas y se aferró a ella. Constance sintió en su oreja la boca sonriente de Ben.

PREPARATIVOS PARA UN COLLIE

Está Jane, está Jackson y está David. Está el perro.

David está enterrando un pájaro. Tiene una lata que antes había contenido té y está cavando un agujero debajo de la ventana de la cocina. Murmura y llora un poco. Dedicó la mañana del domingo a la tarea. Tiene cinco años.

Jackson sale y dice:

—Ese agujero es demasiado grande.

Jackson será arquitecto. Pasa todo el día en la facultad y por la noche trabaja de camarero. Ve a Jane y a David los fines de semana. Por la mañana está demasiado cansado para desayunar con ellos. Jane se marcha antes de la nueve. Vende objetos de decoración en una tienda de adornos de Navidad y Jackson ya se ha ido cuando ella regresa por la tarde. David pasa todo el día en la guardería. Jackson se encarga de la barra hasta bastante después de medianoche. A veces birla una botella de whisky bueno y se la lleva a casa. Calza zapatos Oxford de dos colores y luce una alianza en el anular. Su ropa es pobre, pero tiene unas manos y unas uñas bien formadas. Jane suele estar durmiendo cuando Jackson se mete en la cama a su lado. Se acerca a ella sin encender la luz.

—No quiero despertarte —le dice.

Jackson es de Virginia. Una vez apareció una foto suya en un anuncio de VISITE WILLIAMSBURG publicado en *The New Yorker* en la que iba vestido con un traje de época. Han guardado la revista. Está en la estantería con sus libros.

Jackson se aplasta bien el pelo con agua antes de salir de casa. La casa siempre está hecha un desastre. No barren. Hay migas y juguetes rotos debajo

de todos los muebles. Hay boles de cereales por todas partes, con restos de leche agria. Hay pelo por todos los rincones. El perro suelta mucho pelo. Es un collie, tres años mayor que David. Es de Jane. Lo aportó al matrimonio, junto con sus cuencos mexicanos y una prenda de color azul.

Jane podría ser guapa, pero no sabe arreglarse el pelo. Tiene los ojos violeta. Y ése es el color que más le gusta. Tiene tres macetas de violetas en el salón, sobre la vieja mesa de ajedrez de Jackson. Florecen. Jackson lo comenta a veces. Nada florece aquí como las violetas.

Cuando Jackson se enfada de verdad con Jane, se quita las gafas y las rompe delante de ella. Es como si fuera lo más valioso que tuviese a mano. Y además son reemplazables, si bien es cierto que el acto provoca no pocos inconvenientes.

Jane y David cenan juntos todas las noches. Jane come como una niña. En esto es en lo que más se parece a David. Juntos son niños y comen basura. Jane nunca ha preparado la comida en esta casa. Es como si estuviera en un hotel de temporada. Ésta no puede ser su vida, no tiene por qué ser así. Se niega a familiarizarse con la casa, con el pueblo. Es una invitada. No tiene recuerdos. Está esperando. No tiene por qué sacar nada de estos momentos. Es una forastera aquí.

Espera a que Jackson se saque el título de arquitecto. Sus teorías sobre la construcción son realistas, pero su empresa resulta onírica, según comenta. A veces habla de «terrenos».

Han decidido deshacerse del perro. Jackson ha puesto anuncios en el periódico. Se lo pasa bien haciéndolo. Lleva semanas poniendo anuncios. El perro está libre y llama mucha gente. Jackson rechaza a todos los candidatos. Ya llevan tres fines de semana en los que el único tema de conversación ha sido el perro. La vida será más sencilla y no pueden dejar de pensar en ello, en el perro, en el acto, en esta decisión que los aguarda a la vuelta de la esquina.

El perro se ha acurrucado detrás de las cañerías que hay debajo del fregadero. David se agacha y le sopla suavemente en el hocico. El perro golpea el linóleo con la cola.

—Nos vamos a librar de ti, ¿sabes? —dice David.

Es noche de sábado y alguien se ha acercado a la casa para ver el perro.

—¿Es un collie de pura raza? —pregunta el candidato—. ¿Tiene los papeles en regla?

—A mí no me lo ha dicho. —Jackson sonrío.

Al cabo de todos estos años, seis, Jane se siente un poco confundida respecto a Jackson. Interpreta la confusión como una forma del amor que siente por él. ¿Qué sería de su amor por él si no fuera así? El amor que siente por David también es motivo de preocupación. Jane cree que no es guapo. Y da sobrados motivos de preocupación, según parece. Lloriquea, tiene sarpullidos, vomita. Tiene el pelo claro, la piel clara. Jane no se ve capaz de vivir toda la vida, hasta el último día, avergonzándose de su hijo.

Jane y Jackson están en la cama.

—Me encantan los domingos —dice Jane.

Jackson lleva una camiseta de manga corta. Jane mete la mano por debajo de la camiseta y le acaricia el pecho. Está esperando. A veces teme estar esperando a que la espera termine, teme que lo único que busca y pide es el final de la espera y nada más. Jackson la abraza sin abrir los ojos.

Es domingo. Jane vierte un poco de leche en un preparado de tortitas.

Jackson dice:

—David, quiero que dejes de llorar tanto y quiero que dejes de jugar a preparar magdalenas con los moldes de mamá.

Está enfadado, pero luego se ríe. Al cabo de un momento, David también se echa a reír.

Esa tarde, una mujer llega con una niña pequeña a la casa para interesarse por el perro.

—Se lo dije por teléfono, le daré a cambio unos huevos frescos —dice la mujer, al tiempo que le endosa a Jane un cubo de playa—. Pueden quedarse los huevos aunque al final decidan no darnos el perro. —Se interrumpe al ver que Jane duda—. Somos los Adams —dice la mujer—. Hemos venido por el anuncio.

Jackson le indica que se siente en una silla y dice:

—Señora Adams, no pretendemos darnos importancia con nuestra mascota. Nuestro único deseo es que lo acoja una buena familia. Muchas

personas se han puesto en contacto con nosotros y ahora hemos de tomar una decisión difícil. ¿En qué hogar inspirará la mayor alegría y encontrará la satisfacción canina?

Jane trae el perro a la sala.

—¡Aquí está, Dorothy! —exclama la señora Adams a la niña—. Ve a acariciarlo o algo.

—Es un perro bonito —dice Dorothy—. Me gusta mucho.

—Necesita un perro —dice la señora Adams—. Viniendo hacia aquí, me ha dicho: «Madre, podríamos llevárnoslo hoy a casa en el maletero. Y esta noche podría jugar con él». De verdad que nos gustaría quedarnos con este perro. La semana pasada perdimos el suyo. Lo coceó uno de los caballos hasta matarlo. Debíó de romperle hasta el último hueso de su cuerpecillo blandito.

—¡Qué lástima! —exclama Jackson.

—Y luego tuvimos el accidente —continúa la señora Adams—. Muéstrales tu brazo, Dorothy. Pero si casi te lo arranca. ¿Verdad, cariño?

La niña se sube la manga de la camisa. Tiene el brazo hecho un desastre, totalmente reconstruido, con una arruga amarillenta y apelmazada de tejido cicatricial.

—En realidad —dice Jackson—, me temo que mi mujer se ha comprometido con otra persona para darle el perro.

Una vez que se han marchado, Jackson dice:

—Me parto de risa con esta gente de campo.

El perro camina lentamente de vuelta a la cocina, contoneando sus altas y ridículas caderas. David vuelve a la mesa donde tienen servido el desayuno y coge algo, un trozo de comida. Lo mastica un rato y luego lo escupe. Se arrodilla y lo escupe en la rejilla del aire caliente.

—David —dice Jane. Contempla su cara. Es serena y redonda, la cara de un crío.

Ha caído la tarde. En la tele, un hombre vestido de chef carga seis pasteles y cae por unas escaleras. El incidente sirve para enseñar a contar.

—SEIS —exclama la pantalla.

—Seis —dice David.

Jane y Jackson están tomándose un whisky con zumo de manzana. Jane se pregunta qué hicieron para celebrar su último cumpleaños, el día que cumplió cinco años. ¿Dieron una pequeña fiesta?

—¿Qué hicimos por tu último cumpleaños, David? —pregunta Jane.

—Le hicimos un pudin —dice Jackson.

—No es verdad —dice Jane, preocupada. Mira la cara de David.

—SEIS RELOJES HACEN TICTAC —canta la tele.

—Seis —dice David.

El vaso de Jane está vacío.

—¿Puedo tomarme otra copa? —pregunta educadamente antes de levantarse para servirse otra.

Saca los cubitos de hielo del molde y los hace pedazos con una cuchara de madera. Al lado del congelador, sujeto con imanes, hay un fragmento de un poema que arrancó de un libro. Dice: «Los muertos deben quedar en silencio cuando uno se sienta a comer». Se pregunta por qué lo puso ahí. Tal vez para ayudarle a hacer dieta.

Jane regresa al sofá y David se sienta a su lado.

—Tú dices no y yo digo sí —dice.

—No —dice Jane.

—Sí —exclama David, entusiasmado.

—No.

—Sí.

—No.

—Sí.

—Sí.

David se queda callado, confundido. Luego ríe un poco. Siempre juegan a esto. A Jane le gusta jugar a este juego con él. Es bastante fácil de jugar. Jackson y Jane llevan a David a una buena guardería y siempre le compran tizas y ceras para pintar. Sin embargo, Jane no las tiene todas consigo con el niño. Es difícil saber cómo comportarse estando a solas con él.

El perro está sentado junto a un plato de aluminio abollado en la luminosa cocina. Jackson le está abriendo una lata de comida.

—¡Jesús! —dice—, qué perro más triste y bobo.

El perro se zampa su comida impasiblemente, atragantándose un poco. Debajo de la cola, el pelo le cuelga apelmazado en sucias barbas.

—¡Jesús! —dice Jackson.

Jane se acerca al armario de la cocina tambaleándose un poco.

—Voy a matar a este perro —dice—. Estoy harta.

Deja el vaso y saca del armario una botella de desatascador Drano. Luego coge medio kilo de carne picada que se está descongelando en un bol y desmenuza los trozos blandos de carne en un plato. Añade el desatascador a la carne y lo mezcla todo.

—Es mi perro —dice Jane—, y me voy a deshacer de él por ti.

David se pone a gritar.

—¿Por qué no te tomas otra copa? —le dice Jackson—. Te pones de lo más contenta cuando bebes.

David lloriquea. Agita las manos en el aire. Jackson lo coge en brazos. «Para», le dice. David rodea con las piernas el pecho de su padre y se le mea encima. La ropa de los dos se vuelve oscura como si les hubieran disparado a la vez. «Maldita sea», grita Jackson. Aparta los brazos. Deja de sujetar al niño pero su hijo se aferra a él, luego cae al suelo.

Jane sujeta a Jackson por el hombro. Le susurra algo al oído, tan brutal, en un tono tan poco familiar que sólo puede remitir al tiempo que los aguarda por delante. Jackson no reacciona. No dice nada. Se desabrocha la camisa. Se la quita y la tira al fregadero. Jane ha tirado allí la comida del perro. La camisa cae mansamente desde su puño abierto.

Jane se arrodilla y besa a su hijo meado. David no la mira. Sin embargo, es como si estuviera soñando que la mira.

LA BODA

Elizabeth siempre quiso leerle fábulas a su niña, pero ésta sólo quería escuchar el cuento del pajarito que pensaba que su madre era una excavadora a vapor. Solían discutir por esto. Elizabeth estaba harta de ese cuento. Le desagradaba en particular la parte en la que el pajarito decía: «No eres mi madre, eres un *moco*, ¡quiero irme de aquí!». Por la noche, cuando la niña se acostaba, Sam las oía a menudo discutir a gritos. Entonces ponía a calentar la parrilla para la cena, se servía otra copa y salía a sentarse a la mesa de pícnic. Al cabo de un rato, la puerta mosquitera se abría de golpe y Elizabeth salía meneando la cabeza. Había vuelto a disgustarse con la niña. No quería dormir. Estaba arriba, paseándose por la casa, haciendo «algodón de azúcar» en su tazón de porcelana de ceniza de hueso con forma de conejito. El «algodón de azúcar» era un Kleenex empapado en agua. A veces Elizabeth le contaba a Sam el cuento que había preparado para la niña. Los personajes de las fábulas de Elizabeth siempre perseguían la verdad o la felicidad y siempre recibían espejos o trozos de carbón. Los cuentos de Elizabeth estaban poblados de lobos, percherones y solipsistas.

—Haz el favor de tranquilizarte —le decía Sam.

—Sam —gritó la niña—, ven a probar mi algodón de azúcar. Está buenísimo.

La niña de Elizabeth le hacía pensar en Perla, la hija de Hester, aunque sabía bien que su padre, lejos de ser el «Príncipe del Aire», era asesor fiscal. Elizabeth le hablaba a veces de ese hombre. El año anterior no había compartido con ella la devolución del impuesto de la renta aunque habían hecho declaración conjunta y la mitad de los ingresos del año los había

conseguido ella. El asesor fiscal le dijo a Elizabeth que no sabía hacer una a derechas. Elizabeth, por su parte, le dijo a su asesor fiscal que era un eyaculador precoz empedernido.

—Sam —gritó la niña—, ¿por qué te pones la mano en el corazón?

—Es mi whisky —dijo Sam.

Elizabeth era una joven nerviosa. Estaba nerviosa porque no se había casado con Sam. Ese deseo de volver a casarse la avergonzaba, pero no podía reprimirlo. Sam estaba casado con otra. Sam siempre estaba casado con otra.

Sam y Elizabeth se conocieron como la gente suele conocerse. De pronto apareció una luz ilusoria en la oscuridad. Una luz que era un recordatorio tenebroso de la oscuridad que aguarda a los solitarios. Se conocieron cenando en la boda de la hija de un amigo común. Se sirvieron unos platos deliciosos y se hicieron muchos brindis extravagantes. A Sam le gustó el aura de Elizabeth y a ella también le gustó la de él. Bailaron. Sam bebió bastante. En un momento dado le pareció ver un conejo rojo entre las flores que adornaban el centro de mesa. Y era verdad, la boda se celebró en la semana de Pascua, pero la visión le preocupó. Volvieron a bailar. Sin dejar de bailar, Sam guio a Elizabeth lejos de la fiesta hasta llegar al aparcamiento. Sam tenía un coche aburrido y limpio, de no ser por una bolsa de comida congelada que se estaba derritiendo.

A Elizabeth le encantaron sus besos. Por otra parte, cuando Sam vio las exiguas braguitas de Elizabeth estampadas de brillantes flores le pareció que iba a desmayarse de pura felicidad. Era un sentimental.

—Te quiero —le pareció oír a Elizabeth.

Sam juraría más adelante haber oído que Elizabeth decía: «La vida es un privilegio excéntrico».

Aquel comentario le preocupó, pero no entonces.

Comenzaron a salir juntos. Elizabeth prometió tener a la niñera en casa siempre que quedaran. Al principio, Elizabeth y Sam intentaban hacerse

cosas perversas e imaginativas el uno al otro. Aquello culminó la tarde en que Sam metió una cucharada de tiramisú entre las piernas de Elizabeth. Por supuesto, la primera reacción de Elizabeth fue ponerse nerviosa. Luego se le pasaron los nervios y empezó a contemplar los hombros sudorosos y bonitos de Sam con auténtica aprensión. Lo dejaron por imposible los dos al mismo tiempo. Les pareció una buena señal. La batalla se libra siempre entre el principio de placer y el principio de realidad, ¿verdad? La imaginación no es tan estupenda como la pintan. Sam decidió poner en cuarentena ese rito pequeñoburgués de consumir comida de los orificios del amante. En vez de ello, optó por conformarse con amar a Elizabeth sin más.

—¿Sabías que Charles Dickens quería casarse con la Caperucita Roja?

—¿En serio? —exclamó Sam, consternado.

—Bueno, quería casarse con ella de niño —dijo Elizabeth.

—Ah —dijo Sam, aliviado.

Elizabeth tenía una casa y una niña pequeña. Sam tenía una casa, un coche y un balandro langostero. Sus casas estaban a casi dos mil cien kilómetros de distancia. Pasaban el invierno en el sur, en la casa de Elizabeth, y en verano subían en coche a la casa de Sam. El viaje les llevaba dos días. Ya lo habían hecho un par de veces. Cada vez parecía igual. Compraban melocotones, cigarrillos y petardos. La niña solía sentarse en el suelo del asiento delantero y hablar con la rejilla del aire acondicionado.

—Es una emergencia —decía—. Hagan el favor de venir.

En el último viaje que habían hecho, Sam llamó a su abogado desde un restaurante Hot Shoppe en la autopista de Nueva Jersey. El abogado le dijo que esa misma mañana habían concluido los trámites de su divorcio. Había sido el tercer matrimonio de Sam. Al principio, él y Annie parecían muy compatibles. Cuidaban el uno del otro con realismo, afecto y sentido común.

Entonces Annie decidió volver a la universidad. Empezó a interesarle el conductismo animal. Se acumularon los libros. Nunca paraba en casa. Siempre estaba viajando para hacer trabajos de campo, en matorrales o playas, o visitando a un ornitólogo de Barnstable.

—Annie, Annie —le suplicaba Sam—. Invitemos a los amigos a tomar unas copas en casa. Vamos a podar el manzano. Hagamos ese pastel de naranja que siempre me hacías por mi cumpleaños.

—No he hecho un pastel de naranja en mi vida —dijo Annie.

—Annie —dijo Sam—, ¿no podrías hacer una asignatura de poesía romántica del diecisiete o algo por el estilo?

—Bebes demasiado —dijo Annie—. Te pones violento cada noche a las nueve. Tus patrones de conducta están gravemente limitados.

Sam se agarró la cabeza con las manos.

—Y además estás reduciendo mi capacidad de respuesta frente a situaciones significativas, Sam.

Sam se sirvió otro whisky. Se encendió un cigarrillo. Se tizó un bigote con un trozo de carbón de barbacoa.

—Soy el capitán Blood —dijo—. Quiero besarte.

—Errol Flynn tenía el cuerpo de un nonagenario cuando se murió —dijo Annie—. El alcohol le había dejado el cerebro hecho papilla.

Annie ya había empaquetado el portatostadas y las piezas de peltre, y había enrollado su alfombra persa.

—Me llevo este disco de Wanda Landowska —dijo—. Es lo único que me llevo en materia de discos.

Sam, con su bigote de carbón, se quedó sentado, muy tieso, en su extremo de la mesa.

—Las variaciones de nuestra vida han dejado de ser significativas —dijo Annie.

La casa de Sam se hallaba en un promontorio que dominaba una cala. La cala se estaba transformando en una marisma salina. A Sam le gustaban las marismas, pero creía haber comprado una propiedad en una cala de aguas

profundas en la que podría entrar y sacar su velero. Deseó no tener que presenciar la transformación de su cala en una marisma. Cuando compró la casa, estaba tan feliz por todo que celebró una gran cena en la que sirvió *soupe de poisson* cocinada solamente con los peces que había pescado él mismo en la cala. Ahora parecía que no pudiera librarse de esa fiesta anual. Cada año, la *soupe de poisson* parecía menos buena que la del año anterior. Annie le había recomendado un año antes de separarse que tal vez fuera oportuno dejar de celebrar esa cena.

Cuando Sam regresó a la mesa en el Hot Shoppe de la autopista de Nueva Jersey después de enterarse de su divorcio, Elizabeth no lo miró.

—He probado con varias palabras y ninguna me parece adecuada —dijo Elizabeth.

—Bueno —dijo Sam.

—No sé qué puede ser —dijo Elizabeth.

Sam miró su tostada. No se sentía delgado, ni joven, ni libre de cargas.

—En la frase siguiente, se emplea la misma palabra en los espacios en blanco, aunque se pronuncia de forma distinta. —Elizabeth tenía la cabeza agachada. Estaba leyendo el mantelito del restaurante—. No mires el tuyo todavía, Sam —dijo—. Trae la respuesta. —Cogió el mantelito de Sam y lo tiró de la mesa, manchándole sin querer el puño de la camisa con café—. «Dos hombres ___ llegan a una cafetería en hora punta. La camarera los mira con ___ de decirles que no hay ninguna mesa libre.»

Sam la miró. Ella sonrió. Él miró a la niña. La niña tenía los ojos cerrados y rumiaba. Sam pagó la cuenta. La niña fue al cuarto de baño. Una hora más tarde, justo antes del puente de Tappan Zee, Sam dijo: «Interesantes».

—¿Qué? —dijo Elizabeth.

—Interesantes. Interés antes. Es lo que encaja en los dos espacios en blanco.

—Has mirado la respuesta —dijo Elizabeth.

—Maldita sea —gritó Sam—. ¡No he mirado nada!

—Sabía que esto iba a pasar —dijo Elizabeth—. Sabía que sería así.

Es una noche muy calurosa. Elizabeth se ha magullado las muñecas con hiedra venenosa. Las tiene cubiertas con loción de calamina. Ha tapado el unguento con papel film y lo ha sujetado con una goma. Sam está enamorado. Huele el maravilloso olor a ropa limpia y sol que emana del cuerpo de Elizabeth y la loción de calamina.

Elizabeth se dispone a contarle un cuento de hadas a la niña. Sam trata de convencerla de que esas fábulas son mojigatas y de un realismo zafio.

—Cuéntale cualquiera que no sea «El príncipe rana» —susurra Sam.

—¿Y por qué no voy a poder contarle ésa? —dice Elizabeth. Está preocupada.

—El sapo representa la sexualidad masculina —susurra Sam.

—Ay, Sam —dice ella—, qué superficial eres. Ése es un análisis muy superficial de los cuentos sobre animales que se convierten en novios.

Sam suelta un bufido mientras le mordisquea suavemente la clavícula.

—Ay, Sam —dice ella.

La primera mujer de Sam era muy guapa. Tenía el vientre más plano que había visto nunca y una melena negrísima y completamente lacia. La adoraba. Le era fiel. Escribió los nombres de los dos en las guardas de todos sus libros. Viajaron a Europa. Viajaron a México. En México se hospedaron en una gran habitación de un hotel sencillo que daba a una plaza. Los árboles de la plaza estaban podados de tal forma que parecían unas cajas perfectas. Cada noche, cientos de pájaros se posaban en los árboles en busca de refugio. Junto al hotel había la tienda de un hombre que hacía féretros. Muchos de sus ataúdes parecían pequeños, para niños. La mujer de Sam se deprimió. Se quedaba tumbada en la cama gran parte del día. Fingía que se estaba muriendo. Quería que Sam le hiciera el amor y que fingiera que ella se estaba muriendo. Quería un hijo. Estaba muy confusa.

Sam aventuró que tal vez los iones del aire mexicano eran los responsables de su depresión. Seguía amándola, pero cada vez les costaba

más a los dos seguir adelante. Ella no cesaba de retirarse a un paisaje caótico de sentimientos encontrados.

Su depresión se agravó. Sólo tenían veinticuatro años y ya llevaban seis de casados. A menudo iban juntos a parques de atracciones. Lo que más les gustaba eran los autos de choque. La última vez que fueron a un parque de atracciones, Sam le había roto la mano a su mujer al chocar de frente contra el coche de ella. Seguramente, de no haberse sentido los dos tan terriblemente tristes, habrían podido superar el incidente.

En plena noche, la niña corre por el pasillo y entra en la habitación de Elizabeth y Sam.

—¡Sam! —grita la niña—. ¡El partido de béisbol! Me estoy perdiendo el partido de béisbol.

—No hay ningún partido de béisbol —dice Sam.

—¿Qué es esto? ¿Qué está pasando? —grita Elizabeth.

—Sí, sí —llora la niña—. Llego tarde, me lo estoy perdiendo.

—¿Pero de qué va esto? —grita Elizabeth.

—Está teniendo un ataque de ansiedad —dice Sam.

La niña se mete el pulgar en la boca y luego lo vuelve a sacar.

—Es demasiado pequeña para tener ataques de ansiedad —dice Elizabeth—. Sólo es un sueño.

Elizabeth se lleva a la niña de vuelta a su cuarto. Cuando regresa, Sam ha puesto la espalda contra las almohadas y se está tomando un whisky.

—¿Por qué te pones la mano en el corazón? —pregunta Elizabeth.

—Creo que es porque me duele —dice Sam.

Elizabeth intenta de nuevo meterle una fábula a la niña en la cabeza. Esta vez está decidida. Sam acaba de volver a casa después de amarrar el velero en la cala. Ha puesto la radio y se ha tumbado en la bañera llena de agua caliente.

—Había dos naufragos en una isla desierta —dice Elizabeth—. Uno de ellos fingía que estaba en su casa mientras que el otro aceptaba que...

—Ay, mamá —dice la niña.

—Ésa me la sé —dice Sam desde la bañera—. Mueren los dos.

—No es un cuento primitivo —dice Elizabeth—. Los finales insulsos y sin clímax sólo son típicos de los cuentos primitivos.

Sam dobla las rodillas y hunde la cabeza en el agua. El agua tiene un color prodigiosamente azul. Elizabeth tiñó un día las cortinas en la bañera y manchó la loza. El azul es el color favorito de Elizabeth. Paso a paso, la casa de Sam se está volviendo azul. Sam quita el tapón y sale de la bañera. Se seca con una toalla. Se pone una camisa, una corbata y un traje veraniego de color blanco. Se ata los cordones de sus zapatillas de deporte. Se peina hacia atrás el pelo mojado. Entra en el cuarto de la niña. Las luces están apagadas. Elizabeth y la niña se miran en la oscuridad. Hay luciérnagas en el cuarto.

—Se le han pegado a la ropa —dice Elizabeth.

—¿Quieres casarte conmigo? —pregunta Sam.

—Me encantaría —dice ella.

Sam visita a sus amigos, empezando por Peter, el más antiguo de todos.

—Voy a casarme —dice Sam.

Se produce una pausa.

—Una vez más zarpa el barco —responde Peter finalmente.

Casarse es más difícil de lo que la gente cree. Sam lo había olvidado. Por ejemplo, ¿qué ambiente hay que darle a la fiesta? La madre de Elizabeth opina que una tarta nupcial es imprescindible. A Elizabeth le da vergüenza ajena pensarlo.

—No quiero ni pensarlo, mamá —dice.

Confía a su madre y a su hija la responsabilidad de la tarta nupcial. Por sugerencia de la niña, tendrá el centro de mermelada y un velero encima.

Elizabeth y Sam deciden casarse en la casa de una juez de paz. Se llama señora Custer. Luego volverán a casa para la fiesta. Invitan a muchísima gente.

—He quitado lo de «obedecerte» —dice la señora Custer—, pero conservo «amarte» y «respetarte». Hay gente a la que no le gusta el «obedecerte».

—Me parece muy bien —dice Sam.

—Podríamos empezar ahora mismo —dice la señora Custer—. Pero mi marido no tardará en llegar a casa. Si le esperamos un rato, no tendremos que interrumpir la ceremonia.

—Me parece muy bien —dice Sam.

Esperan de pie. Sam le susurra a Elizabeth:

—Debería pagarle algo a esta mujer, pero me he dejado la cartera en casa.

—Me parece muy bien —dice Elizabeth.

—Todo irá bien —dice Sam.

Se casan. Vuelven en coche a casa. Todo el mundo ha llegado y algunos de los invitados han traído a sus hijos, que corretean por la casa con la niña de Elizabeth. Una pequeña tiene el pelo largo y rojizo y las uñas pintadas de verde.

—Me acuerdo de ti —dice la niña—. Tenías un gatito. ¿Por qué no has traído al gatito?

—Las chuletas de la barbacoa son del gatito —dice la pequeña.

Elizabeth lo oye. «Cielo santo», dice. Se lleva a su hija al cuarto de baño y cierra la puerta.

—Las cosas no son siempre lo que parecen —le dice a la niña.

—Mamá, quiero tener las uñas verdes como esa niña.

—Elizabeth —la llama Sam—. Sal, por favor. La casa está llena de gente. Me estoy emborrachando. Llevamos casados una hora y quince minutos.

Sam cierra los ojos y apoya la frente en la puerta. Entra milagrosamente. El pestillo no estaba echado. La niña se escapa por el resquicio, feliz de recuperar su libertad. Sam besa a Elizabeth junto a la bañera azul. La besa junto al lavamanos y delante del espejo de pie. La besa mientras apoyan sus cuerpos en el alféizar de la ventana. Juntos, en su abrazo animista, salen flotando por la ventana y rodean la casa, mirando desde las alturas a todos aquellos que, abajo, no han encontrado el amor verdadero.

EL MOZO JARDINERO

El mozo jardinero era un materialista espiritual. Vivía en el Ahora. Se había liberado de la cadena kármica. Ser un iluminado no era nada fácil. Había que trabajar duro. De hecho, era un trabajo manual.

El ser iluminado es libre. Siente el dolor y la tristeza de quienes le rodean, pero no siente necesariamente los suyos propios. El mozo jardinero creía que llevaba dos meses iluminado, a lo sumo.

El mozo jardinero era dueño de dos cosas. Una era una camioneta descubierta. La otra, un chorlito disecado que había encontrado en el mercadillo de intercambio que tenían montado en el vertedero. El pájaro estaba ahora en la habitación que había alquilado. La otra cosa que tenía en la habitación era una cama. La casera le proveía de sábanas y toallas. A veces, cuando volvía acalorado y sudado del trabajo, con trocitos de hojas y otras porquerías en el pelo, la casera le daba una porción de tarta de lima casera.

El mozo jardinero estaba satisfecho. Tenía los brazos musculosos y la espalda bronceada. Era compasivo. Tenía novia. Cuando pensaba en ello, sospechaba que tener novia lo amarraba a la seguridad que pretendía evitar. Lo cual se trataba, sin embargo, de un prejuicio, y el prejuicio era la peor de las formas de seguridad. El mozo jardinero creía que, con respecto a este particular, había encontrado el equilibrio. Intentaba ver las cosas tal y como eran, desde la nada, y creía que, en lo que respectaba a su novia, había resuelto esa dificultad de forma satisfactoria. Lo importante era ser capaz de mirar más allá de los velos del prejuicio.

El mozo jardinero era un joven apuesto. Era muy poco hablador. Era atractivo. Ahora que se dedicaba a la jardinería, sus manos olían a fertilizante

6-6-6. Sus vaqueros olían a híbrido de mandarina y pomelo. Era honesto y sincero, una persona directa que no hacía distinciones. Para su chica, tenía una herramienta estupenda que siempre funcionaba como la seda.

El mozo jardinero trabajaba para varios clientes pudientes. Cada día por la mañana se subía a su camioneta y enfilaba los viaductos hasta llegar a los Cayos de Florida, donde pasaba el cortacésped, podaba, cortaba y cargaba sacos de residuos. Hablaba con las plantas. Siempre les decía lo que iba a hacerles antes de hacérselo para así darles la oportunidad de prepararse. Las plantas hace mucho tiempo que viven en el Ahora, pero eso no quita que haya que explicarles algunas cosas.

En la casa de los Wilson, el mozo jardinero corta el retoño de un pomelero. Es febrero. Aun así, al árbol no parece hacerle mucha gracia. La señora Wilson sale de la casa y vigila al mozo jardinero mientras trabaja. La acompaña su hijo. Tiene unos tres años. Aún no habla. Se llama Tao. La señora Wilson es rica y puede permitirse ser extravagante. ¿Y qué iba a hacer, si no?, le preguntó una vez al mozo jardinero. ¿Llamar a su niño George? ¿Larry? Por el amor de Dios.

Su obstetra le dijo llegada la hora que jamás había visto una cabeza tan bien formada.

El terreno de los Wilson es espléndido. La señora Wilson viste ropa espléndida y luce una figura espléndida. Tiene un espléndido cocinero cubano. La casa está valorada en setecientos cincuenta mil dólares. Las plantas están valoradas en unos cien mil dólares. Todo tiene un precio. Es estupendo. Se ha asignado un valor preciso a todas las cosas. En el cómputo entran hasta el último gusano y pulgón. Hay que abonar cierta cantidad de dinero para exterminarlos. El césped se replanta todos los años. Las costuras entre los tepes aún se pueden ver semanas después de plantarlos, pero entonces los recuadros de hierba se traban los unos con los otros y la superficie adquiere, por todas partes, a sol y a sombra, un verde suave, penetrante e inverosímil, semejante al color de un loro.

La señora Wilson sigue al mozo jardinero mientras éste se ocupa del

hibisco, la buganvilla, la poinciana, el hibisco rojo, el trompetero naranja. Se detienen debajo del mango y miran hacia arriba.

—¿No te parece pagano? —dice la señora Wilson.

Cierra la boca, cierra las puertas, deshaz los entuertos, empaña lo que brilla, piensa el mozo jardinero.

La señora Wilson dice:

—Nunca he entendido la naturaleza, todo este afán suyo. Toda su voluntad...

Agita sus delgados brazos al notar el penetrante olor de las plantas, la confusión de sus colores. Aun así, levanta la vista hacia los mangos que cuelgan. Guau, piensa la señora Wilson.

Tao está de pie entre el mozo jardinero y la señora Wilson con una adelfa en la boca. Es rosa. El pelo de Tao es dorado. Sus ojos son azules.

El mozo jardinero le quita la flor de la boca.

—Veneno —dice el mozo jardinero.

—¿Qué ocurre? —exclama la señora Wilson.

—Una adelfa —dice el mozo jardinero.

—Tálala, arráncala, deshazte de ella —exclama la señora Wilson—. ¡Tesoro mío!

Imagina entonces que secuestran a su hijo, que unos hombres con acné lo retienen y piden por él un rescate astronómico.

La señora Wilson entra en la casa y se prepara una copa. El mozo jardinero se acerca a la adelfa. La adelfa tiembla con la brisa. El mozo jardinero se queda frente a ella unos minutos, con la podadora colgando a un lado.

La señora Wilson lo observa desde el interior de la casa. Toma un sorbito de su copa y se acaricia los pezones calientes con el vaso. El hielo tintinea. El mozo jardinero alza la podadora y la abre. El tornillo que sujeta las dos hojas se rompe. Camina entonces hacia la casa, hacia donde la señora aguarda detrás de las puertas de cristal. La casa pesa una tonelada incluyendo el cristal. El arquitecto de la casa era el más importante del sur del país, le contó en una ocasión la señora Wilson al mozo jardinero. Todo lo que hizo estaba diseñado para dar sensación de libertad y espacio. Todo estaba diseñado para

que los inquilinos tuvieran la impresión de encontrarse al aire libre. Su objetivo era derribar las fronteras, la conciencia de los límites. La señora Wilson le dijo al mozo jardinero que aquel arquitecto era un imbécil.

Detrás del cristal, la señora Wilson comprende la dificultad. Detrás de los dientes de la señora Wilson hay una lengua que sabe a bourbon.

—Te bajo en coche al centro y compramos un chisme nuevo —dice ella. Está decidida.

La señora, el mozo y Tao suben al Mercedes SL 350. Es una conductora magnífica. Ha puesto el Mercedes a más de doscientos por hora, le dice al mozo jardinero. El motor zumbaba de maravilla a doscientos por hora, ni un ruido de sufrimiento.

Dejan atrás las playas y enfilan los viaductos. La señora zigzaguea a la velocidad del rayo entre el tráfico con un estupendo sentido del ritmo. Tras ellos, ancianos en coches diminutos saltan a veces al arcén, asustados. La señora Wilson les echa un vistazo por el retrovisor, sin que se desprenda de su gesto si está satisfecha o insatisfecha. Pone la mano en la rodilla del mozo jardinero. Le frota la pierna.

Tao se cuela desde el asiento de atrás y se sienta al otro lado del mozo jardinero. Le pega un mordisco.

Vivo en un vertedero espiritual, piensa el mozo jardinero. Debo convertirlo en un cuarto con un solo objeto hermoso en su interior.

El sudor desciende por la columna del mozo jardinero. Tao le devora el brazo como si fuera de requesón.

—¡Qué pasa ahí! —grita la señora Wilson.

Da media vuelta en medio de la carretera. Una camioneta de reparto de helados se detiene de un frenazo y de su interior salen despedidos un musical tintineo y una caja de polos de chocolate. La señora Wilson abofetea varias veces a Tao mientras conduce a toda velocidad de vuelta a casa. Su axila afeitada se eleva y baja ante la mirada del mozo jardinero.

—¡Indultaremos al adelfo! —les grita a los dos—. ¡Me da igual!

En el aparcamiento, rodea el coche corriendo y le da un pellizco a Tao en la nariz. El niño abre la boca. Ella le agarra del pelo y se lo lleva en volandas a la casa.

El mozo jardinero regresa a su camioneta, se sube y se marcha. El mundo no es un nido ni tampoco un patio de recreo, piensa el mozo jardinero.

El mozo jardinero está acostado en su habitación y piensa en su novia.

Ábrete, ríndete, date un poco de espacio, esparce y vierte, piensa el mozo.

El mozo jardinero siega el césped de la piscina de Johnny Dakota. Dakota es aficionado a la heroína y a los bienes inmateriales. Mientras trabaja, el mozo jardinero oye a sus espaldas un estruendoso chapuzón. Mira en la piscina y ve una piedra en el fondo. Después de segar el césped, va a por una red y pesca la piedra. Es tan grande como su mano, y gris, con alegres vetas de hierro y metal que la recorren de lado a lado. El mozo jardinero cree que es un meteorito. De no haber aterrizado en la piscina, seguramente aún estaría ardiendo.

Es interesante, pero tampoco tan interesante. La posibilidad de sobrevivir a la atmósfera terrestre es de una décima parte de un uno por ciento. Hay cosas que son más interesantes. No obstante, el mozo jardinero se la muestra a Johnny Dakota, pensando que tal vez quiera meterla en una caja y guardarla en su casa para evitar que el aire la corra.

Johnny Dakota mira al cielo, luego a ese detrito espacial, y finalmente al mozo jardinero. Es un hombre esbelto, en buena forma. Sólo sus ojos y sus manos parecen envejecidos. Tiene profundos surcos en sus manos y las uñas aplastadas. Una vez le dijo al mozo jardinero que su madre había muerto por arrancarse un pelo rebelde de la nariz mientras estaba de vacaciones en Calabria. Su padre había perdido la vida en un incidente en Chicago. Las tinieblas siempre están al acecho, le había dicho al mozo jardinero.

Johnny Dakota suele bañarse a esta hora de la mañana. Lleva puesto su bañador largo y las chancletas. Si hubiera estado en la piscina, le habría dado en la sesera. Una vez su madre había soñado que perdía un diente y al cabo de un par de días su primo la palmó.

Johnny Dakota está cabreado. Salta a la vista. Tiene el gesto

ensombrecido. Su boca es una línea finísima. Le da al mozo jardinero dos billetes de veinte dólares y le dice que entierre el pedrusco en el patio trasero. Le pide que no cuente lo ocurrido a nadie.

El mozo jardinero coge la piedra y la entierra bajo un ficus lirado en la esquina norte de la casa. El ficus está angustiado. Es magnética, eso es lo único que saben de la piedra. El ficus está casi tan alterado como Johnny Dakota.

El mozo jardinero se ha acostado en su cuarto. Su novia se lo está haciendo pasar mal. Tenía la costumbre de visitarlo en su cuarto varias noches a la semana, pero ahora ya no lo hace. La llevará a cenar fuera. Destinará esos dos billetes de veinte dólares a una cena estupenda.

El mozo jardinero está asqueado consigo mismo. La araña teje su red en el telar de la carencia, piensa. Siente deseo por su novia. Su mente trasiega entre pensamientos del futuro y pensamientos del pasado. Ha perdido el contacto con la aguda simplicidad y prodigiosidad del instante presente. Mira a su alrededor. Abre bien los ojos. Los vaqueros del mozo jardinero están asquerosos. Un insecto verde se cuela entre las plumas escapulares del chorlito y luego vuelve a salir.

El mozo jardinero baja las escaleras. Regala el chorlito a la casera. Ella parece encantada. Lo pone en una repisa de la despensa, con su colección de piezas de vidrio opalino. La casera tiene el pelo cano, un quiste sebáceo y unas piernas viejas que terminan en unas zapatillas de deporte. Quiere que el mozo jardinero eche un vistazo a una planta que acaba de comprar. Está plantada en una maceta grande de plástico verde, puesta al sol de su cocina. Nada más obvio que lo escondido, piensa el mozo jardinero.

—Esta planta está loca —dice el mozo jardinero.

La casera parece desconcertada. Se aleja un poco de la planta, un helecho pata de liebre.

—Ha presenciado algo horrible —dice el mozo jardinero.

—La he comprado en la floristería a la que siempre voy —dice la casera.

El mozo jardinero meneaba la cabeza. La planta agita una hoja arrugada y la

deja caer.

—¿Loca? —pregunta la casera. Le dan ganas de llorar. No tiene familia, no tiene a nadie.

—Más loca que una cabra —dice el mozo jardinero.

El restaurante que ha elegido la novia del mozo jardinero no es caro. Es un restaurante de pescado. Los platos son de plástico. Hay una botella de salsa picante en cada mesa. A la chica no le gustan los sitios elegantes.

La novia del mozo jardinero no le habla. De hecho, hace días que no le habla. Él sabe que debe sentirse satisfecho con cualquier situación que se presente, pero ahora está pasando por ciertas dificultades en su iluminación.

La casera del mozo jardinero ha dejado su helecho de pata de liebre junto a los cubos de basura de la calle. El mozo jardinero lo recoge y lo mete en la cabina de su camioneta. Ahora le acompaña adondequiera que vaya.

El mozo jardinero recibe una nota de su novia. Dice así:

Tengo un ego demasiado sano como para meterme en una relación seria contigo. No me gustas. Adiós.

ALYCE

El mozo jardinero trabaja para el señor Crown, un dibujante que vive en una bonita casa a orillas de la bahía de Florida. Enfrente, alguien se está haciendo una casa aún más bonita que mira al golfo. El señor Crown fue en su día el más renombrado ilustrador de arte vaquero del país. Tiene en su estudio la chaqueta de George Custer. A veces el mozo jardinero posa para el señor Crown. Un año antes, un distinguido coleccionista de Cody, Wyoming, adquirió el retrato de un indio, que antes había sido el mozo jardinero, por cincuenta mil dólares. Este año, sin embargo, al señor Crown no le va tan bien. Se ha visto relegado a ilustrar libros infantiles. La fortuna ha dejado de

sonreírle. Además, la construcción al otro lado de la calle lo saca de sus casillas. La casa nueva le tapaná la vista del sol en su descenso diario hacia el mar.

Los editores del señor Crown le han dicho que no están interesados en vaqueros. Ya hace demasiado que dura esa historia del arte vaquero.

El mozo jardinero fumiga las plantas para prevenir las plagas de cochinilla y negrilla.

—No necesito el dinero, pero es un insulto —dice el señor Crown al mozo jardinero.

El señor Crown regresa a la casa. El mozo jardinero se toma un descanso para beber un trago de agua. Se sienta en la cabina de su camioneta y bebe de una garrafa de plástico. Salpica con un poco de agua el helecho pata de liebre. El helecho está ahí en el asiento, babeando un poco de vermiculita, completamente chiflado.

El mozo jardinero y el helecho se quedan sentados.

No es un lugar tranquilo para estar sentado. El jaleo de las obras a orillas del golfo es considerable. No obstante, el mozo jardinero se bebe el agua y trata de reflexionar sobre la dignidad y simplicidad del momento.

Entonces se oyen unos disparos. El mozo jardinero saca la cabeza por la ventanilla de su camioneta y ve al señor Crown disparar desde su estudio a los obreros de enfrente. Los obreros tardan un momento en percatarse de que les están disparando. Las balas abren unos agujeros grandes y harinosos en el cemento. Las balas silban a través de las ventanas que enmarcarán la puesta de sol. Los obreros gritan al unísono y tratan de ponerse a cubierto. El mozo jardinero se agazapa debajo del volante de su camioneta. Los pelitos tubulares y marrones de los tallos del helecho se ponen de punta.

El tiroteo cesa al cabo de unos minutos. El señor Crown vuelve a su mesa de dibujo. Nadie resulta herido. El señor Crown es detenido y deposita una cuantiosa fianza. Más tarde se retiran los cargos. Las obras de la casa de enfrente terminan. Aun así, el señor Crown parece más tranquilo. Deja de dibujar. Cuando quiere contemplar algo, contempla la bahía. Le dice al mozo jardinero que, en lo que a él respecta, las puestas de sol son agua pasada.

El mozo jardinero y el helecho de pata de liebre viajan en coche de césped en césped y, a medida que pasan los días, el helecho, en su maceta verde, se va inclinando un poco hacia delante, aunque el aire impulse hacia atrás sus hojas. Al viento, sus hojas se enroscan hacia atrás como los labios de un dóberman.

El mozo jardinero ve cosas en el curso de su trabajo que no soñaría decirle al helecho aun a pesar de que éste es su único confidente. El helecho tiene mucho espacio a su alrededor en el que podría ocurrir cualquier cosa, pero su vida emocional no es muy amplia que digamos porque está loco. Por lo tanto, resulta un buen confidente.

El mozo jardinero siempre ha sido una persona abierta. Siempre ha seguido la enseñanza: renunciar al mundo e incluso renunciar a esa renuncia. No obstante, ha perdido la espontaneidad de su iluminación. Se siente triste. Lo nota. El helecho también lo nota y parece más taciturno que nunca. Aun así, el helecho se ha encariñado bastante del mozo jardinero. Quiere ayudarlo en todo lo que pueda.

El mozo jardinero ya no vive en una habitación alquilada. Ahora duerme en su camioneta. Luego la vende. Él y su helecho de pata de liebre se instalan en la playa. El helecho vive a la sombra del mozo jardinero. El mozo jardinero ya no vive en el Ahora. Vive en el pasado. Piensa en su infancia. De niño tenía una colección de cómics de más de 374 ejemplares con las tapas perfectas. Sus padres le querían. Sus padres tenían otro hijo, al que también querían. Una mañana, ese hijo se cayó de un árbol delante de la casa donde vivían y los veinticinco años siguientes los pasó jugando con una cuchara y una cacerola. Cuando el mozo jardinero considera que ya ha vivido un tiempo suficiente en el pasado, empieza a vivir en el futuro. Y cuando está viviendo en el futuro su novia pasa a su lado en la playa. Lleva una camiseta larga y mojada que dice: NO SOY TURISTA, VIVO AQUÍ. El helecho de pata de liebre avisa al mozo jardinero y ambos se quedan mirándola mientras ella pasa de largo.

Hace un día precioso. El agua es de un verde suave que sólo quiebran de vez en cuando las marsopas cuando suben a la superficie. Entre el mozo

jardinero y su novia se extiende una arena un poco menos blanca que las nubes. Detrás del mozo jardinero hay palmas de abanico, suculentas y bayonetas españolas recién plantadas. Las bayonetas son ásperas y verdes, con pinchos que terminan en puntas negras como tacones de aguja.

Actuar pero no confiar en las propias habilidades, piensa el mozo jardinero. Se muerde las uñas. La luna puede reflejarse en cien cuencos distintos, piensa. Cuánta bazofia, piensa el mozo jardinero. Está tan perdido en la tiniebla de sus pensamientos tangibles como pueda estarlo un mozo jardinero. Mira enfadado a su novia cuando la ve desfilar a su lado.

El helecho de pata de liebre se ilumina al presenciar el justificado enfado del mozo jardinero. Sus rizomas crespos, de largos cabellos, se aferran con fuerza a su maceta. El espacio que lo envuelve hierve de rabia, borbotea. Cada una de sus células hace acopio de fuerzas para acometer acciones habilidosas y creativas. Vuelve sus hojas hacia las bayonetas españolas. Se encrespa y balancea. Transcurre un momento. El mensaje del castigo llega a sus destinatarias a través del aire recalentado. El mozo jardinero ve que las bayonetas españolas arrancan sus raíces del suelo y se marchan.

PASTOR

Hacía tres semanas de la muerte del pastor alemán de la chica. Se había ahogado. La chica no conseguía olvidarlo. Se sentaba en el porche de la casa que su novio tenía en la playa y miraba el agua.

No era la misma agua. La casa miraba al golfo de México. El pastor se había ahogado en la bahía.

Su novio había comprado la casa hacía sólo una semana. La había comprado amueblada, con platos y vasos desaparejados, varias camas grandes de roble y un surtido de muebles de bambú.

La chica tenía su propia casa en la amplia bahía, protegida por diques, con grandes ventanales que daban a unas buganvillas descuidadas. El carpintero había escatimado en clavos al construir la estructura de madera y cuando el perro correteaba por la casa todo se movía.

El novio de la chica se apellidaba Chester y todo el mundo lo llamaba así. Llevaba unas gafas de sol con cristales color botella de champán. Chester tenía unos hombros poderosos, las manos grandes y un matrimonio roto a sus espaldas por el que no debía ni un centavo.

—Te ha tocado la lotería —le decían a ella sus amigas.

Tres días antes de que el pastor se ahogara, Chester le había pedido a la chica que se casara con él. Hacía casi un año que se conocían. «Casémonos», le dijo. Se habían tomado una pastilla de metacualona antes de meterse en la cama. De eso hacía ya tres semanas y tres días. Se iban a casar en cuatro días. El tiempo es respiración, pensó la chica.

Era un pastor de pelo marrón y negro, y tenía una cabeza formidable, con el hocico chato. Había aprendido a hacer una cosa pasmosa. Cuando la chica

le decía «¿Me quieres?», el perro saltaba a sus brazos de cuatro patas. Y era ligero, muy ligero, pues encerraba todo su peso en lo más profundo de su ser, como si su peso no fuera más que un sueño.

La chica lo tenía desde los dos meses de edad. Se lo había comprado a un criador de Miami, un sacerdote que había colgado el hábito. El perro procedía de una camada de cinco cachorros con un pedigrí excelente. La madre era elegante y cariñosa, el padre más solemne y receloso. El sacerdote que había colgado el hábito para hacerse criador de perros le pidió a la chica que pasara cinco minutos a solas con cada cachorro y le hizo múltiples preguntas sobre su vida. Nunca había pensado tanto en sí misma. Cuando finalmente se decidió por un cachorro, se sentó en la cocina con el criador de perros y se tomó una Pepsi. El cachorro retozaba entre sus pies, mordisqueando los cordones de sus zapatillas de deporte. El criador fumaba y conversaba con la chica mostrando gran aplomo. A la chica le impresionó aquel hombre.

—Estamos todos dormidos, soñando, ¿sabes? —dijo el criador—. Si llegáramos a comprender nuestro verdadero lugar en el mundo, no podríamos soportarlo, tendríamos que buscar una salida.

Ella asintió. Estaba avergonzada. A veces la gente le hablaba así, en tono íntimo y preocupado, como si fuera una chica apasionada, reflexiva o muy leída. El cachorro olía maravillosamente. Lo cogió en brazos.

—Nos engañamos. Todo lo que hacemos es soñar. Sueños felices o pesadillas...

—Nuestra vida es cómo nos ven los demás —dijo la chica.

—¡Exacto! —exclamó el criador.

La chica estaba sentada en el porche, meciéndose suavemente en el balancín. Se imaginó a sí misma de pie, riéndose, más joven y mucho más bonita, con el pastor saltando a sus brazos. Oía zumbidos y crujidos en su cabeza. El bourbon oscilaba alrededor de la cabeza inclinada del flamenco estampado en el vaso vulgar. Sentir el peso del cuerpo ahogado del pastor en sus brazos había sido una experiencia horrible, verdaderamente horrible. Ese día, ella y Chester llevaban ropa bastante elegante porque habían salido a cenar con una

pareja de amigos, un agente de bolsa y su novia, que era marchante de arte. La chica era muy delgada y muy rubia. Su cara estaba cubierta de un vello rubio finísimo. El pequeño restaurante en el que habían cenado parecía mucho más grande de lo que en realidad era porque las paredes estaban cubiertas de espejos. La chica miraba en los espejos cómo comían y bebían las dos parejas. El corredor de bolsa habló de dinero, de lo que podía hacer por sus amigos. «Amo mi trabajo», dijo.

—El arte que nuevo —dijo su novia— tiene el objetivo de fomentar la discusión. En modo alguno hay que considerarlo un producto estético.

La chica le había pedido a la marchante los turnedós que ella y su pareja no habían tocado y el camarero los había guardado en un paquetito de papel de aluminio en forma de cisne. La chica recordaba llegar con la carne a casa para dársela al pastor y ver entonces que la tela mosquitera estaba desgarrada. Recordaba haber notado la quietud de su casa a medida que iba afluyendo a su mirada.

La chica miró el golfo de México. Era un día radiante, sin oleaje. No había un alma en la playa. Los fanáticos del bronceado estaban bronceando sus pieles en solárium, en cabinas de rayos uva que les proporcionaban un bronceado uniforme y les permitían ahorrar tiempo.

La chica deseaba que aquel momento no hubiera llegado todavía, deseaba estar allí, una vez más, esperando, con los brazos abiertos y vacíos, diciendo: «¿Me quieres?». Los perros oyen sonidos que nosotros no podemos oír, pensó la chica. Los perros oyen las llamadas.

Chester había cavado un profundo agujero cuadrado al pie de la buganvilla más grande y la chica había enterrado allí a su perro.

Se ensuciaron la ropa de colores claros con el pelo del perro ahogado. La chica había tirado su vestido. Chester envió su traje a la lavandería.

A Chester le gustaba el perro, pero era el perro de su novia. Un perro sólo puede tener un dueño. Cuando Chester y la chica hacían el amor en la casa de ella, o cuando la chica salía por la noche, encerraba al perro en un porche pequeño cuyas altas ventanas estaban cubiertas de tela mosquitera. El perro le

había cogido el gusto a saltar del recinto que le habían preparado, un claro rodeado de tela metálica y equipado con neumáticos viejos. Se suponía que era su patio de juegos, un área de ejercicios para mantener a raya el aburrimiento y la soledad cuando la chica no estaba con él. La valla metálica era alta, pero el pastor había aprendido a saltarla. Se había escapado muchas veces, de modo que la chica había empezado a encerrarlo en aquel porche pequeño. La chica nunca había sido testigo de sus huidas, ya fuera del porche o del cercado, pero se lo imaginaba saltando, haciendo acopio de fuerzas antes de lanzarse hacia lo alto. Podía saltar tan arriba, había tanta ligereza en él, tanta fe en el salto.

En la playa, en casa de Chester, las olas esparcían tantos destellos de luz que la chica no podía soportar mirarlas. Se terminó el bourbon, llevó el vaso vacío a la cocina y lo dejó en el fregadero.

El primer lugar donde la chica y el pastor vivieron juntos fue cerca de la milla 47 de los Cayos de Florida. La chica trabajaba allí en un pequeño laboratorio marino. Su vida se ceñía exclusivamente a la del perro y a la suya propia. La vida parecía lenta y alegre, y al recordar esos días la chica tenía la sensación de haberse hallado a las puertas de algo extraordinario. Se acordaba del pastor, de su entusiasmo, energía y dignidad. Se acordaba del pastor y de haberse sentido buena. Vivía siendo consciente de la felicidad.

La chica se pasó las manos por el pelo. Era como si el golfo se le atravesara en la garganta.

En aquella época abundaban las cosas sagradas. El mundo había sido un lugar prometedor. Pero entonces se produjo la desaparición de las cosas sagradas.

Un amigo de Chester había recomendado probar con la hipnosis. Se mostraba muy entusiasta al respecto. La chica haría varias sesiones con ese hipnotizador y al final se olvidaría del perro. No lo olvidaría exactamente. Más bien, dejaría de hacer ciertas asociaciones mentales. Dejaría de situar el recuerdo del perro en el contexto de la tristeza que le había ocasionado su pérdida. El hipnotizador había tenido mucho éxito con fumadores.

Esa noche salían de cena con aquel hombre y su mujer. No le apetecía nada. Hablarían sin parar. Hablarían del mercado inmobiliario, del

hipnotismo y de la cocaína. Esa noche, irían a un restaurante que últimamente había ganado una triste fama porque una anciana había muerto por las quemaduras sufridas cuando el postre de cerezas flambeado que le estaban sirviendo prendió fuego a su vestido. Todos pedirían flambeados de postre. Y luego irían a bailar.

Los animales están más cerca de Dios que nosotros, pensó la chica, pero no les hace caso. Sentía una pesadez en los brazos. El sol lucía enorme mientras descendía morosamente hacia el horizonte. La gente se estaba reuniendo en la playa para verlo ponerse. Llevaban radios encendidas. Pasaron tres minutos desde que el sol tocó el horizonte hasta que desapareció por completo. Un animal puede vivir tres minutos sin aire. El pastor había tardado tres minutos en morir después de nadar quién sabe cuánto tiempo en las aguas profundas frente al liso dique. La chica recordó el momento en el que llegó a la casa con la carne envuelta en un cisne de papel de aluminio y vio la mosquitera rota. La casa estaba llena de mosquitos. Chester puso un poco de hielo picado en un vaso y se sirvió una última copa antes de acostarse. Chester siempre parecía fuera de lugar en la casa de la chica. La casa no tenía ningún valor, lo valioso era el terreno. La chica salió, llamando al perro, pasó junto al cercado vacío, llamándolo, bajó a la bahía y vio las luces encendidas de las mejores casas a lo largo del dique. Un vecino había llamado al Departamento del Sheriff y las luces de un coche policial se reflejaban en el suelo, sobre el perro oscuro.

Sonó el timbre de la casa de la playa. Chester había hecho cablear toda la casa. En la primera semana después de comprarla, había montado un sistema de aire acondicionado, sustituido todas las ventanas por cristales reflectantes e instalado un sofisticado sistema de alarma por infrarrojos. El timbre, sin embargo, sólo era un aviso concreto. Dejó de sonar. Sólo avisaba de que la puerta se abría, de que Chester llegaba a casa. Chester activaba el sistema general cuando salían o se iban a dormir. La chica pensó en frecuencias invisibles que monitorizaban el aire quieto. A la chica le parecía obsceno que las microondas pudieran salvarla de vivir el dolor, la humillación o la pérdida. Reflexionó un momento sobre el deseo que tenía Chester de un sistema integral para la seguridad del hogar. En la casa no había nada que

mereciera la pena robar. Lo que hacía Chester era proteger el espacio. Por un instante, le pareció obsceno el contacto de la mano de Chester en su pelo.

—¿Por qué no te has vestido? —preguntó él.

La chica lo miró un segundo y luego se miró a sí misma, su desgastada camiseta y sus pantalones cortos con un estampado de flores de hibisco. «Me estoy haciendo vieja para llevar esta porquería de ropa», pensó la chica. Estaba refrescando rápido en el porche con la llegada de la noche. La chica tiritó y se frotó los brazos.

—¿Por qué? —dijo.

Chester suspiró.

—Vamos a cenar con los Tynan.

—No quiero ir a cenar con los Tynan —dijo la chica.

Chester se metió las manos en los bolsillos.

—Tienes que levantar el ánimo de una vez —dijo.

—Estoy volando —dijo la chica—. Y he volado. —Pensó en el pastor saltando, en su ligereza. Había escapado de ella. Pero ella no se había ido a ninguna parte.

—Te he consolado lo mejor que he podido —dijo Chester.

—No hay consuelo posible —dijo la chica—. No hay recuperación. No hay final feliz.

—Nosotros somos el final feliz —dijo Chester—. Danos una oportunidad.

El cielo estaba rojo, el agua era de un plateado mate.

—No soporto la idea de volver a quedar con los Tynan —dijo la chica—. No soporto la idea de ir a otro restaurante y ver ese protector antiestornudos encima del bufé de ensaladas.

—No me chilles, cariño. ¿Toda esa mierda que tomas nunca te calma? No soy el perro. A mí no me puedes chillar así como así.

—¿Qué? —dijo la chica.

Chester se sentó en el balancín. Puso la mano sobre su rodilla.

—Creo que eres maravillosa, pero también creo que un poco de autoconocimiento, un poco de *realismo*, no te vendría nada mal. Cariño, te ponías de pie y le *chillabas* al perro.

La chica miró la mano de Chester, que le daba palmaditas en la rodilla. Le

pareció una mano inconcebiblemente grande y rojiza.

—No te he chillado —dijo ella.

El perro había aprendido a hacer una cosa pasmosa. La chica le preguntaba «¿Me quieres?» y él saltaba de cuatro patas a sus brazos. Todo el mundo se quedaba alucinado.

—La noche que pasó, miraste la tela mosquitera y dijiste que lo ibas a *matar* cuando volviera.

La chica miró la mano que acariciaba y frotaba su rodilla. Se sintió bloqueada.

—Nunca dije eso.

—Tenías toda la razón del mundo para estar enfadada, cariño. Tuviste que arreglar esa mosquitera por lo menos media docena de veces. El perro se estaba convirtiendo en un problema de disciplina. La gente empezaba a sentirse incómoda con él.

—¿Incómoda? —dijo la chica. Se puso de pie. La mano cayó lejos de su rodilla.

—Ya no tiene solución —dijo Chester—. Si estuviera en mi mano, lo arreglaría. Haría cualquier cosa por ti.

—Esa noche no te quedaste conmigo, ¡no te acostaste a mi lado! —La chica se puso a andar en pequeños e inquietos círculos por el porche.

—Me quedé varias *horas*, cariño. Pero nadie podía dormir en esa cama. Las sábanas siempre estaban llenas de arena y de pelos de perro. Por eso compré la casa, por las camas. —Chester sonrió y se acercó a la chica. Ella se volvió, cruzó la casa y abrió la puerta, activando el timbre—. Por favor... ¡Déjalo ya de una vez! —gritó Chester.

Cuando la chica llegó a su casa, entró en la habitación y se acostó. Había a su alrededor un amplísimo silencio, como un enorme agujero. El silencio era algo que solía confiarse a los animales, pensó la chica. Muchas de las cosas que las palabras humanas estropean son restauradas por el silencio de los animales.

La chica estaba echada de costado, luego se puso boca arriba. Pensó en la buganvilla, en esas hojas que se transformaban en flores sobre la tumba del pastor. Pensó en el pastor al lado de la cama, recostado contra la pared,

durmiendo plácidamente, con su fe en ella en paz.

Hubo una descarga en su cabeza, una pequeña explosión que la despertó. Se incorporó de un salto, jadeando, después de soñar que el pastor había muerto. Y por un instante se debatió entre los dos sueños, doblemente engañada. Se vio a sí misma saltando, para luego caer. La luna derramaba su luz sobre el claro.

—¿Verdad que te quise? —dijo la chica. Se vio a sí misma saltando por toda la eternidad y por toda la eternidad cayendo una vez más—. ¿Y verdad que tú también me querías?

TREN

El interior del autotren era violeta. Las dos niñas estaban contentas porque era su color favorito. El color violeta era casi lo único que compartían. Danica Anderson y Jane Muirhead tenían diez años. Habían viajado de Maine a Washington en el coche de los padres de Jane y ahora estaban en el tren en compañía de los padres de Jane, otras ciento nueve personas y cuarenta y dos automóviles con destino a Florida, donde residían. Era septiembre. Danica había estado con Jane desde junio. La madre de Danica volvía a casarse y había necesitado los meses de verano para organizarse y tenerlo todo bien bonito para cuando se reuniera con Dan en septiembre. En agosto, su madre le había escrito preguntándole qué podía hacer para tener la casa bonita cuando volviera. Dan le había respondido que quería un buen sacapuntas de manivela en la pared y un juego de sábanas de raso. También quería un bizcocho vaquero. Dan sospechaba que no le haría ningún caso. Su madre ni siquiera le había preguntado qué era un bizcocho vaquero.

Las chicas exploraron todo el tren, de norte a sur. Vieron a todo el mundo salvo al maquinista. Luego se sentaron en sus asientos violetas. Jane le hizo muecas a un bebé muy mono que sujetaba un conejito de tela hasta que el crío se echó a llorar. Dan sacó sus útiles de escritura y se puso a escribir a *Jim Anderson*. Le escribía una postal.

«*Jim* —escribió—, te echo de menos y te voy a ver de un momento a otro. Cuando te vea, iremos a bañarnos enseguida.»

—Qué letra más descuidada —dijo Jane—. Está toda apretujada. Si le escribieras a alguien que no fuera un perro, no sería capaz de leerla.

Dan estampó su nombre en mayúsculas al final de la postal y lo adornó todo con corazoncitos.

—Lo que le has escrito a *Jim Anderson* es tan estúpido que no hay por donde cogerlo. Es un golden retriever, por el amor de Dios.

Dan miró a su amiga con gesto amable. Estaba acostumbrada a que Jane le hablara a gritos y le transmitiera su malhumor y su impaciencia. Jane había vivido en Manhattan. Había aprendido ciertas maneras de comportarse. Era un tesoro de la ciudad de Nueva York depositado en préstamo en el estado de Florida, donde su padre, durante los dos últimos años, se había ocupado de arruinar una inversión redonda en un club náutico con sala de espectáculos y restaurante. A Jane le gustaba cubrirse la cabeza con fulares. Afirmaba que de postre prefería las uvas, el azúcar moreno y la nata agria al helado y las galletas. Le gustaban las alcachofas. Se *pirraba* por las alcachofas. Se *pirraba* por la parte en la suite de *El Cascanueces* interpretada por el New York City Ballet en la que las Gotas de rocío y los Pétalos de rosa escarchados bailaban el *Vals de las Flores*. Jane había visto *El cascanueces* cuatro veces, por el amor de Dios.

Dan, Jane y los padres de ésta habían pasado todo el verano en la gran casa que tenía la abuela de Jane en Maine. Las niñas apenas habían visto a los Muirhead. Los Muirhead siempre estaban «navegando». Siempre estaban «fondeando de cala en cala», como decían. Sea lo que sea eso, comentaba Jane, por el amor de Dios. La casa de la abuela de Jane miraba al océano y además la mujer sabía hacer pizza —«dza», la llamaba—, caramelos y navegar en canoa. Cantaba himnos religiosos. Cosía lentejuelas a sus pantalones vaqueros y les hacía bendecir la mesa antes de comer. Cuando terminaban la plegaria, la abuela de Jane suplicaba perdón por lo que había hecho y también por lo que había quedado por hacer. De noche, si se lo pedían, se acostaba a su lado y charlaba con ellas antes de que se durmieran. Jane sentía devoción por su abuela y en su presencia era una persona perfectamente agradable. Una noche, hacia el final del verano, Jane soñó que unos hombres vestidos con bañadores negros y gorros de natación blancos entraban en la casa de su abuela, se llevaban todas sus cosas y las dejaban tiradas en medio de la carretera. En el sueño, la lluvia caía sobre las cosas de

su abuela. Jane se despertó llorando. Dan también lloró aquella noche. Jane y Dan eran amigas.

El tren todavía no había abandonado la estación, aunque ya habían pasado dos horas desde la salida prevista. Acababan de anunciar que ese retraso de dos horas se integraría en el trayecto del tren.

—Recuperan el tiempo perdido por la noche —dijo Jane. Le arrebató la postal de las manos—. Ésta es de las buenas —dijo—. Creo que se la envías a *Jim Anderson* porque en realidad quieres quedártela. —Leyó en voz alta—: Esta fotografía muestra al Phantom Dream Car chocando contra un muro de televisores en llamas ante una multitud entusiasmada en el Cow Palace de San Francisco.

Al principio del verano, la madre de Dan le había dado cien dólares, cuatro paquetes de ropa interior nueva y tres docenas de postales con su correspondiente sello. La mayor parte de las postales no traían nada impreso, pero había unas cuantas con imágenes curiosas. La madre de Dan quería tener noticias suyas dos veces a la semana durante todo el verano. Se había casado con un tal Jake, de profesión carpintero. Jake ya le había hecho a Dan varias estanterías para los libros. Hasta ahí parecía llegar lo que sabía hacer aquel hombre por ella.

—Sólo me quedan tres —dijo Dan—, pero en cuanto llegue a casa empezaré a coleccionar postales.

—Yo ya pasé por esa fase —dijo Jane—. Sólo es una fase. No me parece que se te dé muy bien cartearte. Escribiste: «Me he quemado la piel. Te quiero, Dan»; «Me he comprado un frisbi verde. Te quiero, Dan»; «La señora Muirhead tiene otitis. Te quiero, Dan»; «La señora Muirhead ha ido a hacer esquí acuático y se ha roto una costilla. Te quiero, Dan»... Cuando le escribes a alguien, debes tener algo que contarle.

Dan no respondió. Había sido la compañera de Jane durante una larga temporada y se estaba cansando de lo que la madre de Jane llamaba su «efervescencia».

Jane le dio un manotazo en la espalda y gritó:

—¡Danica Anderson! ¿Qué hace una taruga como tú en este viaje tan maravilloso?

Cuando el tren se puso en marcha, las dos chicas se dirigieron al salón Starlight del vagón número siete, donde el señor y la señora Muirhead les habían dicho que estarían tomándose unos cócteles. Se entretuvieron un momento en el vagón donde el mago del tren estaba reunido con su público y observaron cómo hacía el truco de los pañuelos mágicos, el truco del pañuelo de papel cortado y luego reconstruido, el truco del salero y el truco de la moneda que se esfuma. El público, en su mayoría jubilados, chillaba de placer.

—Los trucos no me molestan —susurró Jane a Dan—, pero la cháchara me saca de quicio.

El mago era un joven con la cara alargada y llena de acné. Hizo muchos trucos con la técnica del forzaje. Una y otra vez, acertaba la carta que los voluntarios elegían del mazo después de barajarlo. Cada vez que el mago se salía con la suya, el voluntario ponía cara de asombro y emoción. Jane y Dan siguieron avanzando.

—En realidad no eliges la carta —dijo Jane—. El mago se las arregla para que te creas que la eliges. Lo hace todo con el dedo meñique.

Empujó a Dan hacia el salón Starlight, donde la señora Muirhead estaba sentada en una banqueta y miraba por la ventana el parsimonioso deslizarse de una barraca rodeada de arbustos descuidados. Se estaba tomando un dry martini. El señor Muirhead se encontraba unas cuantas mesas más allá, conversando con un joven vestido con vaqueros y chaqueta amarilla. Jane no se sentó.

—Mamá —dijo—, ¿puedo comerme la aceituna?

—Por supuesto que no —dijo la señora Muirhead—. Está empapada de ginebra.

Jane se dirigió entonces, con Dan a la zaga, a la mesa de su padre.

—Papá —quiso saber—, ¿por qué no estás sentado con mamá? ¿Os habéis peleado?

Dan se quedó asombrada con la pregunta. El señor y la señora Muirhead se peleaban todo el día y con la misma inquina que unas víboras. Sus discusiones eran barrocas, señoriales y, pese a ser a menudo extraordinarias, nunca resultaban reveladoras. A la hora del desayuno, se ponían a discutir por

un encontronazo de la noche anterior durante un cóctel o por un comentario estúpido vertido quince años atrás. A la hora de la cena, se peleaban por el destino, al que daban muchos nombres distintos, que cada uno le había deparado al otro. El perdón, la caridad y la cooperación eran virtudes que desconocían. La suya era una rivalidad a ultranza. Dan estaba convencida de que cualquier día el señor Mooney, el director de la escuela, haría salir a Jane de la clase para comunicarle con el máximo tacto posible que sus padres se habían volado los sesos el uno al otro en el porche de casa.

El señor Muirhead miró a las niñas con pesar y acarició la mejilla de Jane.

—No estoy con tu madre porque estoy sentado con este joven. Estamos manteniendo una conversación fascinante.

—¿Por qué estás hablando siempre con hombres jóvenes? —preguntó Jane.

—Jane, cielo —dijo el señor Muirhead—, te voy a responder. —Dio un trago de su copa y suspiró. Luego se inclinó hacia delante y dijo con seriedad —: Hablo con tantos hombres jóvenes porque tu madre no me deja hablar con mujeres jóvenes. —Se quedó encorvado un momento, dándole palmaditas a Jane en la mejilla, y luego se echó hacia atrás.

El joven sacó un cigarrillo de su chaqueta y vaciló. El señor Muirhead le alargó un librito de cerillas.

—Se dedica a la decoración de automóviles —dijo el señor Muirhead.

El joven asintió.

—Hago faldones, perladados, efectos de diamante, llamas. Todo personalizado.

El señor Muirhead sonrió. Ahora parecía más contento. Al señor Muirhead le encantaba conversar. Le encantaba «sacar a bailar» a la gente. Dan supuso que Jane había copiado ese rasgo agradable de su padre y lo había distorsionado de una forma perversamente personal.

—Seguro que tienes un Pontiac Trans Am —dijo Jane.

—Ajajá —dijo el joven, antes de tenderle la mano para mostrarle un pedrusco de mal gusto en un engarce que parecía de oro—. Es del mismo color que este anillo —dijo.

A Dan todavía conseguían impresionarla los adultos. Su aspecto

misterioso e imprevisible todavía conservaba el poder de atraerla y confundirla, pero era evidente que Jane no estaba interesada en aquel joven. Le reclamaba mucho más a la vida. Cuando le apetecía, podía tener unas exigencias muy altas. El señor Muirhead pidió unos ginger ales para las chicas y otra ronda para él mismo y el joven que le acompañaba. A veces el tren se detenía misteriosamente e incluso daba marcha atrás, lo que les permitía volver a contemplar aquellos parajes desconocidos. El mismo pasto verde bañado en una luz oblicua, la misma hilera de casas de madera, todas con las persianas bajadas para resguardarse del calor, los mismos barcos montados en remolques, esperando en la tierra seca. La luna empezaba a asomar bajo un cielo tormentoso de espectaculares relámpagos. La gente del vagón hablaba de ello. Cerca del tren, un fulgor de pájaros negros voló a ras de suelo sobre un camino de tierra.

—Seguro que lo sabéis, pero los pájaros no son más que reptiles voladores —dijo Jane de pronto.

—¡Qué idea más horrible! —dijo el señor Muirhead. La piel de la cara le colgaba un poco y tenía el pelo algo alborotado.

—Es cierto, es cierto —trinó Jane—. Triste pero cierto.

—¿Te refieres a los lagartos y las serpientes? —preguntó el joven. Soltó un bufido y luego meneó la cabeza.

—Reptiles *santificados*, sin duda —dijo el señor Muirhead, recobrando en parte la noción del tiempo y del espacio.

Dan se sintió repentinamente sola. No era que extrañase su casa, aunque hubiese dado cualquier cosa en aquel momento por estar metida en su barquita de aluminio con *Jim Anderson*. Pero ya no volvería a vivir en aquella casa que consideraba su hogar. La ciudad era la misma, pero el sitio había cambiado. La casa donde había sido un bebé y había pasado toda su vida pertenecía ahora a otras personas. Ese verano, su madre y Jake se habían comprado una casa que él iba a arreglar.

—Los reptiles tienen escamas —dijo el joven—. O son largos y viscosos.

A Dan le dieron ganas de llorar. Notó que los ojos se le hinchaban por detrás como magdalenas. Estaba rodeada de desconocidos que decían majaderías. Hasta su madre decía a veces majaderías en un tono tan serio que

hacía que Dan pensara que también era una desconocida. Su madre se lo contaba todo. Le había contado, por ejemplo, que no debía preocuparse por tener hermanos. Su madre había hablado con ella sobre la naturaleza concreta de su problema. La mitad de las cosas que le contaba, Dan no quería saberlas. No tendría hermanos ni hermanas. La familia la formarían Dan, su madre y Jake, y vivirían todos en aquella casa y cuidarían los unos de los otros, compartiendo una vida bonita sin meter la pata ni una sola vez.

Dan se excusó y se dirigió al cuarto de baño en el piso inferior. La señora Muirhead la llamó al verla acercarse y le dio un papelito doblado.

—¿Serás tan amable de darle esto al señor Muirhead? —le pidió.

Dan volvió sobre sus pasos y entregó la nota al señor Muirhead, y luego se encaminó de nuevo al cuarto de baño. Se sentó en el pequeño inodoro y lloró mientras el tren avanzaba traqueteando.

Al cabo de un rato, oyó la voz de Jane que decía:

—Te oigo. Sé que estás ahí dentro, Danica Anderson. ¿Se puede saber qué te pasa?

Dan no dijo nada.

—Sé que eres tú —dijo Jane.

Dan se sonó la nariz, pulsó el botón del inodoro y dijo:

—¿Qué decía la nota?

—No lo sé —dijo Jane—. Papá se la ha comido.

—¡Se la ha comido! —exclamó Dan. Abrió la puerta del cubículo, se lavó las manos y se refrescó la cara con agua. Sonrió—. ¿De verdad se la ha comido?

—En el salón Starlight están todos achispados —dijo Jane, y luego se arregló el pelo con un cepillo. Tenía el pelo enmarañado y nunca se cepillaba lo bastante fuerte para desenredarlo. Miró a Dan por el espejo—. ¿Por qué estabas llorando?

—Estaba pensando en tu abuela —dijo Dan—. Un día me contó que había dejado el árbol de Navidad hasta Pascua.

—¿Por qué estabas pensando en mi abuela? —le gritó Jane.

—Estaba pensando en cómo canta —dijo Dan sorprendida—. Me gusta cómo canta.

Dan oyó de nuevo a la abuela de Jane entonando canciones sobre las aguas tenebrosas de la muerte y las almas que se hundían en ellas, sobre los Templos de la Misericordia y el Gran Sanador. Podía oír su voz elevarse y descender a través de las delgadas paredes de la casa de Maine, proyectándose más allá de las oscuras mosquiteras, hacia la noche.

—No quiero que pienses en mi abuela —dijo Jane, al tiempo que daba un pellizco a Dan en el brazo.

Dan procuró dejar de pensar en la abuela de Jane. Una vez la había visto caerse cuando salía del agua. Era una playa de piedras. Las piedras eran redondas, lisas y resbaladizas. La abuela de Jane se había hecho un rasguño en el brazo.

Las chicas salieron al pasillo y vieron que la señora Muirhead esperaba allí. Estaba muy bronceada. Se había recogido el pelo en un moño, dejando visible un pedacito de algodón en su oído izquierdo. Las tres se quedaron de pie juntas, traqueteando y chocando entre sí al ritmo de las vibraciones del tren.

—Este oído me está matando —dijo la señora Muirhead—. Creo que me ocultan algo. Oigo crujidos y chasquidos. Es como si tuviera dentro a un pájaro partiendo alpiste. —Se tocó el hueso entre el pómulo y la oreja—. Deberían quitarle la licencia al médico que me está tratando. Es guapo y competente, sin duda, pero en mi última visita, mientras me estaba aspirando el oído, se presentó su secretaria para hacerle una pregunta y le puso la mano en el cuello. ¡Le acarició el cuello, esa secretaria! ¡Mientras yo estaba ahí sentada, viendo cómo me aspiraban el oído! —Las mejillas de la señora Muirhead se ruborizaron.

Las tres miraban por la ventana. El tren debía de ir a toda máquina, pero las cosas que había fuera, aunque desaparecieran en un instante, parecían moverse lentamente. Bajo una farola, un hombre daba patadas a su camioneta descubierta.

—No me gustan los trenes —dijo la señora Muirhead—. Me parecen deprimentes.

—Es la falta de oxígeno —dijo Jane—, por tener que compartir el aire con toda esta gente.

—Eres una esnob redomada, querida —dijo la señora Muirhead con un suspiro.

—Ahora nos darán la cena —dijo Jane.

—La cena —dijo la señora Muirhead—. Qué asco.

Las niñas la dejaron mirando por la ventana, una mujer guapa, desconsolada, envuelta en un vestido verde con una hilera de ranitas que bailaban a su alrededor.

El vagón restaurante estaba casi completo. Las ventanas reflejaban a los comensales. Los campos estaban en penumbra y el tren los surcaba a toda velocidad.

Jane se encaminó con Dan a una mesa donde un hombre y una mujer daban cuenta de la cena en silencio.

—Me llamo Crystal —se presentó Jane—, y ésta es mi hermana gemela, Clara.

—¡Clara! —exclamó Dan. Jane siempre se inventaba nombres insulsos para ella.

—Éramos trillizas —continuó Jane—, pero la mayor murió en el parto. Creo que se le enrolló el cordón umbilical en el cuello, o algo así.

La mujer miró a Jane y sonrió.

—¿A qué se dedican? —insistió animadamente Jane.

Hubo un silencio. La mujer siguió sonriendo, hasta que el hombre dijo:

—No me dedico a nada. No tengo nada que hacer. Quedé malherido en un accidente en tiempos de paz, me llevaron al hospital de la base y estuvieron cuarenta y cinco minutos dale que te pego intentando resucitarme. Luego se dieron por vencidos. Se pensaron que me había muerto. Me desperté cuatro horas más tarde en el depósito de cadáveres. El ejército me paga una buena pensión.

El hombre apartó su silla de la mesa y se fue.

Dan lo siguió con la mirada, sintiendo una fría sacudida que ascendió por su cuerpo quedándose a medio camino de su boca.

—¿Su marido estuvo realmente muerto todo ese tiempo? —preguntó.

—¿Mi marido? ¡Bah! —dijo la mujer—. Nunca había puesto los ojos en ese hombre antes del turno de las seis y media.

—Seguro que es usted una mujer trabajadora que no confía en los hombres —dijo Jane con picardía.

—¿Cómo lo has adivinado, Crystal? Es verdad, los hombres son una alucinación colectiva de las mujeres. Es lo mismo que cuando un grupo de chiflados se junta en una colina y empiezan a ver platillos volantes. —La mujer atacó de nuevo su pollo.

Jane se quedó sorprendida, pero dijo enseguida:

—Mi padre fue una vez a una fiesta de disfraces envuelto de los pies a la cabeza en papel de aluminio.

—Como una cacerola —aventuró la mujer.

—¡No! ¡Era un hombre del espacio, un astronauta extraterrestre!

Dan se rio por lo bajo al recordar el día en que el señor Muirhead se había puesto aquel disfraz. Le pareció que Jane había encontrado la horma de su zapato en aquella mujer.

—¿A qué se dedica? —preguntó Jane casi a gritos—. ¡No quiere decírnoslo!

—Trabajo con estupefacientes —dijo la mujer. Las chicas retrocedieron—. ¡Ja! —exclamó la mujer—. En realidad, analizo sustancias para empresas farmacéuticas. Y soy investigadora para un fabricante de perfumes. Buscamos feromonas humanas.

Jane le echó una mirada imperturbable a la mujer.

—Sé que no sabes qué es una feromona, Crystal. *Grosso modo*, una feromona es un olor que tiene una persona que puede hacer que otra persona haga o sienta ciertas cosas. Es un señuelo irresistible.

Dan pensó en raíces de mangle y huertos de naranjos. En el olor del gas cuando se apagó el piloto de la cocina de la abuela de Jane. Le gustaba el olor del océano Atlántico cuando se te secaba el agua en la piel y el olor del pelo de *Jim Anderson* cuando lo había mojado la lluvia. Sin duda había olores que podían hacerte correr tras ellos.

Jane miró a la mujer, inclinándose ligeramente hacia delante en su silla.

—Haz el favor de relajarte, Crystal, no eres más que una niña. Ni siquiera tienes todavía un olor propio —dijo la mujer—. Analizo todo tipo de cosas. A veces formo parte de grupos de control y otras no. Nunca sabes qué grupo te

toca. Si estás en el grupo de control, te dan un placebo. Un placebo, Crystal, es algo que no es nada, pero tú no sabes que no es nada. Crees que estás tomando algo que te va a cambiar o te hará sentir mejor o más sana o más atractiva, o qué sé yo, pero en realidad no tiene ningún efecto.

—Sé lo que es un placebo —murmuró Jane.

—Bien, estupendo, Crystal, eres una niña prodigio. —La mujer sacó un libro de su bolso y se puso a leer. El libro tenía una cubierta de tela vaquera que ocultaba su título.

—¡Ja! —dijo Jane, incorporándose de golpe y procurando tirar un vaso de agua—. ¡No me llamo Crystal!

Dan sujetó el vaso de agua antes de que cayera y salió corriendo tras ella. Regresaron al salón Starlight. El señor Muirhead estaba sentado en compañía de otro hombre joven. Éste tenía una barba rubia y aspecto de persona estudiosa.

—¡Qué viaje más estupendo! —dijo eufórico el señor Muirhead—. ¡La de gente estupenda que uno conoce en un viaje así! Este joven es absolutamente fascinante. Es escritor. No hay sitio que no conozca. Está preparando un libro sobre cementerios del mundo. ¿Menudo tema, no? Le he dicho que cuando esté de paso por nuestra ciudad, se acerque a nuestro restaurante y así le invito a unas cuantas pinzas de cangrejo moro.

—¡Hola! —les dijo el joven a las chicas.

—Estábamos hablando de Père-Lachaise, el legendario cementerio de París —dijo el señor Muirhead—. Tan melancólico. Tan imponente y romántico. Tu madre y yo lo visitamos, Jane, cuando estuvimos en París. Dimos un paseo por el cementerio en un día fresco y despejado de otoño. Los anhelos del corazón del hombre no conocen fronteras, chicas. El caos de secretos que encierra el corazón del hombre no tiene límites. Estar en Père-Lachaise fue una experiencia muy conmovedora. Mientras paseábamos, tu madre, Jane, me gritaba. ¿Sabes por qué, ricura? Me gritaba porque en Nueva York había dejado el coche en un aparcamiento de la calle Ochenta y cuatro Este. Tu madre me decía que los encargados de ese aparcamiento de la calle Ochenta y cuatro Este nunca giraban la llave del contacto del todo y los coches se quedaban sin batería. Me dijo que no había un alma en Nueva York

que no supiera que los encargados del garaje en la calle Ochenta y cuatro Este eran unos imbéciles que siempre dejaban secas las baterías. Antes de Père-Lachaise, chicas, este joven caballero me estaba hablando del Panteón, justo a las afueras de Guanajuato, en México. Resulta que yo también estoy familiarizado con el Panteón. Como tu madre quería unos azulejos para el recibidor, decidimos bajar a México. Tú te quedaste con la señora Murphy, ¿te acuerdas, Jane? Fue la señora Murphy quien te enseñó a hacer la ensalada de huevo. En cualquier caso, el Panteón es un cementerio amurallado, no muy distinto del Campo Santo de Génova, en Italia, pero la razón de que todo el mundo vaya a verlo son las momias. Hay algo en el aire excepcionalmente seco de esas montañas que ha hecho que los cuerpos se conserven y hay un pequeño museo dedicado a las momias. Es grotesco, desde luego, y la verdad es que te da que pensar. Me refiero a que una cosa es pensar que todos nos vamos a reunir en un paraíso de esplendor inmarcesible como piensa tu abuela, convertidos en canónigos de ensalada, y otra muy distinta pensar como los budistas que las posibilidades latentes se retiran a lo más hondo del corazón cuando morimos, pero no se pierden, permitiendo así que renazcan algún día, y otra cosa también distinta es creer como un condenado científico en esa ley fundamental de la física que dice que la energía nunca se destruye. Una cosa es pensar cualquiera de esas tres ideas, chicas, pero otra completamente distinta es estar en ese pequeño museo contemplando todas esas momias desdichadas. El horror y la indignación todavía resuenan en sus caras. Tuve una sensación tan vívida de que la vida es pasajera que casi me pongo a gritar. Salimos a buscar el aire fresco del patio y me compré un paquete de tabaco en un pequeño puesto donde vendían postales, carretes de fotos y cosas así. Me metí la mano en el bolsillo para sacar el mechero, pero no lo encontré. Por lo visto había perdido el mechero. Era un mechero muy bueno que tu madre me había regalado la Navidad anterior, Jane, y tu madre se puso hecha una furia. Caía una llovizna muy agradable, cálida, y había pétalos de buganvillas en los caminos. Tu madre me agarró del brazo y me recordó que el mechero era un regalo suyo. Tu madre me recordó el *blazer* que me había comprado. Un día en el cine me tiré encima unas palomitas con mantequilla y aún se podían ver las manchas. Me recordó la hamaca que me

había comprado por mi cuarenta cumpleaños y que dejé que se pudriera bajo la lluvia. Se acordó del maletín en bandolera que me había comprado, y que yo odiaba, es verdad. Un día se quedó en el jardín y lo trituré con el cortacésped. Bajando por la colina pedregosa de vuelta a Guanajuato, tu madre se acordó de cada uno de los regalos que me había hecho, ofrendas tanto monetarias como sentimentales. Me hizo saber que había maltratado y traicionado cada uno de sus regalos.

Nadie dijo nada.

—Después —continuó el señor Muirhead—, hemos hablado del cementerio de San Cataldo, en Italia.

—No está terminado todavía —se apresuró a decir el joven—. Es un proyecto visionario del arquitecto Aldo Rossi. En nuestra conversación, sólo intentaba que se formara una idea del proyecto.

—No le quepa la menor duda —dijo el señor Muirhead—. Cuando el proyecto esté terminado y me lleve a mi pequeña familia de vacaciones a Italia, mientras estemos dando un paseo juntos y asustados, vagando por el paisaje malhadado del cementerio de San Cataldo, la madre de Jane estará gritándome.

—En fin, tengo que irme —dijo el joven. Se levantó.

—Hasta pronto —dijo el señor Muirhead.

—¿De verdad vendían postales de las momias en ese sitio? —preguntó Dan.

—Sí, corazoncito, por supuesto —dijo el señor Muirhead—. En este mundo, cualquier cosa tiene su postal. Así es el mundo en el que vivimos.

El gentío estaba empezando a armar escándalo en el salón Starlight. La señora Muirhead bajó por el pasillo hacia ellos y, con un profundo suspiro, tomó asiento al lado de su marido. El señor Muirhead gesticuló y dibujó palabras con sus labios en silencio, como si estuviera hablando con las chicas.

—¿Qué? —dijo la señora Muirhead.

—Les estaba contando a las chicas algunas de las diferencias que hay entre hombres y mujeres. Los hombres son más aventureros y agresivos, y disponen de mayores aptitudes espaciales y mecánicas. Las mujeres son más

consecuentes, protectoras y estéticas. Los hombres ven mejor que las mujeres, pero las mujeres oyen mejor —dijo el señor Muirhead.

—Muy gracioso —dijo la señora Muirhead.

Las chicas se apartaron de las miradas melancólicas que enlazaban al señor y la señora Muirhead y deambularon por los vagones del tren, regresando de cuando en cuando a sus asientos para retozar en los niditos llenos de cachivaches que se habían hecho allí. Alrededor de la medianoche, decidieron volver a visitar el vagón de la sala de juegos, donde, unas horas antes, habían visto a varios pasajeros jugando al backgammon, al Diplomacia, a los anagramas, al ocho loco y al Cluedo. Seguían a lo suyo, ya fuera tirando reinas de diamantes, desplazando tropas por Asia Menor o acusando al coronel Mostaza de haber cometido el crimen con una llave inglesa en la terraza. Cuando había un momento de calma en el juego, hablaban sobre el accidente.

—¿Qué accidente? —quiso saber Jane.

—El tren ha chocado contra un Buick —dijo un hombre—. Noche cerrada. —El hombre tenía las orejas grandes y un tatuaje en el antebrazo.

—Ya no inventan juegos como los de antes —se lamentó una mujer—. Hace un montón de años que no sacan nada bueno.

—¿Te has quedado dormida? —le dijo Jane a Dan en tono acusador.

—¿Y cuándo ha pasado? —dijo Dan.

—Nos lo hemos perdido —dijo Jane contrariada.

—Dos adolescentes se han salvado sin un rasguño —dijo el hombre—. Han vivido para contarlo y reírse de ello. Son jóvenes y tontos, pero para el maquinista no es ninguna broma. Cuando choca contra cualquier cosa tiene que hacer un montón de papeleo. Se pasará una semana rellenando formularios. —El tatuaje de aquel hombre decía MAMÁ Y PAPÁ.

—Ratas —dijo Jane.

Las chicas regresaron al vagón comedor, donde habían bajado las luces y daban *Superman* en un pequeño televisor. Jane se durmió al instante. Dan vio que Superman hacía girar la Tierra en dirección contraria para impedir que Lois Lane muriera asfixiada al quedar sepultada por un desprendimiento de rocas. El tren pasó a toda velocidad por un grupo de edificios viejos

iluminados; un cartel anunciaba: EL REY DE LAS ALCANTARILLAS. Jane se despertó al acabar la película.

—Cuando vivíamos en Nueva York —dijo adormilada—, una tarde estaba sentada en la cocina haciendo los deberes y de pronto llegó una chica y se sentó a la mesa. ¿Te lo he contado ya? Fue en pleno invierno. Esa tipa llegó con el abrigo cubierto de nieve y se sentó a la mesa.

—¿Y quién era? —preguntó Dan.

—Era yo, pero de vieja. Quiero decir que tenía unos treinta años o así.

—Era un sueño —dijo Dan.

—Pasó a media tarde, créeme. Estaba haciendo los deberes. Y la tipa va y me dice: «Nunca has movido un dedo para ayudarme». Luego me pidió una aspirina.

Al cabo de un rato, Dan dijo:

—Seguramente era la mujer de la limpieza.

—¡La mujer de la limpieza! La mujer de la limpieza, por el amor de Dios. ¡Qué sabrás tú de mujeres de la limpieza!

Dan sintió que el vello se le erizaba como si alguien le estuviera pasando un peine a contrapelo y se dio cuenta de que estaba enfadadísima, más enfadada que en todo el verano, pues durante el verano, cuando Jane se había portado mal con ella, sólo se había sentido humillada.

—Escúchame bien —dijo Dan—, no me vuelvas a hablar así.

—¿Así cómo? —dijo Jane con frialdad.

Dan se levantó y se fue, mientras Jane decía:

—Lo que no entiendo es cómo se metió en el apartamento. Mi padre tenía por lo menos una docena de cerraduras en la puerta.

Dan se sentó en su asiento del vagón silencioso y oscuro y miró la noche. Procuró recordar cómo empezaba el alba. Las cosas emergían de la oscuridad pintadas de rosa, creyó recordar. No había nada que una pudiera hacer para evitarlo. Pensó en aquel sueño de Jane en el que los hombres con gorros de natación blancos sacaban todas las cosas de la casa de su abuela y las dejaban tiradas en medio de la calle. El interior se quedaba vacío y el exterior se llenaba. Dan empezó a sentir lástima de sí misma. Estaba sola, sin amigas ni padres, sentada en un tren entre un lugar y otro, asustándose con el sueño de

otra persona en plena noche. Se levantó y caminó por los vagones que traqueteaban hasta llegar al salón Starlight para pedir un vaso de agua. A partir de las cuatro de la mañana, ya no lo llamaban el salón Starlight. Dejaban de servir bebidas y apagaban las estrellas eléctricas. Ya no era más que otro sitio donde sentarse. El señor Muirhead estaba sentado allí, a solas. Debía de tener una relación excelente con los camareros porque se estaba tomando un bloody mary.

—¡Hola, Dan! —dijo.

Dan se sentó enfrente. Al cabo de un momento, dijo:

—He pasado un verano muy agradable. Gracias por invitarme.

—Bueno, espero que hayas disfrutado del verano, cielo —dijo el señor Muirhead.

—¿Cree que Jane y yo seremos siempre amigas? —preguntó Dan.

El señor Muirhead pareció sorprendido.

—Claro que no. Jane no tendrá amigas. Jane tendrá maridos, enemigas y abogados. —Trituró el hielo ruidosamente con sus blancos dientes—. Me alegra que hayas disfrutado del verano, Dan, y espero que estés disfrutando también de tu infancia. Cuando creces, se abate una sombra. Todo luce al sol y de pronto esa condenada *ala* enorme o algo así te pasa por encima.

—Oh —dijo Dan.

—Bueno, en realidad es lo que cuenta la gente —dijo el señor Muirhead—. ¿Sabes qué quiero ser de mayor? —Esperó a que Dan sonriera—. Cuando sea mayor, quiero convertirme en un indio y así podré utilizar mi nombre indio.

—¿Cuál es su nombre indio? —preguntó Dan, sonriendo.

—Mi nombre indio es Cabalga a Lomos de un Caballo Lento, Fuerte y Resistente.

—Es bonito —dijo Dan.

—¿A que sí? —dijo el señor Muirhead, masticando hielo.

Fuera, el cielo se estaba iluminando. La luz del alba empezaba a florecer sobre la ciudad de Jacksonville. Caía sin hacer distinciones sobre los mataderos, los Dairy Queen y los juzgados, sobre los concesionarios de coches, las palmas de abanico y una valla publicitaria que anunciaba pasteles.

El tren discurría lentamente por una amplia curva y, mirando hacia atrás, más allá del señor Muirhead, Dan pudo verlo en toda su extensión, avanzando. Los vagones con miradores elevados tenían un aspecto oscuro y siniestro bajo esa primera luz horizontal y esperanzada del alba.

Dan cogió las tres postales que había sacado de su mochila y las miró. En una se veía a Thomas Edison bajo un baniano. Otra mostraba una pequeña barraca de tela asfáltica en medio del desierto de Nuevo México, donde se suponía que unos hombres habían inventado la bomba atómica. La otra era una tarjeta postal exprés en la que se veía a una marsopa haciendo equilibrios con un pomelo sobre la cabeza.

—Me acuerdo de éstas —dijo el señor Muirhead, cogiendo la postal «exprés»—. Sólo tienes que marcar las palabras que quieres. —Leyó en voz alta—: ¿Cómo estás? Estoy bien () a solas () feliz () triste () sin blanca () exultante (). —El señor Muirhead se rio entre dientes. Leyó—: Me he portado () bien () mal. Vi el golfo de México () el mar Atlántico () los naranjales () atracciones interesantes () a ti en sueños ().

»Ésta me gusta —dijo el señor Muirhead, riéndose nuevamente entre dientes.

—Puede quedársela —dijo Dan—. Me gustaría que se la quedara.

—Eres una niña encantadora —dijo el señor Muirhead. Miró su copa y luego por la ventana—. ¿Qué crees que había en la nota que la señora Muirhead te dio para mí? —preguntó—. ¿Crees que se me ha pasado algo por alto?

LA EXCURSIÓN

Jenny es un poco mentirosa. Es una niña pequeña, una niña con miedos. Tiene miedo de que salgan pájaros volando de la taza del váter. Estorninos con relucientes alas negras. Tiene miedo de los árboles, los peces y de los huesos de la carne. Es un poco mentirosa, pero nadie se lo tiene muy en cuenta. A veces parece que se olvida de quién es. Está perdida en un sitio que no es su infancia. A veces le dice a alguien, por ejemplo a la señora Coogan de la guardería Capitán Davy, que su madre está muerta, que su padre está muerto, que incluso su perro *Tonto* está muerto. Dice que no tiene juguetes, que vive con máquinas que no sabe cómo funcionan, que vive en una casa sin ventanas, sin vistas a la calle, que vive con desconocidos. Tiene que comprenderlo todo por sí sola.

¡Pobre señora Coogan! Le da unas palmaditas a Jenny en el hombro. Jenny lleva unos vestidos bonitos y caros, con unas zapatillas azules. El efecto es cautivador. El pelo rubio le cae sobre la frente más bien estrecha y tiene una cara interesante y expresiva. Todo lo hace demasiado deprisa. Se apresura a la hora del baño, a la hora de comer e incluso a la hora de acostarse. Duerme deprisa con suspiros profundos y desgarradores. Tanta prisa resulta innecesaria. Es como si se apresurara a correr hacia delante para dar alcance incluso a sus recuerdos.

A Jenny los juegos no se le dan muy bien. Cuando los demás juegan, ella no se mueve. Se queda de pie sacando barriga, fijándose en los demás con una mirada fría e introspectiva. A veces algo la sacude, una voz imperiosa, quizá, o un grito, y da un respingo sorprendido y curioso. Sus ojos pardos rebosan de confusión. Se queda lívida o se ruboriza mucho. Sí, a veces Jenny

tiene un día malo. Las ceras están muertas, los columpios están muertos, incluso el pequeño Johnny Lewis, quien espera pacientemente en su estera a la hora del almuerzo, estará muerto. Tiene sed y, cuando la señora Coogan le da un vasito de zumo, Jenny se alegra por él.

—¡Estoy contentísima de que Johnny Lewis tenga su zumo! —exclama.
Pobre señora Coogan. Esta niña es un misterio.

—No me gusta ir a natación —le dice Jenny, aunque la señora Coogan no se lleva a su pequeño grupo a natación, sino a dar un paseo. Hasta la esquina, por donde pasa el autobús escolar que lleva a los niños mayores.

—A lo mejor te gusta cuando seas algo mayor, cuando se te dé un poco mejor nadar —dice la señora Coogan.

Jenny niega con la cabeza. Piensa en todos esos cuerpos desnudos, bregando, flotando y chocando contra ella en el agua plana, caliente y oscura. Lo dice en voz alta.

—Ay, pequeña —dice la señora Coogan.

—No entiendo la natación —dice Jenny.

Su padre la recoge a las cuatro. Siempre le trae un regalo y hoy ha tocado un reloj. No es más que un reloj de juguete, pero tiene engranajes móviles y el fabricante asegura que si se trata con cuidado marcará las horas razonablemente bien.

La señora Coogan le comenta al padre de Jenny:

—Los niños siempre sueltan alguna que otra mentirijilla. Forma parte de su naturaleza. Sus vidas no encajan con los límites que les impone su experiencia.

Jenny no siente ningún tipo de inseguridad cuando oye hablar a la señora Coogan, pero sí se preocupa un poco. La señora Coogan está con un hombre. La señora Coogan no huele muy bien. Fuera, otros hombres están golpeando con palos la puerta cerrada.

—Leña —gritan—. Leña.

El padre de Jenny mira ceñudo a la señora Coogan. Preferiría no tener que saber que Jenny dice mentiras. Le parece que mintiendo uno se expone a graves peligros. Corres el peligro de perder el control, la paz, el autoconocimiento, tal vez incluso la posibilidad de aceptar como es debido el

amor. Es un hombre reflexivo y razonable. Quiere a su única hija. Quiere que su tránsito por el mundo sea seguro. No quiere aceptar que las mentiras proporcionan a la vida de Jenny un ritmo y una estructura que la verdad aún no alcanza a justificar. Le deprime que sea tan imaginativa. Intuye en ello la presencia de un ultimátum.

Jenny corre hacia el coche. Su padre no va con ella. Camina detrás. De pronto la niña se percata de ello y se vuelve de sopetón para apresarlo con la mirada. Como siempre, lo consigue.

La madre de Jenny espera en el asiento delantero, repasando la lista de la compra. Jenny le da un beso y le muestra su reloj grande y colorido. En la esfera se ve a una niña pequeñita sentada en un columpio. Cuando Jenny le da cuerda, la niña empieza a columpiarse y el reloj empieza a funcionar.

Jenny se sienta detrás. El coche sale a la calle. Oye a una madre gritando en alguna parte. Una madre que clama:

—¡Venga, vuelve conmigo y deja que te columpie un poco!

Jenny no dice nada. La propulsan energías siderales. Amar, para ella, no será una decisión que tome libremente para crear su propio destino. No, será el descubrimiento de la parte más fatídica de sí misma. Ahora está con un hombre. Cuando este hombre la besa, le cubre la garganta con la mano. Pasa los dedos ligeramente por los tendones de su cuello. Sujeta su cuello entre sus grandes manos mientras la besa sin parar.

—¿Cereales con pasas o Cheerios? —pregunta la madre de Jenny—. ¿Cheddar o queso suizo?

Jenny sólo es una niña pequeña. Le preocupa que no haya bastante mermelada o galletas. Cuando acompaña a su madre al supermercado, le da golpecitos nerviosos en el brazo.

Ahora, en casa, Jenny está leyendo. En esto es una niña precoz. Cuando descubrió que sabía leer, no se lo contó a nadie. Las palabras se volvían profundas como animales peligrosos y pacientes, y durante una temporada Jenny vivió sola con las palabras, extremando la cautela. Ahora, sin embargo, todo el mundo está al corriente de que sabe leer y están muy orgullosos de ella. Jenny lee en el periódico que en San Luis Obispo, California, una chica de diecisiete años salió de una tienda de ropa, lanzó una mirada de horror a su

alrededor, chilló y se murió. El periódico decía que varios años atrás la hermana de aquella chica se había despertado muy temprano, había proferido un grito desgarrador y se había muerto. El periódico decía que los padres temían ahora por el bienestar de sus otras dos hijas.

Las mujeres sufren por la pérdida de un secreto que antaño conocían. Jenny también será consciente de ello algún día. Ahora, sin embargo, se limita a pensar «¿A qué temen las mujeres?».

Se levanta para ir a su habitación. Sobre su escritorio hay un osito de peluche. Se lo lleva a la cocina y le da un poco de zumo de naranja. Luego se lo lleva al cuarto de baño y lo deja un rato sobre la taza del váter. Luego lo acuesta.

Esa noche Jenny se despierta llorando y corre a la habitación de sus padres. No sabe muy bien qué hora es, tampoco sabe si encontrará a sus padres en la cama. Por supuesto que están ahí. Jenny sólo es una niña pequeña. Las gafas de leer de su madre están sobre la mesilla de noche, junto a un pequeño jarrón de caléndulas. De tonos muy intensos, amarillas, rojas y naranjas. Sus padres son muy comprensivos. Es una niña pequeña normal, con sus miedos y pesadillas. Las pesadillas no le hacen ningún daño, es decir, no alterarán el curso de su vida. Le asusta pensar que está creciendo, que crecerá demasiado. Regresa a su habitación después de que la consuelen, sujetando en la mano una de las florecillas.

Al hombre le gustan las flores, pero le disgusta que Jenny sea tan infantil. Le quita el corto vestido de algodón. Le pone flores entre los pechos, entre las piernas. La casa está llena de flores. Es México en el Día de Muertos. Hay millones de caléndulas tejidas en alfombras y depositadas sobre las lápidas. A Jenny le duele la boca, le duele la barriga. Sí, al hombre no le gusta que Jenny sea tan infantil. Se agacha a su lado, le pone las manos en las caderas y la obliga a mirar su cara inexpresiva y cálida. Es una cara juvenil, aunque salta a la vista que ya no es un hombre joven. Jenny lo vio cuando era más joven, bebido, con los ojos azules. No importa. Este hombre no envejece. Ha tenido otros amores y siempre se ha comportado más o menos del mismo modo. ¿O es que con éste iba a ser distinto? Aun así, Jenny sabe que ha llegado al mundo con él, que todo lo que precedió a su aparición era nostalgia

por la llegada de este momento. Aun así, hay cartas, con distintos destinatarios, pero intercambiables, por lo que parece. Las cartas no se conservarán. No ha llegado la hora todavía, pero las cartas están aquí, todas mezcladas, cubiertas de juguetes. Jenny las lee como en sueños. ¡Ésta es de Jenny! También como ocurre en los sueños, Jenny es menos racional pero capaz de interpretar mejor las cosas.

No me voy a quedar aquí. Este pueblo es una tumba y las calles están llenas de putas, mujeres con ratones, serpientes o peces vivos en los tacones de plástico transparente de sus zapatos. La muerte y las putas están por todas partes, caminando sobre esos espantosos zapatos brillantes.

¡Qué triste se pondría la madre de Jenny si pudiera llegar a leer esa carta! Por la mañana entra en la habitación de la niña y la ayuda a ponerse los zapatos.

—Se hace así —dice, cruzando los cordones—. Y ahora haces así, formas con el cordón la orejita de un conejo. ¿Ves?

Su madre la tiene sentada en el regazo mientras le enseña a atarse los zapatos. Jenny es muy impaciente. Le dan ganas de llorar cuando ve los dedos ansiosos de su madre. El camisón de Jenny está húmedo y sudado. Su madre se lo quita y va al fregadero, donde lo lava con un jabón de olor dulce. Luego le prepara el desayuno. Jenny no tiene hambre. Sale de la casa con la comida y la esparce por el jardín. La hierba la oculta. Jenny regresa a su habitación. Todas las cosas están guardadas. Su madre le ha hecho la cama. Jenny vuelve a sacar todas sus cosas, su cocinita, su máquina de escribir y su teléfono de juguete, sus marionetas y cochecitos, los muebles diminutos y carísimos de su casa de muñecas. Todo está ahí: unos platos servidos con carne asada de papel maché, las lámparas, las alfombras, los morillos de la chimenea, los abanicos, todo. La despensa está llena de pan de juguete, la piscina de juguete está llena de agua.

Jenny tiene una expresión tensa e íntima. Todo lo sabe, pero ¡qué desorientado y arbitrario es su saber! Pues sólo tiene un deseo, desde siempre sólo ha tenido el deseo de su elegante y quiescente amante. Es tan frío y tan satisfactorio pues nada hay en él que descubrir. Jenny va a la cama y se

acurruca a su lado. Él es oscuridad y ella es luz. No hay matices en el mundo de Jenny. Él es un árbol alto y oscuro que hunde sus raíces en la terca noche y ella es una llama que lo busca, una llama vacilante y transparente. Están en Oaxaca. Si abrieran los postigos, verían la ciudad de piedra. La ciudad se construyó con una piedra suave y de color verde claro que hace pensar que la lluvia cae sobre ella desde hace siglos. De los edificios caen sombras con la silueta de hombres. Todo está frío, casi podrido. En los mercados, las frutas están perladas de rocío; los frágiles cráneos emplumados de los pájaros están húmedos cuando los tocas.

El hombre le recoge el pelo por detrás de las orejas. Ahora no está bonita. Tiene la cara torcida y los ojos cerrados.

—Estás dormida —dice él—. Estás haciendo el amor conmigo dormida.

Se siente una nada, se siente en ninguna parte. Hay algo delicioso en todo esto, en el modo en que ahora la sujeta por la garganta. La presión de sus manos le resulta tan familiar. Ansía esa sensación.

Pero el hombre se aparta de ella. Se marcha.

Jenny finge dormir. Interpreta el papel de durmiente. Le fascina su sueño, donde todo tiene lugar como si no ocurriera nada. Nada queda oculto. En el papel de carta del hotel Principal, se lee:

Nadie tiene la culpa. Llama al 228.

Se sienta al pequeño escritorio y se bebe una cerveza mientras lee. Está leyendo un libro sobre los aztecas. Se fija en la deidad Tlazoltéotl, la diosa de la porquería y la fecundidad, de los estados de humor, el amor carnal y la confesión. Jenny se sienta muy tiesa en la silla. Tiene el cuello largo, redondo, esbelto. Pero siente que le falta el aire. Le cuesta respirar el aire alto y transparente de Oaxaca. El hombre también se ahoga cuando sube los empinados escalones de piedra de la ciudad. Fuma demasiado. De noche, cuando regresan al hotel después de haber tomado unas copas, tose y escupe cuajos de sangre en el espejo del lavabo. Hay sangre en las baldosas y en el lavamanos. Jenny cierra con fuerza la boca cuando le oye atragantarse. Ella se queda sin aliento, el aire que respira está fuera de su cuerpo, no le sirve de

nada. No se separa del hombre mientras tose. No hay mucha sangre, pero parece estar por todas partes, de madrugada, después de haber tomado unas copas, por todas partes pero no en la ropa del hombre. Él se viste con ropa impecable. Siempre lleva un traje gris muy ligero con una camisa blanca. Tiene dos trajes y los dos son de color gris, y tiene varias camisas y todas son blancas. Siempre es el mismo. Hasta estando desnudo, en la plenitud de sus fuerzas, es un hombre suave, agazapado, cerrado. No hay doblez en él. No le ofrece ningún otro camino. Lo que le ofrece es la muerte de su propia esterilidad. La sexualidad de este hombre es la fuente de la vida y su maldición es la muerte. Lo único que le ofrece a ella es su venidera muerte.

Ella se moja las manos y lava el espejo. No es capaz de imaginárselo muerto. Sólo es una niña pequeña que acepta con los brazos abiertos la crisis de una mujer. La muerte que ve es la suya propia inmersa en la vaciedad de él. Y él la llena con su vaciedad. La inunda de vaciedad. Ella lo agarra de su pelo abundante y largo. Se siente como si estuviera flotando a través de su pelo, cayendo milagrosamente lejos de todo peligro, hacia la muerte. Por fin a salvo.

—Jenny, Jenny, Jenny —la llama su madre.

—Quiero un bebé —dice Jenny—. ¿Puedo tener un bebé?

—Claro que sí —dice su madre—, cuando seas una chica grande y te enamores.

Jenny escribirá en el papel de carta del hotel Principal:

*Las exigencias del amor y de la supervivencia
son contradictorias.*

El hombre la mira por encima del hombro. Está inquieto, impaciente por ponerse en marcha. Van a visitar los baños que hay a las afueras de la ciudad, en las montañas. Una cascada vierte sus aguas sobre una gran pileta de piedra con calefacción artificial. Es un club privado, lleno de gente de Estados Unidos y mexicanos ricos. Cuando Jenny y su hombre llegan a los baños, lo primero que hacen es meterse en un pequeño cuarto de piedra donde el hombre se desnuda. Cuelga su ropa cuidadosamente de los ganchitos de

madera fijados a la piedra. Jenny mira afuera, donde un caballo rojo pasta atado a un largo ronzal de fibra trenzada. El agua baja en pequeños torrentes por la ladera de la montaña. Hay muy poca hierba. El agua brilla alrededor de los cascos del caballo. El hombre aparta a Jenny de la ventana y la desnuda. Es como una niña pequeña con los brazos y las piernas aún por tornear. Le baja los pantalones despacio. Le quita el jersey. Todo lo hace despacio. Su ropa cae al suelo, que está mojado de algo que tiene un olor dulzón. Con una mano, el hombre sujeta sus brazos con firmeza a su espalda. No le hace nada. No puede olerlo ni tampoco sentir su aliento. Sí puede ver su cara, que se muestra un poco adusta pero no da miedo. No hay en esa cara nada que la defraude. Intenta acercarse un poco a él, pero no puede hacerlo porque no le suelta los brazos. Empieza a temblar. Su cuerpo nota las caricias y el tacto de él, aunque no haga nada. Su cuerpo empieza a palpitar, a moverse como cuando hacen el amor. Se siente confundida, la ausencia de él en ella es demasiado fuerte.

Más tarde, el hombre sale a la piscina. Jenny odia bañarse, pero van a la piscina varias veces a la semana porque él insiste. Vuelve a vestirse y sale a la piscina para ver al hombre haciendo largos. El agua está llena de gente, desnuda o casi, lanzándose diminutas pelotas de fútbol americano. Ve que el hombre agarra a una mujer por los tobillos y empieza a arrastrarla alegremente por el agua. La mujer lleva unos pendientes de plata. Tiene el pelo plateado, su vello púbico es plateado. Su boca es de un impenetrable blanco mate. El agua forma unas diminutas burbujas translúcidas de espuma sobre su piel. La mujer se ríe y levanta las piernas para formar una tijera con la que sujeta al hombre por la cintura. Jenny lo ve besarla.

Otro hombre, un mexicano, se acerca a Jenny. Va con el torso desnudo y lleva unos pantalones blancos y unas botas altas de color amarillo. Se pellizca distraídamente el pezón izquierdo mientras la mira.

—Ford Galaxie —dice por fin, y se saca del bolsillo un llavero con las llaves de un coche y señala las montañas con la cabeza.

—No —dice Jenny.

—Galaxie —dice el mexicano—. Galaxie. Rojo.

Jenny ve el coche, su caparazón rojo que luce frío en las montañas negras,

y lo imagina avanzando por un paisaje de rocas y agaves mutilados. Avanzando con ella dentro, discretamente transportada.

—No —dice ella.

Odia los baños. Las baldosas en el fondo de la piscina forman un pájaro, una garza de patas delgadas y enorme cabeza plana. Su amante está quieto en la piscina, la mira con gesto divertido.

—Jenny —se ríe su madre—. Eres una soñadora. ¿Te apetece salir a cenar? Podemos ir con papá a ese restaurante que te gusta.

Pues sólo es el verano. No es más que eso, y Jenny sólo tiene cinco años. En la casa que tienen alquilada en Martha's Vineyard hay un bote colgado entre las vigas de madera del techo del salón. El casero les ha dicho que pasará a bajarlo para llevárselo, pero no lo hace. Jenny se sitúa debajo del bote y se cubre las piernas y el pecho con su colección de caracolas. Imagina que la han arrojado del bote y se ha hundido en el fondo del mar.

—Levanta del suelo, Pastelito —le dice su madre.

La niña se incorpora pesadamente. La misma pena de siempre, sufrida para nada, ha vuelto a cerrarse. Una y otra vez, pero luego nada.

—Vamos, Pastelito —dice su madre con pesar, pues Jenny está muy callada, muy pálida. Han ido a la isla en busca de sol, de juegos, para ofrecerle a Jenny su infancia. Su infancia los esquiva a todos. ¿Qué es lo que guía los pasos de Jenny?

—Vamos a jugar a peluqueras —dice su madre—. Yo seré la peluquera y tú la niña pequeña.

Jenny deja que la peine y le arregle el pelo.

—Eres muy guapa —dice su madre.

Pero también es muy melancólica, muy descuidada consigo misma. Tiene moratones por todo el cuerpo. Su madre le hace la raya con esmero. Prepara un plato de agua con jabón y le cepilla las uñas y luego se las corta. La deja presentable. Ahora es una niña pulcra en un vestido limpio que sale a cenar una noche de verano.

—¡Vamos, Jenny! —la apremia su madre—. Queremos estar de vuelta en casa antes de que se haga de noche.

Jenny se encamina lentamente hacia la puerta, que su padre sujeta para

que puedan pasar.

—Tengo una idea —dice su madre—. Yo seré un desfile y tú serás una niña pequeña que lo sigue.

Jenny está lejísimos. Sonríe para que su madre se deje de cháchara. Jenny es lo que será. No tiene energía, no tiene talento, ni siquiera para el amor. Se tumba boca abajo, con la cara enterrada en una sábana sucia. El hombre está acostado a su lado. Nota el latido de su corazón en el brazo. Latiendo como algo que ha quedado excluido de la vida. Una gran máquina, un motor desolado, que cuida de ella y la mueve. La máquina la mueve hasta la puerta, la hace salir a las calles de la ciudad.

En el restaurante hay una pista de baile. A veces Jenny baila con su padre. Baila poniéndose de puntillas sobre los zapatos de su padre mientras él la mueve por toda la pista. El restaurante es muy caro. La carta está escrita con tiza en una pizarra que los camareros pasan de mesa en mesa. Van a este restaurante principalmente porque a Jenny le gusta la pizarra. Puede jugar a que está en la escuela.

Hay una vela en las mesas y Jenny la apaga soplando al principio de cada cena. La mesa queda entonces sumida en una profunda luz crepuscular. A veces la camarera vuelve a encender la vela y Jenny la apaga de nuevo. Así puede imaginarse que es su cumpleaños todas las veces que quiera. Sus padres se lo permiten. Le permiten cualquier cosa siempre que no moleste a otras personas. Suele funcionar.

A mitad de la cena, se dan cuenta de que hay una discusión en la mesa de al lado. Un hombre está gritando a la mujer que se sienta junto a él. No se le ve enfadado, pero le está diciendo auténticas barbaridades. La mujer le pone la mano en la cara con dulzura. El hombre no la aparta, pero tampoco parece aceptar la caricia. La mano de la mujer vuelve a caer sobre su regazo.

—Estamos echando a perder la cena de la gente —dice la mujer.

—No me importa la gente —dice el hombre—. Sólo me importas tú.

La risa de la mujer es aguda e incómoda. Tiene el gesto sereno, pero le tiemblan las manos. Sus huesos brillan bajo su tensa piel. Se adivina una sensación de sangre, descomposición, el olor del amor.

—Eres lo único que me importa —insiste el hombre. Le tiende la mano

por encima de la mesa y tira las flores y la copa de vino—. ¿Por qué te importa lo que piensen los demás? —dice.

—No entiendo por qué la gente sale si no tiene la intención de pasar un buen rato —susurra la madre de Jenny.

Jenny no habla. Los insultos de ese hombre le tientan los oídos. La realidad de la pareja, que ya se ha marchado, engatusa sus ojos. Jenny mantiene la mirada fija en la mesa abandonada, en los restos de aquel naufragio. En todas partes reina el desorden. Incluso en las miradas de sus padres.

—Mañana iremos a navegar —dice su padre—. Pasaremos un día estupendo.

—Diría que esa mujer tenía un problema —dice la madre de Jenny.

Afuera la puesta de sol ha disipado la niebla vespertina. El sol desciende a largas paladas entre las nubes. Al final del día, el día regresa estrepitosamente a la claridad como una botavara que cambia de bordo. Jenny camina por la calle entre sus padres. Al llegar al bordillo da un saltito al vacío sujetada, de momento, por sus manos.

Y ahora, este momento, perdido sin remedio. Vuelve a ser de noche.

—Hace mucho que es de noche —dice el hombre.

Se está afeitando en el lavamanos. Su cara, hasta un par de centímetros por debajo de sus ojos, es una máscara blanca de espuma. Su boca es un agujero negro en la máscara.

Jenny se siente mareada después de beber. Las sábanas son blancas, las paredes son blancas. Una parte de la habitación tiene el techo más alto. Se eleva generosamente, pero lo único que acoge es una bombilla tapada con listones de madera. El armazón que cubre la luz es muy voluminoso. Es como si la luz estuviera atrapada en una jaula. Esa luz es como un animal salvaje, colgado en lo alto, arrimado al techo, una furiosa y brillante criatura con las alas retorcidas.

Hay una silla, una mesa, un escritorio y una cama en la habitación. Hay un batido en un vaso sobre una bandeja metálica. Sobre la superficie del batido, unos pétalos verdes de mohó se extienden desde el contorno del vaso hacia el centro.

—Lávate y salimos —dice el hombre.

Jenny se mueve obediente hacia el lavamanos. Baja la cabeza sobre el desagüe redondo y negro. Se moja las manos y la cara. El desagüe le parece muy complicado. Mallas, laberintos, avenidas que descienden, brocados y ovillos de materia en descomposición. En lo más hondo del desagüe ve un puntito de luz. Está convencida. Hay niños que se acuestan bajo esa luz y duermen. Los ve con toda claridad, sus tiernas boquitas abiertas a la luz.

—Sabemos demasiado —dice Jenny—. Todos sabemos demasiado casi desde el primer día.

—Haz el favor de lavarte mejor —dice el hombre.

—Ve tú primero. Nos veremos allí —dice Jenny.

Pues tienes planes para el futuro. Jenny ha vivido toda su vida en el futuro, si es que ha vivido. El tiempo se ha interpuesto entre ella y el hombre, pero sólo por unos años. ¿Qué importancia puede tener el tiempo en la inevitabilidad de las relaciones? Es la inevitabilidad lo que importa en las vidas, no el amor. ¿O es que no ha recordado a este hombre desde siempre? ¿O no lo ha visto levantarse después de un beso? Siempre.

Cuando se queda sola, desata la cuerda con la que tiene atado todo su equipaje. La bolsa está vacía. Ha viajado a este último lugar sin nada, en realidad. Lleva mucho tiempo con este hombre. Cada vez que le ha seguido, ha notado que una parte de ella se perdía. Esta vez quiere hacerlo bien, pero sus dedos no aciertan con la cuerda. Es como si los tuviera entumecidos por el frío, como si la cuerda estuviera empapada en agua de mar y tuviera nudos. Cuesta mucho prepararla. Se detiene un momento y luego recuerda con espanto que tiene que ir al cuarto de baño. De todo lo que tenía que recordar, eso era lo más importante. Se siente al borde de las lágrimas porque ha estado a punto de olvidarlo.

—Tengo que ir al cuarto de baño —grita.

Su madre la acompaña.

—Este cuarto de baño no es bonito —dice su madre.

Hay agua sólo unas horas al día. Ahora no hay. En el suelo hay unos trapos. La luz que se filtra por la ventana está sucia.

—Ayúdame, madre —dice Jenny.

Tiene el estómago completamente revuelto. Le da miedo hacérselo encima. Quiere salir un momento al fresco y aclararse las ideas. Tiene la cabeza repleta de mentiras. Fuera del cuarto de baño, afuera, se acuerda, está la cubierta del motovelero. Las velas verdes se han vuelto de un azul descolorido y flamean, dan latigazos como tablones al viento. Cierra la puerta que da al cuarto de baño. Aquí fuera está el Atlántico, crespó, azul y frío. Por supuesto que no hay peligro. Los motores están en marcha. Traen a la gente de vuelta al puerto. Las velas tienen el peso de la madera. No hay peligro. Se encuentra perfectamente. Sólo es una niña pequeña. Está con su madre y con su padre. Están de vacaciones. Navegan alrededor de la isla con otros turistas. Su padre ha planificado una excursión para cada día de las vacaciones. Ahora están a punto de llegar a puerto. Nadie comete imprudencias. Los pasajeros van sentados o se mueven con cautela, recogiendo los aparejos, los sedales o ayudando a los niños a ponerse el jersey.

Jenny ve al hombre esperando en el muelle. Los motores del barco aúllan con más fuerza cuando el barco reduce la marcha, cuando choca blandamente contra los pilotes cubiertos de lona del muelle. La horrible máquina aúlla cada vez más fuerte. Jenny desembarca directamente en sus brazos.

Él le da un beso como si se lo diera a otra. Ella lo encuentra áspero, hiriente al principio, pero luego empieza a manejarla con más dulzura, más seguro del saber que ella espera recibir.

La lengua del hombre se mueve profunda y dolorosa en su boca. El amor del hombre se vuelve autónomo. Se vuelve, por fin, completo.

QUÍMICA INVERNAL

Era mediados de enero y no había nada que esperar de los días. La radio dejaba de emitir al caer la noche y la noche llegaba a primera hora de la tarde y luego llegaba la oscuridad y no había nada que ver más allá de una luna desteñida que rodaba sobre unos campos tan lisos como un pastel glaseado, y no se oía ni un solo ruido.

No quedaba nada de la Navidad salvo un frío que encorvaba a la gente y la oprimía. Su sangre estaba llena de frío. Lo mismo que sus ojos y los alimentos que comían. La gente caminaba por las calles ataviada con pasamontañas, como si fueran gánsteres o tuvieran malformaciones. Había ancianas que morían porque se habían roto un hueso o se habían hecho una herida tonta en domicilios a los que nadie acudía, y los peces se congelaban en la quietud de sus ríos.

El frío, a diferencia de lo que acostumbra el verano, no inventaba nada y tampoco revelaba nada, como hace la primavera. Acampaba en una demostración de fuerza sobre todas las cosas: a la espera, alterando las ambiciones de cada cual, avivando el anhelo de un final. El frío era causa de dolor, desasosiego y enfado, y de unos pensamientos que conducían por caminos extraños e intransitables.

Judy Cushman y Julep Lee eran muy buenas amigas. Cada una sabía cosas que la otra desconocía y cada una tenía una forma distinta de perseguir sus deseos. Ambas estaban enamoradas del guapo profesor de química del instituto. El amor empezaba de formas distintas, pero siempre tenía un mismo final. Alguien iba a salir malparado. Julep era demasiado reservada para admitirlo, ya que siempre procuraba apartar cualquier pensamiento mezquino

de su mente.

Tenían catorce años y lo único que conocían bien era aquel pueblo y las vidas que llevaban en él y que les parecían odiosas.

Dormían mucho y siempre hablaban de las mismas cosas, y hacían brownies y palomitas, y bebían Coca-Cola. Julep siempre alardeaba cuando se tomaba una Coca-Cola porque su padre, según decía, le había regalado tres acciones de la compañía el día que vino al mundo. Judy siempre se reía cuando lo pensaba. «El día que nací —solía decir— recibí los dones de la belleza y la fortuna.»

Sus libros de texto se quedaban abiertos y sin leer, cubiertos de migas y trozos de uñas recortadas. Las noches que no había ventisca, salían a espiar al profesor de química, pues sólo tenían catorce años y rara vez eran capaces de distinguir entre lo que hacían y lo que sencillamente soñaban hacer.

El profesor de química tenía unos ojos enormes y temblorosos como un ciervo y su nombre era tan dulce al paladar como una chocolatina. DEBEVOISE. Era alto y lánguido, soltero y guapo. Vivía solo en una habitación alquilada en el primer piso de un caserón de la costa. La casa era la última de una calle que se interrumpía bruscamente para convertirse en un campo de pinos y piedras. Todas las noches las chicas iban al campo y, agachadas en una oquedad, lo observaban con unos prismáticos baratos. Llevaban ya un mes observando cómo se movía acartonadamente por el cuarto y aún no sabían qué deseaban que ocurriera. Las paredes de aquel cuartucho estaban pintadas de blanco y el profesor se sentaba a un escritorio blanco con las mangas de la camisa enrolladas hasta las muñecas. Lo único que había en el escritorio era un pequeño televisor con una pantalla del tamaño de un libro. El profesor veía la televisión y bebía de un vaso. A veces se pasaba las manos por el pelo oscuro.

Judy Cushman y Julep Lee sentían que el mero hecho de amarlo era un triunfo en sí mismo.

Pero aún no tenían la menor idea de lo que esperaban desde su hueco en la nieve. Las piedras se les clavaban en sus flacas piernas. El frío les dejaba sordos los oídos. En ocasiones, Judy pensaba que lo que quería era que el profesor subiera a una mujer a su cuarto. O tal vez que hiciera algo

vergonzoso o sucio a solas. Pero de eso no estaba segura.

En cuanto a Julep, rara vez decía algo que no hubiera dicho ya mucho antes, así que no había forma de saber lo que pensaba.

Julep era el ser humano más flaco del pueblo, su cuerpo estaba lleno de cantos, moratones y articulaciones poderosas. Hasta sus labios eran duros, mustios y exangües como el hueso. Su pelo era de un rubio tan pálido y reseco que parecía blanco, y sus cejas y pestañas eran del mismo color, si bien sus ojos, bajo unos párpados gordos y redondos que se movían tan despacio como los de una muñeca, eran pardos.

Sus padres se habían trasladado del sur al norte cuando tenía cuatro años y desde entonces había vivido siempre en la misma costa adormecida y gélida. Se abría paso a través de cada día con incredulidad, como si la hubieran secuestrado y enviado al patio de una prisión en otro mundo. Como no era capaz de sacar ningún partido al frío, se pasaba el día soñando con el calor, con un sol lo bastante poderoso para derretir aquel pueblo monstruoso y liberarla. Hablaba del sol como si fuera una amiga íntima que esperaba en la habitación de al lado a que ella se acicalara para salir a dar una vuelta.

Julep era baptista, clarinetista de la banda del colegio y alero de un equipo de baloncesto de seis chicas que se había hecho famoso en todo el estado, invictas, sin rival a su altura, hurañas. Tenía costras en las rodillas, un uniforme de seda azul en la taquilla y las uñas partidas y agrietadas por el contacto del áspero balón de cuero. Julep era una ingenua.

Judy Cushman también era una ingenua, pero tenía tendencia a ver las cosas de modo ávido y excitado. Judy era bajita y fuerte y llevaba un ligero. Se había arrancado casi hasta el último de los pelos de las cejas y se hacía un recogido con la melena que se elevaba veinte centímetros por encima de su cabeza, porque su hermana era peluquera y le había enseñado la mitad de lo que sabía.

Judy era elegante y de formas generosas, una de las favoritas de los

chicos, y le decía a Julep cosas que casi la dejaban muerta. Le decía: «Anoche, Tommy Saloma se mostró a mis ojos en el sótano de su casa», y Julep casi se desmayaba. Le decía: «Billy Colter me tocó los pechos en la biblioteca», y Julep se quedaba sin aliento y elevaba la barbilla en un ángulo extravagante porque creía que si no lo hacía el contenido entero de su cuerpo saldría a borbotones de su boca, todo lo que la componía saldría afuera y caería al suelo entre ellas.

Judy siempre le decía a su amiga las cosas más horribles que se le pasaban por la cabeza, fueran ciertas o falsas, y le hacía promesas que luego no cumplía, y la insultaba y le tomaba el pelo tanto como podía. Julep se lo permitía y se quedaba siempre profundamente afectada y perpleja, lo que agradaba mucho a Judy. Ese placer era una manera de desquitarse por el hecho de que Julep tuviera ese pelo tan blanco por el que ella lo habría dado todo. Le molestaba que su amiga tuviera un pelo tan extraño y arrebatador y que encima no supiera cortárselo o rizárselo como es debido.

Después de clase iban a menudo a casa de Julep. Solían ir allí y no a la de Judy porque la habitación de Julep era más grande. La habitación de Judy no era más que un cuartucho con una bombilla brillante, una cama turca y olor de ropa interior.

—Oye —dijo Judy mientras se arrancaba un trozo de celo del flequillo—. Tenemos que ampliar nuestros temas de conversación. ¿Por qué no hablamos de hombres o películas? ¿O incluso de cócteles?

—No sabemos nada de esas cosas —respondió Julep.

Miró el volumen negro y viejo de la Biblia que tenía en la mesilla de noche. Había leído en él que un día el sol se volvería negro como tela de cilicio y la luna, roja como sangre. Todo era por culpa del mal que anidaba en las personas, y Julep temió que al sol le pasara eso antes de que ella tuviera la oportunidad de regresar adonde éste lucía.

—Eres tú la que no sabe nada.

Judy tiró del jersey y puso la sonrisa agrisada que le parecía tan seductora en los labios de las modelos infantiles que salían en las revistas de

moda. Sus pechos nuevos se elevaron y bajaron siniestramente bajo el jersey.

—Un día vas a sacarle el ojo a alguien con eso —dijo Julep, señalando el pecho de su amiga—. Yo que tú, estaría preocupadísima.

Judy bostezó. Julep miró por la ventana. El sol seguía ahí arriba, pero no se veía por ninguna parte. El aire era azul y la nieve que caía también lo era, y los árboles eran tan negros como si se hubieran quemado.

—Yo me largo —dijo Judy de pronto, y salió altiva de la habitación de Julep y bajó las escaleras de camino a la cocina.

Julep frotó la escarcha que se estaba formando en la cara interior del cristal de la ventana con una uña delgada y amarillenta que le sangraba. Notó que le sudaba la cabeza. Si la apretaba con las manos, saltaría como una garrapata hinchada agarrada a un perro. Si en el infierno hacía calor, entonces en el cielo tenía que hacer un frío de espanto. Se apartó de la ventana y bajó las escaleras con paso cansino.

Judy se había puesto las botas y el abrigo. Saludó con gesto tímido a Julep.

—Bueno, supongo que no iremos a espiarlo esta noche, ¿no? —preguntó nerviosa Julep, volviendo trabajosamente los ojos hacia su amiga.

Mirar era algo que solía costarle mucho trabajo, como si sus ojos fueran cajas de ladrillos que tuviera que empujar de un lado para otro.

—No —dijo Judy, pues quería darle un escarmiento a su amiga por ser tan sosa.

Tenía sus libros esparcidos por la mesa de la cocina junto a un platito que ponía DEJA QUE TE AGUANTE LA BOLSITA DEL TÉ. Judy torció el gesto y luego meneó la cabeza en señal de negación. El padre de Julep era dueño de una pequeña tienda de comestibles y fruslerías variadas al cabo de la calle y en el escaparate había un letrero escrito a mano donde se leía:

POR QUÉ HACER MÁS RICOS A LOS RICOS
Y SER CONDESCENDIENTES CON LOS POBRES.
GRACIAS

—¿Cómo soportas vivir en este tugurio? —preguntó Judy—. ¿Con estas

estupideces?

Julep no lo sabía. Judy se fue y caminó bajo una fuerte nevada hasta la estúpida tienda del estúpido padre de Julep, donde compró un paquete de chicles y mangó un set de rímel y un lápiz de ojos.

Julep cenó. Sopa de pescado, pan, dos vasos de leche y tres trozos de pastel. Sentía que estaba alimentando a algo que vivía dentro de ella y que en realidad encajaría mejor en una jaula del zoo. Una máquina quitanieves subió por la calle, rebanando la oscuridad con su luz naranja. Se acostó temprano porque al día siguiente tenía varios exámenes y un partido de baloncesto. Pensó en mares tropicales, en enormes flores blancas sobre tallos amarillos inmóviles al sol. Allí, las cosas transcurrirían lejos de la costa, mar adentro. Quedaría a salvo de todo lo que naciera de la fealdad.

Judy Cushman y Julep Lee se habían hecho amigas el verano anterior en la playa. Era la fiesta de Maine y hacía un día radiante y triste. Aparte de ellas sólo había dos personas, que se estaban ahogando más allá del rompiente de las olas. Las dos chicas estaban sentadas en la playa comiendo una bolsa de patatas fritas y no sabían si esas dos personas se estaban ahogando o sencillamente pasaban un buen rato. Incluso después de desaparecer, las chicas no podían creer que hubieran desaparecido de verdad. Volvieron a casa y al día siguiente leyeron la noticia en los periódicos. A partir de ese día fueron inseparables, aunque nunca volvieron a hablar de lo ocurrido.

Debevoise tenía treinta y cuatro años y no era aficionado a las aventuras. Las mujeres no le decían nada y los hombres no podían importarle menos. Vivía en un cuarto esquinero en el primer piso de una pensión laberíntica. Su habitación tenía dos ventanas: una daba a los campos y la otra al mar. No había cortinas en las ventanas y nunca bajaba las persianas. Desayunaba con los ancianos dueños de la pensión, comía todos los días a las doce en el instituto y cada noche iba en coche al pueblo de al lado para cenar. Era un joven serio, muy bronceado y excepcionalmente guapo. En cuanto a sus

clases, no estaba muy seguro de que sus alumnos fueran realmente seres humanos, pues consideraba que aquel paisaje inclemente los había dejado a todos con la inteligencia perjudicada. No creía que la química o cualquier otra cosa pudiera hacerles ningún bien o mal.

Y las chicas sentían una mezcla de desilusión, terquedad y congoja porque a fin de cuentas habían recorrido un largo camino por un solo susurro.

Podían acercarse a la casa subiendo a pie por la playa y trepando por la escalera de hierro soldada a la piedra, lo cual era peligroso y las dejaba al descubierto, o bien pasando por el pueblo y luego por el campo. Su puesto de vigilancia era una pequeña oquedad junto a un pino enorme cuyas ramas barrían el suelo. Más allá, había un pequeño parapeto de piedras que ellas mismas habían reunido para disponer de otro escondrijo. Cada noche podían verlo todo desde cualquiera de esas dos posiciones.

Cada noche la figura brillante del profesor de química se proyectaba en el cristal cuadrado de la ventana y observarlo era como contemplar una pieza de museo. Las chicas a menudo cerraban los ojos y hasta se adormilaban un rato, y entonces la nieve caía sobre ellas y les congelaba el pelo. A veces el profesor se quitaba toda la ropa y se paseaba por la habitación, lanzando puñetazos a la pared, pero sin rozarla ni una sola vez. Verlo desnudo no resultaba tan excitante como las chicas habían imaginado, ya que nadie les había enseñado cómo debían reaccionar ante aquello.

Aun así, Julep regresaba a casa con una sonrisa en los labios, como si alguien le hubiera hecho una promesa muy emocionante. No había nadie en la casa que pudiera fijarse en su sonrisa, ya que su madre siempre estaba encerrada en su cuarto, empolvada, con los labios pintados y en una mañanita de encaje, como una inválida, viendo la tele y comiéndose un helado de la tienda, y su padre ya llevaba horas dormido, espasmódico y suicida, soñando con trozos de carne que se echaban a perder en congeladores defectuosos.

Las noches que las chicas veían sin ropa al profesor de química, Judy fingía desmayarse de placer, pero en realidad sentía hostilidad hacia aquella imagen, que era tan inconcebible como irresistible. El profesor tenía todo el

cuerpo moreno y no parecía real. Los chicos que Judy conocía eran absolutamente comprensibles. A Debevoise, en cambio, no lo entendía para nada. Podía imaginarse que el profesor era una estrella de cine, desnudo junto a ella, a punto de llamar a sus dientes con la lengua. ¡El señor Debevoise iba a dejarle un chupetón en el cuello! ¡Iba a agarrarle la mano para ponerla en su entrepierna! Pero luego pensaba que todo eso no tenía ningún sentido.

La mañana siguiente a que Judy se negara a ir a espiarlo, Julep se despertó con dolor de cabeza y una sed espantosa. Por un instante pensó que había ido a hacer la vigilancia sola y que le había pasado algo horrible. En cuanto saliera de casa, alguien le contaría lo ocurrido.

En el cielo había unas pinceladas negras que lo recorrían de lado a lado como si fueran los restos de algo que hubiera muerto esa noche. De camino al instituto, Julep empezó de pronto a llorar. Le dolía la garganta y le pesaba la cabeza. Se tiró con saña del pelo incoloro para que le cayera de forma más directa sobre los ojos y las sienes. Se plantó delante del instituto, con los brazos colgando, mirándose los pies. Miró y volvió a mirar, aturrida. Y entonces empezó a hacer recuento. Allí estaban sus botas, botas altas de montar, llenas de raspones, su único calzado de invierno, que dejaban pasar la humedad y le manchaban los pies cada día del color de sus calcetines. Y allí estaban sus rodillas raspadas, amarillas y grises de tanto caerse en el parque del pabellón. Luego, su abrigo raído y feo. Sus entrañas tampoco eran como habría deseado, pues sabía que en su interior imperaba un orden convulso, un humeante caos de alimentos y trozos blandos de color escarlata, citas de la Biblia, ecuaciones de química y bultos y dolores raros como si hubiera algo en lo más profundo de su ser que ansiaba salir.

Debevoise, bien que lo sabía ella, era un hombre puro y cálido, sin una mota de suciedad.

Julep entró en el instituto y enfiló por los pasillos atestados como un espectro, tímida, huesuda y torpe, con el pelo rubio brillando como una bombilla. La clase antes de química era interminable. El frío se filtraba por los marcos de las ventanas hasta llegar a la rosa de plástico sobre la mesa del

profesor.

El aula se desvaneció y Julep vio que estaba sola con Debevoise en una barca hinchable en un mar verdoso y transparente. Dulces pececillos se alimentaban los unos de los otros sin rencor y de sus cuerpos se desprendían trozos sin sangre. Las rodillas de Julep rozaban las del profesor y ambos tenían cámaras y se hacían fotos el uno al otro. El sol era un agujero ardiente sobre sus cabezas...

Nadie había jugado nunca en la nieve ni la había usado para hacer nada. Caía muy a menudo y permanecía demasiado tiempo. En el comedor, las ventanas estaban al mismo nivel que el suelo y tenían una malla metálica para protegerlas de cualquier objeto que llegara volando desde el patio. La nieve estaba más alta que las ventanas. Judy se sentó sola a una larga mesa de madera. Entre las grietas de la madera había trozos de comida vieja y horquillas para el pelo. El comedor era un sitio espantoso que todo el mundo tenía la imprudencia de frecuentar. Cuando Judy vio la figura estrecha y nerviosa de su amiga dando tumbos por la sala, decidió al instante que la perdonaría y que esa misma noche retomarían la vigilancia de Debevoise. Después, irían a la habitación de Julep y se tomarían una ginebra con Coca-Cola. Se prepararían unas copas y obligaría a Julep a hablar con ella de hombres lo quisiera o no. Julep podía poner las Coca-Colas, ya que iría en beneficio de sus acciones.

Julep se sentó y miró con timidez a Judy. El profesor de química pasó a su lado y se sentó a la mesa del profesorado, al otro lado del comedor. Llevaba un traje de color limón, una camisa azul marino, una corbata amarillo intenso y la sonrisita de superioridad que era su expresión habitual durante la jornada de trabajo.

Lo miraron con respeto. Julep cerró los ojos. Con los ojos cerrados, Julep parecía enferma e inconsciente, más allá de toda posibilidad de comprensión.

—Si pudieras elegir, ¿qué le obligarías a hacerte? —susurró Judy.

Como Julep no dijo nada, Judy dio unos golpecitos en la mesa con los dedos y susurró un poco más fuerte:

—Tal como estás sentada y con las pintas que traes, cualquiera diría que te acaban de violar.

Los ojos de Julep se abrieron de golpe y permanecieron borrosos y desenfocados unos segundos, como si hubieran pasado los últimos años lejos de su cabeza.

—Serías capaz de destruir incluso la ciudad celestial —dijo Julep finalmente.

Judy la llamó «Ciudad Celestial» el resto de la tarde. En el laboratorio de química estuvo tanto rato murmurando que al final los experimentos de cálculo volumétrico les salieron fatal. Julep vació los productos químicos en el conducto de agua que recorría el centro de la mesa de loza y se llevó las manos a la cabeza, que le aullaba de dolor. Sentía la presencia silenciosa de Debevoise a su lado, le llegaba el olor de su colonia y de su camisa nueva. La ropa brillante del profesor se había posado en el rabillo de su ojo como un cautivador pájaro tropical.

Después de las clases, en el pabellón, Julep se sentó en un banco detrás del encargado de la mesa de anotación con su reluciente uniforme y las zapatillas de bota alta blancas que había ganado en un concurso estatal de tiros libres el año anterior. No recordaba por qué se había obsesionado con jugar al baloncesto. Se vendó las muñecas con cinta.

Judy era una aficionada más en el graderío, rodeada de chicos. Todos los chicos se estaban acicalando el pelo con peines y todos vestían vaqueros y botas de caza.

—¡Ciudad Celestial! —gritó Judy—. ¡Ciudad Celestial!

Julep observó a las chicas del equipo rival. Agarraban el balón delicadamente, como si estuviera cubierto de una baba asquerosa.

Ya en la pista jugó de maravilla y su testa blanquísima destacaba por encima de las demás cuando se apiñaban bajo el tablero y Julep hincaba los codos en las costillas de las rivales. Las ventanas de la nariz se le llenaron del polvo y el crepitante calor de los radiadores. El equipo de Julep iba muy por delante en el marcador. Los hilos de la red crujían cuando el balón pasaba

flotando por la canasta. El baloncesto era un asunto serio y Julep no se lo tomaba a la ligera. La vida era lo que una pudiera sacar en claro de ella.

—¡Ciudad Celestial, Ciudad Celestial! —insistía Judy desde la grada—. ¡Mira a tu derecha! —Los chicos que la rodeaban contemplaban con gesto reconcentrado la cancha y mascaban grandes pedazos de chicle—. ¡Mira a tu derecha! —gritó Judy.

Julep escrutó con cautela los laterales de la cancha. Los aleros rivales tenían la posesión del balón y lo hacían circular con prudencia en la otra mitad del campo. Se quedó jadeando y ligeramente encorvada, con la mirada vuelta hacia la grada, hasta que sus ojos cansados se posaron en Debevoise. Sonreía amablemente y la miraba. Su cara hermosa y morena estaba relajada y libre de aquel gesto impenitente de aburrimiento y asco, y sus labios, en el momento en que lo divisó, parecieron moverse hacia una expresión que Julep no sabía que poseyera. Fue entonces cuando recibió un balonazo en toda la cara y cayó de rodillas al suelo. Oyó un ruido en la grada, algo corrosivo e impersonal, un bullicio y una burbuja de silbidos como si su cabeza se hubiera partido por la mitad y una ola la estuviera atravesando de lado a lado. Unas risitas y un silencio borroso. Mientras alguien la ayudaba a salir de la pista, pudo ver al profesor de química que sonreía tapándose la boca con las manos como si la mandíbula estuviera a punto de desencajarsele.

Julep regresó a casa caminando despacio en un crepúsculo gélido, con el abrigo en los brazos. Notaba que el cerebro le palpitaba desenfrenado, aunque su corazón estaba tranquilo.

Judy se pasó a eso de las ocho con una botella de ginebra escondida bajo la cremallera del forro de su abrigo. La había encontrado detrás del tocadiscos de su casa. La botella estaba llena de polvo y faltaban unos cinco centímetros de su contenido. Judy no sabía si el licor estaba en buen estado o no.

Julep estaba en el cuarto de baño, con un paño caliente en el ojo izquierdo. Casi todo el blanco del ojo había desaparecido bajo un charco carmesí. Judy no dijo palabra sobre el ridículo en el partido de baloncesto. Pensaba que era una tontería que su amiga se emocionara tanto por jugar a un deporte de chicos y sospechaba además que si seguía por ese camino al final

se produciría un cambio en las hormonas de su amiga. Las revistas le decían cosas terribles y ella se lo creía casi todo.

Judy fue a la cocina a por unos vasos y algo con que combinar la ginebra. Detrás de una puerta cerrada, oyó un televisor encendido y la voz de una mujer por encima. «No —dijo la voz—. No, ese pordiosero es un inútil.» Se oyó entonces un disparo, un golpe y una música cada vez más fuerte. «Te lo dije», dijo la voz. Judy cogió unas cuantas galletas rancias y subió a la habitación de Julep. Las galletas tenían forma de estrella, con los bordes quemados.

—Reliquias de Navidad —dijo Julep, frotándose el ojo.

Se tomaron un vaso de ginebra y luego salieron a dar una vuelta por el pueblo, en el que sólo había un color y en el que apenas se movía nada, y la noche era muy fría y clara. Más allá del campo, el mar era plano como una autopista a la luz de la luna.

—Me siento de maravilla —dijo Judy con una voz aguda y gorgoteante.

Julep no dijo nada. La dominaba una sensación de calor y cansancio, la misma que había tenido esa mañana al despertarse. Se colocó el pañuelo sobre el ojo amoratado. De vez en cuando, le daba la impresión de que el ojo giraba hacia atrás y la escrutaba por dentro en vez de mirar afuera, hacia la noche.

Se instalaron bajo el árbol gigantesco y Judy sacó a tientas los prismáticos de su abrigo. Se le cayeron a la nieve y cuando los recuperó soltó una risita. Pensó que Julep sólo intentaba dárselas de lista y que sin duda había vaciado su vaso de ginebra en la alfombra o algo parecido aprovechando un descuido suyo. La apartó de un empujón y alzó los prismáticos.

—Dios —dijo a viva voz—, vuelve a estar desnudo.

Julep se sentó encorvada, con los brazos alrededor de las rodillas. Tenía toda la ropa sudada y el sudor le caía por la comisura de los labios.

—No grites —dijo Julep—. Te va a oír alguien.

Intentó pensar en su propia desnudez y en lo que podría significar para alguien, incluso para ella misma, pero nunca había prestado atención a su cuerpo. El ojo le tembló y se convirtió en un pedazo de carne cruda tendido

dócilmente en su cabeza.

Debevoise estaba colocando una lámpara de bronceado sobre su cama. La encendió y se tumbó de espaldas con las manos en la nuca. La bombilla estuvo colgando inactiva sobre su cabeza un momento y luego se encendió con una luz estridente. Casi en el mismo instante, la puerta de la casa se abrió y el haz de una linterna se extendió sobre el campo. Judy dio un pequeño alarido y se acurrucó contra el tronco del árbol que tenía a su espalda.

—¿Quién anda ahí? —inquirió un hombre—. Sé que estás ahí.

Detrás de la voz se veía un pasillo de color rosa y una anciana de pie y tapada con un chal que se restregaba la boca con el puño. Por todas partes parecía reinar una luz mortecina. El mar, la nieve, la lámpara de bronceado y el viejo que caminaba hacia ellas. Las chicas se agacharon debajo del árbol como un ciervo deslumbrado por la linterna de un cazador.

—Ernest, no salgas de casa —dijo la anciana.

El hombre se detuvo y dibujó un amplio arco con el haz de luz.

—No es la primera vez que vienes. O sales o tendrás problemas.

—Ernest —dijo angustiada la anciana, mientras encendía y apagaba la luz del porche como si estuviera guiando a un barco en la oscuridad.

Judy y Julep salieron corriendo, tropezando por el campo, sorteando las ramas de los árboles, tapándose la cara con las manos.

—¡Eh! —oyeron tras ellas—. ¡Eh! Salid de ahí.

Julep estuvo enferma tres semanas y no se movió de su habitación. Oía a los niños a caballo, avanzando a medio galope por la calle. Oía las quitanieves. Tomaba sopa y olisqueaba su cuerpo bajo las sábanas húmedas. Sentía que era un organismo extremadamente frágil sepultado bajo varias capas de mantillo vegetal. Su cara se había encogido y perdido toda estructura, como si algo la estuviera consumiendo y vaciando por dentro. La nieve caía eternamente de un cielo marchito y Julep, más allá de las fronteras del sueño o la razón, seguía ardiendo por dentro.

No sabía si aquel fuego había estado avanzando hacia ella desde hacía largo tiempo y por fin le había dado alcance o si siempre la había

acompañado y sólo ahora se había percatado de su existencia.

Desde la tarde del partido de baloncesto, fue incapaz de recordar cómo había mirado antes a Debevoise. El profesor era el dolor y el calor que sentía en su cabeza y ya no algo en lo que pudiera pensar.

Judy tampoco soportaba pensar en Debevoise. Le daba miedo pensar que pudieran descubrirlas. Todo el mundo creería que era un bicho raro. Las chicas se reirían y los chicos se aprovecharían de ella, cuando ahora todavía se peleaban por ella, la querían y les daba un miedo mortal, o casi. Le alegraba que Julep estuviera enferma y que ya no tuvieran que pasearse por la nieve. Nunca reconocería que estaba siendo precavida o se había asustado, pero en cuanto Julep se pusiera buena le diría que se había hartado del asunto y que ya había descubierto todo lo que quería saber sobre Debevoise.

Judy solía visitar a Julep, pero no le gustaba mirarla. Una vez Judy le dijo:

—Ha preguntado por ti, ¿sabes?

Julep sonrió educadamente y estudió el embozo de la sábana.

—Ha preguntado si te habías mudado y le he dicho que no, que estabas enferma, y luego ha dicho que hoy en día las chicas quieren estar demasiado delgadas por la moda y que no comen bien y luego enferman.

Cuando Julep regresó al instituto, todo le parecía diminuto, como en un sueño, y todo se movía a una velocidad deslumbrante. No era capaz de seguir el ritmo de las cosas, pues sus músculos, habiendo descansado tanto tiempo, se habían vuelto completamente inútiles. En el laboratorio derramó permanganato de potasio y las manos le quedaron tiznadas de un intenso color marrón. Al verlas, pensaba que la acompañaban como una oscura enfermedad, como las manos de un hombre, empapadas y sórdidas.

Tenía frío.

Julep empezó a ir sola a espiar a Debevoise. Fue una sorpresa para Judy y se puso a la defensiva, intrigada, imaginando que Julep por fin había conseguido algo que las dos juntas no habían sido capaces de lograr.

—No creo que pase nada que no hayamos visto ya —dijo malhumorada

—. Lo único que podría pasar es que una de las dos subiera a esa habitación con él y que en vez de espiar esa ventana pudiera mirar desde ella. Vas a enfermar ahí fuera, vas a congelarte y perder el sentido.

Julep se miró las manos estropeadas y se las frotó un momento con una toallita que había empezado a llevar a todas partes.

Judy sospechaba. Le preocupaba que hubiera ocurrido algo interesante.

—Necesitas que alguien te cuide todo el rato —dijo—. Iré contigo otra vez, pero no voy a volver nunca más y no voy a permitirte que lo vuelvas a hacer.

Cómo se lo iba a impedir era algo que ignoraba. Podía delatarla, supuso. Eso liquidaría el asunto. Echó una mirada moralizante a Julep y ésta se la devolvió.

Era noche cerrada, sin luna ni estrellas en el cielo, con el único resplandor de la nieve que fulgía pálida con su propia luz y del encaje de hielo que colgaba de los árboles. Caminaban con las manos tendidas delante de la cara y los codos abiertos, arrastrando un poco los pies para no trastabillar.

La nieve helada que cubría el suelo cedía bajo sus pasos y todo estaba lleno de agujeros. Las rodillas de Judy se hundieron y al cerrar la mandíbula se mordió la lengua. Había perdido la práctica y el ritmo de esa tierra y también la razón por la que caminaba sobre ella. Julep avanzaba por delante a buen ritmo y Judy seguía sus pasos, perdida en una película, en una guerra, convertida en una huérfana amada, en la flor de la vida y en peligro incesante. «Si Julep tuviera un poco de imaginación —pensó—, no se implicaría tanto en las cosas.»

Se instalaron junto al árbol, en una zanja nueva y más profunda, con una base de piedras y los flancos de hielo liso, y era inquietante e inconcebible que aquello se pareciera tanto a una casa.

El piso de arriba estaba a oscuras.

—Pero si ni siquiera está —dijo Judy en tono acusador.

La faz granulosa de Julep emergió entre sus rebujos de lana.

—Está —dijo.

—¿Y se puede saber qué está haciendo a oscuras? —gritó Judy—. ¿Le has visto hacer algo a oscuras?

Se estaba enfadando. Las dos se acurrucaron en la nube que formaba el perfume de Judy. Le dieron ganas de estrangular a Julep, que se apoyaba levemente en ella, en trance y satisfecha, aletada y paciente. Miró hacia la casa y le pareció que Debevoise se movía estruendosamente en la oscuridad sin que de aquello pudiera deducirse nada. Estaba enfadándose tanto que le pareció que iba a reventar. Dio un pequeño grito, hincó los pies en el suelo, se incorporó y echó a andar por el campo. Caminaba a grandes zancadas, levantando mucho los pies, moviéndose tan deprisa que, al notar que las botas le patinaban, pensó que aún estaba a tiempo de alcanzarlas antes de caerse, pero sus piernas seguían lanzándose hacia delante mientras el resto de su cuerpo se deslizaba hacia atrás, y terminó cayendo en una grieta en la nieve.

Se quedó ahí lloriqueando. A diferencia de Julep, era la primera vez que se hacía daño en toda su vida. Nunca se había magullado, ni había enfermado, ni se había quemado, ni se había roto un solo hueso. Se quedó tendida de espaldas, dándose ánimos con dulzura, cantando para sí misma con la voz de una niña pequeña. De pronto vio que la levantaban bruscamente del suelo y la zarandeaban con violencia. Debevoise la tenía agarrada por la pechera del abrigo y la movía hacia delante y hacia atrás, le pellizcaba los pechos, empujándola y atrayéndola hacia sí como si siguiera el compás de una canción, moviendo la cabeza de lado a lado a apenas unos centímetros de ella, casi como si fuera la cabeza del profesor la que se zarandeaba y no la suya. Estaba rabioso. Su cara parecía a punto de reventar en mil pedazos. Le hablaba con palabras sencillas, pero ella no parecía comprenderlas. La apartaba de sí cada vez que pronunciaba una de esas palabras y luego tiraba de ella en los silencios entre las palabras y era como si alguien encendiera y apagara una radio.

Entonces, Judy sencillamente dejó de balancearse y el profesor, sin separar las manos de su abrigo, se venció sobre ella, apartándola en la caída un poco hacia la izquierda, de suerte que los dos cayeron sobre la nieve costado por costado. La cara del profesor dejó de moverse y luego penetró lentamente en la capa de hielo. Le entró nieve en un ojo mientras que, con el otro, continuaba mirándola fijamente.

Julep, con una piedra en cada mano, dio unos pasos hacia delante y se arrodilló al lado del profesor. Había dos heridas en la nuca de su cabeza bien formada. Volvió a levantar las manos para dejarlas caer con una fuerza lenta y dura sobre su cráneo. Casi no hicieron ningún ruido. El ojo que todavía estaba mirando a Judy pareció estremecerse. Tenía la boca cerrada con fuerza, pero de entre sus labios empezó a manar sangre. Sus manos seguían aferradas al abrigo, pero cayeron cuando Judy se puso de pie, regresó al árbol y se abrazó al tronco, lloriqueando.

Julep había perdido las manoplas. Tenía el dorso de las manos helado por el contacto con la nieve, pero la cabeza rota del profesor le había calentado las palmas manchadas. Se tumbó a su lado, sintiéndose blanca y resplandeciente, vuelta del revés, limpia como una patena y aireada. Le pasó las manos por la delgada camisa, palpándole la clavícula, las costillas, los músculos prietos de su barriga. Le desabrochó la camisa y palpó sus pezones, que estaban duros, encogidos, más o menos como los suyos. Puso los labios en su pecho y notó un sabor salado. Después, apoyó su cabeza famélica e incolora sobre su hombro, que estaba caliente como si hubiera vivido todos sus días al sol.

ORILLAS

Quiero explicarlo. Sólo somos dos: el bebé y yo. Duermo sola. Jace se ha ido. Tengo el pelo ondulado y una buena postura corporal. Bebo un poco. La comida me aburre. Tardo mucho comiendo. Siendo realmente francos, debo reconocer que sí bebo. Bebo, tal vez, más de lo que sería un consumo moderado, pero eso es porque tengo mucha leche. Tengo una sed terrible. Ron y Coca-Cola. Vino de supermercado. Cualquier cosa que me refresque un poco. Ginebra y zumos de todo tipo. Los pechos me duelen siempre, en especial el izquierdo, el dominante, al que el bebé se niega a dar un trato preferente. Los primeros consuelos hay que aprenderlos, supongo. Es cuestión de exponer al bebé.

He intentado ser una persona pulcra desde que nació el crío. Me lavo con frecuencia, me enjuago el pecho antes de que coma, intento no tocarme los ojos y la boca con las manos... pero no es fácil ser constante. He procurado que mis pensamientos sean siempre armoniosos desde que nació el crío, pero cuando veo el sol sobre el agua, sobre esta agua de un blanco exagerado, el sol me causa un enorme desasosiego y confusión.

Soy alta. Tengo un lunar junto al labio. Cuando hablo, el lunar desaparece. Le hablo bastante al crío. Es un bebé, sólo tiene unos meses de vida.

Le digo cosas como: «¿Qué te apetece comer ahora? ¿Un crep con mermelada? ¿Una magdalena con crema de cacahuete?».

Obviamente no me responde. En lo que a mí respecta, pocas veces consigo su aprobación. Siempre me olvido de comprar los ingredientes. Hubo un tiempo en que lo tenía todo a mano. Menuda cocinera estaba hecha

entonces. Jurel relleno de pacanas. Quiche lorraine. ¡Y los curris! Los curris me salían todos riquísimos. Ponía unas guarniciones la mar de creativas. A veces me salían unas raciones tan pequeñas que sólo cabían en un platillo de café, ¡pero eran perfectas!

Vivimos al sol, junto a la playa, en el sur. Hace muchísimo calor aquí. Os diré cuánto calor hace exactamente. Hace demasiado calor para que crezcan los naranjos. La gente los planta, pero no dan fruto. Ahora duermo sola. Os seré franca. A veces me despierto de madrugada y descubro que he echado mano de mi cuerpo. Me repugna, pero no me siento turbada. Aparto las manos con firmeza. Las levanto y luego las dejo reposar a ambos lados de la cama. Parece un poco recatado, un poco teatral, apartar las manos de esta forma. Pero, a las manos, ¿qué se les habrá perdido en nuestros cuerpos?

El peor calor llega con la noche. De noche, esta fiebre me deja empapada y sueño. Una vez soñé que asaba un murciélago al horno. No entiendo cómo puedo soñar este tipo de cosas.

Procuro que el bebé esté fresco por la noche. Le doy cubitos de hielo para que se entretenga. Él acepta todo lo que puedo ofrecerle. Siempre está conmigo. Está a mi cuidado.

Supe que este bebé vendría al mundo en el mismo momento en que Jace me lo hizo. Es verdad lo que cuentan. Una mujer lo sabe.

Sólo lo he hecho con Jace. Nos criamos juntos. Vivíamos en la misma casa. Era una casa grande sobre el agua. Jace la recuerda con precisión. Yo no la recuerdo tan bien. Había once personas viviendo en esa casa y un perro abajo, atado día y noche a los pilotes. Éramos once y siempre había un bebé. Pensándolo ahora, eso no parece muy razonable, pero siempre éramos once y siempre había un bebé. Los pañales y la ropita secándose en el tendedero... ¡durante años!

Jace me llevaba un año y un día e iba con él a todas partes.

Mi mamá siempre trataba de reconducirme. Me decía: «Un día serás una mujer. Y tendrás que aprender a comportarte».

Pero sólo éramos unos niños. Era un sitio ideal para criarse y nosotros lo

aprovechábamos. Los tiburones aparecían por la laguna con las lluvias de la mañana y nadaban en círculos de forma que el agua parecía hervir. Teníamos un aliento maravilloso. Todo era maravilloso. Boxeábamos. Bajo la casa, con la correa del perro enredándose en nuestras piernas, Jace y yo boxeábamos desnudos de cintura para arriba. De la correa chorreaban algas rojas y amarillas. Los tablones que teníamos encima de nuestras cabezas se habían vuelto de color azul claro por el moho. Aún hoy puedo recordar la sensación exacta de estar fresca y lejos del sol.

Los puños de Jace eran como flores.

Jace es flaco y rápido. Sus vaqueros se han descolorido de tanto como los lavo. Siempre he cumplido con mi parte. Allá donde íbamos, plantaba. Si el suelo era de barro, plantaba hortalizas; si estaba seco, hierbas aromáticas; si era arenoso, fresas. Siempre nos marchábamos antes de poder recoger lo sembrado. Siempre estábamos cambiando de casa, bajando por la costa. Pero siempre tuvimos un trozo de pan que echarnos a la boca. El pan me salía bueno y crujiente. Llevaba conmigo una masa madre que tenía setenta y un años.

Siempre hemos vivido cerca del agua. A Jace le gusta oírlo. Hemos estado en todos los tipos de agua que hay en el sur. Una vez vivimos en la ciénaga. El agua allí era de color rosa crema. Los claveles de aire cubrían los troncos como mechones de pelo. Toda la vida se encontraba en los árboles, en los nidos que se balanceaban desde las ramas más altas.

A mí no me gustaba la ciénaga, aunque es verdad que el sol allí no era ningún problema.

En casa de mamá, crecía un limonero frente a la ventana de la habitación del bebé. Los frutos que pendían de las ramas no servían para otra cosa que para dar color. A veces, mamá hacía una sopa. El árbol era muy bonito y echaba flores. Lo habían plantado sobre el colector de grasa de la cocina. Siempre que puedo soy franca. El árbol crecía a base de bazofia.

Aquí no hay nada digno de interés delante de la habitación del bebé. Sólo arena y dunas. Las dunas no dan sombra ni alivio frente al sol. Se ve un

trocito del golfo y titila como si fuera de cristal. Es como si el agua le estuviera enviando un mensaje en morse a mi bebé en su cuna.

No esperamos a que Jace vuelva. No esperamos nada. No queremos nada. Jace, por su parte, quiere y quiere. No hay nada que no esté dispuesto a aceptar. Tiene muchos oficios. Una vez fue submarinista de aguas profundas. Se zambullía para recoger esponjas frente a las costas de Tarpon Springs. Hizo inmersiones cada día durante toda una primavera y todo un verano. Ese año hubo una marea roja que casi vuelve loca a la gente. Se te hinchaban los ojos, te ardía la garganta. Todo se ahogaba. El agua era como de chicle. Los pájaros volaron tierra adentro. Murieron todos los peces y todas las tortugas. No quise oír una palabra sobre la marea. Siempre he sido una mujer sensible. Jace se acostaba en la cama y fumaba, con sus brazos morenos sobre las sábanas blancas, su pelo claro sobre la fundas planchadas de las almohadas. Sí, durante una época todo estuvo impecablemente limpio y ordenado.

—Ni el pez más rápido puede escaparse. Ni siquiera la barracuda —me decía.

No quería oírlo. No me gustaba el sufrimiento.

—El fondo estaba cubierto de peces —decía—. No vi ni una esponja en hectáreas de peces muertos.

Me puse a llorar.

—No pasa nada —dijo. Me abrazó—. A nadie parece importarle —dijo—. ¿Por qué lloras?

Jace tuvo otros empleos. Construía y conducía. Pasaba semanas o meses fuera de casa y luego volvía. Había cosas que no me contaba.

Esta playa pertenece a la Marina. Hace años que es suya, aunque hayan olvidado para qué usarla. Hay unos pocos árboles cerca de la carretera, pero no tienen corteza ni ramas verdes. Se lo comento al bebé, dirigiendo su mirada a ese paisaje agostado. «Esta tierra es dañina», le digo. Se niega a asentir. Yo insisto, aunque las palabras no son lo mío.

—Aquí no soportan el árbol de la tristeza —le digo—, aunque ese árbol sea lo único que puede crecer de forma natural en esta tierra. Ahora bien, si tuvieran un poco de sentido de la decoración —le digo—, plantarían palmeras, pero no hay palmeras.

La cabeza del bebé es un orbe blanco junto a mi corazón. Me deja agotada, aunque su peso a duras penas supera el del agua que cabe en mis manos. Es un bebé delicado. Hay que extremar los cuidados. Las manos se me quedan blancas de tanto sostenerlo.

En un auténtico alivio que Jace se haya ido. Tiene una memoria prodigiosa. Su boca estaba tan limpia, cuando la ponía sobre mí, y yo estaba tan callada. Pero entonces le daba por ponerse a hablar de la casa de mamá.

—Qué bonita era la vida entonces, ¿no? —decía—. ¿Verdad que veíamos todo lo que se podía ver? ¿Verdad que todo encajaba de la mejor manera posible?

Aun sin Jace, a veces me siento incómoda. Siento que hay algo que no he hecho.

Era el tercer mes y podía sentir perfectamente al bebé. Se mueven, ¿sabes?, para ponerse de cara a las estrellas.

Hay una ciudad pequeña no muy lejos de aquí. La ciudad y sus gentes me dan asco. Son gente de campo, siempre alerta. La economía de la ciudad depende de la prisión. La prisión es una buena vecina, dicen. Pasa desapercibida y es silenciosa. Cuando hay que ejecutar a alguien, el verdugo llega en un Cadillac blanco y él también pasa desapercibido, ya que el Cadillac es viejo y los coches blancos buenos abundan por aquí. La gente elige coches blancos por el calor atroz que hace. Al hombre del Cadillac lo llaman «el ingeniero» y nadie afirma conocer su nombre.

Los vecinos son todos muy mañosos. Siempre están dispuestos a echarte una mano. Contratan a chicos presos para que trabajen en sus jardines. Resulta muy fácil distinguir a los chicos de la prisión. Tienen un aspecto

famélico y sereno.

Martha es la única vecina que me habla. El resto se limita a saludarme inclinando la cabeza o me dedican una sonrisa. Martha es una mujer agradable que tiene un cutis bonito, pero su pelo es de color puerco. Siempre me toca el brazo, llamándome la atención sobre cosas que cree que tal vez se me hayan pasado por alto, una ginebra de oferta, por ejemplo, o unas tartaletas de nata montada congeladas.

—Creo que puedes permitirte uno o dos dulces —dice—. Sacian el apetito.

Tiene una cara grande y amistosa y sus manos parecen limpias y secas. No para de hablarme. Me habla de su hija, que hace años que no vive con ella. Su hija vive en una residencia especial en el estado vecino.

—Tuvo unas fiebres malas y dejó de ser buena —me dice Martha.

La mano de Martha sobre mi hombro me recuerda la mano de una enfermera, íntima y entrometida. Me invita a su casa y acepto, una y otra vez. Me invita tomar el té y charlar un poco y siempre termino abriendo la puerta de su casa. No hay un solo día que no entre en esas habitaciones y camine interminablemente por sus suelos relucientes de madera.

—No quiero ser rica —dice Martha—. Sólo quiero tener lo suficiente para invitar a una amiga a casa y ofrecerle un trozo de pastel o un whisky con soda. Y me gustaría tener una nevera que no haga escarcha. Incluso en invierno tengo que descongelar la nuestra una vez a la semana. Tengo que sacar toda la comida, cubrir el suelo de papel de periódico, coger una palangana y una esponja y luego volver a meter toda la comida.

—Sí —digo.

Las manos de Martha se mueven entre las tazas baratas de té.

—No parece que tenga mucho sentido —dice.

En la casa hay unos cuantos ventiladores de mesa que remueven el aire. Las habitaciones huelen siempre a desatascador y productos antimoho y antimildiu. Cuando los ventiladores abren las cortinas de las ventanas de poniente, aparecen una cuadra vacía y una pista de equitación. Martha me añade unas gotas de ron al té, como haría una buena amiga.

—Esta ciudad es estupenda —dice Martha—. Todos cuidamos del

prójimo. Hasta los chicos de la cárcel son buenos chicos. A la mayoría los han encerrado por robar cable de cobre o pegar a sus mujeres.

Sujeto con fuerza al bebé entre mis brazos. Miedos de madre, claro. Está fascinado con las aspas cortantes de los pequeños ventiladores, con las pastillas anticucarachas detrás de los cojines de los sofás. Cuando estamos en la calle también intenta agarrar todo lo que ve.

—Me figuro que los malos de verdad sólo llegan de vez en cuando a esta prisión —digo.

—Casi nunca —conviene Martha.

Intento explicártelo. Siempre estoy metida en casa de esta mujer. Siempre estoy conversando razonablemente con esta tal Martha. Estoy tan cansada y tan triste y estoy acostada en una cama tomando té. No es la cama de Martha. Es, supongo, una cama para invitados. Estoy tumbada sobre una colcha con un enorme pavo real bordado. Debajo de la cama hay un bol de cocina de tamaño medio. En el enchufe hay una luz de noche en forma de rosa. Me siento maravillosamente bien en esta habitación por muchas razones. Me siento como una columna de aire. Me gustaría presentarme a un casting para cualquier cosa. Estoy tan limpia por dentro.

—Mi marido está preocupado por ti —dice Martha. Recoge la taza—. Aquí todos somos buenas personas —dice—. Todos llevamos vidas honradas.

—¿Y a qué se dedica tu marido? —digo.

Sonrío porque no quiero que piense que me siento confundida. De hecho, he conocido a su hombre. Me puso sus manos largas en el vientre, en los muslos.

—No creas que nos falta sutileza —dice Martha, dándose unos golpecitos en el pecho.

Conocí al hombre y el día que lo vi en su casa estaba colocando un entarimado de pino nuevo sobre los suelos de cemento. Paró cuando me vio llegar, pero eso es lo que estaba haciendo. Tenía una pistola que disparaba clavos en el hormigón. Cada clavo costaba veinticinco centavos. Aquel

dispendio angustiaba a Martha y lo comentó en mi presencia. A los hombres no les gusta dejar nada a medias, ¿sabes? Se puso a la tarea de nuevo. Acostada en la cama, oí los disparos de la pistola y me desperté de repente, asustada de que el ruido pudiera despertar al bebé. Suposiciones de madre, claro. La casa olía a serrín y al humo de la pistola de clavos.

—Nunca hubiese dicho que tendríamos que preocuparnos por ti —dice Martha con pesar.

El día que regresé a mi casa después de estar por primera vez en la de Martha, adelanté a un granjero que circulaba por la carretera de la playa en un coche herrumbroso. Atada al techo del coche, llevaba una grulla canadiense, con un ala levantada, hinchada por la corriente, que surcaba la noche a la luz de la luna. Matan a estas aves por la carne. La carne, dicen, sabe igual que el pollo. He descubierto que casi todo sabe a pollo.

Hay un taller mecánico no muy lejos de la ciudad donde Jace solía parar a poner gasolina. Una vez paré allí. Fuera, junto a los surtidores, había una enorme jaula de tela metálica. Tenía un letrero donde podía leerse: CRÍAS DE SERPIENTE DE CASCABEL DE FLORIDA. Dentro vi varias docenas de crías de cascabel azules y rosas sobre un suelo de tierra. Me entró dolor de cabeza. El engaño. La enormidad de la jaula.

De noche cojo al bebé y camino por la playa hasta llegar a la orilla, donde hace un poco de fresco. El crío está tranquilo aquí, junto al agua, y es aquí donde con toda probabilidad nos encontrará Jace cuando vuelva. Cuando vuelva será de noche. Siempre llega caliente de noche.

—Cariño —le oigo decir—, incluso de niño fui todo lo que la vida podía ofrecerte.

Lo veo con toda claridad. Estaré en la orilla, dando el pecho al bebé, y Jace volverá caliente, despreocupado y tranquilo, y gritará «Cariño» contra el

viento, contra la blanca agitación del agua detrás de nosotros. «Cariño, cariño —gritará Jace—. ¿Dónde estabas, niña mía?»

LA GRANJA

Era una noche oscura de agosto. Sarah y Tommy se dirigían a su tercera fiesta de la noche, fiesta en la que por fin se sentarían a cenar. Iban en coche por Mixtuxet Avenue, una larga y negra calle flanqueada de árboles que salía del pueblo alejándose de la costa y las casas con vistas al mar y se adentraba en el campo. Tommy sólo había tomado refrescos esa noche. Cada dos fines de semana, Tommy no tomaba alcohol. Lo hacía, decía, porque podía.

Sarah estaba contando una larga historia mientras conducía. A cada rato le preguntaba a Tommy si ya se la había contado, pero él respondía con evasivas. Cuando Tommy no bebía, Sarah hablaba por los codos. Le estaba contando una noticia que había leído en el periódico sobre un caimán de un terrario de un parque de atracciones de Florida. El caimán se había comido a un niño que se había colado a gatas en su recinto. El caimán se llamaba *Cookie*. El dueño lo había sacrificado de un disparo sin perder un segundo. El dueño estaba triste por todo: el niño, el dolor de los padres, *Cookie*. El periódico recogía unas declaraciones suyas en las que decía que no había sacrificado a *Cookie* por venganza.

Cuando Tommy no bebía, Sarah tenía frío. Estaba tiritando en el coche. La piel de sus brazos delgados y bronceados estaba erizada. Tommy fumaba a su lado sin soltar palabra.

Habían discutido hacía un rato. En esas fiestas siempre había una corriente sexual soterrada. Sarah casi podía oírla, fluyendo alrededor de todos los presentes, llevándolos en su seno. En el coche, la noche del accidente, había llegado a ese punto en el que empezaba a sentirse culpable. Quería arreglar las cosas, hacer la vida más agradable. Había dejado atrás la fase

eufórica, la fase celosa, la fase de obstinada resignación, y ahora se sentía culpable. ¿Habían hablado esa noche de divorciarse o lo habían hablado antes, otras noches? Recordaba que aquellas conversaciones sobre el divorcio tenían un aroma especial, un perfume. Era un olor sofocante, como lo había sido Italia cuando estuvieron de viaje allí. Polvo, pan, sol, un ardor en el fondo de la garganta de tanto beber.

Pero no, esa noche no habían hablado de divorciarse. Había muchísima gente en las fiestas. Sarah apenas había visto a Tommy. Una vez, al salir del cuarto de baño, lo había visto sentado con una chica en una cama de las habitaciones de la parte de atrás de la casa. Le hablaba a la chica de los cóndores, de la caza del cóndor desde avionetas.

—Pero no les hiciste daño, ¿no? —preguntó la chica. Era la hija de alguien, un poco pasada de peso, pero con una piel preciosa y grandes ojos verdes.

—Claro que no —la tranquilizó Tommy—. No cazábamos para hacer daño.

Cóndores. Sarah los miró sentados en la cama. Cuando se percataron de su presencia, la chica se ruborizó. Tommy sonrió. Sarah imaginó qué imagen debía dar en aquel momento apoyada en el quicio de la puerta.

Habían estado en casa de los Steadman. La primera fiesta había sido en casa de los Perry. Los Perry nunca daban de comer. Sarah se tomó dos o tres copas allí. Habían puesto la barra debajo del emparrado y todo el mundo estaba fuera. Todavía era de día en casa de los Perry, pero en la fiesta de los Steadman ya había oscurecido y los invitados bebían dentro. Todo el mundo hablaba sobre el final del verano como si fuera un acontecimiento desconcertante y antinatural.

Se habían demorado en casa de los Steadman más de lo que habrían querido y ahora iban a llegar tarde a la cena. Aun así, circulaban a una velocidad tranquila por un paisaje conocido, pasando por casas a las que habían sido invitados muchas veces. Vieron la casa de los Salt, la de los Holland, la de los Grey y la de los Dodson. Los Dodson guardaban la ginebra en el congelador y tenían dos perros grandes y moteados muy aficionados a husmear entrepiernas. Los Grey importaban parejas sureñas para sus fiestas.

Las mujeres del sur tenían siempre voces bonitas y sabían hacer pastel de maíz, tomates en vinagre y un ponche al que llamaban *artillería pesada*. Sus maridos siempre sonreían cuando le decían a Sarah: «Permíteme que te sirva otro trago. Madre mía, tienes la copa seca». Los Holland organizaban la clase de cena en la que el pato todavía contenía el perdigón y la cubertería de plata habría estado mejor en una cámara acorazada. Se servía poco whisky, pero siempre ofrecían unos vinos excelentes. Los Salt eran una pareja muy nerviosa. Jenny Salt se medicaba porque tenía la tensión alta y a menudo se le caían los canapés que intentaba servir a sus invitados. Ella y su marido, Pete, tenían una habitación reservada exclusivamente para una enorme casa de muñecas en la que unas graciosas figuritas de papel maché se encontraban secretamente bajo diminutos relojes de pared y lámparas de araña. Una vez, mientras Sarah examinaba la biblioteca de la casa de muñecas, en la que dos figuritas estaban inclinadas jugando una partida de ajedrez que estaba a punto de decidirse, según había dicho Pete siempre, en la vigesimosegunda jugada, le dijo a Sarah que tenía los ojos bonitos. Ella se apartó de Pete inmediatamente. Cerró los ojos. En otra habitación, con los otros invitados, habló sobre el final del verano.

Esa noche, a finales de verano, la noche del accidente, Sarah todavía hablaba cuando pasaron junto a la casa de los Salt. Hablaba de Venecia. Habían estado una vez en Venecia. Bebían en plazas y escuchaban a los músicos. Sarah citó unas palabras de D. H. Lawrence... «Ciudad abominable, verde, resbaladiza...» Aunque la ciudad les había gustado. Bebían de pie en pequeños bares. Sarah cogió un resfriado y se tomó una grappa y del resfriado nunca más se supo.

Después de la casa de los Salt, la carretera viraba hacia el norte y se volvía muy oscura. No encontraron luces ni casas en varios kilómetros. Sí encontraron muros de piedra, un huerto de melocotoneros enfermos, un almacén de sidra. Encontraron la iglesia episcopal de Saint James, adonde Tommy llevaba a la hija de ambos, Martha, todos los domingos para las clases de catequesis. Esas clases sorprendían por su profundidad. Los chicos solían debatir con sus profesores sobre la correcta interpretación de sus historias favoritas de la Biblia. Por ejemplo, cuando Lázaro se levantó de

entre los muertos, ¿todavía estaba enfermo? A Martha le agradaba el fervor que se respiraba en la escuela. A medida que iban pasando las semanas, los ruegos que hacía al bendecir la mesa se hacían cada vez más apasionados y fantasiosos. Martha tenía siete años.

Todos los domingos, Tommy lleva a Martha a sus leccioncillas de Saint James. Sarah se imagina a la niña sentada a una mesa baja con su bote de ceras de colores. Tommy no asiste a la iglesia y las clases de Martha duran dos horas. Sarah no sabe adónde va Tommy. Sospecha que se está viendo con alguien. Cuando padre e hija vuelven a casa los domingos, Tommy está estupendo, eufórico. Los tres se sientan a comer los platos que ha cocinado Sarah.

Con los años, sospecha Sarah, Tommy ha ido emergiendo desde las profundidades del cuerpo de ella hasta salir a flote como un corcho. Ahora son dos nadadores, alejados el uno del otro en la superficie del mar.

Sarah se quedó en silencio finalmente. La carretera parecía infinita como en un sueño. Le pareció que estaban frenando. No sentía su pie sobre el acelerador. No sentía sus manos sobre el volante. Su mente era un armario lleno de brillantes botellas desordenadas. La carretera, recta y plateada, estaba a oscuras. En el espacio que se abría delante de ella no parecía haber nada. El espacio la llamaba, emitiendo destellos. La mente de Sarah se aclaró un poco. Vio a Martha con el pelo extrañamente corto. Vio a Tommy eligiendo una serie de casas, examinando el yeso, los entarimados, las chimeneas, decidiendo dónde debían ir las ventanas o qué paredes había que tirar. El mar era blanco y plano. Ese mar no le ordenaba que cambiara de vida. No le exigía nada. Vio a Martha durmiendo con los dedos apretados y manchados de pintura. Vio a Tommy en la ciudad con una mujer, yendo en taxi. La mujer llevaba una chaqueta de pieles y Tommy acariciaba la chaqueta mientras le hablaba. Vio una silueta en la carretera, con los brazos en alto como si intentara taparse para no verla. Era la silueta de un chico vestido con ropa oscura, pero su pelo era brillante y la cara resplandecía. Sarah vio que el coche daba un salto hacia delante y lo atropellaba sin que el chico hiciera ademán de moverse.

Tommy asumió la responsabilidad del accidente. Le dijo a la policía que conducía él. Al parecer, el chico estaba haciendo autoestop y se había metido en la calzada. En la autopsia descubrieron restos de un alucinógeno en su organismo. El chico tenía quince años y se llamaba Stevie Bettencourt. No hubo denuncia.

—Mi esposa —dijo Tommy a la policía— no se encontraba bien. Mi esposa —dijo— ocupaba el asiento del copiloto.

Sarah dejó de beber inmediatamente después del accidente. Tenía náuseas casi todo el día. Dormía mal. Le dolían los huesos de las manos. Recordó que se había sentido así la última vez que había dejado el alcohol. De eso hacía dos años. Recordaba por qué lo había dejado y también por qué había vuelto a beber. Lo había dejado porque un día había sido cruel con su pequeña Martha. Era primavera y daban una fiesta en casa. Sarah se había tomado dos dry martinis al caer la tarde mientras preparaba la cena y luego se tomó un par más con los invitados. Martha había bajado las escaleras para dar educadamente las buenas noches a todos los invitados según le habían enseñado. Se había puesto el camisón y se había cepillado los dientes. Sarah se sirvió un poco más de ginebra en el vaso y subió a la habitación de la niña para cepillarle el pelo y acostarla. Martha tenía un pelo rubio largo y abundante, del cual ella estaba muy orgullosa. Esa noche lo llevaba recogido en una coleta sujeta con una goma elástica con dos bolitas de alegres colores en los extremos. Sarah tenía las manos torpes y no conseguía quitarle la goma sin tirarle del pelo y hacerla llorar. Cogió entonces unas tijeras y empezó a cortarle la goma rebelde con cuidado. Las tijeras eran grandes, como cizallas, y no era fácil manejarlas. Un palmo del pelo recogido de Martha cayó de pronto al suelo. Sarah recordaba haber intentado devolverlo a su sitio aplastándolo con las manos en la cabeza de la niña.

Por eso había dejado el alcohol la primera vez. No se sintió renovada. Estaba exhausta y nerviosa. Leía y cocinaba. Se dio cuenta de lo poco que tenían de que hablar ella y Tommy. Éste se tomaba un whisky cuando hablaba con ella por la noche. A veces Sarah contaba mentalmente mientras él hablaba para ver cuánto tiempo le duraban las palabras. Cuando salía de

viaje y la llamaba, Sarah podía oír el tintineo del hielo en el vaso.

Tommy pasaba en la ciudad cuatro días a la semana. Cambiaba a menudo de hotel. Solía traerle pastillitas de jabón envueltas en los distintos papeles de colores de cada hotel. Los cajones de Martha estaban llenos de esas pastillas de jabón que perfumaban su ropa. Cuando Tommy regresaba los fines de semana, se ponía a trabajar en la casa y daban fiestas en las que se mostraba encantador. Tommy tenía un talento especial para aguantar la bebida y para comprar casas viejas, restaurarlas y luego venderlas por el triple de lo que había pagado por ellas. Tommy y Sarah se habían mudado de casa seis veces en once años. Todas las casas en las que habían vivido eran preciosas y se hallaban en excelentes ubicaciones a dos o tres horas de Nueva York. Sarah se quedaba en el campo mientras Tommy trabajaba en la ciudad.

Sarah no probó el alcohol en tres semanas. Entonces llegó su cumpleaños. Tommy le regaló un fino collar de oro y lo abrochó a su cuello. Quería que la acompañara a Nueva York a cenar, ver una obra de teatro y pasar la noche con él en la magnífica suite que le pagaba su empresa. Llamaron a una canguro para Martha, una mujer maravillosa y competente. Sarah llevaba el coche. Tommy nunca había mostrado ningún interés por conducir. Su mano descansaba en el muslo de Sarah. De vez en cuando la deslizaba por debajo de su falda. A Sarah le ponía enferma pensar que tocaba a otras mujeres de la misma manera.

Cuando llegaron a Manhattan, estaban discutiendo. Llevaban once años de casados. Ambos habían tenido breves matrimonios antes. Se ponían a discutir por cualquier cosa. Al llegar al centro, Tommy se bajó del coche bruscamente aprovechando que Sarah había parado en un semáforo. Agarró su maleta y desapareció.

Sarah condujo despacio a lo largo de muchas manzanas. Cuando veía la oportunidad, aparcaba junto a la acera y le preguntaba a alguien cómo se iba a Connecticut. Nadie parecía saber el camino. Sarah pensó que seguramente planteaba mal la pregunta, pero no conocía otra forma de expresarla. Al cabo de media hora, encontró casi sin querer el hotel en el que se hospedaba Tommy. El portero aparcó el coche y Sarah entró en el vestíbulo. Echó un vistazo al bar y descubrió a Tommy en la penumbra, sentado a una mesa

pequeña. Al verla se puso de pie de un salto y la besó apasionadamente. Le pasaba las manos por los costados una y otra vez. «Cariño, cariño —decía—. Quiero que pases un feliz cumpleaños.»

Tommy pidió copas para los dos. Al principio, Sarah bebía a sorbitos, despacio, pero luego se terminó la copa de un trago y Tommy pidió otra ronda. El ambiente en el bar estaba apagado. Había un pianista que cantaba una canción sobre el Rey de la Danza. La letra recordaba a un himno religioso. El himno la hizo sentirse triste, pero se reía. Tommy le hablaba de forma apasionada y alegre acerca de cosas sin importancia. Se reían juntos como en los primeros días de casados. En esa época siempre bebían mucho juntos y luego se dormían, en un ovillo amoroso y confortable.

Subieron a la habitación a cambiarse para el teatro. La camarera había hecho las camas y las almohadas estaban a la vista. Sobre el escritorio había una rosa fresca en un florero de cuello estrecho. Se tomaron otra copa en la habitación y se desnudaron. Por la mañana, Sarah se despertó acurrucada en el suelo con la colcha enrollada alrededor del cuerpo. Tenía la boca dolorida. Vio que tenía un cardenal en la pierna. Se arrastró hasta el cuarto de baño y abrió la ducha. Se sentó en la bañera dejando que el agua la golpeará. Antes de irse a trabajar, Tommy le había dejado una nota sujeta con un alfiler en el exterior de la cortina de la ducha. «Cariño —decía la nota—, lo pasamos bien por tu cumpleaños. No puedo decir que me arrepienta de no haber salido. Te llamo a la hora de comer. Te quiero.»

Sarah volvió la nota hacia el interior de la ducha hasta que el agua dejó ilegible el texto. Cuando sonó el teléfono justo antes de las doce, no respondió.

Hay cierto tipo de conversación que sólo escuchas cuando estás borracho y es como un sueño cargado de humor, amenazas y significado, un profundo significado. Y la forma como presenciamos las cosas también es distinta estando borracho. Es como ponerse una máscara ante la superficie del mar e indagar en las cosas que se te ofrecen, en sus corazones perplejos e inocentes.

Cuando Sarah era una bebedora se sentía capaz de captar de forma

esencial y creativa las situaciones que se le planteaban, pero ahora que había dejado de beber le parecía hallarse en medio de un silencio impenetrable y grande que no sabía interpretar en modo alguno.

Era un pueblo pequeño. Muchas de las personas que vivían allí ni siquiera tenían coche. Allí era fácil cumplir con las obligaciones de la vida y, además, el sitio era bonito. El pueblo se dividía entre los que siempre habían vivido en él y eran dueños de barcos de pesca y restaurantes, y los urbanitas que habían descubierto la zona en tiempos recientes como inversión donde pasar el verano y los fines de semana de invierno. Los fines de semana, los neoyorquinos subían al pueblo con sus invitados y sus patés y quesos franceses y prendían fogatas y salían a hacer esquí de fondo por el campo. Tommy subía a pasar con Sarah los fines de semana. Hacían cosas juntos. Planeaban juntos adónde irían. Entre semana, Sarah se quedaba sola.

Una vez, estando sola, vio un helicóptero que sobrevolaba el estrecho con un árbol colgado de una eslinga. Los ricos podían permitirse no dejar nada atrás.

Una vez, con el resto del pueblo, vio cinco embarcaciones que ardían en sus fundas de almacenamiento. Todo club de veraneo tiene su pirómano invernal.

Sarah ya no leía. Le escocían los ojos al leer y las manos le dolían siempre. Entre semana, iba a comprar, salía a pasear y cuidaba de Martha.

Habían pasado tres meses desde la muerte de Stevie Bettencourt cuando la madre del chico visitó a Sarah. Llegó a la entrada, llamó con el puño a la puerta y Sarah la hizo pasar.

Genevieve Bettencourt tenía la edad de Sarah, aunque parecía bastante más joven. Estaba divorciada casi desde el mismo día en que Stevie vino al mundo. Tenía otro hijo que se llamaba Bruce y que vivía con su padre en Nueva Escocia. Había aparcado un viejo Buick azul claro en la calle, justo enfrente de casa de Sarah. El Buick tenía una puerta pintada de blanco.

Las dos mujeres se sentaron en el precioso y soleado salón de Sarah. Se respiraba un ambiente muy tranquilo, muy extraño, casi emocionante. Genevieve examinó el salón de punta a cabo. Al lado estaban los dormitorios. La puerta que daba a la habitación de Sarah y Tommy estaba cerrada, pero la

de Martha estaba abierta. Tenía un pequeño jardín colgante en la ventana. Tenía un hámster en una jaula. Tenía una estantería enorme repleta de muñecas y libros.

—Esa habitación no estaba aquí antes —dijo Genevieve a Sarah—. Aquí se vendían langostas vivas. Me conozco este pueblo como la palma de mi mano. La gente como usted no tiene nada que ver con lo que recuerdo de este pueblo. ¿Alguna vez piensa en cómo fueron las cosas antes?

—No —dijo Sarah.

Genevieve suspiró.

—¿Su hija se parece a usted o a su marido?

—Nadie me ha dicho nunca que se parezca a mí —dijo Sarah con calma.

—Conocerla a usted es lo último que habría querido —dijo Genevieve.

Se quitó un pelo de la pechera de su blusa blanca y lo dejó caer al suelo. Miró por la ventana al sol. El suelo era de pino barnizado muy claro. Sarah vio el pelo sobre la madera.

—Lo lamento mucho —dijo Sarah—. Lo lamento tanto.

Irguió el cuello y echó la cabeza atrás.

—Stevie estaba muy desorientado —dijo Genevieve—. Lo expulsaron del equipo de baloncesto. Tomaba pastillas. Iba con malas compañías. No estudiaba, sacó un muy deficiente en geometría y por eso no le dejaban jugar en el equipo.

Se puso de pie y dio una vuelta por el salón. Llevaba unas botas de goma verdes, unos vaqueros sucios y un precioso jersey tejido a mano.

—Durante un tiempo compré el pescado aquí —dijo—. Era de los O'Malley. No había casi ventanas. Sólo unos ventanucos estrechos y altos sobre los tanques de agua. Ahora todo está lleno de ventanas, ¿no? ¿No se siente a la vista de todo el mundo?

—No, yo... —empezó a responder Sarah—. Hay cortinas —dijo.

—Aquí al lado, donde tiene su jardín, encuentras huesos de ballena si cavas un poco. Puedo contarle muchas cosas sobre este pueblo.

—Mi marido quiere mudarse —dijo Sarah.

—Me lo figuro, pero en realidad la borracha es usted y no él, ¿me equivoco?

—Ya no bebo —dijo Sarah. Miró mareada a la mujer.

Genevieve no era guapa, pero tenía una expresión definida y fuerte. Se sentó al otro lado del salón.

—Supongo que me apetece tomar algo —dijo—. Un vaso de agua.

Sarah fue a la cocina y sirvió dos vasos de Vichy. Le temblaban las manos.

—No somos tan distintas la una de la otra —dijo Genevieve—. Podríamos ser amigas.

—Mi primer marido quiso hacerse amigo de mi segundo marido —dijo Sarah al cabo de un momento—. Nunca pude entenderlo. —Al hacer aquel comentario le había parecido que eran situaciones comparables, pero ahora ya no—. No es conveniente que seamos amigas —dijo.

Genevieve seguía sentada y hablando. Sarah notó que se concentraba con todas sus fuerzas en la conversación compleja y ensimismada de aquella mujer. Sospechó que las palabras que empleaba eran otras palabras cifradas, palabras terribles. Genevieve hablaba sin pensar, sin pasión, con esporádicas florituras verbales. Sarah no daba crédito a que estuvieran hablando de comida, de hombres, de las nubes rojas arracimadas sobre el mar.

—Tengo una amiga diseñadora —dijo Genevieve—. Espera ganar mucho dinero algún día. El trabajo ha alterado completamente su forma de percibir las cosas. Cada vez que mira un paisaje, piensa en sábanas. «Quita esas montañas», dice, «aclara un poco esa nube y tendrás una preciosa sábana». Cuando mira el cielo, piensa en lencería. Yo, cuando miro el cielo, lo que pienso es en tiempos pasados más felices en los que miraba el cielo. Nunca he estado enamorada, ¿y usted?

—Sí —dijo Sarah—. Estoy enamorada.

—No es una suerte estar enamorada, ¿sabe?

Se oyó un ligero ruido de pasos en la puerta y entró Martha.

—Hola —dijo—. Me ha ido bien en la escuela. Tengo hambre.

—Hola, bonita —dijo Genevieve. Y dirigiéndose a Sarah dijo—: Podríamos quedar para comer algún día.

—¿Quién era? —preguntó Martha a Sarah después de que Genevieve se hubiera marchado.

—Una vecina —dijo Sarah—. Una amiga de mamá.

Cuando Sarah le comentó que Genevieve había ido a visitarla, Tommy le dijo:

—Es acoso. Podemos pararlo.

Era domingo por la mañana. Acababan de desayunar y Tommy y Martha secaban los platos y los guardaban. Martha llevaba la ropa de catequesis y cantaba una canción que había aprendido el domingo anterior.

—Viajo a una Mansión en el Expreso del Día Feliz... —cantó.

Tommy sujetó a Martha por los hombros.

—Ve a buscar tu abrigo, cariño —dijo. Cuando la niña se fue, le dijo a Sarah—: No hables con esa mujer. Que no se repita.

—No hablamos de eso.

—¿Y de qué hablasteis entonces? Es rarísimo.

—Nadie habla de eso. Nadie, nunca.

Tommy llevaba un traje de pana y una corbata que Sarah nunca le había visto.

—He hecho todo lo que estaba en mi mano para protegerte, Sarah, para ayudarte a enderezar tu vida. Fue terrible, pero lo pasado, pasado está. Tienes que superarlo. No vuelvas a verla. No te causará problemas si no hablas con ella.

Sarah dejó de mirar la corbata de Tommy. Desplazó la vista a las patatas que acababa de pelar y poner en un bol lleno de agua.

Martha entró en la cocina y se colgó del brazo de su padre. Tenía el pelo largo y abundante, pero se le estaba oscureciendo. Era como si nunca se lo hubieran cortado.

Cuando se marcharon, Sarah metió el asado en el horno y fue al salón. El día, un día incoloro, ventoso, sin pájaros a la vista, dominaba el gran ventanal. Sarah se sentó en el suelo y pasó los dedos por la superficie lisa y barnizada de la madera. Bajo ese caro entarimado se extendía el cemento. Tiempo atrás, las cisternas de la pescadería habían cubierto aquellas paredes. Las langostas habían reptado tras un cristal pringoso de liquen. Sonó el

teléfono. Sarah no lo miró, sospechando que era Genevieve. Luego descolgó el auricular.

—Hola —dijo Genevieve—. He pensado que podría pasarme un rato. Hace un día deprimente. Frío. ¿Está su familia en casa?

—Los domingos salen —dijo Sarah—. Tengo tiempo para pensar. Mi marido acompaña a nuestra hija a la iglesia.

—¿Y en qué piensa?

La voz de la mujer parecía llegar de muy lejos. A Sarah le costaba oírla bien.

—Se supone que tengo que cocinar. Cuando vuelven, celebramos un almuerzo a las doce.

—Sé cocinar las almejas de cuarenta y tres formas distintas —dijo Genevieve.

—Hoy tenemos asado. Cerdo asado.

—En fin, ¿puedo pasarme?

—De acuerdo —dijo Sarah.

Siguió sentada en el suelo mientras esperaba a Genevieve, contemplando el mar bajo el cielo. El agua en el horizonte dibujaba una amplia cinta de satén. Deseó tener el valor de nadar en un día tan crudo de invierno. Nadar mar adentro y descansar, dudar y luego regresar. Su vida era un territorio oscuro e inexplorado. La abstinencia la había consumido. Se sentía torpe, expoliada. Su cuerpo había perdido la libertad.

Sentada, sin ver nada, la luz terrible y tranquila del día la envolvía. Las cosas que recordaba estaban lejísimos, bañadas en una luz distinta. Su vida no podía parecerle más remota. Había buscado la felicidad en otra persona, pues sabía que no iba a encontrarla en sí misma, y ahora su corazón se había vuelto extrañamente duro. Se pasó las manos por la cabeza.

Su vida con Tommy estaba rota, era irreparable. Su vida con él había terminado. Las infidelidades de su marido seguían mezclándose en su cabeza con la muerte del chico, con la falsa confesión de que él conducía cuando se produjo la muerte del chico. Sarah no entendía nada. Su vida le parecía tan azarosa, de una estructura tan injustificada, y ahora la veía amenazada de una forma que no le despertaba ningún interés.

—Hola —gritó Genevieve. Había abierto la puerta y esperaba en el recibidor—. No ha oído que llamaba a la puerta.

Sarah se levantó del suelo. Tenía que recibir a aquella mujer. Se sintió inquieta, adúltera. La piel y el pelo de Genevieve despedían frío. Sarah recogió su abrigo y lo colgó en el armario. El olor fresco del frío se entretuvo en sus manos.

Sarah fue a la cocina. Sacó un paquete de panecillos del congelador.

—¿A su hija le gusta la iglesia? —preguntó Genevieve.

—Sí, mucho.

—Es un teatro —dijo Genevieve—. Yo soy católica. De niña me fascinaban los mártires. Recuerdo una imagen de santa Lucía, llevando sus ojos como si fueran una bandeja de huevos, y a santa Ágata. Ésta llevaba sus pechos en una bandeja.

—No entiendo de qué estamos hablando —dijo Sarah—. Sé que emplea esas palabras porque significan otras palabras, yo...

—Un día podríamos llevarnos a su pequeña al cine, a una sesión de tarde, después de la escuela.

—Se llama Martha —dijo Sarah.

Imaginó a Martha de mayor, con el pelo corto otra vez, sacando panecillos de un congelador, esperando.

—Martha, sí —dijo Genevieve—. ¿Ha querido tener más hijos?

—No —dijo Sarah.

La conversación que mantenían era ilegal, innombrable. Sarah no veía que fuera a terminar nunca. Sus dedos tocaron las bandejas de cubitos de hielo.

—¿Le apetece una copa?

—Un vaso muy alto de vermú —dijo Genevieve. Estaba mirando un dibujito que había hecho Martha y que Sarah había clavado con chinchetas en la pared. Era un caballo muy mal dibujado—. Yo quería tener hijos. Quería sentirme realizada. Pero una no puede realizarse nunca. Creo que es un imposible.

Sarah preparó muy despacio la copa de Genevieve. Ella no se sirvió nada.

—Cuando Stevie tenía la edad de Martha lo sabía todo de las ballenas. Lo

apuntaba en unas libretas. Una vez, por su cumpleaños, lo llevé al museo de la caza de la ballena que hay en New Bedford. —Tomó un sorbito de su vaso—. Todo se tuerce en algún momento —dijo.

Le dio la espalda a Sarah y entró en la otra habitación. Sarah la siguió.

—Hay muchísimas maneras de decir *muerto*, ¿sabe? —le decía Genevieve—. Los chicos se las inventan, o las sacan de canciones o de guerras. Stevie tenía una que aplicaba a los animales muertos y a las estrellas de rock. Decía que «compraban la granja».[*]

Sarah asintió. Se tocaba las uñas y se arrancaba los padrastrós.

—Da un poco de miedo. Una granja tenebrosa, ¿sabe? Llena de mala hierba. En ruinas. Con maquinaria estropeada por todas partes. Mal asunto.

Sarah levantó la cabeza.

—Quiere compartir a Martha, ¿verdad? —dijo—. Sería lo justo, ¿no?

—La pintura descascarillada, hectáreas y más hectáreas de tierra negra cubierta de maleza, una tapa rota sobre el pozo.

Sarah volvió a bajar la cabeza. Sintió que el frío y el horror calababan en su corazón. La realidad de las dos mujeres, reunidas por azar en aquella sala, aquella sala luminosa, funcional y decorada con buen gusto que Tommy había creado, estaba siendo puesta a prueba. La realidad resistiría durante días, tal vez incluso semanas, pero luego cedería. Cedería ante aquella invitada, esa visitante, a la que Sarah había hecho sitio en su vida.

—¿Se tomará una copa conmigo? —preguntó Genevieve—. Después me iré.

—No debo beber —dijo Sarah.

Genevieve fue a la cocina y se sirvió otro vermú. Sarah olió la carne en el horno. En otra habitación, el reloj dio la hora.

—Tiene que venir a mi casa pronto —dijo Genevieve. No se sentó. Sarah miró el líquido verde claro en el vaso.

—Sí —dijo Sarah—. Pronto.

—De todos modos, cuando nos encontremos por la calle, no debemos saludarnos. A la gente le encanta cotillear.

—Sí —dijo Sarah—. Nos condenarían.

Miró desalentada a Genevieve, vencida por la tristeza y la sumisión. Oyó

que llamaban a la puerta.

—Sarah. —Era la voz de Tommy—. ¿Por qué está cerrada la puerta?

Sarah vio su cabeza oscura en la ventana.

—Habré echado el cerrojo —dijo Genevieve—. En invierno es mejor cerrar la casa, ¿sabe? Sobre todo por los niños. Se aburren. Stevie entró a robar en un par de casas, estoy segura.

Dejó entonces el vaso sobre la mesa, sacó el abrigo del armario y salió. Sarah oyó que Martha decía: «Es la amiga de mamá».

Tommy se había quedado en la puerta y miró a Sarah.

—¿Qué hacía esa mujer aquí? ¿Por qué has cerrado la puerta?

Sarah imaginó verse desnuda. Dijo:

—Hay ladrones.

—Si no te sientes segura aquí, nos mudamos —dijo Tommy—. He visto un sitio precioso a unos treinta kilómetros, en una cala. Sólo necesita un poco de arreglo. Tendremos más espacio. Hay un granero y una valla. Martha podría tener un caballo.

Sarah lo miró con gesto intenso y quieto, como si estuviera escuchando un diálogo en el que ninguno de los presentes tuviera parte. Finalmente dijo:

—Hay ladrones. Todo ha cambiado.

ESCAPADAS

Cuando era muy pequeña, mi padre me dijo:

—Lizzie, quiero contarte algo sobre tu abuelo. Justo antes de morir, estuvo vivo. Quince minutos antes.

No conocí a mi abuelo. Eso fue lo más extraordinario que me habían contado sobre él.

Aun así, dije:

—No.

—¿No? —dijo mi padre—. ¿Qué quiere decir «no»? —Se puso a reír.

Meneé la cabeza.

—De acuerdo —dijo mi padre—, fue un minuto antes. Pensaba que eras demasiado pequeña para saber estas cosas, pero ya veo que no. Fue incluso menos de un minuto. Fue un *momento* antes.

—Va, deja de tomarle el pelo —le dijo mi madre a mi padre.

»Lizzie, te está tomando el pelo —me dijo mi madre.

Una vez que hacía buen tiempo subimos en coche a las montañas, mi madre, mi padre y yo, y nos hospedamos unos días en un resort a orillas de un lago. Por la tarde, en el resort se celebraban carreras de caballos. Los caballos eran bloques de madera con números pintados que se movían de un lado a otro de la sala empujados por mujeres en vestido de gala. Había un largo muelle que se adentraba en el lago y en su extremo había un club nocturno que tenía una copa de champán de seis metros de alto sobre el tejado. De noche, alguien le daba a un interruptor y unas burbujas de neón brotaban de la copa iluminada

y se perdían en el aire negro. Me habría gustado tanto tener esa copa en el tejado de nuestra casa y ser yo quien cada noche le diera al interruptor. Mi madre siempre decía sobre el tema: «Ya veremos».

Una vez vi una cosa rara en las montañas. Vi a mi padre fingiendo que era cojo. Ocurrió estando en medio de desconocidos en la tienda de recuerdos del resort. La tienda vendía, entre otras muchas cosas, bastones tallados a mano, y cuando entré para comprarme un chicle en forma de cigarrillo, de los que era una fiel admiradora, vi a mi padre cojeando lastimeramente por el pasillo, apoyando todo su peso en un bastón amarillo que brillaba débilmente, con los hombros encorvados y una pierna torcida hacia fuera en un curioso ángulo. Mi padre guapo y sano, con la cara sumida en sueños. Me miró. Y luego apartó la vista como si no me conociera.

Mi madre era bebedora. Como mi padre nos abandonó, supuse que él no lo era, pero tal vez no sea el caso. Mi madre me quería y siempre fue buena conmigo. Pasábamos mucho tiempo juntas, mi madre y yo. Eso fue antes de aprender a leer. Sospechaba que había un truco para leer, pero nadie me lo había contado. Las palabras escritas eran algo que se interponía entre mí y un lugar al que no podía ir. Mi madre iba y venía a ese sitio todo el día, pero no acertaba a contarme con exactitud qué era lo que había allí. Yo me imaginaba que se trataba de un sitio distinto de todos.

Siendo muy niña, mi madre había visto al mago Houdini. Houdini había hecho desaparecer a un elefante. También había hecho crecer un naranjo a partir de una semilla en el escenario. Del árbol colgaban brillantes naranjas y Houdini las recogió y las lanzó al público. La gente podía hacer lo que quisiera, comerse las naranjas o llevárselas a casa.

—¿Cómo hizo desaparecer al elefante? —pregunté.

—Desapareció en una nube de humo —dijo mi madre—. Houdini dijo que ni siquiera el elefante sabía cómo lo hacía.

—¿Era un elefantito? —pregunté.

Mi madre dio un sorbo de su copa. Dijo que Houdini era más que un simple mago, que era una artista del escapismo. Me dijo que sabía librarse de esposas, cadenas y cuerdas.

—Le ponían una camisa de fuerza y lo metían en un baúl y lo tiraban a

piscinas, ríos y mares, y se escapaba —me dijo mi madre—. Escapaba de cámaras acorazadas llenas de agua. Escapaba de ataúdes.

Le dije que quería ver a Houdini.

—Ay, Lizzie, Houdini está muerto —dijo mi madre—. Murió hace mucho tiempo. Un hombre le dio tres puñetazos en la barriga y se murió.

Muerto. Le pregunté si Houdini no podía escaparse de estar muerto.

—En la muerte encontró a un rival a su altura —dijo mi madre.

Me dijo que había convertido un cuenco lleno de flores en un poni que galopó por el escenario.

—También cortó a una mujer por la mitad con un serrucho, Lizzie.

¡Lo que me habría gustado ser esa mujer, serrada por la mitad y luego vuelta a armar!

Mi madre hablaba feliz, riéndose. Estábamos sentadas a la mesa de la cocina y mi madre bebía de un vasito que descansaba agazapado en su mano. También era mi vaso favorito, pero nunca me dejaba beber de él. Había todo tipo de vasos en nuestro armario, pero ése era el que más nos gustaba a las dos. Todo esto fue en Maine. Fuera, en el jardín, estaba nuestro coche, que era un viejo descapotable azul.

—¿Viste sangre? —pregunté.

—No, Lizzie, no. ¡Era un mago!

—¿Y la señora lloró? —quise saber.

—Creo que no —dijo mi madre—. A lo mejor la hipnotizó antes de empezar.

Era invierno. Mi padre nunca había ido en el descapotable azul porque mi madre lo había comprado después de que nos dejara. Era un coche viejo y tenía unas cuantas manchas de óxido en la carrocería. Debajo de la esterilla de goma de mi lado, en el asiento del acompañante, una parte del suelo se había oxidado por completo y se había abierto un agujero. Cuando íbamos a algún sitio en el coche, a veces levantaba la esterilla para ver la carretera que se deslizaba velozmente bajo nuestros pies y sentir el aire frío que subía redondo por el agujero. Me imaginaba que el frío intentaba hablar conmigo, del mismo modo que las palabras escritas trataban de hablarme. El aire quería decirme algo, pero a mí me daba igual, eso era lo que pensaba. Fuera, el

coche esperaba bajo la nieve.

Soñé una vez con el coche. Estaba sola con mi madre, como tantas otras veces, enlazadas por el amor desesperado y desconcertado que nos profesábamos la una a la otra, y viajábamos en coche a una casa. Parecía que ése había de ser nuestro destino, pero al llegar no nos detuvimos. Seguimos viajando y siempre regresábamos a esa casa, pero la rodeábamos y nos íbamos otra vez, para luego regresar de nuevo. Mientras circulábamos, al interior del coche le empezó a brotar pelo. Era un pelo gris y crecía sin parar. Nunca le hablé a mi madre de ese sueño, como tampoco le había contado nunca la anécdota de mi padre cojeando con el bastón. Me guardaba las cosas. En esto era igual que mi madre.

Quise saber más cosas sobre Houdini.

—¿Estaba enamorado? —pregunté—. ¿Amó a alguien?

—A Bess —dijo mi madre—. Amaba a su mujer, que se llamaba Bess.

Fui a por un vaso y me serví un poco de ginger ale y me lo bebí a sorbitos, despacio, como había visto hacer a mi madre tantísimas veces con su bebida. Ya entonces me sabía sus gestos al dedillo. Me sentaba enfrente de ella, muy tranquila y callada, y la imitaba.

Pero entonces quise saber si había magia en la forma que tenía de amarla. Si podía hacerla desaparecer. «¿Podía conseguir que los dos desaparecieran juntos?», así formulé mi pregunta.

—Lo único que sabía la gente de Bess era que Houdini la amaba —dijo mi madre—. Nunca convirtió el amor que les unía en soledad, lo que, por supuesto, no habría sido digno de una persona de su talla.

Después de la cena mi madre solía servirse otra copichuela y empezaba a leerme en voz alta artículos del periódico.

—Madre mía —dijo una noche—. Qué historia más rara. Un cazador abatió un oso que llevaba un bolso de mujer en la boca.

—Oh, oh —exclamé.

Miré el periódico y lo golpeé con los dedos. Mi madre continuó leyendo, sin prestarme mucha atención. La mujer había perdido el bolso años antes durante una excursión. Todo estaba dentro: la cartera, el neceser y las llaves.

—Oh —exclamé.

Pensé que era espantoso. Me asusté al pensar en el bolso de mi madre, porque siempre lo llevaba encima, y en el pobre oso también.

—¿Por qué quería el oso llevar un bolso? —pregunté.

Mi madre levantó la vista del periódico y me miró. Era como si de pronto hubiera regresado a la habitación donde me encontraba.

—¿Por qué, Lizzie? —dijo.

—Pobre oso —dije.

—Oh, al oso no le pasó nada —dijo mi madre—. Se marchó.

No me lo creí. Ella misma había dicho que al oso le habían disparado.

—El oso se escapó —dijo mi madre—. Aquí lo pone. —Pasó el dedo por una línea de palabras—. Volvió al bosque corriendo y se fue a su casa.

Se levantó, rodeó la mesa y me dio un beso. Olía igual que el vaso que aparecía cada mañana en el fregadero y ese olor aún hoy me recuerda a atrevimientos y engaños, esperanzas y pequeñas mentiras.

Cerré los ojos y tuve la sensación de que ya no oía a mi madre. Vi el oso, con el bolso al hombro, paseando por el bosque, sintiéndose estupendo, diferente y también guapo. Luego se detenía y rebuscaba algo en su interior, quería encontrar algo, moviendo su gran manaza entre los pequeños enseres del bolso.

—Lizzie —me llamó mi madre.

Me asusté al entender que mi madre no sabía dónde me encontraba. Abrí los ojos.

—No llores, Lizzie —dijo mi madre.

Me pareció que estaba a punto de echarse a llorar ella también. Así eran nuestras veladas, entrada la noche, en la cocina, con mi madre.

Mi madre volvió a enfrascarse en la lectura del periódico y empezó a pasar las páginas. Me dijo que mirase el dibujo de un hombre con un sombrero del revés del que salían estrellas. Era el anuncio de un mago que iba a actuar no muy lejos de casa. Decidimos que iríamos a verlo. Mi madre sabía perfectamente las butacas que quería, buenas butacas, junto al pasillo y cerca del escenario. A lo mejor nos pedirían que subiéramos al escenario, dijo, para participar en la función. Los magos acostumbran a utilizar a gente del público, especialmente niños. Quizá incluso me regalarían un conejo.

Yo quería un conejo.

Puse las manos sobre la mesa y pude ver al conejo entre ellas. Era todo blanco por delante y todo negro por el lomo, como si estuviera hecho de dos conejos distintos. Hay conejos así. Lo vi ahí mismo, en la mesa, frente a mí, un bonito conejo.

Mi madre llamó por teléfono y compró dos entradas, y al cabo de pocos días íbamos en el coche de camino a Portland para asistir a la *matiné*. Es una palabra que me gusta mucho, *matiné*. *Matiné, matiné*, dije. Había un amplio soporte en el suelo entre nuestros asientos y allí dejaba mi madre su vasito, casi siempre lleno, nunca, según había comprobado, con su contenido por debajo de la mitad. Íbamos charlando y pensé que debíamos de parecer interesantes al ir en nuestro descapotable azul en invierno. Mi madre hablaba de la felicidad. Me dijo que la felicidad que surge de improviso, sin motivo aparente, era la mejor que había. El frío me hablaba como otras veces, pero no le hacíamos ningún caso y disfrutábamos del sol que golpeaba nuestras manos pálidas a través del parabrisas.

Mi madre dijo que Houdini tenía los ojos negros y que de las puntas de sus dedos volaban palomas blancas. Me dijo que una vez se escapó de un bloque de hielo.

—¿Se parecía a mi padre, Houdini? —pregunté—. ¿Tenía bigote?

—Tu padre no tenía bigote —dijo mi madre, riéndose—. ¡Ojalá pudiera parecerme más a ti!

Más tarde, me dijo:

—Quizá no se escapó de un bloque de hielo, no estoy segura de eso. Quizá quiso intentarlo pero nunca lo hizo.

Paramos a comer en un pequeño y oscuro restaurante que había de camino. Mi madre se tomó unos cócteles y yo pedí una bebida fría y dulce. El restaurante no era muy bonito. Olía a humo y humedad como si se hubiera incendiado hacía años, y había tanto ruido que no podía oír bien a mi madre. Mi madre era la viva imagen de una mujer en un bar, guapa y trastornada, inclinada hacia delante mientras me decía: «¿A quién crees que me parezco? ¿Te acordarás de mí?». Me decía todo tipo de cosas. Estuvimos un buen rato allí, hasta que mi madre le pidió la hora a alguien y pareció sorprenderse. Mi

madre siempre se sorprendía con la hora. Afuera, había bosques de abetos verdes cuyas ramas más bajas rozaban el suelo, y cuando nos dirigíamos de vuelta al coche me pareció ver algo que se movía en la espesura del bosque, más allá de la extensión lisa y nevada del aparcamiento. Era el oso, pensé. Date prisa, date prisa, pensé. El cazador está jugando con sus hijos. Les está construyendo una casita de madera en la que puedan jugar, como me hizo una vez mi padre. Todavía no se ha convertido en el cazador. Pero supe en el fondo de mi corazón que de aquel oso no quedaba nada y que aquella silueta no había sido más que la sombra de otro animal en la tarde.

Aunque mi madre condujo muy deprisa, la actuación ya había empezado cuando llegamos. Tenía la cara húmeda y en su blusa buena había una mancha. Se metió en los servicios de señoras y cuando regresó la mancha era más grande, pero ahora era de agua y no de lo que había sido antes. El acomodador nos aseguró que no nos habíamos perdido gran cosa. Nos dijo que el mago no era muy bueno, que hablaba por los codos, contaba un montón de chistes y que entonces, cuando el público empezaba a cansarse o se distraía, ocurría algo en el escenario, algo cambiaba. El acomodador le sonrió a mi madre. Me pareció que le gustaba y que incluso se conocían de antes. Era un hombre enclenque, como un niño viejo, de calvicie incipiente. No me gustó. Nos acompañó a nuestras butacas, pero unos desconocidos las habían ocupado y hubo un pequeño alboroto cuando tuvieron que cambiarse de sitio. Estábamos las dos expectantes y mirábamos al mago con mucha atención. Mi madre tenía la boca medio abierta y los ojos brillantes. En el escenario había un grupo de niños más o menos de mi misma edad todos con una mano puesta en una pequeña jaula que sujetaba el mago. En la jaula había un pajarito. El mago pedía de vez en cuando a los niños que zarandearan un poco la jaula y el pájaro aleteaba contra los barrotes demostrando a todo el mundo que era un pájaro de verdad, con huesos, respiración e incluso sentimientos. Cada niño anunció que tenía bien agarrado uno de los barrotes. Entonces el mago cubrió la jaula con un pañuelo, dio un tirón rápido, y pájaro y jaula desaparecieron. No me sorprendió. Me pareció el tipo de cosa que cabía esperar. Decidí contener mis aplausos cuando vi que las manos de mi madre también reposaban en su regazo. Hubo varios trucos

más que el mago había inventado, sin duda nada que yo le hubiera pedido hacer. Aparecieron en el escenario grandes artilugios de muchos colores y formados por múltiples piezas distintas. Tenían muchas puertas que el mago abría y cerraba de golpe. Las cosas iban y venían, todo al son de una música estridente. Estaba confundida y empecé a tener calor. Mi madre también se movía inquieta en la butaca. Luego hubo un entreacto y regresamos al vestíbulo.

—Este hombre no le llega al gran Houdini a la suela de los zapatos —dijo mi madre.

—¿Qué se proponía hacer, exactamente? —pregunté.

Había pedido un reloj a un hombre del público y lo había destrozado a martillazos delante de todo el mundo. Entonces, el reloj reapareció intacto detrás de la oreja del hombre.

—Los recuerdos felices pueden ser muy engañosos —dijo mi madre—. ¿Quieres volver a casa?

En realidad no quería irme. Quería verlo hasta el final. Cogí el programa y empecé a pasar las páginas de papel brillante. Miré con todas mis fuerzas las letras impresas debajo de cada foto e imaginé que se hacían todo tipo de promesas.

—Sí, las dos queremos saber cómo lo hace, ¿no? —dijo mi madre—. Queremos llegar al fondo del asunto.

Supuse que así era.

—De acuerdo, Lizzie —dijo mi madre—. Pero tengo que ir a buscar algo al coche. Vuelvo enseguida.

La esperé en un rincón del vestíbulo. Algunos niños me miraban y yo les devolvía la mirada. Tenía un paquete de cigarrillos de chicle en el bolsillo y saqué uno con cuidado y me llevé el filtro a los labios. Puse el codo del brazo derecho sobre la mano izquierda y fumé ese cigarrillo largo rato. Luego lo doblé en la boca y lo mastiqué un momento. Mi madre no había vuelto todavía cuando se reanudó la función. Estaba tomándose una copichuela, lo sabía, y se encontraba en ese sitio al que iba cuando bebía sin mí, un lugar dentro de sí misma. No era ese sitio al que podían llevarte las palabras, pero también era un sitio distinto. Estuve un rato sola en el vestíbulo, mirando a la

calle. Habían esparcido arena en la acera delante del teatro y la arena penetraba en el hielo formando unos feos agujeros. No vi pasar a nadie que se pareciera a mi madre. Llevaba un abrigo rojo. Una vez me había dicho: «Te has desenamorado de mí, ¿verdad?», y yo supe que estaba pensando en otra persona, pero eso sólo ocurrió una vez.

Oí la música del escenario y finalmente regresé sola a nuestras butacas. Había menos público. Sobre el escenario, junto al mago, vi a una mujer en bañador y zapatos de tacón de aguja que sujetaba una motosierra. El mago demostró que la sierra era de verdad cortando varios trozos de madera. Todo el público pudo oler el olor de la madera tronchada y ver el serrín en el suelo. Entonces sacaron al escenario una mesa con ruedas y la mujer se tumbó sobre la mesa en su bañador, que era de dos piezas. Tenía la barriga muy blanca. El mago hablaba mientras blandía la motosierra. Sospeché que se proponía cortar a la mujer por la mitad y tuve muchas ganas de verlo. No me dio ningún miedo. Pero sí me pregunté si sería capaz de volverla a armar o si la cortaría por la mitad y ya está. El mago dijo que lo que estaba a punto de ocurrir era demasiado espantoso para que el público lo viera directamente y que no quería que nadie se desmayara al verlo, de modo que sacó una pequeña mampara y la situó delante de la mujer de tal forma que ya no podíamos ver su barriga blanca, pero sí su cara y sus zapatos. La mampara me pareció innecesaria y habría preferido estar sentada al otro lado. Varias personas del público gritaron. La mujer que estaba a punto de ser serrada por la mitad se mordió el labio y su cara parecía preocupada.

Fue entonces cuando mi madre apareció en el escenario. Estaba un poco encorvada, porque todavía no había recuperado del todo el equilibrio después de haberse encaramado al escenario. Me pareció muy rara, y grande, en su abrigo rojo. Aquel abrigo, que le conocía sobradamente, fue lo que más me extrañó de todo. Alguien volvió a gritar entre el público, pero fue un grito más inseguro. Mi madre se acercó al mago, sonriendo, hablando y gesticulando con las manos, y el mago dijo:

—No, por supuesto que no puedo. Hágase cargo, estamos en plena

actuación, no puede aparecer así como así, por favor, vaya a sentarse...

Mi madre dijo:

—Pero no entiende que estoy dispuesta a hacerlo, aunque soy consciente del peligro. No es que me lo crea, nadie le creería a usted ni un segundo, pero puede confiar en mí, esté tranquilo, si pone su fe en mí no se equivocará porque no tengo nada que ver con esto, por eso soy de fiar, porque no sé cómo se hace...

Alguien cerca de mí dijo:

—Esta mujer nos toma el pelo, qué pretende, aparece de la nada y quiere que la corten por la mitad...

—Dama —dijo el mago, y pensé que a lo mejor aparecería un perro, porque conocía a una perrita que se llamaba *Dama* que tenía una colección de pelotas de colores.

Mi madre dijo:

—Casi nadie entiende nada, ya lo sé, y da igual, porque cuando entendemos algo, se acabó lo que se daba. Ya ve, así somos...

Seguramente pensaba que todavía estaba en ese sitio dentro de sí misma, pero lo único que acertaba a expresar eran las palabras que brotaban de su boca. Tenía los labios despintados. Me pregunté si creía que iba de incógnito.

—Pero por qué no —dijo mi madre—. Ir y luego volver, eso es lo que todos queremos, por eso estamos aquí, y por qué no íbamos a esperar que ocurra algo aquí, no puede esperar que vengamos todos los días, nos cansamos de venir todos los días, no puede creer que nos la va a colar siempre, antes era otra historia, pero debería usted pensar en los niños...

Se movía un poco, con pasos torcidos, sin dejar de hablar.

—Dios mío —dijo una voz—, esa mujer está borracha.

—¡Siéntese de una vez! —dijo alguien alzando la voz.

Entonces mi madre se puso a llorar, vaciló un poco y tendió los brazos como si quisiera apartar a alguien que tratara de sujetarla, pero nadie lo intentaba. La orquesta empezó a tocar y la gente se puso a dar palmadas. El acomodador corrió al escenario y cogió a mi madre de la mano. Todo pasó en un instante. Le dijo algo, cogió su mano y ella no se opuso a que se la cogiera. Luego, despacio, bajaron juntos los escasos escalones del escenario y

enfilaron el pasillo central de la platea hasta que llegaron a mi altura, pues el acomodador sabía que era la hija de mi madre. Los seguí, como es lógico, aunque mentalmente no me moví de mi butaca. Todo el mundo nos miraba al irnos. Pero no se dieron cuenta de que yo me había quedado allí, entre ellos, mirando también.

Salimos directamente del teatro a la calle y mi madre lloraba del brazo del pequeño acomodador. Las hombreras de su chaqueta eran de cartulina y llevaban bordada una trenza dorada. Nos raptaban para asesinarlos, lo cual me pareció razonable. El acomodador tenía las orejas grandes y un bulto encima del cuello de la camisa. Mientras caminábamos, le decía cosas tiernas a mi madre que poco a poco parecieron consolarla. Lo odié. No era fácil caminar juntos por las aceras congeladas de la ciudad. El abrigo de mi madre tenía cinturón y me colgué de él mientras avanzábamos con paso inseguro por la calle.

—Mire, yo he conseguido salir adelante —dijo—. Usted también puede. Le estaba hablando a mi madre.

Entramos en una cafetería y nos sentamos en un reservado.

—Puede serenarse aquí —dijo—. Quédese todo el rato que quiera. Tómese un café, nadie la echará.

Me preguntó si quería un donut. No quise hablar con él. Si volvía a dirigirme la palabra, pensé, le pegaría un mordisco. Detrás de la barra había colgadas fotografías de sándwiches. No quería estar allí y no me quité ni las manoplas ni el abrigo. El pequeño acomodador se acercó a la barra y trajo un café para mi madre y un donut para mí en un plato.

—Oh —dijo mi madre—. ¿Qué he hecho?

Meneó la cabeza de lado a lado.

—Lo supe en cuanto la vi —dijo el acomodador—. Debe rehacer su vida. Yo tuve que tirarme de un puente y partirme las dos piernas antes de entender que necesitaba darle la vuelta a mi vida. No le conviene llegar tan lejos.

Mi madre lo miró.

—No me lo imagino —dijo mi madre.

Fuera pasó una niña arrastrando su trineo. Miraba tras de sí todo el rato y se notaba que estaba admirando lo rápido que se deslizaba el trineo sobre sus

patines.

—Tiene una hija —dijo el acomodador a mi madre—. Debe salir adelante.

Su amabilidad me hizo pensar que nos había atado con una cuerda. Por fin nos dejó y mi madre apoyó la cabeza en la mesa y se durmió. Era la primera vez que veía a mi madre dormida y la miré como ella debía de mirarme alguna vez, como todo el mundo mira a un animal dormido, sin saber cómo o cuándo se despertará. Entonces empecé a comerme el donut despacito sin quitarme las manoplas. El pelo amargo de la lana se mezclaba con la miga insípida y ese detalle absorbió toda mi atención. Imaginé que alguien me estaba dando de comer.

Y a la postre resultó que mi madre no fue capaz de salir adelante, pero eso fue después. Aquel día todavía no estaba tan cerca del final y cuando mi madre se despertó fuimos a buscar el coche y salimos de Portland, y mi madre no dejó de pronunciar mi nombre. «Lizzie —decía—. Lizzie.» Tuve la impresión de que estaba obligada a acompañarla en sus viajes y que ella también lo sabía, pero no en aquel viejo descapotable azul que regresaba a casa de noche, con la capota blanda y manchada hinchándose como un globo, pues sabía que ese era el aspecto que debía de tener la capota vista desde fuera. Al final conseguí salir de allí, pero tardé años.

PODREDUMBRE

Lucy estaba mirando la calle cuando un viejo Ford Thunderbird subió por el camino de su casa. Nunca había visto el coche y era su marido, Dwight, quien lo conducía. Una exnovia de Dwight saltó del asiento del acompañante y corrió hacia la casa. Se llamaba Caroline, tenía el pelo rizado y grandes dientes blancos, más blancos de lo que parecía normal, y de todas las novias que Dwight había tenido ésa era la que menos le gustaba a Lucy.

—Yo hacía de bocina —dijo Caroline—. El coche no tiene, así que la hacía yo. Gritaba por la ventanilla: «¡Cuidado!».

—¿También hacías los frenos o sólo la bocina? —preguntó Lucy.

—Tiene frenos —dijo Caroline, mostrando su dentadura deslumbrante.

Entró en el salón y dijo:

—¡Hola, alfombra!

Siempre le hablaba a la alfombra que había en el suelo. Era una alfombra mexicana con pájaros de distintos colores volando. Todos tenían los ojos alargados y blancos. Dwight y Caroline habían comprado la alfombra en Yucatán cuando fueron a hacer esnórquel tres años antes. Algunas de las calas estaban tan concurridas que apenas se podían ver los peces por culpa de toda la loción solar que flotaba en el agua. Dwight le había contado a Lucy que en El Garrafón, en Isla Mujeres, había sacado la cabeza del agua un momento y había visto a un centenar de personas meciéndose boca abajo junto a las rocas del arrecife y un tampón blanco y limpio flotando entre ellas. Caroline había dicho entonces:

—Qué asco, pero seguro que es una broma.

Caroline le susurraba cosas bonitas a la alfombra, dándose aires, pensó

Lucy, aunque no le hablaba en español porque no sabía hablarlo. Lucy miró por la ventana y vio a Dwight sentado en el Thunderbird. Era un coche viejo, repintado de negro, con una capota rígida de color blanco, ojos de buey y guardabarros rebajados. Le pareció que era un poco demasiado grande para aquel coche. Dwight se bajó de golpe y corrió a la casa como si estuviera lloviendo, aunque no llovía. Era un día apacible de primavera, justo antes de Pascua, con una insoportable sensación de pesadez en el aire. Últimamente, cuando volvían a casa, siempre traían porquería sintética de las cestas de Pascua pegada a la ropa: esa paja falsa donde poner los huevos, ese material crujiente de colores pastel que se suele meter en las cestas de Pascua. Lucy no sabía de dónde lo sacaban, pero aquel día no habían traído detritos festivos.

Dwight le estampó un beso fuerte, errante, en la boca. Últimamente, tenía la impresión de que probaba nuevos tipos de beso con ella, como si quisiera afinarlos.

—Supongo que me vas a dar una explicación —dijo Lucy.

—Lucy —dijo él con solemnidad.

Caroline se les unió y dijo:

—Tengo que irme. No sé qué hora es, pero me apuesto a que lo adivino con una precisión de un minuto. Puedo hacerlo —aseguró a Lucy. Caroline cerró los ojos. No obstante, sus dientes parecían seguir mirándolos—. Las cinco y diez —dijo al cabo de un rato. Lucy miró el reloj de pared que indicaba las cinco y diez. Se encogió de hombros.

—Es una monada de coche —dijo Caroline, dándole a Dwight un pequeño achuchón—. ¿No te parece una monada? —le dijo a Lucy—. Tu Dwight lleva persiguiéndolo desde hace días.

—Se lo compré a un pariente —dijo Dwight.

Lucy lo miró con gesto impasible. No era una chica que se alarmara fácilmente.

—La semana pasada bajé al acuario a mirar los peces —empezó Dwight.

—Ah, ese acuario —dijo Lucy.

En el acuario habían sacrificado una cría de foca porque era demasiado fea para que la vieran los niños. Habían considerado que no era un ejemplar

presentable y se habían deshecho de él. Aquel acuario tenía indignada a Lucy. «Me gustan los peces —le había dicho Dwight cuando Lucy le había preguntado por qué pasaba tantas horas de su tiempo libre en el acuario—. A los hombres nos gustan los peces.»

—Y cuando fui al aparcamiento, justo al lado de nuestro coche, vi este pequeño Thunderbird con un muerto sentado al volante.

—¡Qué te parece! —exclamó Caroline.

—Fui el primero en verlo —dijo Dwight—. No soy un experto, pero ese hombre había estirado la pata.

—¿Qué aspecto tenía el muerto? —preguntó Lucy a Dwight.

Se quedó pensando un momento y luego dijo:

—Como en las películas. Tenía la cabeza muy grande.

—En cualquier caso... —dijo Lucy, impacientándose un poco.

—En cualquier caso —dijo Dwight—, fue el coche el que me buscó a mí. A veces ocurren estas cosas. Supe que tenía que quedarme con él. Era demasiado bonito para dejarlo pasar. Está casi nuevo —dijo Dwight, haciendo un gesto hacia el coche—. Y ahora es nuestro.

—Este coche no está casi nuevo —dijo Lucy—. Un hombre murió dentro. Diría que no puede estar menos nuevo.

Siguió hablando con vehemencia en esos mismos términos durante un buen rato.

Caroline la observaba, con los labios entreabiertos, sin que sus dientes parecieran pronunciarse al respecto. Entonces dijo:

—Tengo que volver a mi casa solitaria. —No vivía muy lejos. Casi todos sus conocidos, y mucha gente a la que no conocían de nada, vivían cerca de allí—. Vosotros dos disfrutad del coche. Es una monada de cochecito.

Le dio un beso a Dwight y éste le respondió dándole una palmadita paternal en la espalda mientras la acompañaba a la puerta. Afuera, el aire tenía un ligero olorcillo a fruta y goma. El aullido de una sirena cortó el aire.

Cuando Dwight regresó a la casa, Lucy le dijo:

—No quiero un coche en el que ha muerto un hombre por mi cumpleaños.

—Aún falta para tu cumpleaños, ¿no?

Lucy reconoció que así era, aunque Dwight a menudo planeaba sus cumpleaños con meses de antelación. Se puso colorada.

—Es curioso que unas personas tengan vidas más largas que otras, ¿no?
—dijo ella finalmente.

Cuando Dwight vio por vez primera a Lucy, él tenía veinticinco años y ella era un bebé de cuatro meses.

—Me voy a casar contigo —dijo Dwight al bebé.

La gente le oyó. Era alto y tenía el pelo negro, y llevaba una chaqueta negra de cuero con un forro de seda que le había cosido una novia. Estaban celebrando el fin de año en casa de esa novia suya y la chica estaba a su lado. «Ah, estupendo», dijo ella. Su novia no había visto nada especialmente fascinante en aquel bebé. Se podían hacer bebés mejores, pensó. Lucy estaba acostada en un cesto blanco de mimbre sobre un sofá. Tenía poco pelo y una expresión solemne. «Serás mi esposa», dijo Dwight. Tenía mucha mano con los bebés y también con los niños pequeños. Cuando Lucy cumplió cinco años, la cosa que más le gustaba eran esos libros en los que encontrabas algo que faltaba empujando o tirando de una lengüeta, y por su cumpleaños Dwight le había comprado quince, sin duda todos los que se habían publicado de ese tipo. Cuando cumplió diez años, le regaló una casa de juguete y la llenó de globos. A Dwight también se le daban bien los adolescentes. Cuando cumplió catorce años, le alquiló un caballo por todo un año. Y en cuanto a las mujeres, Dwight tenía un toque especial con ellas, como todas sus novias podían certificar. No le fue fiel a Lucy mientras crecía, pero se mostró en todo momento atento y leal con ella. Dwight fue doblando la apuesta. Y mientras Lucy fue creciendo estoicamente, aprendiendo a vestirse y a leer, dejándose crecer el pelo para luego cortárselo todo, apuntándose a clubes y comprando discos, aprobando sus asignaturas de álgebra y saliendo con chicos, Dwight estuvo viendo mundo. Siempre le enviaba pequeñas piedras de los lugares que había visitado y ella las ordenaba por tamaños y colores y las metía y sacaba de cajas y tarros de cristal hasta que tuvo tantas piedras que se hizo un lío y no sabía de dónde venía cada una. Más o menos por la

misma época en que a Lucy ya le hubiera dado igual si volvía a ver una piedra más en su vida, se casaron. Compraron una casa y se instalaron en ella. La casa era grande y cómoda, lo bastante grande, según podía deducirse, para alojar distintos tipos de crecimiento. Todo iba bien. Dwight era como un libro grande y extraño en el que Lucy sólo necesitaba pasar las páginas para encontrarlo todo.

Salieron de la casa y miraron el Thunderbird bajo la luz declinante del día.

—Es bonito, ¿no? —dijo Dwight—. Neumáticos de franja blanca, el motor cromado.

Abrió el capó dejando al descubierto el motor reluciente. Dwight estaba feliz, sus ojos azabache brillaban. Cuando bajó el capó se oyeron unos ligeros golpecitos como si alguien hubiera tirado unos guijarros al suelo.

—¿Qué ha sido eso? —dijo Lucy.

—¿Qué ha sido qué, cariño?

—Eso —dijo Lucy—, en el suelo.

Recogió un trozo de óxido tan grande como su pequeña mano y muy ligero. Dwight lo miró. Cuando Lucy se disponía a dárselo, se le cayó al suelo y se hizo añicos.

—Me pareció que estaba tan entero que no comprobé los bajos —dijo Dwight—. Llamaré a alguien para que lo vea mañana. Seguro que no será nada grave, sólo una cosilla superficial.

Lucy pasó entonces la mano por el faldón de la puerta y recogió un puñado de escamas de óxido.

—No entiendo por qué quieres empeorar las cosas —dijo Dwight.

Por la mañana, dos hombres se movían bajo el T-Bird tumbados en camillas de mecánico, dando golpecitos por todas partes con destornilladores y examinando con ojos bizcos el chasis. Lucy, a quien le gustaba disfrutar de un desayuno relajado, todavía estaba en la cocina, terminándoselo. Mientras se comía los cereales, estudiaba el brik de leche, en uno de cuyos lados se hacía una petición de órganos. Lucy era consciente de que el mundo había caído presa de una nueva obsesión: conseguir que todo durase más. Enjuagó

el bol y salió justo en el momento en que los dos hombres se escurrían de debajo del coche y se ponían de pie mirando a Dwight. La rampa de acceso a la casa estaba llena de restos y cuajos de herrumbre.

—¿Y le ha comprado esto a su hija? —dijo uno de ellos.

—No —dijo Dwight irritado.

—Yo no se lo regalaría a mi hija.

—¡No es para ninguna hija! —dijo Dwight.

—Los bajos están a punto de hundirse —dijo el otro—. Circulando, estas placas ceden, el suelo se desprende y terminas arrastrando el culo por la carretera. Como mínimo hay que cambiarle los suelos. No es ningún problema. —Se mordió la uña del pulgar—. Los anclajes de las ballestas al bastidor también están oxidados. Habrá que echarle unas cuantas horas, eso seguro. Alguien ha trabajado de lo lindo en este coche, pero aún queda mucho por hacer, sin duda. Donny, ve a buscarme el Hemmings a la camioneta.

El otro hombre se marchó con paso cansino y regresó al cabo con un grueso catálogo marrón.

—Más le valdría darlo como entrada para uno mejor —dijo el primer hombre—. Uno que tenga bien el bastidor.

Dwight meneó la cabeza.

—¿No lo pueden reparar?

—¡Por supuesto que podemos repararlo! —dijo Donny—. Se puede conseguir todo para estos coches, todas las piezas. ¡Su coche es un clásico!

Hojeó el catálogo con el pulgar hasta llegar a una página que anunciaba los servicios de un sitio llamado El Santuario del T-Bird. Por lo visto, El Santuario era un cementerio de automóviles. Una fotografía granulosa mostraba un revoltijo de coches desguazados esparcidos entre árboles. Era el tipo de foto que parece tomada furtivamente con una cámara oculta.

—Yo lo daría como entrada para uno mejor —dijo el otro hombre—. Mire aquí, en esta página, un T-Bird del 57 con motor sobrealimentado, rojo escarlata, completamente desmontado y restaurado, sin ningún detalle pendiente, listo para circular...

—Para el carro —dijo Donny.

—¿Sabe?, si se queda con este coche que tiene —dijo el otro hombre—, y no se lo aconsejo, tendrá que pintarlo del color original. Este negro no es original. —Abrió la puerta y señaló una manchita cerca de los goznes—. ¿Lo ve? Es azul celeste.

Lucy volvió a entrar en la casa. Se quedó de pie, pensando, mirando a la calle. De niña, un día que iba a pie a la escuela, encontró un sobre en la calle con su nombre escrito, pero no había nada en su interior.

—Vamos a pedir una segunda opinión —dijo Dwight cuando entró—. Se lo llevaremos a Boris. Es el mejor en este negocio.

Se dirigieron a las afueras del pueblo, hasta llegar a otro municipio, donde se levantaba un gran edificio marrón. A Lucy le gustó el coche. Respondía muy bien, pensó. Fueron a toda velocidad, aunque los adelantaron algunos coches más grandes.

Boris era un hombre menudo, calvo y de gesto adusto. El pastor alemán que le acompañaba destacaba por su tamaño. Tenía las patas delicadamente redondeadas pero del tamaño de un balón de fútbol americano. Había espacio de sobra dentro de aquel perro para otro pastor alemán, pensó Lucy. Boris colocó el Thunderbird en un elevador y lo subió. Se paseó tranquilamente por debajo, con las manos en las caderas. No le crecía ni un pelo en la cabeza. Bajó el coche y dijo:

—Un caso perdido. —Ni Lucy ni Dwight dijeron palabra, de modo que exclamó—: No vale nada. Es chatarra.

El pastor alemán suspiró como si hubiera oído aquel diagnóstico muchas veces.

—¿Y qué me dice de los puntos de anclaje de las ballestas? —preguntó Lucy. Aquella expresión la cautivaba.

Boris movió las manos y luego se las agarró y retorció en gesto de súplica.

—¿Cómo puedo hacerles entender, buena gente, que se trata de un caso perdido? ¿Qué puedo decirles para que me escuchen, para que me crean? ¿Les apetece tirar billetes de cien dólares? ¿Es eso lo que quieren hacer el resto de sus vidas? ¿Qué clase de masoquistas son ustedes? Sería una maldad por mi parte alimentar sus esperanzas. Este coche no se puede restaurar. Está

lleno de óxido y podredumbre. El óxido está vivo, respira y come, y está zampándose su coche. Los estribos y los paneles traseros ya se han cambiado, una vez, dos veces, quién sabe cuántas veces los han cambiado ya. Tendrán que volverlos a cambiar. ¡No es poca cosa cambiar los estribos y los paneles! ¿Cómo voy a salvarles de su inocencia, su estupidez y sus delirios? Quitas una parte mala, pongamos, luego sueldas metal nuevo, lo estañas bien, cambias toda la parte trasera, pongamos, ¿y qué has conseguido? Sólo has conseguido una pequeña parte de lo que necesitas, ¡no has conseguido casi nada! Puedo ver que mis palabras les provocan asco y náuseas, pero eso no es nada comparado con el asco y las náuseas que sentirán si perseveran en este proyecto desgraciado. ¡No lo piensen ni un momento más! Este tipo de podredumbre no tiene arreglo. Lo cual nos lleva a la cuestión: ¿qué es el hombre?, con sus tres subdivisiones: ¿qué podemos conocer?, ¿qué debemos hacer? y ¿qué podemos esperar? Preguntas que nos afectan a todos, incluso a usted, señorita.

—¿Qué? —dijo Dwight.

—Mi consejo es que viajen en el coche —dijo Boris en un tono más calmado—, disfrútenlo, pero sólo esta primavera y verano, y luego desháganse de él, véndanlo al desguace. De lo contrario tendrán que añadir nuevas soldaduras, más y más soldaduras, pero el hundimiento siempre les estará esperando a la vuelta de la esquina. Pasarán los años y llegará el día en que descubrirán que no queda nada a lo que soldar la soldadura, que ya no queda bastidor, que ya no queda nada de nada. Lo que se pudre se pierde.

Hizo una reverencia y se metió en su despacho.

De vuelta a casa, Dwight dijo:

—Antes no se hablaba tanto de chapas oxidadas y podridas. Todo ese rollo del óxido y la podredumbre es una novedad. Ya no sé en qué mundo vivo.

Lucy sabía que Dwight estaba deprimido y procuró parecer afectada, aunque lo cierto es que el T-Bird le traía sin cuidado. Estaba entretenida con una melodía que tenía en la cabeza. Era una canción que recordaba haber escuchado muy de niña, sobre una hormiguita que estaba a punto de entrar en su casa. Finalmente le habló a Dwight de la canción y le tarareó la melodía.

—¿Te acuerdas de esta cancioncilla? —preguntó.

—Casi —dijo Dwight.

—¿Sabes de qué trataba? —preguntó Lucy—. La hormiguita no hacía nada, sólo esperaba en la puerta de su casa.

—Sólo era la típica tontería que le cantas a un bebé —dijo Dwight. Entonces la miró con aire ausente y dijo—: Cariño mío...

Lucy llamó a su amiga Daisy y le habló del Thunderbird negro. No le comentó que tenía la carrocería podrida. Daisy le llevaba diez años y era una de las últimas novias de Dwight. Le habían amputado una pierna recientemente. Había tenido un accidente escalando y luego había dejado pasar más tiempo del debido. Era una mujer alta, de aspecto masculino, y antes de la amputación siempre había llevado pantalones vaqueros. Ahora se arrastraba como bien podía en faldas, pues había comprobado que la gente se sentía menos incómoda cuando llevaba falda, pero cuando iba a la playa se ponía un traje de baño y le daba igual si incomodaba a la gente o no, porque amaba la playa, el agua, tan quieta y tan pesada, con tantos secretos en su seno.

—No vi nada en el periódico sobre un muerto sentado al volante de su coche —dijo Daisy—. ¿No suelen publicar este tipo de noticias? Qué raro, ¿no?

Lucy había alimentado la amistad con Daisy porque sabía que ella aún estaba enamorada de Dwight. Si alguien, Dios, por ejemplo, le hubiera preguntado si prefería recuperar su pierna o a Dwight, ella habría respondido «Dwight». A Lucy, todo esto la excitaba, pero al mismo tiempo le provocaba una mezcla de confusión y lástima. Recordarlo siempre la animaba cuando tenía un mal día.

—¿Te conté lo que me pasó en el supermercado con un hombre que sólo tenía una pierna? —preguntó Daisy—. Nunca lo había visto. Estaba con su mujer y un bebé, y el bebé, en vez de estar en los brazos de su madre, iba en un cochecito, de modo que los tres ocupaban prácticamente el ancho del pasillo, y cuando me metí en ese pasillo me di de bruces con esa pequeña

familia. Naturalmente, tuve la sensación de que conocía a ese hombre de toda la vida. La gente nos sonreía. Incluso su mujer sonreía. Fue espantoso.

—Tendrías que buscarte a alguien —dijo Lucy sin demasiado interés.

Las cenizas de la pierna de Daisy estaban guardadas en el jardín de una iglesia, dentro de un cajón, esperando al resto de su cuerpo.

—No, qué va —dijo Daisy con modestia—. ¡En fin! —dijo—. ¡Vais a tener otro coche!

Casi era ya la hora de cenar y el olor de la carne impregnaba el aire. Dos pajaritos pardos daban saltos por el césped con calvas del jardín y Lucy los observaba con interés, pues los pájaros no solían pasarse por su barrio. Cuandoquiera que se detectaban tres o más pájaros en un mismo lugar, se consideraban una plaga y se tomaban varias medidas para reducir su número a niveles aceptables. Lucy recordó que siendo niña los pájaros que volaban sobre su cabeza a veces proyectaban sombras en el suelo. Algunos días pasaban bandadas de pájaros y recordó haber oído el crujir de sus alas, pero supuso que aquel detalle era el tipo de cosa que recordaría un niño aun habiéndolo visto u oído una sola vez.

Puso una mesa para tres en el comedor, pues ésa era la noche de cada primavera en la que Rosette iba a cenar a su casa y traería como siempre sábalos y huevas de sábalos, la comida favorita de Dwight. Rosette había sido la más elegante de las novias de Dwight y la que tenía la cintura más estrecha. Ahora estaba casada con un tal Bob. Cuando eran novios, Dwight solía llamarla «Bomboncito». En las últimas cinco primaveras, desde que Lucy y Dwight se habían casado, Rosette encargaba que le trajeran el sábalos en avión desde el norte y luego lo llevaba a su casa para cocinarlo. Aun a pesar de que aquel pescado era su comida favorita y sólo lo comía una vez al año, Dwight llegaría un poco tarde esa noche porque había ido a recabar una nueva opinión sobre el T-Bird. Lucy había dejado de acompañarle en esas expediciones descorazonadoras.

Rosette apareció con un escueto vestido blanco de cóctel y unos zapatos rojos de tacón alto. Había traído su propia vajilla, cubertería, velas y vino.

Reorganizó la mesa, bajó las luces y preparó generosos dry martinis para las dos. Se sentaron, esperando a Dwight, charlando sobre todo tipo de cosas. Rosette y Bob habían acogido en su casa a dos delincuentes recién salidos de la cárcel que se llamaban Jerry y Jackie.

—Son unos chicos feísimos —dijo Rosette—. Pero son muy hogareños. Cuando eran chavales, eran más monos, pero ahora tienen las narices muy largas y sus mandíbulas también tienen un aspecto raro. Este año les regalé unas cestitas de Pascua con conejitos y Jackie me escribió una nota diciéndome que lo que necesitaba en realidad era una receta para comprar pastillas anticonceptivas.

Cuando llegó Dwight, Rosette estaba diciendo:

—No es malo sentirse culpable. Hay cosas peores que sentirse culpable. —Dirigió entonces una mirada embelesada a Dwight y dijo—: Estás hecho un regalo para los ojos.

Le preparó un dry martini, que se bebió rápidamente, y luego sirvió una ronda más para los tres. Lucy miró el T-Bird en la entrada dando unos sorbos a su copa. Era una monada de coche y la pintura era tan negra que parecía mojado. Rosette preparó el pescado con gran solemnidad, inclinándose sobre la parrilla un tanto sucia de Lucy. Comieron los tres con circunspección. Lucy intentó comerse las huevas de una en una, pero descubrió que era tarea imposible.

—Esta tarde he visto a Jerry caminando por la calle con una desbrozadora —dijo Dwight—. ¿Se dedica ahora a la jardinería? La jardinería es un buen trabajo para un chico.

—Los delincuentes no siempre son culpables —dijo Rosette—. Eso es lo que mucha gente no entiende, pero no, Jerry no trabaja de jardinero, seguramente robó el chisme del jardín de alguien. Bob intenta hablar con él, pero el chico no hace ni caso de lo que le dice. Bobby no resulta muy convincente.

—¿Cómo está Bob? —preguntó Lucy.

—Mi marido Bob es una llamada a la que nunca debí responder —dijo Rosette.

Lucy cruzó los brazos sobre la barriga y se retorció de puro gusto porque

Rosette decía lo mismo todos los años cuando le preguntaban por Bob.

—La vida con mi marido Bob es un largo crepúsculo de cócteles y anécdotas tediosas —dijo Rosette.

Lucy se sonrió porque ese comentario también lo hacía siempre Rosette.

Al día siguiente, Dwight le dijo a Lucy que tenía la intención de meter el T-Bird en casa.

—No durará mucho en la calle —dijo—. Es una preciosidad, pero está cansada. Las inclemencias del tiempo le pasan factura a un coche y son las inclemencias las que se han cargado a esta ricura. La meteremos en el salón, que de todos modos está poco amueblado, y será como vivir con una obra de arte en casa. La tendremos encerada y nos sentaremos dentro a hablar. ¿Sabes?, se está muy tranquilo dentro de este cochecito.

El T-Bird parecía atento y coqueto mientras hablaban a su alrededor.

—Este coche fue diseñado para circular al aire libre —dijo Lucy—. Creo que deberíamos viajar con él hasta que se caiga a pedazos. —Dwight la miró con pesar y ella abrió mucho los ojos, pues no sabía cómo había sido capaz de decirle algo así—. En fin —dijo ella—, no creo que una casa sea el mejor lugar para guardar un coche, pero podemos tenerlo dentro un tiempo y luego, si no nos gusta, podemos volver a sacarlo a la calle.

Dwight la estrechó entre sus brazos y ella pudo notar que su corazón latía en su pecho con gratitud y emoción.

Lucy llamó a Daisy por teléfono. Ya había empezado el fragor de martillazos y sierras.

—Las ventoleras que les dan a los hombres son distintas de las nuestras —dijo Daisy—. Siempre ha sido así. Por ejemplo, he leído que unos hombres están investigando la manera de convertir en cristal la tierra que envuelve los residuos tóxicos mediante la inserción de sondas eléctricas de alta temperatura. A una mujer nunca se le habría ocurrido semejante idea.

Dwight trabajó frenéticamente durante días. Quitó el ventanal, derribó la pared, apuntaló el suelo del salón, construyó una rampa, vació el coche de todos sus fluidos para que no goteara en la alfombra, lo empujó hasta el

interior de la casa, volvió a colocar los montantes de las paredes, puso de nuevo la ventana, levantó una pared nueva de cartón yeso y repintó toda la estancia. Era como tener un coche gigante de muñecas en el salón. Pero no quedaba nada mal dentro de la casa y a Lucy no le importaba que estuviera ahí, aunque, eso sí, no se sentía a gusto cuando Dwight levantaba la capota. No le gustaba nada verla desplegada y siempre que la veía subido la cerraba. Cuando más pensaba en el Thunderbird era por la noche, acostada en la cama junto a Dwight, y se maravillaba entonces ante su presencia silenciosa e invisible al otro lado de la puerta, ocupando el espacio, tan extraño y reluciente, pasto de la podredumbre.

Se sentaban a menudo en el coche, en su casa, sin ir a ninguna parte, mirando por el parabrisas hacia la ventana, y por la ventana hacia la calle. No invitaron a nadie a verlo. Pronto, Dwight se aficionó a sentarse solo en el coche. Estaba cansado. Le estaba tomando más tiempo del previsto recuperarse de todo el trabajo. Lucy lo vio un día al volante, con un brazo doblado y colgando sobre la brillante puerta, con los ojos cerrados, la boca entreabierta, el pelo negro como nunca antes se lo había visto. No recordaba la primera vez que se había fijado en él, la primera vez que lo había visto de verdad, tal como él se había fijado en ella cuando era una recién nacida.

—Quiero que pares, Dwight —le dijo.

Él abrió los ojos.

—Deberías probarlo —dijo—. Pruébalo y dime qué te parece.

Lucy se sentó un rato sola en el coche y al cabo fue a la cocina, donde Dwight estaba de pie tomándose un vaso de agua. Era un día gris, con una luz gris y negligente que lo bañaba todo.

—Ahí dentro, he tenido por un instante la sensación de que sólo hay una conclusión posible: a nuestro mundo le han arrebatado toda perspectiva de futuro —dijo Lucy. No era una mujer sentimental.

Dwight sujetaba el vaso de agua y lo miraba con el ceño algo fruncido. El agua caía en el fregadero y se colaba por el desagüe, la misma agua que él estaba bebiendo. En la encimera había un televisor y en la pantalla se veía a unos hombres transportando dos camillas por el césped de una casa, y sobre cada camilla había un bulto alargado y quieto cubierto con una tela verde. La

casa era un fortín de cemento con dos sillas metálicas en el porche cubiertas con cojines y bajo el alero del tejado colgaba un cesto de flores.

—¿De verdad que es el único canal que se sintoniza? —dijo Lucy. Cerró el grifo.

—Son las noticias, Lucy.

—He visto estas noticias cientos de veces. Siempre dan lo mismo.

—Estamos en el Sun Belt, Lucy.

Empezó a molestarle que no parase de repetir su nombre.

—En fin, Dwight —dijo—. Dwight, Dwight, Dwight.

Dwight la miró con dulzura y regresó al salón. Lucy lo siguió. Ambos miraron el coche y Lucy le dijo:

—Me gustaría tener una sortija de esmeraldas. Me gustaría tener un niño.

—No puedes pedirle deseos, Lucy —dijo Dwight.

—Me gustaría tener un Porsche Carrera —le dijo Lucy al coche.

—¿Estás loca o qué? —preguntó Dwight.

—Me gustaría tener un bebé —caviló ella.

—Hace tiempo fuiste un bebé —dijo Dwight.

—Bueno, eso ya lo sé.

—¿Y no te basta?

Ella lo miró con gesto incómodo y luego dijo:

—¿Sabes qué cosa hacías antes que me gustaba? Decías: «Éste es el color favorito de mi mujer...» o «Eso es justo lo que dice mi mujer...». —Dwight la miró con sus grandes ojos azabache—. ¡Y naturalmente tu mujer era yo! —exclamó Lucy—. Siempre pensé que esa costumbre tuya era muy sexy.

—Decidimos no volver a hablar de sexo, Lucy —dijo él. Ella se sonrojó.

Dwight se metió en el Thunderbird y puso las manos sobre el volante. Lucy vio que sus dedos apretaban la bocina, pero no se oyó nada.

—No creo que el coche deba seguir en casa —dijo Lucy, aún con los colores subidos.

—Aquí puedo pensar, Lucy.

—¡Pero está en medio del salón! ¡Se come casi todo el espacio!

—Un hombre tiene que pensar, Lucy. Un hombre debe prepararse para lo que venga.

—¿Dónde pensabas antes de casarnos? —dijo enojada.

—En cualquier sitio, Lucy. Pensaba en ti en todas partes. Formabas parte de todo.

Lucy no quería formar parte de todo. No quería formar parte de los besos de otra mujer, por ejemplo. Tampoco quería formar parte de la pierna de Daisy. Esa pierna, de eso estaba segura, había cumplido su parte y había sido algo a lo que Dwight había prestado atención. No quería formar parte de un sinfín de cosas que podía recordar.

—No quiero formar parte de todo —dijo.

—Cuando yo era joven y tú eras un bebé, la vida era distinta —dijo Dwight.

—Nunca quise formar parte de todo —dijo ella alterada.

Dwight volvió a apoyar la espalda en el asiento y miró por la ventanilla.

—Quizá el dueño de este coche se murió porque alguien le partió el corazón, ¿lo has pensado? —dijo Lucy. Al ver que no decía nada, añadió—: No quiero tener que esperarte otra vez, Dwight. —Su cara se había tranquilizado.

—Sólo existe una forma de esperar —dijo Dwight—. Has de saber lo que quieres mientras esperas.

Dio una palmadita al asiento de al lado y le sonrió. No se trataba solamente de sacar ese trasto viejo de la casa, lo sabía. El tiempo no se movía lateralmente como siempre había pensado, sino que trepaba hacia arriba y luego caía y empezaba a dar tumbos como un animal envenenado y herido. Al final se sentó a su lado. Miró a través del cristal hacia el otro cristal y luego más allá.

—Llueve —dijo Lucy.

Caía una lluvia fina, una lluvia cálida de primavera. Mientras la miraba, empezó a caer con más fuerza. Tenía tonos plateados, pero a medida que caía más y más deprisa, la lluvia cada vez lo parecía menos y casi podía oírla tintinear mientras azotaba la calle.

EL PATINADOR

Annie, Tom y Molly están visitando internados. Molly es la aspirante, tiene catorce años. Annie y Tom son mamá y papá. Así se dirigen a ellos los directores de los departamentos de admisiones. «Ahora, si a mamá y papá les apetece ponerse cómodos mientras les robamos a Molly un segundo...» Molly es robada y Tom y Annie toman café. Hay galletitas en una bandeja. Se proyectan en una pantalla diapositivas en color que muestran a niños que aprenden con avidez, crecen y son vigilados a través de las distintas estaciones del año. Son animales apresados. En todo caso, eso es lo que parecen anunciar las fotos. Los rostros de los niños se mezclan en la cabeza de Tom. Y todas esas hojas de otoño. Todos esos laboratorios, campos de deporte y campanarios.

Es invierno y todo está nevado. Después de volar desde California, han alquilado un coche. El plan es ver siete internados de Nueva Inglaterra en cinco días. Cuelgan carámbanos del edificio de admisiones. Tom se queda mirándolos. Son bellos y refractan la luz. Se forman y luego desaparecen. Tom aparta la mirada.

Annie está sentada al otro lado de la sala, dándole vueltas a un problema de matemáticas. Hay hojas de problemas repartidas por toda la salita de espera. Con ello se pretende que padres e hijos estén ocupados mientras dura la espera. Los fríos problemas de álgebra se presentan en forma de pequeñas historias. Cinco veces más niñas que niños van a clase de música, o árboles que crecen a distintos ritmos, o señoras en un club de bridge que mienten sobre sus edades. Se inventan personajes y situaciones con la única finalidad de desterrarlos a los dominios del cálculo. Ver a Annie buscando las

soluciones le parte el corazón a Tom. Recuerda una asignatura en la que se matriculó hace casi veinte años, una asignatura de mitología. En los mitos había dos caminos hacia el desastre, le contaron. Uno de ellos consistía en responder a una pregunta que no tenía respuesta. El otro era no ser capaz de responder a una pregunta que sí la tenía.

En el pasillo hay varias puertas cerradas y Molly está tras una de ellas. Molly es la hija que les queda. Martha, la otra hija de Tom y Annie, murió hace un año. Martha le llevaba un año a Molly. Se ahogó en su habitación con un trozo de pan. Era temprano y se estaba preparando para ir a la escuela. Tenían la radio encendida y una pareja de disc-jockeys llamados Cereales para el Desayuno charlaban entre canción y canción.

Hace mal tiempo y el asfalto está resbaladizo. Molly dice desde el asiento trasero:

—Me ha preguntado cuál es mi helado favorito y le he dicho que el Quarterback Crunch. Luego me ha preguntado quién era el presidente de Estados Unidos cuando se fundó la escuela y le he dicho que nadie. No está mal, ¿no?

—No soporto las preguntas capciosas —dice Annie.

—¿Te ha gustado la escuela? —pregunta Tom.

—Sí —dice Molly.

—¿Qué es lo que más te ha gustado?

—Me ha gustado que nuestro guía, ya sabes, Peter, haya cruzado directamente la calle que pasa por el campus y los coches se hayan parado. Tú y mamá os habéis medio parado, mirando a ambos lados, pero yo he cruzado con Peter directamente.

Molly mascaba un chicle que olía a naranjas.

—Es guapo, Peter —dice Molly.

Tom, Annie y Molly están sentados alrededor de una mesita redonda en la habitación de un motel. La nieve se acumula más allá de las paredes de la

habitación. Están en medio de la nada. El tríptico que les enviaron indica que el internado se encuentra a unos cincuenta y cinco kilómetros de Boston. ¡En medio de la nada! Están los tres agotados y sólo tienen fuerzas para mirar las bebidas que hay sobre la mesa. El televisor está encadenado a la pared. Es sintomático, piensa Tom, de una notable desconfianza por parte de la dirección. También tuvieron que abonar una fianza de cuatro dólares por la llave de la habitación. La dirección, cuando Tom hizo el registro, recaía en la persona de un chaval más o menos de la edad de Molly, un chico que se estaba comiendo una bolsa de patatas fritas mientras hacía los deberes.

—Hay cierto tipo de luz que resplandece en el fondo de las piscinas de los reactores atómicos que no existe en ninguna otra parte del mundo, ¿lo sabía usted? —le dijo aquel chaval a Tom.

—Qué interesante —dijo Tom.

—Sí —dijo el chico, y marcó la página que estaba leyendo con su lápiz.

La habitación del motel tiene las paredes cubiertas de oscuros paneles de madera y hay un cuadro de un alce entre dos camas enormes. El alce está en un lago con las patas hundidas hasta las rodillas y levanta la cabeza. Annie va al cuarto de baño y se lava las manos y la cara. Fue idea suya que Molly se matriculara en un internado. Quiere que la niña sea libre. No quiere que tenga miedos. Teme estar convirtiéndola en una persona miedosa, pues ella misma lo es. Annie escucha la conversación que mantienen Molly y Tom en la habitación y luego oye que Molly se echa a reír. Acerca los dedos al marco de la ventana y nota que el frío se filtra al interior. Ajusta la tapa de la cisterna del váter. No encaja del todo. Vuelve a lavarse las manos. Regresa a la habitación y se sienta en una de las camas.

—¿De qué os estabais riendo? —pregunta. Quiere decirlo en un tono espontáneo, pero las palabras le salen cargadas de peso.

—¿Te fijaste en lo grande que era la radio que tenía esa chica en la habitación del internado que nos han enseñado? —dice Molly, riéndose—. Es la radio más grande que he visto en mi vida. Le he dicho a papá que había una persona de verdad ahí dentro, tumbada y cantando.

Molly suelta una risita y se sube el cuello del jersey hasta justo por debajo de los ojos.

Annie se ríe, pero enseguida piensa que se ha reído de algo terrible, de la idea de que alguien pueda estar atrapado y cantando. Se tapa la boca con las manos. En ningún momento vio una radio lo bastante grande como para alojar a una persona. Sí vio a niños en aulas, en laboratorios en un sótano pintado de alegres colores. Los niños estaban diseccionando los ojos de una oveja. «En el trimestre de invierno nos toca diseccionar los ojos de una oveja —dijo su guía en tono cansado—. Eso sí, los colores son muy bonitos.» Vio sacos de ropa sucia con nombres estarcidos cayendo por una escalera. Ahora intenta no imaginar una radio lo bastante grande como para alojar a una persona cantando.

Esa noche, Tom sueña que conduce. Sueña con una carretera helada, traicioneramente resbaladiza. Se pasa toda la noche sujetando con firmeza el volante, girando para corregir la dirección del coche cuando derrapa.

Por la mañana, cuando devuelve la llave, el chico ha sido sustituido por un anciano con manchas en las manos del tamaño de una moneda pequeña. Tom se plantea preguntarle dónde está el chico, pero enseguida cae en que estará en la escuela aprendiendo más cosas sobre esa luz escalofriante y letal. Los billetes que el viejo le devuelve a Tom son suaves como la tela.

Viven en un desfiladero, en California. Desde la habitación de Martha no se ve ni un trocito del mar, no como en otras habitaciones de la casa. Da a una cornisa rocosa donde anidan las lechuzas. El desfiladero es frío y está lleno de pajaritos y matorrales que despiden un olor acre. El sol lo ilumina pocas horas. Cuando la luz del sol toca las rocas, éstas empiezan a humear. Todas las cosas de Martha permanecen en su habitación: la radio, los pósteres, los espejos y los libros. Ahora es una habitación de «invitados», aunque nadie se refiera a ella en esos términos. Siguen llamándola «la habitación de Martha». Pero se ha convertido en una habitación de invitados por mucho que nunca tengan invitados en casa.

El coche de alquiler no tiene ningún rasgo distintivo. Es un sedán de cuatro puertas con cambio automático y un radio de giro no muy bueno. A Martha la habría sacado de quicio. Martha tenía un novio que era dueño, con sus hermanos, de un *monster truck*. Los enormes neumáticos de aquel vehículo monstruoso eran tan altos como Martha y todo lo que el conductor de un coche convencional alcanzaba a ver de aquel monstruo cuando éste lo adelantaba en la carretera era su chasis pintado de colores con los enormes muelles de sus amortiguadores y sus largas barras estabilizadoras de color amarillo. Los sábados se pasaban horas metiéndolo por cenagales o lanzándolo como un trueno por cauces secos y pedregosos de riachuelos. Luego lo lavaban y enceraban o, según decía James, el novio, le sacaban brillo al cochino. Se llamaba Oso. A Tom y Annie no les caía bien James y odiaban y temían a Oso. A Martha le encantaba. Llevaba una gorra de visera blanca y roja con las palabras MONSTER TRUCK estampadas. Tras la muerte de Martha, Molly se puso la gorra un par de veces. Pensaba que podía ayudarla a sentirse más cerca de Martha, pero no funcionó. La banda elástica olía ligeramente a champú, pero sólo era una gorra.

Tom aparca en el campo helado que funciona como aparcamiento en la Northwall School. Hace mucho frío en la oficina de admisión. El recepcionista lleva una bufanda y un abrigo Chesterfield viejo y raído. Alguien toca una melodía dubitativa y lastimera al piano en una de las habitaciones que quedan más cerca. Les muestran la arboleda, el comedor y el Departamento de Artes, donde los alumnos están trabajando con martillos para hacerse sus propias pulseras de plata. Les muestran también el Departamento de Lenguas, donde una clase lee el tarot en francés. Pasan por un aula donde oyen la voz de un hombre que dice: «La materia es una suerte de ceguera».

Mientras entrevistan a Molly, Tom y Annie se acercan al granero. Las chicas de este internado son preciosas. Los chicos parecen un poco sosos. Dos chicos pasan corriendo a su lado, ambos vestidos con chaqueta y

pantalones vaqueros. Llevan el pelo corto y tienen las orejas coloradas. Parecen fingir que están inmersos en el rodaje de un drama. Hacen quiebros y fintas sin dejar de correr. Uno entra a trompicones en un edificio mientras que el otro se agacha fuera, sacudiendo la cabeza con el ceño fruncido, pasándose de una mano a otra un puñal imaginario.

Annie intenta abrir una puerta del granero, pero está cerrada por dentro. Rodea entonces el edificio sobre sus zapatos de tacón. La falda de su abrigo ondea. Lleva guantes en las manos pálidas. Tom camina a su lado con las manos en los bolsillos. Una bandada de estorninos sobrevuela sus cabezas en una formación inusualmente compacta. Un halcón pasa volando. El halcón no se lanzará contra ellos si los ve tan apiñados. Si uno se separase del resto, el halcón se lanzaría.

—No me convence este sitio y ese asunto de que la materia es una suerte de ceguera —dice Tom—. No es lo que tenía en mente.

Annie se ríe, pero no le presta atención. Quiere entrar en el enorme granero. Tira de otra puerta. La mugre mancha las palmas de sus guantes. Entonces, el ansia abandona de pronto su cara.

—A Martha le gustaría esta escuela, ¿no crees? —dice.

—No lo sabremos —dice Tom—. Por favor, Annie, no.

—Tengo la impresión de haber vivido toda mi vida en un rincón de una habitación —dice Annie—. Ése es mi problema. Haber estado siempre en ese rincón. Y ahora no soy capaz de ver nada. Ni siquiera conozco la habitación, ¿entiendes lo que quiero decir?

Tom asiente, pero no se imagina la habitación. Su tristeza se ha convertido en su sangre, en la vida que fluye por su cuerpo. Ya no queda sitio para él.

En el edificio del Departamento de Admisiones, Molly está sentada en una silla de madera frente a su entrevistadora, la señorita Plum, que es profesora de composición y esquí de fondo.

—Me pregunta si confío en el *aluminio* —pregunta Molly.

—Sí, querida. Eso es —dice la señorita Plum.

—Bien, supongo que he de *confiar* en él —dice Molly.

Annie tiene un enorme fichero de cartón que contiene en distintos apartados toda la información sobre los internados que están visitando. Cada escuela reúne sus normas y reglamentos en un documento que pretende parecerse a un pasaporte estadounidense. Molly hojea enfadada el librito en el asiento de atrás del coche.

—¡En este sitio no te permiten hacer nada! —dice—. Las cosas que cuelgas tienen que estar enmarcadas y sólo puedes cubrir un sesenta por ciento del espacio de las paredes. Está prohibido llevar pantalones vaqueros. —Molly suelta un bufido—. ¡Y te obligan a desayunar!

Molly lanza el librito al suelo, encima de la rasqueta para el hielo. Mira enfurruñada por la ventanilla hacia un huerto de árboles frutales. Está harta del frío. Está harta de hablar de sus «intereses». Los campos blancos pasan curva tras curva. Su vida se halla fuera de su cuerpo, en alguna parte, huyendo de ella mientras viaja en el asiento trasero de ese estúpido coche. Nunca será dueña de su vida. Piensa que, en el desfiladero, está lloviendo, lluvia sobre lluvia. Le pican las piernas y la cabeza. Nunca ha estado tan aburrida. Piensa que la peor cosa que ha hecho en su vida fue mentir una noche en una sauna, fumándose un cigarrillo, cuando dijo «Odio a Dios». Eso fue lo peor con diferencia. Es patético. Enojada, golpea el asiento de delante con las rodillas.

—Queréis mandarme bien lejos —les dice a sus padres—. Pero si estamos en la otra punta del estúpido continente. Pues a lo mejor no me apetece ir —dice.

Mira el cielo espeso, cargado de nieve. Ya no odia a Dios. Ya ni siquiera piensa en Dios. Alguien que permite que una niña se ahogue con un trozo de pan...

El siguiente internado abre la capilla cuatro veces a la semana y tiene una pista cubierta de hockey sobre hielo. En la capilla hay dos abetos metidos en sendas cajas de madera. Unos cables sujetos al techo los mantienen derechos. Faltan unas cuantas semanas para Navidad.

—¿Cuándo van a decorarlos? —pregunta Molly a Shirley, su guía.

Shirley es guapa y bastante asquerosa. Las suelas de goma de sus botas son de un asqueroso naranja brillante. Mira a Molly.

—No decoramos los árboles de la capilla —dice.

Molly mira los troncos atornillados a las cajas de madera. La savia perla la corteza de gotitas doradas.

—La capilla es muy antigua —dice Shirley—. ¿Has visto esas columnas? Parecen de mármol, pero en realidad son de pino pintado para que parezca mármol.

No está siendo simpática con ella. Sólo se limita a recitar lo que sabe. Salen de la capilla y Shirley no hace ruido alguno al caminar sobre sus asquerosas suelas naranjas.

—¿Juegas a hockey? —pregunta.

—No —dice Molly.

—¿Por qué no?

—Me gustan mis dientes —dice Molly.

—¿De verdad? —dice Shirley con fingido asombro—. Nada, sólo bromeaba —dice—. Te voy a enseñar la pista de todos modos. Es nueva. Es una pasada.

Molly ve a Tom y a Annie a cierta distancia, de pie bajo un árbol cubierto con un sinfín de guirnaldas de bombillas fundidas. Su madre está de espaldas a ella, pero Tom la ve y la saluda con la mano.

Molly sigue a Shirley hasta el aire quieto y extraño de la pista de hockey. No hay nadie sobre el hielo. El aire parece lejano, consumido. En una de las paredes hay un cuadro de gran tamaño con un chico en uniforme de hockey. Está representado en una postura elegante y cómoda, patinando solitario y sonriente hacia el espectador sobre un hielo azulado. No lleva casco. Tiene el pelo castaño y unos grandes ojos dorados. Molly lee la placa de debajo del cuadro. El chico se llamaba Jimmy Watkins y murió seis años antes, a los diecisiete. Sus padres habían pagado la pista y se la habían dedicado.

Molly respira hondo.

—Mi hermana Martha lo conocía —dice.

—¿Ah, sí? —dice Shirley con interés—. ¿Tu hermana estudió aquí?

—Sí —dice Molly.

Frunce un poco el ceño al mentir. Por supuesto que Martha y Jimmy Watkins se conocen. Lo saben todo el uno del otro, pero también se guardan secretos.

El aire aquí dentro no parece de verdad. Tampoco el frío parece de verdad. Mira a Jimmy Watkins, imponente, lleno de vida, patinando hacia ellas en sus patines negros. No es un cuadro muy bueno. Molly piensa que las personas que querían a Jimmy Watkins habrán quedado decepcionadas con el resultado.

—Eran muy buenos amigos —dice Molly.

—¿Por qué no me has contado antes que tu hermana estudió aquí?

Molly se encoge de hombros. Se siente feliz, más feliz de lo que haya estado en mucho tiempo. Ha traído a Martha de entre los muertos y la ha colocado en este internado. Le ha dado un espacio, amigos, cosas que hacer. Podría continuar indefinidamente. Le ha dado una suerte de vida, un lugar en la muerte. La ha liberado.

—¿Salieron juntos o algo así? —pregunta Shirley.

—No, no era eso —dice Molly—. Fue aún mejor.

No quiere ir mucho más lejos, no con esta chica que le cae mal, pero sí va un poquito más lejos.

—Martha conocía a Jimmy mejor que nadie —dice Molly.

Imagina a Martha y Jimmy Watkins juntos, contándose secretos. Se van a gustar. Tienen diecisiete y catorce años, y viven en ese instante único en el que desaparecieron.

Molly vuelve a estar con sus padres en el coche, en una carretera que serpentea entre montañas. Esta noche se alojarán en una posada sobre la que Annie ha leído algo y mañana visitarán el último internado. Varias rocas de gran tamaño, cubiertas de escarcha sucia, se han desprendido sobre la carretera. Están delimitadas con unos conos rojos y los coches las rodean despacio. El sol bajo de la tarde golpea con saña el parabrisas.

—Oso se atrevería con esas rocas —dice Molly—. Oso pasaría por

encima de ellas.

—Ah, esa camioneta gigante... —dice Annie.

—Esa camioneta es un crimen ecológico —dice Tom.

—*Oso Malote* —dice Molly.

Annie menea la cabeza y resopla. *Oso* es inocente. *Oso* sólo es una máquina que brilla en un garaje a oscuras.

Molly no puede ver las caras de sus padres. No recuerda qué aspecto tenían cuando ella era una niña. Quiere preguntarles por Martha. Quiere preguntarles si se proponen enviarla tan lejos para imaginar que Martha también está muy lejos. Pero sabe que nunca les hará esa pregunta. Ahora hay secretos. Los muertos tienen sus secretos y los vivos también tienen secretos que comparten con los muertos. Así debe ser.

Molly lleva sus cosas. Las prepara cada noche en la habitación donde duermen. Extiende un pequeño pañuelo sobre el tocador y luego coloca sus cosas encima. Peines pintados para su pelo, un platito para dejar las sortijas. Son los únicos huéspedes de la posada, un edificio viejo y laberíntico a orillas de un lago. En unos pocos días, el dueño cerrará las puertas hasta que pase el invierno. Demasiado frío para un sitio tan viejo en invierno, dice el dueño. Cuando compró la posada, la primera intención había sido mantenerla abierta en los meses de invierno para que la gente patinara en el lago e incluso remodeló parte del sótano como cuarto para los patines. Hay un bar abajo, con el suelo de madera y estantes llenos de patines viejos de todas las tallas. Un ventanal cubre toda la extensión de una de las paredes justo por encima del nivel del suelo y hay focos que iluminan una parte del lago. Pero el invierno no le sienta bien a esta casa. Las cañerías son demasiado viejas y no vienen suficientes clientes.

—¿Es el lago más profundo del estado? —pregunta Annie—. Lo leí en alguna parte, ¿no?

Annie viaja con sus guías, que estudia todas las noches. Vaya adonde vaya, compra libros.

—No —dice el dueño de la posada—. Es profundo, pero no el que más.

Debería salir a ver el hielo. Es un hielo precioso.

Es un hombre joven, de calvicie incipiente, irremediablemente orgulloso de su hielo. Se queda un rato con ellos, después de haberles dado unas mullidas toallas y unas pastillas de jabón nuevas. Les ofrece sopa para cenar, pan recién horneado y pastel. Les ofrece su lago congelado y liso.

—¿Queréis salir a patinar? —pregunta Tom a su mujer y a su hija. Molly niega con la cabeza.

—No —dice Annie. Saca una botella de whisky de su maleta—. ¿Tiene vasos? —pregunta al dueño.

—Lo siento —dice sorprendido el hombre—. Los tengo todos abajo, en el bar del cuarto de los patines.

Hace una leve inclinación de cabeza y se va.

Tom baja al sótano a por los vasos. Los patines, con sus brillantes cuchillas, están desordenados en las estanterías. El lago congelado titila en el ventanal. Empuja la puerta y ahí está, el hielo. Da un paso sobre el hielo. Annie espera en la habitación sin quitarse el abrigo. Tom da unos pocos pasos rápidos y luego empieza a patinar. Viste traje y corbata y sus zapatos buenos. Es una noche ventosa, los árboles crujen al viento y el viejo cartel de la posada chirría colgado de unas cadenas. Tom patina sobre el hielo, con las manos extendidas hacia delante, luego las junta a la espalda, y va y viene por el espacio donde se proyecta la luz de los focos. Sin los patines no hay destreza que valga, lo sabe, y probablemente tampoco haya elegancia sin ellos, pero le basta con estar en el lago, bajo el cielo negro, moviéndose frío y ligero. Quiere estar aquí fuera. Quiere estar aquí fuera junto a Annie.

Desde una ventana, Molly ve a su padre sobre el hielo. Al cabo de un momento, ve que su madre va a buscarlo, aunque no patina, sino que se abre paso hacia él resbalando. Ve abrazarse sus torpes y pesadas siluetas.

Molly los ve, y ya los recuerda.

LU-LU

Heather estaba sentada en compañía de Don y Debbie Dune en su piscina. Los Dune eran mayores. Heather, que vivía al lado en una pequeña casa alquilada, era joven y estaba desesperada. Los tres estaban morenos y bebían ginebra con zumo de pomelo, intentando lucir su mejor cara junto al prolífico árbol frutal que los Dune tenían en el jardín posterior de su casa. Los pomelos eran ecológicos, y rosados por dentro. Cientos de pomelos brillaban hermosos entre las hojas rizadas, irregulares y manchadas por una plaga de pulgón y ácaro rojo.

Ante Heather y los Dune, sobre una mesa de cristal, estaba la botella de ginebra —le faltaban dos tercios—, y tres pomelos y un exprimidor manual. La etiqueta de la botella tenía el dibujo de una anciana pequeñita que los miraba con gesto adusto. Bajo la mesa, se veían sus rodillas: jóvenes y con hoyuelos las de Heather, huesudas las de los Dune. Las rodillas parecían afligidas, incluso perplejas, bajo el cristal.

—Podríamos llevárnosla a México —dijo Don—. A *Lu-Lu* le encantará, estoy seguro.

Don llevaba una mugrienta gorra de visera azul con un pez saltarín estampado.

—Pero no a Baja California —dijo Debbie. Llevaba vendado el brazo izquierdo porque se había quemado con el fogón de la cocina—. Hay demasiadas autocaravanas. Todos esos carcamales con nada mejor que hacer en el ocaso de sus vidas que recorrer de arriba abajo Baja California. No tardarían ni un minuto en aplastar a *Lu-Lu*.

—He oído que esas islas volcánicas frente a la bahía de los Ángeles están

llenas de serpientes —dijo Heather.

Los Dune la miraron pasmados.

Al cabo de un momento, Debbie dijo:

—A *Lu-Lu* no le gustaría eso en absoluto.

—No conoce a otras serpientes —añadió Don, y sirvió más ginebra en los vasos.

»¿Te acuerdas del tequila, cariño? —dijo a Debbie.

Don volvió su cara arrugada hacia ella.

—La bebida nacional de México —dijo Debbie en tono solemne.

—En el reverso de las etiquetas hay un cuervo negro —dijo Don—. Se ve perfectamente cuando te terminas la botella.

—Los mexicanos son unos morbosos —dijo Debbie.

—Lo que más me gusta de las serpientes —dijo Heather— es que se mueven sin que parezca que lo hacen. Se *mueven*, pero es como si se movieran *sin cambiar de sitio*. Y entonces, de pronto, *desaparecen*. — Chascó sus dedos húmedos.

—¿Eso es lo que más te gusta? —preguntó Don malhumorado—. Pues tienen atractivos mejores.

Heather se miró los dedos. Se preguntó por qué los tenía tan mojados.

—Nos han consultado desde tan lejos como San Diego, ¿te lo habíamos contado? —dijo Don—. En San Diego la están esperando con los brazos abiertos.

Debbie levantó mucho la barbilla y movió la cabeza de lado a lado. Los fibrosos tendones de su garganta temblaron.

—¡Nunca! —dijo—. La gente la miraría y haría comentarios. —Se estremeció—. ¡Como si los oyera!

—Tiene el don de la clarividencia. Me refiero a Debbie —le confió Don a Heather—. Eso sí, no es que se le presente muy a menudo.

Debbie había cerrado los ojos y se mecía en su silla hacia delante y hacia atrás.

—¡San Diego! —gruñó—. El suelo de cemento. Una habitación vacía sin nada más que *Lu-Lu*. ¡Nada de nada! Ni cuadros, ni plantas... Y la gente mirándola a través del cristal. Hemos puesto un anuncio pequeñito diciendo

que aquí en Tampa tiene una vida feliz y describiendo un poco su personalidad, aunque no mucho, y también sus medidas... Me imagino a un gordo con un sándwich de helado en una mano y una niña pequeña cogida de la otra, y el gordo que dice: «¡Pero si ese bicho pesará seis kilos más que tu papi!».

Debbie soltó un pequeño aullido y se tapó los oídos con los dedos.

—Ser clarividente no es ningún regalo —dijo Don.

—Somos tan viejos —se lamentó Debbie.

Don dio unas palmaditas solícitas en el brazo bueno de su mujer y le señaló su vaso con la cabeza.

—Somos tan viejos —dijo Debbie, tomando un sorbito—. No podemos cuidar de nosotros mismos ni de nuestros seres queridos.

—Pero Heather es joven —dijo Don—. No veo que haya ninguna diferencia.

—Vivimos en una época equivocada, igual que *Lu-Lu* —dijo Debbie.

—*Lu-Lu* tendría que haber vivido en la Era de los Reptiles —dijo Heather pausadamente. Hablar parecía presentarle ciertos problemas. Examinó la adusta anciana de la botella de ginebra.

—Le habría encantado —dijo Don.

—Qué tiempos aquellos —dijo Debbie—. Tiempos de un esplendor sentenciado a muerte.

—¿Sabes que estaba leyendo el otro día? —dijo Don—. Leí algo sobre los neandertales.

Debbie miró orgullosa a Don. Heather se rascó el hombro. El sol golpeaba la raya torcida de su pelo. ¿Por qué me ha esquivado el amor?, se preguntó.

—Leí que no eran de los nuestros. Eran una especie completamente distinta. Pero nosotros somos la única especie que se supone que tiene alma, ¿me equivoco? Pues resulta que los neandertales enterraban a sus muertos con comida, trocitos de sílex y otras cosas por el estilo. Incluso les ponían flores. Han descubierto sus tumbas.

—¿Pero cómo han sabido que había flores? —dijo Debbie.

—No me acuerdo —dijo Don impacientándose—. Tengo setenta y seis

años. No puedo acordarme de todo. —Pensó un momento—. Tendrán sus métodos —dijo.

Debbie Dune se quedó en silencio. Alisó la pequeña falda de su traje de baño.

—Lo que quiero decir es que esas criaturas a lo mejor no tenían alma, pero *creían* que sí la tenían.

—Es una historia muy bonita —dijo Heather lentamente.

Los Dune la miraron.

—Lo de las flores y lo demás —dijo Heather.

—No sé de qué hablas, Don —dijo Debbie educadamente.

—Lo que digo —dijo Don— es que quién puede creerse que está en el derecho de dictaminar qué tiene alma y qué no la tiene.

—Otra cosa que me gusta de las serpientes —dijo Heather— es que pueden pasar larguísimas temporadas sin hacer nada.

—Creo —dijo Debbie— que, en cuanto a almas, todo se resume en una idea muy simple. Si las cosas lloran, tienen alma. Si no, no la tienen.

—*Lu-Lu* no llora —dijo Don.

—Es verdad —dijo Debbie decidida.

—¿Puedo ir a por más hielo? —preguntó Heather.

—¡Qué idea más estupenda, cariño! Sí, ve a buscar más hielo —dijo Debbie.

Heather se puso de pie, rodeó con cautela la piscina y entró en la cocina. *Lu-Lu* estaba allí, bebiendo de una bandeja de leche.

—Hola, *Lu-Lu* —dijo Heather. Sorda como una tapia, pensó.

Abrió el congelador y sacó una cubitera. Miró en la nevera y vio una docena de huevos y una caja de galletitas de cereales. «Tengo que hacer algo por estos pobres viejos —pensó Heather—. Una quiche o lo que sea.» Mordisqueó una galletita de cereales y observó a *Lu-Lu* tomándose su leche. *Lu-Lu* no le quitaba ojo mientras Heather la observaba.

Salió a la piscina. Hacía calor. Los geranios que crecían en latas de margarina Crisco estaban mustios.

—Vaya —dijo Debbie—. Supongo que vamos a necesitar un poco más de ginebra para todo este hielo.

—Es un día difícil para nosotros —dijo Don—. Es el día de la decisión.

—La ginebra está en la encimera, debajo de los teléfonos de emergencia —dijo Debbie.

Heather regresó a la cocina. *Lu-Lu* seguía dando cuenta de la leche.

—*Lu-Lu* está comiendo —dijo Heather al volver a la piscina.

—No come demasiado —dijo Don.

—La verdad es que no —dijo Debbie—. Pero sí le gustan las ratas. ¿Sabes?, cuando se traga una rata, la deja un rato en la garganta y la rata está perfecta. Se queda ahí encogidita como si estuviera en su madriguera.

—La rata no se da cuenta —dijo Don—. Igual cree que ha escapado con vida.

—Su garganta es como una acogedora salita de espera para la cámara de los horrores que viene después —dijo Debbie.

—¿Sabes?, en México, en ese zoo grandioso que tienen en Ciudad de México, alimentan una vez al mes a las boas y todo el mundo va a verlo. Les dan de comer pollos vivos.

—Son unos morbosos de tomo y lomo —comentó Debbie.

Heather miró más allá del jardín de los Dune, hacia donde estaba su casita alquilada. Vio su camión transparente prácticamente inmóvil en la cuerda de tender. Hora de marcharse, pensó Heather. Se sentó en su silla y se mordió el labio agrietado por el sol.

Lu-Lu culebreó por el suelo hacia ellos. Puso su cabeza en forma de pica sobre la rodilla de Debbie.

—Pobrecilla, no sabe lo que le espera —dijo entonces Debbie.

—Tampoco nosotros sabemos cuándo nos llegará el momento —dijo Don—. Ninguno de nosotros. —Miró entonces a través de la mesa de cristal a *Lu-Lu*—. ¿Se le está nublando la piel otra vez?

—Mudó hace menos de cuatro meses —dijo Debbie—. Son tus ojos los que se están nublando.

—Pues me parece que la piel se le está poniendo lechosa —dijo Don.

—¡Ya te gustaría a ti! —exclamó Debbie. Miró entonces a Heather—: Don se vuelve loco de contento cuando *Lu-Lu* muda la piel.

Don sonrió tímidamente. Se quitó la gorra de visera y luego se la volvió a

encasquetar.

—Tenemos todas sus pieles colgadas en la galería —dijo Debbie a Heather—. ¿Las has visto?

Heather negó con la cabeza. Se levantaron los tres y se encaminaron a la galería, una pequeña estancia con estores que daba a la piscina. *Lu-Lu* los siguió. Allí, clavadas con chinchetas al techo mohoso, había media docena de pieles grises y acartonadas con un diseño en uve que crujían y crepitaban con la corriente de aire.

—Para que te quede perfecto, necesitas una sala más alta —dijo Debbie—. Siempre quise tener una bonita habitación de techos altos, pero nunca la tuve. En una bonita habitación de techos altos quedarían magníficas.

—No hay cosa más preciosa que *Lu-Lu* cuando acaba de mudar la piel —dijo Don—. ¡Está tan brillante y nueva!

Heather se acercó a ver las pieles viejas de *Lu-Lu*. Vio las bocas y los ojos, vacíos y grandes. Aproximó un poco más la cara y olfateó. Las pieles olían saladas, pensó. Pero luego pensó que aquel olor no se parecía a nada que pudiese describir.

—Hacen un sonido más bonito que el de esas campanitas para las puertas —dijo Don—. Cualquiera puede comprarse unas campanitas. ¿Qué sentido tiene? Eso sí, las pieles no duran para siempre.

—Estuve a punto de llamarla *Draco*, pero me alegra no haberlo hecho —dijo Debbie.

—Llamarla *Draco* habría sido un fallo terrible —convino Don.

Nunca adivinarás a qué se dedicaba Don —dijo Debbie.

Heather tenía sueño y nervios al mismo tiempo. Dio unos cuantos pasitos inquietos.

—Don fue chef de repostería —dijo Debbie.

Heather miró a los Dune. Nunca se habría imaginado a Don Dune como chef de repostería.

Aquella revelación pareció agotar las últimas fuerzas de Debbie. Su brazo bueno dio un bandazo a través del aire hacia Don.

—Tengo que ir a acostarme —dijo.

—Cariño —dijo él, ofreciéndole el codo con galantería.

Heather los siguió a su pequeño dormitorio marrón. Todo era marrón. Era una estancia fresca y tranquila. *Lu-Lu* se quedó en la galería, enrollada a un escabel.

Heather abrió las sábanas y los Dune se acostaron sin quitarse el bañador.

—De niña —dijo Debbie—, no había cosa más horrible que tener que irme a la cama cuando aún era de día.

Dan se quitó la gorra y se dio unas palmaditas en la cabeza.

—Hasta me noto el pelo borracho —dijo.

—Me gustaría llevarme a *Lu-Lu* y empezar una nueva vida con ella — anunció Heather.

Los Dune ya descansaban en la cama, con las sábanas subidas hasta la barbilla.

—Si te vas con *Lu-Lu* —dijo Debbie—, tendrás que quererla mucho, porque *Lu-Lu* no puede demostrarte que también te quiere.

—Las serpientes, por norma general, no son muy expresivas —dijo Don—. No tienen ninguna manera obvia de demostrarte su apego.

—En poco tiempo será capaz de reconocer tus pasos —dijo Debbie.

Heather estaba encantada.

—¿Creéis que *Lu-Lu* subirá a mi coche? —preguntó Heather.

—*Lu-Lu* es una apasionada de los coches —dijo Debbie—. Una auténtica apasionada. Siempre quise llevarla a un gran desierto inexplorado, pero nunca lo hice.

—Encontraremos un desierto —dijo Heather entusiasmada.

—Debbie siempre ha pensado que se conformaba con poco, pero no es verdad —dijo Don, y suspiró.

—Va siendo hora de que nos vayamos —dijo entonces Heather.

Alisó la sábana y metió las puntas debajo del colchón.

—Que Dios te bendiga, cielo —dijo Debbie medio dormida.

—Añade una cucharadita de jalea a la leche de vez en cuando —dijo Don—. Le gusta mucho.

Heather salió de la habitación y cruzó corriendo el jardín hasta llegar al aparcamiento de su casa. Su coche se caló varias veces mientras trataba de hacerlo llegar a la piscina de los Dune por el césped. Abrió todas las puertas

del coche y luego todas las puertas de la casa de los Dune. Una sensación de urgencia dominaba todo su ser. *Lu-Lu* la miraba fijamente desde la galería.

—¡Ven, *Lu-Lu*! —gritó Heather.

Ya en ese instante su casa parecía haber quedado abandonada para siempre. El camisón se balanceaba en la cuerda de tender. «No lo recojas», pensó. Un camisón feo con todos sus anhelos. Se preguntó si *Lu-Lu* querría tierra para el viaje. Encontró la pala de Don y tiró un poco de tierra en el asiento trasero. No sabía cómo iba a obligarla a subir. Se sentó en el capó del coche y miró a *Lu-Lu*. El crepúsculo iba avanzando hacia la oscuridad. Cómo le haces señas a algo así, se preguntó, algo que puede cambiarlo todo, incluso tu vida.

EL PEQUEÑO INVIERNO

Estaba sentada en el aeropuerto, esperando a que anunciaran su vuelo, cuando una mujer se acercó a un teléfono que había no muy lejos de su silla. La mujer se quedó quieta un momento y luego empezó a hablar con una voz monacorde y apenada. Gloria no pudo escucharlo todo, pero sí le oyó decir: «Si le ocurre algo a este avión, espero que te quedes contento». La mujer hablaba monótonamente y sin piedad. Era alta, desaliñada, y tenía toda la apariencia de alguien a quien han dejado de amar hace poco. Aun así, al otro lado del teléfono alguien todavía intentaba calmarla. Gloria la oyó con asombrosa claridad repetir varias veces el comentario sobre el avión. Al final la mujer colgó de un golpetazo el auricular y, tras embarcar en el vuelo de Gloria, se sentó con furia en un asiento de primera clase. Gloria siguió caminando hacia la parte trasera de la cabina y se sentó tranquilamente, pensando que todos y cada uno de los seres humanos se hallan al borde de la eternidad en todo momento, que los medios para abandonar este mundo son innumerables y a menudo inimaginables. Estuvo pensando un rato de esa forma y luego pidió una copa.

El avión surcaba el cielo y la copa le hizo pensar en lo mucho que le gustaba mordisquear de niña el cuello de sus vestidos. La primera copa del día no siempre le traía ese recuerdo a la cabeza, pero a menudo sí. Luego pensó en el desierto que estaba dejando atrás y en lo mucho que le había gustado. Hubo una época en que le gustaba el mar y creía que no podría vivir lejos de él, pero ahora ya casi no lo echaba de menos.

El avión continuaba su viaje. Gloria pidió otra copa, pues ya había abandonado la idea de que esa mujer hiciera explotar el avión. Empezó a

pensar en sus planes. Iba a visitar a Jean, una amiga suya que estaba pasando por una mala racha —a fin de cuentas, era ya su cuarto divorcio, pero Jean tenía energías de sobra—, aunque sólo estaría con ella un par de días. Jean tenía una hija que se llamaba Gwendal. Gloria no la había visto en años y seguramente no la reconocería. Luego seguiría moviéndose hasta que ocurriera lo que tenía que pasar. Estaba pensando en comprarse un perro. Había tenido varios, pero nunca tuvo mucha suerte con ellos. Ése era el problema de tener animales, saber que algún día les ocurrirá algo espantoso, que la cosa no terminará bien. Dos de sus perros habían muerto atropellados, otro era epiléptico y a otro le habían diagnosticado muy joven una displasia de cadera. Los veterinarios no se habían mostrado muy competentes con los perros de Gloria y eso era más o menos lo que se podía decir también de los médicos que la habían tratado a ella. Pensaba a menudo en sus médicos, aunque ya no iba a visitarse más. Dadas las circunstancias, no parecía muy adecuado comprarse un perro, pero sentía el deseo de tener uno. Para variar, esta vez será el perro el que se quede colgado, pensó.

Gloria alquiló un coche en el aeropuerto. Decidió quedarse en las afueras de la ciudad de Jean y alojarse en un motel. Jean era muy habladora. Con un día con Jean bastaría. Un día y una noche serían demasiado. Justo a las afueras de la ciudad de Jean había un monasterio donde los monjes criaban perros. Tal vez por la mañana pudiera encontrar allí el perro que buscaba. Se acercaría al monasterio a primera hora y luego pasaría el resto del día con Jean. Pero nada más. Aparte de eso, no tenía más plan.

Era un día encapotado y había mucho tráfico. La tierra que descendía desde la autopista era verde y tranquila. Se le antojó que aquel paisaje resultaba algo lúgubre, con obeliscos, cementerios y bosques frondosos de ramas caídas cuyos árboles de hoja perenne empezaban a morir desde la copa hacia abajo. Desde luego, en esa época no existía casi ningún lugar en el que se pudiera vivir. Una carretera vieja y sinuosa discurría en paralelo a la autopista y Gloria tomó la primera salida y continuó el camino por aquella carretera hasta llegar a un complejo de cabañas. Eran blancas y tenían porches pequeños, pero la oficina se alojaba en una construcción que pretendía asemejarse a un tipi indio. Había un campo de minigolf destartado

y una atalaya de madera desde cuya cima se podían divisar tres estados del país. Pero la atalaya estaba inclinada y el pasamanos que se curvaba en optimista espiral hacia lo alto estaba astillado y torcido, y a apenas cinco escalones del suelo una cadena oxidada impedía seguir subiendo. A Gloria le gustaba ese tipo de sitios.

En el tipi, una mujer en bata aguardaba detrás de un mostrador de formica rosada. Un colibrí de cristal recubierto de polvo pringoso colgaba de una ventana. Gloria olió que alguien cocinaba pastel de carne. La mujer tenía las mejillas coloradas y el pelo cano y la saludó con exagerada cordialidad, pero en cuanto Gloria pagó por su cabaña le cambió la cara. Le dedicó una mirada taciturna, como si en ese mismo instante viera en ella a alguien que se largaría con las sábanas, la lámpara y el cuadro del salto de agua.

La llave que le habían dado no funcionaba. Entraba en la cerradura y giraba, pero no cumplía la función de abrir la puerta. Se encaminó de nuevo a la oficina y un perrito paticorto con una cola algodonosa se puso a andar a su lado. Ya en el tipi, Gloria dijo: «Creo que no consigo que esta llave funcione». El olor a pastel de carne resultaba ahora escandaloso. La mujer era vieja, pero salió de detrás del mostrador con presteza.

El perro estaba quieto en el centro de la rotonda que había frente a las cabañas.

—¿El perro es suyo? —preguntó Gloria.

—Es la primera vez que lo veo —dijo la mujer—. Por supuesto que no —añadió—. ¡Vuelve a tu casa! —le chilló. Giró la llave en la cerradura de la cabaña de Gloria y acto seguido propinó un fuerte puntapié a la puerta con la zapatilla. La puerta se abrió de par en par. La mujer regresó a la oficina pisoteando el suelo—. ¡Vete a casa! —volvió a gritarle al perro.

Gloria se sirvió una copa sin hielo en un vasito de cartón y llamó por teléfono a Jean.

—Tengo tantas ganas de verte —dijo Jean—. ¿Cómo estás?

—No me quejo —dijo Gloria.

—Cuéntamelo.

—En serio —dijo Gloria.

—Tengo tantas ganas de verte —dijo Jean—. Lo he pasado fatal. Ya sé

que es una bobada.

—¿Cómo está Gwendal?

—Chuckie nunca le cayó bien, la verdad. Es de Luke, ¿sabes? Pero no se parece en nada a Luke. Qué te voy a contar de Gwendal que no sepas ya.

Gloria casi no se acordaba de esa niña que debía de tener casi diez años. Tomó un sorbito del vaso de cartón y miró el perro a través de la mosquitera. El perro estaba contemplando el valle que se extendía más allá del ruinoso campo de minigolf.

—No sé qué hago para elegirlos —le decía Jean. Le estaba hablando del último.

—Me paso mañana por tu casa a la hora de comer —dijo Gloria.

—¡No tan tarde! Bueno, nos llevaremos algo de comida a casa de Bill y almorzaremos con él. No os conocéis, ¿no? Quiero presentártelo.

Bill era su primer exmarido. Jean se acababa de comprar una casa en la misma ciudad en la que vivían dos de sus antiguos exmaridos y su exmarido más reciente. Gloria sabía que la jornada que le esperaba sería tremenda. Jean le indicó cómo llegar y Gloria colgó y se sirvió otra copa en el mismo vaso. Salió al porche. Unos negros nubarrones se habían formado sobre las montañas. El tráfico invisible circulaba atronadoramente más allá de los árboles. En la ciudad que se extendía valle abajo asomaban férreas lucecitas en la creciente oscuridad. La luz, que había cambiado, estaba desapareciendo, aunque todavía quedaba mucha. Así era la luz. Si estabas al aire libre mientras se apagaba, tus ojos se adaptaban y podías ver más tiempo.

Se levantó a media mañana con una jaqueca espantosa. Se suponía que no podía beber, pero qué importancia podía tener eso ahora. No cambiaría nada. Se tomó las pastillas. A veces pensaba que en su caso haberse hecho mayor no había servido de nada. Tenía cuarenta años. Estaba tumbada en esa cabaña llena de moho. Por un momento todo le pareció transparente. Luego volvió a parecerle turbio. Se vistió y fue a la oficina, donde pagó por otra noche. La mujer agarró el dinero y miró a Gloria con aire preocupado, como si ya estuviera despidiéndose del felpudo de bienvenida que acababa de comprar y también de esa vieja silla de mimbre con el cojín.

Empezó a llover. La carretera que llevaba al monasterio era de grava y

ascendía en espiral rodeando una montaña. Había huertos de frutales, campos de maíz verde... La lluvia caía sobre ellos furiosa. Gloria conducía despacio, casi no podía distinguir la carretera. Se imaginó que estaba nevando, que lo que caía no era lluvia, sino nieve, cubriéndolo todo. Se imaginó pensando: «Había oscurecido pero todavía nevaba», algo en esa misma línea, como de cuento. Una frase así era preciosa, pensó. De niña había vivido en un sitio donde el pequeño invierno llegaba antes. Así lo llamaba todo el mundo. Llegaba «el pequeño invierno» y luego venían unos días de bonanza, a veces incluso semanas. Y entonces se presentaba el gran invierno. Ya estaba en el recinto del monasterio y vio edificios de madera coronados con torrecillas y minaretes. Alguien había plantado abedules. Gloria aparcó junto a un letrero que decía INFORMACIÓN / TIENDA DE REGALOS y salió corriendo del coche de camino a la entrada. Se estaba riendo y sacudiendo el agua del pelo cuando entró.

Resultó que no tenían ningún perro disponible o más bien que el hermano que se encargaba de cuidar de los perros y que sabía de perros había salido y no regresaría hasta el día siguiente. Gloria podía volver mañana. El monje que se lo dijo llevaba barba y un mandil sucio. No parecía mostrar gran interés por sus preguntas. Había aparecido por una puerta que daba a una trastienda, una estancia que parecía en parte ahumadero, en parte cocina. Ése era el monje que se ocupaba de ahumar los pollos, los jamones y el queso. Siempre había queso en esa vida. El monasterio tenía un respetable negocio de venta por correo: los monjes ahumaban alimentos, las monjas hacían tartas de queso. Aquel hombre parecía impaciente. Había tenido que renunciar a sus obligaciones para estar allí, sin duda. La tienda de regalos estaba repleta de artículos a mitad de precio y cunas para perros. En un rincón había un mostrador refrigerado con las tartas de queso de las monjas. Gloria echó un vistazo a las pilas de cajas blancas.

—La tarta Deluxe es una de las favoritas —dijo el monje—. La tarta de kahlúa viene rebozada con una capa de galletas de chocolate trituradas y el licor del soleado mar Caribe se mezcla armoniosamente con la receta original de las monjas. —El monje salmodiaba las virtudes de las tartas como si estuviera en los maitines—. La de chocolate es imprescindible para los

amantes del chocolate. Las monjas dicen que la tarta de amaretto y chocolate es su tarta estrella.

Gloria compró la tarta de amaretto y chocolate y se fue. Qué sombrío todo, pensó. La experiencia le recordaba vagamente a algo, como si en el pasado ya se hubiera rendido pasivamente a ella. Supuso que era la confianza en las apariencias. Guardó la tarta de queso en el coche y dio un paseo por el recinto del monasterio. Llovía menos, pero aun así tenía el pelo pegado al cráneo. Pasó de largo de la capilla, pero luego desanduvo el camino y entró. Cogió un cirio y lo embutió en el bolsillo de su abrigo. Aquel lugar le hacía perder el juicio. Luego sacó el cirio y lo dejó en el suelo. Ya fuera, siguió paseando sin rumbo con el único acompañamiento del ruido de la autopista, que zumbaba como si la tuviera metida dentro de la cabeza. Finalmente, tras encontrar el recinto de los perros, abrió una puerta y entró. Así lo había imaginado, sin ninguna puerta cerrada. Había cuatro perros, todos cachorros, de unos tres meses de edad, pastores alemanes. Los miró un rato. Sería fácil llevarse uno, pensó. Bastaba con hacerlo.

Regresó montaña abajo hacia la ciudad, donde aparcó en un centro comercial que tenía una licorería. Tras comprar ginebra y unas botellas de vino para Jean, bajó al valle hasta llegar a su casa. Estaba cansada. Sentía que algo palpitaba detrás de sus ojos. La casa de Jean estaba pintada de un color melocotón sucio y tenía un arbusto delante. Todo palpitaba, la casa, incluso el césped. Y entonces aquel latido cesó.

—¡Madre mía! —exclamó Jean—. ¡Has comprado la tarta estrella! —Por lo visto, todo el mundo estaba al corriente de las tartas de queso de las monjas. Jean y Gloria se abrazaron—. Tienes buen aspecto —dijo Jean—. Gracias a Dios te lo pudieron quitar entero, ¿no? Las cosas que pasan, no saben el nombre ni de la mitad de cosas que pasan, hazme caso. ¿Te acuerdas de mi segundo marido, Andy, el que se murió? Entró y nunca más salió, porque se rindió, pero nadie supo decirle qué era *lo que tenía*. Era algo complicado y extraño, y lo único que sabían era que lo estaba matando. Quizá fue por una picadura de mosquito. Pero lo peor de todo, bueno, no lo peor, pero lo que

recuerdo mejor porque tenía que ver conmigo, lo cual está mal por mi parte, supongo, pero así es la naturaleza humana... Lo peor, digo, fue lo que ocurrió justo antes de que se muriera. Estaba muy quisquilloso. Todo tenía que ser como él decía.

—Así era Andy —dijo Gloria.

—Andy —convino Jean—. Tenía un vocabulario muy rico y era muy preciso con las palabras. Nunca sabré qué es lo que vi en él. Pero era mi marido y estaba destrozada. Vivía en el hospital, semana tras semana. Le gustaba que le leyera en voz alta. Estaba con él esa tarde, había regulado la persiana veneciana, le había ahuecado las almohadas y le estaba leyendo. Y ahí estaba él, apagándose sin decir ni pío, supongo, ahora que lo recuerdo. Estaba leyendo y llegué a un trozo sobre alguien que era el amo de un universo muy circunscrito, y entonces abrió los ojos y dijo: «Circunscrito». «¿Qué, cariño?», le dije. Y él me dice: «Circunscrito, no circunciso... Has dicho “circunciso”». Y yo le dije: «No, cariño, estoy segura de que no». Y él me dirigió una mirada larga, soltó un gran suspiro y se murió. ¿A que es horrible?

Gloria se rio por lo bajo y luego meneó la cabeza.

Los ojos de Jean se movieron inquietos por la habitación, que estaba muy desordenada. El papel pintado estaba roto y el linóleo rajado. Había cajas de cartón desparramadas por todas partes. Había un montoncito de cristales hechos añicos en un rincón y un mazo de croquet roto servía para mantener abierta una ventana.

—En fin, ¿qué te parece este sitio? —dijo Jean.

—Tan bueno como cualquier otro —dijo Gloria.

—Todo el mundo me dice que me equivoqué. Pide un poco de trabajo, lo sé, pero encontré a este hombre maravilloso, o me encontró él a mí. Llamó a mi puerta, miró todo esto y le dije: «¿Puede ayudarme? ¿Se dedica a este tipo de cosas?». Asintió con la cabeza y dijo: «Hago arreglillos». ¿No te parece maravilloso? Arreglillos...

Gloria miró el suelo hundido y las ventanas desvencijadas. El humo había tiznado la repisa de la chimenea y además tenía quemaduras de cigarrillo. Era evidente que los inquilinos anteriores habían llevado una vida de un tedio

exasperante y con escasa compostura. Más le valía empezar a hacer arreglillos pronto, pensó Gloria.

—No te cases con él —dijo, y se rio.

—Ya sé que crees que me caso con cualquiera —dijo Jean—. Pero no es verdad. Sólo he tenido cuatro maridos. El último, y te aseguro que no habrá otro, fue el peor. Menudo roedor estaba hecho Chuckie. No, más bien era un gran depredador, un cuervo, una comadreja, o algo así. Cruel, vago y mentiroso. —Jean se estremeció—. Lo mejor que tenía era el pelo. —A menudo, Jean perdía la cabeza por un buen pelo—. Tiene un pelazo. Lo lleva rapado por las sienes, con tupé, en plan años cincuenta.

Gloria se sintió vacía y feliz. Nada importaba demasiado.

—¿En serio que te has comprado esto? —preguntó.

—Ya lo sé, es una locura —dijo Jean—. Pero Gwendal y yo necesitamos una casa. Tengo entendido que el estilo *faux* se ha puesto de moda. En cuanto me organice un poco, lo pondré todo *faux*. ¿Quieres ver el piso de arriba? La habitación de Gwendal está arriba. Es la que está más arreglada.

Subieron por la escalera hasta llegar a una habitación donde una niña gorda estaba sentada en una cama escribiendo en una libreta.

—Estoy escribiendo mi autobiografía —dijo Gwendal—, pero creo que voy a cambiar el enfoque. —Se volvió hacia Gloria—: ¿Te gustaría ser mi biógrafa?

—Saluda a Gloria. Seguro que te acuerdas de ella —dijo Jean.

Gloria le dio un abrazo a la niña. Gwendal olía bien y tenía los ojos pequeños y claros. La habitación no estaba limpia, pero había muy pocas cosas dentro. Gloria convino que era la más arreglada de la casa. La conversación decayó.

—Vamos a sentarnos en el césped —sugirió Jean.

—No quiero —dijo Gwendal.

Las dos mujeres bajaron. Gloria tenía que ir al cuarto de baño, pero Jean le dijo que tendría que salir al jardín porque aún no habían terminado de instalar las cañerías. Detrás de la casa había un talud empinado lleno de zarzas y Gloria se acuclilló allí. Hacía un día despejado y cálido. Por el fondo del talud, un arroyo sin apenas agua se abría paso entre árboles cubiertos de

hiedra. El cielo brillaba al sol. Crecían zarzamoras en la maleza. «Este sitio no pretende engañar a nadie», pensó Gloria.

Jean había extendido una colcha sobre la hierba y, sentada, se estaba comiendo una porción de tarta de queso en un plato de plástico. Gloria prefirió tomarse una copa.

—Iremos a comer a casa de Bill —dijo Jean—. Y luego iremos a bañarnos a casa de Fred.

Fred también era uno de sus exmaridos. El padre de Gwendal era el único que no estaba cerca. Vivía en Las Vegas. Andy tampoco estaba cerca, desde luego.

Gwendal salió al descuidado jardín. Se detuvo en medio de un sembrado de ruibarbos, fingiendo que gritaba y gesticulando con los brazos.

Jean suspiró.

—Es duro ser madre soltera.

—Nunca has estado soltera mucho tiempo —dijo Gloria.

Jean soltó una sonora risotada al oír aquel comentario.

—Pobre Gwendal —dijo—. La quiero muchísimo.

—Es una niña encantadora —murmuró Gloria.

—Lo único que pido es que no se pase el día inventándose cosas.

—Aún es pequeña —dijo Gloria, terminándose su copa. De verdad, no tenía la menor idea de lo que estaba diciendo—. ¿Y qué es lo que está haciendo ahora?

Gwendal saltaba en silencio sobre los ruibarbos.

—Sea lo que sea, hay que traducirlo —dijo Jean—. Gwendal necesita un buen traductor.

—Está fingiendo que hace algo —aventuró Gloria, al tiempo que pensaba que le apetecía muchísimo tomarse otra copa.

—Voy a ponerme un vestido limpio para ver a Bill —dijo Jean—. ¿Quieres cambiarte?

Gloria negó con la cabeza. Estaba mirando a Gwendal. Cuando Jean entró en la casa, la niña se acercó trotando a la colcha.

—¿Por qué no me secuestras? —dijo.

—¿Por qué no me secuestras *tú a mí*? —dijo Gloria, riéndose. Qué niña

más rara, pensó—. No me apetece secuestrarte —dijo.

—Me gustaría ver tu casa —dijo Gwendal.

—No tengo una casa. Vivo en un piso.

—Los pisos no son interesantes —dijo Gwendal—. Deshazte de él. Podríamos buscarnos una furgoneta. De esas que tienen una escalerilla detrás que sube al techo. Y luego podríamos buscarnos una funda para la rueda de repuesto que dijera: SI TE METES CON LOS MEJORES, PERDERÁS COMO LOS PEORES.

Las niñas a las puertas de la pubertad tenían algo aterrador, pensó Gloria. Se rio.

—Bebes demasiado —dijo Gwendal—. Siempre estás bebiendo algo.

Gloria se sintió dolida.

—Me estoy muriendo —dijo—. Tengo un tumor en el cerebro. Puedo hacer lo que me venga en gana.

—¿Si te estás muriendo puedes hacer lo que te venga en gana? —dijo Gwendal—. No lo sabía. Primera noticia. Así que no hay mal que por bien no venga.

Gloria no podía creer que le hubiera dicho a Gwendal que se estaba muriendo.

—Estás gorda —le dijo con aire sombrío.

Gwendal pasó por alto el comentario. No estaba tan gorda. Quizá con unos kilitos de más, pero no grotescamente gorda.

—Bah, al cuerno —dijo Gloria—. ¿Quieres que deje de beber? Pues dejaré de beber.

—A mí me da igual —dijo Gwendal.

Le tembló la boca. «Estoy borracha», pensó.

—Hay placeres sencillos que son un poquito demasiado sencillos, ¿sabes? —dijo Gwendal.

Gloria había pensado hasta ese momento que estaba lidiando con su muerte venidera razonablemente bien, pero ahora no estaba tan segura. De hecho, se sentía fatal. ¿Qué era eso de pasar el que sería tal vez uno de sus últimos días sentada en una colcha rasposa en un jardín lleno de maleza mientras una niña antipática la insultaba? El problema era que no había sido

capaz de decidir exactamente dónde quería morir. Había quien lo sabía y hacía los planes correspondientes. El desierto, pongamos, o Nantucket. O un buen hotel en alguna parte. Pero ella no se decidía. Viajando era lo más parecido a una idea que había tenido.

—Escucha, tengo una idea —dijo Gwendal—. Podríamos hacerlo a la inversa. En vez de que tú seas mi biógrafa, yo seré la tuya. *Gloria, por Gwendal*. —Lo escribió en el aire con el dedo. No tenía una caligrafía especialmente florida—. Tu vida tal y como se la relataste a Gwendal Crawley. Yo lo apuntaré todo. Algo es algo. Y siempre estaremos a tiempo de ponerle un poco de pimienta.

—No he tenido una vida muy interesante —dijo Gloria con modestia. Pero era verdad, pensó. Cuando sus padres le dieron un nombre, debieron de sentir una gran alegría. Pensaron seguramente que iba a ocurrir algo importante.

—Pero seguro que ahora tienes ideas interesantes —dijo Gwendal—. Y si de verdad te estás muriendo, me apuesto lo que quieras a que te apetece probarlo todo una vez. —Se estaba retorciendo las manos de puro gusto.

Jean caminó hacia ellas desde la casa.

—Porfa... —le susurró Gwendal—. Deja que me vaya contigo. No has hecho todo el camino para quedarte aquí, ¿no?

—Gloria y yo vamos a ver a Bill —dijo Jean—. Ven con nosotras —le dijo a Gwendal.

—No quiero ir —dijo Gwendal.

—Si no volvemos a vernos, adiós —le dijo Gloria a Gwendal.

La niña se quedó mirándola.

Jean conducía, girando aquí y allá, pasando por delante de las casas de sus antiguos amores.

—Ésta es la casa de Chuckie —dijo Jean—. El que llevaba ese peinado que te conté. —Pasaron despacio por delante, mirando la casa—. Encantadora por fuera pero sórdida por dentro, lo mismo que Chuckie. Me partió el corazón. Literalmente, me partió el corazón. En fin, a su tiempo dará

un traspíe, como dicen, y quiero estar cerca para verlo. Por eso decidí quedarme. —Al cabo de un momento añadió—: En realidad no fue por eso.

Pasaron frente a la casa de Fred. Todo el mundo tenía una casa.

—Fred tiene un estanque —dijo Jean—. Luego podemos ir a darnos un baño. Siempre voy al estanque de Fred. Fue dueño de toda una cantera, ¿te lo imaginas? Eso fue antes de que nos fuéramos a vivir con él Gwendal y yo, pero los niños se metían siempre y se ahogaban. Puso unos grandes letreros y alambre de espino y qué sé yo, pero seguían entrando. Al final le daba demasiados problemas, así que la vendió.

—¡Demasiados problemas! —dijo Gloria.

La muerte le parecía ridícula. Absolutamente inaceptable. Esos críos bobos, pensó Gloria. Estaba exultante, pero sabía que no tardarían en llegarle el cansancio y la inquietud. De todos modos, quizá esta vez no se presentaban. Había quedado un día radiante, despejado, después de la lluvia. Hojas verdes y frescas cubrían las calles.

—Esas mismas fueron las palabras de Fred: «Demasiados problemas». ¿Yo no puedo utilizarlas? Claro que puedo —Jean meneó la cabeza.

Llegaron a la casa de Bill. Al lado, había un prado con caballos.

—No son de Bill, pero ¿verdad que son bonitos? —dijo Jean—. Bill te va a encantar. Se ha vuelto un poco raro, pero siempre lo fue. Somos lo que somos, ¿no? Se dedica a hacer tallas de patos.

Era evidente que Bill no las esperaba. Era un hombre fornido, con el pelo largo, en calzoncillos cortos y fumándose un puro. Miró a Jean con cautela.

—Te presento al que fue el amor de mi vida —dijo Jean. Y dirigiéndose a Bill—: Te presento a Gloria, mi mejor amiga.

Gloria intuyó que debía poner algún reparo, pero en cambio sonrió. Había descubierto que su enfermedad no la había vuelto más sincera.

—Hermosas mensajeras, malas noticias —dijo Bill.

—Se nos ha ocurrido que podíamos pasar a saludarte —dijo Jean.

—Dejad que me ponga los pantalones —dijo él.

Las dos mujeres se sentaron en la sala de estar, rodeadas de patos de madera. Los patos, exquisitos y asfixiantes, estaba posados en todas partes. Pato pinto, pato lomiblanco, porrón bola, pato media luna. Gloria cogió uno.

Parecía pesado, pero era ligero. Pato cuchara, ánade real, serreta. Los nombres no paraban de venirle a la cabeza.

—Me he olvidado la comida, así que sólo nos quedaremos un minuto —susurró Jean—. Estaba *chiflada* por este hombre. ¿No te preguntas a veces qué queda de todo eso?

Bill regresó vestido con unos pantalones y una camisa de cuadros. Había dejado el puro en alguna parte.

—Me *encantan* estos patos —dijo Jean—. Cada vez se te da mejor.

—Quieres uno... —dijo Bill.

—¡Por supuesto! —dijo Jean.

—No te lo estaba ofreciendo. Sólo pensaba que te apetecía tener uno. —Le guiñó un ojo a Gloria.

—Qué malo eres —dijo Jean.

—Quédate uno, quédate uno. —Bill suspiró.

Jean cogió el pato que tenía más cerca y se lo puso en el regazo.

—Es un arlequín —dijo Bill.

—Es raro, me encanta. —Jean estrechó el pato entre sus manos.

—¿Quieres un pato? —dijo Bill a Gloria.

—No —dijo Gloria.

—¡Vamos, quédate uno! —dijo Jean emocionada.

—Los señuelos siempre me han parecido especialmente aborrecibles —dijo Gloria—. Son objetos pensados para atraer a un ser vivo hacia su destrucción con la ilusoria promesa de seguridad, compañía y descanso.

Ambos se quedaron mirándola sorprendidos.

—Hala, Gloria —dijo Jean.

—No son señuelos —dijo Bill con suavidad—. La gente ya no los usa como señuelos, son decorativos. Quedan poquísimos patos para cazar. Van desapareciendo. Están en caída libre.

—Sus hábitats están desapareciendo —dijo Jean.

—Exacto —dijo Bill.

Pato negro, pato rabudo, pato silbón. Los nombres seguían acudiendo a la cabeza de Gloria y luego pasaban de largo.

—Ahora me interesa más crear dramas —dijo Bill—. Estoy perdiéndole

el gusto a las cosas estáticas. Quiero crear momentos dramáticos. Serán un poquito más pequeños que la escala natural, pero aparte de eso tendrán todos los detalles..., toda la situación. —Se levantó—. Un momento —dijo.

En cuanto salió de la habitación, Jean se volvió hacia ella.

—¿Gloria? —dijo.

Bill regresó cargando un objeto grande tapado con una sábana. Lo puso en el suelo y lo destapó.

—Mi primera impresión es que me gusta —dijo Jean al cabo de un momento.

—Empieza a interpretarlo —dijo Bill.

—Bien —dijo Jean—. Creo que no deberías recargarlo demasiado.

—Te he dicho que lo interpretes, no que me lo critiques —dijo Bill.

—Lo que creo es que podrías tener la tentación de recargarlo más de la cuenta. La tentación de meter cosas en todos esos recovecos.

Pareció que Bill encajaba aquel posible dictamen sin inmutarse, pero volvió a tapar su obra con la sábana.

Ya en el coche, Jean dijo:

—¿No te ha parecido *horrible*? Debería conformarse con los patos.

Según Bill, la situación que recreaba aquel objeto consistía por lo visto en la aceptación de un destino inexorable, aunque dicha aceptación contuviera, en su seno, un gesto heroico de rebeldía.

Ésa era la situación, idealmente siempre se trataba de la misma situación, y había sido transformada por Bill, de forma más o menos abstracta, en una pieza de madera.

—Le has caído bien.

—Jean, ¿por qué iba yo a caerle bien?

—Estaba ligando contigo, me parece. ¿No sería estupendo que os juntarais y así viviríamos todos en el mismo sitio?

—Oh, *Dios* mío —dijo Gloria, llevándose las manos a la cara. Jean la miró con gesto ensimismado—. Creo que debo irme ya —dijo Gloria—. Estoy un poco cansada.

—Pero si acabas de llegar, y además tenemos que ir a bañarnos a casa de Fred. El estanque es una maravilla. Te encantará. Por cierto, escucha, ¿te apetece comer en casa de mis padres? Mi madre podría prepararnos algo rico.

—¿Tus padres también viven cerca? —preguntó Gloria.

Jean pareció asustada un momento.

—Qué locura, ¿no? Son muy cariñosos. Te van a encantar. ¡Ojalá hablaras un poco más! —exclamó—. Somos amigas. Ojalá te abrieras un poco.

Volvieron a pasar por delante de la casa de Chuckie.

—¿De quién será ese coche? —se preguntó Jean.

—Recuerdo el día en que intenté darle a mi madre una cucharada de polvo —dijo Gloria.

—¿Por qué? —dijo Jean—. ¡Cuéntamelo!

—Era pequeña, cuatro años más o menos. Me dijo que había crecido en su tripa porque se había comido unos polvos.

—¡No...! —dijo Jean—. Las cosas que te dicen cuando saben que no sabes nada.

—Quería que tuviera otro bebé, otra persona, un hermano o una hermana. Así que preparé mi cucharita de té. Cómete esto, le dije. No está nada sucio. No tengas miedo.

—¡Qué crac! —exclamó Jean.

—Miró la cucharilla y me dijo que se había referido a otro tipo de polvo, el polvillo que hay en las flores.

—Estaba metiendo la pata cada vez más, ¿no? —dijo Jean.

Esperó a que Gloria se extendiera un poco más, pero la historia parecía haber llegado a su fin.

Ya había oscurecido cuando Gloria regresó a las cabañas. Todas las luces estaban apagadas. Recordó que durante el día se había sentido feliz a ratos intermitentes y también que al mirar las cosas había descubierto que todo le resultaba desagradable. Cada vez le costaba más trabajo hablar, y también escuchar, pero ahora estaba sola y se sentía un poco mejor. Aun así, se notaba

rara. Sabía que nunca se encontraría estable. Las cosas nunca le parecerían formar una unidad coherente. Todo sería un ir y venir hasta el final.

Abrió la puerta y encendió la lámpara que había junto a la cama. La lámpara tenía tres casquillos pero sólo una bombilla. La noche anterior había visto más bombillas puestas. También pensó que había más muebles en la habitación, otra silla. No habría sido fácil leer, si le hubiera apetecido, pero estaba cansada de leer, cansada de los libros. Después de que le dieran la noticia, e incluso después de que se lo contaran otras veces y de distintas maneras, había querido volver a leer, no quería limitarse a mirar el mundo con ojos de pasmo, pero no pudo retomar el hábito, ya no era lo mismo.

La mosquitera de la ventana era de un verde azulado con aguas, cobrizo, oceánico. Se imaginó de niña con esa cucharada de polvo, pero lo único que recordaba era haber contado aquel recuerdo.

Se despertó de madrugada empapada en sudor. Había alguien fuera, pensó. Pero la sensación se desvaneció enseguida. Recogió sus cosas y las metió en el coche. Lo hizo a toda prisa y luego bajó rápidamente hasta la casa de Jean. Aparcó delante y apagó las luces. Tras unos instantes apareció Gwendal. Llevaba un vestido feo y una maleta en la mano. Tenía arrugado un lado de la cara, como si hubiera estado durmiendo profundamente antes de despertarse.

—¿Primer destino? —preguntó Gwendal.

Lo primero que hicieron fue subir al monasterio y robar un perro. Gloria sospechaba que su enfermedad terminal la volvía más o menos invisible y tal parecía ser el caso. Condujo directamente hasta la perrera, entró y salió con un perro. Lo dejó en el asiento de atrás y se fueron.

—Evitaremos la autopista —dijo Gloria—. Iremos siempre por carreteras secundarias.

—Por mí, vale —dijo Gwendal.

Ninguna de las dos pronunció palabra durante varios kilómetros, hasta que Gwendal dijo:

—¿Dirías que es bonito y que lo sabe?

—Es un perro —dijo Gloria. Esa niña tenía los cables cruzados. Era peor que su madre, pensó Gloria.

Pararon en una estación de servicio y desayunaron. Entraron en una tienda y compraron libretas, lápices, pienso para el perro y ginebra. Compraron gafas de sol. Ya era pleno día. Siguieron viajando hasta que anocheció. Se habían alejado bastante de la casa de Jean. Gloria sintió lástima por Jean. Le gustaba tener a todo el mundo a mano, incluso a la pequeña Gwendal, y ahora ya no la tenía.

Gwendal había estado durmiendo. Se despertó de pronto.

—¿Quieres saber qué he soñado? —preguntó.

—Por supuesto —dijo Gloria.

—Alguien, que no eras tú, me dijo que no podía tocar a un animalito que tenía un aspecto muy curioso, no era éste —dijo Gwendal, señalando al perro—. Cada vez que le daba una palmadita, me arrancaba de un bocado un trozo del brazo o del pecho. Y yo no podía parar de decir «qué mono» mientras lo acariciaba.

—Vaya —dijo Gloria. No sabía qué decir.

—Cuéntame uno de tus sueños —dijo Gwendal, bostezando.

—No he soñado mucho últimamente —dijo Gloria.

—Eso no es bueno —dijo Gwendal—. Es señal de falta de imaginación. Viveza, es señal de falta de viveza, quizá. En fin, incluiré los sueños más adelante. No te preocupes. —Elegió un lápiz y abrió la libreta—. Listo —dijo—. ¿Casada?

—No.

—¿Hijos?

—No.

—¿Alergias?

Gloria se quedó mirándola.

—¿Quieres empezar por el principio o ir hacia atrás desde la Gran Sorpresa? —preguntó Gwendal.

Estaban a las afueras de una población, paradas ante un semáforo. Gloria tenía la mirada fija al frente. Los principios. No recordaba ningún principio.

—Eh —dijo alguien—. ¡Eh!

Miró a la izquierda y vio un coche abollado lleno de hombres jóvenes. Uno de ellos le tiró una lata de cerveza. Rebotó en la puerta y los chicos

aceleraron a fondo, con el motor rugiendo.

—Cuando alguien te grita «¡Eh!» no lo miras. Lo sabe todo el mundo —dijo Gwendal.

—Vamos a parar para pasar la noche —dijo Gloria.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Gwendal, con una actitud no muy solícita, pensó Gloria.

Pararon en el primer motel que vieron. Gloria dio de comer al perro y se tomó una copa mientras Gwendal pegaba botes en la cama. Parecía un perro de lo más ecuánime. Bebía de la taza del váter y mordisqueaba pacíficamente la barandilla de la cama. Gloria y Gwendal comieron panqueques en un restaurante desierto y luego pasearon alrededor de una piscina protegida con una lona mugrienta. De vuelta en la habitación, Gloria se tumbó en una cama mientras Gwendal se sentaba en la otra.

—¿Quieres que te pinte las uñas o te arregle el pelo? —preguntó Gwendal.

—No —dijo Gloria. Estaba recordando un mal pensamiento que había tenido una vez, un muy mal pensamiento. No había tenido consecuencias, sin embargo, o eso creía por lo menos.

—No sabría cómo peinarte, de hecho —dijo Gwendal.

Con un poco de formación, pensó Gloria, esa niña podría dedicarse a acicalar cadáveres.

Esa noche Gloria soñó. Soñó que iba al funeral de una mujer que en vida le había resultado indiferente. No había ninguna necesidad de estar allí. Estaba de pie con un grupo de gente. Se sentía como un criminal que pasa desapercibido, pero también se sentía una elegida por haber asistido al funeral cuando no debería haberlo hecho. Entonces se vio tumbada sobre la boca de una gran tubería de hormigón. Cuando se despertó, la embargó una gran sensación de alivio, pues supo que iba a olvidar aquel sueño inmediatamente. Volvía a ser de día. Gwendal estaba fuera, junto a esa desagradable piscina, escribiendo en su libreta.

—«Así era la felicidad entonces» —dijo, mientras lo apuntaba.

—¿Dónde está el perro? —preguntó Gloria—. ¿No está contigo?

—No lo sé —dijo Gwendal—. Lo dejé salir y partió rumbo a paraderos

desconocidos.

—¡Pero qué dices! —dijo Gloria.

Corrió de vuelta a la habitación, fue al coche, corrió por el aparcamiento de cemento y alrededor del hotel. Gloria no tenía ningún nombre con que llamar al perro. Había desaparecido sin que hubiera tenido tiempo de convertirse en su dueña. Metió a Gwendal en el coche y recorrieron todas las carreteras alrededor del hotel. Miraba de reojo, asustada, los bultos oscuros que había en el arcén y en la hierba llena de porquería, pero sólo eran neumáticos, jirones, neumáticos. Los coches las adelantaban a toda velocidad. En la mediana, había árboles muertos plantados a intervalos de quince metros. No encontraba al perro por ninguna parte. Gloria miró furiosa a Gwendal.

—Ha sido un accidente —dijo Gwendal.

—Tienes tus propias ideas sobre cómo ha de funcionar esta historia, ¿no?

—El perro era una distracción —dijo Gwendal.

Le dolía la cabeza. En el desierto, justo antes de ese viaje, había tenido su pequeño invierno. Su corazón había latido como un puño que golpea una puerta. Pero era falso, completamente falso, pues había sobrevivido.

Gwendal tenía la odiosa libreta en el regazo. La palabra REDACCIÓN en una tapa adornada con salpicaduras negras.

—Podemos empezar ahora —dijo—. Hoy es el día. ¿Color preferido? —preguntó—. ¿Música favorita de programa de televisión? —Llevaba un pueril pasador azul puesto de cualquier manera en el pelo que dejaba al descubierto un trozo de una oreja enorme y pálida.

Gloria no iba a hablar con ella.

Al cabo de un rato, Gwendal dijo:

—«No eran conscientes de que el fugitivo se hallaba entre ellos.» —Lo apuntó. Gwendal se pasaba todo el día garabateando en la libreta y pidió a Gloria que le comprara otra. A veces se refería al inminente desenlace de Gloria con la expresión «La gran aventura».

Gloria estaba ausente. Transcurrían las horas y seguía conduciendo, aunque a duras penas podía recordar por dónde habían pasado.

—Esta noche pararé más pronto —dijo.

El motel en el que pararon al caer la tarde era más o menos como el anterior. Se llamaba Motel Lark. Gloria se tumbó en una cama y Gwendal se sentó en la otra. Gloria echó de menos tener un perro. Un perro no permitiría que el desconocido entrara, pensó sentimental. Gwendal, en cambio, le abriría la puerta al minuto.

—Tendríamos que poder hablar —dijo Gwendal.

—¿Por qué deberíamos hacerlo? —preguntó Gloria—. No veo por qué hemos de poder hablar tú y yo.

—No te abres, ése es tu problema. No quieres compartir nada. Es difícil imaginar lo que es real cuando estás sola, ¿sabes?

—¡No lo es! —dijo Gloria acaloradamente. Estaban discutiendo como una pareja de viejos—. Esto no funciona. Es una locura. Deberíamos llamar a tu madre.

—Te voy a dar unos días más, pero llevas razón —dijo Gwendal—. Pensaba que esta experiencia sería más mística. Pensaba que ibas a contarme algo. Ni siquiera sabes de maquillaje. Estoy segura de que ni siquiera sabes mirar el aceite del coche. Nunca te he visto mirar el nivel de aceite.

—Sé cómo se mira el aceite —dijo Gloria.

—¿Y una avería eléctrica? ¿Sabrías reparar una avería eléctrica?

—¡No! —gritó Gloria.

Gwendal se quedó callada, mirando sus rodillas rollizas.

—Voy a darme un baño —dijo Gloria.

Se metió en el cuarto de baño y cerró la puerta. Los azulejos eran de color turquesa y el tapón de la bañera colgaba de una cadenita. Era el Motel Lark, pensó. Puso el tapón de goma en el desagüe y abrió el grifo. Faltaban unos cuantos azulejos y en los huecos la pared mostraba un fracasado adhesivo gris. Quiso decir algo, pero no era eso. No le apetecía decir nada. Lo que quería era captar algo que no podía expresar. Oyó una voz, seguramente la voz de Gwendal, en la habitación. Gloria se tumbó en la bañera. El agua no estaba tan caliente como esperaba. «Tu silencio no es ningún obstáculo para mí, Gloria», dijo la voz. Alargó la mano hasta el grifo del agua caliente, pero salió fría. Si dejaba que corriera, tal vez terminaría saliendo caliente, pensó. Eso es lo que dicen. O quizá sí lo era.

CENTRO DE BELLEZA

Pammy está en una antipática ciudad texana, la ciudad donde nació, en el mes de su duodécimo cumpleaños. Hace un día frío y encapotado. Pronto lloverá. La lluvia lavará la película de ceniza que cubre el coche en el que viaja, ceniza volcánica que ha cruzado todo el golfo de México desde la península de Yucatán. Pammy es una rubia rechoncha de ojos azules, una hija a quien su padre lleva en coche a su lección de bronceado.

Es una broma de su padre. En realidad la lleva a una sesión de bronceado, que durará veinticinco minutos. Es lo que ha pedido por su cumpleaños, diez sesiones de bronceado en un centro de belleza. También pidió y recibió un nuevo juego de ruedas para sus patines. Son unas ruedas púrpura marca Rannalli. Pammy tiñó los tacos para conjuntarlos con las ruedas, pero le quedó un púrpura un poco más basto y apagado. Quiere ser una patinadora de velocidad, pero teme no tener el carácter necesario. «Hay que tener mucho estómago para dedicarse a la velocidad», le dijo su entrenador. Pammy ya domina el paso de pato, pero el giro cruzado todavía no le sale del todo natural y a veces piensa que nunca lo conseguirá.

Pammy y su padre, Morris, circulan detrás de una camioneta que transporta un montón de televisores. Sobre la plataforma descubierta, sujeto con una cuerda, hay un televisor de consola de veinticuatro pulgadas que les mira con un agujero en el mismo centro de la pantalla.

Morris se toma un café en un vasito de plástico con tapa que encaja en un soporte justo debajo de la radio. Pammy tiene una amiga, Wanda, cuyo padre adoptivo tiene el mismo tipo de vasito en el coche, pero él lo utiliza para beber bourbon con agua. A Wanda la adoptaron a los dos meses de edad. A

Pammy le alivia saber que ni su padre ni su madre, Marge, beben. A veces se toman una copa de vino. El día de su cumpleaños incluso Pammy tomó un poco de vino con la cena. Marge y Morris no discuten casi nunca, y eso es algo que su hija agradece. Esta mañana, sin embargo, los ha visto pelearse. Una vez más, su madre ha usado el cepillo de su padre y ha dejado unos pelos largos y castaños entre las cerdas. Su padre los ha quitado con un peine sobre el fregadero limpio. Su padre ha dejado un ovillo de pelos castaños en el fregadero blanco.

En la radio del coche suena una canción que se llama *Tainted Love*, una canción a la que Morris le gusta referirse como *Rancid Love*. Siempre van con la radio puesta cuando su padre y ella van juntos. Morris es un buen conductor. Aún le gusta conducir a pesar de todos los años que lleva haciéndolo. Pammy tiene ganas de aprender, pero dentro de unos años quién sabe si todavía le gustará. Piensa que tal vez no sea tan divertido al cabo de un tiempo. A su padre se le da bien conducir por esta zona, en las autovías y en las calles, y también cuando viaja por las pavorosas y anchas carreteras de doble sentido y por las estrechas carreteras de montaña de México, e incluso en las bacheadas y sucias playas de la costa del golfo. Un fin de semana de esa misma primavera, Morris había alquilado un jeep en Corpus Christi y había recorrido con Pammy y Marge la costa de la isla del Padre de un extremo a otro. Iban a toda velocidad por la arena y a lo largo de un buen número de kilómetros no se cruzaron con nadie. Había plásticos por todas partes.

—Verán mucho plástico —les dijo el hombre que les alquiló el jeep—. Eso sí, ese plástico llega de todo el mundo.

Morris le había dado una clase de conducir a Pammy en el jeep. Le enseñó a cambiar de marcha con suavidad sincronizando el acelerador con el momento en que se pisa y suelta el embrague. «Las cosas hay que hacerlas bien», le había dicho Morris, y Pammy, cuando lo oyó, se sintió embargada por una especie de temor. Sólo eran palabras, lo sabía, palabras que podía usar cualquiera, pero detrás de las palabras siempre había cosas, a veces cosas que no podías contarle a nadie, ni mucho menos a tus seres queridos, cosas que daban miedo y que ni siquiera eran verdad.

—Estoy harto de seguir a esta camioneta —dice Morris.

La pantalla del televisor herido parece de agua sucia. Morris aparca delante de un supermercado japonés. Pammy mira el establecimiento, donde los clientes hacen cola en la caja. Muchas de las mujeres llevan la cabeza cubierta con un pañuelo. En la asignatura de ciencias sociales de la escuela, está leyendo testimonios presenciales de las consecuencias de la bomba atómica de Hiroshima. Ha leído que unas niñas, mientras huían despavoridas de la ciudad derretida, con todo el pelo quemado y la piel quemada colgando a tiras, iban gritando: «Estúpidos americanos». Morris toma un sorbito de café y vuelve a incorporarse a la calle, libre ya de televisores heridos de muerte.

Pammy se mira el dorso de las manos. Están bronceadas, pero no lo suficiente, piensa. Tienen un color melocotón oscuro. Ésta será su quinta lección de bronceado. En el centro de belleza hay diez fotografías a color que muestran a una mujer en biquini en su transformación de una mujer pálida a una mujer bronceada. En la última imagen, la mujer se aparta ligeramente el biquini de la cadera para mostrar una tajada de piel blanca y sonrío al mirarla.

Pammy responde bien al bronceado. Sin broncear, su tez parece granulosa e irregular porque es pecosa y tiene los poros bastante abiertos. El bronceado la uniformiza, la completa. Ha tenido todo tipo de bronceados: bronceados dorados, bronceados de piscina e incluso un bronceado de Florida que en Texas parecía amarillento. Trajo a todas sus amigas el mismo regalo de Florida: unas cajitas de madera contrachapada llenas de unas naranjas diminutas que en realidad eran chicles. De todos modos, el mejor bronceado que ha conseguido fue en México hace seis meses. Pasó allí dos semanas con sus padres y volvió a casa con un bronceado verdaderamente notable y una tuberculosis. Esto último fue motivo de cierta tensión entre Morris y Marge, porque había sido idea de Morris bañarse en los balnearios de montaña en vez de hacerlo en las piscinas de hoteles más convencionales. Creían que Pammy se había contagiado en un balneario público en concreto, justo a las afueras de una aldea polvorienta que habían ido a visitar para comprar azulejos, unos azulejos de un naranja oscuro con rayos azules que irradiaban del centro y que ahora están en la cocina de su casa, donde cada mañana Pammy se toma

un zumo y una dosis de trescientos miligramos de isoniazida.

—Ya hemos llegado —dice Morris.

El centro de belleza se aloja en un pequeño edificio de hormigón cuya fachada está decorada con unas columnas blancas rescatadas de la demolición de una mansión. En la calle hay tiendas de regalos, adivinos que leen la mano y una empresa de fumigación. No es la misma empresa que cubrió con una lona la casa de Wanda para exterminar una plaga de termitas. Ésa fue otra. Mientras Pammy estaba en México contrayendo su tuberculosis, Wanda tuvo que irse a San Antonio con sus padres una semana porque les envolvieron la casa con una lona aislante. Cuando regresaron, encontraron el cadáver de un ladrón tirado en el salón, con las cosas que había robado ordenadas en un montoncito no muy lejos de donde yacía. Había muerto al inhalar el gas letal que usaban los fumigadores.

—Te recogerá mamá —dice Morris—. Tiene clase esta tarde, así que a lo mejor llega un poco tarde. Espérala dentro.

Morris le da un beso en la mejilla. La trata como si fuera una niña pequeña. Y trata a Marge como a una madre, la madre de su hija.

Marge tiene treinta y cinco años, pero aún estudia. Está matriculada en asignaturas de historia del arte y de cine en una de las universidades de la ciudad, la misma universidad donde Morris imparte clases de ingeniería del petróleo. Años antes, la primera vez que Marge estudió en la universidad, antes de conocer a Morris o de que naciera Pammy, viajó a España y un día, estudiando un Goya en un museo, se desprendió un trocito del cuadro y cayó a sus pies. Se lo metió rápidamente en el bolsillo y ahora lo tiene sobre su escritorio guardado en una cajita de cristal. Es un triangulito de pintura violeta tirando a verde del tamaño de la uña de un pulgar. Procede de uno de los desnudos de Goya.

Pammy sale del coche y entra en el centro de belleza. Lo único que tienen son máquinas de bronceado, doce en total repartidas en ocho salitas. Pammy nunca ha tenido que compartir salita con nadie. Si se lo piden, seguramente responderá que no, esperando no herir con ello los sentimientos de quien se lo pida. La recepcionista, sentada tras un mostrador de metal arañado, es una mujer mayor y vigorosa vestida con un mono negro y unos pendientes de

plumas. Tras ella hay varias estanterías repletas de achaparrados frascos marrones llenos de polvos y pastillas con nombres como ACUMULADOR DE RESISTENCIA DINÁMICA, MATAESTRÉS SUPERDINÁMICO Y CONCENTRADO DE HÍGADO ENERGIZANTE.

La recepcionista se llama Aurora. Pammy cree que el nombre es estupendo y le sorprende que una mujer tan mayor se llame así. Aurora la acompaña a una de las salas al fondo del local. La sala contiene un espejo, un lavamanos, un taburete pequeño, un ventilador blanco de cabeza oscilante y la cama, un aparato de color cobre y alargado semejante a un ataúd con su correspondiente tapa. Pammy siempre se queda sorprendida cuando ve la cama con los fluorescentes ultravioletas de cristal esmerilado y el reposacabezas de plástico negro. Alguien tose en la sala de al lado. Pammy imagina que hay clientes tumbados en todas las salas, envueltos en una luz blanca, tumbados tranquilamente como si descansaran tras un viaje larguísimo. Aurora coge una botella de desinfectante en spray y un jirón de toalla de la repisa que hay encima del lavamanos y limpia la superficie de la cama. Gira el cronómetro y aparece la luz.

—Listo, cariño —dice Aurora. Le da una palmadita en el hombro y se va.

Pammy se quita las sandalias y se desnuda a toda prisa. Deja la ropa en un montón, con el jersey encima. El jersey es blanco con un patinador estampado en la espalda. El patinador lleva casco y rodilleras y patina con los pies abiertos, con el derecho por delante. Pammy se tumba y con la mano izquierda baja la tapa hasta dejarla a unos veinticinco centímetros de la fría superficie de la cama. Puede ver la puerta cerrada, el montoncito de ropa y sus propios pies. Pammy piensa que sus pies son la peor parte de su cuerpo. Son flacos, con los dedos muy separados. Wanda y ella se pintaron una vez las uñas de los pies del mismo color, pero los pies de Wanda eran bonitos y los suyos no. Pammy pensó que sus pies parecían los de una persona muerta y que no tenían remedio. Cierra los ojos.

Wanda, que es una gran lectora, le contó un día a Pammy que la tuberculosis era una enfermedad romántica que sólo sufrían artistas, poetas e «individuos altamente sensibles».

—Pues claro —dijo el padre adoptivo de su amiga—. La tuberculosis

tiene mucho caché.

El padre adoptivo de Wanda siempre está bromeando, piensa Pammy. Los padres de Wanda le parecen bastante agradables, pero siempre se siente un poco incómoda con ellos. Wanda no fue el primer niño que adoptaron. Hubo otro bebé, pero luego averiguaron que la información sobre sus orígenes no era del todo fidedigna. O quizá fue porque era un crío aburrido. El caso es que devolvieron el bebé y recibieron a Wanda. Pammy no cree que los padres de Wanda sean personas muy resolutivas. Le sorprende que eso no ponga nerviosa a Wanda.

Hace calor dentro de la cama solar, pero no es insoportable. Pammy está tumbada con los brazos estirados y las palmas hacia abajo. Oye voces en el pasillo y ruido de pasos. Las primeras veces que fue al centro de belleza, tenía miedo de que alguien pudiera confundirse y abrir su puerta. Imaginó exactamente cómo se daría la situación. De pronto, vería abrirse la puerta con el rabillo del ojo y luego alguien diría «lo siento» y la puerta volvería a cerrarse. Pero no había ocurrido. Las voces pasan de largo.

Pammy piensa en Blancanieves tumbada en su ataúd de cristal. ¿Cuántas veces la ha engañado la reina? ¿Tres? Iba disfrazada, pero y qué. Y luego Blancanieves se atragantaba con la manzana. En los restaurantes a los que a veces va con sus padres, hay carteles en las paredes que muestran a una persona que se ahoga y a otra que trata de salvarla.

Blancanieves yace en un ataúd de cristal, no desnuda, por supuesto, sino con un vestido, con los enanitos velándola. Pero no eran enanos de verdad, naturalmente. Lo de enanitos era un mote que alguien les había puesto.

Cuando Pammy le dijo a Morris que la tuberculosis era una enfermedad romántica, él respondió:

—No hay nada romántico en ella. Además, tú no la tienes.

Según parece, es un hecho incuestionable que Pammy tiene y no tiene tuberculosis al mismo tiempo.

A Pammy le hicieron la prueba de la tuberculina en el brazo junto a sus compañeros de clase cuando empezó el curso en septiembre y al cabo de cuarenta y ocho horas se le hinchó mucho.

—Ahora que has estado expuesta, no tienes que preocuparte por cogerla

—le había dicho el pediatra en su consulta, sonriendo.

—¿Se refiere a que la infección te vuelve inmune? —dijo Marge.

—No exactamente —dijo el pediatra, meneando la cabeza y sin dejar de sonreír.

Tiene los pulmones limpios. No está enferma pero tiene una enfermedad. Los microbios se encuentran en su cuerpo pero en estado latente, aún vivos pero despojados de toda fuerza. Por fuera es la misma de siempre, pero por dentro ha tenido lugar un gran drama y Pammy se siente poseedora de un saber luminoso, secreto e indecible.

Sabe otras cosas también, cosas que partirían el corazón a sus padres, cosas vulgares, feas, simples. Sabe que una niña de la escuela robó dinero de la cartera de su madre y se compró un masajeador íntimo. Sabe de otra niña a cuyo hermano le gusta vestirse con su ropa. Sabe que un niño le tiró una lata de aceite de motor a su padre y lo dejó inconsciente.

Pammy se estira. Siente un hormigueo en la cabeza. Su cuerpo está a medio metro del suelo y se ve casi gris bajo el resplandor de los fluorescentes. Se ha enterado de que hay unas píldoras que te broncean. Es tan fácil como tomarse un par de píldoras al día y al cabo de tres semanas tendrás un bronceado maravilloso que podrás conservar si te las sigues tomando. Puedes encargarlas en Canadá. Son una especie de colorante alimentario. Qué asqueroso, piensa Pammy. De niña compró por correo la cuarta parte de un acre de terreno en Canadá que le costó cincuenta centavos. De eso hace dos años.

Pammy oye voces en la sala de al lado que llegan a través de la delgada pared. Una mujer que habla deprisa dice:

—Pete subió hace un par de días a Detroit a visitar a su hermano, que se está muriendo en un hospital allá arriba. Tiene cáncer. Su hermano siempre ha sido un tipo repugnante, muy desagradable. Más joven que Pete y siempre mala persona. Intentó suicidarse dos veces. Y ahora se entera de que tiene cáncer y resulta que no quiere morirse. Y está todo el día dale que te pego. Se comporta como un desgraciado con todo el mundo. Hace pasar a toda la familia por un auténtico calvario, pero no tiene remedio, se muere de cáncer. Así que Pete sube al hospital a pasar con él sus últimos días y ¿sabes lo que

pasa? Le roban la cartera a Pete. Figúrate, en la habitación de un moribundo. Quinientos dólares en efectivo y todas nuestras tarjetas de crédito. Eso fue ayer. Menudo día.

—Cuando no es una cosa, es otra —dice la otra mujer.

Pammy tose. No quiere oír las voces de otras personas. La gente usa las palabras como si estuviera tirando basura, como si una palabra valiera lo mismo que otra cualquiera.

—Todo pasa tan deprisa ahora —dice la mujer—. ¿Sabes a qué me refiero?

Pammy no escucha y no abre los ojos porque, si lo hiciera, vería esa extraña sala blanca con su ropa en un montón y a ella misma tumbada, quieta y desnuda. No abre los ojos porque prefiere imaginar que está levitando en un escenario sobre un muelle de pura energía. Si uno pudiera pensar con la pureza suficiente, podría crear su propia verdad. Así es como la gente conseguía hacer viajes astrales, caminar descalza sobre las brasas, curar verrugas. Había una niña en la clase de Pammy, Bonnie Black, una niña enclenque, con pinta de lechuza, que era de la Ciencia Cristiana. Criaba conejos y los exponía en ferias, y siempre llevaba a la escuela las cintas que habían ganado sus conejos, prendidas con un alfiler a su blusa. Sus manos estaban cubiertas de verrugas, pero un día Pammy vio que ya no tenía y Bonnie Black le contó que habían desaparecido después de asumir plenamente que era imposible que tuviera verrugas porque su auténtico ser estaba hecho a imagen y semejanza de Dios.

Parecía que a la gente le iba mejor la vida cuando podía concentrarse en algo, aferrarse a algo mentalmente durante largo tiempo y creer en ello de verdad. Pammy había visto una vez a un patinador extremo que ofreció una exhibición durante la inauguración de un gran centro comercial. Saltaba sobre coches y se encaramaba por las paredes de los edificios. Hacía saltos mortales y piruetas. En el aparcamiento, un disc-jockey a quien habían contratado para el gran día lo entrevistó: «Me ha impresionado muchísimo tu actuación —dijo el disc-jockey—, y también me impresiona que nunca te caigas. ¿Por qué no te caes?». El patinador era un chico flaco con unos vaqueros cortados que le iban anchos. «No me caigo —dijo el chico mirando fijamente al micrófono

— porque siento un enorme respeto por las superficies de hormigón y porque cuando cometo un error de cálculo, en vez de caerme, lo convierto en un truco nuevo.»

Pammy piensa que es maravilloso que ese chico sea capaz de decirse algo que le ayudará a no pensar que puede caerse.

Se ha abierto la puerta de la sala. Pammy había oído cómo se giraba el pomo. Primero se queda tumbada sin abrir los ojos, deseando oír que la puerta se cierra, pero no oye nada, sólo el tictac del temporizador de la cama solar. Gira de golpe la cabeza a un lado y busca la puerta. Hay un hombre de pie, mirándola. Pammy cierra la mano derecha y la pone entre sus piernas. Se cubre los pechos con el brazo izquierdo.

—¿Qué? —dice asustada a la silueta.

En un instante casi se le corta la respiración de miedo. Intuye la repetición de algo doloroso y conocido, pero ella no lo ha conocido, nunca lo ha vivido. La silueta no dice nada y cierra la puerta. El temporizador se detiene con una salva de tictacs acelerados. La dura luz de la cama se apaga.

Pammy abre la tapa y sale enseguida. Se viste a toda prisa y se alisa el pelo con los dedos. Se mira en el espejo, con la boca entreabierta. Sus dientes blancos asoman tras sus labios pálidos. Se mira fijamente. Podrán mirarla pero no descubrirla. Podrá hablar pero no la conocerán. Abre la puerta y sale al pasillo. No hay nadie. El pasillo es tan estrecho que si abre los brazos puede rozar las paredes con las puntas de los dedos. En la recepción, junto al mostrador de Aurora, hay tres personas: una joven con los hombros caídos y dos hombres. La mujer se estaba apuntando a un mes de bronceados ilimitados, lo que significaba que después de la tarifa mensual básica sólo tendría que pagar un dólar por cada visita. Saca el talonario de un bolso sucio, que está hecho de un material plateado, y firma un talón. Los hombres parecen estar cómodos, apoltronados en las sillas, con las piernas estiradas. Se conocen, supone Pammy, pero no conocen a la mujer. Uno de ellos tiene el pelo oscuro e hirsuto, como el de un animal mojado. El otro lleva una camiseta roja ajustada. Ninguno de los dos es el hombre que ha visto en la puerta.

—¿A qué hora quieres venir mañana, cielo? —pregunta Aurora a Pammy

—. Te está sentando de maravilla. ¿Verdad que le está sentando de maravilla?

—Me gustaría volver mañana a la misma hora —dice Pammy. Se lleva la mano a la boca y tose un poco.

—A la misma hora no, cariño. No puedo darte la misma hora. ¿Qué te parece una hora después?

—Perfecto —dice Pammy.

La mujer con los hombros caídos se sienta en una silla. No hay más sillas en la salita. Pammy abre la puerta y sale. Ha llovido y la acera está oscura y reluciente. Camina lentamente calle abajo y huele la lluvia que remolonea en los árboles. Junto a una tienda que se llama Imagine ve una mata de bambú con unas latas de cerveza que brillan en el centro enmarañado y lleno de hierba de la planta. En Imagine venden palmeras de neón y nubes y estrellas de seda. También venden tarjetas de felicitación, bombones en formas que los niños tienen prohibido ver y adhesivos y cordones para críos. Pammy mira en el escaparate una almohada de satén en forma de corazón con una gran cremallera que recorre su centro de arriba abajo. Da media vuelta y regresa al edificio que alberga las camas solares. Su madre aparca el coche al lado. «¡Pammy!», la llama. Está inclinada hacia la ventanilla del acompañante, que ha bajado. Abre la puerta del coche. Pammy se sube y la puerta vuelve a cerrarse con seguro.

El coche circula deprisa por la calle y Pammy va sentada dentro, un poco aturdida. Su padre le enseñará a conducir y ella dará una vuelta en el coche. Su madre seguirá yendo a clases en la universidad. Cada vez que conozca a alguien, le mencionará el Goya: «Tengo un pequeño Goya», dirá, antes de reírse. Pammy se hará mayor, ya es mayor. Pero el mundo permanecerá tan joven como ella es ahora, infinito en sus posibilidades, e insensible. No quiere volver a ver esa silueta que la miraba, esa mirada glacial, pero sabe que la volverá a ver porque sus rasgos ya han empezado a desdibujarse, a hacerse más generales. Podría ser cualquier cosa. Y ahora estará en otra parte, será otra cosa. Pammy tose, pero no es la tos de una enferma porque es una niña sana como un roble. Es la clase de tos que una haría en una fiesta si no conociera a nadie.

BLANCO

Bliss y Joan iban a dar una fiesta de despedida para el pastor episcopal y su familia, a quienes Dios había llamado al estado de Michigan. Habían invitado a algunos amigos comunes y parejas con hijos de la misma edad de la prole del pastor. Bliss no se dejaba caer por la iglesia ni tampoco tenía trato con aquel hombre, pero las fiestas, fuera cual fuese la excusa, sí que le gustaban, e intuía, además, que Joan estaba un poco fascinada con el pastor, que se llamaba Daniel. Joan siempre había imaginado que Daniel hablaría con ella algún día, aunque no lo había hecho y ahora se marchaba.

Todo ocurría en Nueva Inglaterra, donde llevaban viviendo tres años. Joan era una floridana de cuarta generación que echaba de menos las vistosas puestas de sol y el ruido de los armadillos cuando se abrían paso a empellones entre las palmeras bajas. Recordaba haber llevado de niña lagartijas vivas colgadas de los lóbulos de las orejas. Recordaba a *Gator*, un poni que le había comprado su padre. El padre de Joan era dueño de una plantación de pomelos. El abuelo de Joan había dirigido un campamento de pesca y su bisabuelo había trabajado de guía, empleo que compaginaba con la caza de flamencos, espátulas e ibis, y la recolección de huevos de aves por encargo de naturalistas.

Bliss también había nacido en Florida. Pero era dentista. La gente cree que los dentistas son codiciosos y que les da todo igual. A Bliss sí le afectan las cosas.

Bliss y Joan no tienen hijos. En dos ocasiones Joan dio a luz un bebé, pero en ambas el bebé murió antes de cumplir los seis meses. El pañal del bebé despedía un aroma dulzón, un olor bastante parecido al del azúcar de

arce, y en unas pocas horas el bebé estaba muerto. Bliss tiene un solo gen defectuoso que encaja con el único gen defectuoso de Joan. Cuando el médico le contó en el hospital que las muertes no eran tan misteriosas como habían parecido de entrada, Bliss le golpeó antes de que pudiera seguir hablando, una vez con su puño izquierdo y otra, la segunda, con el derecho. El médico cayó al suelo, pero se levantó enseguida y se marchó por el pasillo blanco, dejando a solas a Bliss, con los brazos doloridos.

Se habían mudado a Nueva Inglaterra tras la muerte de su segundo hijo. En Florida, la depresión de Joan se había visto agravada por una serie de sueños desagradables sobre su bisabuelo. Aparecía en sus sueños exactamente de la misma forma que en el álbum de fotos de su padre: un hombre delgaducho tocado con un sombrero ancho, ropa burda y botas de goma, de pie con una escopeta. En un sueño recurrente, su bisabuelo trabajaba de camarero en una cafetería agradable, bañada en una luz rosada, y le servía una sopa en la que flotaban pájaros en todos los estados posibles de gestación. En otro sueño habitual, Joan no podía ver a su bisabuelo, pero sentía su presencia bajo la visión de centenares de flamencos que volaban por un cielo negro con esa forma tan suya de volar, serpenteante, como si estuvieran reptando por el cielo.

En Nueva Inglaterra Joan descubrió que no tenía sueños si se dormía cuando todavía era de día. Por ello, dormía por las tardes y se mantenía en vela toda la noche, montando puzzles inmensos del canal de Long Island. Vivía aterrorizada, de hecho, pero era un miedo infundado, porque lo peor ya había pasado. Se refería a los días pretéritos con la expresión «esos supuestos tiempos».

La fiesta se celebraba un sábado y Bliss había ido con Joan a comprar alcohol y comida. Cuando estaban girando para entrar en la rampa de su casa, una mujer con un viejo Triumph les golpeó por detrás. Joan y Bliss bajaron enseguida del coche y miraron la parte de atrás, que estaba intacta, y luego el Triumph, que tampoco parecía tener ningún rasguño.

La mujer estaba llorando.

—Lo siento —gimió—. Lo siento en el alma. Es el coche de mi marido.

—No ha sido nada —dijo Bliss.

La mujer se tiraba de los pelos. Era muy bonita.

Joan nunca se dejaba afectar por contratiempos triviales. Llevó el coche hasta su casa mientras Bliss se quedaba junto al Triumph. Luego descargó el maletero y salió de la casa con una gran bolsa de Hershey's Kisses. Escondió los bombones por todo el jardín, en los recovecos de los muros de piedra y en las ramas más bajas de los árboles para que los niños se divirtieran buscándolos durante la fiesta.

—Menuda historia me ha contado Donna —dijo Bliss al acercarse a Joan. Abrió un bombón y se lo metió en la boca.

—Donna, la tipa del Triumph —dijo Joan.

—La he invitado a la fiesta. ¿Te parece bien?

—Claro —dijo Joan.

Bliss solía invitar a desconocidos a sus fiestas. A veces resultaban ser personas muy agradables.

—Su marido tuvo un derrame y ahora le ha pedido el divorcio. Insiste en divorciarse. —Bliss formó una pelotita con el envoltorio plateado, la miró y luego se la metió en el bolsillo.

—Nosotros no nos divorciaremos —dijo Joan.

—Nunca —dijo Bliss.

Entró en la casa para poner los vasos y los platos, mientras Joan se daba un paseo por el jardín para esconder el resto de los bombones. En el jardín del vecino, un cachorro de dóberman con las orejas y el rabo vendados jugaba con una copa de helado de goma. El vallado de aluminio donde lo tenían encerrado ocupaba toda la superficie del patio. Tenía un nombre relacionado con las drogas, el nombre de una anfetamina. Joan había oído a su dueño llamarlo. El dueño era un hombre musculoso con bigote que conducía un sofisticado vehículo con tracción a las cuatro ruedas. Ese nombre moderno hacía que el cachorro pareciera efímero, incluso condenado.

A las cinco en punto de la tarde, Joan y Bliss subieron a su dormitorio. Era una habitación sencilla y agradable, con un entarimado de tablas anchas sin tratar y muebles blancos, una pequeña celda de felicidad. En las paredes blancas sólo había un póster enmarcado con unas flores silvestres. A Joan le parecía que era la clase de habitación donde se esperaba que uno recuperase

la salud. Se tumbó en la cama y miró cómo Bliss se cambiaba de ropa para la fiesta. Sonrió un instante y luego cerró los ojos. La pasión que sentían el uno por el otro se había transformado en incomodidad de un tiempo a esa parte.

—A lo mejor me querrías si fuera pastor —dijo Bliss.

Joan tenía los ojos cerrados. Vio el jardín de abajo proyectarse en el tiempo hasta llegar a la casa de sus padres y se vio a sí misma convertida en la niña cuyo parecido nunca podría adivinar en sus hijos. Vio el almacén donde su padre guardaba los productos químicos y los espráis para la plantación. Dentro, clavado a una pared, había un gran desplegable sacado del catálogo de un fabricante de insecticidas en el que se mostraban todos los males que podía heredar un cítrico. Debajo de la fotografía de cada insecto había una imagen de los estragos que podía causar. De niña se estremecía de gusto cuando lo miraba: lleno de cagadas de mosca, amarillento, con las esquinas combadas alrededor de los clavos herrumbrosos que lo sujetaban. Que esas fuerzas tan crueles y destructivas existieran y tuvieran nombre la asombraba, y que los medios para domeñarlas estuvieran al alcance de la mano le parecía un disparate. Lo veía a menudo, igual que ahora, con toda claridad: el detalle meticuloso, la particularidad de cada plaga presentada.

—Al final es una cuestión lingüística —dijo Bliss—. «El granuloma periapical es una de las secuelas más comunes de la pulpitis» no es el tipo de lenguaje que empuje a una persona al mundo sintiéndose amada, perdonada y renovada.

—No es muy reconfortante —concedió Joan, abriendo los ojos.

—En serio —dijo Bliss—. Estoy harto de dentaduras. Ni te imaginas lo que te encuentras en la boca de la gente. Quiero dejar de una vez la odontología y tomar el hábito. Ya he elegido mi estilo —dijo Bliss mirando a Joan por el espejo—. Ayer, cuando vino a verme Peter Carlyle, el tipo que sufre una osteomielitis supurativa aguda, le dije: «Sólo existe el hoy».

—¿Estuvo de acuerdo?

—Por supuesto —dijo Bliss—. Bueno, asintió ligeramente con la cabeza y luego soltó un gemido. ¿Te apetece una copa?

—Claro —dijo Joan—. Tenemos una fiesta.

Bliss bajó las escaleras y al cabo de un rato apareció con un vaso de

bourbon con hielo. Joan preparó el agua y se metió en la bañera, desde donde oyó los coches que subían por la rampa de la casa, los portazos y los saludos de los invitados. No tocó el bourbon. Pensó en Daniel, en su voz, en su cabello prematuramente encanecido. Tenía los pies grandes. Los zapatos que llevaba en la iglesia parecían enormes. Joan iba a la iglesia varias veces a la semana y se sentaba, se ponía de pie o arrodillaba al compás del oficio religioso. Se sentaba al final, en un banco en el que alguien había delineado con cera verde la silueta de una flor en el brocado que cubría el reclinatorio. En cada banco, junto al estante de los himnarios, había una repisa más pequeña con tarjetas informativas y un pequeño lápiz con la punta bien afilada. Las tarjetas servían para presentarse a la congregación, hacer preguntas, pedir un himno en concreto o sencillamente buscar orientación. Joan nunca las usó. Se sentaba discretamente en la iglesia, con la cabeza mirando hacia arriba, escuchando, sintiéndose frívola, desarraigada y desconcertada. Con Daniel tenía la impresión de hallarse cerca de algo, de cierta comprensión de lo que pudiera quedarle por desear en la vida. Bliss llevaba razón, pensó, en estar celoso de Daniel, aunque la relación que tenía con el pastor apenas pasaba de saludarse. Y Daniel, por supuesto, nada sabe de ella, de los bebés, no conoce sus pechos ni sus labios. No conoce la forma terrible de su pensamiento, que Bliss sí conoce.

Joan salió de la bañera. Las anchas venas de sus manos y pies asomaban con una oscura visibilidad. Se pintó las uñas con un esmalte de color creta, se puso un vestido de flores y bajó a la fiesta en el jardín. Había varias docenas de adultos y media docena de niños sentados con gesto meditativo en un corro. Joan se acercó despacio, preguntándose qué había en el corazón de aquel círculo. ¿Un pajarillo? ¿Una ouija? Pero desde cierta distancia vio que se trataba de un bol de prézels. Una luz pálida dominaba el cielo y las copas quebradas de los árboles estaban en penumbra. Miró a los niños sin verlos realmente. Si alguien le hubiera pedido que los describiera, no habría podido. Bliss y ella daban muchísimas fiestas y los invitaban a otras muchas. Esa fiesta no tenía nada de particular.

Un tal Tim Barnes se acercó a ella y le plantó un beso en la mejilla. A Tim le gustaba salir a navegar. Prefería los ríos estrechos y los estuarios

sinuosos. Había perfeccionado con el tiempo una anécdota que contaba a menudo sobre el día en el que el mástil de su barco se enredó con las ramas de un árbol. Cuando la contaba, solía decir: «Y continué avanzando como si fuera el bosque de Birnam».

En otra fiesta, Tim le había dicho a Joan: «Sueño contigo y cuando me despierto estoy cabreado. ¿Cómo lo interpretas?».

Los invitados hablaban y reían. Joan tenía la costumbre de mirar sus bocas. Las dentaduras parecían en buen estado. Su marido había conocido a gran parte de los invitados gracias a su actividad profesional. Se lo imaginó adecentando aquellas bocas, convirtiendo a sus pacientes en personas atractivas y felices con las que ella habría de trabar amistad más adelante.

En la casa de al lado, el dóberman correteaba sin descanso de arriba abajo por su cercado, vigilándolos. El cachorro se movía meciendo todo el cuerpo, con gestos bruscos. Sus patas, al golpear en la tierra blanda, no producían ningún ruido.

Los invitados estaban conversando sobre si preferían sobrevivir o no a una guerra nuclear.

—Yo seguro que no —dijo la mujer de Tim Barnes.

—No me cabe en la cabeza que estemos hablando de bombas atómicas como hacían nuestros padres en los años cincuenta —dijo una mujer llamada Petey.

Joan vio un puñado de bombones junto al tronco de un fino manzano silvestre. Tendría que haber escondido algo que fuera menos brillante. Tenía que acordarse de decir a los niños que buscaran los bombones. Le vino a la cabeza la imagen de su padre rociando los cítricos con agua antes de una helada. Por la mañana, los frutos estaban cubiertos de una capa blanca, reluciente, pudriéndose en el aire claro de un día soleado. Florida no era un estado serio.

—Lo primero que hará nuestro gobierno después de la gran bomba es implementar un sistema tributario postataque —dijo Tim Barnes.

—En fin —dijo su mujer—, ¿quién quiere sobrevivir para acabar pagando entre un cuarenta o cincuenta por ciento de sus ingresos?

—Hay que salvaguardar el sistema bancario —dijo Tim—. Y reconstruir

la base productiva.

—He de ir a saludar a nuestro invitado de honor —dijo Joan.

Casi todo el grupo se rio. Joan se dirigió hacia Daniel, que estaba al final del jardín. Tenía una bebida en una mano y un pretzel en la otra y estaba mirando un parterre de espuelas de caballero. A unos cuantos metros de distancia, Donna, la mujer del Triumph, conversaba con Bliss.

—La gente necesita dentistas —oyó Joan que le decía para tranquilizarlo—. No te quepa duda.

—¡Joan! —exclamó Daniel cuando ésta se le acercó—. ¡Qué jardín más hermoso! —Llevaba una camisa verde y un traje de popelina. Unas deportivas aprisionaban sus pies enormes—. Todo diseñado en azules y blancos. Muy refinado. Habrá resultado muy difícil.

Joan miró el jardín, que no le procuraba ningún placer. Lo había diseñado ella y se ocupaba de mantenerlo. Sabía lo que hacía. Pero daba igual.

—El blanco es un color claramente moderno —dijo Daniel, terminándose su bebida—. Nos libra de los maleficios.

—Nos hechiza con neutralidad —dijo Joan.

El pastor suspiró.

—Quisiera aclarar lo que acabo de decir, Joan. No puedes imaginarte lo cansado que estoy. Claire estaba tan cansada que no ha podido venir. El ajetreo de la mudanza es agotador. Te escribiré una nota. Sin duda recibirás una nota suya. Lo que quería decir, y esto no guarda relación con tu jardín, que es magnífico, es que el color blanco se suele emplear para hacer aceptables cosas que no lo son. Hablando en general.

—Hay quien dice que las flores son de mal gusto —dijo Joan.

—Es asombroso —dijo Daniel—. Una vez alguien me dijo lo mismo a propósito del altar y me pareció asombroso.

Hizo girar el vaso entre las manos y señaló con la cabeza al cachorro, que se había sentado y miraba al grupo bajo la luz cada vez más apagada de la tarde.

—Tus gatos deben de estar asustados con el dóberman —dijo.

—No tengo gatos.

—Lo siento, pensaba que tenías una pareja de gatos. Tal vez sea Joan

Pillsbury la de los gatos.

Uno de los hijos de Daniel se les acercó y dijo:

—Papá, aquí no hay nada que hacer.

Daniel se quedó mirándolo. Joan le dijo al chico que había bombones escondidos y en un instante el grupito de niños se dispersó por el jardín gritando como locos. Encontraron todos los bombones en un santiamén y luego regresaron al pequeño pedazo de tierra del que se habían apropiado. Exhibieron lo recogido y luego se lo comieron.

—Ha sido divertido —dijo el pastor—. Sin duda se lo han pasado bien.

—Los dentistas hablan mucho, ¿no? —le dijo Donna a Bliss—. Es que siempre me he preguntado por qué los dentistas son tan parlanchines.

—Mira —dijo entonces Bliss—, mi mujer ha encendido la luna.

Las dos parejas se habían reunido y levantaron las cabezas para mirar la luna llena, cercana y malva.

—Mi mujer se cayó una vez de ese árbol —dijo Bliss, dirigiéndose a Daniel y señalando un gran arce.

—No me lo puedo creer —dijo el pastor a Joan. Meneó la cabeza.

—Pues sí —dijo Bliss—. Hace unos años.

—¿Cómo ocurrió? —dijo Daniel, enhebrando la mirada entre las ramas del árbol y luego haciéndola descender por el tronco hasta el suelo, como si esperara ver su silueta despanzurrada, delineada con tiza por alguna autoridad secular—. ¿Trepó al árbol uno de tus gatos con el ojo puesto en un gorrión? —Se rio.

—Yo me habría roto el cuello —dijo Donna. Se rio también, pero tenía los ojos empañados. La boca le temblaba un poco.

—No pasó nada —dijo Joan—. Aquí estoy.

—Entiendo lo que dices, Joan —dijo Daniel—. Te tomaste un pequeño descanso, pero ahora vuelves a estar entre nosotros.

Donna miró a Joan y luego al pastor.

—Creo que usted nos casó —dijo Donna a Daniel—. ¿En Saint Stephen, verdad? Harry y Donna Sutton, ¿le suena?

—Hola —dijo Daniel con calidez.

—No éramos miembros de la congregación. Pero usted nos hizo un

hueco.

Hubo un silencio y todos tomaron un sorbo de sus bebidas.

—¿Sabíais que en cualquier momento el número aproximado de lesiones cariosas sin tratar entre la población de Estados Unidos es de quinientos ochenta y cuatro millones? —dijo Bliss.

Donna se rio y luego dio media vuelta y se dirigió con paso vacilante hasta uno de los largos bancos de piedra que había en el jardín. Se tumbó en el banco y cruzó los tobillos.

—Donna te caerá bien —le dijo Bliss a Joan—. ¿Sabes de dónde es? Nació en Ciudad de Panamá.

—¿Cómo les va a ella y a Harry? —preguntó Daniel.

—El tiempo ha carcomido con su maldad el lazo que los unía —dijo Bliss—. ¿Sabes lo que le he dicho? Le he dicho: para Dios, el día y la noche son iguales, como lo son también el primero y el último de nuestros días.

—Madre mía, está muy bien —dijo Daniel—, pero resulta un poco frío.

—Le he dicho: basta a cada día su propio mal.

—Una de las mejores citas, desde luego.

—¿Pertenece usted a la escuela que considera que el hombre es un vapor, un vapor fantástico, o bien una sombra, incluso tal vez el sueño de una sombra? —preguntó Bliss.

—Déjalo ya —dijo Joan. Contuvo un bostezo porque quiso parecer grosera.

—Una burbuja —dijo Daniel—. Nos adherimos a la teoría de la burbuja.

—Disculpe, padre —dijo Bliss—. Seguro que le ocurre siempre que la gente le haga preguntas de urgencia mientras se celebra un cóctel.

Daniel alargó el cuello y sonrió a Joan.

Bliss tomó varios tragos de su copa.

—Hoy me ha ocurrido algo interesante —dijo—. El padre de Joan nos ha enviado una carta. El principio iba al grano: «Queridos Joan y Bliss». Pero luego no había nada, ni una sola palabra. Sólo una hoja, tan blanca como largo es un día. En fin, nos hemos quedado perplejos con la carta, como puede figurarse.

—La fe iluminará esa carta para que podamos leerla —dijo Daniel—. El

amor es el mejor traductor. Por otra parte, ¿cómo tiene la vista tu padre? ¿Compra bolígrafos de buena calidad o prefiere esos paquetes de diez por dos dólares?

—El hombre no quiere venir a vernos —se rio Bliss—. De hecho, no sé por qué me he inventado eso de la carta.

—Yo también me siento un poco confuso esta noche —dijo Daniel—. Supongo que es la emoción de liar los bártulos y cambiar de vida.

Bliss puso la mano en la espalda de Joan y acarició levemente su pelo. Por un instante, Joan lo aborreció y, un instante después, se sintió mareada, a punto de ahogarse. Vio las mesas de la fiesta puestas bajo los árboles, iluminadas con velas clavadas en bolsas de papel llenas de arena. Los invitados comían chuletas de cerdo y ensalada en grandes platos de porcelana. Donna seguía tendida de espaldas en el banco, con los brazos colgando y las manos relajadas y ligeramente curvas rozando el césped. Joan se separó de Bliss y se acercó a ella. La chica tenía los ojos abiertos y llevaba unos pantalones brillantes, con unas cremalleras que los ceñían a la altura de los tobillos. La blusa le salía por encima del cinturón.

—¿Quieres que te traiga algo de comer? —preguntó Joan. Se mostró solícita y poco curiosa. Pero se suponía que la gente solía iniciar relaciones de esta forma, pensó, durante todas sus vidas.

Donna se incorporó de golpe.

—No debería comportarme así, ¿no? Estoy haciendo el ridículo, ¿no? —Joan se sentó a su lado en el banco—. Mi marido está enfermo y ya no me desea —dijo—. Cuando estaba bien, siempre me decía que aún era pronto para tener un bebé. Me decía que quería tomarse un tiempo antes de ser padre. Los hombres siempre actúan como si el mismo bebé estuviera ahí esperando, agazapado en la oscuridad, todos los meses, ¿lo habías pensando alguna vez?

En uno de los flecos de la fiesta, Amanda Sherrill, con su larga melena color melocotón brillando y ondeando, hacía una demostración de un ejercicio para adelgazar las caderas a un grupito de entusiastas. Agarró el asiento de una tumbona y extendió la pierna izquierda hacia arriba formando lentamente un arco.

—¡Madre mía! —gritó Jack Buttrick.

—Tu marido es muy simpático —dijo Donna—. Es gracioso, ¿no? Y tú también eres simpática. Es todo un detalle por vuestra parte haberme invitado. Estaba dando vueltas con el coche de Harry, llorando sola, y entonces choqué con vosotros. Os lo tomasteis muy bien. —Miró a Joan con gesto incómodo—. Tu marido piensa que tú y yo nos parecemos un poco —dijo—. Nunca me hubiera imaginado que eras del sur. ¿Echas de menos Florida?

—Mi padre siempre la llamaba Floridon't —dijo Joan. Así debían ser las cosas, pensó. Recuerdos y conversaciones, explicaciones y semblanzas, errores de juicio y arrepentimientos, echar un vistazo y dejarlo.

Donna se rio, mostrando una buena encía. Bliss no podrá hacer mucho con esta boca, pensó Joan. «Voy a por algo de comer», dijo. Caminó hacia la casa, sin la menor intención de volver con comida.

Joan subió al primer piso, entró en la habitación y cerró la puerta. Se acercó a la ventana y miró el jardín contiguo. El joven musculoso con bigote había entrado en el corral y jugaba con el cachorro de dóberman, el cual daba vueltas frenéticas y estrechas. El dueño del perro le puso las manos en los hombros y lo empezó a zarandear de lado a lado. Joan lo miraba todo sin apartarse de la ventana. La luz de la luna caía en la cinta de tierra donde el hombre y el perro jugaban a tirar el uno del otro, corrían en círculos y se levantaban el uno contra el otro. Entonces el hombre agarró al perro del collar y lo condujo al interior de la casa. El vallado quedó vacío.

Al cabo de un rato, Bliss entró en la habitación. Se puso a su espalda y la estrechó entre sus brazos. Tenía la cara húmeda y el pelo le olía a tabaco.

—¿Te acuerdas de la primera vez que llegamos aquí cuando todo terminó? —dijo Joan.

—No susurres —dijo Bliss.

—Lo dejamos todo atrás y viajamos en coche la noche entera y por la mañana paramos en una pequeña área de descanso, con árboles, junto a un río, y había dos viejos que estaban lavando a un perro grande y blanco en el agua. Un perro grande, viejo y blanco. Lo lavaban con mucho esmero y luego lo secaron con una toalla. El perro era lo que tenían.

—La gente está a punto de irse —dijo Bliss—. Bajemos a dar las buenas noches.

—No quiero ser como esos viejos —dijo Joan.

—Nunca lo serás —dijo Bliss—. Bajemos a dar las buenas noches. Sólo esta vez y nunca más.

LOS HOMBRES DE AZUL

Bomber Boyd, de trece años, les contó a las amistades que había hecho aquel verano que el estado de Florida había ejecutado a su padre por el asesinato de un ayudante del sheriff y su perro detector de drogas.

—Es una lástima que matara al perro —dijo una chica.

—¿Con pistolas, la silla o una inyección letal? —preguntó un chico.

—Con la silla —dijo Bomber. Le daba rabia haber metido al perro en la misma frase. Había sido completamente innecesario.

—La inyección letal es fascista, tío —dijo un chico menudo y de aspecto fiero—. ¿Qué estados usan la inyección letal?

—Florida, Florida, Florida —murmuró la chica—. Una vez fuimos a Key West. Vimos la puesta de sol. Fuimos al Sloppy Joe's. Compramos lámparas de caracola con unas figuritas de plástico de flamencos y palmeras que se iluminaban por dentro con unas lucecitas. —La chica llevaba el pelo cortado a lo mohicano, con una cresta que se elevaba por lo menos quince centímetros en el aire. Era pálida y tenía un cutis perfecto, con la única excepción de un lunar primorosamente colocado sobre su carnoso labio superior.

—Key West no está en Florida —dijo un chico.

Eran seis en total, cuatro chicos y dos chicas. Bomber estaba con ellos y esperaba.

May estaba en su jardín hojeando la colección de cien fotos que su hijo y su nuera habían tomado años antes en un viaje a Marruecos. Bomber tenía

cuatro años entonces y May había cuidado de él toda esa primavera. Había fotos de camellos, de ciudades amuralladas, de escaleras embaldosadas y de azoteas cubiertas de grandes cubas con tintes de distintos colores. May pasaba las fotografías metódicamente. Había hombres que se lavaban la cabeza en pilas de mármol para abluciones. En una carretera polvorienta había el montón de zanahorias más grande que May hubiese visto jamás. Había mirado las fotografías muchas veces. Lentamente se iba aproximando a una en concreto que nunca dejaba de inquietarla, una foto de su hijo en Fez. Llevaba pantalones caqui y un polo, y estaba agachado junto a una manta en la que había una colección de dientes. Le habían contado que en Marruecos había muchos sacamuelas que exponían en platos las piezas arrancadas para venderlas. En la fotografía, su hijo tenía un aspecto saludable, musculoso y observador, pero en su cara había algo extraño. Todo había empezado allí, pensaba May, de un modo u otro. Dejó las fotografías a un lado y cogió una colección de postales de esos mismos días, en su mayoría dirigidas a Bomber. May se acercó a los ojos una de las postales. Hombres en albornoces azules apoyados en sus camellos, con la desolación del desierto a sus espaldas. En el dorso, se leía: «¡Los hombres de azul! Teníamos tantas ganas de verlos, pero no lo conseguimos».

May y Bomber estaban intentando una vida juntos en otra ciudad. Sólo se tenían el uno al otro, ya que la madre de Bomber estaba descansando en California, donde seguramente reposaría una buena temporada, y Harold, el marido de May, estaba muerto. En esa ciudad nueva para ellos, que se encontraba en una isla, May había comprado una casa y había plantado un coqueto jardín de flores. La casa tenía dos habitaciones grandes en la planta superior que alquilaba por semanas a los turistas. Una era amarilla y la otra rosada. A May le gustaba oír sus voces en las habitaciones, pero por norma general sus turistas eran poco habladores. De hecho, a veces tenía que aguzar el oído para escuchar algo. Por supuesto, no esperaba oír los sonidos del amor. A fin de cuentas, los sonidos del amor no eran lo que importaba.

Una vez, mientras estaba en el pasillo de arriba sacando brillo a una

mesilla, le volvieron a la cabeza las últimas palabras de su marido. No sabía a ciencia cierta si uno de los huéspedes las había dicho en su habitación, ya fuera en la rosada o en la amarilla, pero ahí estaban las palabras: «Ese médico no puede ser más egocéntrico...». Exactamente las últimas palabras que habían salido de la boca de Harold.

Los turistas recogían caracolas y luego se las olvidaban en la habitación cuando se iban. Las dejaban sobre los escritorios o los alféizares de las ventanas, y May las cogía para devolverlas a la playa. Las noches que no podía conciliar el sueño, bajaba al centro del pueblo y se metía en un bar donde la gente joven iba a bailar, The Lucky Kittens, se llamaba, y pedía un vaso de cerveza. The Lucky Kittens era un sitio ruidoso y descuidado donde la gente bailaba toda la noche. May se sentaba sola en una mesa cerca de la puerta, una vieja dama, digna y fuera de lugar.

Bomber había bajado al puerto a ver la llegada de los turistas en el ferri. Los turistas desembarcaban sonrientes y dispuestos a todo, o eso pensaban. Dos chavales jugaban a pasarse una pelota de tenis en el muelle; el mayor llevaba el jersey de un *college* universitario. El más pequeño se movía peligrosamente por el borde del muelle y saltaba con las dos manos para cazar los lanzamientos altos, bombeados, que le enviaba su hermano. La marea había subido y el agua estaba oscura, llena de manchas de gasolina, y los dos se reían como unos dementes. Bomber supuso que eran hermanos y disfrutó viéndolos.

Una chica cruzó lánguidamente el muelle en su dirección. Era la chica pálida con el lunar perfecto y se lo acariciaba con delicadeza mientras caminaba. Sus sienes rapadas tenían una ligera pátina de talco para bebés. Se llamaba Edith.

—He estado pensando —dijo Edith—, y creo que lo que tendrían que hacer... Creo que con un gesto bastaría. A los asesinos podrían obligarles a vestir siempre de negro. Podrían ir adonde quisieran, pero siempre de negro y con una máscara en la cara o algo así.

A veces, se imaginaba lo que le había ocurrido a su padre como una

operación. Era una operación que le habían hecho.

—Una máscara —dijo—. No está mal.

Cruzó los brazos. Pensó que la cara alargada y pálida de Edith era hermosa.

Ella asintió.

—Una máscara —dijo—. Algo realmente alucinante.

—Pero eso no bastaría, ¿no? —preguntó Bomber.

—No podrían quitársela —dijo Edith—. Sería imposible.

Tenía una vena pálida en la sien que se curvaba como un trozo de cuerda.

—No nos hemos tragado lo que nos contaste —dijo—. Había un chico, se llamaba Alex, que tenía un barco. Y dijo que se llevó a hacer esquí acuático a una chica que no le caía bien. Mientras estaban esquiando en una cala donde había cisnes, viró de golpe a la derecha para dirigirla directamente hacia los cisnes y ella los destrozó, pero no era verdad. Es un cutre.

—¿Quién es Alex? —preguntó Bomber.

—Ah, anda por aquí —dijo Edith.

Se quedaron en silencio mientras los pasajeros del barco se arremolinaban a su alrededor. Miraron a los dos chavales que jugaban a pasarse la pelota. El pequeño seguía saltando de un lado para otro, sin mirar nunca atrás para calcular el espacio, con los ojos clavados en todo momento en la afelpada pelota que caía suave lanzada por la mano de su hermano.

—Es bonito, ¿no? —dijo Edith—. El niño parece tan confiado que es como si fuera una especie de santo, pero si creyera algo equivocado, entonces sí que sería un santo de verdad.

Bomber quería tocar la vena, el lunar, la sorpresa de aquel pelo oscuro y encerado, pero se quedó inmóvil, encorvado en su ropa.

—Sí —dijo.

—En plan, ya sabes... Si se cayera —dijo Edith.

Un sábado, May fue a la iglesia. Era una congregación que, según supo con alegría, no ponía reparos en enterrar a quien fuera. Se sentó en un banco detrás de tres mujeres jóvenes y estudió su bonito pelo rubio, sus cuellos, sus

collares y sus cremalleras. Una de las chicas se rascó el cuello. Al cabo de unos minutos volvió a hacerlo. May se inclinó un poco y vio una pequeña garrapata que caminaba sobre la piel de la chica. La cogió con los dedos con cuidado. Lo hizo con tanto sigilo que la chica ni siquiera se dio cuenta de que May la había rozado. Entonces apretó con fuerza la garrapata entre sus uñas y la tiró al suelo, donde desapareció de su vista.

Tras el oficio, la iglesia ofrecía un pequeño refrigerio. May se unió a un grupo alrededor de una mesa que estaba salpicada de fuentes con magdalenas, brillantes galletas y tartas glaseadas. Cuando vio decaer la conversación, dijo:

—Acabo de regresar de Marruecos.

—¡Qué exótico! —exclamó una mujer—. ¿Ha visto la casba? —El grupo se volvió hacia May y la miró con atención.

—Hay muchas casbas —dijo May—. Tomé el té en una jaima a las puertas del desierto. Los niños marroquíes siempre te piden aspirinas. «*Boom-boom la tête*», te dicen. «*Boom-boom la tête.*» Sus manitas están secas como el papel. Supongo que es por la falta de humedad.

—No viajaría sola, ¿no? —preguntó una mujer. Se había quedado sin aire al hablar.

—Sí, fui sola —dijo May.

El grupo soltó un suspiro en señal de respeto. May tenía en la mano una diminuta magdalena de arándanos azules. No recordaba haberla cogido. Estaba en la palma de su mano, envuelta en un papel que se confundía con la magdalena. No era la primera vez que una magdalena así se la jugaba a May en presencia de desconocidos. La devolvió a la mesa.

—Vi a los hombres de azul —dijo May.

Los integrantes del grupo la miraron sonrientes. Eran todos más altos que ella y tenían las cabezas ligeramente inclinadas.

—Hay muchos turistas que no consiguen verlos —dijo May—. Vagan por el desierto. Sus camellos son de un beige pálido, casi blancos, y los hombres que los montan van de azul. Llevan unas túnicas azules, holgadas, y turbantes azules. Incluso tienen manchas azules en la piel porque la ropa destiñe.

—¿Son nómadas? —preguntó alguien—. ¿Qué buscan en la vida?

May se quedó sorprendida. Notó que esa persona la miraba con recelo.

—Forman parte del misterio —dijo ella—. Verlos es ver parte del misterio.

—Habrá sido una experiencia digna de ver —aventuró alguien.

—Sí —dijo May—. Sí lo fue.

Un rato después el grupo se dispersó y May salió de la iglesia y regresó a casa cruzando a pie el pueblo. Le gustaba aquel lugar, tan apartado de todo. La gente sólo venía aquí si quería. No se llegaba por casualidad. Aquel pueblo parecía un lugar de paso y la gente no solía quedarse. Por supuesto, algunas personas sí se habían instalado. A May le gustaba la luz clara del pueblo y los árboles a los que el viento había dado una forma redondeada. Le gustaban las camionetas y los jeeps que circulaban con perros dentro. Cuando las camionetas aparcaban, los perros se quedaban mirando solemnemente a la acera como si hubiera allí algo verdaderamente asombroso.

May se sentía exultante, casi febril. Había empezado a mentir en una época bastante avanzada de su vida, pero lo hacía con entusiasmo. Bomber parecía no darse cuenta, aunque estuviera aquejado, en opinión de May, de una dañina obsesión por la verdad. Cuando May llegó a casa, se quitó el vestido bueno y se puso el que usaba para las tareas del jardín. Se miró en el espejo. «Estoy al cargo de esta persona —pensó—. Ándate con cuidado», le dijo a la persona del espejo.

Los amigos de Bomber no beben ni fuman ni comen carne. Son huesudos y salvajes. En invierno, un psiquiatra entra en sus aulas y dice: «Creéis que el suicidio es una escapatoria y no una salida definitiva, pero lo cierto es que se trata de una salida definitiva». ¡Lo saben de sobra! Sus ojos se empañan de aburrimiento. Sus madres solían mentirles cuando eran pequeños sobre la muerte, pero ahora están mejor informados. Es estúpido esperar de los muertos que hagan algo nuevo. Pero uno de sus compañeros de clase se había suicidado y por eso el psiquiatra volvía todos los inviernos.

—Plantaron un árbol —dijo Edith—. Ya sabes, en memoria de ese chico, en la escuela, y eso que el chico se había suicidado colgándose de un árbol.

—Edith torció el gesto—. No sé, esta escuela... Ya verás, vas a alucinar con esta escuela.

Edith y Bomber estaban sentados frente a frente en el recibidor de May, que se estaba llenando con la luz del crepúsculo. Edith llevaba unos pantalones cortos de hombre, botas de caña alta con cordones y una camisa hawaiana de manga corta de colores chillones.

—Qué casa más bonita —dijo Edith—. Huele muy bien. A veces veo a tu abuela saliendo del Kittens. Es mona.

—Una cosa que solía recordar de mi padre —dijo Bomber— es que de niño me regaló un tipi y lo plantó en medio del salón. Durante semanas dormí en la cabaña todas las noches, en medio del salón. Era genial. Pero en realidad no fue mi padre el que lo hizo. Fue mi abuela.

—Tu abuela es monísima —dijo Edith—. Sabía que iba a caerme bien. ¿Conoces a Bobby?

—¿Quién es Bobby? —preguntó Bomber.

—Es el flaco que tiene un diente un pelín montado sobre otro. Antes me gustaban los tíos como él. Le va pescar. No hay un pez que no sepa capturar.

—Yo no sé hacer eso —dijo Bomber.

—Bah, tú no tienes que hacer eso todavía —dijo Edith.

Las últimas cosas que May había llevado a su hijo eran un traje oscuro y una camisa blanca. Le habían dicho que podía hacerlo si así lo deseaba, y eso fue lo que hizo. Le había llevado muchísimas cosas en los dos años previos a su muerte —dulces y tabaco, libros sobre cualquier temática— y, por último, le había llevado esa ropa. Había comprado la camisa nueva y la había lavado en casa varias veces para que quedara bien suave, antes de viajar en coche a aquel lugar. Era una mañana fresca y brumosa y el aire olía a los productos químicos de las industrias papeleras a kilómetros de distancia. El rocío brillaba en los cables, en la hierba y en las hojas de las palmeras. Se sentó delante de su hijo en la sala alta, estrecha, conocida, cuyas altas ventanas estaban cubiertas de una telaraña de acero, y su hijo había abierto la caja de la camisa. Juntos la habían mirado. Juntos, en silencio, habían inclinado sus

cabezas sobre la camisa y la habían mirado fijamente. Sus ojos se hundieron en ella como si fuera un agujero. Miraron la camisa y pareció que se movía y encogía como si quisiera encajar en un pavoroso e inconcebible intersticio abierto en el tiempo y la finalidad.

—Vaya una camisa —dijo su hijo.

—Devuélvemela —susurró May.

Estaba muy asustada. Se había impuesto un demente sentido del decoro, y el terror —aquel terror que aguarda más allá del miedo a la muerte— la atenazaba.

—Será con ésta, me largo con ésta —dijo su hijo. Estaba delgado, le habían salido canas.

—No lo pensé bien —dijo May—. Devuélvemela, por favor. No puedo pensar en todo esto.

—Nací para ponerme esta camisa —dijo su hijo.

Sobre la barra de The Lucky Kittens había un gran cuadro con unos gatitos que intentaban escabullirse de un saco. El saco era enorme, desproporcionado si se comparaba con el mar y el cielo que había detrás. Cuando May lo miraba un rato, el saco parecía temblar. Una noche, mientras caminaba de vuelta a casa, alguien chocó contra ella, tirándola prácticamente al suelo, y salió corriendo con su bolso. El bolso contenía quince dólares, y también las postales y fotografías de Marruecos. May continuó caminando hacia su casa, sintiendo aún el peso del bolso en el brazo izquierdo. Ahora que le faltaba parecía pesar más. Se esforzó en seguir adelante, mirando, como de costumbre, las casas preciosas de la calle. Las ventanas iluminadas estaban repartidas con gracia, como si conformaran un panorama específico para el caminante. Nunca aparecía nadie en ellas. En casa, se miró en el espejo para ver si tenía algún rasguño. No había nada, aunque tenía la cara muy roja.

—Te han robado —le dijo a esa cara.

Fue al recibidor. En el piso de arriba, ya fuera en la habitación rosada o en la amarilla, alguien se movió. Le dolía el brazo. Apagó la luz, se sentó a oscuras y se lo frotó.

—La temperatura del desierto puede alcanzar sin problema los ochenta grados —dijo en voz alta—. De noche a veces hiela. A menudo, al despertarme al alba, descubría una capa de hielo en el vaso de agua que tenía junto a mi lecho.

Era algo que había leído en una de las postales. Podía verlo todo, la letra, las palabras, claras como el día.

Un rato después, escuchó la voz de Bomber:

—Abuela, ¿por qué estás sentada a oscuras?

La luz volvió a encenderse.

—¡Hola! —dijo May.

—A veces —dijo Bomber—, se queda tumbada en el jardín y, cuando entra la niebla, se queda allí.

—La niebla me envuelve como un torbellino —dijo May—. Y entonces Bomber me dice: «¡Abuela, ha entrado la niebla y te quedas ahí tan tranquila!».

May hablaba con una silueta que había al lado de Bomber y tenía una vistosa cresta en la cabeza. Aquella silueta llevaba unos pantalones anchos de seda y unas botas de campo negras con la puntera de acero.

—Abuela —dijo Bomber—. Ésta es Edith.

—¡Hola! —dijo Edith.

—Qué nombre más bonito —dijo May—. Hay un híbrido de azucena que se llama Edith. Me encanta. Plantaré un bulbo cuando llegue el otoño.

—¿Brotará todos los años? —preguntó Edith.

—Sí —dijo May.

—Genial —dijo Edith.

Unos días después del robo le devolvieron el bolso. Lo dejaron en el jardín, justo al lado de la verja. Estaba todo dentro, pero los billetes eran distintos. May llevaba un billete de diez y otro de cinco, pero los nuevos eran de dólar. Las postales estaban dentro. May tocó una y miró el texto del dorso que tan bien conocía. «Nunca oscurece en el desierto —decía el texto—. El firmamento es de un azul tan profundo e intenso que es como si el sol

estuviera confinado detrás del cielo.» Su hijo había sido un turista muy considerado. Le enviaba mensajes a casa, trataba de explicarle cosas que ella no tendría nunca ocasión de ver. Ni una sola vez le escribió desde la cárcel. Perdió las ansias de explicarse. May pensó en la muerte. Era como si alguien se inclinara sobre ella y quisiera soplarle algo en la boca. Meneó la cabeza y miró su bolso. «¿Dónde has estado?», le dijo al bolso. Las fotografías de Marruecos estaban ahí. Las revisó. No faltaba ninguna. Pero ya no las quería. Las cosas nunca eran iguales cuando volvían. Cerró el bolso y lo tiró en uno de los grandes cubos verdes de basura, cubriéndolo de flores mustias que había podado para que quedara bien escondido. En menos de una semana se lo devolvieron otra vez, dejándolo de nuevo dentro de la verja. La gente siempre estaba escarbando en la basura, se imaginó, para ver si encontraba algo. En el pueblo, los jóvenes empezaron a saludarla por su nombre. «May —decían—, ¡buenos días!» Decían: «¿Cómo andamos, abuela?». Era la madre del hombre condenado y Bomber era el hijo del hombre condenado, y no parecía que tuviera la menor importancia lo que hicieran o dejaran de hacer abuela y nieto, porque esa gente había dado la bienvenida al hombre condenado y era a él a quien abuela y nieto debían agradecer poder salir adelante.

Edith cada vez pasaba más tiempo en casa de May y Bomber. Se había teñido el pelo de un marrón curioso y llevaba varios pañuelos anudados al cuello.

—Me gusta este estilo —dijo Edith—. Es como si quisiera esconder que me han hecho una traqueotomía, ¿no?

—Te queda bien el pelo —dijo Bomber.

—¿Sabes lo que nos ha explicado el psiquiatra de la escuela? —dijo Edith—. Dice que cuando pensamos que queremos morir lo que en realidad queremos es cambiar.

—¿Qué mosca le ha picado a ese tío? —preguntó Bomber—. ¿Tenéis algún problema en la escuela o qué?

—Pues claro que sí —dijo Edith—. Te pareces un poco a tu abuela. ¿Tu padre se parecía a ella?

—Un poco, supongo —dijo Bomber.

—Eres un encanto de chico —dijo Edith—. Un encanto de chico malo. Te quiero un montón.

El verano terminó. La luz había cambiado y las hojas colgaban inmóviles de los árboles. En The Lucky Kittens se seguía bailando, pero ya no había tanta gente. Cuando May se pasaba por el bar, se negaban a cobrarle y May no ponía inconveniente. No era capaz, por lo visto, de valerse por sí misma.

Edith echaba una mano en casa. Limpiaba las ventanas con vinagre y hacía postres de chocolate. Una noche dijo:

—¿Aún le hacen pagar, bueno, el impuesto de la renta?

May miró a la chica y decidió mentir con rotundidad:

—No —dijo.

—Bueno, eso está bien —dijo Edith—. Sería bastante increíble que la obligaran a pagar impuestos después de lo que hicieron.

—Desde luego —dijo May.

—Pero le toca pagar de otras maneras —dijo Edith.

—Por favor, cariño —dijo May—. Sólo fue un error. A la larga no tiene ninguna importancia —dijo consternada ante sus propias palabras.

—La ayudaré a pagar —dijo Edith.

Los turistas dejaron de llegar cuando refrescó. Al inicio de curso, Edith preguntó si podía instalarse en la habitación amarilla. No se llevaba bien con sus padres, había cambiado de casa otras veces, dormía donde podía, en casas de amigos, pero no tenía un sitio donde vivir de verdad y ¿podía vivir en la habitación amarilla?

May estaba fascinada con Edith. No la quería en casa, encima de ella, viviendo en la habitación amarilla. Creía que Edith y Bomber debían seguir su camino, que debían intentar vivir juntos en otra parte, pero sabía también que ésa era su nueva vida. Aquella casa era tal vez el destino de su camino.

—Por supuesto, cariño —dijo May.

Estaba asustada y esto fue una sorpresa para ella, porque le parecía casi increíble que pudiera asustarse de nuevo después de lo que les había ocurrido,

pero ahí estaba, un sentimiento más allá de lo peor que pudiera pasar: una desconexión, una petición. Se acordó de que le había dicho a Edith que plantaría bulbos en el jardín al entrar el otoño, pero no pensaba hacerlo, desde luego que no. «No —le dijo May a su jardín—. Ni pensarlo.» Edith se instaló en la habitación amarilla. No se oía nada, pero May tampoco escuchaba.

Más adelante ocurrió algo que corrió por el pueblo. May conducía, era de noche, y el coche se salió de la carretera. La acompañaban Edith y Bomber. El coche dio dos vueltas de campana, se enderezó milagrosamente y regresó derrapando a la calzada con el techo y los guardabarros aplastados. Un policía lo vio todo y los siguió incrédulo durante casi dos kilómetros antes de hacerlos parar. Ninguno resultó herido y al principio negaron que hubiera ocurrido nada especial. May dijo:

—Pensé que sólo era un sueño, así que continué mi camino.

Después de lo ocurrido, los tres parecían más visibles, puesto que siguieron utilizando aquel coche maltrecho hasta que llegó el invierno.

LA ÚLTIMA GENERACIÓN

Tenía nueve años. «Nueve —le decía su padre—. No son pocos. Yo a tu edad...», y así sucesivamente.

Su padre se llamaba Walter y trabajaba de mecánico en un taller de Chevrolet en Tallahassee. Tenía un hermano de diecisiete años que se llamaba Walter Junior y él era Tommy. Los chicos eran huérfanos de madre. La madre se había matado en un accidente de coche un poco antes.

No había sido culpa suya.

La madre se ocupaba de casas que la gente alquilaba junto al río. Las limpiaba y se encargaba de administrarlas para los dueños. Justo antes de que se muriera, se atascó el retrete de una de las casas. «Le dije al fontanero —les contó la madre de Tommy— que quería saber exactamente qué había obstruido el conducto porque no me fiaba ni un pelo de esos inquilinos. Sospechaba que no era normal, que habían metido algo aposta ahí dentro. Le dije: “Dime lo que encuentres”, y cuando me volvió a llamar me dijo: “¿Quería saberlo, no? Pues he encontrado grasa de carne y toallitas de papel”.»

Se había emocionado muchísimo con lo que le había contado el fontanero. A Tommy le dolía pensar que su madre todavía estuviera dándole vueltas al asunto cuando se murió, que estuviera conduciendo sin dejar de maravillarse por el hallazgo —¡grasa de carne y toallitas de papel!— y recibiera entonces el impacto y se muriera.

Había frenado en un cruce para dejar pasar a un vehículo de emergencias con las luces encendidas que iba a toda velocidad y en ese instante una camioneta había chocado contra su coche por detrás. El vehículo de

emergencias tenía un destino programado, pero ni siquiera se trataba de una urgencia. Se suponía que debía acudir a un circuito donde se disputaban carreras de coches de serie y llegaba tarde. Las carreras —que eran las primeras de aquella temporada— estaban a punto de empezar en el momento del accidente. Walter Junior estaba sentado en la vieja tribuna con una chica, esperando a que dieran la salida, y el *speaker* acababa de ordenar a los pilotos que pusieran los motores en marcha. Se había producido un bramido atronador en el circuito soleado y polvoriento y un enorme enjambre de insectos se había elevado desde la madera carcomida de las gradas. La chica que se sentaba junto a Walter Junior había gritado y le había tirado su Coca-Cola por encima. Los insectos, hormigas voladoras rojas y largas con las alas transparentes, se contaban por millares.

Tommy no había visto la preocupante explosión de insectos. Se encontraba en casa, montando un pequeño coche de juguete y pintándolo con un esmalte plateado.

A Tommy le gustaba saltar a la cuerda. A veces comía tierra. Le emocionaban las tormentas eléctricas. Era pequeño para su edad, un niño enclenque. Llevaba unos vaqueros azules con unos gruesos dobladillos para alargarlos cuando creciera, pero crecía despacio. A menudo pasaban varias semanas sin que el niño creciera ni un centímetro.

La casa en la que vivían junto al río tenía dos plantas y un gran porche y estaba rodeada de árboles. Había una trampilla de madera en el techo que daba acceso a una tubería particularmente problemática. La tubería goteaba cuando le daba la gana, pero no siempre. Al parecer, los constructores de la casa la habían colocado en un ángulo que hacía imposible cambiarla o repararla. Walter había puesto un cubo para recoger el agua en el espacio que había entre el techo de la habitación de Tommy y el suelo de la planta superior, y dejaba pasar unas cuantas semanas antes de vaciarlo. Tommy creía que allí arriba existía algo que necesitaba agua, como todos los seres vivos, una cosa callada, atenta y vigilante que compartía con él la habitación. Al mismo tiempo sabía que no había nada ahí. Walter tiraba el agua del cubo en el patio. Para Tommy, era importante estar con su padre cuando bajaba el cubo, lo vaciaba y lo volvía a poner en su sitio.

En la casa, además de otras fotografías, había una de Tommy a los seis años junto a su madre. Se la habían hecho en la orilla del mismo río donde seguía viviendo lo que quedaba de la familia, pero no en el mismo sitio. La foto había sido tomada río arriba. Tommy cogía un pez por la cola. Su madre tenía el pelo negro y le sonreía mientras él miraba el pez. Tommy sujetaba el pez del revés y no era muy grande, aunque sí lo suficiente, por lo visto, para no devolverlo al río. Le habían contado que lo había pescado él y que luego su madre lo había frito especialmente para él en una sartén con mantequilla y sal, y que luego se lo había comido, pero Tommy no recordaba nada de todo eso. Lo que recordaba era que se había encontrado aquel pez, lo cual no era cierto.

Tommy quería mucho a su madre, pero no la echaba de menos. No le gustaba demasiado su padre, nunca le había gustado. Walter Junior sí le caía bien.

Walter Junior llevaba bigote y tenía su propia camioneta Chevy. Le gustaba salir a dar una vuelta por la noche con sus amigos y a veces se llevaba a Tommy. Los chicos mayores bebían cerveza, increpaban a gritos a los ocupantes de las camionetas Ford y, en general, armaban escándalo mientras iban a toda pastilla por las carreteras del río. Una vez vieron a una mujer desnuda en una ventana. Los faros iluminaban todo tipo de cosas. Una noche, uno de los chicos señaló un buzón.

—¡Mirad, un buzón de trescientos dólares!

—Un buzón no puede costar trescientos dólares —berreó otro de los chicos.

—Lo he visto anunciado. Es totalmente indestructible. No le puedes arrancar la puertezuela. Le das con un bate de béisbol o un madero y te revienta la madera, no le hace ni cosquillas. Métele un M-80 y no le hace ni cosquillas.

—¿Qué es un M-80? —preguntó Tommy.

Los chicos mayores se quedaron mirándolo.

—No sabe qué es un M-80[*] —dijo uno de ellos.

Walter Junior paró la camioneta y dio marcha atrás. Todos bajaron y miraron el buzón.

—¿Pero qué clase de cartas debe de recibir esta gente? —dijo Walter Junior.

Los chicos empujaron el buzón.

—¿Lo está pidiendo a gritos, no? —dijo uno de los chicos.

Todos se rieron y se encogieron de hombros. Uno de ellos echó una meada en el buzón. Entonces subieron a la camioneta y se marcharon.

Walter Junior también tenía novias. Durante un tiempo, su chica fue Audrey, sólo Audrey. Tenía el pelo muy abundante y una tez muy blanca y tersa, y Tommy pensaba que era guapa. Pensaba que ella y su hermano eran como unos dioses jóvenes que, después de múltiples tribulaciones y pruebas, lograban crear el mundo sirviéndose exclusivamente de sus poderes milagrosos y metamorfosis. En realidad, formaban una pareja bastante corriente. Si acaso, Audrey tenía un aspecto curioso e incluso se diría que era fea.

—Si te casas con mi hermano, seré tu cuñado —le dijo Tommy.

—Ya —dijo ella.

—¿Por qué no te caigo bien? —Él sentía veneración por ella y no se le escapaba que ejercía algún tipo de dominio sobre su vida.

—¿A quién le importará eso?

—A mí. A Tommy. Quiero saberlo.

—¿Quién es ese Tommy?

Y se reía, lo tiraba al suelo, lo agarraba de las rodillas, lo ponía cabeza abajo, con lo que quedaba colgando como un mono, y luego lo volvía a poner de pie y le daba un chicle rancio.

Entonces Walter Junior empezó a salir con otras chicas.

—Me ha dejado plantada —le dijo Audrey a Tommy—. Por las buenas.

Aquello ocurrió hacia el final del verano que en sus primeros días había visto morir a su madre. Su ropa todavía colgaba en el armario. Audrey iba todos los días a su casa y se sentaba con Tommy en el porche, mirando al río, en unas sillas de rejilla pintadas de rosa cerdito.

Audrey le había dicho: «No se puede confiar en nadie»; y también: «No dejes que te mangoneen».

Cuando Walter Junior pasaba por el porche no la miraba ni una sola vez.

Era como si Audrey no estuviera ahí. Pasaba silbando, con el pelo negro y crujiente y la barriga lisa como una tabla de madera. Llevaba gafas de sol, aunque aquel verano había sido todo menos luminoso. Había hecho un tiempo fresco y húmedo. El agua del río tenía un color amarillento por la lluvia.

—¿Tu padre echa de menos a tu madre? —le preguntó Audrey a Tommy.

—Ni idea.

—¿Quién la echa más de menos?

—No sé —dijo Tommy—. Supongo que mi padre.

—Eso es —dijo Audrey—. Así es el amor de verdad. Querer algo que te falta.

Audrey le traía regalos. Un día le regaló un libro grande sobre los icebergs. Tommy estaba seguro de que lo había robado. Miraron juntos el libro y Audrey le leyó algunos trozos en voz alta.

—Los monjes fueron los primeros en descubrir los icebergs —dijo Audrey—. No es exactamente lo que dice aquí, pero intento simplificártelo. Los monjes que descubrieron los icebergs pensaron que eran castillos flotantes de cristal. —Señaló el río con el dedo—. Apriétate los ojos y mira el río. Parece una nube sobre el suelo, ¿lo ves?

Tommy se apretó los ojos. No pudo verlo.

—Me gustan las nubes —dijo.

—Las nubes ya no son tan bonitas como antes —dijo Audrey—. Todo el mundo lo sabe.

Tommy volvió a mirar el libro. Era un libro grande, en el que sólo había fotos de icebergs, o eso le pareció. ¿Cómo podía haberlo robado? Audrey pasaba las páginas adelante y atrás, sin ningún orden que él pudiera apreciar.

—Luego llegaron otros exploradores que descubrieron las vacas marinas —leyó Audrey—. Las vacas marinas comían algas en las aguas poco profundas del estrecho de Bering. Eran colosales y no muy listas. Su piel era como la corteza de los robles viejos. Descubierta en 1741, la vaca marina quedó extinta en 1768.

—No sé qué quiere decir *extinta* —dijo Tommy.

—Mil setecientos sesenta y ocho fue un año del siglo XVIII. Luego

llegaron los siglos XIX y XX, y ahora estamos en el siglo XXI. Éste es el siglo de la destrucción. La Tierra existe desde hace aproximadamente cuatro mil seiscientos millones de años y no sería de extrañar que nos la carguemos en sólo cincuenta años más.

Tommy se quedó pensando.

—Tendré cincuenta y nueve años —dijo—. Y tú tendrás sesenta y cinco.

—No creo que nos apetezca estar por aquí cuando se carguen la Tierra —dijo Audrey.

Entró en la cocina y sacó dos polos del congelador. Se los comieron deprisa y sus labios y lenguas quedaron teñidos de rojo.

—¿Quieres que te dé un beso? —dijo Audrey.

Tommy abrió la boca.

—Escucha —dijo ella—. No babeas cuando das un beso. ¿Dónde has aprendido eso?

—No lo he aprendido —dijo él.

—No importa —dijo ella—. Nunca nos besaremos. Somos la última generación.

Walter preparaba la cena para sus chicos todas las noches cuando regresaba del trabajo. Ponía la mesa y servía unos tazones de leche.

—En fin, hombretones —les decía—. Aquí estamos. —Entonces se echaba a llorar—. Lo siento, hombretones —les decía.

Esas tardes, el sol descendía en un cielo con pinceladas de nubes hasta hundirse tras los bosques mojados, dejando tras de sí un resplandor manchado que no tardaba en desaparecer.

De noche, Tommy casi no podía dormir porque esperaba la llegada de la mañana, y luego su final, que daba paso a la tarde, cuando volvería a estar con Audrey, meciéndose en las sillas metálicas.

—Ser de la última generación entraña ciertas responsabilidades —dijo Audrey—, aunque parezca que no tengamos ninguna. No saber nada, no querer nada y no ser nada es lo que se nos exige, pero al mismo tiempo hemos de quererlo todo, saberlo todo y ser todo.

Arriba, en su habitación, Walter Junior levantaba pesas. Podían oír su respiración fuerte, entrecortada.

La cara extraña y tersa de Audrey parecía no tener expresión alguna. Era como si estuviera vacía.

—¿Querías a mi hermano? —preguntó Tommy—. ¿Aún estás enamorada?

—Por supuesto que no —dijo Audrey—. Sólo éramos amigos pasajeros.

—Mi padre dice que todos somos huéspedes pasajeros de Dios.

—Dice esas cosas porque vuestra madre se largó antes de tiempo. — Chasqueó los dedos.

Tommy estaba bien aferrado a los brazos redondeados de la silla metálica. Se llevó las manos a la cara y las olisqueó. Había soñado varias veces que las hundía en el pelo de Audrey hasta las muñecas. Su pelo tenía el color del pan de jengibre.

—Bueno, el amor no es como te lo imaginas —dijo Audrey.

—No me imagino nada —dijo Tommy.

—El amor es cruel. Estoy leyendo un libro para la asignatura de literatura inglesa. *Cumbres borrascosas*. En ese libro lo encuentras todo, pero más que nada trata de la crueldad del amor.

—Cuéntame el libro entero —dijo Tommy.

—Emily Brontë escribió *Cumbres borrascosas*. Te voy a contar una historia sobre ella.

Tommy se rascó una costra de la rodilla.

—Emily Brontë tenía un bulldog que se llamaba *Keeper*. Lo quería muchísimo. La única mala costumbre que tenía era que se subía a las camas para dormir. El ama de llaves se quejó del perro y Emily dijo que si volvía a encontrarlo una sola vez durmiendo sobre una cama limpia y blanca, lo apalearía. Pues bien, Emily lo encontró una noche durmiendo en una cama limpia y blanca y lo bajó a rastras, lo llevó a un rincón y la emprendió a puñetazos con él. Le golpeó hasta dejarle los ojos hinchados, ensangrentados y medio ciegos. Y después de la paliza cuidó de él hasta que se curó.

Tommy se meció en su silla, mirando a Audrey. Dejó de rascarse. La costra no quería saltar.

—Tuvo una vida muy dura —dijo Audrey—, pero era buena.

—¿Le dijo luego que lo sentía? —preguntó Tommy.

—No. Desde luego que no.

—¿Y *Keeper* la perdonó?

—Los perros no piensan así.

—Nunca he tenido un perro —dijo Tommy.

—Yo tuve una perra de niña. Era un golden retriever. Tenía el mismo aspecto que todos los golden retriever. El mismo tamaño, el mismo color del pelo y unos ojos grandes y tristes. El mismo comportamiento. Era una perra fiel, impaciente y resignada al mismo tiempo. ¿Sabes lo que quiero decir? Pero me gustaba mucho. Era especial para mí. Cuando se murió, pedí que la enterraran bajo mi ventana, pero ¿sabes lo que me dijeron? Me dijeron: «El mejor sitio para enterrar a un perro es tu corazón».

Audrey se quedó mirándolo hasta que Tommy dijo:

—Es verdad.

—Es una bobada —dijo ella—. Una bobada de ya sabes qué. No dejes que te mangoneen con estos cuentos. Ándate con ojo.

—De acuerdo —dijo él, y meneó la cabeza.

A veces Audrey iba a verlo a la escuela. Tommy le había dicho a qué hora salía al recreo y ella se acercaba caminando al patio y hablaba con él desde el otro lado de la valla metálica. Una vez se trajo a una amiga. Se llamaba Flan y llevaba ropa que le iba grande, una falda larga y ancha y un jersey enorme con animalitos que corrían en filas. Los animalitos estaban partidos por la mitad en las costuras del cuello y los puños de las mangas.

—Es como un muñequito, ¿a que sí? —dijo Flan.

—Bueno, no lo asustes —dijo Audrey.

Flan estaba resfriada. Se llevaba unos pañuelos arrugados a la boca y los ojos. Los pañuelos eran azules, rosados y verdes, y después de restregárselos por la cara se los metía en los bolsillos, pero uno de ellos se salió y voló hasta los hierbajos que crecían junto a la valla del patio. El viento no se lo llevó y se quedó allí, aleteando.

—No lo estoy asustando. ¿Dónde pillaste todos esos lunares que tienes en el cuello? —preguntó a Tommy.

—¿Qué quieres decir con que los pilló? —dijo Audrey—. No los pilló en ningún lado.

—¿No te preocupan todos esos lunares? —insistió la chica.

—No —dijo Tommy.

—Eres un chiquitín muy valiente, ¿a que sí? —dijo Flan—. Hay otras cosas, se lo he visto. No digo que todo sean lunares. —Se pellizcó el espantoso jersey—. Este jersey me lo regaló Audrey. Lo mangó. ¿Sabes que manga cosas y luego las devuelve al cabo de unos días? Pero éste me gusta tanto que no lo devolverá.

Tommy miró con gesto triste el jersey y luego a Audrey.

—A veces lo más divertido es devolver las cosas —dijo Audrey—. Pero otras no tiene ninguna gracia.

—Audrey puede mangar cualquier cosa —dijo Flan.

—¿Puede mangar una casa? —preguntó Tommy.

—Es tan *mono* —chilló Flan.

—Tengo que volver —dijo Tommy.

Tras él, en el patio de la escuela, los niños estaban enfrascados en un juego curioso, corrían, se agachaban, daban gritos. Parecía que no había reglas. Corrió hacia ellos y oyó que Flan decía:

—Ese chiquitín es monísimo, ¿a que sí?

Tommy nunca volvió a ver a Flan, cosa que le alegraba. Preguntó a Audrey si Flan formaba parte de la última generación.

—Sí —dijo Audrey—. Por supuesto que sí.

—¿Y mi hermano también es de la última generación?

—Técnicamente, sí, por supuesto —dijo Audrey—. Pero en realidad, no. Tiene demasiadas cosas.

—Yo tengo cosas —dijo Tommy. Tenía sus cochecitos en miniatura—. Tú me has regalado cosas.

—Pero no son tuyas porque todo lo que te he dado lo he mangado. Da igual, dentro de poco todo eso dejará de preocuparte. Te olvidarás de todo, pero a Walter Junior le encanta tener cosas suyas y le gusta pensar en las cosas que hará. Tiene su camioneta y sus pesas y esas camisas con botones de nácar.

—Quiere unas botas de piel de lagarto por su cumpleaños —dijo Tommy.

—Qué patético —dijo Audrey.

Todas las noches, cuando Walter volvía a casa del trabajo, se frotaba bien las manos y los brazos, ponía la mesa y servía la leche. Los chicos se sentaban a izquierda y derecha de su padre. La silla en la que se sentaba su madre miraba al patio, a un montón de leña.

—Hombretones —empezó a decir Walter—. A vuestra edad, no sabía... —Meneó la cabeza y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Hacía tiempo que no se acordaba de vaciar el cubo de la habitación de Tommy. Una mancha pálida se había extendido por el techo. Tommy se la enseñó a Audrey.

—Qué bonita —dijo ella—. La forma, con todas esas sombras marrones y amarillas, pero en realidad no te dice nada. No es más que otro trozo de la condenada realidad que nos rodea. —Abrió la trampilla y bajó el cubo.

—Un monje cogería el agua, se la llevaría al desierto y la echaría en un palo reseco y roto —dijo—. Por eso la gente se hace monje, porque se hartan de estar todo el día en medio de esta condenada realidad.

—Seamos monjes —dijo Tommy.

—A los monjes les gusta la soledad —dijo Audrey—. Aman la soledad por encima de todas las cosas. Cuando empezó a haber monjes, hace muchos muchos años, esperaban el final de los tiempos.

—Pero el final de los tiempos no llegó, ¿no? —preguntó Tommy.

—En esa época todavía faltaba mucho. No sabían lo que hoy sabemos.

Audrey llevaba unas sandalias plateadas. Una vez se le había roto una de las tiras y Tommy se la había arreglado con su cola instantánea Hot Stuff.

—Algún día podríamos tener un niño igualito que tú —dijo Audrey—. Y lo llamaríamos Tommy Segundo.

Pero a él no le convencía la propuesta. Le daba miedo que ese Tommy Segundo fuera a salir de algún modo de sus propias entrañas. Le asustaba hacerlo y sentirse avergonzado. Así que estuvieron de acuerdo en descartar la idea.

Un día, Walter Junior le dijo:

—Escucha, Audrey no debería andar por aquí todo el tiempo. Es una rara. No es una mamá, créeme.

—No necesito una mamá —dijo Tommy.

—Está cabreada conmigo y quiere recuperarme aprovechándose de ti. Contigo sólo practica. Supongo que no quieres que practiquen contigo, ¿no? Audrey es una persona muy infeliz.

—Yo soy infeliz —dijo Tommy.

—Deberías salir a jugar. Al fútbol o algo así.

—¿Por qué? —dijo Tommy—. Papá no me gusta.

—Eso te lo acabas de inventar —dijo Walter Junior—. Claro que te gusta papá.

—Audrey y yo somos de la última generación y tú no lo eres —dijo Tommy.

—¿De qué me estás hablando?

—Deberías serlo, pero no lo eres. Y no puedes hacer nada.

—Vamos a dar una vuelta en la camioneta —dijo Walter Junior.

A Tommy todavía le gustaba ir en la camioneta. Pasaron por las casas que su madre había limpiado. Tenían buen aspecto. Ahora las limpiaba otra persona.

—No tienes buena cara —dijo Walter Junior—. Estás muy pálido. Siempre andas mustio.

La aguja de la brújula negra del salpicadero temblaba. El recipiente de la brújula contenía un líquido que parecía agua. Quizá lo era. Tommy lo observaba todo con atención, pero intentaba no pensar en lo que veía. Audrey le estaba enseñando a hacerlo. Al cabo de un rato, se acordó de volverse hacia su hermano y sonreírle. Esa sonrisa hizo sentir mejor a su hermano, era evidente.

Las noches de invierno eran frescas. Cuando se ponía el sol, Audrey y Tommy seguían sentándose en las sillas del porche, pero ahora se cubrían con mantas.

—Walter Junior vuelve a salir con un montón de chicas —dijo Audrey—. Es agradable tener estas noches para nosotros solos, pero estaría bien hacer alguna excursión juntos, ¿sabes? Tengo muchas cosas que enseñarte. ¿Has estado alguna vez en la torre de televisión que hay al norte del pueblo?

El padre, Walter, ya se había acostado. Trabajaba y dormía. Había conservado los trocitos de la pastilla de jabón que su madre había dejado en

la ducha. Los había envuelto en un pañuelo de papel y los había guardado en un cajón. Pero poco a poco, casi sin darse cuenta, había empezado a dormir en el centro de la cama.

—No —dijo Tommy—. ¿Está en el bosque?

—Es mucho más alta que el bosque y no está muy lejos de aquí. Se llama Tall Timbers. Está justo en el centro de las rutas migratorias de las aves. Miles de pájaros chocan con ella cada año, de todas las especies. Podemos ir y mirar los pájaros.

Tommy estaba desconcertado.

—¿Los pájaros están muertos?

—Sí —dijo ella—. En un periodo de once años, han encontrado treinta mil pájaros de ciento setenta especies distintas en la base de la torre.

—¿Y por qué no la cambian de sitio?

—No hacen las cosas así —dijo Audrey—. Nunca se les ocurriría.

No quería ver los pájaros alrededor de la torre.

—Vamos —dijo de todos modos.

—Iremos en primavera. Es cuando los pájaros cambian de latitud. Es cuando se trasladan de un sitio a otro. Hay un pajarito diminuto, una especie de parúlido, que vivía por aquí en primavera, pero hace años que nadie ve ninguno. No lo han encontrado en la base de las torres de transmisión. Antes sí encontraban ejemplares, por eso saben que se ha extinguido.

—Los monjes a veces vivían en lo alto de torres muy altas —dijo Tommy, porque ella se lo había contado—. Si un monje subiera a la torre, podría ahuyentar a los pájaros, podría mover los brazos o hacer algo para que no chocaran.

—Los monjes viven en una penumbra fresca y cristalina del entendimiento y el corazón —dijo Audrey—. Nunca se preocuparían por eso.

Se mecieron en las sillas del porche. El porche se había pintado varias veces en colores distintos. En las marcas que habían dejado las sillas se veían capas de un verde claro, un verde más oscuro, un azul y un rojo. Los bichos revoloteaban alrededor de las luces.

—Si me pongo enfermo, ¿te quedarás conmigo? —preguntó Tommy.

—No estoy segura. Depende.

—Mi madre se habría quedado.

—Bueno, nunca se sabe —dijo Audrey—. Tienes que entender que las mamás a veces se cansan. Y a veces les apetece olvidarse un poco de todo. Empiezan a comerse el tarro y se largan.

—¿Tienes mamá? —preguntó Tommy con cautela.

—Técnicamente, sí —dijo Audrey—, pero como si no la tuviera. Igual que tu madre, de hecho. Para que algo pueda irse, primero tiene que estar aquí, ¿no? Aun así, no le guardo ningún rencor. Es importante no ser rencoroso.

—Yo no soy rencoroso —dijo Tommy.

Entonces, una tarde, Walter llegó a casa del trabajo en el taller y fue como si se hubiera despertado de un sueño extraño. No pareció que aquel despertar le causara ninguna sorpresa. Sus días y noches de pena tocaron a su fin con una conmoción no mayor que la causada por la quilla de un bote al tocar la orilla de un río. No lloró más. Metió las cosas de su mujer en cajas de cartón y las guardó. De hecho, guardó las cajas en el hueco que había encima de la habitación de Tommy.

—¿Qué hace esa chica en casa todos los días? —preguntó—. Ya no es la novia de Walter Junior, ¿no? No debería venir tan a menudo.

—Audrey es mi amiga —dijo Tommy.

—No es una buena chica. Y es demasiado mayor para ser amiga tuya.

—Entonces yo soy demasiado pequeño para ser amigo tuyo.

—No, cariño, tú eres mi hijo.

—No me gustas —dijo Tommy.

—Me quieres pero no te gusto, ¿es eso? —Walter estaba más delgado y más limpio. Hablaba con alegría.

Tommy reflexionó sobre aquellas palabras. Meneó la cabeza.

En la escuela, en el límite del patio, Audrey habló con Tommy a través de la valla metálica.

—¿Has estado en ese bonito pantano que hay cerca del pueblo? Está lleno de peces, todos de especies distintas. ¿Sabes cómo lo saben?

No lo sabía.

—Echan veneno en distintas zonas del pantano. Tiran redes de pescar y

luego echan el veneno dentro. Se mete en las branquias de los peces y los ahoga. Los peces salen flotando a la superficie y luego los sacan y clasifican. Pesan y miden cada ejemplar.

—¿Quién hace eso?

—Lo hacen un par de veces al año para comprobar si hay tanta variedad de especies como antes. Es su forma de contarlos. Ésa es su manera de ser. Actúan como si las cosas les importaran, pero no es verdad. Sólo fingen.

Tommy le contó que su padre no quería verla más en casa y que se suponía que no podía seguir hablando con ella.

—Papá ha vuelto, ¿no? —dijo Audrey—. Lo que pasa es que cree que puede empezar de nuevo. Es patético.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo Tommy.

—No le escuches —dijo Audrey—. ¿Por qué le haces caso? Somos la última generación. Nosotros escuchamos otra cosa.

Se quedaron un rato en silencio, escuchando. Los otros niños habían vuelto a clase.

—¿Qué escuchamos? —preguntó Tommy.

—Lo reconocerás cuando lo oigas. Ocurrirá algo, una cosa inusual para la que estamos preparados desde el primer día. La vida de tu papá ha dado un giro, y es para peor, es obvio. Es como si ahora fuera un desconocido que avanza por un camino equivocado. ¿Entiendes lo que quiero decir? O más bien es su vida la que se parece a un desconocido que se ha quedado completamente inmóvil. Un desconocido en el margen de un camino oscuro esperando a que pase tu padre.

Aparentemente, su padre pudo mantener a raya a Audrey. Tommy jamás habría pensado que tal cosa fuera posible. Sabía que su padre no tenía ninguna fuerza, pero aun así Audrey ya no se acercaba. Walter se movía por la casa con sus botas negras manchadas de grasa arreglando cosas. Pintó la cocina y ordenó la leña del patio. Cambió la cañería que pasaba por encima del techo de la habitación de Tommy. Todos habían asumido desde hacía tiempo que aquella cañería no tenía arreglo, pero aun así la cambió y dejó de gotear. Ahora utilizaban el cubo para sacar las cenizas de la estufa de leña. Walter Junior encontró trabajo en el gimnasio donde hacía pesas. Sus

músculos eran largos y duros y parecía inquieto. Estaba obsesionado con las chicas y con el dinero. Quiso tener su propio apartamento, en el pueblo.

Tommy vivía solo con su padre.

—Háblame, hijo mío —decía Walter—. Te quiero.

Tommy no decía nada. Su padre le daba un poco de asco. Estaba intentando empezar de nuevo. Era patético.

Solamente veía a Audrey los días que iba a la escuela, durante el recreo. La esperaba junto a la valla, bajo la luz vítrea e intratable de las tardes sureñas.

—Una vez un chico me dijo que mis pezones eran como boles de cereales Wheaties —dijo Audrey.

—¿Cuándo? —dijo Tommy—. No.

—Es un símil. Los símiles son una bobada. Se acabó el tiempo para los símiles. Antes sí lo había, pero se acabó. No podemos ver lo que vemos y pensar que se parece a otra cosa. No nos han dejado mucho, pero lo poco que nos han dejado tenemos que verlo tal y como es.

A veces pasaban varios días sin que Audrey se presentara. Luego la veía un día esperando junto a la valla o aparecía de pronto mientras él la esperaba. Sin embargo, empezaron a pasar los días, más días que nunca.

Días en los que Walter le decía:

—Nos necesitamos el uno al otro, hijo mío. Todavía no lo hemos superado. Tenemos que ayudarnos el uno al otro. Necesito que me ayudes.

Era la hora de cenar. Estaban terminándose la comida que Walter había preparado.

—Quiero que Audrey vuelva —dijo Tommy.

—¿Audrey? —Walter pareció sorprendido—. Walter Junior se enteró de lo que le ocurrió a Audrey. Como dicen, le tocó recoger lo que había sembrado.

Miró a Tommy y luego apartó la vista, consternado.

—¿Y quién te quiere a ti? —dijo Tommy—. Nadie.

Walter se frotó la cabeza con las manos. Echó un vistazo al salón y vio la leche que Tommy había tirado al suelo. No había nadie en la casa salvo ellos. No había animales, no había nada. Walter entendió que nada era ya posible.

Por la noche, Tommy oyó que su padre caminaba por la casa, chocando con los muebles, gimiendo. Cayó un vaso al suelo. El ruido del vaso al romperse pareció durar una eternidad. El aire de la casa era estadizo, amargo. Abrió la ventana de su habitación y notó el aleteo del aire cálido sobre su piel. Abajo, se oían los latigazos del río a lo largo de la orilla cenagosa. Estaba a punto de empezar la estación en la que Audrey y él podrían ir a la torre de los pájaros. Lo notaba en el aire. Audrey vendría a buscarlo desde dondequiera que estuviese, desde dondequiera que la hubieran obligado a marcharse, y juntos irían a la torre a encontrar aquel diminuto parúlido. Entonces sabrían que todavía existía porque lo habrían encontrado muerto. Serían ellos los que lo encontrarían. Eran la última generación, eran los que lo verían todo por última vez. Eso es lo que hace la última generación.

INVITADO DE HONOR

Estaba pasando una mala época y a veces había pensado en suicidarse, pero suicidarse en el penúltimo curso de secundaria no podía ser más cursi, y había que andarse con ojo porque dos de sus compañeras de clase se habían suicidado el curso anterior y entre las dos habían dejado veinticuatro notas de suicidio y al final la gente se lo tomó a guasa. Habían dejado las notas por todas partes, repletas de faltas de ortografía y pedanterías variadas. El espectáculo que habían dado era una farsa. Luego, ese mismo curso, una chica ingirió una sobredosis de paracetamol, que por supuesto no le hizo nada, pero se corrió la voz y cuando volvió al instituto vio que le habían forzado la taquilla para llenársela hasta arriba de cajas de paracetamol. En plan qué idiota eres. Dadas las circunstancias, lo raro era que Helen pensara en el suicidio. No era nada guay. Lo único que conseguías era quedar en ridículo. Y además la gente se burlaba de los padres de esas chicas. Los consideraban fomentadores del suicidio, malvados y débiles, y la gente pasaba de ellos y les hacía la vida casi imposible. Vivían en un pueblucho. Helen no quería hacerle la vida más difícil aún a su madre.

Su madre se estaba muriendo y quería morir en casa, cosa que Helen podía comprender y, de hecho, según decía, comprendía perfectamente, aunque en realidad no lo comprendía tan bien como aseguraba y a esas alturas estaba claro que no era lo que había que comprender. No había nada que comprender.

Su madre tenía una campanilla de latón en la mesilla de noche. Era la misma campanilla que le daban a Helen cuando se ponía enferma de pequeña, enferma de cualquier enfermedad infantil inofensiva. Sólo tenía que alargar la

mano y tocar la campanilla para que su madre y a veces incluso su padre fueran a verla. Su madre ahora no usaba nunca la campanilla y en realidad la mantenía allí como una especie de broma. Su madre no estaba postrada en la cama. Podía moverse un poco por la noche y durante el día se instalaba en otras habitaciones de la casa por sus propios medios o con la ayuda de otras personas. De cuando en cuando, una de las mujeres que había contratado para cuidar de ella incluso se la llevaba a dar un paseo en coche, para ver los carámbanos o para ir a la ventanilla del banco. Su madre se llamaba Lenore y a veces, de noche, gritaba ese nombre, el suyo, «¡Lenore!», con una voz fuerte, urgente, y Helen se estremecía en su habitación y lloraba un poco.

La cosa ya hacía tiempo que duraba. Ese verano, Lenore había recibido el diagnóstico que la sentenciaba, pero había experimentado varias mejorías, según decían los médicos, hasta hacía poco. Nada quedaba ya de las margaritas que habían brotado en otoño junto al olmo quebrado por una tormenta, incluso los niños pequeños en Halloween eran agua pasada. Acción de Gracias había transcurrido sin pena ni gloria y pronto sería Navidad. Lenore no quería oír hablar de la Navidad. Las cajas con las bolas y las luces estaban en el sótano, enterradas bajo un montón de cosas. Helen había cometido el terrible error de preguntarle una noche qué quería por Navidad y Lenore le había dicho: «¿Eres estúpida? —Luego había añadido—: Perdona, no quería parecer tan ansiosa. Son los medicamentos. Ni siquiera me reconozco la voz. ¿Suena bien mi voz? Cómprame algo que puedas aprovechar después. Una joya o algo así. ¿Quieres que te dé dinero para el regalo?». Lo decía de verdad.

Al principio, se trataban de igual a igual en las apasionadas conversaciones que mantenían. Aquello era más serio que una boda. Había que hacer tantos preparativos. Incluso se habían reído como crías al recordar juntas algunas anécdotas. Se acordaron de cuando Helen era una niña pequeña, antes del divorcio, e iban los tres en coche a algún sitio y pararon a su padre por exceso de velocidad, y Lenore quiso que le sacaran una fotografía con el policía, y Helen se la había hecho. «¡Qué locura!», le dijo Lenore a Helen.

Cuando muriera Lenore, Helen se iría a Florida a vivir con su padre.

—Nunca he tenido el menor deseo de ir a Florida —dijo Lenore—. Que te aproveche.

Al principio, la muerte les brindaba la oportunidad de ser interesantes. Era algo especial. Sólo disponías de un intento para hacerlo bien. Pero luego empezó a desaparecer de su campo visual. Se convirtió en algo menor, y más terrible. Todo significado se desmoronó. Empezaron a esperarla. Era terrible, terrible. Lenore tenía amigos, pero ahora preferían llamarla, ya no iban tan a menudo a verla. «No vengáis —les decía Lenore—. Las visitas me dejan agotada.» Cosas sin importancia empezaron a estropearse en la casa. Goteras, luces fundidas. La bombilla de la cocina parpadeaba cuando se abría el grifo. Helen engordó inexplicablemente. El perro, su perro, empezó a cambiar. Se volvió tímido. «¿Crees que está raro?», le preguntó Lenore a Helen.

No le comentó que el perro había empezado a gruñirle. Era un gruñido secreto, nunca lo hacía cuando había otras personas delante. Se había aficionado a ir por la casa con una de sus zapatillas. Era raro verlo sin ella en la boca. Tenía una fijación con esa zapatilla.

—¿Te acuerdas de cuando le puse loción Grecian en el hocico porque se le había encanecido muy pronto? —dijo Lenore—. ¿Te acuerdas? Sólo tenía un año y el pelo se le empezó a poner blanco. Qué cosas hacía... Qué manera de perder el tiempo...

Pero ahora no sabía en absoluto a qué dedicar su tiempo. El tiempo parecía más abierto que nunca. Era imposible satisfacerlo, era imposible hacer por él todo lo que te pedía.

Lenore se sentía muy inquieta.

Una noche soñó que no se estaba muriendo. Era otra persona la que se había muerto. La gente se lo decía constantemente. Y ahora estaban empezando a cansarse de recordárselo. Perdían la paciencia con ella.

Soñó también que comía pan y se moría. Dos grandes barras de pan. Kilos de pan, recién salido del horno, caliente. Se lo comía todo, tenía tanta hambre, ¡tantísima hambre! Pero luego se moría. Era culpa del pan. Que estaba demasiado caliente, ésa fue la explicación. Había gente en su habitación, pero ella no estaba.

Al despertar, notó en la garganta el pan caliente, gomoso, casi líquido,

quemándola por dentro. Se quedó tumbada en su lado de la cama, con sus ojos oscuros bien abiertos. Eran las cuatro de la madrugada. Puso los pies en el suelo. El perro le gruñó. Dormía en su habitación con la zapatilla, y al verla pasar le soltó un gruñido. A veces notaba que la pena la atenazaba y se quedaba mirando al perro, con los ojos llenos de lágrimas, escuchando sus gruñidos. Cuanto más lo miraba, más prolongado se hacía su manso gruñido.

Soñó con un tatuaje. Fue un sueño agradable. Se alejaba caminando y tenía un tatuaje precioso que le cubría los hombros, la espalda, incluso la parte posterior de sus piernas. Era indescriptiblemente bonito.

Helen soñó que su madre quería un tatuaje. Quería que le tatuaran toda la piel, un tatuaje integral y personalizado, pero nadie quería hacérselo. Helen se despertó protestando, refunfuñando, aterida de frío. Había apartado las mantas con los pies. Se cubrió de nuevo con las mantas y se acurrucó todo lo que pudo. Había un chico en el instituto que se había hecho un tatuaje y ahora no le dejaban jugar en el equipo de baloncesto.

Por la mañana, Lenore dijo:

—¿Te gustaría hacerte un tatuaje conmigo? Podríamos hacerlo juntas. No creo que sea morboso. Creo que luego te hará feliz. Uno bonito, pequeñito, da igual dónde. ¿Qué te parece?

Cuantas más vueltas le daba, más perfecta le parecía la idea. ¿Qué otra cosa podía hacer? Ya le había regalado a Helen su alianza de boda.

—Le pediré a alguien que venga para que nos lo haga en casa. Yo me ocupo —dijo Lenore.

Helen no pudo oponer resistencia a la idea. Aún tenía sueño, siempre tenía sueño. Había algo que no cuadraba en la idea de su madre, pero tampoco era para tanto.

Sin embargo, Lenore no pudo ocuparse del asunto. Cuando Helen regresó del instituto, su madre le dijo:

—No es posible. Estoy tan disgustada que se me han quitado las ganas, así que te lo cuento resumido. He llamado... Habré hecho veinte llamadas por lo menos. Al final he conseguido que alguien se pusiera al teléfono. El tipo se llamaba Smokin' Joe y tiene el taller a ciento cincuenta kilómetros de aquí, pero por cómo hablaba supuse que lo haría. Y le he preguntado si había algún

sitio del cuerpo donde no hiciera tatuajes, y el tipo va y me suelta: «Caras, pollas y manos».

—¡Mamá! —dijo Helen. Se sonrojó.

—Y le pregunto si había algún *tipo de persona* a quien no hiciera tatuajes. Y me responde que a los borrachos y a los moribundos. Así que asunto cerrado.

—Pero no tenías que decírselo. No tendrías que habérselo dicho —dijo Helen.

—Eso es verdad —dijo Lenore con desánimo. Luego miró enojada a Helen—. ¿Estás chiflada? ¡A veces pienso que estás chiflada!

—¡Mamá! —dijo Helen, llorando—. Tienes que hacer lo que quieras.

—¡La idea fue mía! ¡Mía! —dijo Lenore. El perro dio un ladrido agudo y nervioso—. Ay, hablo demasiado alto —dijo Lenore, y sonrió al perro como si quisiera decir que qué listos eran los dos por haberse dado cuenta de que estaba gritando.

Esa noche Lenore no pudo dormir. No tuvo sueños, ninguno. Unas nubes altas se deslizaban lentamente por la ventana. Se levantó y fue al salón, a un escritorio que tenían allí. Miró con desagrado todos los objetos de la habitación. No había nada en ese salón que quisiera llevarse a la tumba, ni una sola cosa. El perro había salido amodorrado del dormitorio y se había recostado junto a sus pies, con la zapatilla en la boca, una zapatilla roja con un lacito. Quería tomar nota de unas cuantas cosas, poner en orden algunos asuntos. Sacó una hoja de papel. La caldera se encendió y oyó que algo se movía dentro de las paredes. «Disfruta mientras puedas», dijo. Se sentó al escritorio, con la espalda muy recta, esperando algo. Al cabo de un rato miró al perro. «Dámela —dijo—. Dame la zapatilla.» El perro gruñó, pero no se apartó de su lado. Cogió un bolígrafo y escribió en el papel: «Cuando me vaya, el perro se viene conmigo. Prométemelo». Dejó la nota a la vista para que Helen pudiera encontrarla.

Entonces pensó: «Este perro es el más estúpido que he tenido. No lo quiero conmigo». Le sorprendió ser capaz aún de pensar así. Rompió el papel. «¡Lenore!», gritó, y se retorció las manos. Quería ser dueña de sí misma. Su mente corría a trompicones, jadeante, entre las ramas retorcidas de

un bosque oscuro.

Cuando Helen se levantaba, Lenore solía pedirle que le hiciera unas tostadas. Las tostadas estaban ricas. Helen estampaba las palabras BUENOS DÍAS en el pan. Con un accesorio parecido a un molde para galletas. Cuando la rebanada estaba tostada, estampabas las palabras y luego las rellenabas con miel.

Helen se esmeraba con las tostadas todas las mañanas, como siempre había hecho. Se sentaban juntas a la mesa de la cocina y se las comían. El aguanieve golpeaba las ventanas. Helen miró su tostada con ojos soñadores, las letras doradas sobre un fondo casi negro. A ambas les gustaban las tostadas casi quemadas.

Lenore se sentía en paz. Pero era una crueldad sentirse en paz, una crueldad con Helen.

—Enciende la radio —dijo Lenore— y averigua si suspenden las clases.

Si Helen tenía que quedarse en casa, aprovecharía la ocasión para hablar con ella. Hablarían de cosas importantes. Cosas que seguirían teniendo importancia en años venideros.

La gente que había llamado a la tertulia hablaba de los lobos. «Tendrían que controlar la población de lobos —dijo alguien—, ya basta de adorar a los lobos.»

—No soporto a esta gente —dijo Helen.

—¿Eres una adoradora de lobos? —preguntó su madre—. Ten cuidado.

—Creo que también tienen derecho a vivir —dijo Helen apasionadamente. Pero luego se sintió mal. Todo lo que decía estaba mal. Cambió de emisora. No iban a suspender las clases. Nunca lo hacían.

—Tienes una mancha en la blusa —dijo su madre—. ¿Por qué vas siempre toda manchada? Tendrías que comprarte ropa nueva.

—No quiero ropa nueva —dijo Helen.

—No puedes ponerte mi ropa. No es una buena idea. Tengo que deshacerme de mi ropa. Quizá haga eso hoy. La miraré con Jean. Es Jean quien viene hoy, ¿no?

—¡No quiero tu ropa!

—¿Por qué no? ¿Ni siquiera los jerséis?

La boca de Helen tembló.

—¡Qué vamos a hacer! —dijo Lenore. Se pasó las uñas por las mejillas. El perro ladró.

—Mamá, mamá —dijo Helen.

—Tenemos que hablar, quiero hablar —dijo Lenore. Qué sería de Helen, de su pequeña...

Helen vio entonces la mancha que había descubierto su madre en la blusa. ¿Cómo se la había hecho? Había aparecido de repente. Se habría cambiado si hubiese tenido tiempo.

—Cuando me muera, te olvidaré —empezó a decir Lenore. Era una obviedad, no era eso lo que quería decir—. Los muertos sencillamente te olvidan. Olvidan las cosas más importantes, todas las cosas que han querido, todo lo que hemos... —Cerró los ojos, luego los abrió con esfuerzo—. Hoy me apetece pintarme los labios —dijo—. Si no lo hago, recuérdamelo cuando vuelvas.

Helen salió con el tiempo justo para no perder el autobús. Algunos de sus compañeros de clase esperaban en la acera, encorvados, con las capuchas puestas. Hacía un frío atroz.

En la casa, Lenore miró al perro. Cada persona tenía un número concreto de perros en su vida y éste sería el último de la suya. Le entraron ganas de darle una patada. Pero le había cambiado el carácter cuando se había puesto enferma, antes no era así. El perro estaba perplejo. A él tampoco le gustaba todo eso, la muerte. Le dio pena. Regresó a su habitación y el perro la siguió con la zapatilla.

A las nueve llegó la primera de una retahíla de auxiliares de enfermería y acompañantes. A las tres empezó a oscurecer. Helen regresó antes de que dieran las cuatro.

—Hay que sacar el perro a pasear —dijo su madre.

—Está todo helado, mamá. Se cortará las almohadillas de las patas.

—¡Hay que sacarlo! —gritó su madre. Llevaba un poco de pintalabios y estaba sentada en una silla, retorciéndose las manos.

Helen encontró la correa y convenció al perro de que la siguiera hasta la puerta. El perro dirigió una mirada cautelosa hacia la tiniebla fría y húmeda.

Dieron unos cuantos pasos hasta llegar a un arbusto que el perro había matado hacía mucho tiempo y lo roció con unas pocas gotas de orina. Caminaron un poco más, cruzando el jardín que brillaba con una luz difusa, hasta llegar a la calle. Era una noche serena, sin viento. Se oyó un silbido en el aire. «Vamos —dijo Helen—, ¿no te apetece hacer nada?» El perro caminaba impasible a su lado. Los ojos de Helen empezaron a llorarle de frío. Su madre le había dicho: «Quiero música de Verdi en el funeral. Y de Scriabin. Nada de himnos religiosos». Helen había pedido unos cuantos discos por correo. ¿Cómo, si no, iba a conseguir las piezas de Verdi, de Scriabin? Una vez había llamado a su padre y le había dicho: «¿Qué vamos a hacer con mamá?».

—¿Dónde habéis estado? —dijo su madre cuando regresaron—. Dios mío, he pensado que os había atropellado un camión.

Cenaron macarrones con queso que había preparado una de las mujeres. Lenore comió sin decir una palabra y luego miró el plato vacío.

—¿Quieres repetir, mamá? —preguntó Helen.

—Una de las chicas me ha dicho que se quedará con el perro —dijo Lenore.

Helen tragó saliva.

—Creo que es una buena idea —dijo.

—Pues así lo haremos. Se lo llevará mañana.

—¿Es para ver si se llevan bien o algo así?

—No, quiere quedárselo. Ella vive en un barrio complicado y el perro, ya lo sabes, puede resultar imponente cuando quiere. Cuanto antes lo hagamos, mejor será. Solamente tiene cinco años. Los cumplirá el mes que viene. — Sabía cuándo era el cumpleaños del perro. Se rio al pensarlo.

Al día siguiente, cuando Helen regresó del instituto, el perro ya no estaba. Tampoco estaban sus cuencos en un rincón junto al fregadero.

—Por lo menos he recuperado mi zapatilla —dijo Lenore. La zapatilla roja. La tenía en la mano.

Helen estaba haciendo los deberes. Era una niña curiosa, pensó Lenore. Ahí estaba, haciendo los deberes.

—Casi no me queda tiempo —dijo Lenore—. He llegado al final de mi

vida.

Helen levantó la vista.

—Mamá —dijo.

—No puedo creerlo.

—Soy una nihilista —dijo Helen—. Eso es lo que voy a ser.

—Ni se te ocurra pensar que vas a ser una nihilista —dijo su madre—. ¿Te estás riendo de mí? No te atrevas a burlarte de mí. Aún soy tu madre. — Le enseñó el puño.

—Mamá, mamá —dijo Helen—. No me estoy burlando. —Se puso a llorar.

—No llores —dijo Lenore con indiferencia.

Helen volvió a sumergirse en su libro de texto. Había subrayado todas las frases de una página. ¡Todas! Estúpida... En Florida también sería una estúpida, pensó. La única manera de pensar en Florida era estando en casa con su madre. De lo contrario, Florida no existía realmente.

—Dios es la nada. ¿Vale? —dijo Lenore—. La frase es el del Maestro Eckhart. Pero todo lo que no es Dios, no es nada, y así debería ser considerado. ¿Vale? Eso lo dijo otro.

Helen no habló.

—No nací ayer —dijo su madre—. Por eso sé estas cosas. Ni siquiera nací anoche —Se rio. Volvía a nevar. Hacía horas que caía una nieve húmeda. Primero el aguanieve, luego más frío, finalmente esa nieve.

—Helen —dijo su madre—. ¿Me haces una bola de nieve? Ve a hacerme una bola de nieve y tráela adentro.

Helen se levantó y salió como si estuviera hipnotizada. A veces se comportaba así, como si fuera un instrumento involuntario y, sin embargo, eficiente. Podía tener ideas, pero no pensarlas. De esta forma se protegía y al mismo tiempo ayudaba a su madre a completar la tarea, y la tarea no era otra que aquel extraño asunto.

La nieve estaba húmeda y preciosa. Enormes copos golpeaban con suavidad su cara y al tacto parecían seres vivos. Fue más allá del arbusto que había sido del agrado del perro, hundió las manos en la nieve y formó una bola para su madre tan perfecta como una naranja.

Lenore estudió la bola.

—Está bien esta nieve, ¿no? —dijo—. Es perfecta.

La comprimió un poco más y se la tiró a Helen desde la otra punta de la habitación. Le dio de lleno en el pecho.

—¡Oh! —exclamó Lenore.

—Me has hecho daño, mamá —dijo Helen.

—Oh, serás... —dijo Lenore—. Ve a buscarme otra.

—¡No! —dijo Helen. Le había parecido dura como una piedra. Le dolían los pechos. Su madre le sonreía con avidez.

—Haz dos, vamos —dijo su madre—. Haremos una guerra de bolas de nieve en casa. ¡Claro que sí!

—¡No! —dijo Helen—. Todo esto... Estás fingiendo...

Lenore la miró. Se ciñó el albornoz.

—Me voy a la cama —dijo.

—¿Quieres que prepare un té? —dijo Helen—. Deja que te haga un poco de té.

—Té, té —la imitó Lenore—. ¿Qué tomarás en Florida? Tomarás té helado.

Esa noche Lenore soñó que estaba en un barco junto con otras personas. Un barco blanco en unas aguas hermosas y transparentes. Navegaban a buena velocidad, pero había un sonido metálico, arrítmico, incesante, triste. Era triste. «Son los coletazos —dijeron—. El pez no cabe en la caja. Así los llamamos, coletazos.» «Dejadlo salir», suplicó Lenore. «Demasiado tarde —dijeron—. Es tarde para el pez.»

—¡Lenore! —gritó.

Fue a la habitación de Helen. Su hija dormía con la luz encendida, con la radio sonando a bajo volumen, con los libros tirados encima de la cama.

—Duerme conmigo —dijo su madre.

Helen se encogió.

—No puedo, por favor —dijo.

—¡Madre mía, no te da la gana dormir conmigo! —dijo su madre. Aún conservaba cosas de la infancia de Helen: pequeños camiones, libros para colorear, tarjetas de San Valentín.

—Vale, vale —dijo Helen. Tenía los ojos desorbitados. Parecía deslumbrada.

—No, vale, olvídalo —dijo Lenore.

Meneó la cabeza de lado a lado, con la respiración entrecortada. La habitación de Helen estaba casi vacía. No había fotografías, ningún objeto de decoración, ni siquiera un espejo. Habían grapado unos plásticos a los marcos de las ventanas para que no entrara el frío. ¿Cuándo pasó eso?, se preguntó Lenore. Mañana, pensó. Era mejor no intentar hablar de noche. Las palabras de la noche eran salvajes. Volvió renqueando a su habitación. Tenía los pies hinchados, descoloridos, le supuraban agua. Los escondería. ¿Pero dónde los iba a esconder? Se sentó en la cama con las almohadas a la espalda y los miró. Se volvieron remotos, indescifrables.

Se hizo de día una vez más. «Madre... Tierra...», dijo alguien en la radio.

—¿Un huevo? —preguntó Helen—. ¿Te apetece un huevo de desayuno?

—Hoy deberías ir a que te corten el pelo —dijo Lenore—. Ve al salón de belleza.

—No, mamá. Está bien como está.

—Diles que te corten las puntas o algo así. Tienes que hacer algo con ese pelo.

—Pero te quedarás sola —dijo Helen—. Estarás sola en casa.

—Ve después de clase. Puedo cuidar de mí misma una horita. No creo que vaya a ocurrir nada en una hora, ¿no crees? —Lenore se sintió astuta al decirlo. Luego añadió—: Quiero que estés guapa, que te sientas a gusto contigo misma.

—No soporto esos sitios —dijo Helen.

—¿No puedes hacer nada por mí? —dijo Lenore.

Volviendo del instituto, Helen bajó del autobús en un centro comercial.

—No tengo hora —le dijo a la mujer del mostrador.

—Querrá decir una cita —dijo la mujer—. Lo que no tiene es una cita.

La llevaron inmediatamente a una silla enfrente de un largo espejo. Las mujeres sentadas en las otras sillas se miraban en el espejo, lo mismo que las peluqueras que les cortaban el pelo. Todas estaban relajadas, charlando, pero Helen no sabía hacerlo. Ni siquiera sabía hacer algo tan sencillo como eso.

A veces Helen soñaba que era su propia hija. Su hija era una persona libre, egocéntrica, poco familiar. Casi nunca pensaba en Helen. Pero no podía fingir eso.

Miró a la mujer que estaba sentada a su lado. Tenía el pelo largo y mojado y fumaba un cigarrillo. Llevaba una tobillera negra porque estaba en libertad condicional.

—Estos trastos no sirven para nada —dijo la mujer—. Podría quitármelo, pero creo que el trasto este queda elegante. La verdad es que a veces me quito el dichoso chisme y nuestros caminos se separan. Se separan *mucho*.

—¿Qué es lo que hizo? —preguntó Helen.

—¡No hice nada! —chilló la mujer. Entonces se echó a reír. Tiró el cigarrillo en la tacita de café que tenía en las manos.

El lavado, el cortado, el secado, todo consumió mucho tiempo. Su peluquera era una asiática que se llamaba Mickey.

—¿Cuántos años me echas? —preguntó Mickey.

—Veinte —dijo Helen. Mickey no la miraba por el espejo y tampoco se miraba a sí misma. Tenía la mirada un poco perdida, como la de los perros a veces.

—Tengo treinta y cinco —dijo Mickey, contentísima—. Tengo una decimoctava parte de sangre ainu. ¿Sabes algo de los ainu?

Helen sabía que no tenía ninguna obligación de responder. Alguien a unas cuantas sillas de distancia dijo en tono de incredulidad: «¿De verdad que va a llamar al bebé *así*?».

—Los ainu son un pueblo aborigen del norte del Japón. Hasta hace poco tenían la costumbre de matar a un oso en un ritual sagrado todos los años. Los antropólogos estaban como locos con ese ritual y se llevaron un buen chasco cuando los ainu dejaron de practicarlo. Pero mira, te lo voy a contar igual. Al final del invierno cazaban un osezo y se lo daban a una mujer para que lo amamantara. ¡Alucinante! Después de destetarlo, le daban comida maravillosa, lo acariciaban y jugaban con él. Estaba encerrado en una jaula, pero aparte de eso lo trataban como si fuera un invitado de honor. Pero al final siempre llegaba el día en el que el jefe del poblado se acercaba al oso y le comunicaba con gran pesar que debían matarlo aunque lo quisieran

muchísimo. Esta parte era un discurso muy largo. Entonces ataban al oso y lo sacaban a rastras de la jaula, lo sujetaban a un poste y le disparaban flechas con la punta roma que sólo lo torturaban. Luego le apretaban el cuello entre dos palos, estrangulándolo poco a poco, tras lo cual lo despellejaban, decapitaban y ofrecían a su cabeza un trozo de su propia carne. ¿Qué te parece? ¿Crees que sabían lo que se traían entre manos?

—¿Y ahí acababa la cosa? —dijo Helen—. ¿Pasaba algo más después?

Todo se lo tomaba en serio. Mickey empuñaba con gesto dramático el secador y Helen notó que la cabeza le ardía.

—¡Ésa es mi gente! —dijo Mickey, obviando sus preguntas—. ¡Te ha quedado estupendo, guapa! ¡Viva el estado de Maine! —Sonaba resentida. Apagó el secador, le quitó la bata y le pasó un cepillito por los hombros—. Pregunta por Mickey la próxima vez —dijo—. Ésa soy yo. Felices pascuas.

Helen pagó y salió a la intemperie. La sensación del frío en su cabeza resultaba deliciosa. «Un invitado de honor», dijo en voz alta. Vivir era como ser un invitado de honor. Aquel pensamiento quedó fuera de ella, enorme y tranquilo. Pero luego dejabas de ser un invitado de honor. El pensamiento se alejó de ella y se disipó.

Su madre estaba viendo la televisión sin volumen cuando Helen llegó a casa.

—Bonito corte de pelo —dijo su madre—. No te lo toques. Haz el favor de no tirarte del pelo así, por el amor de Dios. Es bonito. Estás guapa.

En realidad era un corte de pelo espantoso. Las grandes orejas de Helen parecían flotar en el aire como si ya no estuvieran unidas a su cabeza. Lenore la contemplaba en silencio.

—Mamá —dijo Helen—. ¿Sabes que hay una patrona de la televisión?

Lenore pensó que aquel comentario era para partirse de risa.

—Es verdad —dijo Helen—. Es santa Clara.

Lenore se preguntó cuánto tardaría en volverle a crecer el pelo.

Al cabo de un rato estaban comiendo helado. Se habían puesto la bata. Helen leía una novela rusa. Le encantaban las novelas rusas. Todos los personajes eran tan apasionados, tan atormentados. Se agarraban la cabeza, se desmayaban, se extasiaban, salían al galope. La nieve. Comparada con la

nieve rusa, la de Maine le pareciera raquílica, insignificante.

—Este helado sabe mal —dijo su madre—. Sabe como a lejía.

Un olor repugnante le trepó por la garganta. Helen continuó leyendo. De todos modos, ¿a quién se le ocurría tomarse un helado en pleno invierno?, se preguntó Lenore. Era una desidia. Algo se iba apoderando calladamente de su cuerpo. Le habría gustado salirse de su cuerpo, vaya que sí.

—Escucha —dijo—, creo que si Jesús entrara en casa en este mismo instante, no te dignarías ni a levantar la vista.

Helen se mordió el labio y bajó de mala gana el libro.

—Mamá... —dijo.

—Y harías bien quizá. Seguro que no tendría carisma. Me apuesto mi último dólar a que no. Si tuvo carisma, fue sólo porque esa gente vivía en tiempos prerracionales.

—Jesús no va a entrar en casa, mamá, por favor —dijo Helen.

—Bueno, algo entrará, algo grande. Vete preparando. —Estaba enfadada—. Te ha tocado el camino más difícil —dijo finalmente—. Comportarse de una forma que luego no te dé vergüenza recordar. ¿Pero sabes qué camino me ha tocado a mí? Mi camino es el camino *nuevo*.

Como todo hijo de vecino, Lenore tenía terror a quedarse sola en el mundo, olvidada de Dios, que nadie le hiciera caso. A fin de cuentas, vivían miles de millones de personas en el mundo, así que no era descartable.

—¿El camino nuevo? —preguntó Helen.

—Oh, no hay nada nuevo en ese camino —dijo Lenore enojada. Se acarició la cara con las manos. No debería hacerle esto a Helen, a su pequeña Helen. Pero era tan sumisa. ¡No plantaba cara! Y había que luchar.

—Vuelve a lo tuyo —dijo Lenore—. Estabas leyendo, estabas concentrada. Ojalá yo pudiera concentrarme. Mi mente salta de una cosa a otra. ¿Sabes lo que estaba pensando? ¿Te lo he contado alguna vez? Cuando aún estaba sana, ¿antes de que fuera a ver al médico? Estaba en unos grandes almacenes mirando un abrigo y supongo que me puse delante de una mujer que había ido a hacer lo mismo. Aunque no tengo ni idea... Y la mujer empezó a mirarme fijamente. Era muy consciente de su mirada, pero pasé de ella un buen rato, incluso me fui a otra parte. Pero me siguió, sin quitarme los

ojos de encima. Hasta que por fin la miré de frente. No apartó la mirada, pero ahora miraba *a través* de mí, y se puso a hablar con alguien, retomando la conversación con quienquiera que la acompañara, y en ningún momento dejó de mirarme para demostrarme lo insignificante que era, lo infinitamente insignificante que era... —Lenore se inclinó hacia Helen, pero se apartó enseguida, mareada—. Y me sentí maldita. Sentí que esa mujer me había echado una maldición.

—Menudo bicho raro —dijo Helen.

—Me pregunto dónde aprendió a hacerlo —dijo Lenore—. Me gustaría verla otra vez. Me gustaría matarla.

—Yo también lo haría —dijo Helen—. Segurísimo.

—No, esa tipa ni se merece que la asesinen —dijo Lenore—. El asesinato es para unos pocos elegidos. A veces pienso en el asesinato... A veces pienso que ojalá alguien me asesinara. De sopetón, sin previo aviso, por ninguna razón en concreto. No daría crédito. Sería como no morir.

Helen estaba sentada con la bata puesta. Tenía frío. Mucha gente había escrito libros sobre la muerte. Y nadie tenía la menor idea de lo que estaba hablando, por supuesto.

—Estoy cansada de hablar —dijo Lenore—. No quiero hablar más. Estoy cansada de pensar en lo que viene. ¡Por qué tenemos que estar pensando todo el santo día en ello! Un filósofo dijo que la Muerte era la Gran Pensadora. Piensa el instante al que se redujo tu vida, lo piensa hasta el fondo.

—¿Cuál? —preguntó Helen.

—¿Cuál qué?

—¿Qué filósofo?

—No me acuerdo —dijo Lenore. A veces, Helen le parecía graciosa, muy graciosa.

Lenore no soñó esa noche. Estuvo jadeando en la cama. No estaba preparada, pero al mismo tiempo no le quedaba nada pendiente que hacer. Ese día, la muchacha había lavado y secado las sábanas, y antes de volver a hacer la cama las había planchado. ¡Sábanas planchadas! Eran agradables, aún podían serlo. Había sido esa muchacha tan aficionada a planchar. Lo planchaba todo. ¿Cómo se llamaba? Lenore se levantó y se movió con paso

inseguro por las habitaciones de la casa. Le costaba mucho mantener el equilibrio. Luego bajó al sótano. El corazón le latía con fuerza, lo notaba pequeño y húmedo en su pecho. Miró el indicador de combustible de la caldera. Estaba a un poco más de un cuarto de su capacidad. No iba a encargar más, se limitaría a esperar acontecimientos. Casi no tuvo fuerzas para subir las escaleras. Encendió la lamparita de la mesa donde desayunaban y se sentó en la silla, esperando a Helen. Vio pelos de perro en el suelo que se juntaban y luego deslizaban sobre las baldosas.

Helen se notaba enferma, pero se obligó a ir al instituto. Le dolía la garganta. Calentó un poco de miel en una sartén y se la tomó a cucharadas.

—Hoy no me muevo —dijo Lenore.

—Eso está bien, mamá. Tómalo con calma. Últimamente has estado muy atareada. —La frente de Helen brillaba de sudor. Se abotonó la chaqueta de lana con dedos temblorosos.

—¿Te has resfriado? —preguntó su madre—. ¿Quién te lo ha pegado? Quédate en casa. Así, la enfermera que viene esta tarde te echará un vistazo y te recetará algo. Mírate, estás sudando. Seguro que tienes fiebre. —Le dieron ganas de llorar por su pequeña Helen.

—Hoy tengo una prueba, mamá —dijo Helen.

—Una prueba —dijo Lenore, maravillada. Soltó una carcajada—. Hazlas ahora, pero no las hagas después. Hacerlas después no sirve de nada.

Helen se pasó un trapo de cocina por la cara.

—¡Madre mía, un trapo! —dijo Lenore—. ¿Se puede saber qué te pasa? ¡Dios mío, qué será de ti!

Sorprendida, Helen soltó el trapo. Casi esperaba ver su cara en él. Eso era lo que había preocupado tanto a su madre, que se hubiera borrado la cara. Cualquiera sabe que no hay que borrarse la cara... Tuvo un vahído. Pensaba en la prueba, en que faltaban pocas horas para hacerla. Sacó un trapo limpio de un cajón y lo colgó.

—¿Y si me muero hoy? —dijo Lenore de pronto—. Quiero estar contigo. Dios mío, no quiero estar sola.

—Tengo pruebas toda la semana —dijo Helen.

—Pues mejor que me espere, ¿no? —dijo Lenore.

Las lágrimas rodaron por las mejillas de Helen. No dio un paso atrás y miró a su madre con gesto terco.

—Desde niña supiste abrirlas o cerrarlas a conveniencia —dijo Lenore—. Igual que un grifo. Lágrimas de cocodrilo. —Pero con un gemido le lanzó los brazos. Luego se apartó—. Tenemos que lavar todo esto —dijo—. No podemos dejarlo todo en el fregadero. —Cogió el vaso sucio que había utilizado para tomarse las pastillas y lo lavó bajo el grifo. Luego lo levantó hasta la altura de la ventana, pero se le escurrió entre los dedos y se rompió al caer en el alféizar. «Antes estaba sucio y entero —pensó—, y ahora está limpio y roto.» Le pareció un pensamiento profundo.

—¡No lo toques! —gritó—. ¡Déjaselo a Barbara. Así se llama, ¿no? —Desconocidas, todas eran unas desconocidas—. Nunca sabe qué hacer cuando viene.

—Tengo que irme, mamá —dijo Helen.

—Es tu obligación, claro —dijo su madre. Le dio unas palmaditas torpes en las mejillas—. Estás ardiendo. Seguro que estás enferma.

—Te quiero —dijo Helen.

—Yo también te quiero —dijo Lenore. Y la miró caminar por la calle hacia la esquina. Se estaba aclarando el día. Las mañanas seguían llegando y no le gustaba.

En el autobús, el conductor le dijo a Helen:

—Cuando tenía tu edad, mi madre se murió. Te tocará hacer de tripas corazón.

Helen se dirigió al final del autobús y se sentó. Cerró los ojos. Una chica que tenía detrás masticó ruidosamente su chicle y dijo:

—De tripas corazón. Menudo idiota.

El autobús avanzó a trompicones sobre el grueso manto de nieve que cubría las calles.

La chica del chicle era la que le había contado cómo te devolvían las cenizas. Su tío se había muerto y les habían enviado las cenizas en una caja roja lacada. Parecía barata, pero había costado cincuenta y cinco dólares, y llevaba un sobre pegado con celo con su nombre impreso debajo de una ventanita de papel vegetal como si su tío se hubiera enviado a sí mismo a

casa. Esa chica se creía más o menos una autoridad en la materia porque se le habían muerto dos abuelos y sabía cómo se hacían esas cosas hasta lugares tan al sur como Boston.

CONGRESO

Miriam vivía con un hombre que se llamaba Jack Dewayne, profesor de una asignatura de antropología forense en la universidad del estado. Por lo visto, nadie sabía de otra institución del país que ofreciera la carrera de antropología forense y sus alumnos lo adoraban. Se hacían llamar los Deweenies y asistían a clase enfundados en camisetas estampadas con la calavera pirata. La gente estaba loca por Jack en esa ciudad. Una vez, en un supermercado, mientras Miriam miraba extasiada una caja de limas, una mujer se le acercó y dijo:

—Su Jack es un hombre maravilloso, verdaderamente maravilloso.

—Ah, gracias —dijo Miriam.

—Mi hijo Ricky desapareció hace cuatro años y encontraron unos pocos restos óseos a principios de este año. Dispersos, rotos, faltaban muchos huesos. No había por dónde empezar, era un revoltillo. Los funcionarios me dijeron que seguramente no eran de Ricky, pero su Jack me dijo que sí lo eran y además me explicó con ternura cómo había llegado a esa conclusión.

La mujer esperó. Llevaba en el carro de la compra una enorme bolsa de alpiste y una botella de vodka.

—Si no hubiese sido por Jack, los restos de mi Ricky seguramente seguirían sin nombre —dijo.

—Es usted muy amable —dijo Miriam.

Nunca sabía qué decir a los fans de Jack. Ellos, por su parte, no entendían a Miriam en absoluto. ¿Por qué ella y no otra? Con sus ansias de vivir, Jack habría podido elegir a una mujer mejor, pensaban. Miriam carecía de encanto, pensaban. Era una persona triste. Hasta Jack la encontraba triste de vez en

cuando.

Por la mañana, en el jardín, a veces leía en voz alta alguno de los muchos libros que debería haber devuelto a la biblioteca hacía tiempo. El rocío, radiante como un hilo de la Virgen, brillaba en los pétalos de las rosas de Jack. Era un jardinero consumado. Miriam creía saber por qué le gustaban especialmente las rosas. El interior de una rosa no se corresponde en absoluto con su belleza exterior. Si uno arranca de uno en uno los pétalos de la corola, lo que queda es un penacho más bien repugnante. No podía haber elegido una flor mejor, eso seguro.

—Mira lo que he encontrado, Jack —dijo Miriam—. Te va a gustar. Beckett describió las lágrimas como «cerebro licuado».

—Por Dios, Miriam —dijo Jack—. ¿Por qué me cuentas esto? Mira qué día hace. ¡Es un día precioso! ¡Para de vaciar la fosa séptica! ¡Deja la fosa en paz!

Sonaba entonces el teléfono y Jack daba comienzo a su jornada habitual de reconstruir las vidas anteriores de pelos y dientes cuando habían obrado en poder de sus dueños. Un detective a casi dos mil kilómetros le enviaba una caja de huesos triturados y al cabo de unos días Jack le respondía por ejemplo: «Se trata de un varón blanco de entre veinticinco y treinta años de edad que no consumía drogas, era alto, gozaba de buena salud y era confiado. Demasiado confiado, como salta a la vista».

O alguien encontraba una mano en el estómago de un tiburón capturado por una embarcación de recreo frente a las costas del golfo de Florida y entonces mandaban a Jack en avión a examinarla. Regresaba al cabo de unos días muy moreno y con las pilas cargadas y el pelo recién cortado, y decía: «El tiburón sin duda fue atraído por las sortijas de la mano. Es la mano de una adolescente. Era de corta estatura, quizá una enana desde un punto de vista médico, y estaba bien alimentada. Era una solitaria, aventurera, con un bajo nivel educativo y seguramente desempleada. Lo más probable es que los anillos fueran robados. Sin duda se habría hecho un favor si hubiera resistido a la tentación de robar esos anillos».

Miriam se subía por las paredes cuando Jack se ponía sentencioso, cosa que hacía muy a menudo. A ella misma le daba por robar a veces, sobre todo

sábanas. A saber por qué, pero era pan comido robar sábanas. De niña, había querido convertirse en una mujer aguda, animada e irresistible, de conversación ingeniosa y perfectamente capaz de hablar sobre temas polémicos, pero no cayó esa breva. Se había convertido en una mujer que todavía esperaba encontrar su vocación.

Jack no tenía ni idea de que Miriam robara sábanas y otras cosas. Le gustaba Miriam. Le gustaban sus huesos. Tenía unos huesos bonitos y de noche le encantaba reseguirlos con el dedo bajo su piel cálida y tersa: su mandíbula, su clavícula, su pelvis. No sentía una pasión que lo consumiera por dentro. Sencillamente le gustaba, casi siempre. Y también le gustaba su trabajo. Le gustaba dar las cosas por zanjadas y tratar con los allegados de la mano extraviada. No era un médico ni tampoco un sacerdote. Era el antropólogo forense, el único que podía dar un poco de paz a esa gente. Querían saber, necesitaban saber. ¿Era de Denny la tibia encontrada en la ciénaga? Denny, tenemos tantas ganas de recuperarte... ¿Eran de Lucile esos fragmentos que aparecieron cuando dragaron el lago aunque se suponía que debía estar en Manhattan? Nos había dicho que estaría en Manhattan, nunca nos habló de un lago... Bill había salido de excursión por el campo con su perrito blanco unos años antes y ahora, por fin, habían encontrado algo en un barranco... Pookie estaba aprendiendo a caminar. Se había alejado de la caravana un Cuatro de Julio, cuando estábamos preparando la barbacoa. Ahora sería mucho mayor, una muchacha en vez de un bebé, y estaría tan bien saberlo por lo menos. Ojalá supiéramos si...

Y Jack les daba aquel regalo suyo, esa noticia indiscutible y casi indecible. Es ella, son ellos. Fin de la incertidumbre, asunto zanjado, sois libres. Nadie como Jack podía ayudar a esas personas agotadas de tanto esperar y enfermas de esperanza.

Miriam tenía debilidad por los desaparecidos, aunque nunca había conocido a uno personalmente. Pero si hubiera amado a alguien que hubiese desaparecido, habría preferido pensar que esa persona se había enamorado de la lejanía, de una gran lejanía. En ningún caso habría ansiado recibir la noticia de su muerte.

Un día, uno de los alumnos de Jack, un cazador impenitente, un

muchacho larguirucho de ojos azules que respondía al nombre de Carl y llevaba pantalones de camuflaje y camisa negra fuera invierno o verano, le regaló cuatro patas de ciervo secas. «Pensé que le gustaría hacerse una lámpara con estas patas», dijo Carl.

Miriam estaba en el jardín. Le había cogido el gusto a robar plantas estresadas en los viveros y en los jardines de los vecinos para plantarlas en un rincón vacío de su propio jardín, lejos de los rosales de Jack. Seguían estresadas, sin embargo. En shock, le parecía.

—Puede hacerse una lámpara bien bonita —dijo Carl—. Se pueden hacer muchas cosas. Con las patas delanteras de un conejo grande se puede montar un termómetro de exterior. Quedan preciosas con copos de nieve encima.

—Una lámpara —dijo Jack.

Parecía contento. Se llevaba bien con sus alumnos. No se acostaba con las alumnas y trataba a los chicos de igual a igual. Agarró la parte superior de las patas del ciervo y las separó un poco.

—Puede jugar un poco con la altura —dijo Carl—. También se pueden hacer cosas estupendas con la cornamenta. Lámparas de araña, candelabros... Las astas pueden usarse de estructura para casi cualquier cosa.

—Ya tenemos lámparas —dijo Miriam.

Tenía en las manos una alicaída planta perenne que había rescatado de un supermercado.

—Por Dios, Miriam. Esto me gusta.

—Señor, estoy seguro de que se le dará bien —dijo Carl—. Una vez hice una y fue muy relajante. —Echó una mirada a Miriam, entornó los ojos hasta casi cerrarlos y le dedicó una sonrisa.

—Será un bonito objeto de decoración —dijo Jack—. Creo que me lo pasaré bien.

—A lo mejor le gustaría salir a cazar conmigo algún día —dijo Carl—. Podríamos coger los arcos y salir a cazar venados bura.

—Jack, quítatelo de la cabeza, de verdad —dijo Miriam. La idea de que una lámpara hecha con patas de animal se instalara en su vida y se *encendiera* le provocó una violenta sensación de pánico en su fuero interno.

Pero Jack quería hacer la lámpara. Necesitaba tener otro hobby,

argumentó. Tener aficiones era algo saludable y tal vez aceptaría la invitación de Carl de salir a cazar con arco. ¿Por qué no se buscaba ella un hobby como hacer pasteles o mirar los partidos de fútbol americano por la tele?, propuso. Terminó la lámpara en un fin de semana y la puso en una antigua vitrina del porche acristalado. Le costó un poco recortar las patas para que todas tuvieran la misma altura. Tal vez al final no le quedaron todas iguales. Miriam, pese a que había esperado que le diera asco, al final encontró fascinante aquel chisme. Tenía una pantalla azul oscuro, un cable dorado y una bombilla de sesenta vatios. Una bombilla más potente habría sido demasiado, dijo Jack. Miriam no podía resistirse al encanto de aquella lamparita. Se sentaba con frecuencia a su lado y la miraba, miraba sus pelos recios y pardos, las delicadas cuartillas, las pezuñas negras y lustrosas, todo sujeto con una trenza de latón en un espacio no más grande que un plato. Era pura anarquía, esa lamparita, con sus patas bien apretadas. Era un remolino, era un agujero, eran los primeros tambores lejanos. A veces le asustaba pensar que cualquier día se pondría a hablar con la lámpara. Sabía de gente a la que le había pasado eso. Sentían la necesidad de hablar. Había leído que Luther Burbank les hablaba a los cactus para tranquilizarlos cuando quiso crear una variedad sin espinas y que los cactus siguieron pinchándole con saña. Aquel hombre tuvo que sacarse miles de espinas de las manos, pero le daba igual. Siguió hablándoles con calma y paciencia. Nunca perdió el juicio y no cejó en su empeño.

—Miriam —dijo Jack—, esta lámpara no es para leer. Es un punto de luz. Te vas a destrozar la vista.

Durante un tiempo, Miriam había encauzado su muy notable imaginación por la senda del sexo, lo cual Jack había agradecido, pero ahora se había derramado por todas partes y yacía ligeramente sobre todas las cosas como el agua sobre un lago. Jack estaba un poco preocupado. Quizá, durante las vacaciones de fin de semestre, les vendría bien hacer un viaje. Presenciar algo extraño los dos juntos era tal vez lo que necesitaban. Al mismo tiempo, la idea de viajar con Miriam le ponía inexplicablemente nervioso.

Los días eran resplandecientes, pero ya casi había empezado el otoño y durante el día el aire fresco se extendía y tocaba todas las cosas. La inquietud

de Miriam había amainado. Ahora era Jack quien estaba inquieto.

—Voy a salir a cazar con arco, Miriam —dijo—. Por lo visto, Carl está convencido de que he nacido para esto.

Miriam no se opuso como habría hecho antes. Sin embargo, no podía evitar esperar impaciente junto a la lámpara el regreso de Jack de sus excursiones con Carl. Se hallaba sumida en un curioso estado de buena disposición, aunque no esperase nada en particular. Jack salió a cazar varias semanas y por varias semanas no pareció importarle no regresar con ningún exanimal.

—Es la expectativa y el reto. Eso es lo que cuenta —dijo.

Carl y Jack estaban de pie en la cocina y tomaban un poco de whisky. La piel de Carl estaba limpia como la de un bebé y olía bien, aunque el olor, a crema facial y apio, resultara algo intempestivo.

—La temporada acaba de empezar, señor —dijo.

Pero a Jack empezó a molestarle su falta de puntería. Miriam y la lámpara seguían esperando solemnemente su regreso con las manos vacías. Se volvió susceptible. A veces se olvidaba de lavarse las pinturas de camuflaje y dormía mal. Un día a última hora de la tarde, mientras estaba en el bosque, se quedó dormido en su puesto de caza en un árbol y se cayó, haciéndose una herida con su propia flecha que lo dejó en estado crítico, pues le atravesó el ojo y entró en su cráneo como quien clava un cuchillo en un melón cantalupo. Un gran trozo de su cerebro perdió sus tonos sonrosados para volverse gris como el pelaje de un roedor. Un mes después podía caminar con dificultad y mover un brazo. Veía algo con el ojo que le quedaba y podía oír, pero no hablar. Salió de la clínica de rehabilitación con una cara tan inexpresiva como un pastel glaseado. Se había convertido en algo que había sufrido un entierro prematuro, algo cuya existencia se daba por descontada pero que no se hallaba presente. Miriam estaba segura de que a Jack no se le escapaba la morbosa ironía de la situación.

La lámpara fue un gran consuelo para Miriam en las semanas posteriores al accidente. Carl no lo era tanto. Siempre que se lo encontraba por los pasillos del hospital lo veía sollozando y apretando los dientes. Pero la lámpara con las patas de ciervo torcidas y delicadas estaba tranquila. Pasaban

casi todas las noches juntas, leyendo en silencio. La lámpara tenía unos eclécticos gustos literarios. Proyectaba su luz sobre cualquier cosa, de hecho. Le gustaban los cuentos de Poe. La noche anterior al regreso de Jack a casa, leyeron un librito en el que los animales ofrecían sus plegarias a Dios —el ratón, el oso, la tortuga, etcétera— y fue entonces cuando tal vez la lámpara y Miriam tuvieron su primera discrepancia. A Miriam le gustaban los poemitas del libro. Pero la lámpara era de la opinión de que, a pesar de las buenas intenciones del autor, las plegarias eran empalagosas y confundían el pensamiento con la existencia. La lámpara había adquirido unos conocimientos rudimentarios de Kierkegaard y se mostraba tajante en cuanto a la necedad de identificar el pensamiento con la existencia. Hallándose ella misma en ese extraño y alterado estado de existencia, la lámpara a veces expresaba unas opiniones que no admitían discusión. Miriam a menudo quería pensar en esa otra vida en la que las partes coincidían con el todo, cuando las patas corrían, descansaban y se movían entre bosques bañados en flores, pero la lámpara no quería reflexionar sobre aquellos tiempos.

Jack volvió a casa y Carl se mudó a vivir con ellos. Vendió todo lo que tenía salvo una camioneta grande Chevy y lo único que quería era cuidar de Jack durante el resto de su vida. El ojo bueno de Jack lloraba a menudo. Con un suspiro sibilante indicaba tanto malestar como conformidad. Aun así, no parecía muy contento de ver a Miriam. En cuanto a ella, tenía la impresión de haber conducido hasta una tumba para luego salir del coche y dejar el motor en marcha. Carl durmió durante una temporada en el estudio de Jack, pero una noche que Miriam no podía conciliar el sueño y estaba sentada en el salón con la lámpara, lo vio entrar en la habitación de matrimonio y cerrar la puerta. Y así quedó arreglado. Carl no se separaba de Jack ni de día ni de noche.

Una de las primeras cosas que quiso hacer Carl fue ir de viaje. Creía que las apesadumbradas visitas de sus otros alumnos cansaban a Jack y que el ambiente conocido de la casa y el entorno no lo estimulaba adecuadamente. Si bien Miriam no solía tener en gran estima las ideas de Carl, ésta no le pareció tan descabellada. Estaba lista para marcharse. Después de todo, Jack ya se había marchado a su modo y permanecer en aquella casa no parecía

tener ningún sentido. Se sentarían los tres juntos en el amplio asiento color cereza fabricado por encargo de la espaciosa cabina de la camioneta de Carl y recorrerían el suroeste. Lo único que no le convencía era que la lámpara tendría que viajar detrás con todo el equipaje.

—No le va a pasar nada —dijo Carl—. Piensa en los perros. Los perros siempre viajan en las plataformas de las camionetas. Les encanta.

—Miles de perros mueren todos los años al salir despedidos de camionetas —dijo Miriam.

Jack estaba con ellos en la habitación mientras discutían las probabilidades estadísticas del caso. Estaba demacrado y tenía la cabeza llena de cicatrices, lo que le daba el aspecto, si se lo abandonaba a su suerte, de un enorme electrodoméstico blanco. Pero Carl siempre le compraba cosas y practicaba pequeños cambios en su apariencia. Ese día llevaba unos pantalones caqui bien planchados, una camisa de madrás recién estrenada, unas grandes gafas de sol y un sombrero vaquero negro. Carl era joven, se sentía culpable y estaba perdidamente enamorado. Siempre que le hablaba, le acariciaba las muñecas con la palma de la mano para no alterarlo.

Finalmente, sin dejar de insistir en que nunca había oído que un perro se cayera de una camioneta, Carl aceptó comprar una cubierta para cerrar la plataforma. Hizo dos maletas pequeñas para Jack y él mismo, mientras que Miriam buscó una caja de cartón y ordenó su ropa alrededor de la lámpara. Su idea era desenchufar cualquier lámpara que encontrara en las habitaciones de los moteles donde pernoctaran. Sin duda, ése sería el momento culminante de la jornada para la lámpara.

Se pusieron en camino esa misma noche y no pararon hasta que las primeras luces del día revelaron que el paisaje había cambiado en gran medida. Todo estaba lleno de cristales rotos y enormes cactus. Pitahayas, saguaros, biznagas de agua y chumberas. Siluetas severas y extrañas, muchísimo más quietas que los árboles, menos amistosas y dispuestas a prestarte ayuda. Parecían aguardar una nueva transición, otro desplazamiento asombroso de las placas terrestres, un acontecimiento colosal. La luz del sol bañaba cada espina, afilaba cada botella rota y se lanzaba a través de las enormes y delicadas orejas de las liebres aplastadas sobre el asfalto. Vieron a

muy poca gente y a ningún animal que no estuviera muerto. El paisaje se extendía en la distancia, inmóvil, y parecía dominado por un rencor hacia las criaturas no humanas que pugnaban por habitarlo. Vieron coyotes y halcones muertos clavados a los postes de las vallas y la carretera estaba tachonada con los restos de lagartos y serpientes. Miriam se alegró de que la lámpara estuviera a cubierto y pudiera ahorrarse el sufrimiento de ver todo aquello.

La primera noche la pasaron en un motel que tenía adosados un restaurante chino y una sala común. Miriam pidió un *moo goo gai pan* para cenar, un plato que no había probado desde la infancia, y un refresco de naranja. Sirviéndose de unos palillos, Carl dio de comer a Jack una selección de exquisiteces de una bandeja de aperitivos. Después de cenar, Miriam se aventuró en la sala, pero sólo había un gato que se aseaba con energía y la miraba con las patas abiertas por encima de la cabeza. Cogió un par de libros de bolsillo viejos de la mesa de intercambio que había en la entrada y regresó a su habitación. A través de la pared oyó que Carl le cantaba a Jack mientras le preparaba un baño. Lavaría el pelo de Jack con champú, le frotaría las uñas y le hablaría del futuro... Miriam encendió la luz y miró uno de los libros. Trataba sobre la vegetación del desierto, pero le faltaban muchas páginas y alguien había derramado vino sobre las fotos. Aprendió, pese a todo, que los cactus descienden de las rosas. Eran unos recién llegados al mundo, plantas adaptadas, uña y carne con un nuevo clima. Así es como se sentía ella misma, una recién llegada, ésa era su personalidad. Se había adaptado de buen grado a estar enamorada y luego se había adaptado a no estarlo. Y el nuevo clima era..., en fin, era esa situación. Dejó el libro de los cactus.

El otro libro trataba sobre la caza de cebras en África. «Le metí una bala por su enorme pandero», había escrito el autor. Leyó la frase antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo y se sintió fatal, pero la lámpara no acusó el golpe hasta que Miriam la apagó por fin y se metió en la cama.

El día siguiente lo pasaron entero en la carretera. Pararon en fuentes termales y pueblos abandonados. Pararon en una reserva india y Carl le compró a Jack una botella de arena de colores. Pararon en un Dairy Queen y Miriam condujo mientras Carl iba metiendo cucharadas de un helado que se llamaba Ventisca de Arándano en la boca de Jack. Admiraron el desierto, los

curiosos matojos, los raros tonos pálidos. Enfilaron un cañón de enormes rocas solitarias. Aunque había un letrero que prometía multar y encarcelar a cualquiera que se atreviera a mancillarlas, las rocas estaban cubiertas de pintadas, principalmente con los nombres de la gente. Las formas de las piedras no tenían parangón, aunque esas palabras las hacían parecer puertas de lavabo de una estación de servicio llena de camiones. Al otro lado del cañón había un pueblo con dos museos, un hotel de ladrillo, una gasolinera y un bar grande que se llamaba El Sapo Caliente. Miriam tuvo la sensación de que el motor de la camioneta se había parado.

—La camioneta se ha parado —dijo Carl.

Miriam dejó que la camioneta rodara hasta el arcén y Carl empezó a jugar con el contacto.

—Se ha quemado el alternador, seguro —dijo.

Le quitó las gafas de sol a Jack, las limpió con un pañuelo y las volvió a encajar con cuidado detrás de sus orejas. Miriam notó que el metal de la puerta se calentaba debajo de su codo.

—Ve a pedir habitaciones al hotel —le ordenó Carl—. Jack y yo nos acercaremos a pie al taller. Le gustan los talleres.

Carl la ayudó a sacar el equipaje de la camioneta y lo cargó hasta el vestíbulo del hotel. Miriam pidió dos habitaciones bien separadas. Aunque el hotel y el pueblo parecían desiertos, eran las últimas que quedaban. Los museos estaban cerrados y todo el mundo debía de estar en el bar, le dijo el encargado. Unos de los museos exhibía una tarta nupcial petrificada, un gato petrificado, algunas rocas y ropa antigua. Era típico y no valía la pena visitarlo, le confesó. Pero la gente acudía de muy lejos para ver el otro museo y hablar con el taxidermista al mando. Le sorprendió que hubieran llegado al pueblo sin tener el museo como destino. El taxidermista era un genio. Era incapaz de hacer que un animal pareciera muerto ni queriendo.

—Hasta sabe hacer reptiles y disponerlos en grupos artísticos y educativos al mismo tiempo —dijo el encargado.

—¿El museo está lleno de animales muertos? —dijo Miriam.

—Claro —dijo el encargado—. Es un museo de la vida salvaje.

La habitación de Miriam estaba en la parte trasera del hotel, justo encima

de la cocina, y olía igual que una fiambarrera, pero no resultaba desagradable. Ordenó los muebles a su gusto, enchufó la lámpara, se asomó a la única ventana y miró el bar, una construcción alargada y oscura que parecía, cuanto más la miraba, respirar con el apagado sonido de las voces. Eso era El Sapo Caliente. Decidió ir a verlo.

Miriam siempre había creído ser la clase de persona que sin saber muy bien por qué era capaz de extinguir hasta en el desconocido menos exigente cualquier deseo de conversar con ella. Sin embargo, tal cosa no ocurrió en el Sapo. Varias personas se interesaron por ella inmediatamente y empezaron a hablarle. Tenían caras brillantes e inquietas, parecían sedientas de afecto y estaban en modo hablador al cien por cien. Había varios niños. Todo el mundo parecía tremendamente animado.

Una joven con el pelo liso y ralo tocó a Miriam con una mano pequeña y reseca.

—Me llamo Priscilla Dickman y soy exagorafóbica —dijo—. ¿Puedo invitarte a una copa?

—Sí —dijo Miriam sorprendida. La gente la saludaba con la mano y le llovían sonrisas.

—Antes siempre me daba muchísimo miedo perder el control —dijo Priscilla—. Me daba miedo volverme loca y quedar en ridículo. Me daba miedo ponerme enferma, o hacer algo espeluznante, o morirme. ¿A que cuesta de creer?

Priscilla se dirigió a la barra no sin antes decirle que volvería con un par de gimlets. Enseguida ocupó su lugar una pareja de ancianos que vestían pantalones vaqueros, camisas de satén y cinturones indios idénticos. Se llamaban Vern e Irene. Habían pasado todo el día en el museo y estaban felices y cansados.

—Lo que más me ha gustado es la familia de puercos de monte —dijo Irene—. Los lechones eran adorables.

—Unos animales feísimos —dijo Vern—. Muy raros. Pero siempre han sido los favoritos de Irene.

—El año pasado no —dijo Irene—. El año pasado fueron los osos, creo. Vern dice que sólo hay una Vida, pero que adopta formas distintas para

divertirse.

—Eso es lo que digo, pero en realidad no lo pienso —dijo Vern, guiñándole el ojo a Miriam de manera exagerada.

—A Vern le gustan las marmotas.

Vern asintió.

—El diorama de las marmotas no es que valga mucho la pena, pero me gusta lo que he oído sobre ellas. Esa historia sobre el estado de torpor. Cuando la situación se pone fea, ¡bum!, se quedan en estado de torpor. No necesitan nada. Una respiración cada tres minutos.

Irene no parecía tan fascinada como su marido por aquel estado de torpor.

—¿Ya has ido, querida? —le preguntó a Miriam—. ¿Le has hecho al taxidermista tu pregunta?

—No, aún no —dijo Miriam. Aceptó la copa que le había traído Priscilla, que ya había regresado de la barra con las bebidas en una bandeja.

—Me llamo Priscilla Dickman —dijo a la pareja mayor—, y soy exagorafóbica.

—No responde a todo el mundo —dijo Vern.

—A veces responde a los niños, pero no saben lo que dicen —dijo Irene ansiosamente—. Creo que a los niños sólo deberían dejarlos entrar en el zoo de mascotas.

Se les sumó un chico demacrado y serio que se llamaba Alec y que se identificó como abrazador de árboles. Le acompañaba una muchacha llamada Argon.

—Cuando me hice lo bastante mayor para saber más o menos lo que quería en la vida —dijo Argon—, decidí que quería o un abrazador de árboles o un fanático de los coches. Reduje las posibilidades a esas dos. En mi primera manifestación, me tumbé con otra gente en la carretera de un parque donde iban a arrasar con bulldozers unos árboles bicentenarios para hacer una zona de pícnic. La manifestación atrajo a un montón de excursionistas mirones. Cuando llegaron los polis y se me llevaron a rastras, una niña pequeña dijo: «¿Por qué se llevan a la guapa, mami?», y me hice adicta. A partir de ese día iba a todas las manifestaciones que podía, siempre con la esperanza de volver a oír esas palabras. Pero no tuve esa suerte.

—Todos nos hacemos mayores, querida —dijo Irene.

—Los aficionados a los coches son interesantillos —dijo Argon—. A veces resultan hipnóticos, pero, en realidad, sólo cuando hablan de coches.

Un tiempo después, Alec todavía estaba desgranando una larga historia sobre ecologistas indios en el Himalaya. El movimiento de la gente que se dedica a abrazar árboles había empezado hacía años, les dijo, cuando el maharajá de Jodhpur quiso talar un bosque para construirse otro palacio y una mujer que se llamaba Amrita Devi se resistió a los hacheros abrazándose a un árbol y pronunciando la hoy célebre frase «Una cabeza cortada vale menos que un árbol talado» antes de ser descuartizada. Entonces, sus tres hijas ocuparon su lugar y corrieron la misma suerte. Otros trescientos cincuenta y nueve aldeanos fueron descuartizados antes de que el maharajá desistiera de su proyecto.

—Y funcionó —dijo Alec, mordiéndose el pulgar—. Toda esa zona es hoy un hervidero de ecologistas combativos. Celebran una fiesta todos los años. —Siguió mordiéndose con furia la uña—. Y en el lugar donde supuestamente murió la primera mujer no crece la hierba. Ni una brizna. Tienen el sitio acordonado. —Tuvo dificultades con un trocito de uña que se le había quedado entre los dientes y, cuando por fin pudo sacarlo, lo examinó un momento antes de tirarlo al suelo.

—Alec —dijo Argon—, ya sabes que esa historia nunca me ha gustado. Para mí, no termina de dar en el blanco. —Se volvió hacia Miriam—: La gente que abraza árboles a veces no tiene los pies en el suelo. Yo quiero ser una luchadora espiritual y ecologista, pero también quiero tener los dos pies en el suelo.

Miriam miró la uña curva y blanca en el suelo lleno de porquería. Jack no habría sabido qué hacer allí. Ni siquiera Jack. ¿Quién era esa gente? Estaban todos desesperados. No se podía imputar su comportamiento solamente al alcohol.

Se sentó otra gente a su mesa. Todos le hablaron de sus experiencias en el museo, todos expresaron su asombro por las obras expuestas, los pumas, las aves zancudas, las manadas de alces y los animales exóticos, sobre todo los exóticos. Habían viajado de muy lejos para ver el museo. Muchos volvían

año tras año.

—Es imposible salir del museo sin que te afecte —dijo una mujer.

—Mi animal favorito es el tántalo americano sobre un tocón en una ciénaga solitaria —aventuró Priscilla con cautela—. No podrían haberlo resuelto mejor.

—Es un espécimen extraordinario, sin duda. No quedan muchos —dijo alguien.

—... y es mucho mejor que un zoo. Los zoos son superdeprimentes. He oído que los animales del zoo de Detroit se están suicidando. Se lanzan a los fosos y se ahogan.

—No creo que ese problema se dé tanto en otras ciudades. Sólo en Detroit.

—Da lo mismo. Los zoos...

—Sí, desde luego. Esto es mucho más bonito.

—Disparar a matar, pero no para desfigurar —dijo Vern.

—Muchos cazadores no terminan de captar la idea —dijo Irene—. ¡Y luego se piensan que pueden traer a esas criaturas aquí! ¡Y dárselas a él!

—Ya me he preparado todas las preguntas que le haré mañana —dijo Argon—. Le voy a preguntar por los ojos. Le preguntaré dónde consigue los ojos.

—Lo siento, pero una niña se te adelantó con la pregunta —dijo Irene—. Una ricitos de oro con una gorra de béisbol.

—¡No! —exclamó Argon—. ¿Y qué le dijo?

—Dijo que los ojos los compra en una casa de suministros.

—Estoy seguro de que a mí me lo habría contado de otra forma —dijo Argon.

Alec la miró con desesperación mientras se mordía el otro pulgar.

—Me saca de quicio —dijo alguien—. Otro visitante se te adelanta con la pregunta y luego es imposible llegar al fondo del asunto.

—Disculpa —le dijo Miriam en voz baja a Irene—, pero ¿por qué estáis todos aquí?

—Hemos venido con nuestros seres queridos porque pensamos que aquí ocurrirá algo gordo —dijo Irene—. Por eso hemos querido venir. Así

habremos estado aquí.

—Nunca se sabe —dijo Vern—. El año que viene por estas mismas fechas quizá ya hayamos pasado al otro lado del horizonte.

—Pero aún no estamos preparados para pasar al otro lado del horizonte —dijo Irene, dándole una palmadita en la mano.

Las luces del Sapo parpadearon, se apagaron y luego volvieron a encenderse, si bien con una luz más tenue.

—Hora de cerrar —dijeron varias personas al unísono.

Todos salieron en fila a la oscuridad de la noche. Muchos dormían en autocaravanas y tiendas de campaña montadas alrededor del museo. Otros en el hotel.

—A mí tampoco me gustaría pasar la vida en Detroit —dijo una voz.

—Usaba el terror como analgésico —le explicaba Priscilla a nadie en concreto, o ésa fue la impresión que tuvo Miriam—. Ya no lo hago.

De vuelta en la habitación, Miriam se sentó junto a la lámpara un rato. Las patas estaban llenas de polvo, así que las limpió con una toalla mojada. Había tenido la idea de comprar distintas pantallas para la lámpara. Una pantalla para cada semana. Incluso cuando pensaba en voz alta farfullando las palabras, la lámpara podía seguir su discurso. Había tiempos verbales que el discurso humano no había descubierto todavía y la lámpara era capaz de incorporarlos también a su comprensión. Miriam tenía muchas ganas de ir al museo a la mañana siguiente. Se propuso estar allí cuando abrieran las puertas. La lámpara no tenía el menor interés en conocer al taxidermista. Tenía otros intereses. Leyeron un cuento corto y triste sobre un perro marrón cuya fe en su amo resultaba a todas luces inmerecida y luego pasaron una noche bastante agitada.

Por la mañana, Miriam fue a desayunar a la habitación de Jack y Carl.

—Acabamos de cepillarnos los dientes —dijo Carl.

Jack no llevaba las gafas y lanzó una mirada dubitativa a Miriam con su ojo bueno. Miriam sirvió el café mientras Carl untaba las tostadas con mantequilla y Jack quitaba el protector de unas tiritas y las pegaba en cualquier cosa que tuviera a mano. Prefería las tiritas para niños, con naves espaciales y personajes de dibujos animados, a las que eran de color carne.

Pegó unas cuantas en las manos de Miriam.

—¡Le gustas! —exclamó Carl.

Se tomaron el café en silencio. Un ventilador zumbaba en la habitación.

—La camioneta debería estar hoy —dijo Carl.

—¿Te habías enamorado alguna vez? —le preguntó Miriam.

—No —dijo Carl.

—Pues lo llevas bastante bien, creo.

—No hay problema —dijo Carl.

Miriam cogió la taza. Fingió que quedaba un sorbito de café, pero estaba vacía.

—¿Por qué no vamos los tres al museo? —dijo—. Es lo que hace la gente cuando viene a este pueblo.

—Sí, he oído algo —dijo Carl—. Y si me preguntan diré que un museo como ése y la gente que lo lleva... En fin, es como ponerse una venda en los ojos, se mire como se mire. Eso es lo que diría. Y Jack aquí presente siempre fue un extraordinario verificador, ¿a que sí, Jack? Y lo sigues siendo, claro que sí. —Jack carraspeó un poco y Carl le dirigió una mirada de felicidad—. No queremos ir a un sitio así —dijo Carl.

Miriam se sintió avergonzada y decidida al mismo tiempo.

—Pasaré un par de horas en el museo —dijo.

Había mucha gente haciendo cola delante de ella, aunque no vio a ninguna de las personas que había conocido la noche anterior. El museo era enorme, con unas gruesas columnas de cemento y paredes onduladas de cristal tintado. Apenas se podían adivinar los montajes destartados que había dentro. La primera sala era una réplica del cubil de un jugador famoso de baloncesto de California. Había mil quinientos hocicos de lobo en la pared. Una pequeña placa de bronce decía que Wilt Chamberlain había comprado todos los lobos que un cazarrecompensas de Alaska había abatido en un año. La placa decía que Wilt Chamberlain quería que su sala tuviera un aspecto inconfundiblemente masculino. Miriam oyó que un hombre le decía a otro con voz ronca: «Pues a fe de Dios que lo consiguió». Las salas siguientes eran reproducciones de estudios de cazadores de caza mayor llenas de cabezas, astas y cornamentas. En el restaurante, unas jirafas estaban

dispuestas detrás de las mesas como si estuvieran masticando hierba y sus ojos de largas pestañas lucían satisfechos en sus angulosas caras victorianas. En la granja infantil, los niños correteaban entre los animales, tirando de sus colas y zarandeándoles las patas. Miriam pasó sin perder un minuto entre rebaños, greyes y manadas de criaturas hasta llegar a un espacio deslumbrante donde había una osa polar y dos oseznos.

—Di hola al oso polar —dijo un hombre a su hijo.

—¡Hola! —dijo el niño.

—Protege a sus crías recién nacidas. Por eso ruge así —dijo el hombre.

—Están muertos —comentó Miriam—. Toda la familia.

—Hola, oso polar —canturreó el niño—. Hola, hola, hola.

—¿Se puede saber qué le pasa? —le preguntó el hombre a Miriam—. La gente como usted me pone enfermo.

Miriam levantó la mano y le atizó una bofetada en la mandíbula. El hombre soltó la mano del niño y ella volvió a abofetearle, todavía más fuerte, tras lo cual salió apresuradamente de la sala.

Caminó sin rumbo cierto entre el gentío. La iluminación era escasa y sonaba música de flauta. La sensación era de un velatorio o de una coctelería de alto copete. Todos los animales estaban dispuestos de forma que dieran la impresión de hallarse en un estado de alerta extrema y desesperada. Las alas tendidas, las fauces abiertas, los cuartos traseros doblados en tensión. Todos rescatados de la muerte para dar la impresión de estar al filo del sueño eterno.

—¿Son hermosos, verdad? —exclamó una mujer.

—De muy buen gusto —dijo alguien.

—Aunque ninguno de estos animales murió de muerte natural —dijo un joven pálido—. Eso es lo que me molesta un poquito.

—Son trofeos de caza —dijo su acompañante—. Lo que no sería natural es que hubieran tenido una muerte natural. Sería asqueroso. Sería como Marilyn Monroe o alguien por el estilo. James Dean, por ejemplo.

—Me molesta sólo un poquito. Ahora ya estoy bien.

—Las cosas no funcionan así, querido —dijo su compañero.

Miriam se abrió paso entre una cola de visitantes que esperaban para ver al taxidermista. Estaba sentado en una sala acristalada. A su lado había un

cuarto lleno de pieles y réplicas de cuerpos. Había todo tipo de formas, todas blancas y lisas.

El taxidermista se sentaba detrás de un escritorio sobre el que tenía ordenadas varias herramientas: tijeras y fórceps, calibradores y varas para rellenar. Sobre un secante, había un pajarito diminuto de brillantes colores. Tras él, una enorme figura no humana en la que el trabajo parecía haberse retrasado. Daba la impresión de que la pieza se hallaba en proceso de elaboración desde hacía mucho tiempo. El taxidermista escuchaba una pregunta que le hacían.

—Soy poeta —dijo un hombre con la cara en forma de pala—. Hace poco acompañé a dos ornitólogos a las selvas del Perú para descubrir pájaros desconocidos hasta la fecha. Se me antojó que el proceso de búsqueda, recogida, identificación, examen y despellejamiento de cientos de especímenes era tedioso. Quedé defraudado. En otras palabras, encontré que la labor de convertir aves raras en especímenes era rutinaria. ¿Su trabajo no es acaso también un poco rutinario?

—Usted es el rutinario —dijo el taxidermista. Su voz era fuerte y parecía habitar un enorme espacio gélido a su alrededor. Era como la voz de un astronauta.

Clavó los ojos en Miriam y acto seguido le hizo un gesto con la mano para indicarle que pasara a la sala acristalada. Entonces bajó un estor largo y negro en el que se leían las palabras EL TAXIDERMISTA VOLVERÁ ENSEGUIDA.

—He visto y oído todo lo que pasaba ahí fuera —le dijo a Miriam—. Hay monitores y micrófonos por todas partes. Me gustan las mujeres con temperamento. Soy de la opinión de que las creencias sobre la realidad tienen una gran influencia en las acciones de las personas, ¿no cree? ¿Ha leído *El espejo de las almas simples* de Margarita Porete?

Miriam negó con un movimiento de cabeza. Sonaba al tipo de libro que le gustaría a la lámpara. Intentaría conseguirlo.

—¿De verdad? Me sorprende. Muy conocida en el extranjero. La quemaron en la hoguera, pero se ganó el corazón de una gran muchedumbre cuando presenciaron su actitud ante la muerte.

—¿Cuál fue su actitud? —dijo Miriam.

—No lo sé exactamente. Siglo XIII. Las fuentes son confusas. Supongo que la palmó sin armar mucho escándalo. Las mujeres llevan mucho tiempo intentando averiguar cómo ser fuertes. Para una mujer es más difícil que para un hombre. Por lo visto, no basta con no llorar.

Miriam no dijo nada. En la habitación del hotel, la lámpara debía de estar sobrevolando las páginas de *Moby Dick*. A esas horas estaría completamente inmersa en el libro, penetrando en Melville como si se zambullera en el agua. ¡Las fauces informes del indistinto mar! ¡Dios como un Ser indiferente, insensible, formado por un sinfín de muertes! La naturaleza. Planeadora... cautivadora... majestuosa... ¡capaz de una catástrofe universal! La lámpara devoraba el libro.

—Llevo aquí diez años —dijo el taxidermista—. Construí este sitio desde cero. El tipo que me precedió sólo tenía un puñado de piezas cutres. Su especialidad eran los medallones. Las cosas tienen que parecer muertas cuando las montas en un medallón, de eso se trata. Pero cuando yo terminaba un animal, parecía vivo. Casi lo podías oír respirar. Aunque no lo hacía, como es lógico. Ja, ja. Lo mejor era trabajar en el animal. Entonces sí que existía de verdad, pero cuando paraba... No sé. Lo he hecho lo mejor que he sabido. Me he construido mi propia *oubliette*. ¿Sabe de qué le hablo?

—Sí —dijo Miriam.

—Ah —dijo él—. Estoy fascinado con la palabra *oubliette*. La palabra lo dice todo.[*]

—Es verdad —dijo ella.

—Es usted perfecta —dijo él—. Quiero retirarme y quiero que usted ocupe mi lugar.

—No podría de ninguna manera —dijo Miriam.

—No tendría que embalsamar nada más. Yo lo he hecho todo, ya hemos cerrado ese capítulo. Usted se limitaría a responder a las preguntas.

—No sé nada de preguntas —dijo Miriam.

—Lo único que ha de saber es que puede responderlas como se le antoje. Las preguntas suelen ser parecidas, se volverá loca si no cambia las respuestas.

—Me lo pensaré —dijo Miriam, pero en realidad estaba pensando en la lámpara.

Lo curioso es que nunca se había enamorado de ningún animal. Sencillamente, se había saltado ese erotismo entre especies para ir directamente al amor por los fragmentos de animales modificados. Había algo malo en ello, pensó. Era tan desesperado. Pero el amor lo era siempre...

—Tengo ciertas responsabilidades —dijo Miriam—. Tengo una lámpara.

—¡Qué detalle más maravilloso! —dijo el taxidermista—. Y cuando la cosa esté tranquila también tendrá a todos los animales. Hay más de mil, ¿sabe?, y algunos son bastante raritos. Creo que se va a inventar muchas historias sobre ellos.

Aquel pacto parecía bastante bueno para la lámpara. Miriam cambió de parecer.

—De acuerdo —dijo.

—En nada de tiempo tendrá un montón de seguidores —dijo el taxidermista—. Terminó con esta gente y puede empezar mañana por la mañana.

Había aún una larga cola de gente que esperaba para entrar en el museo. Miriam pasó a su lado al salir.

—Es la quinta vez que vengo —dijo una mujer calva a su amiga—. Ya verás como te parece una experiencia prácticamente cuasi religiosa.

—Vaya. Creo que todo tendría que serlo —dijo su amiga.

La gran camioneta de Carl ya no estaba en el taller. Miriam echó un vistazo, pero la camioneta no aparecía por ningún lado y probablemente, en lo que a ella respectaba, nunca más lo haría. Para la mayoría de las personas, y por lo visto Carl y Jack se contaban entre ellas, una avería no suponía más que un alto en el camino antes de reanudar la marcha. Anduvo hasta el hotel y subió por la escalera a la habitación de Carl y Jack. La puerta estaba abierta y las camas desnudas. Las grandes almohadas sin sus bonitas fundas parecían animales despellejados. Una delgada camarera en uniforme rosa estaba cambiando de canal el televisor. El locutor describía algo con las palabras «un penacho de aguas residuales rodeado de gaviotas...».

La camarera la vio y dijo:

—Es San Diego. Ha reventando un colector. Un solo colector para uno coma cuatro millones de habitantes. Un millón coma cuatro, ¿qué esperaban?

Miriam enfiló por el pasillo y abrió con cuidado la puerta de su habitación. Miró hacia la lámpara. Ésta le devolvió la mirada como si no la reconociera en absoluto. Miriam conocía esa forma de mirar. Siempre había pensado que era una mirada llena de esperanza. Nada podía ocurrir en ninguna parte, ésa era la verdad que decía. Y la lámpara ardía con esa verdad. ¡Ardía!

MARABÚ

El funeral de Harry, el hijo de Anne, no había ido bien. Se estaban celebrando otros entierros a la misma hora, incluido el de un cantante famoso a varios centenares de metros cuyos dolientes fans llevaban a cabo su ruidosa ceremonia en una chillona carpa de rayas. Aún más fans se agolpaban en la verja de hierro del cementerio, gritando y comiendo bolsas de patatas fritas. Se le había caído el alma a los pies. Miraba hacia la otra ceremonia sin dar crédito a lo que veían sus ojos mientras recordaba los temas de aquel cantante que había oído de vez en cuando en la radio.

El grupo de amigos de Harry estaba abatido. Eran jóvenes y pálidos y todos llevaban gafas de sol. La mayoría eran compañeros del instituto donde Harry se había graduado dos años antes y todos eran adictos o exadictos a una droga u otra. Anne no sabía distinguir entre aquellos que se estaban recuperando y aquellos que todavía le daban duro. Estaba convencida de que había diferencias, naturalmente, pero no era capaz de verlas. Todos tenían su estilo. Eran una veintena, chicos y chicas, y todos sorprendentemente parecidos en su ropa negra. Más tarde se los llevó a un restaurante. «La Muerte... ningún artificio os sirvió para comprenderla —repetía sin cesar uno de los muchachos—. Es de Henry Vaughan.»

Eran bastante brillantes, supuso Anne. Al cabo de un rato, el muchacho dejó de recitar el verso. Comieron calamares, pato, champán, de todo. Estaban en el primer piso del restaurante y no había nadie más. Se quedaron varias horas. Cuando ya se iban, una chica dijo con gesto grave: «¿Sabes? Una palabra que me gusta es *interplanetario*».

Entonces se los llevó a casa, aunque tuvo la precaución de cerrar con

llave las habitaciones de Harry. La gente joven era sentimental, consumidora. No quería ver cómo se llevaban las cosas de Harry, ni sus corbatas ni sus cintas, nada. Se sentaron en la cocina. Empezaron a comportarse un poco raro, pensó Anne. No hablaban mucho de Harry, aunque uno de ellos se acordó de un día en el que a Harry le había dado por parar el coche en todos los semáforos en verde y seguir adelante en los que estaban en rojo. Al oír la historia, todos sus amigos actuaron como si hubieran ido en aquel coche. Le pareció que era un recuerdo agradable de Harry. Entonces, alguien, un muchacho desgreñado que tenía cara de susto, se acordó de otra anécdota, pero resultó que estaba relacionada con un chico que se llamaba Pete y que ni siquiera se encontraba con ellos.

Cerca de la una de la madrugada, Anne contó que en un viaje a África con Harry, durante la primera noche en el hotel de las cataratas Victoria donde se hospedaban, su hijo le había asegurado que había visto un pangolín, un curioso animal semejante a un oso hormiguero. Se lo había descrito, y evidentemente se trataba de ese animal, pero era rarísimo, algo imposible de ver, de hecho, y nadie del grupo con el que viajaban se lo creyó. Harry había salido a pasear solo por los alrededores del hotel, así que no había otros testigos. El grupo pasó entonces a hablar de las cataratas. Todos pudieron dar fe de la impresión que causaban. Tantos cientos de millones de litros de agua que se despeñaban por minuto o algo por el estilo, y esa caída, que era de más de cien metros. Aun así, eran plenamente conscientes de que en realidad no era eso lo que importaba y nadie quedó satisfecho con esas explicaciones. El sonido de las cataratas era como el silencio, un silencio total y amplificado, y la imagen te expulsaba. Y todo cuanto uno podía hacer era mirar, mirar aquel prodigio, las cataratas Victoria, y luego dejar de mirarlas y dedicarse a otra cosa.

Al día siguiente, Harry se había hecho notar aún más cuando exclamó al ver un marabú, y uno de los miembros del grupo le había dicho que los marabús eran asquerosos, carroñeros, «la quintaesencia del morbo» en palabras de ese canijo quisquilloso, y sin duda nada por lo que valiera la pena emocionarse cuando en África vivían cientos de hermosas y extrañas criaturas con las que uno podía disfrutar, identificándolas y señalándoselas a

los demás. Imaginaos, dijo Anne, viajar por primera vez a un inmenso continente y que te afeen los sentimientos que tienes, tus impresiones, en un lugar tan extraño. Y no era que no quedara nada por saber. Por ejemplo, los perros salvajes, sin ir más lejos. Las posiciones acerca del valor de los perros salvajes habían cambiado drásticamente...

Se interrumpió de pronto. Había estado callada gran parte de la velada y pensó que ese arrebató no había caído especialmente bien. Los amigos de Harry estaban preparando margaritas. Uno de ellos había salido y acababa de regresar con más tequila. La miraban con gesto incómodo, como si pensaran que debía hinchar un poco más sus anécdotas sobre Harry.

Finalmente, uno de ellos dijo:

—No sabía que Harry hubiera estado en África.

Eso la sorprendió. El viaje africano no había sido un éxito precisamente, pero tampoco había sido un desastre y de hecho podría haber ido mucho peor. Habían estado un mes y era muy reciente. Pero daba igual. Con toda probabilidad no volvería a ver a esos mocosos.

Estaban sentados alrededor de la gran cocina. Cada vez se le hacían más y más raros. Se preguntó qué esperaban ver. Uno de ellos buscaba la sal. ¿No había sal? El chico abrió un armario y echó un vistazo, antes de sacar una pieza barata, una pareja de figuras de plástico, fabricadas por los amish o algo así. Anne supuso que el hombre era la pimienta y la mujer, la sal. Todos lo miraron mientras le daba la vuelta a esos chismes y los agitaba contra la mano ahuecada. Anne nunca cocinaba, nunca usaba nada de la cocina, ella y Harry comían fuera, así que casi no recordaba haber visto antes esos chismes. Entonces, con un gesto que en realidad era perfectamente normal, el chico desenroscó la cabeza de esa mujercita y echó la sal en un platillo.

Alguien gritó de terror. Era el chico desgredado: chillaba horrorizado. Anne se quedó confundida un momento. ¿Harry se estaba volviendo a morir? ¿Harry estaba bien? El chico aullaba, con los ojos desorbitados. Los otros lo miraron con cara de aburrimiento. Una de las chicas soltó una risita. «Ya estamos», dijo.

Dos de los chicos intentaron calmarlo. Todos, hasta el chico que gritaba, se parecían a Harry.

—Mejor que lo llevéis a urgencias —dijo Anne.

—A lo mejor si le da un poco el aire, da un paseo y respira aire fresco —dijo otro chico.

—Será mejor que os marchéis ya —dijo Anne.

Aún no clareaba, aún era noche cerrada. Anne estaba sentada a solas en la luminosa cocina con su vestido negro. Tenía una carrera en la media. La cena en el restaurante le había costado casi mil dólares, y seguramente a Harry ni siquiera le habría gustado. A ella no le había gustado. A partir de ese día quería comportarse de una manera distinta, en homenaje a Harry. No había sido un chico perfecto, Harry, había sufrido mucho, había sido un incomprendido, pero nunca lo había soltado de su mano, nunca, hasta aquel día. Sabía que Harry ya no podía darse cuenta de ello, de que lo había soltado de su mano. Sabía que, a partir de ese día, de los dos sólo ella podría darse cuenta de las cosas. No iba a engañarse al respecto. Con todo, no se le escapaba que no estaba pensando con claridad.

Pasado un rato, se levantó y preparó una bolsa para irse de viaje a África, exactamente de la misma forma que lo había hecho la vez anterior. La bolsa con todo su contenido no podía pesar más de diez kilos. Cuando terminó de hacerla, la dejó en el pasillo, junto a la puerta. Fuera aún era de noche, tanto como horas antes, aunque pareciera prácticamente imposible.

Quizá volvería a África.

Oyó que llamaban a la puerta. Anne la miró, sorprendida, una gruesa puerta con cerraduras. Entonces la abrió. Había una muchacha en la entrada, no la del *interplanetario*, sino otra que había disfrutado especialmente de la cena. Había estado fumando un rato antes de llamar a la puerta. Había varias colillas aplastadas en la pintura azul celeste brillante del porche.

—¿Puedo pasar? —preguntó la chica.

—Pues... No —dijo Anne—. No puedes pasar.

—Por favor —dijo la chica.

Anne cerró la puerta.

Fue a la cocina y tiró las dos partes del salero a la basura. También tiró al

compañero de esa señorita. Harry le había dicho una vez: «Mira, es alucinante, no sé cómo me ha pasado, pero tengo unos pinchos clavados en la cabeza. Hace tiempo que debo de tenerlos, pero lo juro, te lo juro, me los acabo de notar ahora mismo. ¡He conseguido sacármelos! Los del lado izquierdo. Pero los del derecho son más difíciles porque están metidos en una especie de casco, y el casco se ha fusionado con mi cabeza, ¿lo ves? ¿Puedes ayudarme?».

Le había ayudado. Le había acariciado el pelo con los dedos durante mucho tiempo. Había sido muy cuidadosa, muy meticulosa. Pero aquella había sido una situación extraordinaria. Normalmente no podía ayudarlo.

Volvió a oír ruido en la puerta, unos golpes decididos. Anne caminó hacia allí a paso rápido y abrió. Había varios amigos de Harry, no sólo la chica, aunque tampoco estaban todos.

—No tiene por qué ser tan grosera —dijo uno de ellos.

Estaban enfadados. Habían perdido a Harry, pensó Anne, y ahora lo echaban de menos.

—Nosotros también queríamos a Harry, ¿sabe? —dijo uno de ellos. Llevaba la corbata suelta y tenía el aliento dulce y seco como la arena.

—Quiero irme a descansar —dijo Anne—. He de descansar un poco.

—Descansar —dijo uno de ellos con una voz dulce y llena de desdén. Miró a los demás. No le hicieron caso.

—Cuéntenos otra historia de Harry —dijo uno de ellos—. La primera no la hemos pillado.

—¿Me estáis asustando? —dijo Anne. Sonrió—. Quiero decir, ¿intentáis asustarme?

—Creo que Harry vio esa cosa, pero no creo que él estuviera allí. ¿A eso se refería? —dijo uno de ellos con alguna dificultad. Dio media vuelta y entonces, como si estuviera bailando, bajó los escalones y se arrodilló en el suelo, donde agachó la cabeza y empezó a escupir en silencio.

—Harry siempre estará con nosotros —dijo uno de ellos—. Mejor que se vaya acostumbrando. Y la próxima vez cuéntenos bien las historias.

—Buenas noches —dijo Anne.

—Buenas noches, *por favor* —dijeron, y Anne cerró la puerta.

Apagó las luces y se sentó en la oscuridad de su casa. Bien pronto, tal y como esperaba que sucediera, el teléfono empezó a sonar. Sonó y sonó, pero no tenía por qué responder. No lo haría. Nunca volvería a darse aquel instante, nunca más, en el que se enteró de que Harry había muerto, por mucho que supiera en el fondo de su corazón que el pasado no era sino el presente de ese futuro al que el pasado pertenecía.

DERECHO DE VISITA

Donna llegó de visita enfundada en su largo abrigo negro. Era primavera, pero aún hacía fresco y nunca vestía colores alegres, no era una cursi. Había ido a visitar a su amiga Cynthia, a quien habían ingresado en la Casa del Estanque por depresión. Donna nunca bebía antes de visitar a Cynthia. Evitaba sus excesos habituales y llegaba sobria y despierta, con una exquisita sensación de abatimiento. Pensaba que la Casa del Estanque no era un nombre afortunado, habida cuenta de que los estanques eran sitios artificiales, pequeños y de aguas quietas. No era sólo una opinión suya. En efecto, un estanque era una balsa construida para recoger el agua, aunque Cynthia pensaba que ese pabellón del hospital llevaba en realidad el nombre de un benefactor.[*] Cynthia tenía tres compañeras de habitación: una mujer que rondaba los sesenta años y dos adolescentes obesas. A Donna le gustaba fingir que la vieja era su madre. Hola, le decía, estás estupenda hoy, qué suéter más bonito.

Hacía una semana que visitaba a Cynthia. Le costaba imaginarse las cosas que había hecho Cynthia con su vida antes de tener la gentileza de hacerse encerrar en la Casa del Estanque. Le agradaba todo de aquel sitio, pero especialmente sentarse en la habitación de Cynthia y conversar en voz baja con ella mientras las otras tres aguzaban el oído. Las otras ni siquiera se tomaban la molestia de fingir que no escuchaban. A veces Cynthia y ella daban un paseo juntas hasta el comedor y sacaban algo de comer de la nevera. En el comedor, habían atado con cintas a los muebles unos ridículos globos de helio en forma de objetos o comida pero con rasgos humanos. Se bamboleaban frente al mostrador de las enfermeras y la gente les daba una

palmada al pasar. Cynthia pensaba que esos globos tenían que ser muy perturbadores para alguien que ya estaba perturbado, aunque, de hecho, a todo el mundo le parecían divertidos. Ninguno de los pacientes ingresados en la Casa del Estanque estaba gravemente enfermo, no al menos en la segunda planta. En la tercera planta era otro cantar. Pero en la de Cynthia se suponía que los pacientes eran dolorosamente conscientes de la situación en la que se encontraban y se les animaba a creer que podían recibir ayuda. Cynthia había terminado allí porque había cogido la costumbre de cometer actos destructivos y egoístas, el más reciente, haber prendido fuego al coche de su novio, un Corvette negro. El novio en cuestión estaba casado, pero Cynthia tenía poderosas sospechas de que era gay. La sacaba de quicio. «Es de los que toman pero no dan, Donna», le había dicho con gesto serio.

Le dijo que estaba tan desanimada que todo le parecía ligeramente amarillento, que todo lo veía a través de un velo amarillo.

—Lo leí en un artículo —dijo Donna exaltada—. Lo del velo amarillo.

—¿Sabes, Donna? —dijo Cynthia—. Eres parte del problema que tengo.

Cuando Cynthia se ponía así, Donna se disculpaba y se marchaba un rato. O volvía a la habitación de su amiga y hablaba con la vieja. Le encantaba mostrarse extraordinariamente simpática con ella. Una vez le trajo chicle; otra, un bote de crema de noche. Pasaba de las adolescentes obesas, pero una tarde una de las chicas se chocó con ella aposta cuando se cruzaron en el pasillo. La carne de la chica era dura y olía a coco. Le plantó la cara en las narices. Tenía los poros grandes y limpios, y Donna se fijó en las lentes de contacto que descansaban sobre las córneas de sus ojos.

—Soy una chica apasionada, intensa, y tengo mis propios sueños, y mi amiga es igual que yo —dijo la chica—. Así que deja de humillarnos. —Y le propinó un fuerte puñetazo en el brazo.

A Donna le entraron ganas de llorar, pero sólo era una visitante. No tenía por qué ir a tan a menudo al hospital. De hecho, iba demasiado, a veces hasta hacía dos o tres visitas al día.

Se celebraban dos reuniones de grupo a la semana y Donna siempre intentaba colarse aunque tuviera prohibido asistir a ellas. A veces, sin embargo, si se quedaba junto a la puerta, las enfermeras y los psicólogos no

la descubrían enseguida. Cynthia, las adolescentes gordas, la señora mayor y media docena más de ingresados se sentaban en torno a una mesa enorme y contaban lo que les apeteciera.

—He soñado que vomitaba un zorro —dijo una de las chicas gordas. Donna, por mucho que lo intentara, no conseguía distinguirlos.

—Una vez cagué algo que se parecía a una cebolla —dijo un hombre—. No se acababa nunca. Al final me lo terminé de sacar con las manos. Pensé que era el demonio, pero era un gusano. Un souvenir de Centroamérica.

—Qué asco —dijo la otra chica gorda—. Es la cosa más...

—¡Eh! —dijo el hombre—. Métete en tu vida.

La historia del gusano hizo que la señora mayor se excusara. Donna regresó con ella a la habitación y se sentaron en su cama.

—Ponme la mano en el corazón —dijo la señora mayor—. Se me va a salir del pecho. A mí no me educaron así.

A la vieja le gustaba jugar a las cartas y a menudo se distraían las dos con un mazo viejo y pringoso con fotos de peces de colores. Donna fingía estar en el camarote de un barco en un viaje breve y seguro a una isla preciosa. La vieja era una rival misteriosa, todo lo contrario de lo que parecía a simple vista. De hecho, las enfermeras le habían comentado que estaba mucho peor de lo que parecía. Unas olas altas las perseguían y acompañaban al otro lado del ojo de buey del camarote. Las olas eran una parte esencial del mundo que exigía aquel viaje, pero le tenían ganas al barco, saltaba a la vista.

—¿Qué peces son? —preguntó Donna.

—Viven en los arrecifes de coral —dijo la señora mayor.

Jugaban a una variante del Escupitajo en el Océano, que era a su vez una variante del póquer tapado. Donna no sabía que ese humilde juego tuviera tantas variantes.

Las dos chicas gordas entraron en la habitación y se tumbaron en sus camas. La señora mayor se estaba sincerando con Donna. Le hablaba de su marido y de la casita que tenían.

—Tras la muerte de mi marido, me daba miedo que alguien pudiera entrar

y... —Se pasó el dedo por la garganta—. Me compré uno de esos hombres. Un Safe-T-Man de última generación. ¿Sabes? Esos que miden más de un metro ochenta pero luego se pueden plegar y meter en una pequeña bolsa de mano. Lo colocaba en el coche o en el sillón de mi marido, delante mismo de la ventana. Lo podías vestir de muchas maneras. Tenía una chaqueta de cuero. Tenía una gorra de béisbol.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Donna.

—Lo tengo guardado en la bolsita de mano. De hecho, ese Safe-T-Man me asustaba un poco. Quizá lo encargué un pelín demasiado oscuro de piel, o qué sé yo. Nunca me acostumbré.

—Eso es racista —dijo una de las chicas gordas.

—Sí, menudo comentario racista —dijo la otra.

—Seguro que se pregunta qué ha sido de mí —dijo la señora mayor—. Y mi coche también. Un día circulas por la carretera, encadenando momentos de emoción, y al siguiente te ves encerrado en un garaje oscuro. No me da miedo morir, pero no quiero morir de vieja.

Desde luego, ya era bastante vieja, pero las chicas gordas no la retaron por aquel comentario. Cynthia entró en la habitación comiéndose una pieza de fruta, una nectarina o algo parecido.

—Lo primero que haré cuando salga de aquí será irme a mi casa y cocinar un pollo de fiesta —dijo la vieja—. Espero que vengáis todas a comer.

Las chicas gordas y Cynthia se quedaron mirándola.

—Me encantaría —dijo Donna—. ¿Qué es el pollo de fiesta? ¿Puedo llevar algo? ¿Vino? ¿Una ensalada?

—Necesitas mondadientes para cocinarlo —dijo la vieja—. Lo asas con los mondadientes, pero luego los sacas.

—Suena estupendo —dijo Donna.

Cynthia torció el gesto.

—¿Puedes dejarlo estar? —dijo a Donna.

—Estoy cansada —dijo la vieja con dulzura—. Estoy cansada de jugar a las cartas. —Guardó el mazo en su caja, pero la imagen que decoraba la caja no era de los arrecifes de coral, sino de una mustia ciudad europea repleta de campanarios, todo lo contrario de un habitante de los arrecifes de coral.

—¡Estas cartas no van aquí! —gritó—. Hasta ahora no me había dado cuenta. ¿Serías tan amable de ir a mi casa y traerme el otro mazo de cartas? —preguntó a Donna.

—Por supuesto —dijo Donna.

—Mi casa es un poco rara —dijo la vieja.

—¿A qué se refiere?

—Seguro que lo es —dijo una de las gordas.

—Me encanta mi casita —dijo la vieja con ansiedad—. Quiero volver cuanto antes mejor.

Le dio las señas a Donna y una llave que sacó de su cartera. Esa misma tarde, cuando terminaron las horas de visita, Donna se acercó en coche a la casa, que parecía una aseada caja de zapatos, con un patio de roca triturada y un polluelo muerto en la rampa de acceso. A Donna la casa no le pareció tan rara. Obviamente, si viviera en ella estaría desesperada por poner pies en polvorosa. Había un montón de chismes que deberían estar enchufados a las paredes, pero ninguno lo estaba. Encontró los naipes casi enseguida, en la cocina. Vio los peces de colores en la caja y las imágenes de esa ciudad extranjera en los naipes que encontró dentro. Abrió distraídamente la nevera, que estaba repleta de ketchup, nada más que botes de ketchup, todos empezados. Donna estuvo tentada de rellenar algunos botes con los restos de los otros para reducir el número indecoroso de botes, pero reprimió sin mayor dificultad la tentación de hacerlo.

En el camino de vuelta a su apartamento, paró en un restaurante y se tomó varias copas en la barra. La camarera se llamaba Lucy. Acababa de regresar de vacaciones. Había nadado cuarenta y cinco minutos con delfines. Un delfín que no se había apartado de ella ni un minuto tenía una inmensa erección.

—No paraba de pasar a mi lado, una y otra vez —dijo Lucy, moviendo la mano por el aire—. Estuve todo el rato preocupada pensando en los niños pequeños. Suelen invitar a niños a los que les quedan pocas semanas de vida por lo que sea. Pensaba que no sería nada conveniente para esos niños ver a un delfín con la polla empalmada.

—Pero los delfines saben lo que hacen, ¿no? —dijo Donna.

—En realidad no es nada relajante nadar con delfines —dijo la camarera—. Unas personas les caen mejor que otras. Y la gente de la que pasan luego se siente como el culo. Ya sabes, expulsados del rollo Gaya.

Los clientes del restaurante no paraban de pedir combinados exóticos que Lucy tenía que consultar en *La biblia del camarero*. Donna no tardó en irse a casa.

La tarde siguiente se lanzó enfundada en su abrigo negro a la Casa del Estanque con un ramillete de narcisos como regalo general.

Cynthia estaba leyendo *Ana Karenina* en el salón, en una gran butaca con una funda de chintz.

—¿Seguro que te conviene esa lectura? —preguntó Donna.

Cynthia no quiso hablar con ella.

Donna encontró a la señora mayor y le dio el mazo de cartas.

—Qué alivio —dijo la señora—. Habría podido ser un auténtico problema, un auténtico problema. ¿Me harías otro favor? ¿Podrías ir a buscar a mi perro y traérmelo aquí?

La idea la entusiasmó.

—¿Tiene un perro? ¿Dónde está?

—En mi casa.

—¿Y alguien le da de comer? —preguntó Donna—. ¿Tiene agua?

Había encontrado su vocación, estaba segura. Podría pasarse la vida haciendo eso. Se sintió como una nadadora de largas distancias en ese punto mental al que llegan esos nadadores cuando son buenos.

—¡Nooooo! —dijo la vieja—. No necesita agua. —Ella también parecía estar encantada. Las dos se miraban con ojos radiantes de alegría—. Es un buen perro. Es un perro guardián.

—No lo vi cuando estuve en su casa —admitió Donna.

—Eso es que no te vigilaba —dijo la señora.

—¿De qué raza es? —preguntó Donna.

De pronto pareció preocupada.

—Es un chisme que hay que enchufar.

—Oh —dijo Donna, desilusionada—. Creo que sí lo vi.

Se parecía a un altavoz. Pensaba que habían estado hablando más en la

línea de Cerbero, el perro que guardaba las puertas del infierno. ¡Esos griegos! No era que no pudieras entrar. Lo que pasaba era que no podías salir. Y toda esa historia de la torta de miel... En realidad, nunca había terminado de entender la historia esa de la torta de miel.

—Detecta intrusos hasta a diez metros de distancia y se pone a ladrar. Los puede detectar a través del cristal, el ladrillo, la madera y el cemento. Cuanto más se acercan, más fuerte y rápido ladra. Es un pequeñín, pero suena feroz. Siempre me gustó más que el Safe-T-Man. Los compré al mismo tiempo.

—Pero aquí se pasaría todo el rato ladrando —dijo Donna—. Debe tenerlo en cuenta —añadió.

—Pero puede estar callado —dijo la mujer—. Puede ser bueno.

—Entonces se lo traeré —dijo Donna, como si acabara de tomar una decisión difícil.

Saliendo de la Casa del Estanque se cruzó con un hombre vestido de rojo de los pies a la cabeza que berreaba a un teléfono. Había un teléfono de monedas en el centro exacto de la segunda planta y siempre estaba ocupado.

—¿Es que naciste con un hacha en la mano? —gritó.

Donna regresó al día siguiente con el perro de la señora mayor metido en una elegante bolsa de rayas marrones y blancas de la tienda Bendel que había guardado para una ocasión especial. Llegó cuando la reunión de grupo estaba a punto de terminar. Merodeando cerca de la puerta, vio a las adolescentes gordas y la cabeza perfectamente redondeada de Cynthia con su corte de pelo a la moda. Un paciente al que no había visto antes estaba diciendo:

—Eh, si se parece a un alma y camina, habla y huele como un alma, entonces es que es el alma.

El comentario le pareció muy divertido y algo obsceno.

—¡Señorita! —le gritó alguien—. ¡No le está permitido asistir a estas reuniones!

Donna se marchó a la habitación de Cynthia y se sentó en su cama. Habían quitado todas las sábanas del colchón de la vieja. Observó un rato la cama con la mirada vacía.

Cuando Cynthia entró, le dijo:

—Donna, la señora se murió, te lo juro por Dios. Estábamos las cuatro

sentadas después de la cena, comiéndonos la dichosa jalea que nos dan, y la mujer se cayó sin más.

—He traído una cosa que quería tener aquí —dijo Donna, enseñándole la bolsa—. Es de la mujer, de su casa.

—Deshazte de eso —dijo Cynthia—. Escúchame, actúa rápido y con decisión. —Se puso a llorar.

Donna pensó que la reacción de su amiga era un poco extraña, pero seguramente por eso la tenían ingresada en la Casa del Estanque.

Conforme fue avanzando el día, se enteró de que la mujer no tenía parientes. Ni uno solo.

—De todos modos no nos habría cocinado el pollo de fiesta —dijo Cynthia—. Seguro. —Su lengua afilada estaba de vuelta, comprobó Donna.

Hubo una discusión en la habitación sobre lo ocurrido. La señora se estaba comiendo su jalea. No había pronunciado palabra. No había manifestado ningún pesar.

—No se lo esperaba —dijo una de las gordas.

—¿Erais amigas de antes o hicisteis amistad aquí? —les preguntó Donna. La miraron con odio.

—Es una puta tarada, creo —dijo una de ellas.

Se parecían mucho. Donna no estaba segura de cuál de las dos la había golpeado en el pasillo. Pensó que eran como los gemelos de Alicia. Imaginó entonces que era la directora de las visitas guiadas de un sanatorio. Las neurosis de esas dos, nuestras gemelas del País de las Maravillas, son tan habituales que no merecen ningún interés por nuestra parte, diría mientras señalaba a las gordas. Luego imaginó que eran sus carceleras y que ejercía sobre ellas una influencia moral indiscutible.

La alarma del perro ladrador no había funcionado en la casa de la señora. Era un chisme bastante sencillo al que sólo se le podían hacer un par de ajustes: o bien cumplía su función o no la cumplía, y no quiso cumplirla. Donna había salido a la calle y luego había regresado despacio a la casa, esquivando el polluelo. Después había corrido agitando los brazos. No se oyó ningún ladrido, sólo el ruido de sus pies sobre el patio de roca triturada. Tampoco había funcionado en su apartamento. Ni siquiera parecía haberse

calentado.

Pobre infeliz, pensó Donna.

La noche titilaba en los rincones del hospital. Llegaban olores de patatas, el sonido de las ruedas que traían las bandejas de la cena. Siempre echaban a las visitas a esa hora.

—Cynthia —dijo Donna—. Te veo mañana.

—¿Por qué? —dijo Cynthia.

Ya en casa, Donna imaginó que estaba en un tren sin billete, evitando al revisor mientras el tren avanzaba a toda velocidad rumbo a su destino sobre los relucientes raíles. Se preparó una copa. Rellenó el vaso cuando casi se la había terminado. Sonó el teléfono y era Cynthia. Se puso contentísima de que fuera Cynthia.

—No te lo vas a creer, Donna —dijo Cynthia—. ¿Sabes ese tipo nuevo, el que es insoportable? Pues bien, a la hora de cenar, va y suelta que las mujeres que intentan suicidarse normalmente no lo consiguen, pero que los hombres se salen con la suya a la primera. El tipo nos dice que es pura estadística, que ahí están las diferencias entre hombres y mujeres. Dijo que los hombres hacen lo que se proponen y que las mujeres son unas embusteras y unas seductoras, y entonces Holly se levantó tirando la silla y...

—¿Quién es Holly? —preguntó Donna.

—Mi compañera de habitación, por el amor de Dios, la que te odia. Atacó al tipo. Le sacó un ojo con una cuchara.

—¿Se lo *sacó*?

—No imaginaba que se pudiera hacer, pero, tío, la chica sabía lo que se hacía.

—Podría haberme tocado a mí —dijo Donna.

—Ya lo creo. Aquí están todos locos de atar. —Cynthia se rio a carcajadas—. Quiero salir, Donna, aunque no he mejorado nada. Pero podría salir, ¿sabes? Bastaría con salir por la puerta.

—¿En serio? —dijo Donna, y pensó: «Cuando yo me vaya de aquí, será para no volver».

—Pero tengo que encontrarme mejor. Me falta tener metas. Necesito metas.

Tal vez no era una idea tan buena el que Cynthia usara el teléfono. Donna prefería sentarse tranquilamente con ella en la Casa del Estanque y ofrecerse a traerle cosas por las que no había expresado ningún deseo, o conversar sobre Dennis, su hombre casado, que no se había dignado a ir a verla ni una sola vez. Sin duda debía de seguir cabreado por el tema del coche, aunque no la había denunciado.

Cynthia siguió hablando, sobre todo de cosas de su vida, cuyos detalles Donna ya había oído en alguna ocasión y que esta vez tampoco le parecieron fascinantes. Lo había pasado mal ya desde la infancia. Había sido una personita de lo más intensa, pero le habían puesto la zancadilla una y otra vez. Donna se paseaba con el teléfono pegado a la oreja y se sirvió otra copa, aplastó un par de hormigas que se habían aventurado por la encimera de la cocina y miró por la ventana a la oscuridad de la noche, pero enseguida se dio cuenta de que no estaba viendo la oscuridad, sino sencillamente una imagen oscurecida de sí misma y las cosas que tenía a su espalda. Dio un sorbito y se acercó a unas postales que había pegado con celo en los armarios. Algunas llevaban años allí. En una se veía una ciudad civilizada y sombría parecida a la de los naipes de la vieja.

—Donna, no puedo con todo esto, ¿sabes? —le decía Cynthia—. Y creo, creo de verdad, que mi capacidad de adaptación a lo que *hay* ha sido superada. Yo...

—Cynthia —dijo Donna—. Todas estamos solas en un mundo sin sentido. Ya está. ¿Vale?

—¡Para ti es muy fácil decirlo! —gritó Cynthia.

Se oyó un fuerte chasquido cuando la comunicación se cortó.

Donna no guardaba ningún recuerdo de quién le había enviado la postal o desde dónde. Tampoco recordaba qué le había impulsado a pegarla. Esa ciudad no tenía ningún atractivo para ella. No tenía la menor intención de bajarla y mirarla de cerca.

Más tarde, estaba en la cama intentando conciliar el sueño enumerando las manos de póquer: escalera real, escalera de color, póquer, *full*... Una vocecita no paraba de decirle en su cabeza: «Vas o no vas. ¿Cómo? ¿Qué harás?». Y entonces amaneció. Se dio una ducha, se vistió y salió pitando

hacia la Casa del Estanque, donde tomó un café en la cafetería. Sus ojos se movían en todas direcciones, posándose en cualquier cosa que veían, brillantes. Vio su abrigo, colgado de un gancho junto a su mesa. De pronto le pareció que aquel abrigo era ridículo. Francamente, ¿qué aspecto debía de tener con ese abrigo?

Ya en la segunda planta, Cynthia no estaba en su habitación, pero una de las gordas sí, con la cara roja y los ojos hinchados de tanto llorar.

—Acabo de perder a mi amiga —dijo la chica gorda.

—Entonces no eres Holly —dijo Donna.

—Ojalá lo fuera —dijo la gorda—. Ojalá fuera Holly. —Se quedó tumbada en la cama, llorando sonoramente.

Donna se acercó a la ventana y miró la calle. Las ventanas no se podían abrir. En la calle, un árbol intentaba con todas sus fuerzas echar flores, pero se había visto seriamente perjudicado por la zona de aparcamiento. Malos conductores le habían arrancado grandes pedazos de corteza al aparcar. De niña, en un viaje a Florida, había visto una palmera incendiarse sin motivo aparente. ¡Fue precioso! Ratas largas como sus suaves bracitos de niña habían bajado corriendo por el tronco. Más tarde supo que no era extraño que las palmeras empezaran a arder de esa forma si se daban las circunstancias adecuadas. Pero el árbol del aparcamiento no quería hacer nada parecido. No podía. Luchaba en silencio.

Se apartó de la ventana y salió de la habitación, donde la gorda seguía gimoteando. Caminó por el pasillo, canturreando en voz baja. Fingió ser un virus, deambulando sin rumbo por el cuerpo de alguien. Encontró a Cynthia en el comedor, pintándose sus uñas largas y perfectas.

Cynthia la miró con amargura.

—Te agradecería muchísimo que no vinieras más a visitarme —dijo.

Una enfermera apareció de la nada, como solían hacer.

—¿A quién ha venido a visitar? —preguntó a Donna.

Cynthia miró su botecito de esmalte y enroscó bien el tapón.

—Tiene que visitar a alguien —dijo la enfermera.

—No es una visita mía —murmuró Cynthia.

—¿Cómo? —dijo la enfermera.

—No es una visita mía —dijo Cynthia en voz alta.

Tras alguna protesta, Donna vio que la apartaban de Cynthia y la acompañaban por el pasillo hasta el ascensor.

—Se acabó —dijo la enfermera—. Has perdido el derecho de visita en este centro.

Donna bajó sola en el ascensor. En la planta baja entraron algunas personas y el ascensor volvió a subir. Salieron en la segunda planta. Donna volvió a bajar. Caminó por el aparcamiento hasta su coche.

Regresaría al día siguiente y evitaría a Cynthia y también a la enfermera. De momento, tenía que elegir la ruta de regreso a casa. Así hacían las carreteras ahora: había cinco o seis maneras distintas de llegar al mismo sitio. En la autopista, casi de inmediato, se encontró con unas obras. Siempre había obras, señalizadas con conos, barriles y esas brillantes flechas naranjas intermitentes. Habían cortado un carril de la autopista. Avanzó unos centímetros, intentado cambiar de carril. ¡Pero nadie la dejaba pasar! Se metió a la fuerza entre la hilera de coches. Entonces vio que se trataba de la comitiva de un entierro. Todos los coches llevaban las luces puestas. Cynthia se había convertido en parte de un cortejo, de una aglomeración de dolor. ¿Tenía que encender las luces para mostrar sus condolencias, para disculparse? Se puso las gafas de sol. Lo cierto era que la gente no ponía las luces a plena luz del día sólo por los funerales. Había otras muchas razones. Para no olvidarte de alguien o de algo. De hecho, para demostrar que te acordabas de alguien o de algo, lo cual era distinto. También se animaba a la gente a ponerlas por seguridad. «Encienda las luces por su seguridad.» Pero era un funeral, de eso no había duda.

Tras lo que pareció una eternidad, la carretera se abrió de nuevo y Donna cambió abruptamente al otro carril. En cuestión de segundos había dejado atrás la comitiva.

Ya en su calle, aparcó el coche y caminó deprisa hasta la puerta. Sentía una emoción desagradable. Era media mañana y el barrio estaba tranquilo como siempre. A saber lo que hacía la gente en ese barrio. Nunca se cruzaba con nadie.

Entonces un perro empezó a ladrar de manera inquietante. A medida que

se acercaba, sus ladridos se volvían más fuertes, más frenéticos. Era el perro de la pobre infeliz, pensó Donna, la máquina gris, en funcionamiento aunque pareciera inexplicable, retomando su propósito. *Lo supo*. Pero sonaba tan real, tan extraordinariamente real, y el trastorno que sintió era también tan extraordinariamente real que vaciló. No podía seguir avanzando. Pero tampoco volver atrás.

SUSTANCIA

A Walter le tocó un pijama de seda a todas luces viejo. A Dianne le tocaron unos candelabros. A Tim, dos matas de lilas, una de flores púrpura francés y la otra de flores blancas, regalo inquietante donde los haya, pues las lilas le recordaron tan poderosamente a la hondura y la quietud del reino de la muerte que Tim se echó a llorar. Eran tan grandes que hubo que recurrir a una retroexcavadora para arrancarlas, lo cual no fue del agrado del propietario, a quien no le tocó nada, aunque tampoco tuvo que devolver la fianza del alquiler. A Lucretia le tocaron las copas para servir manhattans. Eran muy delicadas, con una cenefa de flores grabada justo por debajo del borde. Había cuatro. A Andrew le tocó el reloj de pulsera. A Betsy le tocaron las pesas. A Jack le tocó un cuenco de plata perfectamente inútil. A Angus le tocó la cesta de las fotos. A Louise le tocó el perro.

Louise habría preferido cualquier cosa antes que el perro, hasta las pesas le habrían valido. Nada la habría puesto más contenta que eso. Se sospechaba que el animal había presenciado el suicidio. O bien el perro había visto el acto o había entrado en la habitación poco después. Quizá estaba zampándose su comida en la cocina o sentado en el porche, tragándose toda la función. Era un perro tranquilo, de tamaño medio. No era el tipo de perro que sale corriendo en busca de ayuda. No era uno de esos perros que intentan evitar que levanten el cadáver de la casa.

Louise se llevó el perro inmediatamente a un refugio y lo internó. No podía entender que fuera ella, precisamente ella, a quien le hubiera tocado el perro. Pero en la nota que Elliot había dejado declaraba sin lugar a dudas: «Y a Louise, mi perro *Broom*». Lo peor de todo era que nadie recordaba que

Elliot tuviera un perro. Nunca lo habían visto, pero ahora de pronto aparecía un perro en escena.

—Dijo que quería comprarse un perro —dijo Jack.

—¿Pero no nos habría dicho «Tengo un perro»? Nunca lo comentó —dijo Dianne.

—Seguramente se lo acababa de comprar. A lo mejor se lo compró el día anterior. O incluso esa misma mañana —dijo Angus.

La idea alarmó a Louise.

—Estoy segura de que no esperaba que te lo quedaras —dijo Lucretia.

Eso la alarmó todavía más.

—¡Ay, yo qué sé! —dijo Lucretia—. Sólo quería hacerte sentir mejor.

Las facturas del refugio se le iban acumulando. El perro pesaba menos de quince kilos, pero aun así los gastos diarios ascendían a catorce dólares. Si hubiera pesado entre veinte y cuarenta y cinco kilos, habrían sido veinte dólares, y la cuota seguía subiendo si el perro pesaba más. A Louise no le sobraba el dinero. Trabajaba en una floristería y ocasionalmente en un establecimiento de tintado de cristales de automóvil, donde cortaba y planchaba las películas más oscuras que permitía la legislación, cuyo límite, de un veinte por ciento, era menos de lo que la mayoría de los clientes pedía, pero era de todos modos lo que iban a recibir. Louise había instalado un filtro con purpurina en el cristal trasero de su coche. Era como llevar unos fuegos artificiales en la oscuridad de su cristal.

Una noche después del trabajo, estaba sola en un bar cavilando sobre el dinero que le costaba mantener al perro en el refugio, donde llevaba una semana y media. Louise podía contar con sus amigos, claro, y los veía casi a diario, pero a veces le gustaba pasar un rato a solas. De cuando en cuando incluso hacía pequeños viajes por su cuenta, con la única compañía de desconocidos, cruceros o acampadas en sitios difíciles donde indefectiblemente se sentía sola e incomprendida. Esos viajes le hacían pensar en los últimos atardeceres, en ese tipo de atardeceres que se dan una y otra vez en nuestras vidas, y pensaba que eran un buen entrenamiento. Había aprendido mucho de esos viajes. Más de lo necesario, seguramente.

En el bar había una gran pecera que funcionaba como separador con

respecto al restaurante que había al otro lado. Era la primera vez que estaba en ese sitio y no lo volvería a elegir. Miró con disgusto los peces, uno de los cuales arrastraba una nube mucosa tras la cola. En el restaurante que había al otro lado del pez, vio a un hombre mayor enfrascado en una conversación con un tercero o terceros que Louise no alcanzaba a ver. Llevaba el pelo húmedo, bien cortado, y una tirita pegada en la parte más alta de la sien. Un hilillo de sangre bajaba varios centímetros desde la tirita. Louise se quedó extasiada viéndolo charlar, sonreír y cortar un filete o lo que fuera que tuviera en el plato. Pero apartó la mirada un momento y cuando volvió a observarlo la sangre había desaparecido. Se la habrá limpiado con la servilleta, quizá después de mojarla en su vaso de agua. Alguno de sus acompañantes siente afecto por él o incluso algo más que afecto y le habrá dicho que tenía sangre. Ése fue el primer pensamiento de Louise, aunque era evidente que habían tardado un buen rato en hacérselo notar.

Por la mañana fue al refugio. Una chica sacó el perro. Tenía el pelo amarillento y ondulado.

—¿Seguro que es éste? —preguntó Louise. La chica la miró con gesto inexpresivo y masticó ruidosamente un chicle—. En realidad no es mío —explicó Louise—. Es de un amigo.

El perro se encogió tristemente en el suelo del asiento de atrás. Ni siquiera se tumbó.

—Te vas a poner enfermo ahí abajo —dijo Louise.

A todas luces el perro no estaba acostumbrado a viajar en coche y no intuía la felicidad que podía procurar esa actividad.

Al cabo de una semana, Louise no había reconocido ningún hábito en el animal. No parecía arisco, sino sencillamente tímido. Empezó a llamarlo *Broom* con cierta reticencia.

Cada dos semanas celebraban una fiesta en una de las casas, aunque aún no le tocaba organizarla a Louise. Como los alquileres estaban baratos, todos vivían en grandes casas destartaladas. Llegó a casa de Jack y vio que ya estaban todos. Tomaban gimlets y observaban una rata que Jack había cazado debajo del fregadero con una de sus trampas adhesivas.

—No voy a utilizar nunca más estos chismes —dijo Jack—. Son

deprimentes.

—Yo los uso —dijo Walter—, pero no he cazado ninguna.

—Eso es que no los pones en el sitio adecuado —dijo Jack.

La rata los miraba con un gesto más o menos teatral.

Uno de los mellizos, Wilbur, se levantó y abrió una ventana. Cogió la trampa y la lanzó con su rata acompañante a la calle, donde cayó entre los coches que pasaban.

—Normalmente las llevo al vertedero —dijo Jack.

Wilbur y Daisy, su melliza, fueron los únicos que afirmaron acordarse de *Broom*. Dijeron que no comía de un bol, sino de un plato con el escudo de la Universidad de Columbia. Pero en sus excéntricas complicidades eran capaces de imaginarse casi cualquier cosa. Dedicaban gran parte de su tiempo a inyectarse cariñosamente el uno al otro. Elliot no los había incluido en su nota entre los receptores de regalos, aunque, por supuesto, no les había importado. Insistían en que la situación no habría dado ese giro espantoso de haber podido presentar a Elliot a la gran Heroisch, la potente, poderosa, sensacional y seductora Heroisch. Los mellizos eran tan ingenuos que sacaban a todo el mundo de quicio. Les encantaba echar la pota cuando iban colocados. Hay una alegría, decían, una auténtica alegría. No se parece en nada a potar sin más.

Todos vivían en esas casas grandes que se pudrían en silencio por dentro, incluso los mellizos. Louise tenía un solárium en la suya, aunque con unas goteras tremendas. Detrás, había un jardín descuidado con casetas para pájaros clavadas a cada árbol. Algunos tenían más de una. Los anteriores inquilinos debían de estar pirados, pensaba Louise. ¿Cómo se les ocurriría pensar que los pájaros iban a querer vivir allí?

En casa de Jack bebieron, aunque no mucho, con la excepción de Dianne, que últimamente bebía mucho más de la cuenta. Les decía:

—Empecé a preguntarme si realmente valía la pena hacer lo que estaba haciendo. Elige un momento, uno cualquiera. Empecé a dudar. Si sólo me quedara el día de hoy y no tuviera un mañana, ¿valdría la pena lo que estaba haciendo en este momento? Me hice a mí misma esa pregunta importantísima y tuve que admitir que... En fin, que no.

Pero nadie intentó inmiscuirse en los asuntos de Dianne. Estaban intentando aceptar la muerte de su amigo Elliot; cada uno a su modo, según habían acordado tácitamente.

—Tienen que pasar cuatro estaciones para aceptar la muerte de alguien —dijo Angus—. Primavera y verano, invierno y otoño.

—Otoño e invierno —dijo Andrew.

Todos estaban enfadados con Angus porque había sacado las fotos de la cesta plana de mimbre donde siempre habían estado y las había puesto en álbumes, ordenándolas por años o celebraciones. No le gustó a nadie. No era lo mismo. El efecto era distinto. Antes, todo parecía una fiesta. Ahora, nada lo parecía.

Hablaron sobre las cosas que Elliot les había regalado. No entendían qué había querido decirles con los regalos. Una camioneta se había llevado el resto de sus pertenencias a un almacén. Un hermano de Elliot iba a pasar a recogerlas. Estaba enfermo o vivía en Turquía o en cualquier otro país en el culo del mundo, daba lo mismo. En cualquier caso, todavía no había aparecido.

Louise creía que no era justo que le hubiera tocado un ser vivo. A nadie más le había tocado nada igual. Lo comentaba a menudo, pero nadie le daba ninguna explicación.

Los mellizos estaban leyendo una traducción de Pablo Neruda y habían dado con el verso «Pero la muerte va también por el mundo vestida de escoba», aunque no se lo iban a contar a Louise. En cualquier caso, *vestida* no les sonaba bien, tal vez era cosa de la traducción. [*] Pero Neruda era un gigante entre pigmeos, dueño de una inteligencia impecable. No iban a soltar palabra.

Pasó más de un mes. Louise trabajaba a jornada completa en la floristería. Le gustaba trabajar allí, junto a la larga mesa donde cortaban las flores, ataviada con una bata color melocotón entre esas flores antinaturales. Un día entró una mujer justo antes del cierre. Quería enviar una docena de rosas a la joven ayudante de un veterinario.

—Mi perro le mordió la mano cuando intentaba sujetarlo para hacerle unas radiografías —dijo la mujer—. Estoy abochornada.

A Louise nunca le habían interesado las razones por las que la gente compraba flores.

—No me gustan los perros —dijo Louise.

—¿De verdad? —dijo la mujer—. No sé qué habría sido de mí sin mi *Buckie*.

—No habría venido aquí a comprar estas rosas —dijo Louise.

Otra estación empezaba a insinuarse. Ahora le tocaba a Tim organizar una fiesta, pero las cosas no le iban bien. Las lilas no habían sobrevivido al trasplante. Nunca revivirían. Tim lo había intentado todo, pero no había bastado. Además había tenido una mala experiencia con una pareja de cisnes. Había estado vigilando la suerte de esos cisnes desde que los había visto aparearse en un marjal junto a la autopista.

—Cuando terminaron, enroscaron sus cuellos como en un símbolo heráldico —dijo—. Heráldico.

Pero tras unas semanas protegiendo el nido, el macho desapareció y una semana después la hembra hizo lo propio. Tim se había tomado tantas molestias para observarlos y de pronto se habían esfumado. Estaba convencido de que alguien los había asesinado.

—¿Os acordáis de ese *lied* sobre el cisne? —preguntó.

—¿Leda y el cisne? —se ofreció Angus.

—Me refiero a la canción alemana —dijo Tim perdiendo la paciencia—. El *lied* —dijo enojado.

Hablaba sobre un cisne que se enamoró tanto de un cazador de los marjales que se convirtió en mujer, se casó con él y tuvieron tres hijos. Entonces, una noche, el rey de los cisnes la instó a volver. Si no lo hacía, el cazador moriría. Lentamente se volvió a convertir en cisne y lentamente abrió sus amplias alas blancas y abandonó a su marido y a sus hijos...

—Sus amplias alas blancas —dijo Tim, con un sollozo.

Lucretia dio una fiesta sin que le tocara hacerlo. Fueron todos salvo Dianne y Tim. Walter preguntó a Louise por el perro.

—Viejo *Broom* —respondió Louise—. Pobre *Broom*.

El perro no era exigente. Sus necesidades eran modestas. Podía sentarse en una silla como un paquete, de hecho podía *parecerse* a un paquete, pero

ahí terminaba la cosa. Todos habían pensado que a esas alturas *Broom* ya habría desaparecido, que se habría escapado.

—Escucha —dijo Lucretia—. Mira lo que te digo. Uno de los vasos que me tocaron tenía una mella pequeñita en el borde y terminé yendo a una joyería a que me hicieran un presupuesto para pulirlo. Costaba setenta y cinco dólares y los pagué, pero no lo voy a recoger. Ni siquiera les di bien mi número de teléfono. Decidí que ya basta.

Walter les confesó que había tirado el pijama de seda inmediatamente, sin una pizca de ceremonia.

—Todo esto no tiene ningún sentido —dijo Betsy—. ¿De qué me sirven a mí unas pesas? Me las llevé al parque y las dejé junto al campo de béisbol. Eres una santa, Louise. Me imaginaba que no querrías llevarlo a la perrera, pero pensé: «Seguro que lo dejaré en un refugio sin sacrificios».

—¿Qué quieres decir? —preguntó Louise.

—Un refugio sin sacrificios. ¿No es evidente?

—Pues no —dijo Louise—. No del todo. No suena tan bien como lo pintas, la verdad.

—En la mayoría de los sitios cuidan a las mascotas abandonadas un par de semanas y entonces, si nadie las adopta, las duermen.

—Las duermen —dijo Louise.

No sabía que la gente siguiera usando esa expresión, pero allí estaba su amiga Betsy, usándola. Sonaba a algo que le harías un niño pequeño en una bonita habitación mientras todavía hay luz en la calle.

—Y esa gente no lo hace. Hace poco que oí algo sobre esos sitios, pero nunca he visto ninguno. No creo que haya muchos, pero seguro que habrá alguno por aquí.

—A mí tampoco me gusta cómo suena —dijo Andrew—, por extraño que parezca.

—¿Sabéis? Aquella mujer volvió el otro día a comprar rosas a la floristería y le dije: «¡Oh, no! ¿Ha mordido *Buckie* a alguien otra vez?» —dijo Louise.

Sus amigos la miraron.

—Y me dijo: «No sé de qué me está hablando». —Louise se rio—. Fingió

que era otra persona.

Louise siempre tenía ganas de hablar sobre *Broom* con sus amigos hasta que consiguió que a ellos también les apeteciera hacerlo. Entonces se le quitaron las ganas.

Un día a última hora de la tarde después del trabajo, Louise estaba sentada en los escalones del porche de su casa cuando una furgoneta se detuvo en la otra acera y un hombre se bajó. Louise se quedó sorprendida al ver que aquel hombre se encaminaba hacia ella. Estaba muy moreno y llevaba el pelo mal cortado. El cuello de la camisa le iba grande.

—Mucho gusto, Louise —dijo—. Soy el hermano de Elliot.

Louise hizo memoria y trató de acordarse de Elliot. Lo encontró con más dificultades de lo habitual, pero ahí estaba, Elliot, pudo verlo. Seguía siendo el mismo, igual que siempre. Elliot el poderoso.

—No se parece nada a Elliot —le dijo.

Dio la impresión de que el hombre esperaba que dijera algo más. Al ver que no lo hacía, dijo:

—He estado enfermo, en el extranjero. No podía desplazarme, pero he venido en cuanto he podido. Elliot y yo estábamos peleados. No puede imaginarse la estupidez por la que discutimos, fue por una nadería. Llevábamos dos años sin hablarnos. Nunca me lo perdonaré. —Se interrumpió un momento—. He oído que Elliot tenía un perro y que ahora lo tiene usted y que tal vez pueda resultarle una carga. Me gustaría quedármelo. Me gustaría comprárselo.

—No puedo —se limitó a decir Louise.

—Insisto en pagarle algo.

—No, es imposible. No voy a darle el perro —dijo Louise. No podía descartar que aquel hombre se dedicara a hacer vivisecciones.

—Significaría mucho para mí —dijo él, con la boca temblorosa—. Era el perro de mi hermano.

Louise meneó la cabeza.

—No me lo puedo creer —murmuró él.

—¿Crear qué? —dijo Louise, mirando al hermano de Elliot, si es que de verdad lo era, aunque no había motivo para dudarlo, ninguna razón de peso.

El hombre volvió a hablar, con paciencia, como si Louise hubiera malinterpretado del todo su situación y la seriedad de su súplica. Sentía una culpa casi religiosa. Se había embarcado en una misión religiosa. Había llegado a la conclusión de que eso era lo que tenía que hacer, lo único que todavía era posible hacer.

—Éramos uña y carne —dijo—. Era mi hermano pequeño. Le enseñé a esquiar, a conducir. Fuimos a la misma universidad. Siempre lo protegía, él me admiraba, pero entonces tuvimos esa pelea estúpida, absurda. Ahora se ha ido para siempre y estoy completamente destrozado. Esto me ha destruido. — Se frotó el pecho con la mano como si algo le torturase de verdad por dentro —. Si pudiera cuidar de algo de lo que él cuidaba, entonces tendría algo de mi hermano, del amor de mi hermano.

—No quiero parecer grosera —dijo Louise—, pero todos llevamos ya un tiempo intentando pasar este mal trago y de pronto aparece usted, después de estar enfermo y fuera del país, las dos cosas al mismo tiempo. Las dos cosas al mismo tiempo —repitió—. Que aparezca ahora está completamente fuera de lugar. A veces ocurre que uno llega tarde.

—No es verdad —dijo él. Bajo el bronceado se adivinaba una piel cetrina—. Sus amigos, los amigos de Elliot, me han dicho que agradecería la oportunidad que le doy, que estaban seguros de que no le importaría. En fin, que sería un alivio y un motivo de alegría para usted.

—Eso lo único que demuestra es lo poco que nos conocemos —dijo Louise—. Aunque lo intentamos —añadió—. ¿Ha tenido perros?

Louise simplemente sentía curiosidad. No quería que se hiciera ilusiones, pero en cuanto lo dijo temió haber alimentado sus esperanzas.

—Claro que sí —dijo entusiasmado—. De niños siempre tuvimos perros.

—¿Se moría uno y compraban otro?

—Es una curiosa manera de expresarlo.

—Mire —dijo Louise—, su hermano tuvo este perro no más de tres minutos. —Sintió que estaba disculpando a Elliot.

—Tres minutos —dijo él perplejo.

—He dicho no más de tres minutos. Debería usted comprarse un perro y fingir que era de su hermano y cuidar de él con ternura y listo. —Louise no

pensaba levantarse, entrar en la casa y cerrarle la puerta a ese hombre en las narices. Esperaría fuera hasta que se cansara—. No hay más que hablar —dijo.

El hombre dio media vuelta entristecido. Unos chavales estaban mirando en su furgoneta.

—¡Largaos! —exclamó antes de echar a correr tras ellos.

Ahora le tocaba a Walter dar la fiesta. Había encendido la chimenea, aunque no hacía frío en absoluto. Aun así, era muy agradable, dijeron todos.

—Encargué media cuerda de leña, pero estaba toda quebrada. Sólo había troncos pequeños —dijo Walter—, y uno de los troncos tenía una cadena medio incrustada, parecida a una cadena para atar a un perro. El tronco había empezado a crecer por encima de la cadena.

—Vaya —dijo Daisy—. Me cuesta creerlo.

—A veces —dijo Wilbur—, lo mejor es no airear algunos conceptos.

Los mellizos contemplaban el fuego cogidos de la mano.

—¿Quién habría pensado que Elliot tendría un hermano tan triste? —dijo Angus—. Yo tampoco le habría dado el perro.

—De todos modos, me sorprende que no lo hicieras, Louise —dijo Jack.

—Supongo que se habrá quedado con todas las cosas que recordamos que eran de Elliot —dijo Andrew—. Recuerdo que tenía un bonito reloj de barco, por ejemplo. El reloj de pulsera que me tocó a mí, ¿se lo habíais visto alguna vez?

—Elliot no estaba en su sano juicio —dijo Betsy—. Siempre nos olvidamos de eso. No pensaba con lucidez. Si piensas con lucidez, no te quitas la vida.

Una vez más, a Louise le sorprendió la manera que tenía su amiga de expresar las cosas. Quitarse la vida era, en cierta medida, un modo de controlarla, de adueñarse de ella, de moldearla al sacarla del cuerpo. Pero la vida de Elliot, por mucho que hubiera concluido, seguía sin tener forma.

—Quiero confesaros algo —dijo Andrew—. Tiré el reloj.

Lo había metido en un contenedor de beneficencia lleno hasta los topes que había en el aparcamiento de un centro comercial. Describió la experiencia de meter el reloj en una bolsa reventada y ligeramente hinchada

como algo desagradable en extremo. Todos conocían ese contenedor de beneficencia y su callada congregación de cachivaches desplazados, algunos demasiado voluminosos para haber pasado por la ranura, todas esas cosas que esperaban ser recuperadas en esta vida, que esperaban a que alguien las volviera a usar.

Esa noche bebieron más de la cuenta y luego tuvieron sueños muy vívidos. Los mellizos soñaron que estaban en medio de una autovía y que intentaban cruzarla una y otra vez sin conseguirlo. Angus soñó que estaba en una cafetería en la que una camarera amable pero ineficaz que se parecía a su madre le acompañaba a una mesa que luego no aparecía por ningún lado. Lucretia soñó que estaba tallando la versión de Kathleen Ferrier de los *Kindertotenlieder* en un bloque de madera con una sierra mecánica. No está nada mal, le decía alguien. Sólo es una copia, objetaba Lucretia. Walter soñó que llevaba el pijama de seda puesto y se arrodillaba ante la barandilla de un altar. El cáliz se le iba acercando lentamente, pero se había convertido en un termómetro que se introducía bajo las lenguas de los feligreses. Cuando llegó su turno se había transformado en la varilla del nivel de aceite de un coche y un mecánico la limpiaba con un trapo asqueroso.

Ya habían pasado cinco meses desde que Louise se había quedado con el perro. Al caer en el tiempo que había pasado, pensó: «Aún faltan siete meses más. En siete meses sabremos lo que hay que hacer».

Alguien se estaba construyendo una casa detrás de la de Louise. Habían pasado el cortacésped por el jardín y talado casi todos los árboles. Miró el banal armazón de madera. Cuando Louise dio una fiesta, todos se quedaron de piedra con el cambio.

—Pensaba que el jardín venía con la casa —dijo Jack.

—Pues resulta que no —dijo Louise.

—Se habrán llevado todas esas casetas para los pájaros —dijo Lucretia—. Ahora la gente las cuelga dentro de casa, como detalle decorativo. Las pintan con esmaltes descoloridos que se descascarillan enseguida, para que parezcan viejas, y las cuelgan en las paredes.

—Dentro están más seguras —dijo Angus.

—Será enorme, Louise —dijo Betsy—. La tendrás encima.

Hablaron un rato sobre las cosas que podía plantar para tapar la casa.

—Ninguna planta te crecerá lo bastante rápido —dijo Betsy.

—¿Lo bastante rápido para qué? —dijo Walter.

—Todo tarda tanto en crecer. Madre mía, Louise —dijo Betsy—, será mejor que te cambies de casa.

—Louise —dijeron los mellizos—, si te mueres, ¿nos vas a dejar algo?

Estaban sentados en el sofá comiendo prézels. Fuera soplaba un viento fuerte, pero ya no quedaba ningún árbol que la informara agitando sus ramas. Eso sí, una puerta se abrió de pronto y se cerró de golpe.

Louise iba a mudarse. No quería ver esa casa que iba creciendo a sus espaldas. En una semana había encontrado otra. Walter y Lucretia la ayudaron con la mudanza. Él tenía una camioneta y trasladaron todos los muebles en un solo viaje. También trasladaron a *Broom*, con su camita y sus cuencos para el agua y la comida. Hecho eso, Louise cargó su coche hasta arriba con lo que quedaba. Aun así, había tirado un montón de cosas. Había decidido simplificar y purificar su vida, conservar sólo las cosas más bonitas y especiales. Dejó la casa limpia como una patena, feliz por marcharse. Miró satisfecha las habitaciones vacías, las ventanas desnudas con esas vistas nuevas y feas. Cerró de un portazo y se dirigió a su coche, pero no estaba donde lo había aparcado. Miró el vacío que había ocupado el coche. Había desaparecido, alguien se lo había robado, lo había perdido todo. Lucía el sol, iluminando todavía el sitio donde lo había aparcado.

Le tocaba a Betsy dar la fiesta. Contaron historias de ladrones —a todos les habían robado— e intentaron levantarle los ánimos. Con el dinero del seguro se había comprado otro coche. No era tan bonito, pero le gustaba por otros motivos. Le gustaba porque no le gustaba tanto, porque no le despertaba ese cariño infantil que había sentido por el otro.

—Llena el armario de ropa nueva —dijo Lucretia—. Puedes permitirte ir de compras. Y además ese vestido que tanto te gustaba tenía una manchita, creo que en la espalda.

—No es verdad —dijo Louise—. Se la quité. Me encantaba ese vestido.

—Seguro que no te acuerdas de todo lo que metiste en el coche —dijo Jack.

—Mis perlas —dijo Louise con tristeza.

—Pronto será Navidad —dijo Angus. Pero siempre decía lo mismo, como si fuera a comprar regalos maravillosos para todos, regalos que se ajustarían como anillo al dedo a los deseos de sus amigos. Pero lo único que compraba era champán y galletas que tomaban juntos.

—El juego de té de plata de mi abuela.

—Louise, sabes que no lo utilizaste ni una sola vez y que nunca lo habrías hecho en tu vida —dijo Lucretia—. No encajaba contigo.

—Pero ha desaparecido —dijo Louise. Había desaparecido, desde luego, pero había algo más, algo peor. Había elegido esas cosas. Había descartado unas, había conservado otras, y al final había dado lo mismo.

—Todo es efímero —dijo Daisy.

—Y una ilusión —añadió Wilbur.

—¿En qué quedamos? —quiso saber Jack enfadado.

Todos se sintieron un poco incómodos. Rara vez alguien replicaba a los mellizos.

—Te diré una cosa —dijo Jack—. Vendí ese bol ridículo de Elliot en una tienda de antigüedades.

Ninguno de ellos podía pensar en Elliot sin sentirse frustrado por el misterio de las cosas que les había dejado. Su comportamiento resultaba inexplicable. Todo era inexplicable.

—¡Oh, no puedo pensar más en ello! —exclamó Louise. Todos estaban tomando margaritas en unos vasitos ridículos.

—¿Cómo está *Broom*? —preguntó Andrew con delicadeza.

—Ah, la verdad es que me he acostumbrado a vivir con *Broom* —dijo Louise.

Lucretia la miró con cara de abatimiento. Louise había perdido la chispa, pensó Lucretia.

Louise se adaptó rápidamente a la casa nueva. Era más grande que la otra, y también más vulgar. *Broom* no sabía en qué habitación perderse de vista. Las había probado todas y no lograba decidirse por ninguna. Probaba en los sitios más insospechados. A veces, Louise se lo encontraba en el quinto peldaño de la angosta escalera de atrás. ¡Qué sitio más raro para descansar!

Allá donde fuera, el perro parecía sentirse incómodo. Aun así, estaba convencida de que Elliot no habría querido que se rindiera al animal sin plantar cara. Por supuesto que jamás podría saber lo que pensaba Elliot. De hecho, lo único que podía pensar ella —y estaba segura de que, a ese respecto, era como casi todo el mundo y eso era precisamente lo que la conectaba a los demás— era que la vida habría sido muy distinta en otras circunstancias y, sin embargo, aquí no lo era, a fin de cuentas.

CARIDAD

Les habló de aquel lugar un agente de policía que se comía un tamal en una cafetería cerca de la frontera entre Arizona y Nuevo México.

—Fui a verlo sin pensármelo dos veces. Entre toda esa arena blanca encontré una duna y trepé hasta lo alto y miré y miré y dejé que fuera calando dentro de mí. Nunca había visto nada igual, nunca había sentido nada igual. Creo que podría quedarme allí, entre esa arena blanca, muchísimo tiempo, aunque no sé decirles exactamente por qué.

—Por cómo lo cuenta, no parece una experiencia que a uno le apetezca a menudo —dijo Richard.

El policía frunció el ceño. Luego dejó de hacerles caso.

De vuelta en el coche, Janice quiso ir allí de inmediato. Estaban dando un rodeo por el suroeste antes de dirigirse a Santa Fe. Ambos vestían trajes caqui y Richard llevaba al cuello una corbata pintada a mano que le había costado un dineral.

Viajaron hasta el Monumento Nacional de las Arenas Blancas, pagaron y entraron. El guarda del parque les dijo:

—Les recomendamos bajarse del coche y explorar los alrededores. Suban a una de las dunas para disfrutar de las mejores vistas del interminable mar de arena circundante.

Avanzaron despacio por una de las pistas circulares. Todo era blanco y ordenado. Era como si las dunas tuvieran conciencia de su misión en el mundo.

—¿Quieres salir? —dijo Richard—. Te esperaré en el coche.

Janice todavía se veía capaz de caer rendida al asombro y la

transfiguración, y se sentía incómoda cuando, en compañía de Richard, su sensibilidad quedaba un poco abotargada. Saber que se hallaban en una pista circular la tenía desconcertada. Estudió las dunas sin hacerse muchas esperanzas. Al salir del parque vieron algo pequeño y translúcido, parecido a un lagarto, que correteaba bajo las ruedas del coche, y ambos lo comentaron.

—No sé de qué hablaba ese policía —dijo Richard.

—Intentaba expresar una idea espiritual.

—¿No te cansa el rollo que se traen por aquí? Todo es sagrado y misterioso, apto solamente para iniciados. Incluso los polis van en busca de la iluminación. La verdad es que me carga.

Deseó haberse bajado del coche. Ni siquiera se había bajado del coche. Llevaba zapatos de tacón.

—Volvamos —dijo—. Intentémoslo otra vez.

—Janice —dijo Richard.

Unos kilómetros después, dijo:

—Me olvidé de echar una meada en las dunas.

—¿En serio? —exclamó ella.

—Voy a parar en la próxima área de descanso.

—¡Para echar una meada! ¡Muy bueno! —dijo ella, y lo miró embelesada.

Fuera, el calor cortaba la respiración y el desierto tenía un ligero tono lavanda. La gente estaba reunida bajo una enramada y hablaba a viva voz de parientes que fumaban como chimeneas y habían vivido más de noventa años. Un poco más lejos, alguien llamaba a un perro: «¡*Peaches* —gritó una mujer—, ven aquí ahora mismo!». El perro parecía sincero en su desconocimiento del nombre *Peaches*. Se trataba a todas luces de un nombre que el perro no creía indicativo de su verdadera naturaleza y no se lo veía dispuesto a responder al mismo.

El camino dejaba atrás los lavabos y las enramadas, se internaba en una parte del paisaje donde todas las formas de vida vegetal estaban glosadas con letreros, y finalmente desembocaba en la carretera. Janice echó a andar por el camino hasta llegar a unas máquinas expendedoras. Le encantaba el café de máquina. Le notaba un sabor diferente no apto para todos los paladares.

Mientras esperaba que el vasito de papel se desprendiera del interior de la máquina y se llenara de ese líquido siniestro, se fijó en una furgoneta de color violeta desvaído que estaba aparcada no muy lejos. Dos niños preciosos estaban de pie junto a la camioneta con los brazos cruzados y miraban a su alrededor como si gozaran de cierta autoridad. Bastante sucios y rubios, llamaban la atención. Un hombre y una mujer buscaban algo en el interior de la furgoneta abierta. Tanto el hombre como el niño iban descalzos y sin camisa. La mujer, que llevaba el pelo largo y descuidado, le dijo algo a la niña y ésta subió a la camioneta justo al mismo tiempo que el hombre mostraba con gesto victorioso algo que parecía ser una caja de pizza vacía. Janice no conseguía apartar la mirada de aquel grupo. Se terminó el café, que ya estaba frío y tenía un sabor aún más peculiar, y regresó junto a Richard y su coche de alquiler, que tenía un pequeño arañazo en el capó que ella se había cuidado mucho de señalar a la agencia para que luego no les hicieran responsables del desperfecto. La rejilla había acumulado varias mariposas. Sin decir palabra, Janice entró en el coche y cerró la puerta. Le habría gustado decirle a Richard que se reprimía de contarle muchas cosas, pero en realidad eran muy pocas las que se guardaba.

Cuando pasaron junto a la furgoneta, el hombre levantó un trozo de la caja, en el que había escrito con cera: POR FAVOR: NECESITAMOS DINERO PARA GASOLINA.

Los dos puntos de esa súplica conmovieron hondamente a Janice.

—Richard —dijo—, demos algo de dinero a esa familia.

El hombre sujetaba el cartel cerca del pecho, justo por encima de la cicatriz de una apendicitis, mientras los niños miraban con gesto pétreo el paisaje.

—¡Richard! —dijo ella.

—Por favor, Janice —dijo él—. De verdad.

—Vuelve —dijo ella.

Habían llegado a la carretera y Richard había acelerado.

—¿Por qué siempre quieres volver atrás? No vamos a volver. ¿Por qué no haces las cosas a la primera oportunidad?

La injusticia de aquel comentario la dejó sin aliento. Se le pasó por la

cabeza levantar las piernas y empezar a patear el parabrisas con los zapatos de tacón.

—Quiero dar a esa pobre familia dinero para la gasolina —dijo.

—Ya se lo dará otro.

—¡Pero quiero que seamos nosotros!

Richard pisó el acelerador.

—Mira —dijo ella en tono conciliador—, si estuvieras en el hospital y necesitaras un hígado nuevo y el médico llegara por fin y te dijera: «Tengo buenas noticias, el hospital le ha encontrado un hígado», ¿no estarías agradecido?

—Lo estaría —dijo Richard pensativo.

—Alguien te habría dado una segunda oportunidad.

—Sería un muerto —dijo Richard, todavía pensativo—. Tendría que serlo.

—Ojalá condujera yo —dijo ella.

—Pues no lo haces.

Janice se quejó.

—Te odio —dijo—, en serio.

—Espera a que llegemos a Santa Fe —dijo Richard—. Es una ciudad civilizada. Nos civilizará un poco.

—Esa corbata te hace parecer un idiota —dijo ella.

—Lo sé —dijo él, antes de soltarse el nudo, bajar la ventanilla y tirar la corbata al viento.

—¡Pero qué haces! —gritó Janice.

La corbata era de auténtico acetato de celulosa y se había pintado a mano en los años cuarenta. Mostraba a un valiente indio de las llanuras frente a una aldea de adobe de los indios pueblo. Que la escena fuera incorrecta, que hubiese nacido de la más supina ignorancia, la hacía más cara y a largo plazo más valiosa, según les habían dicho. Pero ahora podían olvidarse de ese largo plazo. La corbata era historia. Janice cambió de posición en el asiento y miró desalentada en la distancia. Pensaba en la pequeña familia con honda compasión.

—Me temo que voy a tener que volver a parar. Nos quedamos sin

gasolina —dijo él.

Era despiadado, pensó Janice. Un aborigen moral. Se acurrucó en el asiento.

Tomaron la salida de un pueblo que se extendía durante kilómetros con una sola manzana de casas a cada lado de la calle principal y se detuvieron en una gasolinera decorada para que pareciera un mercadillo indio, con un cercado al lado lleno de coches viejos con grandes alerones laterales. Richard bajó y llenó el depósito. Luego lavó el parabrisas, dirigiéndole una sonrisita a través del cristal.

Pensó que no lo conocía. En realidad, no estaba más familiarizada con aquel hombre de lo que lo estaba con la teoría de la materia oscura fría, por decir algo.

Richard dio un golpecito en el cristal.

—¿Quieres entrar conmigo? —dijo—. ¿Vasos de chupito, pinturas sobre terciopelo, escorpiones lacados?

Era un esnob, pensó.

Richard suspiró y echó a andar palpándose el bolsillo del pecho en busca de su cartera. Janice se cambió de lado rápidamente, agarró el volante y arrancó con un gran estrépito de arena. En quince minutos volvía a estar en el área de descanso. Los niños habían trepado por la escalerilla de la furgoneta y estaban tumbados en el techo. A la mujer no se la veía por ninguna parte. El hombre seguía sujetando el letrero con determinación. Janice paró el coche a su lado.

—¿Qué tal? —dijo él. Tenía los ojos brillantes y claros.

—Quiero darle veinte dólares —dijo Janice. Abrió el bolso y se quedó helada al ver que sólo tenía dos billetes de cincuenta.

—¡Rose! —gritó el hombre, bajando el letrero. Tenía un torso largo y liso, con la única salvedad de la cicatriz de la apendicitis.

La mujer salió de la furgoneta y miró con frialdad a Janice.

—¿Sí? —dijo.

—He visto su letrero —dijo Janice confundida.

Los niños se levantaron lánguidamente del techo y la miraron.

—Nos faltan ciento diez kilómetros para llegar a casa y llevar mañana a

estos críos al colegio —dijo Rose con seriedad—. Lo que hacemos, nuestra política, es llegar a la gasolinera más cercana y en ese punto usted nos da la cantidad que haya decidido. Así se asegura de que sólo usamos el dinero para gasolina y nada más.

Janice agradeció que hubieran dispuesto aquellas normas.

—La gente te da dinero en un área de descanso, pero no te lo da en una gasolinera —dijo el hombre—. Va con la naturaleza humana. La gente se queda más tranquila en las áreas de descanso.

Hicieron las presentaciones. El hombre se llamaba Leo. Los niños se llamaban Zorro y ZoeBella. Janice también se identificó.

—En mi banda me llaman Cachorrillo Flaco —dijo Zorro—, pero no me hago responsable de las consecuencias si usted me llama así.

—Y un cuerno —dijo Leo—. Éste no sabe nada de bandas. La semana pasada le sacó el dedo a un chicano que llevaba un coche tuneado. Casi acabamos muertos.

—No sabía que estaba sacándole el dedo —dijo Zorro—. Sólo llevaba la mano fuera de la ventanilla.

—El muy cabrón casi nos echa de la carretera —dijo Leo.

Janice se dio cuenta de que los observaba con descaro, como una estúpida. Les propuso que se acercaran a la gasolinera y así podrían retomar todos la marcha.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó Rose—. Me gustaría sentirme como un ser humano, aunque sólo dure unos kilómetros.

—¡Yo también quiero! —exclamó Zorro, y abrió la puerta trasera del coche de Janice, saltó al asiento delantero y se acurrucó a su lado—. Mmm, qué bien hueles —dijo.

—No sé de dónde saca estas cosas —murmuró Rose—. De su padre seguro que no. ¡Sal del coche ahora mismo! —gritó.

El niño volvió a pasar sobre el asiento, salió por la puerta trasera y entró de un salto en la furgoneta. ZoeBella, que no había pronunciado palabra, se subió a su lado.

Janice invitó a Rose a acompañarla hasta la gasolinera, con la que Leo parecía familiarizado. Se sentía animada por una responsabilidad social.

Estaba haciendo bien las cosas. Pronto todo habría terminado y podría rememorarlo desde el futuro. Richard sólo tenía una llave mental y no abría todas las cerraduras, siempre lo había pensado. Y ella, en cambio, tenía muchísimas llaves mentales, pensó agradecida, y por eso se movía con tanta libertad por un mundo que la recibía con los brazos abiertos.

Leo puso en marcha la furgoneta con dificultad. Un humo azul salió del tubo de escape.

—No tiene buena pinta —comentó Janice.

—Aros, juntas, válvulas, de todo —dijo Rose.

La furgoneta entró en la carretera y aceleró bamboleándose delante de ellas. Le pareció que también salía humo de las ruedas. El cielo, sin una nube, lucía con un azul intensísimo y el humo se elevaba a trompicones hacia las alturas.

—Hay gente a la que le gustan estos cielos —aventuró Rose—, pero prefiero el cielo de Nueva York. Eso sí que es un cielo. Los rascacielos lo alejan de ti, así que queda muchísimo más alto. Parece más indómito.

Janice asintió, pensando que se trataba de un comentario sumamente original. Se sentía espléndida. Miró con ternura a Rose.

—Ese Zorro te ha manchado el asiento —dijo Rose, al tiempo que miraba una pisada de polvo en la tapicería del coche.

Janice espantó su preocupación moviendo la mano.

—Tienes unos hijos preciosos —dijo—. Y con unos nombres nada comunes.

—Sabe Dios que no lo quería llamar Zorro, pero su padre insistió. No son de la misma sangre. Warren, el padre de ZoeBella, era ciego. Espero que no tengas la falsa impresión como tanta otra gente de que los ciegos son buenas personas. No es así. Los ciegos no se sienten en la obligación de interactuar con los demás. No aportan nada a las conversaciones. Eso sí, Warren tenía un perro precioso, *Mountain*. El perro nos acompañaba a las clases del método Lamaze. El doctor Lamaze animaba a las embarazadas a concentrarse en algo que no fuera el parto y yo me concentré en el perro, semana tras semana, pero cuando finalmente llegó la hora de parir a ZoeBella no dejaron entrar a *Mountain* en el paritorio. Iba en contra de las normas de prevención de

infecciones, me dijeron. Pues bien, me dio un ataque de pánico y creo que todo ello también afectó a ZoeBella. Resulta que me privé durante todo el embarazo del tabaco y el alcohol y al final no dejaron entrar al dichoso perro en el paritorio. Fue un parto difícil, muy difícil, y Warren, el muy cabrón, no me ayudó nada. Pero denunciamos al hospital por no permitir la entrada de *Mountain* y llegaron a un acuerdo extrajudicial. Warren ya hacía tiempo que se había largado, pero el dinero nos dio para cuatro años, con Leo y Zorro incluidos. ¡Menuda idea tuve! Ojalá se me ocurriera otra igual de buena. ¿Te has acostado con un ciego?

—¿Yo? No —dijo Janice—. No, no lo he hecho.

—Hazlo antes de morirte, guapa —dijo Rose—. Es incomparable.

Janice asintió.

—Pero luego no te enganches. Lía tus bonitos bártulos y sal por patas —aconsejó Rose.

Janice volvió a asentir. Estaba empezando a preocuparse por el humor de Richard cuando fuera a recogerlo. La furgoneta avanzaba cociéndose en su humo frente a ellas. Janice se mareó un poco al mirarla. Cuando llegaron a la salida, se dio cuenta de que había estado aferrando el volante con fuerza. La furgoneta no se metió en la gasolinera donde Janice había dejado a Richard, sino en otra que había enfrente, donde se detuvo con un estrépito metálico.

—Te dan ganas de tomarte un cóctel con sólo mirar ese adefesio, ¿no crees? —dijo Rose.

—Me gustaría daros cincuenta dólares si no te importa —dijo Janice—. Me imagino que también vais a necesitar un poco de aceite para el motor. ¿No quieres un poco de aceite? ¿Para llegar sin contratiempos a casa?

—Bah, a ese trasto le puedes echar un bidón entero —dijo Rose—. Es un pozo sin fondo. —Aceptó lentamente el billete de los dedos de Janice—. Muchas gracias —dijo despacio.

Parecía absorta en algún ritual. No sentía ningún respeto por el dinero, eso era evidente, pero sí respetaba a la persona que se lo daba. ¿Era así?, se preguntó Janice. De todos modos, ¿por qué le había dado tanto dinero? Su propio comportamiento empezaba a resultarle cada vez más sospechoso.

Rose salió del coche, se estiró y caminó sin prisa hacia su familia. Janice

cruzó al otro lado de la calle. El mercadillo indio estaba cerrado a cal y canto. Cuatro perros con manchas y las cabezas tan grandes como cubos de cinco litros la miraban con avidez desde el cercado de los coches.

—¡Richard! —gritó.

Los perros se alborotaron. Corrieron por el recinto, aullando con la emoción del deber cumplido, volcando los cuencos de agua. Janice dio unas cuantas vueltas en el coche por la zona del mercadillo indio y luego salió a la calle y llegó al final del pueblo. El pueblo terminaba abruptamente a la altura de una estatua gigantesca del Correcaminos, más allá de la cual se extendían miles de hectáreas de pasto sin que una sola criatura pastara en ellas. Paró el coche cerca de la estatua y se bajó, inspirando a sorbitos el aire sobrecalentado, temerosa de respirar demasiado hondo. Una pareja de ancianos se le acercó para preguntarle si por favor podía hacerles una foto con su cámara.

—¿No tiene temporizador? —dijo Janice—. ¿No pueden dejarla sobre una roca, activar el temporizador y dejar que la máquina les haga la foto?

La pareja de ancianos pareció desconcertada y se pusieron a temblar.

—Vale. Discúlpenme —dijo Janice—. Lo siento. Denme la cámara.

—Asegúrese de que salga todo —dijo la mujer—. Tiene que alejarse un poco.

Janice dio unos pasos hacia atrás y se llevó la cámara al ojo. Allí estaban.

—Tiene que dar unos pasitos más hacia atrás —dijo la mujer.

Janice reculó un poco más y se le trabó el zapato con una papelerera.

—Seguro que han dejado el cubo allí por esto —dijo la mujer.

—¡El cubo marca el punto! —gritó su marchito acompañante.

—Sonrían si les apetece —dijo Janice—. Listo. Ya está hecha. —No había tomado la foto. No iba a hacerlo. Estaba en su derecho.

—Muchas gracias —dijo el viejo.

—Es usted muy amable —dijo la mujer—, cuando quiere.

Janice regresó al coche con el tacón roto y enfiló hacia el pueblo tocando el claxon a cada momento. Richard no sólo era irritante, sino que además podía ser peligroso. Tenía un comportamiento peligroso, pensó. Rodeó los surtidores del mercadillo indio otra vez. Los perros cabezudos estaban

tumbados panza abajo, compartiendo algo parduzco y eviscerado. Cruzó al otro lado de la calle. Rose y los niños estaban sentados en el suelo sobre una sábana. La furgoneta estaba suspendida en un elevador del taller mecánico.

—¿Buscas a alguien? —preguntó Rose.

—No —dijo Janice—. No parece que esté buscando a nadie, ¿no?

—Entonces pareces hambrienta, o te pasa algo —dijo Rose.

—Tengo hambre —dijo Zorro—. Jesús, qué hambre tengo.

—¿Son de caballo? —preguntó ZoeBella señalando los zapatos de Janice. Janice se quedó sorprendida al oír su voz, que era suave y solemne.

—¿Qué? —dijo.

—Tus zapatos, si son de caballo.

—No lo sé. Es cuero de algún animal. Supongo que sería horrible si lo fueran, ¿no?

—No pareces muy segura —dijo ZoeBella sin levantar la voz.

Leo se les acercó, restregándose las manos llenas de grasa en los pantalones. Rayas de grasa recorrían su pecho de arriba abajo y tenía aceite en el pelo.

—Hemos sufrido un problemilla, pero tiene arreglo —dijo—. Ese hombre me va a prestar sus herramientas. Mujeres y niños, ¿por qué no vais a buscar algo de comer? —dijo efusivamente—. Sentaos en un bonito restaurante con aire acondicionado y pedid algo rico de comer.

Rose fue muy exigente en cuanto al restaurante. Tenía que ser oscuro, con reservados, sin carro de ensaladas y sin vistas al exterior. Se metieron en el coche de Janice y volvieron a enfilar la calle. Zorro entró en varios locales para valorar su idoneidad. Se había puesto una camiseta que decía PROHIBID LOS CEPOS. Varios pájaros y animales lisiados y muy posiblemente muertos rodeaban con sus alegres colores la pavorosa trampa de hierro negra.

—Le encanta la camiseta, pero no creo que capte el mensaje —le confesó Rose.

—Deberías enterrar esa camiseta con Zorro dentro —dijo tranquilamente ZoeBella.

Janice siguió escudriñando la calle en busca de Richard. No vio a nadie que se le pareciera ni remotamente, aunque, claro está, tampoco se habría

conformado con eso.

—¿Seguro que no buscas a alguien, guapa? —preguntó Rose.

—En absoluto —dijo Janice—. Sólo intento hacerme una idea del entorno.

ZoeBella se apoyó sobre el asiento delantero y dijo en voz baja:

—Creo que ese policía que nos sigue quiere que te pares.

—¡Sí! —dijo Zorro—. ¡Ha encendido las luces funestas!

El agente le dijo a Janice que se había saltado un stop. Se parecía mucho al agente que se habían encontrado desayunando por la mañana. Mientras redactaba la multa, que era de doscientos dólares, Rose le pidió que les recomendara un establecimiento para comer y él les recomendó precisamente el sitio frente al que habían parado.

—Este tipo de situación pide un cóctel —le dijo Rose a Janice—. Siempre es así.

Una vez dentro, Janice se sintió desorientada. ZoeBella puso su manita en la de Janice y la guio a un reservado. Se sentaron sin separar las manos delante de Zorro, cuya camiseta destacaba visiblemente en la oscuridad. Janice pidió una ginebra doble con hielo y Rose recalcó que quería cerveza embotellada de importación y luego pidió platos de pavo asado para todos.

—El pavo asado siempre es lo mejor —dijo.

ZoeBella no soltó la mano de Janice ni siquiera después de que trajeran la comida. Los niños comieron como si estuvieran muertos de hambre.

—¿Crees en Dios? —murmuró ZoeBella.

Janice estaba intentando localizar un pelo que se le había enredado en la lengua.

—Cuando tenía la edad de ZoeBella —dijo Rose—, cada vez que pensaba en Dios me lo imaginaba como alguien con un bañador de natación negro y yo estaba sentada en su regazo, pero me sacaron esa imagen a martillazos. A martillazo limpio. Ahora, cada vez que oigo ese nombre, no pienso en nada.

—Yo me imagino a Dios como un mago —susurró ZoeBella, mirando fijamente a Janice—. Un mago rico que tiene un montón de ovejas hipnotizadas para así no tener que gastarse ni un céntimo en cercados o

pastores para evitar que se escapen. Las ovejas saben que en el fondo el mago quiere matarlas porque quiere su carne y su piel. Así que el mago primero las hipnotiza para hacerles creer que son inmortales y que no se les hace ningún daño cuando las despellejan, que al contrario, que será bueno para ellas e incluso una experiencia agradable. Luego las hipnotiza para que piensen que el mago es su buen amo y que las ama. Luego las hipnotiza para hacerles pensar que no son ovejas en absoluto. Y después de todo esto, nunca se escapan, sino que esperan tranquilamente hasta que el mago exige su carne y su piel.

ZoeBella tenía la piel muy clara y unos ojos grandes y azules.

—Dios mío —dijo Janice alterada. Concluyó que sólo un trozo de pan le serviría para dar caza al pelo. Se metió un trozo en la boca.

—Pienso en Dios... —dijo Zorro.

Su madre le tiró del brazo con fuerza.

—No queremos volver a oírlo —dijo.

Zorro recogió todos los tenedores y se los guardó en el bolsillo de sus pantalones cortos.

—Siempre nos quedamos sin tenedores —explicó Rose a Janice—. No sé qué hacemos con ellos en casa.

Los niños pidieron de postre unas grandes copas de helado con nata y se las zamparon en unos minutos. ZoeBella comía delicadamente, pero a la velocidad del rayo. Se había soltado de Janice para manejar mejor la cuchara larga, pero en cuanto hubo terminado volvió a poner su mano sobre la de Janice.

—Espero ir al colegio mañana —dijo la niña con su voz casi inaudible—. Si mañana no voy al colegio, no sé qué haré. —Dibujó una mueca de horror en su cara.

Janice no podía imaginarse a una niña como ZoeBella prosperando en la escuela, pero de todos modos le estrechó la mano. La historia sobre el mago y las ovejas la había afectado un poco y se sentía casi a la deriva, aunque ahora sabía lo que haría. Llevaría a Rose y a sus hijos a casa. Estaba segura de que Leo estaría peleándose todavía con la furgoneta y tenía ganas de terminar lo que había empezado. ¿Cómo iba, si no, a poder reflexionar sobre lo ocurrido?

No podría hacerlo. Vivían en una ciudad que se apartaba un poco de la ruta hacia Santa Fe, pero aun así podría llegar a Santa Fe antes de que oscureciera si salían enseguida. Richard había reservado habitación en un hotel. Seguramente, cuando llegara, encontraría un mensaje o incluso al propio Richard esperándola. Si no lo había, si él no estaba, su propia llegada sería el mensaje. A fin de cuentas, la vida es el mensaje, ¿verdad?, el modo en que una vive su vida, el bien que hace a los demás.

—Veo que estás reflexionando —dijo ZoeBella en un tono de voz bajo y decepcionado.

De vuelta en el taller, Leo recibió de buen grado la idea de Janice.

—Creo que me voy a pasar aquí unos cuantos días —dijo.

Besó a los niños y estrechó la mano de Janice. Ya en el coche, Janice comentó que Leo parecía un buen hombre.

—No está mal —dijo Rose—. Cuando se emborracha, amenaza con matar los conejos de los niños, pero aún no lo ha hecho.

Viajaron en silencio un buen rato. Cuando llegaron a la casa de Rose, Janice no quería entrar. La invitarían, pero de ningún modo transigiría. Ni en sueños quería entrar en esa casa. Los dejaría delante de la puerta y se largaría.

—¿Cómo es tu tarjeta de crédito? —preguntó Zorro—. ¿Es negra con una montaña, un águila y un sol grande de color naranja? Porque, si lo es, te la dejaste junto a la caja registradora del restaurante. La vi cuando birlé los mondadientes.

—Zorro ve tarjetas de crédito por todas partes —dijo Rose—. Le tengo dicho que nunca, nunca se las quede. Es muy observador y quiero que continúe siéndolo, pero tengo la sensación de que podría pasar de la viveza a la deshonestidad en un abrir y cerrar de ojos.

—No pienso volver —dijo Janice.

Nadie se lo discutió. Se hallaban en una estrecha carretera de asfalto negro que cruzaba a toda velocidad el desierto. A lo lejos, había un hombre a caballo.

—Hay un caballo —dijo ZoeBella con respeto.

Entonces Zorro vio una serpiente en el límite del asfalto.

—¡Mirad! —gritó—. ¡Fijaos en el tamaño de esa cabrona! ¡Es un

milagro! ¡No puedes dejar que se vaya de rositas!

Agarró el volante y lo giró hacia la serpiente, pero Janice enderezó y pegó un zapatazo en el freno. El coche salió despedido de la carretera, sin evitar una torrenciosa pedregosa, y con un crujir de ejes terminó deteniéndose abollado junto a un colorido macizo de flores silvestres: primulas, abronias y, tal y como ZoeBella precisaría más tarde en voz baja, estramonio de California, una planta que era venenosa de la raíz hasta la última hoja.

—¿Estáis todos bien? —dijo Rose—. ¿Todo de una pieza? Eso es lo que cuenta. Nada más importa.

—Es que quería esa serpiente —dijo Zorro.

—Siempre le pide a su padre que atropelle animales —dijo Rose—. ¡Estás en el coche de otra persona, Zorro! ¡Eres un invitado en un coche de otra persona!

Salieron con dificultad del coche y lo miraron. Había quedado completamente destrozado. La llave se había partido en el contacto, así que Janice ni siquiera pudo abrir el maletero para recuperar su maleta.

ZoeBella tocó la mano de Janice.

—Me alegra que no hayas atropellado a la serpiente —murmuró.

—Me duele muchísimo la cabeza —dijo Janice.

—Te has dado un buen golpe —convino Rose—. He visto un motel aquí detrás. ¿Por qué no alquilamos una habitación y damos por concluida la jornada?

Sólo había una habitación libre en el motel, con una solitaria y enorme cama que la llenaba casi por completo. Las otras habitaciones estaban todas vacías, pero según la muchacha india de la oficina todas ellas poseían un detalle único que imposibilitaba su uso. Un desagüe atascado, una alfombra quemada, un inodoro rajado, una puerta agujereada. Pulgas.

Zorro voló desde la puerta a la cama y empezó a pegar saltos en ella.

—¡Cachorrito Flaco entra en el ring! —gritó.

Se agachó, esquivó, soltó directos al aire. Rose lo bajó de un porrazo.

—Ahora te acuestas —ordenó a Janice—. Me llevaré a los niños a la cafetería para que puedas descansar. Tienen cócteles, me he fijado. ¿Quieres que te traiga un cóctel?

—Creo que me voy a echar y ya está —dijo Janice.

—No te muevas hasta que hayas descansado un poco —dijo Rose.

—No te mires en el espejo ni nada —le rogó ZoeBella en voz baja.

—Estás blanca como el papel —dijo Rose—. Quizá deberíamos quedarnos contigo hasta que recuperes el color.

—No me siento nada bien —dijo Janice. Se arrastró por la cama y se tumbó de espaldas. No quería cerrar los ojos.

—Haz un poco de sitio —dijo Rose—, ponte más en medio para que quepamos todos.

Se tumbaron todos en la cama. Al cabo de un rato alguien empezó a roncar. Janice no hubiera apostado sus últimos cincuenta dólares a que no era ella.

ANODINO

Mi madre empezó las clases de tiro en febrero. Dejó de ir a yoga. Según lo veo yo, el yoga es concentración. Eliges un objeto en el que fijar tu atención y te concentras en él. Puede ser la deidad, aunque no necesariamente. Así me lo contaron a mí. La deidad ya no es lo que era: puede ser cualquier cosa, en realidad casi todo lo que uno quiera. Pero aun así mi madre dejó de ir a yoga y empezó a practicar algo que llaman calibre .38 Special —un pequeño revólver negro con el cañón largo— en una galería de tiro de la ciudad. Las clases eran los martes y los jueves por la tarde, de las cinco a las siete. Daban una hora y media de clase teórica y media hora de tiro. La acompañaba a la galería y luego íbamos juntas a la pensión Arizona a tomarnos un té y compartir un sándwich doble. Después nos marchábamos a casa, que encontrábamos tal y como la habíamos dejado. Los perros estaban allí y la máquina para medir el azúcar estaba en el rincón de siempre. No la guardábamos porque teníamos que usarla dos veces al día. Yo sabía leerla y limpiarla. Mi madre y yo teníamos diabetes y eso es algo de lo que uno no puede curarse, nunca. En otro rincón estaba el árbol de Navidad. Nos gustaba dejarlo montado, aunque habíamos llegado al acuerdo de no reemplazar ninguna de las bombillas que se iban fundiendo. También es verdad que no estábamos esperando a que todas las bombillas se fundieran para guardar el árbol. Queríamos ser personas flexibles en este aspecto, no supersticiosas. Mi abuela tenía doce vasos para el zumo de naranja. Una gitana le había leído el futuro y le dijo que viviría hasta que se rompiera el último de los doce vasos. ¡La gitana no podía saber que mi abuela tenía doce vasos para el zumo de naranja! Cuando conocí a mi abuela, le quedaban siete. Cuando murió

quedaban cuatro. La vez que tuvimos montado el arbolito más tiempo fue hasta Pascua un año que cayó pronto.

Estamos en Tucson, estado de Arizona, un valle desértico elevado. A nuestro alrededor hay montañas y una de ellas es tan alta que en invierno tiene la cumbre nevada. La gente sube y hace muñecos de nieve y luego los coloca en las plataformas de sus camionetas y en los capós de sus coches y baja de vuelta al valle para comprobar cuánto tiempo aguantan. Lo he hecho con mi madre. Hicimos un muñeco de nieve pequeño y lo colocamos encima del capó del coche. Hay animales ahí arriba que ni siquiera saben que existen otros animales que viven en cotas más bajas. Es como si vivieran en galaxias distintas. La montaña tiene una altitud de 2.791 metros y se sitúa 2.060 metros por encima de la ciudad. Me interesan los números. Empezaron a interesarme en segundo de primaria. Mi padre pesaba cuarenta y cinco kilos cuando murió. Cada segmento de treinta centímetros de un saguaro pesa cuarenta y cinco kilos, casi todo agua. Mi padre no pesaba más que un segmento de cactus. Yo peso treinta y un kilos, mi madre pesa cincuenta y tres, los perros treinta y seis cada uno. Le llevo las cuentas de los cheques a mi madre. Cada mes, según el banco, mi contabilidad es exacta hasta el último centavo.

El hombre que daba las clases y era el amo de la galería de tiro se hacía llamar el Tirador. El nombre que había elegido para su negocio era Instituto del Revólver. Además de mi madre había cinco personas que asistían a las clases: tres mujeres y dos hombres. No conversaban entre sí y tampoco intercambiaron sus nombres porque nadie tenía interés en hacer amistades. Mi madre había tenido una amiga en clase de yoga. Se llamaba Suzanne. Se quedó preocupada cuando mi madre dejó el yoga para ir al Instituto y dijo que iba a tirar el *I Ching* para averiguar qué era, exactamente, lo que se proponía mi madre. Si lo hizo, nunca conocimos los resultados de sus averiguaciones.

Mi madre no era el tipo de persona que vive cada día peleada con lo que le depara el día, día tras día. No, no lo era. Y con ello no pretendo insinuar que la máquina para medir el azúcar fuera tan grande como el árbol de Navidad. Era más o menos del mismo tamaño que la cartera de mi padre, que

mi madre usa ahora.

Cuando murió mi padre, mi madre consideró que era importante que no fracasara en el intento de reponerme de la pérdida y me llevó a un psiquiatra. Se suponía que tenía que hacer sesiones de veinticinco minutos a la semana con el psiquiatra, pero ni una sola vez estuve más de veinte minutos en su despacho. Una vez dedicó parte de la sesión a contarme que era disléxico y que la belleza de las palabras no le decía nada, nada en absoluto, aunque valoraba e incluso disfrutaba con sus significados. Le conté que uno de nuestros perros es epiléptico y que había leído que en los primeros segundos de un ataque de epilepsia algunas personas experimentaban una felicidad tan grande que estarían dispuestas a renunciar a su vida para conservarla, y él me dijo que dudaba que un perro estuviera dispuesto a renunciar a su vida a cambio de la felicidad. Le dije que los muertos se quedan muy decepcionados cuando vas a visitarlos y descubren que aún estás hecho de carne y hueso, pero que no están enfadados, sólo tristes. El psiquiatra desdeñó la idea sin dignarse a hacer ningún comentario al respecto y ni siquiera apuntó nada en la libreta. Supongo que está acostumbrado a que la gente intente colarle todo tipo de cosas.

Mi madre no me confió sus pensamientos aquel mes de febrero, pero intuí que estaba triste. Aparcamos el ritual de ponernos las inyecciones la una a la otra por la mañana antes del desayuno. Empecé a ponerme mis inyecciones y ella las suyas. Echaba de menos aquel ritual, pero mi madre había cambiado de política y no había vuelta de hoja. Aún me daba un beso de buenos días y otro de buenas noches, y sacaba a los perros a dar largos paseos por el desierto y daba de comer a los pájaros silvestres. Le dije que había leído que no estaba bien dar de comer a los pájaros en invierno, que la comida hacía engordar a los pájaros que menos lo necesitaban. Los pájaros buenos se iban y luego regresaban, se iban y luego regresaban, pero los malos se quedaban y su conducta quedaba reforzada por la costumbre de gente como mi madre. Se lo dije para ser desagradable con ella porque echaba de menos pincharnos juntas, pero dio igual. Dijo que le traía sin cuidado. Mi madre había cambiado su política acerca de las inyecciones, pero no la de los pájaros.

El Instituto del Revólver se hallaba en un gran centro comercial donde

todos los demás edificios estaban desocupados y en alquiler. La entrada estaba protegida por una gran cristalera y podías mirar dentro y ver las mesitas redondas donde la gente se sentaba a observar a los tiradores y el largo expositor donde las armas esperaban a alguien que quisiera conocerlas y las deseara. Desde dentro no se podía ver el exterior, porque el cristal estaba tintado. Pensé que era lo contrario de lo que debería ser, pero el negocio era del Tirador, con lo que la decisión era suya. A la derecha según entrabas estaba el aula y sobre la puerta había un letrero que decía: GUÁRDATE DE QUIEN PUEDA HACERTE LO MISMO. Nadie preguntaba qué quería decir eso, que yo sepa, y no iba a ser yo la primera. Yo no preguntaba. Había empezado a ahorrarme las preguntas hacía un tiempo y ahora ya me salía de forma natural. A la izquierda, detrás de un separador de cristal transparente, estaba la galería de tiro. Los tiradores llevaban cascos en las orejas y se colocaban de costado en cubículos desde donde disparaban a los blancos, los cuales estaban montados en cables y se podían acercar o alejar pulsando un botón. El blanco mostraba el torso de un hombre de grandes hombros cuadrados con una gran cabeza cuadrada. En la esquina izquierda del blanco había un recuadro con la misma figura, pero de un tamaño muy inferior. Ésa era la zona a la que tenías que dar si eras bueno. No era aburrido mirar a los tiradores, pero tampoco era muy interesante que digamos. Yo prefería sentarme lo más cerca posible de la puerta cerrada del aula y escuchar los discursos del Tirador a sus alumnos.

El Tirador hacía hincapié en la atención y la responsabilidad, y recalca la importancia de la precisión, la potencia, la velocidad, la decisión y la actitud. Dijo que tener un arma era como tener una mascota o un niño. Dijo que no había nada vergonzoso en llevar un arma en público. A menos que el administrador del establecimiento te exija lo contrario, puedes llevar un arma en cualquier tipo de establecimiento salvo en aquellos donde se sirve alcohol. Nadie más puede pedirte, sólo el administrador. Lo vergonzoso no es llevar un arma, dijo el tirador. Lo vergonzoso es ser una víctima, desnuda, en un charco de sangre, observada por desconocidos. Eso es lo vergonzoso, dijo.

El Tirador contaba historias horribles sobre personas que habían encontrado destinos imprevistos. Contaba historias sobre puertas que estaban

entreabiertas cuando antes habían estado cerradas. Contaba historias sobre coches que circulaban demasiado pegados a los coches que los precedían. Contó una historia sobre el atracador de la furgoneta, un hombre que se escondía debajo de los coches y rebanaba el tendón de Aquiles a las mujeres para que no pudieran huir corriendo. Dijo que la actitud que uno tiene para con los demás es importante. No les concedas el beneficio de la duda. Si les concedes el beneficio de la duda, un segundo después podrías estar muerto o muriéndote. La diferencia entre estar muerto y estar muriéndose era espantosa y a menudo me metía en el lavabo, el que estaba marcado con la palabra CIERVAS, y me lavaba las manos y luego me las secaba poniéndolas debajo del secador y girándolas largo rato. El Tirador contó la historia del loco descalzo y descamisado con el machete en la escalinata del capitolio de Phoenix. Era su historia favorita, ya que ilustraba la diferencia entre potencia letal y potencia incapacitante. El loco avanzó durante dieciséis segundos después de recibir el primer aviso y que le agujerearan el pecho. Podías ver la luz del día a través de su pecho. Podías ver los envoltorios de los chicles tirados en los peldaños de mármol a través de su pecho. Pero durante dieciséis segundos siguió avanzando, blandiendo el machete, y en esos dieciséis segundos liquidó a cuatro personas. Mi madre seguía yendo a las clases, conque oí esa historia más de una vez.

Mi madre decidió que quería conocer al Tirador fuera del trabajo y lo invitó a cenar un día junto a los demás compañeros de clase. Nos decantamos por una cena estilo bufé libre, con los platos y la cubertería apilados a un lado. De este modo, si no se presentaba nadie, no nos sentiríamos humilladas. No habíamos puesto la mesa. El único que vino fue el Tirador. No vino la señora gorda que tenía su propia pistola con una cartuchera púrpura, ni el calvo, ni las dos universitarias, ni el otro hombre con un tucán tatuado en el brazo. El Tirador era un hombre delgado que llevaba ropa ceñida, una cadena de oro y un pequeño bigote. A veces prefería llevar camisas holgadas, pero esa noche se había puesto una chaqueta. Me senté a su lado en el salón mientras mi madre estaba en la cocina. Los perros entraron y, después de mirarlo un rato, saltaron al sofá y se agazaparon sin perderlo de vista.

—Estos perros tienen licencia para todo —dijo.

Quise decir algo, pero no tenía ni idea de lo que era.

Me preguntó si había estado en Disneyland.

—No —dije.

—¿Y en el otro parque, el que tienen en Florida?

Le dije que no había ido.

—¿De dónde eres? —me preguntó.

—De aquí —dije.

—Yo nací en San Antonio —dijo—. ¿Has estado en San Antonio?

—No —dije.

—Hay un río muy grande, un gran reclamo turístico, que pasa junto a todas las tiendas y los restaurantes y que está todo iluminado con focos de colores —dijo el Tirador—. Los turistas lo recorren en cruceros o caminan por la orilla. Dan paseos —dijo midiendo las palabras—. Una vez al año, drenan el cauce entero, vacían el maldito río, lo limpian y luego lo vuelven a llenar de agua. Restriegan el fondo como si fuera una bañera y lo vuelven a llenar. ¿Qué te parece?

Me sudaban las manos. Empecé a preocuparme, pero mi madre siempre decía que no había cosa más inútil que tenerle pavor a algo que no entiendes.

—La gente ha perdido el interés por la realidad —dijo el Tirador.

Las clases continuaron en el Instituto. El viejo grupo de alumnos terminó el curso y ocupó su lugar uno nuevo con la misma conducta circunspecta. Me quedaba cerca de la puerta y escuchaba. El Tirador dijo que nunca apuntaras el cañón de un arma a algo que no quisieras destruir. Dijo que el entrenamiento muchas veces se limitaba a repetir los errores. Hizo hincapié en la cautela y el respeto, en la reacción, la rapidez y la vigilancia. Cuando acabó la clase, los alumnos salieron en fila para elegir un arma y comprar una caja de munición, tras lo cual se dirigieron a los cubículos que tenían asignados.

Mi madre no volvió a invitar a cenar al grupo, aunque el Tirador venía todos los viernes. Se convirtió en una costumbre. Sabía que mi madre no quería exactamente que ese hombre formara parte de nuestras vidas, porque

ella ya había empezado a burlarse de su forma de hablar, pero el caso es que lo quería en cierto modo. Hay mucha gente que mantiene relaciones de amistad artificiales de este estilo que con el tiempo se vuelven muy satisfactorias, estoy segura. Traté de imaginármelo viviendo con nosotras. Los blancos usados de la galería de tiro para empapelar las paredes de las habitaciones, sus camisas holgadas en el tendedor, su enorme camioneta negra aparcada en la entrada de la casa. Me lo imaginé intentando convertir la habitación de mi padre en una cámara de seguridad, ya que el Tirador solía hablar de la necesidad de que cada casa tuviera una habitación así. Los requisitos eran una puerta acorazada, un cerrojo antipalanca, un teléfono inalámbrico y un arma, y ése era el sitio al que debías correr inmediatamente cuando se presentaba una amenaza, ya fuera un loco, un enemigo o sencillamente alguien que, por una razón u otra, quisiera matarte y detener tu vida para siempre. Mi padre había muerto en esa habitación y, con unas pocas modificaciones, podría convertirse en una cámara de seguridad que cumpliera con los requisitos del Tirador.

El psiquiatra me había dicho que mi padre había sido una persona afortunada por tener una habitación para él solo, en su propia casa y en compañía de su familia, es decir: mi madre, yo misma y los perros. No discrepé sobre este punto.

Me gustaba la camioneta del Tirador. Un viernes por la noche, mientras cenábamos, se lo dije.

—Eso es porque eres una buena muchacha americana —dijo el Tirador—. Hay algo en el espíritu de este país que prefiere las cosas grandes y no es amante de las sutilezas. Nada satisface mejor ese deseo que una camioneta.

El Tirador solía pasar de mí, pero si le hablaba directamente me dirigía la palabra. Con mi madre era cortés. Creo que ella le gustaba. A mi madre no le gustaba y yo no entendía qué estaba haciendo con él. El caso es que tampoco se había convertido en una buena tiradora.

Mis padres se habían querido. Mi padre había sido un hombre fornido y fuerte antes de enfermar. Tenía comidas, películas y sitios favoritos. Incluso tenía una toalla favorita. Era una toalla que había sido mía, con un estampado de grandes trenes antiguos. Decía que le gustaba porque cada vez que se

secaba con ella tenía la impresión de viajar a alguna parte, pero cuando se puso enfermo ya no pudo lavarse, secarse o comer solo. Cuando estuvo muy enfermo, mi madre tenía que lavarlo con mucho cuidado porque, si no, el paño le arrancaba la piel. Le gustaba mucho hablar, pero llegó un momento en el que estuvo demasiado débil para hacerlo. Mi madre decía que la mente de mi padre estaba en plena forma, así que le leíamos libros en voz alta y hablábamos con él, aunque terminé aborreciendo esa idea. Esa mente escondida en el cuerpo de mi padre.

El Tirador hacía varias semanas que venía a cenar cuando una noche trajo de postre una tarta en una caja. Le dije que no podíamos tomar postres, porque las dos teníamos azúcar. Nunca había salido el tema en las conversaciones.

—¿Y qué haces en tu cumpleaños sin una tarta? —dijo.

—Tengo una tarta por mi cumpleaños —dije.

No me preguntó cuándo era mi cumpleaños.

Me apetecía mostrarle cómo usaba la máquina para medir el azúcar, pero no quería confesárselo. Cogí la lanceta, que estaba en un cilindro de plástico con el resorte cargado, y la presioné contra el dedo para sacarme una gota de sangre. Luego me apreté la yema del dedo para que la gota cayera en el mismo centro de la tira de papel y la metí en la máquina. Mi madre estaba fuera, detrás de la casa, sacando fruta para los pájaros, naranjas y manzanas partidas por la mitad. Miré la pantalla de la máquina, fingiendo estar más interesada de lo que lo estaba en realidad, mientras empezaba la cuenta atrás hasta dar la lectura. Ciento veinticuatro, decía la pantalla.

—Estoy bien —dije.

—Eres toda una muchacha americana —dijo el Tirador observándome.

—¿Qué haces? —dijo mi madre.

—Estoy bien —dije—. No es nada.

Me busqué algo que hacer. Tomé la jarra de agua de la mesa del comedor y eché un poco de agua en la peana del árbol de Navidad. El árbol había dejado de absorber agua. Era la habitación la que absorbía el agua, no el árbol. Pero tenía buen aspecto. Seguía estando verde.

—¿Quieres aprender a disparar? —me preguntó el Tirador.

—Por Dios, no —dijo mi madre—. ¿No hay una ley que lo prohíba? Sólo es una niña.

—Ninguna ley —dijo el Tirador—. La ley te concede ciertos derechos, a ti, a mí, a ella, a todo el mundo.

Me pregunté si aquel hombre iba a decirme que podía ser una tiradora nata, pero no lo hizo.

—No —dijo mi madre—. De ninguna manera.

No dije nada. Sabía que no estaría siempre con mi madre.

Fui al psiquiatra más tiempo del que mi madre y yo fuimos al Instituto. Luego dejamos de ir y el Tirador dejó de venir a casa a cenar. La última vez que fui al psiquiatra vi a una chica nueva en la salita de espera. Siempre había coincidido con una niña que tenía la misma edad que yo más o menos y ahora había una nueva, mayor. Siempre éramos niñas. A mi entender, era una casualidad el que no coincidiera con ningún niño. La más pequeña era muy mona. Tenía una bonita boca en forma de corazón y llevaba un juguete, un dinosaurio rosa y púrpura que siempre intentaba regalar a las demás. Era evidente que le gustaba, que lo había tenido seguramente desde que nació, pues tenía la tela desgastada de tanto sobarlo y algunas partes estaban mordisqueadas. Una vez me la encontré y vi que llevaba otro juguete, un conejito con delantal, y pensé que alguien había sido lo bastante mala persona para aceptarle el dinosaurio cuando se lo ofreció. Pero apareció días después con él otra vez y de nuevo quiso ofrecérmelo no sólo a mí, sino a todo aquel que entrara en la salita de espera. Me pareció que ése era el problema de la niña, o al menos uno de sus problemas.

La chica nueva nos dijo que estaba ahí porque se le caía el pelo y se estaba volviendo fea. A mí me pareció que no tenía ningún problema, pero me aseguró que se le caía y que tenía que hacer el pino una hora todos los días para estimular el crecimiento capilar. Dijo que tenía que guardar los pelos que encontraba en el desagüe después de ducharse y también los que encontraba en el cepillo y en la almohada. Dijo que había dejado algunos pelos sin recoger en una blusa que su madre había metido en la lavadora y que al darse cuenta se disgustó tanto que había hecho algo de lo que no podía hablar. La otra niña, la que tenía mi edad, dijo que nuestro objetivo debía ser

conseguir que nos dieran tratamiento psicofarmacológico en vez de psicoterapia, porque todo eso era una pérdida de tiempo, aunque siempre decía lo mismo.

Fui la última en visitarme con el psiquiatra esa tarde. Cuando la sesión casi había terminado, me dijo:

—Eres una chica lista, así que, dime: ¿qué prefieres, el mundo manifiesto o el mundo no manifiesto?

Fue como si me preguntara qué sabor de helado me gustaba más. Pensé un momento, luego me acerqué al diccionario que el psiquiatra tenía en un atril y busqué la palabra.

—El mundo manifiesto —dije, y no hubo mucho que el psiquiatra pudiera hacer al respecto.

ACUSE DE RECIBO

Habíamos ido a Nantucket a visitar a unos amigos míos. Con los años se habían vuelto solitarios. Son bastante mayores que nosotros, austeros, inteligentes y estilosos, aunque la ropa les traiga sin cuidado. Beben demasiado. Y bebo demasiado cuando voy a visitarlos. A veces nos daban de cenar un triste plato de cereales, otras nos empapuzaban con un pescado relleno y una bandeja de pastel de cereales Grape-Nuts. Su casa es vieja y poco acogedora, con un jardincillo en la parte de atrás que las hortensias sombrean en agosto. Esta visita fue en agosto. Le dije a mi mujer que no esperase que mis imprevisibles amigos, Betty y Bruce, nos dieran de cenar. Tomaríamos unas cuantas copas y luego volveríamos a la pensión donde nos alojábamos y cenaríamos entrada la noche. Ese día sólo se esperaba a otra invitada, una mujer del pueblo que tenía diez hijas.

—¡Qué barbaridad! —exclamó mi mujer.

—Seguro que nos va a dar la tabarra con cada una —dije.

—Supongo —dijo Bruce, mientras intentaba abrir un bote de mayonesa tamaño industrial que habían dejado en el jardín sobre una mesa de pícnic desvencijada.

—Con tantas hijas, es poco probable que sepa hablar de otra cosa —dijo mi mujer—. ¿Alguna de ellas es rara?

—Una está muerta, creo —dijo nuestro anfitrión, que aún se peleaba con el bote—. «Todo lo que te venga a la mano para hacer, hazlo con empeño...» —dijo, refiriéndose a sus propios esfuerzos.

—Deja que lo intente yo —me ofrecí, pero Bruce por fin había roto el precinto de plástico.

—Con «rara», me refería a si hay alguna que tenga alguna discapacidad intelectual, emocional o física —dijo mi mujer. Ya había decidido que esa pobre madre no era de su agrado.

Bruce metió un trozo mustio de zanahoria en el bote.

—Me encanta la mayonesa. ¿Y a ti, Paula? No me acuerdo.

—Bruce, sabes perfectamente que se llama Pauline —dijo Betty.

—Estoy enganchado a la mayonesa, o casi —dijo Bruce.

Mi mujer sonrió y meneó la cabeza. Si en ese instante había resuelto mostrarse relajada, sería un gran alivio, ya que Bruce siempre había sido amable conmigo y no había necesidad alguna de tensión entre ellos. Pauline prefiere estar al mando de nuestra vida y de nuestras amistades. Además de guapa, es una mujer astuta y directa, y nunca da muestras de poca sensatez. Supongo que a algunos les resultará fría, pero a mí me tiene subyugado porque la vida casi me hizo añicos. Antes de Pauline pasé unos años difíciles, años que justo ahora he empezado a dejar atrás. Por el mismo precio, podría haberme perdido en una de esas gigantescas ventiscas que caen en el lejano norte en las que es imposible distinguir entre un pequeño objeto que tienes cerca y uno enorme que está a lo lejos. En las ventiscas de nieve todo es ambiguo y los instintos te traicionan; incluso los pájaros vuelan hacia el suelo, creyendo que es el cielo, y perecen. Me esforzaba en ver pero no lo conseguía y, desgarrado por extraños pesares y vergüenzas, traté dos veces de suicidarme. Pero entonces sentí una gran paz, como si mi mente se hubiera apiadado de mí y hubiera puesto fin a la búsqueda desesperada que había emprendido. Tenía treinta y dos años entonces. Conocí a Pauline el año siguiente y ella me aceptó, roto y agotado como estaba, con un aplomo que aún me fortaleció más. Tenemos una casa preciosa a las afueras de Washington. Quiere tener un hijo, pero yo me resisto.

Nos estábamos riendo del bote de mayonesa como si fuera uno de los tesoros de aquella velada encantadora cuando tintineó una campana que colgaba de una cadena herrumbrosa enrollada a la verja del jardín. Nosotros habíamos tocado esa campana una hora antes. Apareció una mujer, más delgada de lo que esperaba, casi cadavérica, y vestida con desaliño. Parecía una de esas excéntricas de buena familia que suele dar esta isla y nos dedicó

una mirada desvergonzada que delataba el escaso interés que le despertábamos... Era difícil conjeturar su edad y, por lo tanto, imposible adivinar las edades de sus muchas hijas. Mi primera impresión fue que ninguna la había acompañado.

—¡Starky, guapa! ¡Tómame una copa con nosotros! —dijo Bruce a modo de saludo.

Ella le dio un abrazo, dejando la mejilla un momento en su pelo, que era largo y le llegaba al cuello de su camisa de cuadros. La mujer inspiró el olor de su pelo tanto como había hecho yo e imaginé que lo encontraba rancio pero extrañamente agradable. Luego se volvió hacia Betty y le dio un beso, como había hecho yo, en su tersa y cálida mejilla.

Había traído unas velas de regalo y Betty encontró unos candelabros para ponerlas. Se encendieron las velas y Pauline contempló feliz el agradable efecto, puesto que las hortensias habían proyectado con el anochecer una penumbra casi consuntiva sobre el pequeño jardín. No me preocupó no haber traído nada. Habíamos pensado en un pastel, pero los precios nos parecieron abusivos. Era estúpido gastarse tanto dinero en un pastel.

—Guinivere —llamó Bruce—. ¡Estamos tan contentos de que hayas venido!

Una silueta avanzó torpemente hacia nosotros y se sentó con todo su peso. Era una jovencita con la cara redonda y chata. Todo en ella parecía redondo. Su boca, cuando no se movía, era pequeña y redonda.

—Mira toda esa mayonesa —dijo Starky—. Bruce se ha acordado de que es una de tus comidas favoritas.

—Ahora me gustan las guindas al marrasquino —dijo la muchacha.

—Sí, se ha pasado a las guindas —dijo su madre.

—Tengo un montón de tarros esperando los manhattans que nos vamos a tomar en otoño —le aseguró Bruce—. Ve a buscarlas a la despensa, cariño. Están en el armario, junto a la plancha de los gofres.

—Guinivere es un nombre bonito —dijo mi mujer.

—Tuvo un papel decisivo en el rescate de las ballenas de la semana pasada —dijo su madre—. La primera vez, no cuando volvieron a quedarse varadas. Un fotógrafo del periódico fue a verlo, pero nunca saca a Guinivere.

No es muy fotogénica.

Cada año nos depara la tragedia veraniega de manadas de ballenas que quedan encalladas en la costa. Es la fidelidad que sienten las unas por las otras lo que las condena, así como sus recuerdos de otros pasos más seguros por la misma zona. Regresan a una ensenada que antes fue navegable y lo que encuentran es un laberinto letal de escollos que no reconocen. El sonido de sus voces, los clics y los gritos que sus aspirantes a rescatadores pueden oír perfectamente resultan desgarradores, según cuentan.

Pauline comentó que esos sonidos sólo transmitían esas impresiones a oídos solidarios. Todo residía sencillamente en que nuestra actitud hacia las ballenas había cambiado, sostuvo. Nantucket debía su riqueza al arponeado de las grandes ballenas. ¿Acaso no gritaban entonces con el mismo canto angustiado?

Starky murmuró con musicalidad:

—*Je t'aimerai toujours bien que je ne t'aie jamais aimé.*

Era imposible concluir si tenía una voz cautivadora o no, siendo la canción, o más bien aquel fragmento, tan breve. En mi opinión, no tenía nada que ver con el tema de las ballenas.

Pauline frunció el ceño.

—¿Te querré siempre aunque no te haya querido nunca? ¿Ya está? No parece mucho, la verdad.

—Una de las hijas de Starky tiene una voz preciosa —dijo Betty, mirando distraída a su alrededor.

Pauline me dio con el codo como si quisiera decir: ya ha empezado y ahora nos va a dar la lata con todas, incluida la muerta. Entonces, mi mujer continuó con firmeza:

—Como declaración de devoción, quiero decir. Pero quizá falta el contexto, ¿no?

—El contexto lo es todo —dijo Bruce—, o lo es a medida que me voy haciendo viejo.

Guinivere regresó con el tarro de guindas y se las zampó de una en una, metiendo los dedos cada vez con mayor dificultad en el estrecho tarro.

—Te van a sentar mal —dijo Pauline.

La chica vació el líquido del tarro sobre las baldosas del jardín y rescató la última de las guindas.

—No te convienen —le aconsejó Pauline—. No le sientan bien a nadie.

La chica no le hizo caso.

—Guinivere ha encontrado trabajo —dijo Betty—. Trabaja en la biblioteca. Devuelve todos los libros a su sitio, ¿verdad, Guinivere?

—Alguien tiene que ocuparse de esas tareas tan bonitas —dijo Bruce.

—Y alguien tiene que hacer las feas también —dijo Guinivere sin el menor atisbo de humor—. En Amarillo, Texas, se ha sacrificado más ganado que en cualquier otra parte del mundo. También hacen bombas atómicas en Amarillo.

—Entonces supongo que lees los libros cuando los devuelves a su sitio —dijo Pauline.

Sus intentos de intimar con esa chica desdichada me estaban haciendo sentir incómodo. Quería tener un hijo, pero por supuesto que fuera precioso. No albergaba la menor duda de que sería precioso. ¿Un pájaro se plantearía hacer un nido si no tuviera el instinto de confiar en el mundo?

—Me sé un chiste —dijo Guinivere—. Es para él. —Me señaló a mí—. Bautizan carreteras en honor de gente como tú. —Se interrumpió—. Las llaman Sentido Único —dijo, y esbozó una redonda sonrisa. Era mucho mayor de lo que había pensado al principio.

—Esta noche estás hecha una parlanchina —dijo su madre—. Debes dejar hablar a los demás.

Guinivere se calló inmediatamente y todos guardamos silencio un rato.

—Voy a por más hielo —anunció Pauline.

—¡Gracias! —dijo Bruce—. Y los ingredientes para hacernos unos buenos gin fizz con lima, si eres tan amable.

Starky se puso de pie para acompañarla al interior de la casa y supe que la enfadaría porque lo único que quería era alejarse un rato de un grupo que, estoy seguro, no le parecía nada prometedor.

—Tienes buen aspecto, amigo —dijo Bruce.

—Gracias, es por Pauline —dije. Betty puso una mirada de incredulidad—. He descubierto que averiguar dónde estás tiene truco —dije—. Se trata de

saber dónde estabas cinco minutos antes.

—¡Pero si estabas aquí! —dijo Betty.

—Yo sé dónde estabas mucho antes de esos cinco minutos —dijo Bruce.

—Sí, claro que lo sabes —asentí—. Y si ese hombre, el hombre al que conociste, viniera ahora mismo a este jardín y se sentara con nosotros, yo no lo reconocería.

—¿No sabrías qué decirle? —preguntó Bruce.

—No sabría ayudarlo.

—Pasaste una época muy oscura.

Me encogí de hombros. Hubo un tiempo en el que quise matarme y ahora ya no quería hacerlo. Los pensamientos que abrigaba entonces me resultan ahora completamente irreales.

Nos llegaron unas voces tranquilas desde la calle. Los turistas estaban «callejeando», una manera educada de decir que estaban espiando las habitaciones iluminadas y formales de las casas de los vecinos para comentar los muebles, los cuadros, los arreglos florales y tantas otras cosas.

Mis pensamientos volvieron a las ballenas y a sus muertes. Eran pequeñas ballenas piloto, no los gigantescos cachalotes a los que se había referido Pauline, cuya captura había dado fama a esa isla. Las ballenas piloto no habían deseado quitarse la vida, por supuesto. Pero una cayó presa de la angustia, la primera en darse cuenta de la gravedad de la situación, de la peligrosa inminencia de un insoportable varamiento, y las otras quedaron atrapadas en la misma perplejidad. Al final no tuvieron otra alternativa que ir al mismo sitio que la moribunda.

O así lo expresaría yo. Un biólogo marino sabría contarle mucho mejor.

Pauline regresó con una bandeja repleta de un surtido de botellas y un cuenco de plástico con hielo que se derretía.

—Starky está hablando por teléfono —anunció.

—Seguramente es su gestor inmobiliario —dijo Bruce—. Me dijo que quizá intentaría encontrarla esta noche. Ha puesto en venta su casa, la misma donde ha criado a todas sus hijas.

—Estoy segura de que conseguiré el dinero que pida —dijo Pauline—. La gente está chiflada por este pueblo, ¿no? Pagarán cualquier burrada para

poder decir que tienen una casa aquí.

La noche refrescaba. Bruce había sacado varios jerséis viejos y me pasé uno por la cabeza. No me iba nada mal, cachemira morado, trufado de agujeros de polilla.

Betty posó su mano bronceada y surcada de profundas arrugas sobre la mía. Las venas estaban tan cerca de la superficie que me pregunté si no se preocupaba cuando se fijaba en ellas. Seguro que se las miraba de vez en cuando.

—Todos somos únicos, ¿no creéis? Y unos incomprendidos —dijo Betty.

—No —repliqué sin ninguna hostilidad, pues sentía verdadera devoción por Betty, si bien empezaba a preguntarme si no estaría volviéndose un poco ingenua con la edad. El mundo no sabe distinguir entre las distintas tristezas. Es la tentación de creer lo contrario lo que nos mantiene encadenados—. No somos tan distintos como nos gusta creer —dije.

Los gin fizz no resultaron tan refrescantes como los anteriores, quizá por el hielo.

Starky volvió a aparecer, tan demacrada y vulgar como la primera vez, sin dar explicación alguna de lo que había terminado siendo una ausencia muy prolongada.

—Va, empieza ya —dijo Betty.

—¿Empezar qué? —preguntó Pauline.

—¿Sin más preámbulos? —dijo Starky.

—O demoras —dijo Bruce.

—¡Cómo debe de ser este sitio en invierno! —murmuró Pauline.

Todos nos reímos y nadie se rio con más indulgencia que Starky, quien procedió entonces a describir a sus hijas.

—La mayor no es valiente ni innovadora, pero siente ternura por cualquier cosa. Cuando era pequeña no le faltaban motivos para ser codiciosa, ya que todo le causaba perplejidad y aburrimiento, pero la experiencia ha hecho de ella una persona más dócil y noble. Se muestra leal para con mis necesidades y de puertas afuera da la impresión de ser la más encomiable de todas mis hijas. Se asegura de que mi vestido de la suerte esté siempre limpio y recién planchado, esperándome en su percha cubierto con

una funda. Pese a su diligencia, me siento muy distanciada de esta hija y quizá me desentendería completamente de ella si no fuera porque es la primera que tuve.

»Mi segunda hija es la viajera de la familia, aunque rara vez salga de la cama. Basta enseñarle la caracola gigante de un botuto o un pisapapeles de cristal con un cardo galés dentro para verla nadando en las Bahamas o de excursión por las Islas británicas, pero sólo en su cabeza, porque es demasiado excitable y tímida para viajar de verdad. Se prepara para sus aventuras esperando lo peor y cuando tal cosa no ocurre se alegra mucho de su buena fortuna. Algunos de sus conocidos la encuentran digna de lástima, pero yo creo que se ha salvado gracias a su inventiva. Me enseña los moratones que se ha hecho durante sus viajes en sus delgados brazos y piernas, que despiertan toda mi compasión.

—Qué ridiculez —me susurró Pauline.

—Mi tercera hija —continuó Starky tras una pausa para tomar un sorbo de su cóctel— es una chica sencilla y obediente, dotada de una gran resistencia física. De hecho, se sirve de su fuerza física para intentar cargar con todas las culpas. Es sensiblera y nostálgica, lo cual es comprensible, pues, dada su naturaleza, su futuro será escasamente distinto a su pasado. No es perezosa. Muy al contrario, trabaja duro y a conciencia, pero su trabajo pasa desapercibido. Es una chica optimista y confía en todo el mundo, lo que la deja indefensa ante las traiciones. Examina con atención todas mis baratijas, que cree de gran importancia para ella. Muchas noches me llama a gritos. Teme más a la muerte que yo, tal vez más que cualquiera de los aquí presentes.

—Que Dios la proteja —dijo Betty.

—¿De veras? —preguntó Pauline—. Pero es imposible saberlo, ¿no? Quiero decir, ¿cómo podemos atrevernos a suponer que...?

—Me gustaría que continuases —dijo Betty a Starky.

—Sí —dijo Bruce—. Mejor que no quedemos encallados en esta hija.

—Mi cuarta hija es cantante, una *mezzosoprano* exquisita. Su voz fue un don. Nunca ha ido a clases de canto. Cuando quedó claro que era extraordinaria, nos opusimos a que recibiera una formación convencional,

que no habría hecho más que pervertir la singularidad y la frescura de su voz. Canta, le rogaba siempre. ¡Canta! Pues llegará el día en que tu voz te abandone sin previo aviso.

—Mamá —dijo Guinivere, lo cual me sorprendió, pues me había olvidado de ella por completo.

—Sí, canta para nosotros, Guinivere —dijo Betty—. Nos gusta mucho que cantes.

—Sí, adelante —dijo su madre.

La boca redonda de la muchacha se hizo todavía más redonda y al cabo de un momento, en el que, supongo, se armó de valor, cantó con una voz verdaderamente emocionante:

*Si hubiera aparecido en el espacio
otro amparo, otro refugio al que huir,
nuestras almas habrían ido a ese palacio
y nunca se habrían refugiado en Ti.*

*Y cuando vimos, en el aire y en los campos,
en el cielo y en el infierno, que nada había allí,
y que de Ti jamás podríamos salvarnos,
en ese mismo instante huimos hacia Ti.*

—Qué hermoso —concedió Pauline.

—¿Es de Trench? —preguntó Bruce—. Ya no se me da tan bien como antes reconocer a esos poetas religiosos ingleses del XIX.

Guinivere se levantó y le comentó algo en tono apremiante a Betty.

—Ve detrás de los matorrales, cariño —dijo Betty—. No hay ningún problema.

—¡Detrás de los matorrales! —Pauline parecía escandalizada—. ¡Si es una mujer hecha y derecha!

—A Guinivere le da mucho miedo nuestra casa —dijo Betty.

—A lo mejor hay fantasmas —dijo Pauline, y entonces se rio por lo bajo y me susurró al oído—: No me digas que en Martha's Vineyard no lo

habríamos pasado mejor.

—Fantasmas, no sé —dijo Betty—, pero ten por seguro que cualquier casa antigua ha conocido alguna desgracia, algún episodio cruel y desesperado.

Cuando Guinivere hubo desaparecido tras los grandes orbes lavanda de las hortensias, su madre dijo en voz baja:

—Su voz está en franca decadencia.

—Me cuesta creerlo —dije, aunque por supuesto no soy ningún experto—. Tiene una voz magnífica.

Starky dijo con calma:

—Es como un gran árbol al que le seccionan las raíces en invierno. Sólo imita lo que los demás árboles pueden prometer: la vida que vendrá.

Guinivere regresó y volvió a ocupar su sitio. No hubo manera de convencerla para que cantara otra vez. Estábamos todos sentados en unas viejas sillas metálicas, herrumbrosas tras años bajo la espesa niebla que casi nunca abandonaba la isla, pero no tan oxidadas para mancharte la ropa. Creo que Bruce y Betty las guardaban en el sótano durante el invierno.

—Mi quinta hija —continuó Starky para gran disgusto mío— es de todas mis hijas aquella a la que le enseñé personalmente lo que es el tiempo. No le hice ningún favor, pues es mi hija más melancólica. Es incapaz de valorar las cosas y nunca se entrega a distracciones que puedan reconfortar su ánimo. Las alternativas no tienen el menor sentido para ella. Es una chica torturada, desamparada, una cautiva que busca en silencio algún lenguaje que pueda servirle. La fe podría darle algún consuelo, pero se opone al servilismo del espíritu que la fe suele traer consigo. No, para ella la fe queda descartada.

Bruce me pidió con un gesto que preparase otra ronda de cócteles. Me apetecía muchísimo seguir bebiendo. De hecho, poco me había faltado para quitarle el vaso a Pauline y vaciarlo de un trago. Serví las copas deprisa, sin molestarme en los detalles del azúcar y la lima, y repartí el hielo que quedaba.

—Mi sexta hija está muerta —dijo Starky—. Corrió la breve carrera que tenía asignada y su carrera ya terminó.

—Tiene una lápida preciosa —dijo Betty.

—Quería una lápida —dijo Starky—. Tuve que repetirle mil veces que tendría una lápida.

—Pues es preciosa —dijo Betty.

—Encontró la paz que el mundo no puede dar —dijo Starky, y yo pensé que aquel comentario había sido completamente innecesario.

Pauline se quedó mirándola un rato y luego se volvió hacia mí y dijo:

—¿Qué habrá querido decir? ¿Cómo puede saber lo que encontró esa pobrecilla?

Quise calmarla, aunque sabía que estaba más enfadada que nerviosa. Apenas unas horas antes de que diera comienzo esa velada desquiciada nos habíamos sentado a solas y completamente felices en los páramos o, por mejor decir, en lo que en esta isla llaman *páramos*. Habíamos desperdiciado la mañana, porque así lo habíamos decidido, pero no la tarde. No podíamos ver el mar, aunque éramos conscientes de su cercanía porque, claro está, nos rodeaba por los cuatro costados. Del mar surgió la luminosa madre del amor, creían los griegos.

—No lo aguanto ni un segundo más —dijo Pauline, al tiempo que se ponía de pie—. ¿Cómo espera que le consientan todo esto? ¿Por qué tuvo tantas hijas? ¿Dónde está el padre? ¿Quién es el padre? Las niñas son unas raritas, al menos según las describe usted. ¿Por qué nos las describe con tanta crueldad? ¿Por qué me resultan tan flojas y familiares sus historias? ¿Por qué no está más preocupada? Ésta no es la manera de pasar una velada entre amigos. ¿Cómo es posible que no nos haya contado ni una sola historia real? ¿Cómo se le ocurrió pensar que nos iba a interesar todo eso? No, no lo aguanto más.

Y habiendo dicho esto se lanzó a toda prisa, con paso certero me atrevería a decir, a través del oscuro jardín siguiendo las losas irregulares del sendero. Tardé unos cuantos minutos en pedir disculpas y despedirme de todos, pero aun así me marché con tanta precipitación que no me di cuenta de que todavía llevaba puesto el jersey de Bruce hasta que hube avanzado un buen trecho por la calle. Se lo devolvería por correo a la mañana siguiente, antes de embarcar en el ferri. Me pregunté si Betty y Bruce guardarían las sillas viejas cuando llegara el mal tiempo y si, suponiendo que así fuera, se tomarían la molestia

de volverlas a sacar en primavera.

Debía de ser bastante tarde porque las calles estaban desiertas. Esperé que la caminata, a mi propio ritmo y bajo aquella ligera y fresca niebla, me aclarase las ideas. Starky parecía haber recibido con regocijo el arrebató de Pauline, mientras que Betty y Bruce no se habían ni inmutado, y Guinivere no había levantado la cabeza, ni entonces ni tampoco cuando me fui. De hecho, parecía casi en estado de shock. Su madre tal vez estaba en lo cierto. No podría prolongar sus esfuerzos mucho más tiempo.

Bajé despacio por la calle adoquinada que recorría el centro del pueblo, hasta doblar a la izquierda a la altura del museo, donde habíamos pasado menos de una hora porque era un sitio desalentador, pese a que los guías que trabajaban allí como voluntarios intentaban alegrar con su presencia la colección de armas y herramientas grotescas de la caza de la ballena en el siglo XVIII: cuchillos, azadas balleneras, arpones y lanzas y cadenas para las colas de los cetáceos. Viejos dibujos y litografías acompañados de comentarios descriptivos llenaban las paredes. Una frase relativa al final del desuello de la pieza, que se realizaba junto a las embarcaciones, me quedó grabada: «Finalmente, se liberó el cadáver para que se lo llevaran las olas». No podía expresarse de manera más perturbadora. La palabra *liberar* me pareció especialmente abominable.

Pauline tenía toda la razón en cuanto a las ballenas. ¿Acaso no lloraban también en los días de su exterminio con un canto exquisito y angustiado? Sin embargo, sus perseguidores sólo querían acabar con ellas. En efecto, el hombre se había deleitado en la roja neblina que, como si viniera de los cielos, se elevaba y luego caía impulsada por esos grandes corazones derrotados para anunciar las muertes de esas criaturas abrumadas y perplejas.

La pensión donde nos alojábamos estaba ya a la vista. Pensé una vez más en la deuda que tenía contraída con Pauline y me pregunté si, en su momento, ella abandonaría esta vida antes que yo. Que pudiera concebir esa idea era una prueba de su éxito conmigo. De todos modos, uno de los dos caerá primero, pero hasta entonces nos tendremos el uno al otro.

LA OTRA SEMANA

—El cuerpo de bomberos nos cobró trescientos setenta y cinco dólares por el traslado de la serpiente —dijo Francine.

—Eso me lo perdí —dijo Freddie—. ¿Vinieron los bomberos? ¿Con el camión rojo y toda la pesca?

—Había una serpiente de cascabel en el patio y llamé a los bomberos. Tenían un chisme alargado... Era una especie de vara con un gancho al final. Metieron la serpiente en una caja y la soltaron en alguna parte. Y no debería habernos costado nada porque es uno de los servicios que prestan a sus abonados, que es la razón de que todo el mundo llame a los bomberos cuando aparece una serpiente en el patio. Pero nosotros no estamos abonados, Freddie. Me informaron a *posteriori*. No hemos pagado la factura y sus servicios no están incluidos en los impuestos sobre la propiedad, que tampoco hemos pagado.

—A lo mejor me estaba dando un baño.

—El coste es excesivo, ¿no crees? Estuvieron cinco minutos.

—¿Por qué no machacaste a la bestia con una azada?

—Es muy civilizado por parte del cuerpo de bomberos sacarlas vivas. ¿Por qué no somos abonados, Freddie? Si la casa empezara a arder, vendrían, pero el servicio nos costaría veinticinco mil dólares por hora. Eso es lo que me dijeron cuando llamé para quejarme.

—La casa no va a incendiarse.

—Freddie, ¿por qué no pagas las facturas?

—No hay dinero —dijo él.

Era el mes de octubre en el desierto y estaba todo tranquilo, tan tranquilo

que Francine pudo oír a su viejo pastor de las Shetland bebiendo del bidé en la caseta de la piscina. Lo tenía prohibido. Francine entornó los ojos y sonrió a su marido.

—¿Qué ha pasado con nuestro dinero?

—Se acaba, Francine. El dinero se acaba. Llevo casi tres años sin trabajar. Seguro que te has dado cuenta.

—Sí, es verdad.

—No entra dinero y además estuviste un año enferma. Nos ha pasado factura.

—No fueron capaces de averiguar lo que me pasaba —admitió Francine.

—No tenías seguro. Diecisiete médicos. Dormías dieciocho horas diarias. Y sólo comías arándanos y hierba de trigo.

—Bueno, seguro que no era muy caro.

—Un puto ojo de la cara.

—¡Freddie!

—Diecisiete médicos. Sin estar asegurada. Nos gastamos más de cuatro mil dólares ese año sólo en el coche dando tumbos de doctor en doctor, y eso sin contar la puesta a punto, los filtros, los amortiguadores y todo lo demás. Tendría que haber rotado los neumáticos, pero intenté contener los gastos.

—Me pasaba algo en la sangre —protestó Francine.

—Te compré un montón de pulseras de coral. Se suponía que iban bien para la melancolía. Nunca te las pusiste. Nunca les diste una oportunidad.

—Pinchaban —dijo Francine.

—Hasta mangué aspirinas por ti. Mangaba aspirinas siempre que podía.

—Eso fue muy ingenioso por tu parte.

—Muy bien, ahora ponte sarcástica, a ver qué sacas de eso. No tiene sentido seguir discutiendo. Estamos arruinados.

El perro pastor apareció cojeando al sol, saciado. Dio un par de ladridos roncós y se calló. Cada vez se estaba volviendo más inseguro con respecto a sus obligaciones.

Francine fue a la cocina a por un vaso de agua. Rebuscó en la nevera hasta encontrar un limón, uno pequeño arrugado del que extrajo con cierta dificultad un poco de jugo para dar sabor al agua. La nevera estaba llena de

carne. Freddie se ocupaba de hacer la compra y había intimado más de la cuenta con la carnicería.

—Arruinados —dijo Francine.

No podía decirlo en serio. Tenían una casa y dos coches. Tenían un *jardinero*. Regresó al salón y se sentó delante de su marido. Llevaba una camisa blanca de vestir con los puños arremangados y sin gemelos, unos pantalones cortos de color negro y unas enormes gafas de sol. Miraba un comedero vacío para colibrís.

—Los murciélagos vacían ese chisme por la noche —dijo Freddie—. No has conseguido que vengan los colibrís, Francine. Lo que tienes son murciélagos magueyeros menores. Llegan en grupos de seis. Mientras uno come, los otros esperan ordenadamente su turno formando un corro. Me lo pasé bien una noche espiándolos. Ya ni me puedo permitir ponerles agua azucarada a esos cabrones.

—¿Qué propones hacer con respecto a nuestras finanzas, Freddie?

—Capear el temporal. Dejar que pasen los días. Tú te pasaste un año durmiendo dieciocho horas diarias.

—¡Pero de eso ya hace mucho!

Francine había sido de esas personas que no esperan demasiado entre copa y copa, como se suele decir, pero el maratón de sueño —en realidad fueron casi veinte horas diarias; a Freddie nunca se le había dado bien medir el tiempo— había extirpado de su seno toda inclinación hacia la bebida.

—Diecisiete médicos. Sin estar asegurada. Y no fueron capaces de saber lo que te pasaba.

—Me veía igual que una muñeca que tuve de niña —reflexionó Francine—. La muñeca tenía el cuerpo blandito de trapo y una cabeza dura de plástico. Tenía los ojos azules y unos tirabuzones pintados, que no eran de verdad. Lo mejor era que tenía párpados con pestañas que seguramente eran de pelo de caballo y, cuando la acostabas, esos párpados pequeños y duros bajaban y Dolly se quedaba dormida. ¿Te había contado que me sentía así?

—La tira de veces —dijo Freddie.

Llegó el crepúsculo. Un dorado impenetrable. Francine guardó un silencio ofendido mientras las nubes bermellón se deslizaban hacia el oeste y

desaparecían, perdidas para siempre de vista para todo ojo humano. Freddie sirvió unas copas. Luego hizo la cena, que comieron por separado. Una pizca menos de carne zumbando en la nevera. Francine se retiró al dormitorio y encendió la tele. El pastor entró cojeando y se pasó varios minutos dando vueltas alrededor de su pequeño felpudo antes de derrumbarse con un eructo. Olía un poco mal, el pobre.

Freddie se había puesto un pijama de lino a rayas y se acostó a su lado en la cama. Buscó su posición y luego posó su mano en las inmediaciones del muslo de Francine. Una manta ligera y una sábana separaban su mano del muslo propiamente dicho. Levantó la mano y la metió debajo de la manta. Pero seguía estando la sábana. Internó su mano bajo la tela hasta llegar finalmente a su piel, a la que propinó una palmadita.

Estaban viendo una película que era salvaje y presuntuosa, aburrida y predecible, cuando en una escena que no aportaba gran cosa al argumento apareció un actor muerto incorporado digitalmente para que se relacionara con un actor vivo.

El actor muerto actuaba desde lejos.

—¡Mira! —dijo Francine.

La escena no duraba mucho, sólo era una virguería. El actor muerto parecía incómodo pero profesional. Aun así, ésa no era la escena para la que lo habían contratado. Viéndolo, Francine sabía mucho más que él acerca de su situación, aunque, dadas las circunstancias, no se relacionaba nada mal con el resto del reparto.

—¿Qué es lo que tanto te molesta? —dijo Freddie.

—El espacio y el tiempo —dijo ella—. Ésos eran los requisitos. Espacio y tiempo, o de lo contrario no podías entrar en la discoteca. Nuestros sentidos determinan las condiciones del mundo que vemos. Kant dijo que nuestros sentidos son como el portero de discoteca que sólo deja entrar a aquellas personas que van bien vestidas, y el criterio relativo al ir bien vestido o de una forma respetable, o qué sé yo, era que el espacio y el tiempo velaran las cosas.

—¿Quién lo dijo?

—Kant.

Freddie apartó la mano de su muslo.

—Se te ha escapado algo en la traducción de ese fragmento, Francine. ¿Por qué iba a querer entrar uno en esa discoteca? ¿O en esa discoteca antes que en otra?

—¡Nosotros somos la discoteca! —dijo ella—. Cada cual es su propia discoteca. Y la discoteca quizá quiera cambiar de clientela. ¡A lo mejor hay que renovar a los clientes para que la discoteca tenga éxito!

—Creo que es un poco tarde para que nos pongamos a discutir sobre Kant con tanta pasión —dijo Freddie.

—¿Te refieres a que es un poco tarde esta noche o un poco tarde en la vida en general?

Freddie asintió, pues se refería a ambas cosas.

Francine apartó bruscamente la manta de la cama y caminó por la casa a oscuras hasta salir al patio. Ya hacía rato que había pasado la hora en la que los vecinos de ese barrio dejaban de frecuentar el exterior de sus casas. Tal cosa era motivo de gran preocupación entre los conocidos de Francine, que siempre se prometían aprovechar más el exterior, pero pasada cierta hora el asunto dejaba de atormentarlos. Para muchos de sus conocidos, el exterior, la calle, era el único cilicio que conocerían sus conciencias.

Se envolvió en la manta y se tumbó en la *chaise longue*. Estaba muy incómoda, aunque cuando se tumbaba allí de día nunca le ocurría. Finalmente consiguió internarse en el sueño, un estado al que le estaba perdiendo el tranquilo. Cuando se despertó lucía un día radiante y tenía la cara del jardinero suspendida encima de la suya. Se llamaba Dennis y llevaba años trabajando para ellos. Era la primera vez que la examinaban tan minuciosamente. Francine frunció el ceño y él se apartó y se puso detrás de ella. Los dedos del jardinero se posaron suavemente sobre su frente y luego bajaron por su cuello, para volver a subir después y frotar sus sienes. El día la envolvía. El día rutilante, pensó. La mano del jardinero planeó hasta su clavícula y Francine sintió un dolor atroz cuando su pulgar presionó en el tendón y se lo frotó. Gritando, se incorporó con dificultad.

—No debería dolerte —dijo Dennis con suavidad—. Es porque estás muy tensa.

Corrió a la casa y se vistió a toda prisa. No había café. Necesitaba café y no había. La casa estaba en silencio. Ni rastro de Freddie ni del perro. A veces se lo llevaba a dar un paseo, y Francine había pensado que era muy amable por su parte hasta el día en que se enteró de que el destino de aquellas salidas era un pequeño parque en el cauce seco de un río frecuentado por coyotes esqueléticos y tácticamente brillantes. Más de una vez había aparecido algún coyote de la nada para llevarse en la boca algún animal doméstico absorto mientras hacía pis, retozaba o se peleaba con otros de su misma especie, desatendiendo, por lo tanto, el cuidado de su integridad personal. Francine había acusado a Freddie de ser un irresponsable, pero él insistió en que esos ataques eran poco frecuentes. Lo más importante, sin embargo, era la *posibilidad* de que tal ataque ocurriera, posibilidad que prestaba cierta distinción a la insulsa vida de aquella urbanización de extrarradio e imprimía coherencia y camaradería a un grupo de personas que tenían, por lo demás, poco en común tanto desde un punto de vista social como político o económico. Era un grupo de buena gente, le aseguró Freddie, y compartían un muy notable acervo de conocimientos sobre los distintos problemas de la personalidad canina —mordiscos por miedo, trastornos por abandono y alucinaciones, entre otros—, así como sobre dolencias físicas tales como la sarna, la obstrucción anal y la incontinencia, por nombrar sólo unas pocas.

Francine buscó café desesperada. Fuera, Dennis había levantado una enorme serpiente entre las púas de un rastrillo y la estaba arrojando por encima del muro que separaba su terreno del de los Benchley. Se parecía mucho a la serpiente que se habían llevado los bomberos. Dennis hacía un buen trabajo, pero no le quedaría más remedio que echarlo. Tendría que recluirse en la ilusión de su vida, la cual, según le había contado una vez, consistía en abrir un vivero de cactus de seguridad. Allí cultivaría híbridos diseñados específicamente para su futuro emplazamiento, cactus que servirían para crear muros de crecimiento rápido poblados de letales flores con gigantescas garras del diablo que podían rebanar la garganta de un

intruso en menos que canta un gallo.

Salió.

—Dennis —dijo.

Él se volvió hacia ella. No era un hombre joven. Tenía unas profundas arrugas que surcaban su cara desde los ojos hasta las comisuras de los labios. No eran favorecedoras. Si una mujer osara tener unas arrugas como éstas, la tendrían naturalmente por una excéntrica.

—Las serpientes de cascabel ya no tienen adonde ir —dijo Dennis.

La serpiente, depositada en un parterre de flores que los Benchley mantenían pese a las grandes molestias que les acarreaba, se dirigió a una gran roca que Francine sabía que era falsa. Pesaba poco más que una huevera de cartón y ocultaba una copia de la llave de la casa para la asistenta.

—Dennis, lamento decirte que tendremos que prescindir de tus servicios. No tenemos dinero para pagarte.

Dennis se encogió de hombros.

—Hace un año que no cobro por venir.

—¿Freddie no te ha pagado en todo este tiempo?

—Hace seis meses me dijo que no tenían dinero. Vengo porque usted me recuerda a Darla. La primera vez que la vi, me dije: vaya, es un escupitajo de Darla, teniendo en cuenta la edad.

—Mejor «viva imagen» —dijo Francine—. ¿Se puede saber qué quieres decir?

—Hablaré como usted quiera. ¿Quiere que hable menos formal? Es que estoy tan feliz de hablar por fin con usted. Hablar como si fuéramos más que amigos, como tenía que ser.

—No es que me interese, pero ¿quién es Darla?

—Darla era mi niñera cuando tenía ocho años. Era diez años mayor que yo.

Francine se quedó estupefacta. ¡Una niñera! Aunque no quería considerarse una esnob.

—A Darla le gustaban las serpientes.

—A mí no me *gustan*.

—Se sabía un montón de historias sobre serpientes. Por ejemplo, una vez

me contó que los mayas practicaban el aplanamiento frontal de los recién nacidos para que sus cabezas se parecieran a la cabeza de la serpiente de cascabel. Envolvían el cráneo blando del recién nacido con pesos. Creían que las serpientes eran sagradas y que las personas con cráneos de serpiente de cascabel serían más inteligentes y creativas. Esa práctica imprimió una fuerza positiva, motivadora, en sus vidas. Se volvieron más libres, más despiertos, más brillantes y especiales. Y me acuerdo de haberle dicho a Darla cuando me contó esta historia que me habría gustado que alguien hubiera tenido la imaginación y perspicacia necesarias para hacérmelo al nacer porque no me habría importado tener una cabeza llena de surcos y crestas. Y Darla me dijo que era una pena, pero que conociendo a mis padres, que por supuesto conocía, y muy bien, por cierto, nunca habría tenido esa suerte si les hubieran dado la oportunidad de hacerlo y que ni en mil años me lo hubieran hecho. Eran muy conservadores. No como Darla. Darla podía llegar a la altura de sus propios hombros saltando en vertical. ¡Darla era genial! Vivíamos en San Luis y una vez al año Darla y yo íbamos al desierto, todas las primaveras durante tres años, y pasábamos una semana en el rancho de un tipo, y disparábamos a botellas, y hacíamos excursiones en mula, y dormíamos en literas. Galore está donde antes estaba el corral.

—¿Galore es un pueblo nuevo?

—Barbacoas Galore es lo que hay ahora.

—¡Ah! —dijo Francine. Todo aquello le pareció bastante divertido, pero optó por decirle con su tono más refinado—: A veces los cambios pueden resultar abrumadores.

—Eso es, eso es —dijo Dennis—. Y entonces volvíamos a San Luis y Darla se largaba otra semana entera de vacaciones, pero esta vez sin mí, y como puede imaginarse me sentaba fatal esa otra semana porque estaba enamorado de Darla. Y entonces tuvieron que operarla.

—Para un momento —dijo Francine—. ¿Operarla?

Dennis asintió.

—Tuvieron que anestésicarla. Y cuando a alguien le meten anestesia nunca vuelve a ser la misma persona cuando se despierta. Tienes que enfrentarte a una persona distinta. La diferencia es minúscula, pero permanente. El cambio

sólo ocurre una vez. Es decir, si tienen que anesthesiarte otra vez, sea por la razón que sea, no habrá más cambios. No se acumulan más cambios después del primero.

—¿Y por qué tuvieron que operarla? —se preguntó Francine.

—Nunca me lo contaron —dijo Dennis—, así que no tiene importancia.

Tal vez no debería haber saltado tanto, hasta llegar a la altura de sus propios hombros, pensó Francine.

—Aún hablábamos de serpientes y hacíamos pasteles invertidos de piña, nos bañábamos, íbamos en bicicleta, y seguía enamorado de ella, y entonces se tomó otra vez esa segunda semana de vacaciones, que como siempre le reproché, y cuando volvió se murió.

—¡Válgame Dios! —exclamó Francine.

Estaba poniendo todo su empeño en seguir aquella historia deslavazada. Mostrarse atenta no le iba a costar nada. Le debían dinero y además había hecho bien su trabajo. No es que fuera un trabajo excepcional, pero sí era bueno. Además, Dennis era un ser humano y había perdido a un ser querido, aunque de eso hiciera, según sus cálculos, casi treinta años. Era evidente que aquel trauma lo había trastornado. Sin duda lo había sufrido en el peor momento. Un momento antes o después, lo habría superado perfectamente. Deseó por su bien que no hubieran dejado abierto el féretro.

—Mis padres me permitieron meter un trocito de cristal en el ataúd porque Darla y yo coleccionábamos cristales. Coleccionábamos otras muchas cosas. Mis padres se propusieron que me quedara todo claro. Quisieron que asumiera que esta vez Darla se había marchado para siempre. Aun así, me costaba trabajo captar la idea. Estaba un poco fuera de mi alcance.

—Con los féretros abiertos a veces puede salirte el tiro por la culata —dijo Francine.

—¿Qué?

Darla parecía, por lo que contaba, una chica de buen corazón, activa, creativa, una buena chica, reclamada prematuramente del desfile o banquete de la vida, o lo que fuera. No podía imaginarse a alguien más alejado de la idea de Darla que ella misma.

—No sé qué habría sido de mí si no la encuentro —dijo Dennis.

—¡No me has encontrado! —dijo Francine preocupada.

—No digo que *usted* sea Darla. Por favor, no estoy loco. Sólo me preguntaba si no le apetecería salir conmigo una noche y conversar como solíamos hacerlo.

—Nunca he sido Darla.

—Por favor —dijo Dennis—. No digo que usted fuera Darla y que ahora no lo sea, no estoy loco. Pero estaba pensando que podríamos hacer una excursión al desierto y encender una pequeña hoguera. ¡A Darla le encantaban las hogueras! Podría llevar la leña para encenderla en las alforjas de la moto. En menos de cien kilómetros nos plantamos en el desierto. Mi Fat Boy podría llevarnos en una hora.

—Ya estamos en el desierto.

—Nadie sabe dónde estamos ahora.

Le faltaba un diente, muy adentro, sólo visible de la misma forma que las cosas difícilmente visibles lo son.

—Ya ha visto mi Harley. ¿No le ha apetecido subirse a la Fat Boy y *largarse*? Esa moto recibe un montón de elogios. Si me diera por venderla, pondría un anuncio que dijera: «Elogios constantes», pero nunca la venderé. O tal vez le apetece ir a otra parte. La llevaré adonde quiera. Me he comprado otros vaqueros, más nuevos. ¿Qué? No tengo el oído muy fino. Tras la muerte de Darla me clavé dos cuchillos en las orejas. ¿Ha oído alguna vez eso de que no hay que meterse en la oreja nada más pequeño que tu codo? Fue en homenaje a Darla porque me gustaba muchísimo su voz y no quería oír ninguna otra. Seguramente oigo mejor de lo que me convendría, pero me pierdo parte de los murmullos. Ahora mismo estaba usted murmurando, no hablaba claro.

—El único sitio al que voy a ir, Dennis, es adentro de mi casa. No me encuentro bien.

—No tiene tan buen aspecto como otras veces. ¿Le duele la cabeza? Darla tenía unas jaquecas atroces. Bañaba unos trapos en vinagre y se los ponía en la frente.

Seguramente tenía en la cabeza unos tumores del tamaño de un huevo de gansa, pensó Francine.

—De acuerdo, entre en casa —dijo Dennis—. Baje los estores. Póngase esta música que voy a darle. Ponga esta cinta en el reproductor de casetes. Saque lo que tenga puesto y tírelo. No querrá volver a escucharlo. — Desabotonó el bolsillo de su camisa vaquera y extrajo una bolsita de plástico que contenía una cinta—. Es Darla tocando el piano. La encontré en la cabaña del rancho del tipo ese donde ahora está el Galore, como le he dicho. No teníamos piano en San Luis. Es Darla en estado puro. ¡Tenía tanto talento! Cuando escuche esta música, lo reconocerá todo por primera vez.

—La música no sirve para eso.

—¿Ah, no? —Le apretó la cinta en la mano—. ¿Desde cuándo?

Seguía sin haber café. No iba a perder el tiempo buscando café si no lo había. Una polilla flotaba en el cuenco del agua del pastor. Era una de esas cosas recurrentes. Fue a la habitación y se echó en la cama sin hacer. Quería dormir. ¡Ya no podía conciliar el sueño! El insomnio, qué duda cabe, era mucho peor que estar sencillamente despierta. Recordó con nostalgia las dos fases —la hipnagógica y la hipnopómpica, aunque nunca fue capaz, desde el día en que fue informada de su existencia, de distinguirlas con certeza— de cada extremo del sueño, el acceso y la salida, cuando el consciente y el inconsciente intercambiaban jerarquías, cuando por un instante las dos mentes se hallaban en perfecto equilibrio sin que ninguna de las dos ejerciera dominio sobre la otra. Pero no podía dormir, le faltaban sus escoltas, el escolta hipnagógico y el escolta hipnopómpico, que desde hacía poco actuaban más bien como unos guardianes antipáticos.

El sol se vencía hacia el atardecer, revelando la suciedad de las ventanas, que nunca limpiaba, con la esperanza de disuadir a las palomas de estamparse contra el cristal. Las palomas, haciendo caso omiso de toda disuasión, chocaban. Las múltiples huellas desdibujadas de sus cuerpos la deprimían, pero estaba convencida de que unas ventanas relucientes les resultarían aún más tentadoras mientras enhebraban su vuelo entre las casas en su zambullida vespertina desde las laderas hacia el valle.

Había sacado la cinta de la bolsita polvorienta y la había escuchado. Era

un ejercicio: conocido, agradable, corriente. No causaba embrujo alguno ni tampoco provocaba ningún estado de ánimo concreto. No era la clase de música que la desgarraba por dentro con voracidad. No le gustó nada. Gran parte de la cinta estaba vacía salvo por unos zumbidos y silbidos. La música se había interrumpido sin más y no había vuelto a empezar. No había aplausos, ni exclamaciones de aprobación, ninguna sensación de que hubiera público, ni mucho menos la presencia de un niño impresionable. Era obvio que Darla le había tomado el pelo a ese chico. ¿Había dejado estupefacta a toda la gente que había conocido en su corta vida o sólo a él? Seguramente sólo a él. Pensó que Dennis ni siquiera había conocido bien a esa Darla, no del todo. Conservaba un ramillete de extraños recuerdos —una chica saltando en vertical a saber con qué intención— que no eran más valiosos que unos trocitos de cristal. No tenía nada. Darla habitaba en el mundo del jardinero más que el propio interesado, pues lo impregnaba de arriba abajo, y eso era precisamente lo que los muertos ansiaban hacer en la mayoría de los casos pero casi nunca lograban, lo cual, en opinión de Francine, era una muy buena noticia. Sin embargo, en lo que a ella respectaba, Darla, su doble extinta, era decepcionante.

Volvió a poner la cinta y sonó aún menos interesante que la vez anterior, y también más breve. No supo qué era lo que faltaba exactamente; la música sólo se había vuelto, se estaba volviendo, más compacta. La puso una vez más, pero enseguida lo pensó mejor. La sacó del reproductor y la devolvió a la bolsita de plástico. Después de localizar un lápiz, partió un sobre por la mitad —¡otra factura impagada!— y escribió:

Querido Dennis: Agradecemos la labor que has hecho. ¡Buena suerte criando cactus de seguridad! Deseándote lo mejor, adiós.

Sus sentimientos no eran en absoluto sinceros, pero así eran los medios a los que uno debía acudir si quería expresar que formaba parte de este mundo.

Dennis estaba restregando las baldosas de la piscina con una piedra pómez.

—Aquí tienes tu cinta —dijo Francine.

—No está nada mal, ¿no? —dijo Dennis.

—Me ha parecido un poco repetitiva.

—Sí, es verdad, esos acordes finales no se olvidan fácilmente. —Parecía complacido.

—Dennis, hay unas cuantas cosas que me producen curiosidad.

—Darla era curiosa.

—¿Eres de San Luis y Darla está enterrada allí?

Asintió.

—Mi familia era dueña de medio San Luis, pero ya no.

—Pues menuda responsabilidad —convino Francine—. Lo que quería decir es que, como guardas tan buen recuerdo de Darla, creo que te sentirías más cerca de ella si vivieras en San Luis.

Dennis abrió la boca en una mueca exagerada.

—Lo siento —dijo—. Darla siempre me decía que comía demasiado rápido. A veces me quedo sin aire. Acabo de comer.

—Podrías visitar su tumba, por ejemplo —continuó Francine implacablemente.

—Eso sería poco sano, ¿no cree? —dijo Dennis—. Además, a Darla nunca le gustó San Luis. Estos paisajes locales le daban igual. En San Luis no se ven las estrellas. A Darla le gustaban las noches bonitas. A nadie le gustaba más una noche bonita que a esa chica.

—Debía de ser una joven excepcional —dijo Francine con sequedad.

—Era hermosa, lista, amable y generosa.

—¡No me hago la idea, Dennis! ¡No consigo imaginármela!

—Y cuando te miraba, lo hacía con todo su corazón. Te hacía existir con su mirada. Te hacía... —Pareció quedarse sin aire una vez más.

—No soy una persona particularmente buena, Dennis. Tuve que reconocerlo íntimamente y no tengo inconveniente en reconocértelo a ti. Quizá fui una buena persona hace años, pero ahora hago lo que puedo. Por no saber, ni siquiera sé cómo es eso de mirar a alguien, o a algo, con todo tu corazón. Una mirada así te dejaría consumido. Te convertirías en un montoncito de cenizas. Mira, parece que tuviste una infancia muy afortunada hasta que se torció la cosa. Es lo que siempre pienso cuando veo a las vacas

pastando en los campos, o quietas en esos bonitos arroyos que serpentean entre los campos, o buscando sombra debajo de algún árbol solitario, que tienen una vida muy agradable hasta que se tuerce la cosa. Una analogía exagerada, tal vez... En fin, así es, olvídate de la analogía, pero tienes que seguir adelante con tu vida, Dennis.

—¿Qué? —dijo Dennis.

—Mira, quiero leerte la nota que te he dado. Y de verdad tengo que encontrar a Freddie. Ha salido con el pastor y ya hace rato que debería haber vuelto.

Francine cruzó el patio a buen paso de camino al garaje. La puerta estaba abierta y vio que el enorme y triste Mercedes de Freddie había desaparecido, dejando a solas «su» coche, un descapotable poco fiable por el que ella sentía veneración. Se subió al descapotable, puso en marcha el motor y estudió los indicadores. Estaba en la reserva.

En la gasolinera, la empleada que trabajaba dentro le dijo:

—¿Qué haría usted si este billete de veinte dólares no fuera auténtico y por lo tanto no gozara de la aprobación del gobierno de Estados Unidos?

—¿Qué haría yo?

—¡Sí! —La chica tenía el pelo exageradamente negro y una gran sonrisa nada favorecedora.

—Pero si es auténtico. ¿De veras cree que intentaría colarle un billete falso?

—No se lo voy a aceptar —dijo la chica—. Lo dejan a mi criterio. Además, nadie utiliza ya efectivo.

—Es un billete perfectamente válido —dijo Francine—. ¿No tiene un lápiz, una luz o algo para comprobarlos?

—Lo dejan a mi criterio.

Francine se disponía a continuar con sus protestas, pero se dio cuenta de que hacerlo no tendría otro efecto que prolongar la felicidad de la chica. Regresó al coche enfadada, pero no lo bastante ofuscada como para no ofrecer a la palmera moribunda de la isleta de los surtidores su habitual muestra de conmiseración.

No escaseaban las gasolineras. Sacrificó los veinte dólares enteros en su

cochecito tragón. Entonces, después de recorrer varios kilómetros y equivocarse varias veces de camino, llegó a aquel parque sospechoso. Al poco de mudarse a Arizona, un día contrataron una excursión de rafting y todos se marearon. Aun así, el guía no perdió el entusiasmo por su turbulento sector empresarial. «¡A nadie le gusta que se le revuelva el estómago por una bacteria de nada! —dijo—. ¡Pero ahora están en el río! ¡Hay gente que sólo puede soñar con esta experiencia!» Pero era otro río, o lo había sido.

Media docena de perros acudieron corriendo a su encuentro. Uno tenía una gastada cinta rosa sujeta de alguna forma a la coronilla, pero ninguno llevaba collar. Intentó hacerse amiga de los perros con lo que Freddie llamaba su voz de fiesta de cumpleaños, aunque parecían recelosos y escasamente interesados en las formas impostadas de etiqueta. Se abrió paso entre la jauría y se acercó a un grupo de gente que estaba sentada en unas mesas de hormigón.

—¿Han visto al hombre del pastor de Shetland?

—El pastor de Shetland —dijo una mujer—. ¡Enhorabuena!

—¿Lo siento? —dijo Francine.

—No tiene por qué sentirlo. Tuvo una salida muy digna, ¿no crees, Bev?

—No pudo ser más digna —dijo Bev—. Casi nos la perdemos.

—Me parece mucho más convincente limitarse a ver cómo suceden las cosas que observar cómo los humanos provocamos que sucedan —dijo un hombre.

—Sí, pero aun así casi nos lo perdemos —dijo Bev—, incluso tú. —Le guiñó el ojo a Francine—. Este chico piensa demasiado —le confió.

—Una conclusión rápida —dijo otro hombre—. Una de las mejores que hayamos visto.

Francine se puso a llorar.

—Pero qué ocurre, qué ocurre —dijo alguien molesto.

Francine regresó al coche y condujo sin rumbo cierto, sin dejar de llorar, por las urbanizaciones del extrarradio. «Pobrecillo mío —lloraba—. Pobrecillo mío. Pero quizá he malinterpretado las palabras de esa gente», pensó. ¿Qué habían dicho al fin y al cabo? Dejó de llorar. Cuando casi era de noche, aparcó junto a un restaurante donde solía cenar con Freddie en la

época en la que aún hacían ese tipo de cosas juntos. Entró en los servicios y se lavó la cara y las manos. Entonces abrió el bolso y estudió su contenido un buen rato antes de sacar un cepillo. Se cepilló el pelo unos segundos y luego devolvió el cepillo a su sitio. Cerró el bolso lentamente, hasta que hizo, como siempre, su clic definitivo.

Ya en el salón del restaurante, el maître le dio la bienvenida con un ambiguo «¡Ah!». La sentaron a una buena mesa. Cuando vio aparecer al camarero, Francine dijo:

—Me muero de hambre. Tráigame cualquier cosa, pero no tengo dinero. Mañana podré traerles el dinero.

Se había convertido en una persona distinta. Se sintió como una persona distinta al decirlo.

El camarero se marchó. No ocurrió nada. No apartó la mirada cuando vio que los camareros y el maître la observaban. En la pared que tenía al lado había una gran fotografía enmarcada de un saguaro que había caído sobre un Cadillac Brougham en un aparcamiento dejándolo destrozado. Salvo esas referencias, casi no quedaban motivos para saber que una continuaba en el desierto.

Entraron varios clientes en el restaurante y fueron acompañados a sus mesas. Eligieron sus platos, se los sirvieron y luego salieron, todos de forma ordenada. Habían puesto un vaso de agua delante de Francine cuando se sentó, y se lo había bebido, pero no se lo habían vuelto a llenar.

Se marchó antes de que subieran las sillas a las mesas y sacaran la aspiradora. Cuando llegó a casa, la puerta del garaje seguía abierta y el Mercedes de Freddie seguía sin aparecer. Seguramente, a la mañana siguiente recibirían en su buzón un aviso informándoles de que las normas de la urbanización prohibían mostrar el interior de los garajes de manera innecesaria. A nadie le gusta mirar en el almacén de un vecino, les recordarían. Francine no sentía ningún deseo de entrar en la casa y tener que enfrentarse una vez más, y sola, al zumbido de la nevera y a la polilla flotando en el cuenco de agua del pastor. Dada la ininterrumpida ausencia de Freddie, seguramente debería llamar a la policía. Pero no tenía ganas de llamar a la policía después de la experiencia anterior con el cuerpo de

bomberos. Consideró que ambas instituciones oficiales y sus respectivos conceptos de la rectitud le eran de escasa utilidad. Seleccionó la posición de marcha en el cambio automático —el coche hizo un ruido raro, como si la transmisión estuviera punto de estropearse— y se internó una vez más en el apagado fulgor de la red viaria de la ciudad, bajando la capota y luego volviéndola a cerrar. Finalmente se decidió por dejarla bajada, aunque no se veía ninguna estrella en el cielo. Las luces de la ciudad parecían extinguirlas de semana en semana.

Mientras estaba parada en el semáforo de un cruce enorme, vio la tienda de barbacoas Galore. Su extenso aparcamiento cubría varias hectáreas y estaba salpicado de autocaravanas destartadas, dado que la tienda no había cerrado porque hubiera terminado la jornada, sino porque había quebrado, y brindaba ahora un acogedor refugio a las masas que surcaban sin rumbo cierto aquellas tierras.

Entró y, mientras maniobraba el coche entre aquellos vehículos, oyó voces que murmulaban y vio siluetas de personas que se movían detrás de las miserables cortinas de los ventanucos. Algunas caravanas tenían mapas metálicos sujetos en la parte de atrás y las formas de los estados por donde habían pasado estaban pintadas de colores. De los retrovisores de los parabrisas colgaban amuletos de todas clases: cruces, abalorios, cadenas. En los salpicaderos se veían tazas, mapas, monedas, papeles arrugados e incluso una tortuga mordisqueando una hoja de lechuga. Y allí, descendiendo en un elegante arco por el oscurecido margen de ese paraje, el Galore, el *locus* inextirpable de su antigua felicidad, estaba Dennis en su Fat Boy encerada y violeta. Aún no la había visto, de eso estaba segura. Pero si ella iba a buscarlo, ¿qué mal podía haber? Pues Dennis no era más que un niño rendido a sus propios anhelos, y su Darla era sencillamente una muchacha apasionada que no podía creer que no tuviera toda una vida por delante.

MARTILLO

Angela sólo había sido madre una vez, de una hija que la aborrecía. Darleen tenía dieciséis años, estudiaba el penúltimo curso de secundaria en un internado y brillaba en todas las asignaturas. Su aversión hacia Angela se hizo evidente cuando tenía once años, aumentando en teatralidad y estudiada ponzoña hasta estabilizarse a los trece, el año en que se marchó a Mount Hastings.

Su padre había muerto en un accidente de submarinismo cuando Darleen apenas era un bebé. Había aguantado la respiración en los últimos seis metros de ascenso de lo que había sido hasta ese momento una inmersión profunda y feliz. Algo terminantemente prohibido. Uno no debe aguantar la respiración en el ascenso a la luz por muchas ganas que tenga de regresar a la superficie. Se lo habían dicho, al igual que a Angela y a todos los demás participantes que se habían matriculado en aquel cursillo. Mientras él ascendía con total imprudencia, Angela seguía entretenida en las profundidades, examinando una roca que se hallaba en pleno proceso de demolición o construcción —era difícil decantarse por una cosa u otra— a cargo de unos lábridos de alegres colores.

Angela había conocido a pocos hombres después de su joven e impetuoso marido, que se llamaba Bruce. Seguía viviendo en la casa a la que había regresado como viuda en la ciudad donde siempre había vivido. Pese a la aversión que su hija sentía hacia ella, Angela era una madre entregada a Darleen y aguardaba el día en que aquel distanciamiento por fin terminara, pues aquel día había de llegar sin duda. Al mismo tiempo, temía que en ese momento algo se rompiera en Darleen y que nunca pudiera recuperarse.

Angela había trabajado como masajista en un viejo spa a las afueras de la ciudad desde que la niña empezó a insistir en que quería ir a un internado. El trabajo le parecía repugnante y, sin embargo se obstinó en continuar amasando, apaleando, golpeando y abofeteando los cueros confiados que se le ofrecían. Aquellos cuerpos envejecidos se sentían ilusoriamente halagados y rejuvenecidos bajo sus frescas manos. Aun así, no era tan popular como las otras masajistas. Hablaba poco y no tenía una clientela asidua. En su cubículo blanco, sobre una mesa blanca de madera situada junto a la alta camilla cubierta de sábanas blancas, había un sobre con su nombre apuntado, un recordatorio de que cualquier propina sería bien recibida. Rara vez contenía algo al final de la jornada, aunque en una ocasión alguien depositó en su interior un pelo de ceja extraordinariamente largo y vigorosamente rizado.

Una mañana fría de finales de febrero, Angela tenía una sola cita. Conocía a la mujer, una mecenas adinerada y sabionda que consagraba su vida a la inclusión social, el mejoramiento de la moral pública, las esculturas en los parques y la danza. Dedicó una sonrisa desabrida a Angela que no ocultaba su decepción por que no la tratara Margaret, la favorita de toda la clientela. Fuera, el cielo estaba encapotado y casi presagiaba tornados, pero dentro una luz cálida y optimista lo bañaba todo. Había una naranja en la mesa que a todas luces había que tirar de una vez y Angela abandonó la salita un momento para deshacerse de ella.

A mitad de la sesión, justo cuando la cinta de Angela estaba a punto de terminar —era Schweitzer tocando la Fuga en mi menor de Bach, y ella se imaginaba al teólogo de pelo enmarañado aporreando un órgano en la jungla, abriendo todos los registros del instrumento en una selva verde e irredenta, cosa que por supuesto no estaba haciendo—, quebró la muñeca de su próspera cliente y antes de que la ambulancia llegara ya había sido despedida.

—No tengo otra opción —dijo el encargado.

—¿Y si las demás firmaran una petición para que me quedara? —preguntó Angela.

—No lo harían, Angela. Ya las conoces, no se tomarían esa molestia.

—Bueno, no importa —dijo Angela.

—Claro que no —dijo él.

Angela no regresó esa noche a casa. En vez de ello se marchó a la costa, que estaba a varias horas de camino, y embarcó en un ferri que prestaba servicio a varias islas cubiertas de maleza y sin ningún interés que, sin embargo, gozaban del favor de los muy ricos, quienes tenían grandes mansiones escondidas en ellas. En el pequeño salón del ferri, los pasajeros hablaban de un perro que había caído por la borda durante la travesía de la noche anterior y que todavía no había sido encontrado. Era un labrador de color chocolate llamado *Turner*. Los dueños, una pareja joven de recién casados, casi habían entonado cantos fúnebres de pura desesperación, según el sobrecargo. De cuando en cuando, el foco del ferri proyectaba un ancho haz de luz sobre las olas.

Angela desembarcó en la primera isla y se registró en la pensión que había más cerca de la rampa del ferri. Se había alojado allí en otros momentos de zozobra, normalmente cuando intentaba dejar de beber. Al día siguiente, enfundada en su vieja chaqueta de lana y con un pañuelo que le prestaron sobre la cabeza, fue a dar un paseo por la playa. Las pocas personas que encontró se referían a la llovizna como mollizna y decían que había caído más o menos sin pausa desde el día de Año Nuevo. Los pensamientos de Angela la acompañaban flotando a su lado. El vigoroso pelo de ceja que encontró en el sobre apareció más de una vez, decidido, según parecía, a hacer valer su jerarquía sobre los meses más recientes de su vida. Se había vuelto inseparable de Angela, aunque sólo en espíritu, pues naturalmente no había conservado el dichoso pelo.

Cuando embarcó en el ferri a la mañana siguiente, los pasajeros hablaban sobre el labrador pardo que había sido rescatado la noche anterior, durante el último viaje de la embarcación. De hecho, el perro se había deslizado bajo las olas justo antes de que le echaran un flotador al cuello. Había estado a punto de desaparecer para siempre, pero consiguieron subirlo a bordo y sonrió como sonríen los labradores, retirando los labios para mostrar una mueca negra y elástica. Después de que lo hicieran entrar en calor y le dieran de comer, la pareja desconsolada había sido informada y, cuando el ferri regresó a tierra firme, los tres volvieron a reunirse. Pero la pareja dijo que no era *Turner*. Habían imaginado sufrir con su *Turner* el peso del mar punzante, los

azotes de una tiniebla en la que no brillaba ninguna estrella, la perplejidad y la desesperación que ese animal también debía de haber padecido. Pero ese perro no era *Turner* y no iban a llevárselo a casa.

—No he visto en mi vida un perro que se pareciera más a otro perro —decía el hombre que servía en el bar del ferri—. El *Turner* ese estuvo aquí hace tres días con esa pareja y se comió un sándwich de huevo frito.

Al parecer, tuvieron que echarlos del barco con malas maneras.

—Ya no lloraban —dijo el camarero—. Seguían erre que erre, estaban convencidos. El capitán tuvo que quedarse con el perro.

Angela se apoyó con fuerza en la barandilla y contempló el agua más o menos como había hecho antes, esperando que apareciera algo. Esta vez sería la primera en avistarlo. ¡Allí!, se imaginó que gritaba a los demás. Aunque a esas alturas era poco probable. No, era imposible que ocurriera.

Regresó a casa, desviándose por la zona del viejo spa, que tenía un aspecto tan destartado y pretencioso como cuando había constituido una parte sustancial de su vida. Salía humo de una de las chimeneas. La chimenea de la sala de juegos solía albergar un fuego escaso. Los inmensos y moribundos pinos, que morían por gentileza del ayuntamiento y su controvertida práctica de echar sal a las calzadas, se alzaban protectores sobre la estrecha y sinuosa carretera.

El teléfono estaba sonando cuando abrió la puerta. Era Darleen. Le anunció que iba a llegar al día siguiente para una visita breve.

—Sería muy considerado por tu parte cancelar todas tus citas en ese sitio infame donde trabajas para que podamos pasar la tarde juntas —dijo Darleen.

—¿Qué te apetece hacer? —dijo Angela.

—Había pensado ayudarte a montar un jardín, mamá.

—No tengo jardín, tesoro. Nunca he tenido... Quiero decir que no ha habido muchos cambios desde la última vez que estuviste.

—Ya me sé las condiciones en las que vives, mamá. Sólo quería incordiarte un poco.

—¿Cómo va todo en el internado?

—Han terminado la biblioteca nueva y nos han dado dos días libres para que bajemos todos los libros por la colina desde la sede vieja a la nueva.

Pretenden utilizarnos como una feliz y solícita cadena humana. Yo me resisto a que me utilicen. Estoy aquí para aprender.

—Así que prefieres venir a casa —dijo Angela.

Hubo un silencio.

—Lo cual es maravilloso —dijo Angela—. Absolutamente maravilloso.

—Voy a colgar, mamá. Puedes continuar sola con tus necesidades, si quieres.

Esa noche Angela tuvo un sueño. Estaba en una tienda de muebles y el vendedor le estaba hablando de la madera de una cama en la que se había fijado. La cama no le interesaba mucho y no tenía ninguna intención de comprarla, pero la había estado mirando un buen rato. «No es de extrañar que el vendedor se imagine que me interesa —pensó en el sueño—, porque no paro de dar vueltas alrededor de esta cama.» «Escuche —le comentó el vendedor—, hay personas que miran un árbol milenario y dicen: “¿Y qué?”. No lo respetan, ¿sabe? Sólo ven una cosa que crece del suelo. Pero yendo al grano, esta cama viene de Indonesia, recién llegada de una explotación forestal controlada, de lo que llaman un bosque sostenible, y todavía no se le ha aplicado ningún tratamiento, así que tendrá que cuidar de ella. Tiene que darle aceite por lo menos una vez al año. Es como si todavía estuviera viva. Las moléculas siguen elongándose y ganando volumen. Reconozco que no es el típico mueble elegante que su abuela hubiera cuidado con orgullo. Ha sido tallado por artesanos del archipiélago malayo para la exportación. Con herramientas bastante rudimentarias. Mire, hay gente a la que le gustan estas cosas. Quieren creer que colaboran en un compromiso, un compromiso con la vida, una vida desbaratada, y no sólo con un objeto inerte y tiránico como aquellos objetos a los que sus ancestros gustaban de rendir pleitesía. Y además está tirado de precio. Por supuesto, la industria maderera está fuera de control en todo el mundo y su precio no refleja ni por asomo los costes reales implicados en su producción: los costes *invisibles*, cabría decir. Pero la oportunidad que se le ofrece aquí es adquirir algo que está vivo aunque esté muerto, ¿oye lo que le digo?»

El vendedor tenía una cabeza que se parecía a un balón medicinal. Debe de pesar muchísimo, pensó Angela. Cuando empezó a parecerse más a la

cabeza de un perro pardo, se despertó.

Darleen llegó acompañada de un hombre a quien presentó como Deke, su asistente y guía, un hombre con el pelo entrecano repeinado hacia atrás. Llevaba una camisa de cuero y unos pantalones exageradamente ceñidos, también de cuero, que no permitían adivinar su polla. Angela no pudo evitar reparar en ello. Darleen se había teñido el pelo de blanco y brotaba de su cara pálida como una malla de púas y puntas. No obstante, no se había decorado la cara con aros o tachuelas, como era la última moda entre los jóvenes. A Angela la visión de los aros siempre le hacía presuponer la existencia de alguna correa. Le agradó que Darleen no hubiera sucumbido al conformismo.

—La carretera estaba resbaladiza —dijo el hombre.

Tras llegar, pidió darse un baño. Su baño fue ruidoso y prolongado y, cuando terminó, un aroma afrutado y nauseabundo a la vez se apoderó de las estancias colindantes.

—¿La bolsa? —le dijo a Darleen.

—La he dejado en la cocina.

Angela le oyó abrir y cerrar cajones, criticar la combinación de colores —verde y rojo o «ruibarbo»— y lamentarse por la escasez de proteínas. Luego oyó que descorchaba una botella. El hombre apareció con un solo vasito de agua lleno hasta arriba de vino.

—Me ha parecido que las copas sólo estaban lavadas por dentro —se quejó—. Los cuchillos necesitan un buen afilado.

Se quedó de pie ante ellas, tomándose el vino a sorbitos con gesto agradecido. La mirada de Angela se perdió de mala gana en sus asombrosos pantalones de cuero.

—Cuando veo algo, sólo puedo ver lo que es —murmuró Deke.

—Cariño... —empezó a decir Angela.

—Quiero casarme con él, mamá. Cuidaré de él todos los años que hagan falta hasta que recupere la salud. Quiero una gran boda en un jardín inglés con una fuente de champán. —Se mordió los dedos, riéndose.

Angela decidió aparcar aquel tema y obviar, de momento, la presencia de

ese tal Deke, asistente y guía.

—¿Todo bien en la escuela? Cuéntame cómo te va en la escuela.

—Hemos terminado de estudiar las culturas arcaicas con los aztecas. Como en cualquier otra parte del mundo, las élites aztecas tenían ideas más variadas sobre los dioses que la gente corriente.

—¡No te tragues esos cuentos! —exclamó Deke.

—El pensamiento religioso entre las élites evolucionó hasta convertirse en una auténtica filosofía que sostenía la naturaleza relativa de todas las cosas —continuó Darleen, hablando rápido—. Ese tipo de filosofía sólo puede desarrollarse en un entorno sofisticado.

Se quedó callada. Deke dijo entonces que iba a echar un vistazo a la casa si nadie tenía inconveniente.

—¿Qué harás este verano? —preguntó Angela al cabo de un rato—. ¿Volverás a hacer de canguro para los Markson?

—No lo creo. —Darleen la miró con gesto severo. Había aprendido en el internado a agrandar los ojos a su antojo y poner una mirada vidriosa, como un carnívoro a punto de atacar.

—Ayer mismo estuve en la isla, pero no caminé hasta llegar a su casa.

—¿Y eso debe parecerme interesante? —Darleen suspiró—. En otra asignatura estamos leyendo a Dante. ¿Sabes por qué la llamó *comedia*? —Levantó una manaza mordisqueada para atajar cualquier respuesta de su madre, aunque Angela no tenía ninguna intención de interrumpirla—. Porque evoluciona desde un principio tenebroso hacia la redención y la esperanza.

—¿Qué traducción leéis?

—Por el amor de Dios, ¿cuál va a ser? La de Binyon. Laurence Binyon. ¿Qué más te da? No es la cuestión. La cuestión es que la imaginación de Dante era principalmente visual. En su época, la gente no tenía sueños, tenía visiones. Y esas visiones tenían significado. Nosotros sólo tenemos sueños y nuestros sueños son caóticos y desenfrenados, el triste vestigio de un antiguo y extraordinario método de conocimiento inmediato. —Volvió a mordisquearse los dedos—. Si hoy ves visiones, te consideran un anormal, un rústico.

Deke pasó a su lado a toda prisa y se metió en la cocina, donde se sirvió

un poco más de vino.

—Discúlpeme, pero este establecimiento no es para tirar cohetes —le dijo a Angela—. No hay filetes en la nevera, tampoco hay helado, el sistema de sonido es insuficiente, la música sólo sirve para desinformar al oyente, no vale la pena escucharla dos veces, las toallas son demasiado finas, los trapos de la cocina están gastados y tienen un aspecto sospechosísimo, el colchón tiene bultos, las prácticas de reciclaje son escasas, hay pocas bombillas de repuesto a mano, los extintores de incendios están caducados, no hay ninguna baraja de cartas, los relojes no están en hora...

—Me gusta que vayan un poco adelantados —concedió Angela.

Todo era verdad. No exageraba en modo alguno.

—Las macetas de violetas del alféizar están en muy mal estado. El peor caso de oídio que haya visto en mi vida. Y podría continuar.

—Me acuerdo de esas violetas —dijo Darleen—. Las violetas de mi niñez.

—En eso te equivocas por completo —protestó Angela.

—Pues sufren la misma suerte —dijo Darleen.

—Sin embargo, tiene usted una buena cantidad de alimentos enlatados. ¿Puedo llevarme algunas latas para mis amigos?

Deke todavía tenía el pelo mojado, pero la caspa ya había empezado a adornar sus delgados hombros como nieve recién caída.

—Mira, mamá, aunque una persona no tenga un futuro reseñable, puede tomarse un momento para pensar en los futuros de los demás. Puede confiar en que incluso en lo más negro de la noche, la luz del día no olvidará regresar a buscarlo.

—¿A que habla como los ángeles? —dijo Deke.

—Pues me sorprende —confesó Angela—. De verdad que sí.

Angela estaba cavilando sobre esa historia de que la luz del día volvía a buscarte. No era manera de pensar en la luz del día, por eso los antiguos siempre fueron unos histéricos. Era una idea demasiado cerebral, demasiado neurasténica. Sencillamente, había cosas que no podían olvidar volver. Y si al final no lo hacían, no era porque se hubieran *olvidado*. No volvían apostá.

Deke había reanudado la letanía de carencias que caracterizaban el *modus*

vivendi de Angela.

—Las moquetas no están particularmente limpias, de hecho están llenas de arenilla. No veo toallitas húmedas a mano. No veo a Proust.

—Para ser alguien que hace sólo un par de horas estaba mendigando a la puerta de la terminal de autobuses, eres el tipo más engreído que he conocido en mi vida —dijo Darleen.

—Vendía periódicos —dijo Deke.

—Eran periódicos gratuitos —dijo Darleen—. No podías cobrar por ellos. —Se volvió hacia su madre—: No es que me apeteciera mucho vernos. Al principio, necesitaba descansar un poco de ti. Así que le di dinero a éste para que me acompañara.

—¿Quieres que te lo devuelva? —Sacó un billete de cien dólares de un bolsillito de la camisa y luego procedió a desplegar la cabezota de Benjamin Franklin que lo adornaba.

—Sí, sí quiere —dijo Angela—. Claro que quiere. —Enviaba a Darleen cien dólares al mes para las *contingencias*, ésa era la palabra que habían acordado para expresarlo, y en ningún caso quería que su hija despilfarrara el dinero de esa forma—. Te envío cien dólares...

—Pues qué generosa —dijo Darleen—. Los padres de mi compañera de habitación le envían doscientos al mes que consiguen recogiendo latas y botellas. Los Garcia se pasan trece horas diarias buscando latas y botellas por calles y callejones. Ése es su puto trabajo. Con quince mil latas pagan el alquiler y otras seis mil le reportan doscientos pavos a su pequeña estudiante Isabelle, y puedo asegurarte que esa Isabelle, que es el puto fraude más grande que he conocido en mi vida, se los gasta en lencería fina. Los Garcia son unos *santitos* abnegados y están hechos polvo de tanto callejear por estos mundos de Dios. Lo he visto con mis propios ojos, pero Isabelle se compra *lencería*. —Darleen rechazó de un manotazo el billete que le ofrecían—. Lo que se da no se quita —dijo, y se rio.

Deke volvió a plegar el billete y se lo guardó en la camisa.

—Creo que Darleen está hablando de una desafortunada crisis erótica que sufrí hace poco. De lo contrario, dado su alcance más general, diría que no suscribe ni por asomo la teoría esa de que lo que se da no se quita.

Darleen lo miró con cara de enfado.

—No es el momento.

Deke inspiró sonoramente, hizo rotar sus brazos y juntó las manos.

—También hace frío aquí dentro. No es acogedor. El único objeto de interés es ese cuadro viejo. ¿Dónde lo consiguió? Completamente fuera de lugar. Una extraña elección, me atrevería a decir.

Era un óleo de grandes dimensiones con unos castores en su hogar junto al lago, pintado el siglo anterior. No tenía marco y estaba sujeto a la pared con clavos. Angela lo miró pensativamente, apoyando la barbilla en la mano. Los colores del paisaje eran profundos y lustrosos. El agua era un páramo verde ondulado y ferviente, y los árboles que flanqueaban la línea curva de la orilla eran como mensajeros de incógnito. Todo parecía nuevo y limpio, portador de buenos presagios, incluso el cielo. Dios había insuflado su ser en igual medida en todas las criaturas, pensó Angela solemnemente, a cada cual tanto como pudiera recibir. Los castores eran seres peculiares y huraños, pero ésa era su naturaleza. No eran amigos de la frivolidad. Se comportaban de manera responsable y seria, manifestando una extraordinaria lealtad. Aquí estaban atareados en la construcción de su casa, transportando ramas grandes y pequeñas en sus bocas y sobre sus grandes colas semejantes a remos, aunque la construcción ya era enorme y, en opinión de Angela, muy lograda, una mansión, de hecho, cuyos suelos estaban cubiertos con ramas de las más suaves hojas perennes y cuyas ventanas redondeadas se proyectaban sobre el agua como balcones diseñados para disfrutar del aire libre.

—Mi madre mangó el cuadro —dijo Darleen.

—¡Pues, bravo! —dijo Deke. Era evidente que su opinión sobre Angela había mejorado.

—Hace unos años, mamá era toda una bebedora —dijo Darleen.

—¿En serio? —exclamó Deke, aún más feliz—. ¿Y por qué lo dejó?

El cuadro había estado en un restaurante de carretera que solía frecuentar. Se sentaba y bebía, casi siempre sola, en aquel sitio tan poco concurrido, y contemplaba el cuadro con todo su corazón. Lentamente, su corazón pesaroso se iba aligerando y sentía que se apartaba de ella como si ya no se hiciera responsable de su vida, dejándola libre para que pudiera deslizarse bajo la

reluciente madeja de agua y llegar a ese mundo precioso y transparente, creado por los castores, donde la luz se entretejía y todo era salvaje, ordenado y real. Un mundo radiante e inhumano, dueño de una gracia callada. Allí era donde pasaba su tiempo siempre que podía. Eran momentos frágiles, sin embargo, y pedir más cócteles aguados no servía para prolongarlos. De hecho, tomar más cócteles, por mucho que procurase ser responsable y los pidiera rebajados, no tenía otro efecto que impulsarla de nuevo a la desdichada superficie. El artista, ese malnacido, seguramente había atrapado y ahogado a los castores antes de embutirles varas en sus pobres cuerpos para colocarlos en posturas que trasladaran una impresión de vida, tal y como había hecho Audubon con los pájaros, otro malnacido, y Stubbs con los caballos, otro malnacido, para hacer sus bonitos retratos.

—Tu madre prefiere guardarse los detalles, ¿no? —dijo Deke.

—Me despertaba llorando de madrugada —dijo Angela—. Me corrían las lágrimas por la cara.

—Lo dejó, y ahora se le han secado, ¿verdad? —preguntó Deke con suspicacia.

Angela se quedó mirándolo.

—No parece una gran renuncia por dejar de beber; apenas un puñado de lágrimas. ¿Desde cuándo no llora usted?

—Años —dijo Angela.

—Y ahora el corazón de mi madre es una grietecita llena de hielo. ¿A que sí, mamá? —dijo Darleen.

—¿Por qué no dejas un rato en paz a tu madre? —dijo Deke—. Mírate tú. Eres un mal bicho, como esos tilacinos.

—El lobo de Tasmania se extinguió —dijo Darleen—. No te pases de listo.

—Su presa eran las ovejas —dijo Deke—, pero las ovejas terminaron triunfando. Siempre pasa lo mismo.

—Ovejas —dijo Darleen con una risita.

—Un mal bicho, eso es lo que eres —repitió Deke con suavidad. Miró una vez más el cuadro—: Tengo un amigo que conocía a un tipo que vivió con un castor en las montañas de Adirondack. Cada vez que mi amigo iba a

visitarlo, el castor estaba allí con su gran casa de castor hecha con palos y qué sé yo adosada a la casa del tipo ese. Había salvado al castor y tenían una relación buenísima. Si compartías el pan con el amigo de mi amigo, también tenías que compartirlo con el castor.

—Mamá, ¿cuándo tienes previsto servirnos la cena? —dijo Darleen—. En esta casa nunca hay comida —le dijo a Deke.

—Tiene unas cuantas verduras precocinadas. Las verduras son buenas para la salud —dijo él, no muy convencido.

Durante la cena, Angela se sintió obligada a preguntarle por sus circunstancias.

—Esto es lo que tengo que decirle a ese respecto. Desconozco si es usted aficionada a la lectura, pero hay un cuento de Chéjov que se titula «Las grosellas». Y en ese cuento uno de los personajes comenta en una conversación que debería haber un hombre con un martillo que le recordara a cada persona feliz y satisfecha que no lo será para siempre. El hombre del martillo debería aporrear las puertas de las casas de la gente feliz o algo parecido.

—¿Cree que es el hombre del martillo? —dijo Angela.

Deke sonrió con modestia.

—Salta a la vista que mamá no es feliz —dijo Darleen.

—Si recuerdo bien el cuento —dijo Angela—, la conclusión a la que llegan sobre el hombre del martillo es que no existe tal persona.

Angela también había estudiado en un internado. Recordaba prácticamente todas las cosas sobre las que le habían llamado la atención entonces y casi nada de lo que vino después.

—Eres muy negativa, mamá. Pones en duda todo lo que te dicen.

Darleen se inclinó sobre la mesa, con el puño cerrado sobre el tenedor, sin comer.

—El hombre del martillo que yo recuerdo es de otro cuento. Nada que ver con Chéjov. En «Historia de una madre», las circunstancias no podrían ser más...

—No des la lata, mamá —dijo Darleen.

—¿Por qué no dejas a la pobre mujer en paz? —dijo Deke—. Tu madre

es una mujer sencilla. ¿Por qué te sientes desafiada? ¿Por qué la odias tanto? Diría que tu odio no apunta a quien debería.

—¿Y por qué odio a mamá?

—No lo tengo nada claro. Pero basta, basta, tengo una pregunta para Angela. ¿Confesaría a preguntas de esta muchacha que contempló la idea, ni que fuera por un instante, cuando tenía el tamaño de un garbanzo dentro de usted, de no tener a esta chica en concreto y sí, tal vez, a otra más adelante?

—No —dijo Angela.

Deke asintió.

—Estupendo —dijo, antes de ponerse a criticar la patata de su plato—. Está un pelín pasada de cocción —dijo.

—Voy un momento a comprobar algo —dijo Darleen.

Desapareció en la que había sido su habitación. Las paredes estaban cubiertas de un feo papel pintado con un tupido dibujo de *tweed* que haría que cualquiera se sintiera atrapado bajo un cesto. Darleen lo había elegido a los ocho años. Angela no usaba la habitación como trastero. Técnicamente, seguía siendo la habitación de Darleen.

—La cena no ha estado mal, nada mal, de hecho —dijo Deke amablemente—. Me alegro de que no se decantara por el sector aviar. ¿Ha comido ganso alguna vez? Hay una ricachona en la ciudad que está obsesionada con los estragos que causan los gansos. Son gansos de Canadá, pero en realidad no son de Canadá, dice la señora, y ha conseguido que el ayuntamiento se avenga a capturarlos y sacrificarlos para dárselos de comer a los pobres. Si tiene usted alguna influencia, ¿me haría el favor de decirle a esa vieja que no nos gustan esos gansos? Tienen el sabor cambiado. Son gansos de campo de golf y están atiborrados de insecticidas, aguas residuales y qué sé yo.

—¡Betty Bishop! —exclamó Angela—. Madre mía, el otro día le rompí la muñeca.

—Bravo por... —empezó a decir Deke, antes de interrumpirse.

—Fue un accidente, ¡pero qué casualidad!

—Supongo entonces que no debe de tener usted el tipo de influencia que busco —dijo Deke, olisqueando el aire—. ¿Le han limpiado alguna vez los

conductos de ventilación de la casa? Hay que limpiarlos todos los años. Polvo, hongos, bacterias... Convive usted con contaminantes que circulan sin parar por la casa.

Darleen regresó.

—¿Dónde está mi pececito? —quiso saber.

—Bueno, si hace... Dios mío, hace años de eso —dijo Angela.

—¿Ese trasto lleno de centavos y porquerías era mi pecera?

—Lo he visto —dijo Deke—. Se trata sin duda de una pecera, actualmente muy desmejorada, dadas las circunstancias.

—De niña siempre tuve un pececito —le explicó Darleen—. Le decía «buenos días» por la mañana y «buenas noches» por la noche.

Deke estiró sus largas piernas enfundadas en cuero negro.

—Tuve ese pececito la tira de años —dijo Darleen—. ¡Pero no era el mismo! A veces, antes de ir a la escuela por la mañana, fingía que no me daba cuenta de que al pececillo le había pasado algo horrible, y entonces ella fingía que no lo había tirado al váter y salía corriendo a comprar otro antes de que volviera de la escuela.

—Ah, sabía que lo sabías —dijo Angela.

—Si siempre hubiera sido el mismo pez, vosotras dos no habríais tenido forma de comunicaros —aventuró Deke.

—Mamá, ahora quiero hablar en serio. ¿Sabes por qué estoy aquí? He venido porque papá Bruce me lo ha pedido. Por eso estoy aquí.

Por un instante, Angela no supo quién era ese papá Bruce, pero entonces su corazón empezó a agitarse desenfrenadamente. Darleen se había olvidado de desplegar en toda su potencia aquella mirada suya y la miraba con alarmante sinceridad.

—Estaba estudiando una noche. Llevaba un montón de horas despierta. Era muy tarde y se me apareció sin más, en mi cabeza, no corporalmente, y me dijo: «Tesoro, soy papá Bruce. No quiero que sigas distanciada de mamá y de mí. Cuesta horrores entender a tu madre, pero tienes que intentarlo. Vive su vida como lo haría un reloj, contando sencillamente las horas. Puedes cambiar un reloj de habitación, llevarlo de un sitio a otro, pero todo lo que hace es contar las horas».

—¡Él nunca habló así! —exclamó Angela—. ¡Sólo era un muchacho!

—Bueno, es algo que ocurre bastante rápido —dijo Deke—. Al final todos suenan igual. Es típico de la triste uniformidad de la muerte. El pluralismo es un imposible cuando se está muerto.

—Me dijo que nunca te amó y que ahora se arrepiente de ello.

El corazón de Angela latía con fuerza, insistentemente, distrayéndola un poco con aquella palmaria demostración de facultades. Ten cuidado conmigo, latía, ten cuidado.

—Dijo que si tuviera que revivirlo todo de nuevo, tampoco te amaría y tú tampoco te darías cuenta.

—No parece que Bruce quiera darle una segunda oportunidad a Angela —dijo Deke.

—Papá Bruce quería asegurarte que...

—Dile que no se preocupe —dijo Angela. Imaginó que había cosas peores que recibir la noticia de que un muerto nunca te había amado.

Deke se rio entre dientes.

—¿Contó algo más? ¿Te dio a entender que estudiabas demasiado?

—No creo que se hubiera molestado en hacer todo ese viaje desde el otro mundo para decirme eso —dijo Darleen.

—Supongo que sólo hay una cosa que podamos saber acerca del otro mundo —opinó Deke—. No vas allí cuando te mueres. Ese otro mundo sólo existe cuando estás en éste.

—Sí, así es —dijo Angela, y tomó aire con una respiración profunda e incierta.

—Puede que lleves razón —dijo Darleen, volviendo a morderse las manos—. Los muertos forman parte de nuestra comunidad, igual que los presidiarios.

—¿Habéis ido alguna vez a la tienda de regalos de la cárcel? —dijo Deke—. No puede estar a más de veinte kilómetros de aquí. Venden tablas de cortar, limpiabarros para las botas, muebles para la tele. Las mujeres tejen fundas para la tapa del váter y fundas para la tostadora. Cosas bonitas. Razonables. Eso sí, no dejan que los malos de verdad aporten nada. Quieren vender productos, no piezas de colección para friquis. Es como ese árbol que

había delante de la Primera Iglesia Congregacional. Esa haya grande que talaron porque decían que atraía a los suicidas. Tampoco quisieron aprovechar la madera para nada, y eso que era madera buena. La tiraron a un vertedero. El árbol estaba implicado en cuatro muertes. Atrajo a dos parejas desdichadas, nada más. Jamás habría imaginado que arrancarían un árbol tricentenario por algo así, pero lo derribaron igual. Y ahora han plantado un retoño que no tiene el grosor de un bate de béisbol.

Consternada, Angela no pudo contener la risa.

—Eso es —dijo Deke, sonriéndose—. Si a un joven se le mete la idea entre ceja y ceja pasando por ese sitio, sólo le queda *esperar*.

—Tendría que haberme imaginado que os ibais a llevar bien vosotros dos —dijo Darleen con amargura.

—¿Está enferma? —preguntó Deke a Angela—. ¿Por eso le da todo igual? ¿Un cáncer sin diagnosticar?

—No ha estado enferma ni un día en su vida —dijo Darleen—. Tiene la fuerza de un caballo.

—Los caballos en realidad son bastante delicados —dijo Deke—. Hay un montón de cosas que se pueden estropear en un caballo. Y luego tú mismo puedes hacer que se estropeen otras cosas, si quieres, si eso es lo que te interesa.

—Deke trabajó unos cuantos veranos en Saratoga —dijo Darleen. De pronto parecía cansada.

—A un caballo enfermo puedes darlo casi por muerto —dijo Deke—. Voy a descorchar otra botella.

Angela le oyó en la cocina execrar la herrumbre de los fogones de gas, la acumulación de cal en los grifos del fregadero, el papel adhesivo mal puesto en las paredes que pretendía representar unos azulejos italianos agrietados. Con el vasito de nuevo lleno hasta el borde, Deke no volvió a ocupar su sitio en la mesa y se acercó al cuadro.

—Entiendo por qué quiso quedárselo —dijo—. A primera vista, parece de un realismo coherente y resulta agradablemente decorativo, pero el espectador no tarda en descubrir una sensación de melancolía, un presentimiento inquietante.

Angela se preguntó si era posible desear una copa más que ella en aquel momento. Pero no podía ser.

—Es obvio que tiene usted afinidad con criaturas ignorantes y desavisadas —continuó Deke.

—Deke fue crítico de arte —dijo Darleen.

Él hizo un gesto despectivo con la mano.

—Era para el boletín de la cárcel.

—Sí. Deke estuvo un par de años de visita en la cárcel —dijo Darleen.

—Allí empecé mi tesis —dijo Deke—. «Los otros: ¿existen?» Pero nunca la terminé. Llevaba redactadas unas doscientas páginas cuando tuve que confesarme que las ideas planteadas no eran genuinamente rompedoras.

Angela se puso de pie de pronto y trató de abrazar a Darleen. La niña no era más que un saco de huesos tozudos. Su ropa olía a moho y un punzante tufo a productos químicos se desprendió de su pelo puntiagudo. Se deshizo sin dificultad de los brazos de Angela.

—Basta, basta, dejadlo de una vez —dijo Deke.

Darleen se rio.

—Papá Bruce, ven enseguida. Despiértate.

—Lo necesito... Lo necesito...

Se quedaron mirándola.

—Se ha hecho tarde y mañana tengo que ir a trabajar —dijo avergonzada.

—¡Me dijiste que te tomarías el día libre! —gritó Darleen.

—Si te tomas un día libre, el día se larga y luego no hay manera de recuperarlo —dijo Deke—. Atención, me llevo la pecera y voy a comprar más vino. La tienda de licores tiene una de esas máquinas que dan cambio. Son divertidas, ¿habéis visto cómo funcionan?

—¡No te vayas! —exclamaron Angela y Darleen al unísono.

—Un nivel peligrosamente bajo —dijo él, al tiempo que levantaba la botella.

No se podía decir lo contrario.

—Quédate un ratito más —dijo Darleen.

Deke hizo un mohín con los labios y se llevó las manos a la camisa de cuero.

—Voy a empezar a desfilar —dijo, y con gesto adusto se sirvió el vino que quedaba.

—La otra noche pasó algo curioso —empezó a decir Angela—. Estaba en un barco, el ferri que va a las islas. Se produjo una casualidad extraordinaria...

—Una casualidad es algo que debe ocurrir y ocurre —dijo Deke—. Veo que siente usted debilidad por la palabra.

—Mamá casi nunca es precisa con las palabras —dijo Darleen—. Cuando era pequeña, me decía que tenía los ojos de mi padre. Luego, un día me dije por fin: «No tengo sus ojos. Papá no era donante de órganos que yo sepa. Sería de agradecer un poquito de rigor con las palabras», le dije.

Deke la miró con un gesto de exasperación. Luego se puso de pie como si hubieran tirado de él con una cuerda.

—Chicas, ni una palabra más sobre papá Bruce hasta que vuelva. Es un asunto peligroso. No conviene que os adentréis demasiado en ese tema sin contar con la presencia de un observador imparcial pero experto.

Se fue sin más despedida con la pecera bajo el brazo. La puerta se cerró suavemente tras sus pasos.

Angela se rio.

—Creo que le hemos defraudado.

El ambiente en el salón era irrespirable. Abrió una ventana, detrás de la cual había una contraventana para proteger la casa de las inclemencias del tiempo, una ventana combinada, según la llamaban, adaptable a todas las estaciones. Se peleó con los cierres de aluminio hasta que por fin pudo levantarla. El frío la golpeó y luego pasó de largo a la velocidad del rayo. Angela se volvió y miró a su hija.

—Te quiero —dijo.

—Mamá, mamá... —dijo Darleen, soltando un suspiro. Luego, con gesto tolerante, dijo—: El director nuevo tiene una cacatúa blanca a la que le gusta que la acunen como a un bebé.

—Cuéntame más, por favor —dijo Angela.

—Un pájaro estúpido —dijo Darleen risueña.

Varios años más tarde, Angela se estaba muriendo en el hospital de la ciudad, en una habitación en la que la habían precedido muchas personas. No había conocido a ninguna de ellas, pero tenían en común esa habitación y el viejo asunto que allí se ventilaba. Darleen había sido convocada, pero no llegaría a tiempo. Angela tenía cincuenta y cinco años. No había hecho mutis tan pronto como habría podido, sin duda, pero ahora tenía bien aferrado el roncal de la muerte.

—De camino he pasado por ese arbolillo —dijo Deke—. Aún le permiten crecer en el jardín de la iglesia. Aún es demasiado joven para dar sombra, pero más le conviene cuidar sus modales, ¿no?

Angela quiso reírse, incluso entonces. ¡Qué noche habían pasado aquel día!

—Fue una velada agradabilísima —convino Deke.

La nueva enfermera, una mujer enclenque, dijo:

—He entendido que decía: «¿Has traído el martillo?».

La otra enfermera dijo:

—Te vas a agotar intentando sacar algo en claro de tanta estupidez.

No tenía ningún interés en la nueva. Transmitía un entusiasmo cargante y aún estaba bajo evaluación. Era muy posible que al final no consiguiera el empleo.

FORTUNA

¡Eran los padres! ¿Cuándo pararían de venir? Hacía meses que venían, desde Navidad, desde *antes* de Navidad, desde las fiestas de la Quema del Diablo el día siete. La madre de June había llegado con su segundo marido y no habían coincidido con los padres de Howard por unos pocos días, pues éstos se habían dejado caer solamente para celebrar el vigesimosegundo cumpleaños de su hijo. El padre de Caroline se había dejado caer por San Valentín con su nueva esposa y su hijita casi recién nacida para que Caroline la conociera, como si a ésta le importara lo más mínimo. Los padres de Abby seguían en el pueblo, desde Semana Santa, que acababa de terminar, y los padres de James iban a presentarse un día de éstos desde Roatán, una isla frente a las costas de Honduras, donde habían hecho submarinismo. Y cada nueva remesa de progenitores traía consigo un hijo nuevo. Estaban Emily y Morgan, Parker, Bailey y Henry, ninguno de los cuales tenía más de seis años. Era portentoso.

Los padres eran generosos durante sus visitas. El nuevo marido de la madre de June había fletado un avión para llevarlos de excursión a Tikal. Subieron a la pirámide IV y vieron el amanecer, incluida Morgan, la recién nacida, en su conjuntito de safari. Y aunque el nuevo marido de la madre de June había alquilado habitaciones en el hotel de la selva, una noche durmieron al fresco en hamacas entre las ruinas. Todos sabían que era la experiencia deseada y anecdótica que había que tener, dormir al fresco entre las ruinas y bajo los murciélagos una noche de luna llena, que resultó ser esa misma noche. La madre de June y su nuevo marido tenían cámaras caras y hacían fotos de todo lo que veían, estaban entusiasmados con todo. Ya hacían

planes de regresar a Antigua en julio para ver el desfile de gigantes y cabezudos, que bailaban como peonzas por las calles bajo el estruendo de los fuegos artificiales y los cohetes.

Cuando llegaron los padres de Howard, el padre, un reputado laringólogo, alquiló caballos para todos y fueron de pícnic a uno de los lagos. Incluso el bebé Bailey hizo la excursión, en los brazos de su madre, con una de sus manitas aferrada al borrén de la silla. Todo el grupo, formado por ocho integrantes en total, trotando como un regimiento de caballería por esas aldeas pobres a lomos de unos caballos culones que dejaban una estela de bostas salpicadas de motitas verdes. ¿Dónde habían encontrado esos caballos tan sanos? Era bochornoso. «*Buenos días*»,[*] decían los padres de Howard a cualquier cosa que se moviera. Era alucinante que no los hubieran apedreado todavía.

El padre de Caroline apareció con su pequeña Emily, pelirroja, y su vivaracha nueva esposa, también pelirroja, que llevaba un aro en el ombligo y sólo era dos años mayor que Caroline. Hubo un pequeño percance el día que invitó a todo el grupo a desayunar en el jardín del hotel Antigua. Había unos colibrís en un hibisco cercano, verdes y morados, del tamaño de un ratón. Uno de los colibrís se había lanzado hacia Emily, que estaba sentada en su trona, sin duda espoleado por el brillo plumífero de su pelo, y su atenta madre le había asestado un fuerte porrazo con una guía turística que tenía en la mano. El pájaro se precipitó en barrena al suelo sin dejar de agitar las alas.

Todos se apartaron un poco.

—Penny, por favor —dijo Caroline.

—Iba directo al bebé —dijo Penny—. Casi choca con ella.

—Los colibrís pueden ser extraordinariamente agresivos —dijo Howard con una sonrisa de suficiencia.

—Puede que sólo esté aturdido —dijo June—. ¿Y si lo dejamos debajo de un arbusto?

James cogió una servilleta de lino de la mesa y la puso sobre el pájaro, que seguía zumbando como un juguete de cuerda. La pequeña Emily empezó a brincar en la trona dando palmadas. Llevaba un bonito vestido con un bordado de patos. James dio unos pasos más allá de la mesa y se dispuso a

dejar el colibrí en el suelo.

—Más lejos —dijo June—. En un arbusto que esté más lejos.

James regresó a la mesa con la servilleta y la puso sobre la mesa.

—James —dijo Abby—, ¿eso es sangre?

Volvió a cogerla y la dobló.

—Quizá deberíamos habérselo comido —dijo entonces Howard—. Para no desperdiciarlo. Deberíamos encontrar su nido y comérselo también. Los chinos se comen los nidos.

Penny lo miró con el ceño fruncido.

—Lo siento —dijo, y tocó el plato de fruta que le estaba dando a Emily—. ¿Qué es esto, guayaba? ¿Papaya? Hay una fruta que le sienta mal en la tripita.

Apareció otra jarra con margaritas de alguna parte. El establecimiento estaba muy bien llevado. Los jardineros barrían discretamente los senderos armados con hojas de palmera atadas a palos. En una de las piscinas había cien rosas color marfil flotando en la zona profunda.

—Sois unos chicos estupendos —dijo el padre de Caroline—. En serio, sois geniales. —Era obvio que su ánimo había acusado más el golpe del percance con el colibrí que el de su mujer—. Sois fantásticos, chicos. Caroline, tienes unos amigos fantásticos —dijo.

A los padres que iban a visitarlos les gustaba sin excepción fingir que los jóvenes eran encantadores. Era divertido verlo, fijarse en la manera particular que tenía cada uno de ellos de fingirlo. A los hijos, el vigor de sus progenitores los dejaba exhaustos, su presencia los agotaba. El insistente interés que mostraban por ellos les repugnaba y los asombraba al mismo tiempo. ¿Pensáis que algún día también seremos *tan* ciegos?, se preguntaban. No, coincidían, no podían imaginarse a sí mismos tan ciegos...

Hacía poco que habían entrado en la veintena. Cada uno había llegado por separado a esa ciudad colonial situada en un valle en forma de cuenco a la sombra de tres volcanes y se habían conocido allí. Cada cual recordaba sus primeros días de soledad en la ciudad y luego la rapidez con la que habían trabado relación con las vidas de los demás, de sus amigos. Y aún se preguntaban cómo se había producido aquel encuentro y en qué medida cada

uno de ellos era responsable del mismo. Sentían que allí sus vidas estaban empezando.

A la vez tenían la impresión de que sus vidas reales todavía estaban por venir y que en esas vidas tratarían con otras personas. Lo pensaban cada vez más a menudo, por lo general con tristeza, a medida que sus padres iban llegando.

La Semana Santa y su enorme e hipnótico espectáculo había concluido un año más. Había terminado la gran demostración de gratitud. Se habían guardado las grandes *andas* que cargaban los penitentes. Se había barrido el serrín de colores y las flores frescas que alfombraban las calles con complicados dibujos que los pies de los penitentes habían emborronado. A todo el mundo le encantaba el Viernes Santo —traición, juicio y crueldad aún conservaban la facultad de cautivar—, pero la Pascua era decepcionante. La promesa de la Pascua era la vieja promesa de siempre. En la ciudad reinaban el calor y la calma y todo el mundo seguía estando un poco borracho.

Abby y June desayunaban en uno de los cafés que daban al parque. La fuente no funcionaba aquella mañana. Normalmente, el agua brotaba de los pezones de piedra de un trío de mujeres heroicamente esculpidas, pero ese día estaban inactivas, si bien conservaban el misterio de su semblante introvertido mientras sujetaban sus preciosos pechos con las manos. Unos operarios con botas faenaban en el agua a los pies de esas tres mujeres.

—Tus padres me han parecido encantadores —dijo June—. No son como los de Howard. Pobre Howard.

—Ayer estuve con ellos de las diez a las dos —dijo Abby—. Luego los llevé al mercado, y mi madre, cada vez que veía algo, decía: «¿No puede ajustarme un poco el precio? ¿Seguro que no puede mejorarlo?». En inglés, por supuesto, despacito y en inglés. Velas, plátanos, esas bolsitas de confeti, todo... Se emperró en comprarme bombillas. «Tienes todas las bombillas fundidas», me dijo, y yo le dije: «Mamá, podemos comprarlas en la tienda, no hace falta regatear en el mercado». Luego tuve que estar con ellos otra vez de las seis a las nueve, en el hotel. ¡Y ese Parker! Le dio por echar a correr por el adoquinado y, evidentemente, se cayó y casi se desgarra la rótula. Al final reventé. Les dije que quería tomarme un día libre, que no podía volver a

comer con ellos en un tiempo. No podía hacerlo. Y mi padre dijo: «No hemos venido a desgravar impuestos».

June se rio, pero luego dijo:

—¿A qué se refería?

—Quizá dijo «retener impuestos» —respondió Abby—. Era un chiste. Como si pensara que el hecho de estar con ellos era un trabajo.

—Ah, qué divertido —dijo June—. A eso me refería. Tus padres no están tan mal.

—No me cabe en la cabeza que adoptaran a ese niño y le pusieran Parker de nombre —dijo Abby—. ¿De dónde ha salido ese nombre? Mi madre me recordó que les prometí cuidarlo esta noche para que puedan salir a cenar solos.

—¿Sabes —dijo June con gesto serio— cuando mi madre estuvo aquí y la acompañé una vez al banco? ¿Y me quedé sentada mirando cómo hacía cola para sacar dinero? En ese momento tuve una epifanía.

—¿De verdad? —dijo Abby.

—Era... mi madre siempre me querrá.

—¿Y eso es una epifanía? —dijo Abby.

—No era un pensamiento. Era como... —June titubeó—. La tuya también te querrá siempre, hasta el último día, pase lo que pase.

—Impresionante, ¿no? —dijo Abby—. En serio, es impresionante, si es que es verdad.

Un muchacho guatemalteco vestido con unos pantalones cortos y cochambrosos de color verde con la cremallera rota y una camiseta de los Chicago Bulls entró en el café con tres botellas de cristal de agua Shangri-La colgadas del cuello. Luego vieron a Caroline paseando a su perro patilargo de color marrón atado a una correa de cuerda.

—¡Caroline! —gritaron las dos.

Se les unió, arrastrando al perro adentro. Lo había castrado hacía poco y llevaba una campana de plástico en la cabeza para que no pudiera arrancarse los puntos. Ya deberían habérselos quitado, lo mismo que la campana, pero Caroline lo estaba posponiendo, aunque los indios se burlaran cruelmente cuando la veían con el perro. Ni Abby ni June habrían sido capaces de pasear

un perro por la ciudad con esa campana en la cabeza.

—¿No podemos quitarle al pobre ese chisme? —dijo Abby.

—Ya lo sé, ya lo sé, pero es que entonces se mordería las pulgas —dijo Caroline—. Antes tengo que darle un baño.

El perro hizo chocar la campana contra la pata de la mesa y se recostó dando un golpe en el suelo. Era un perro pequeño y curioso, con grandes espolones y una boca extrañamente malformada. Caroline lo había comprado en el mercado por un par de quetzales, unos treinta y cinco centavos al cambio. Le prodigaba todo tipo de atenciones de una forma acaso un poco desequilibrada y siempre trataba de hacerle mejoras. Caroline era una artista, siempre lo había sido, a veces le caían cosas en las manos por casualidad. Era delgada, con un aspecto casi ascético, y tenía mal genio.

Abby continuó mirando el perro, sus largas patas de color beige que parecían tan frágiles. Las mascotas le hacían perder el ánimo. En el motel destartalado donde todos se alojaban en habitaciones alquiladas de mes en mes, el encargado tenía un loro artrítico al que sacaba sobre un palo todas las mañanas para dejarlo corretear hasta que caía la tarde en un banco roto bajo los plataneros. A veces, June lo rociaba suavemente con la manguera, lo cual no parecía estresarlo ni tampoco gustarle, así que Abby no sabía por qué se molestaba en hacerlo. El motel también hospedaba a los miembros de una banda de músicos callejeros, que rara vez se pasaban por allí, y a un hombre taciturno con una vena hinchada en la frente que parecía palparle sin cesar. Se ganaba la vida con sus pájaros de la fortuna, tres canarios amarillos en una jaula de bambú que te vaticinaban el futuro eligiendo unos papelitos enrollados de una caja de pino. Los nombres de esos diminutos augures eran *Profeta*, *Planeta* y *Justicio*, y parecían tranquilos. El motel no quedaba lejos del parque central y colindaba con una de las múltiples catedrales venidas a menos de la ciudad, los escombros de una de cuyas paredes formaban parte del patio. Las habitaciones eran pequeñas, oscuras y frías, pero todas ellas tenían una vista perfecta del Agua, el volcán más bonito de la zona.

El chico guatemalteco, después de que le pagaran lo que pedía por las botellas, empezó a caminar hacia la salida entre las mesas del café. Se paró un momento a mirar con gesto suplicante la tortita de June, que apenas la

había tocado. Abby tampoco se había comido la suya y estaba usando el plato más o menos como cenicero.

—June —dijo Caroline.

June miró al chico.

—Claro, claro —dijo ella.

El chico cogió la tortita con sus delgados dedos y salió corriendo afuera. Cruzó la calle y se quedó mirando a June mientras comía.

—¿Nos está mirando con mala cara? —dijo June—. No sé, ¿qué se supone que tienes que hacer en estos casos?

Los otros se burlaban a menudo de June porque se lo tomaba todo a pecho. Llevaba ropa americana que le iba grande, una camisa plisada y unos pantalones cortos, además de un collar trenzado que le había comprado su madre durante su estancia. June se había encaprichado de aquel collar y en más de una ocasión había llevado a su madre a la tienda, que solía estar cerrada. Le gustaba llevar el pelo negro y rubio, trasquilado, y utilizaba espuma de afeitar para apelmazarlo.

—Imagínate a ese niño y a Parker jugando juntos —dijo Caroline—. Imagínate que se hacen amiguitos.

—Sería lo más —dijo Abby.

El chico se terminó la tortita y, acto seguido, con gesto decoroso, se volvió para orinar.

—Venga ya —dijo June.

—Mi madre por fin se ha dado cuenta de que aquí la gente orina en público —dijo Abby—. «¿Sabes, tesoro?», me ha dicho, «esta ciudad es preciosa, pero la gente no para de orinar en público. Creo que jamás había visto a tanta gente orinar en público en mi vida. Vas paseando por el parque y te encuentras a hombres orinando detrás de cartones. A chicos orinando en las flores. Fuimos a ver unas iglesias y, echando un vistazo por un patio, vimos a un anciano orinando sobre un montón de arena. Cuando terminó sacudió las manos mirándonos. ¡Nos retó! Nos dijo que no se podía entrar en el patio, que sólo se podía estar en la iglesia. El hombre era el ostiario o algo así, o eso me pareció...». —Abby imitaba la voz nasal y desconcertada de su madre.

—¿Siguen aquí tus padres? —dijo Caroline.

—Por Dios, sí —dijo Abby—. Tengo que cuidar de Parker esta noche para que ellos puedan salir. Es su aniversario de boda.

—Cuidaremos todos juntos del niño —dijo Caroline—. Nos sentaremos en corro y le echaremos el humo o algo haremos. Howard le pedirá que nos dé su opinión sobre la muerte.

—Esto ya cansa —dijo Abby—. Es como un chiste viejo de bar o algo así.

—Morgan ha sido un auténtico encanto —dijo Caroline a June—. ¿No te encanta la niña?

June se puso colorada.

—¿Sabes lo que me dijo mi madre? Me dijo que mi padre siempre le había resultado indiferente desde un punto de vista emocional, desde el primer día, pero que ahora había encontrado la felicidad y que esperaba que yo también pudiera encontrarla.

—Oh —dijo Caroline—. Es como si te hubiera dado su bendición, ¿no? Es muy amable por su parte.

—Me encanta ver cómo se ruboriza June —dijo Abby—. En serio, June, eres la monda.

Entonces, ella y Caroline hablaron sobre lo mucho que les gustaría tener un coche que pudieran compartir. Luego hablaron de que James les había contado que había robado un coche en Texas y que había viajado con él por todo México hasta llegar a Guatemala, donde lo había vendido por un buen pellizco en la capital. Era una hazaña difícilísima, casi imposible, y su historia siempre había despertado una admiración considerable. James también afirmaba que una vez, antes de robar el coche, le habían detenido en California por beber siendo menor de edad y que, como parte de la sentencia, le obligaron a asistir a la autopsia de un conductor borracho. Les describió cómo habían serrado la parte superior de la cabeza del muerto.

—Creo que se inventó toda la historia del cadáver —dijo Abby.

—No me lo creí ni un segundo —dijo Caroline.

—Tampoco tengo clara la historia del coche de Texas —dijo Abby—. Está tan entusiasmado con esa experiencia que seguramente no la tuvo.

—¿Qué estás pensando, June? —preguntó Abby.

—Estaba pensando que no me oriento bien —dijo June—. Soy incapaz de recordar los nombres de las flores, las ruinas o los santos. Y soy incapaz de llevar un diario. Cuando lo intento, es una mierda. —Estaba pensando en el precioso diario eduardiano de Edith Holden, con todos esos dibujos encantadores. Lo había tenido en secundaria. Edith Holden murió trágicamente joven, al ahogarse en el Támesis mientras recogía brotes de castaño de Indias, la muy imbécil.

Llegó la cuenta y June se puso a estudiarla concienzudamente.

—Disculpe, perdone. ¿*Perdóneme*? —llamó a la camarera—. Aquí nadie ha pedido *huevos revueltos*.

—Va, paga y ya está —dijo Abby—. ¿Cuánto nos ha costado? ¿Cincuenta centavos? Ya pago yo.

—No, me toca a mí —dijo June, contando algunas monedas.

Se levantaron entonces con un sonoro rechinar de sillas sobre las feas baldosas.

Ya en la calle, el perro tiró de la correa hacia un montoncito de plástico quemado sobre una alcantarilla y logró hacerse con algo asqueroso antes de que Caroline pudiera apartarlo de un tirón.

—Es tontísimo —dijo ella—. Pensé que si lo capaba lo haría más listo.

—Qué gracia —dijo Abby.

Llegaron a las pesadas y magulladas puertas de madera del complejo. Las abrieron y Caroline desató la cuerda del collar del perro. Éste brincó y dio tres vueltas al patio corriendo a una notable velocidad antes de que la campana se le trabara en un tocón de buganvilla con el consiguiente revolcón por el suelo. El loro soltó el trozo de mango con el que estaba jugando y se acurrucó contra las tablas picoteadas de su banco. El loro se llamaba *No obstante*, o al menos ésa era la traducción aproximada que habían encontrado. El perro no tenía nombre.

Los pájaros de la fortuna aún no se habían despertado. Por regla general descansaban hasta mediodía en su jaula, bajo un trapo limpio de cocina. Para ellos, la Semana Santa era una de las semanas más importantes del año. Habían leído mil futuros. Su director artístico, el hombre con la vena

asombrosamente grande, estaba sentado a una mesa plegable en el patio y redactaba nuevos vaticinios en una elegante caligrafía sobre hojas de papel azul. Escribía a vuelapluma, sin reflexión o emoción aparentes. James y Howard jugaban al fuchi en el césped con una pelotita de punto en la que se leía I ♥ JESUS. Se la habían comprado a unos evangélicos que daban masajes. Los chicos habían terminado tan pasados la noche anterior, aferrados a sus vasos de *aguardiente*, que al final no acertaban cuando se los llevaban a la boca. Y ahora allí estaban, esbeltos y ágiles.

June se ruborizó al ver a James, porque también había tomado mucho *aguardiente* la noche anterior y recordó haberle preguntado: «¿Crees que tengo personalidad?».

—No —le había respondido él.

—Personalidad —había insistido ella.

—¿Por qué ibas a querer tener personalidad? Estás bien como estás.

—Pero debería tenerla —había dicho June.

—Mira mi cartera —había dicho él. Era una cartera de cuero alargada sujeta a su cinturón con una cadenita—. En el aeropuerto vi un cajón lleno de carteras como ésta que estaban de oferta y el vendedor me dijo que cada una tenía su propia personalidad porque estaban hechas con materiales naturales y las arrugas, los colores y las imperfecciones las hacían únicas.

—Qué enfermo —había dicho June.

—Si estás en apuros, la personalidad es algo secundario —había dicho James.

Le atraía James, sus ojos hundidos y su cutis perfecto, pero nadie se había acostado con nadie. Eso lo habría echado todo a perder. El amor era un compromiso, o eso pensaban. No eran como sus padres, que siempre estaban enamorados de alguien y que se limitaban a desgranar sus vidas sin pausa, cambiando de parejas, adquiriendo nuevos hijos, abandonando intereses pasados y adoptando nuevos, siempre enamorados de alguien o de algo.

Casi era mediodía. Los chicos seguían jugando al fuchi, levantando sus largos pies.

—Voy a lavar al perro —anunció Caroline—. Después le quitaremos la campana.

Sacó una pastilla de jabón especial que había comprado en el mercado. Venía en una cajita que tenía un insecto dibujado.

—En realidad no se parece mucho a una pulga —comentó Abby.

—Pues eso es lo que querían representar —dijo Caroline con seguridad.

Atraparon al perro y vaciaron un cubo de agua sobre su hirsuto pelaje. El jabón formó enseguida una espuma marrón y casi al instante empezaron a aparecer unas pulgas negras e inmóviles.

—Mira qué pulgas —dijo Abby—. Son enormes.

—Este jabón debe de ser letal —dijo June.

El encargado y su familia salieron a ver cómo lavaban al perro. El loro también contemplaba la escena, meciéndose emocionado. El perro se mantuvo impasible, con la cabeza gacha y la campana rozando el suelo.

Le aclararon el pelo y volvieron a frotárselo con jabón. Luego se lo aclararon una vez más. Cada vez había menos pulgas, pero nunca terminaban de desaparecer del todo.

—¿No deberíamos llevar guantes? —preguntó June.

—Es nuestro perro de la fortuna —dijo Caroline—. Adivinación con pulgas. —Las fue cogiendo de una en una—. No pinta bien —dijo—. No pinta bien. Ésta tampoco pinta nada bien.

Luego llevaron a cabo la ceremonia de extracción de la campana, que estaba sujeta al collar con un grueso y sucio pedazo de esparadrapo. Finalmente se la arrancaron de un tirón. La cabeza del perro parecía algo más pequeña de lo que todos recordaban.

—No tiene un aspecto nada agradable, ¿verdad? —dijo Caroline—. Le falta algo. ¿A ti qué te parece, June?

—Quizá una bandana —dijo June.

—No soporto los perros que llevan bandana —dijo Caroline—. El veterinario me dijo que tenía demasiados dientes en la boca. Habrá que sacarle un par. ¿Y ves todas esas verrugas que tiene en la cara? Siempre le vuelven a crecer.

El perro se sentó sobre sus patas traseras y las miró. Con toda probabilidad no había nacido para tener esa vida. Sencillamente, el perro no era consustancial a esa vida.

Una de las razones por las que había comprado el perro era que quería ejercitarse en la preocupación por el prójimo. Todos creían que a veces era necesario ejercitarse en las emociones más sutiles.

El perro agrandó de pronto los ojos como si fuera presa de un sutil recuerdo, se incorporó de costado y salió bailando hacia su punto predilecto en el complejo, una ardiente pila de desperdicios en una de las casetas que habían servido de establo para los caballos, donde sólo tuvo que escarbar un momento antes de encontrar alguna porquería maloliente que se sentó a comer. Al mismo tiempo, el dueño de los pájaros de la fortuna tapó su bolígrafo, se levantó de la silla, hizo girar los hombros, se agachó ligeramente para tirarse un pedo y quitó el trapo de la jaula de los pajaritos. Éstos empezaron a cantar inmediatamente.

Hacía un día precioso. Unas nubes blancas se deslizaban más allá del Agua, pero eran tan bajas que su cono oscuro se recortaba sobre el cielo azul y luminoso.

—Me apetece hacer algo hoy —dijo Abby—. ¿Y a ti?

Desde lejos, el Agua era magnífico, pero habían subido una vez todos juntos y la experiencia había sido decepcionante.

Abby consultó su reloj.

—Si me mojase tanto, me moriría —dijo.

—Subamos al Fuego —dijo Howard, al tiempo que propinaba una patada definitiva al fuchi, destripándolo.

—Es demasiado tarde —dijo Abby—. Tendríamos que haber salido antes.

El Fuego, el volcán activo, no era más alto que el Agua, pero la ascensión resultaba más difícil. El tercer volcán, el Acatenango, despertaba poco interés, aunque sin duda debía de tener su propia dignidad, peligros y encantos.

—Nunca es demasiado tarde para escalar el Fuego —dijo James—. El caliente, el malo.

—Oh, ese maldito Fuego —dijo Caroline.

Nunca lo habían escalado, aunque se lo habían propuesto más de una vez. Se pasaban toda la noche en vela y luego, al alba, les entraban ganas de escalar el Fuego. Tomaban entonces un taxi a Alotenango, un pueblo

miserable rodeado de oscuros cafetos, desde donde empezaba la ascensión. Subían un rato, tropezando en las aceitosas cenizas. Unos surcos rocosos, semejantes a cauces secos, discurrían en paralelo a la pista y a veces confluían con la vía de ascenso. En otros puntos, el surco rocoso se desvanecía y veían a cierta distancia, y a una cota más elevada, una senda apenas marcada entre la ceniza. Algunos senderos estaban señalizados con rocas en las que alguien había pintado un ¡NO!, pues, si bien parecían opciones razonables, en realidad no lo eran. Las rocas llevaban también el nombre de un club de senderismo a cuyos miembros nunca habían visto. De hecho, nunca se habían cruzado con ningún escalador, aunque una vez sí vieron a un potro muerto con la crin trenzada.

Siempre habían dado media vuelta al cabo de unas pocas horas porque ¿qué razón había en realidad para escalar el Fuego?

—Creo que la naturaleza no tiene mucho sentido —dijo Caroline—. Me refiero a la naturaleza de verdad. No la entiendo.

Pasaron las horas. Era media tarde cuando la jaula que contenía los pájaros de la fortuna fue atada a la moto para hacer una visita a la plaza.

—Deberíamos probar con esos pájaros —dijo Abby—. Es increíble que teniéndolos aquí al lado no les hayamos pedido ni una vez que nos lean el futuro.

—Yo prefiero que me lo lea *Planeta* —dijo June—. El que tiene los ojos negros.

—Todos tienen los ojos negros —dijo Caroline.

—Me refiero al que tiene esos cercos negros alrededor de los ojos —dijo June.

—La Tierra será mi hogar en la vida —dijo James—. ¿Lo habéis pensado alguna vez?

—Eso es inaceptable —dijo Howard.

—Creo que *Profeta* no tiene muy buen aspecto —dijo Caroline—. No parece tan amarillo como antes. Creo que se le está pelando el pico.

El perro de Caroline había correteado hasta la motocicleta y se había puesto a olisquear la jaula.

—Sacad al chucho de aquí o le parto la maldita espalda —dijo el hombre

con la muy notable vena en la frente en un inglés sorprendentemente bueno.

Los pájaros siguieron cantando, dando brincos en su pequeña y ventilada jaula, cuyas barras estaban envueltas con flores pálidas y marchitas y cuyo suelo estaba recubierto de caras trituradas de estrellas de cine sacadas de revistas de papel cuché.

Caroline se acercó a toda prisa y se llevó el perro a rastras. Nadie hizo mención de aquel arrebato porque recordaban que ya había ocurrido antes.

Al poco de la partida de los pájaros sobre la negra motocicleta, los padres de Abby llegaron a la verja con el pequeño Parker y dos bolsas de malla llenas de comida.

—Por favor, no me lo puedo creer —murmuró Abby a Caroline—. ¿Tan pronto?

—Siento que lleguemos antes de tiempo —dijo la madre de Abby—, pero nos fuimos de expedición a las ruinas. Hemos visitado ocho yacimientos hoy, seguro que hemos batido alguna marca, y al volver a la habitación hemos descubierto que nos habían robado. No está mal, ¿no?

Los tres, incluido Parker, parecían casi embelesados con la idea de que les hubieran robado, como si se tratara de una faceta más de una vida llena de emociones.

—No se han llevado nada de auténtico valor —dijo la madre de Abby.

Y ese detalle contribuía también a la alegría que les había reportado el suceso.

La madre de Abby tenía una cosita sobre la nariz que tal vez había estado previamente dentro de la misma y que por algún azar había salido hasta terminar en uno de sus lados. Todos miraban la cosita con educación. Con un leve ajuste de la mirada, June observó a Parker y el enorme vendaje blanco que llevaba en la rodilla con actitud desenvuelta. Entornó los ojos y el niño se alejó hacia un futuro borroso, permitiendo así que el presente fuera habitado exclusivamente por ella misma y sus amigos, que era lo indicado.

La madre de Abby dejó las bolsas en el suelo.

—He traído un montón de cosas —dijo—. Pensé que podríais hacer un pícnic para cenar.

—¡Qué detalle! —dijo Caroline.

—¿Qué se han llevado? —preguntó Abby.

—Fui una estúpida —dijo su madre—. Me cuesta mucho trabajo cerrar con llave. Creo que cierro bien, pero en realidad la puerta sólo queda encajada, así que la habitación ni siquiera estaba cerrada. Se han llevado un collar de jade que acababa de comprar. Aún estaba envuelto en papel de seda. No era muy caro, pero el caso es que lo había comprado para ti. Luego pensé quedármelo, porque no me pareció que fuera muy de tu estilo, y van y me lo roban. Me está bien empleado, ¿no crees?

—Ironías de la vida, mamá —dijo Abby.

June preguntó a la madre de Abby qué ruinas le habían gustado más.

—Me encantó el convento de las Capuchinas —dijo la madre de Abby.

—¡A mí también! —exclamó June, como si nadie dijera que sus ruinas favoritas eran el convento de las Capuchinas.

—¿Qué creéis que pasaba realmente en ese sótano? —preguntó la madre de Abby—. Tengo tres guías y todas cuentan una historia distinta. O era una despensa o un lavadero o una cámara de tortura.

—Tienes cuatro guías —dijo el padre de Abby.

—Creo que todo son conjeturas aventuradas. —La madre de Abby levantó la mano y se sacudió esa cosilla intrascendente de la cara—. Eran veinticinco monjas, ¿no? ¿Veinticuatro? Y nunca las dejaban salir salvo cuando había un terremoto.

—Me gustaron esos siniestros maniqués que tienen en posición de rezo en las celdas —dijo Caroline.

—¿No te dan ganas de saberlo todo? —exclamó de pronto la madre de Abby—. Piensa en toda la información de que dispondrán los niños de la edad de Parker. ¡Y toda con acceso inmediato!

—¿Cuáles son sus ruinas favoritas? —preguntó June al padre de Abby.

—No tengo preferencias —dijo—. Mi comida favorita es el filete que sirven en el restaurante Las Antorchas.

—No puedo creer que volvamos a Las Antorchas —dijo la madre de Abby—. Cariño —le dijo a Abby—, siento haber llegado tan temprano, pero volveremos pronto. Lo único que quiero es acabar cuanto antes con este aniversario de boda.

—No quiero quedarme aquí —anunció Parker—. Quiero ir con vosotros.

El niño llevaba el pelo peinado con firmeza. Vestía unos pantaloncitos de madrás y una camisa de manga corta. Iba arreglado como suelen ir los niños pequeños para una fiesta a la que en realidad no van a asistir.

—¡Parker, mira qué loro! —dijo la madre de Abby.

El niño examinó el loro, que caminaba con paso vacilante por la hierba para rescatar un trozo de melón.

—No me gusta. Le pasa algo —dijo—. Y ese perro tampoco me gusta.

El perro había estado tirando de la cuerda para acercárseles mientras jadeaba como un loco.

—Bueno, entonces no te acerques al perro —dijo la madre de Abby—. Juega con tus camiones. —Y le susurró a Abby—: Aprovechamos ahora para escabullirnos.

Se fueron y Parker se sentó en el césped, dejando caer la cabeza sobre sus manos con no poco dramatismo.

Howard fue a su habitación y regresó con una botella casi llena de Jägermeister. Quedaba abierta la posibilidad, que todos habían abrazado, de que ese licor estuviera hecho con opio. En realidad nadie la había descartado tajantemente.

—Eh, Parker —dijo Howard—. ¿Te apetece una copa?

Parker levantó la cabeza.

—Me gusta el té helado —dijo—. El que tenemos en casa. Lo compramos en la tienda, en una botella. Mi favorito se llama Té Helado con Limón Cien por Cien Natural de la marca Best Health, y ni en un millón de años te podrías comprar uno.

—Al niño le va el té helado —dijo Caroline—. ¿No os parece escandaloso?

—Hay uno que sabe un poco a pescado —dijo Parker—. Como si fuera pescado rancio. Pero no directamente. Al cabo de un rato de tomarlo.

—¿En serio que hacen un té helado así? —dijo Howard—. Qué guay.

—Es lo más —dijo Abby.

Se bebieron la botella de Jägermeister, pasando de Parker. Llegaron los mosquitos. La mujer del encargado obligó al loro a subirse al mango de una

escoba y se lo llevó adentro. Howard prendió papeles sucios y astillas de madera en el brasero, que no era más que una zanja corta y poco profunda que se ocupaba de alimentar todas las tardes. Era un joven grande y meticuloso. Cada día partía con un saco de arpillera en busca de combustible para su brasero. Le gustaba mantener el fuego bajo y era muy puntilloso al respecto.

—¿Qué piensas, June? —preguntó James.

—¿Es verdad que los chinos comen nidos? —dijo ella.

—Sólo los de un tipo de pájaro parecido al vencejo —dijo Howard—. Los vencejos hacen los nidos con su saliva y luego se endurecen.

—¡Me tomas el pelo! —dijo Caroline—. Malditos chinos.

June se ruborizó.

—Va, June, ¿qué estás pensando *ahora*? —dijo Abby—. Eres la monda.

June había soñado que un chico la besaba escupiéndole en la boca. Es que no *sabe* dar besos, pensó. Era asqueroso, pero en el sueño no se preocupaba, como si ésa fuera la forma de dar besos.

—Estaba pensando en los pícnicos. ¿Vuestros mejores pícnicos no fueron cuando erais niños?

—Eres una nostálgica, June —dijo Caroline—. La nostalgia me da náuseas. Me falta el gen nostálgico, gracias a Dios.

—¿Por qué le preguntas qué está pensando? —quiso saber Parker.

—Pues porque estamos jugando —dijo James—. Porque ella es la única que lo cuenta y los demás no lo hacemos nunca.

—Yo no contaría mis pensamientos —dijo Parker—. Son míos.

—Pero tú no tienes pensamientos —dijo James—. Aún eres pequeño.

—Yo también tengo —dijo Parker.

Estaba enfadado. Había roto uno de sus camiones. No lo había roto sin querer, pero estaba enfadado de todos modos.

—Bueno, cuéntanos uno —dijo James.

—Me gustan las hormigas —dijo Parker al cabo de un momento.

—¡Las hormigas son estupendas! —dijo Howard—. Las hormigas tienen vidas muy largas. Leí una historia sobre un tipo, un especialista en hormigas. Este tipo había cuidado de una hormiga reina y la había observado

veintinueve años. Puso huevos hasta que se murió.

—¿Huevos? —dijo Parker.

—De vez en cuando se regalaba el lujo de comerse uno —dijo Howard—. El tipo no hacía otra cosa que observar a su hormiga. ¿Qué te parece? ¿Te gustaría hacer algo así?

El cielo estaba lleno de estrellas y ellos estaban debajo, encerrados como en un pozo.

—Tengo sueño —dijo Parker.

—Tendríamos que preparar el pícnic —dijo June—. ¿Os apetece un pícnic?

—¿Qué tal es ser adoptado, Parker? —preguntó Howard—. Puedes oírme desde allí, ¿no? —Repartió las últimas gotas de Jägermeister en los vasos. En la arcana etiqueta de la botella lucía la cabeza de un ciervo coronado con una cruz.

—Mamá y Ralph me eligieron —dijo Parker.

—¡Ralph! —Abby se desternillaba—. ¿Por qué no lo llamas «papá»?

—Papá —dijo Parker a regañadientes.

—¿Y por qué no llamas «Joanne» a mamá? —dijo Abby.

—Pudieron *elegirme* —insistió Parker.

—Cuando cagas, ¿dejas el zurullo en la taza para que Ralph pueda verlo antes de tirar de la cadena? —preguntó Howard—. Así lo recuerdo yo. El reputado laringólogo tenía que ver mi mierda y decirme si era buena. Cuando no estaba, tenía que dejarla en la taza y se *quedaba* allí hasta que el reputado laringólogo volvía a casa.

—Pobre Howard —dijo Caroline—. ¿Sólo recuerdas eso?

—Y con mucho cariño —dijo Howard.

El encargado y su familia le estaban dando al martillo en el cobertizo de uralita que tenían adosado a su cocina. Cada noche se oían ruidos de pulidora y martillazos. Hacían picaportes, pensaba June. Pero nadie lo sabía a ciencia cierta. Esos bonitos picaportes en forma de mano de señorita.

Empezaron a hablar, más que nada por Parker, sobre los rumores acerca de una banda de gringos que traficaban con los órganos de niños guatemaltecos. El rumor hacía años que circulaba.

—Tienen una fábrica donde trabajan los órganos —dijo James—. Está detrás de ese videobar que hay en Panajachel. Lo que pasa es que todo el mundo está demasiado borracho para darse cuenta.

Esos empresarios gringos no se llevaban al niño entero, contaron a viva voz. Salvo en un primer momento, naturalmente. Se llevaban sólo un riñón, o algún tejido, o un ojo, dejando tranquilo al resto del crío para que se las arreglara como buenamente pudiera, que, por lo general, no era muy bien.

—Parker —dijo Howard—. Espero que mamá y Ralph hayan sido sinceros sobre su paradero esta noche. Espero que en realidad no estén secuestrando a niños guatemaltecos para disponer más adelante de trozos de cuerpo para ti, caso de que te falle algo un día. Podrían meterse en un gran problema, Parker.

—Creo que está dormido —dijo James.

—¡Despiértate! —bramó Howard.

Pero Parker dormía ya y Howard rastrilló de mala gana su brasero y acto seguido anunció que se iba a buscar cerveza.

—Te acompaño —dijo Abby.

June nunca se habría ido a solas con Howard. Había en él algo frío y clandestino.

—¿Qué piensas, June? —dijo James al cabo de lo que pareció un largo rato, cuando Abby todavía no había regresado con Howard.

—Pensaba en esa gran carroza tambaleante y en que todo el mundo estaba callado cuando la vimos pasar.

—El *anda* —dijo Caroline—. *El Anda de la Merced*.

—Ese chisme pesa tres toneladas y media —dijo James.

—Fue impresionante, ¿no? —dijo June.

—No sé —dijo Caroline, pero sonrió a June al decírselo.

—Sigo con los tambores metidos en la cabeza —dijo James—. Marcan las cadencias necesarias. Los hombres seguramente no podrían trasladar ese peso sin la ayuda constante de esas cadencias.

—Yo también los oigo todavía —dijo June aliviada.

—¿Cómo se llaman los hombres que cargan el peso? —se preguntó James—. Debería hacerme un glosario.

—*Cucuruchos* —dijo Caroline—. Uno tenía la misma cara que ese friegaplatos tan mono que trabaja en la pizzería. Estoy segura de que era él.

—¡Mirad a quién nos hemos encontrado! —gritó Howard desde la verja.

Era el chico de las botellas de esa mañana, el que se había comido la tortita de June.

—Estaba aquí fuera mendigando —dijo Abby—. Howard quiere que se coma con nosotros el pícnic.

—No es un mendigo —dijo Howard—. Su mirada carece de la pena exigible en estos casos. Es mi hermano, que ha venido a visitarme. Ese muchachito que habéis conocido, Brailey, es un hijo y hermano falso. Un suplantador suplantado. No es infrecuente que cuerpo y alma sean suplantados.

Estaba muy borracho.

El chico tiritaba. Tenía la camisa desgarrada y llevaba una crucecita colgada del cuello. Esa mañana la camisa no estaba desgarrada, pensó June.

—¿Dónde está el suéter de Parker? —preguntó Abby—. Se lo voy a dar a este chico, eso voy a hacer. —Metió entonces la mano en la bolsa de Parker, sacó un jersey rojo de punto trenzado y lo pasó por la testa oscura del chico, ayudándole después a meter los brazos en las mangas—. Espero no haber cogido pulgas —dijo.

Parker se había sentado y se frotaba los ojos.

—Dadle un sándwich —ordenó Caroline.

Abby dio al chico de las botellas un grueso sándwich de jamón y queso. Se lo comió despacio, sin dejar de mirarlos. Howard niveló las brasas con un palo. Tomaron cerveza.

—Está rica —dijo June.

—Es la misma que tomamos siempre —dijo James—. Es cubana.

De pie o sentados, se bebieron las cervezas mientras el chico se comía despacio el sándwich y los observaba.

—Hace tiempo que me apetece —dijo Howard. Tiró la botella vacía al suelo y se quitó las sandalias con los pies—. Hace tiempo. —Cerró entonces los puños, miró hacia el cielo y cruzó rápidamente el brasero de un extremo a otro.

—No me lo puedo creer —dijo Caroline.

Howard dio media vuelta y volvió a cruzar por el fuego.

—Musgo fresco —gritó—. Piensas «musgo fresco».

Y se tiró al suelo, riéndose, indemne.

—Estás *loco* —dijo James.

—Tocadme los pies, tocádmelos —dijo Howard—. ¿Están calientes? Quiero saberlo.

Caroline se atrevió a tocarle las plantas de los pies y dictaminó que no estaban en absoluto calientes. Estaban cubiertas de un sudor frío, de hecho.

—La fe no pinta nada en esto —dijo Howard—. Pero si dudas, te quemas. Es un estimulante evolutivo. He avanzado a una nueva fase evolutiva.

—Ese fuego habría que apagarlo ahora mismo —dijo Abby.

—Quiero caminar —dijo Parker—. Voy a caminar.

Se puso de pie y cerró sus pequeños puños.

Abby tiró del niño y le dio una zorra en el culo.

—¡Te vas a la cama ahora mismo! —le dijo.

El fuego les lanzaba destellos radiantes. Howard se reía. Sentía una felicidad profunda, fría, y June se sorprendió al darse cuenta de que ese hombre le daba asco. Sintiéndose incómoda, miró en dirección a Caroline.

—No me lo puedo creer —dijo Caroline.

El chico guatemalteco había recogido las botellas vacías desperdigadas por el jardín. Las sujetaba contra su pecho, contra el jersey rojo y brillante. Entonces las dejó en el suelo y, con una sonrisa furtiva para Howard, caminó sobre el fuego. Gritó al primer paso. Howard sacó enseguida al crío, que gritaba débilmente.

—No pasa nada, hombre, no pasa nada —dijo, bañándole los pies con cerveza—. Duda y distracción, hombre. Cuando te rindes a la pareja de des, te quemas. *No tenga miedo, no es nada*.

Sujetó los pies del niño y le canturreó «*No es nada*» lastimeramente, pero parecía satisfecho.

Sin dejar de lloriquear, el niño buscó a tientas las botellas y las sujetó una vez más contra su pecho.

—Llévatelo de una vez —dijo Caroline—. Dale la comida que queda.

Dale toda la maldita bolsa. —Corrió a la verja y la abrió—. ¡Váyase!
¡Váyase! —le chilló al niño.

Al salir con paso tambaleante, el niño casi chocó contra los pájaros de la fortuna que regresaban escoltados a lomos de la motocicleta. El hombre de la muy notable vena sujetó al crío con un gruñido y a continuación, mirándolos a todos con gesto adusto, cruzó el patio empujando la motocicleta.

June corrió a su lado, sacándose unas monedas del bolsillo.

—Mi fortuna —dijo—, *por favor*.

—Mañana por la mañana —dijo él con toda claridad.

June miró de cerca los diminutos profetas, aferrados con aire fatigado a los barrotes de la jaula, miró sus diminutas pechugas y sus apagadas plumas. En el fondo de la jaula sólo había unos pocos papeles enrollados y sujetos con un cordel rugoso.

—Por la mañana, más —dijo él—. Mejor para usted.

—No —dijo June—. Lo necesito ahora. Mañana no me vale. *No está bien* —dijo con cautela—. Quiero que lo haga éste, *Planeta*.

—*Importa poco*.

—¿Qué? —dijo June.

—Da lo mismo.

—*Planeta* —insistió ella, señalando el más pequeño, el de los ojos oscuros y opacos que parecían perfilados con cera.

—Ése es *Justicio* —dijo él—. *Justicio* —canturreó a media voz—. *Justicio...*

El pájaro se posó en el suelo lleno de cagadas y cogió un rollo diminuto como si fuera una semilla de enorme importancia, una semilla que pudiera alimentar su cuerpo hasta la mañana siguiente. June puso los dedos contra los barrotes torcidos de la jaula, casi como si esperara recibir una ligera descarga. El pájaro le golpeó los dedos con el papel. Una vez. Dos. June lo cogió y el pájaro subió volando a su percha, donde se encogió como si fuera un terrón de tierra.

—Eh, June —la llamó Abby—. ¿Qué dice?

June se volvió hacia sus amigos y se acercó caminando despacio al tiempo que iba desenrollando el papel. La letra era florida y apretujada. Había

muchas palabras que no le sonaban. Caroline era la que mejor conocía el idioma, luego Howard. ¡Qué error había cometido! Necesitaría tiempo para estudiarlo y no había tiempo. Todos la miraban.

—Bah, es una tontería —dijo, y lo tiró al fuego, donde ardió perezosamente. Nadie intentó salvarlo.

—¡Dios, qué tarde es! ¿Dónde estarán mis padres? —dijo Abby, bostezando—. Quiero irme a la cama.

June se sentó con ellos un rato más antes de subir a su habitación. Luego, ya en la cama, se sintió desvelada, con una sensación de desaliento, incomodidad, apatía. Oyó un quejido lejano, pero cuando intentó escucharlo más de cerca no consiguió oírlo. Aguzó el oído todo lo que pudo. Nada. Tampoco consiguió recordar la cadencia de los tambores. Le había mentido a James sobre eso. Pero sí visualizaba bien el *anda* que había visto avanzar por las calles. De eso sí se acordaba. Había sido fascinante ver los dibujos creados con tanta meticulosidad y luego ver pasar el *anda*, cargada por los hombres, oscilando, y a su paso, los dibujos manchados, destrozados, convertidos en un milagro esparcido. Y esa última parte, el después, también había sido fascinante.

Pero en realidad no creía del todo que lo fuera. No era bueno engañarse a una misma. Pensó en Howard y lo odió a él y a su fría sonrisa. Era rechoncho, ¿no lo sabía? Más rechoncho que la mayoría. No era atractivo. Lo que había hecho Howard era mentira. No podía ser más que una mentira. Pensó en los maniqués rezando en sus celdas. Una mentira, también, pero ésa era divertida. Las cosas tenían que ser divertidas.

Por la mañana, el perro de Caroline había vuelto a desaparecer. Habían remendado la cuerda varias veces con nudos, pero siempre volvía a romperse. Y cuando se rompía, el perro escapaba del patio y, ladrando alegremente, correteaba por las calles. Caroline decía que cuando desapareciera para no volver habría llegado la hora de marcharse de allí. Había oído en alguna parte que los ángeles te anuncian cuándo ha llegado la hora de marcharse de un sitio marchándose justo antes que tú. June creía haberlo oído también. O eso

o algo por el estilo.

BROMELIAS

La nieta de Jones tiene ocho días de edad. Jones y su esposa no han recibido ninguna foto de la niña y, aunque han hablado varias veces con su hija por teléfono, no se hacen una idea muy precisa de cómo es. No es fácil describir a un recién nacido. Jones ha visto a varios bebés de corta edad a lo largo de todos los años de servicios prestados a la congregación y los ha tenido en sus brazos y los ha mirado a los ojos. Esas experiencias, sin embargo, no le sirven para imaginarse a *esta* niña, su única nieta, ese pensamiento armonioso y tierno que lleva dentro de sí, verde y grácil.

Jones y su esposa no tenían ni idea de que su hija estuviera embarazada. La habían visto seis meses antes y no les había comentado nada acerca del embarazo. Unos días después del parto, su marido los había llamado para darles la noticia.

Jones no pega ojo por la noche porque no consigue quitárselo de la cabeza. Su esposa se retuerce inquieta a su lado. Últimamente le cuesta mucho dormir. Su sueño está repleto de tareas imposibles e interminables. Está tan cansada que su cuerpo no halla ningún descanso. Tiene frío. Se levanta de la cama para ir al cuarto de baño y mojarse las manos con agua caliente. Se da unas palmaditas con agua caliente en las mejillas. Mientras ella está en el cuarto de baño, Jones baja a la cocina y pone agua a calentar para dos tazas de té. Sirve una bandeja con té, ralladura de limón y galletas con manteca de cacahuete. Luego se sienta con su mujer en la cama y se toman el té. Ahora ya no tiene tanto frío. Se siente mejor. Hablan sobre la niña. Su hija les ha dicho que tiene la boca bonita y el pelo castaño claro.

—Castaño claro —dice Jones entusiasmado.

Su esposa tiene muchísimas ganas de viajar al sur y conocer al bebé, aunque son casi dos mil kilómetros de viaje. Quiere salir cuanto antes, al día siguiente. Se muestra insistente al respecto.

Jones pasea con su hija por el bosque que hay detrás de su pequeña casa. Ella le va enseñando las distintas especies de bromelias que crecen allí. El estudio de las bromelias es la pasión más reciente de su hija. Es una muchacha flaca, impetuosa e inquietante, dominada por pasiones precisas que no le reportan ninguna alegría. Camina a grandes trancos y en silencio por delante de Jones, entre las luces y las sombras del bosque, que huele a limón. Los árboles crecen retorciéndose hacia el cielo. Sólo las copas son verdes. Su hija lleva un biquini escueto y descolorido y tiene moratones en las piernas y salpicaduras de pintura en el biquini. Hay una veladura en la piel, una delgada y delicada línea de musgo en su tripa plana, que se extiende hacia abajo desde el ombligo. Es una línea triste, frágil.

La niña duerme la siesta en la casita de ciprés que la hija de Jones y su marido han alquilado. La mujer de Jones también duerme. Esa misma mañana, a primera hora, Jones había salido al supermercado a comprar alimentos ricos en hierro para su esposa. Quizá está cansada porque tiene carencia de hierro. Jones pasó por todos los pasillos, empujando el carro de la compra. Había un artilugio delante del manillar que, al separarlo, se convertía en una sillita con dos huecos para que un niño pequeño pudiera pasar las piernas. Había muchos niños en la tienda, transportados en esos carros. Algunos le sonrieron con sus dientecillos remilgados. Jones compró huevos, verdura, hígado, melaza y frutos secos. Al regresar, su esposa no ha querido nada. Se ha sentado vestida con el camisón en un catre que hay en la habitación de la niña.

Jones le ha abanicado la cara con un mapa de carreteras.

—Me gustaría invitaros a todos a un refresco de fresa más tarde —ha dicho.

—Oh, me vendría muy bien para el calor —ha respondido su esposa—. Sería muy agradable, pero ahora mismo creo que lo único que me apetece es

mirar cómo duerme la niña. —Le ha hecho un gesto con los labios.

Jones le ha dado un beso a su mujer en la frente y ha salido. Fuera, encuentra a su hija, que camina descalza y despacio sobre el denso mantillo de hojas de roble.

—*Neoregelia spectabilis* —dice su hija—. *Aechmea fulgens*.

Hay cientos de bromelias, algunas crecen en las horcaduras de los árboles, otras aferrándose las unas a las otras como buenas epífitas, apiñadas en el suelo. Su hija las identifica todas.

—*Hohenbergia stellata* —dice.

Son plantas gruesas y brillantes con flores extraordinarias. Sus rosetas de hojas están llenas de agua.

—Tal vez a madre le sentaría bien tomar un poco de esta agua —dice su hija, hincando el dedo en la copa central de una bromelia muy arracimada. El agua es marrón y agria. Jones se queda mirando a su hija. Ella se encoge de hombros—. Lo llaman té —dice. Su cara se le antoja lejana y huesuda—. No sé —dice ella, y empieza a morderse las uñas.

La luz del sol se filtra entre las ramas de los cedros y los encinos como si pasara entre las lamas bien alineadas de un invernadero.

—Las bromelias son fascinantes —dice—. No necesitan nada para vivir. Sólo el aire y el viento. Se alimentan del polvo y los excrementos de los pájaros que les trae la lluvia. Las hojas de árbol que caen en sus copas centrales se descomponen en nutrientes. Seguro que son una de las criaturas predilectas de Dios. No dan ningún trabajo. No hay que cuidarlas nada.

A Jones le apenaron aquellas palabras.

La hija de Jones está preparando la cena. Corre de la cocina al porche, dando el pecho al bebé mientras pone los cubiertos. La casita es sombría y calurosa. Todos tienen mucho calor. El perro bebe sin parar de un cuenco grande puesto en el suelo. Jones lo vuelve a llenar cuando el agua se acaba y el perro sigue bebiendo. Jones está en la cocina, junto a la nevera, llenando un vaso con cubitos de hielo. Su hija está en los fogones, removiendo la bechamel con un batidor. La niña se ha dormido con la mejilla recostada en el pecho moreno de su madre y tiene un encaje de baba y leche en la boca. A Jones le gustaría abrazarlas a las dos, a su hija y a la niña. Lo hace. La niña se

despierta con un gritito.

—Papá —dice la hija de Jones.

Luego se encoge de hombros. Tiene el labio inferior cuarteado y quemado por el sol. Se ha cepillado el pelo castaño hacia atrás desde la frente y también tiene en carne viva un ribete de piel justo por debajo del nacimiento del pelo. Jones está de pie a su lado.

—Hace mucho calor en la cocina, papá, por favor —dice ella.

Jones sale al porche con el vaso lleno de cubitos de hielo y se lo da a su esposa. Se muere por un poco de hielo. Se pasa gran parte del día masticando hielo.

—¿Qué es lo que quiere mi cuerpo? —pregunta, triturando el hielo con los dientes.

Llega el yerno de Jones con una botella de ginebra y prepara gin-tonics para todos con limas recién cogidas de un árbol que se ve desde la casa. El árbol da frutos y flores al mismo tiempo.

—¿Qué curioso, verdad? —comenta Jones.

—¡Es precioso! —dice su esposa—. Lo entiendo perfectamente. ¡Es precioso!

Por un momento, Jones teme que su esposa se eche a llorar.

La hija de Jones ha hecho una cena muy rica. El sol se ha desvanecido, dejando un cielo de color cereza. La esposa de Jones lleva una alegre blusa de seda amarilla. Es el tono del sur tropical, de las puestas de sol del verano, un color que no trae luz. Todos se disponen a sentarse. El yerno de Jones se mira las manos con gesto preocupado.

—Disculpadme —dice—. He de lavarme las manos.

Es rubio, amable. Encuentra la forma de ser atento con todo el mundo. Hay en él una educada y no demasiado inexacta atención por los demás. Es un joven soñoliento y afectuoso.

Jones, su esposa y su hija se sientan a la mesa.

—Cada vez que tiene que ir a mear, me viene con el cuento de que tiene que lavarse las manos —dice la hija de Jones—. Cada vez. Me vuelve loca.

Sus manos golpean con furia los platos. Su marido regresa. Ella no le dirige ni una mirada. Tiene los ojos clavados en un punto del pecho de él. Impulsa la cabeza hacia delante como si fuera a caer contra el pecho de su marido.

—Espero que le hagáis fotos a la niña —dice la esposa de Jones—. Más vale que sobren fotos. Cuando miras atrás, te parece que hay muy pocas.

La noche anterior a su viaje de vuelta a casa, Jones se despierta de golpe de un sueño profundo. Se pone a toda prisa el albornoz y empieza a deambular por esa habitación desconocida. Siente que se ha incrustado en esa habitación, que se ha incrustado, incluso, en esta vida. Siente vívidamente el peso del momento, que no parece tener conclusión. Está en el presente, perfectamente reconciliado con el futuro pero desconectado del pasado. Es el presente en el que se ha incrustado.

Se acerca a la cunita del bebé y comprueba que está bien. Duerme. Jones arrima una silla a la cuna. La niña se despierta con la mañana. Empieza a llorar. La hija de Jones no va a la habitación. Hace horas que la han perdido.

Jones ya no es capaz de pensar con confianza en su hija. Le suda la cabeza. El sudor le corre por las mejillas. «En las cosas extremas, y en la brillantez dispersa...», un verso de Donne. Ésas son las palabras que murmullan en su mente. No hay otras palabras en su mente.

Unos días más tarde llega una carta de la hija de Jones. Su hija le escribe: «No estoy bien, pero me recuperaré si me dais un poco de tiempo». No dice nada del bebé.

Todos coinciden en que Jones y su esposa deben hacerse cargo del bebé. El destete es fácil. Es una niña sana y buena.

El yerno de Jones se deshace en disculpas. Se coge las manos por la espalda cuando mira a la niña. Le canturrea a media voz, abstracto, como un pariente de visita.

Pasan los meses. La niña ya tiene cinco meses. Lleva un peto azul brillante y un jersey rojo de cuello vuelto. Está sentada en el suelo y quiere quitarse un zapato. Se pelea con el zapato. No se le ocurre pedir o exigir que la ayuden. Tira y tira sin parar.

Jones está con la niña en el hospital, sentado al lado de su esposa. Parece que algo no funciona en su sangre. No está ingresada en planta. Sólo ha ido a que le hagan unas pruebas en un pabellón elegante donde le permiten llevar su propia ropa e incluso prepararse una taza de té en un hornillo eléctrico. Su esposa se agacha un momento, desata el zapato de la niña y lo sostiene en la mano. La niña no lleva calcetines. Jones acababa de hacer la colada y no había calcetines secos.

Jones menea el dedo gordo del pie de la niña.

—Éste se llama Crandlehurst —dice.

Le gusta poner nombres absurdos a los dedos de los pies de su nieta.

La niña mira con gesto serio el dedo y luego deja de mirarlo sin apartar la vista. ¡Jones no consigue inventarse nombres para todos los dedos de la niña! No florecen en su cerebro nombres cariñosos y tontos. ¡No hay sitio! En vez de ello, su cerebro es presa del ardiente zumbido de la mala hierba, de la espesura de metáforas que desgranar los doctores. «Los glóbulos blancos pueden compararse a los soldados de infantería que defienden sus posiciones atacando a sus enemigos en un combate cuerpo a cuerpo mortal y en el lance o bien los destruyen o bien son ellos los destruidos.»

Jones se aprieta la sien con un dedo de la forma más discreta posible. Mira la moqueta. Es más roja que el jersey de la niña, roja como una tarjeta de San Valentín.

Jones le dice a su mujer que está muy guapa. Le gusta el vestido que lleva, le trae buenos recuerdos. Hace mucho calor en el hospital. Su mujer ha ingresado en este hospital y corre otra estación del año. Fuera es invierno. Pero el recuerdo le lleva al verano, a su mujer con ese vestido y sus bonitos brazos bronceados. Jones puede compartirlo con ella. Comparte su corazón,

todo cuanto tiene, con ella. Como dijo Rilke... ¿Dónde era que Rilke decía «Como un pedazo de pan que tenía que alcanzar para dos»? Su corazón, el amor de Jones. Mira el vestido. Es fino, de cuadros blancos y azules, está ligeramente descolorido.

Es verano. Están en una pequeña casa de campo, de vacaciones. Hay una esterilla de rafia en el suelo con un diseño de pétalos entre los cuales se cuele la arena. Cuando levantan la esterilla, la arena deja el dibujo perfectamente perfilado en el suelo. Han puesto una hilera de uvas pasas en la barandilla del porche para los pájaros gato.

Jones recuerda. Por las mañanas, el césped parece bruñido con un paño de joyero. Y la esposa de Jones lleva ese vestido y frota la cara de su hija con el dobladillo de ese mismo vestido. Pero no puede ser ese mismo vestido, eso seguro, todo fue hace tanto tiempo...

Pero ahora han terminado las horas de visita. Suena un timbre en cada habitación. Jones regresa con la niña a casa. La desnuda y luego la vuelve a vestir para acostarla. Se queda en la habitación hasta mucho después de que se haya dormido. Luego baja al salón, enciende la chimenea y busca en las estanterías sus libros de Rilke. Los poemas están traducidos, pero los ensayos no. Saca su gramática alemana y empieza a buscar la frase que le vino a la cabeza esa misma tarde como por arte de magia. Jones disfruta con la gramática. Disfruta de las palabras de una lengua distinta. Necesita otra lengua, otras palabras. Tiene más que aburridas sus palabras. Disfruta buscando. ¿Acaso la búsqueda no lo es todo? Tarda una hora en encontrar el pasaje. No es como lo recordaba, como esperaba que fuera. Rilke no habla de las mujeres, sino de *Dinge*. No habla de los amantes y de la vida, sino de los muñecos y de la muerte. Las palabras afloran de una en una a los labios de Jones. «¿No fue una cosa con la que compartiste tu pequeño corazón como un pedazo de pan que tenía que alcanzar para dos? ¿No fue una cosa con la que experimentaste, en su existencia, en su aspecto indefinido, en su fractura final o en su enigmática desaparición, todo lo humano, hasta en los aspectos más profundos de la muerte?»

La esposa de Jones compró un juguete para la niña en la tienda de regalos del hospital. Es un elefante de peluche azul y suave, de unos veinte centímetros de alto. Dentro, tiene una caja de música que hace sonar el vals de *Carrusel*. Mientras suena el vals, la trompa del elefante gira despacio. Es un juguete bonito. La esposa de Jones está feliz de haber encontrado por fin un buen regalo para el bebé. Durante los últimos días ha caminado por el pasillo hasta llegar a la tienda de regalos. Cada día, como un pájaro en la hora más calurosa y difícil, se ha aventurado fuera de su habitación. Cuando por fin vio algo que le apeteció comprar, se sintió aliviada, libre de equívocos. Está en pleno dominio de sus facultades, una mujer que compra un juguete para su nieta. Han sido tantas las pruebas que le han hecho. Lleva días aquí; no quieren dejarla marchar. No saben qué le ocurre, ¡pero eso no es lo peor! Las primeras pruebas han dado negativo. Es malo pero no es lo peor. ¿Qué podría ser lo peor? Ya no tiene por qué temerlo.

Ese día vuelve a la habitación con el juguete, resoplando un poco, con las venas a ambos lados de los ojos palpitándole. Se sienta en la cama en silencio. Las venas parecen estar suspendidas fuera de su cabeza. Están fuera y quieren entrar dentro. Están allí, enrolladas, casi visibles, con nudos, duras, un desastre, embrolladas como una barata manguera de jardín. Podrá hacerse cargo de esas venas, de ese problema. Sin duda será capaz de corregirlo, de arreglarlo y conseguir que todo vuelva a funcionar bien, si es que consigue reunir las fuerzas necesarias. Ahora está más tranquila. Los ruidos que oía en su cara han cesado. Mira el elefante de juguete. La chica que atiende en la tienda de regalos lo ha metido en una bolsa. Una bolsa de papel marrón, arrugada como si la hubieran usado un sinnúmero de veces.

La esposa de Jones envuelve el juguete en papel de seda y espera a que empiecen las horas de visita de la tarde. Jones llega con la niña. La niña sonríe cuando ve su juguete nuevo. No muestra sorpresa. Es demasiado pequeña. Levanta la cabeza hacia la luz del techo y cierra los ojos.

CUENTOS NUEVOS

EL COBRE

Madre vuelve una noche y durante la cena se pone a hablar del *feng shui*, que si la distribución de nuestra casa no es la adecuada para una vida feliz, que si la puerta de la entrada nunca ha de estar alineada con la puerta trasera, como ocurre con la nuestra, nunca. Se lo ha dicho uno de sus colegas del Servicio de Parques y Jardines.

—Allí son todos unos subnormales —dije.

Y el chico, hablando como siempre con la boca llena, dijo:

—Por eso no hay que tener un crucifijo en el dormitorio. ¿Una cruz es lo mismo que un crucifijo? —pregunta.

Pude ver la carne con el ketchup en su boca.

—No —dije—. Un crucifijo es una cruz con el cuerpo colgado.

—Entonces una cruz está bien —dijo él—. Y un crucifijo también, siempre y cuando no tenga los ojos abiertos. Ésos, mejor tenerlos fuera de la habitación.

Normalmente nadie soltaba palabra durante la cena, pero a veces la situación se salía de madre. Fui al patio de atrás a fumarme un cigarrillo. Tengo un mezquite terciopelo y un par de saguaros. Ya estaban cuando compré la casa en 1972. A los saguaros aún no les ha crecido ningún brazo. Un saguaro ha de tener setenta y cinco años como mínimo para echar un brazo.

Otra noche, salgo de mi taller en el garaje para cenar y el chico aparece sin un pelo en la cabeza. Tampoco tiene pelos en los brazos.

—Santo Dios —digo—. ¿Qué has hecho ahora?

—Así se fastidia a los que hacen las pruebas de drogas —dice.

—No estarás tomando drogas, ¿no? —pregunto.

—Qué va —dice él—. Sólo que es anticonstitucional tomar una muestra de la cabeza de un hombre, de su pelo. Es mi forma de protestar contra la anticonstitucionalidad de esa práctica.

De niño, cuando quería blasfemar pero no se atrevía o probablemente no sabía cómo hacerlo, gritaba: «¡Bebés!». Era una auténtica monada. «¡Ay, bebés!», decía. No sé de dónde lo sacó.

¿Respetaba a su madre? Me inclino a pensar que sí. Bueno, en realidad no le hacía mucho caso.

Arreglé relojes en el garaje durante una temporada, pero luego dejé de ofrecer mis servicios al público porque la gente nunca, pero nunca, quedaba satisfecha. Así que ahora sólo es una afición personal, desarmar relojes de pared y de pulsera y volverlos a armar. Hace siglos hubo un francés, un relojero, que creó un pato mecánico de tamaño natural. Podía mover la cabeza, agitar las alas, hasta podía comer de un cuenco de grano. Y luego incluso cagaba el grano compactado. Estaba lleno de engranajes y resortes. Más de cuatrocientas piezas movían las alas. A esas cosas las llamaban *autómatas*.

—¿Puedes aprender cosas sobre los patos estudiando a los patos mecánicos? —pregunta el chico.

—Claro que no —digo. No me extraña que no caiga bien a sus profesores, pienso.

—No es una pregunta estúpida —dice—, si tenemos en cuenta en qué mundo vivimos, siempre estudiando todos esos sistemas y simulaciones informáticas, y haciendo todas esas evaluaciones de rendimiento que no son más que abstracciones que luego tratamos de aplicar al mundo real. Las personas reales son complejas. Una situación real no puede descomponerse en abstracciones. No soy partidario de la energía nuclear porque no tenemos donde enterrar los residuos nucleares —dice—. No podemos desligar la energía nuclear de los residuos nucleares.

Pienso: este chico necesita echar un buen polvo; pero digo:

—¿Por qué te preocupan los residuos nucleares? ¿Por qué no sales de casa, te buscas un empleo, lo conservas y ganas un poco de dinero por tu cuenta?

Pero yo no tengo trabajo y hace años que estoy igual, así que mis palabras suenan algo huecas. Con el empleo de madre nos basta a todos. Hay un predicador que dice que una familia de cuatro miembros puede vivir estupendamente con cincuenta mil dólares al año antes de impuestos y que si ingresan más deberían donar la cantidad sobrante al prójimo. Y nosotros sólo somos tres. ¿Se sigue llamando a la gente como nosotros *familia nuclear*?

Una vez fuimos a Nueva York. Aún hoy sigo sin saber por qué insistió ella en que fuéramos. «¿Por qué no vamos al Gran Cañón?», dije, pero ella quería hacer algo distinto. Ya habíamos visitado el Gran Cañón. Quería ir a ese restaurante, ¿Windows of the World se llamaba? Y quería pillar algún musical. Lo dijo tal cual: «Quiero pillar un musical». Hace siglos que trabaja para Parques y Jardines, utilizando maquinaria pesada, podadoras, sierras y cosas así, y recién aterrizados en La Guardia lo primero que hace es caerse por las escaleras y torcerse el tobillo. Y luego lo único que puede hacer es dar saltitos de la cama al cuarto de baño en esa habitación cutre y minúscula que tenemos en el hotel. Así que me toca a mí enseñarle Nueva York al chico. Tenía unos nueve años. Acabábamos de salir de una estación de metro, el chico y yo, completamente desorientados, y resulta que pasa a mi lado un mexicano y me suelta un gruñido, y después señala levantando la barbilla a una mujer que espera a nuestro lado a que el semáforo se ponga en verde, y la mujer resulta que es ciega, lleva gafas oscuras y un bastón, evidentemente es ciega, y el tipo ese me dice, pero sin hablar: cumple con tu deber, yo no voy por ese camino.

Los ciegos no se agarran a ti o te cogen de la mano como te imaginas. La señora se limitó a ponerme el dedo en la chaqueta, casi sin tocarla.

«Aquí hay una alcantarilla muy grande», digo, pensando que lo último que nos faltaría es que se le partiera el bastón en uno de los agujeros de la alcantarilla. Cruzamos la calle y la mujer se medio gira para cruzar otra y le

digo: «¿Quiere que nos quedemos con usted para cruzar aquí también?». Y ella dice: «Muchas gracias, pero sólo si les va de camino, naturalmente». Tenía la voz más cristalina, bonita y refinada que haya oído en mi vida. Y entonces el chico le suelta a grito pelado: «¡No sabemos dónde estamos ni adónde vamos!». Y ella dice, aún con esa voz preciosa: «Uy, están empezando a asustarme». En fin, estaba furioso con él, muy pero que muy furioso. Acompañamos a la mujer al otro lado de la calle y luego lo arrastré de vuelta al metro y nos volvimos a la otra punta de la ciudad, al hotel, y nos quedamos allí dos días. Yo era el único que salía y eso sólo cuando iba a comprar galletas y Coca-Colas. El chico no paraba de decir: «Lo siento, papá. Lo siento». Eso era lo que hacía. Hacía algo, contestar de mala manera a quien no debía, por ejemplo, pero luego reculaba, vaya si lo hacía. No vimos nada en Nueva York y ésa fue la última vez que salimos de Arizona.

Me meto en la tienda de comida para pájaros. Tengo unos comederos para pájaros con sebo que he hecho yo mismo. Lo más barato que encuentras en las tiendas de saldos y en las ferreterías no está procesado y a veces se echa a perder. La mayoría de la gente no lo sabe. Es la misma gente que sigue poniendo ese tinte rojo de mierda en los abrevaderos para colibrís. Cada vez que voy a la tienda me encuentro a alguien preguntando si tienen algo para espantar a las palomas. No quiero palomas. ¿Cómo puedo deshacerme de las palomas? Y el empleado empieza a ir de aquí para allá, intentando venderle algún chisme hecho con material reciclado por cincuenta dólares del que sólo pueden alimentarse los pájaros que comen cabeza abajo. Así que le digo, de cliente a cliente: «Una pistola eléctrica. Pruebe con una pistola eléctrica». Y entonces me miran medio interesados hasta que les digo: «Era una broma».

Encontró a una perra abandonada cerca de una fábrica de Raytheon y la trajo a casa. Parecía un cachorro, pero quién sabe. No tenía la dentadura particularmente blanca. El chico la llamó *Vega*.

—¿Qué demonios significa eso? —digo—. ¿Cómo se te ha ocurrido?

—Es árabe —dice.

—Sólo quieres meterte en problemas, ¿no? —digo—. ¿Por qué ibas a ponerle un nombre árabe a un perro? En realidad ni siquiera suena árabe. Suena español. ¿Qué significa en español?

—Una llanura abierta —dice.

—Pues qué nombre más estúpido para una perra —le digo—. Llanura abierta.

Yo la llamaba *Amy*. De todos modos, el chico dejó de cuidar de ella al cabo de unas semanas, así que me ocupaba yo de darle de comer y de adiestrarla un poco. Tenía tiempo, no trabajaba. Y sabe Dios que hay que disponer de tiempo para los ejercicios de adiestramiento.

Sentada... Buena chica... Abajo... ¡No! Quieta... Buena chica. Veinte minutos dos veces al día. Se supone que no puedes repetirle las órdenes.

Y así llegamos al día número quince, que es más o menos cuando termina todo. Es entonces cuando por fin logras que se sienten quietos, y te vas a la puerta de casa y saludas a una persona imaginaria y hablas con gente que no está allí. Me divertía hacerlo porque nunca se pasaba nadie por nuestra casa, y lo prefería así. A veces el chico invitaba a algún amigo, pero no ocurría a menudo. Los chicos van por otro carril de la vida. Un carril de tráfico lento. Se mueven despacio, hablan despacio. Todo se va frenando.

—¿Qué sentido tiene adiestrar a esa perra? Si ni siquiera es guapa —dice el chico.

Es verdad, *Amy* no hará que nadie vuelva la cabeza para mirarla. Y le digo:

—¿Qué sabrás tú de ser guapo?

«Límpiate ese maldito acné, chico», quise decirle, porque a veces puedo tener mala uva con él, pero no lo hice.

—Un hombre no tiene que ser guapo —dice él—. Le basta con tener buena presencia y controlar la situación.

—Desde luego —digo—. Se nota que controlas la situación en todos esos cuchitriles de comida rápida de los que no paran de despedirte.

Lo habían despedido una vez por comer ensalada con los dedos en la cocina, directamente de uno de esos boles tan grandes como un bloque motor. Con los *dedos*.

—Me habrían echado igual si hubiera usado un tenedor —dice.

La siguiente vez le dijo a la encargada del local que era una estúpida y que desperdiciaba su cerebro.

—Me gusta *Amy* —dice—. La encontré yo, ¿te acuerdas?

Reculando como siempre, vaya si lo hacía.

A veces, madre quiere preparar una cena especial, una sopa, por ejemplo. Me pide que vaya al Safeway a por una lata de leche de coco y un poco de cilantro. No puedo imaginarme una sopa que suene peor, pero, si le apetece hacer la cena, me la comeré. A mí no me apetece cocinar. Así que meto a *Amy* en el coche y nos vamos al Safeway. Las pequeñas exploradoras están junto a la entrada, colocadas en una mesita donde venden galletas. Siempre tienen a alguien a la entrada vendiendo algo, hasta cuadros al óleo originales. A veces hasta los políticos acampan allí. Así que compré una caja de galletas. Hay que estar muy mal de la cabeza para no comprar galletas cuando te asalta una pequeña exploradora de las Girl Scouts. Como era de esperar, no encuentro la leche de coco y me paseo por la tienda hasta que un crío me dice: «¿Puedo ayudarle, señor?», tras lo cual me guía con aire petulante hasta la estantería correcta. Estoy pasando por la caja y el cajero me dice: «¿Necesita ayuda, señor?».

Me paso todo el camino hasta llegar a la camioneta murmurando: «¿Necesita ayuda, señor? ¿Necesita ayuda, señor?».

Son como autómatas.

El chico se matriculó en una asignatura de poesía en la universidad pública.

—Es estupendo —digo—. Estupendo no alcanza para expresarlo —digo en tono sarcástico.

—Estamos estudiando a Rimbaud —dice—. Era francés, también, como

tu relojero, ese que hizo el pato. ¿Qué curioso, verdad?

—¿Por qué va a ser curioso? —pregunto.

—Escucha esto —dice. Abre entonces un pequeño libro de bolsillo donde ha destacado unos versos con un marcador azul. Dice—: «Pues yo es otro. Si el cobre se despierta convertido en corneta, la culpa no es en modo alguno suya. Algo me resulta evidente: aventuro un roce con el arco: la sinfonía se remueve en las profundidades».

—Si ni siquiera concuerda —digo yo.

—«Pues yo es otro —dice él, lúgubrememente—. Si el cobre se despierta convertido en corneta, la culpa no es en modo alguno suya.» —Me sonrío con suficiencia. Lleva tiempo trabajando esa sonrisa.

»Bueno, es una traducción —dice—. Pero en clase nos han pedido que traduzcamos la traducción.

—Tú sí que necesitas un traductor —digo.

—Nadie será capaz de traducirme jamás —dice.

Dijo que una vieja iba a veces a darles clases de apoyo y que olía a ropa.

—Ropa —dije—. Ropa limpia, espero.

—Sí, sí, sí —dijo.

—Ya no deberías necesitar clases de apoyo, ¿no? Estás en la universidad, en un centro público. Llevas años matriculado allí.

—Es una buena samaritana. Le hablé de Rimbaud y me dijo que fue el primer moderno.

—¿Y qué se supone que significa eso?

—¿El principio de lo que somos? Era un soñador salvaje, Rimbaud.

Y me dedica esa sonrisita suya.

—Papá —dice—. Crees que nunca voy a llegar a nada.

—No voy a discutir sobre eso —digo—. O dejarás tu marca o no lo harás.

—Lo que tú quieres es parar el tiempo —dice—, y eso es peligroso.

—No quiero parar el tiempo —digo—. El tiempo no se para porque me dé por arreglar un reloj estropeado.

Pero me mira como si pensara que sí.

—Yo también veo las cosas desmontadas —dice.

—¿No te convendría llevar una camisa más limpia?

—¿Crees que sí?

—Ésa está asquerosa. Hace días que te la veo.

—¿Cuando piensas eso también tienes otras cosas en la cabeza?

—Santo cielo —digo—. Ponte una camiseta limpia y punto.

—Cuando pienso una cosa, esa cosa la repienso por mí —dice.

—Tenemos que ser tolerantes —me dice madre—. No eres tolerante y eso duele. Salta a la vista.

—Tolerante —digo.

Ignoro en qué momento cogí la costumbre de repetir alguna de las palabras que me acaban de decir. Sencillamente, elijo una de su conversación y la repito.

—Puede que sea neuroatípico. Al menos eso es lo que dice Tom.

Me incordia hasta sacarme de quicio toda esa cháchara que se gastan en Parques y Jardines, pero Tom se lleva la palma. Está tan gordo que no sé cómo puede atarse los zapatos.

—Tom dice que la neurodiversidad podría ser más crucial para la especie humana que la biodiversidad.

—Tom se pasa el día manejando pesticidas —digo—. No es un amante de la madre Tierra.

Lo que me recuerda algo que nos soltó el chico la otra noche sobre las últimas palabras de Albert Einstein. El chico tiene la mirada clavada a un lado de nosotros mientras estamos sentados en lo que le encanta llamar enfáticamente la sala de *estar* y nos suelta:

—Las últimas palabras de Albert Einstein fueron: «¿La Tierra es amiga nuestra?».

—Lo dudo mucho —le digo.

—Sí, sí, sí —dice—. Es verdad. A veces pienso qué voy a elegir como últimas palabras.

—Desembucha —digo.

—No será una pregunta.

—No te imagino haciendo una pregunta como últimas palabras —digo.

El chico levanta la vista y decide que mi respuesta le complace. No suele mirar directamente a la gente. Sostiene que el contacto visual es contraproducente para la comprensión y la comunicación. Siempre encuentra la manera de justificarse, eso seguro.

Madre continúa hablando de Tom, de Jimmy, de Christina y de sus múltiples teorías acerca del chico, a quien nunca han visto pero creen conocer gracias a la cháchara interminable que les suelta madre, supongo. La verdad es que tienen montada una buena redcilla socializadora en el parque. Tuvo la oportunidad de trabajar en Sweetwater, en el pantano que han construido al lado de la planta de tratamiento de aguas residuales. Habría ganado más dinero, pero dijo que se sentiría sola rodeada de extraños. No quería dejar a sus amigos. No le gustan los cambios.

—Neurotípico —digo—. ¿Tendrías la amabilidad de contarme a qué demonios se refería tu TomTom? —Lo llamó así porque en su cuerpo cabrían perfectamente dos hombres de compleción normal.

—Neuro-*a*-típico —dice ella.

—Oh, santo cielo, lo siento —digo—. ¿Y se puede saber por qué hablas de nuestra familia con esos subnormales? Nuestra familia no es asunto suyo. TomTom vive con una de esas mujeres que parece un hombre, ¿me equivoco? Bastante tiene con su atípica pareja para andarse preocupando de nosotros.

—Su mujer es un encanto —dice madre—. Y de todos modos, Tom no habló mal de él en ningún momento. Sólo quería que me sintiera mejor. Les conté a mis amigos que no le dejaban volver a esa asignatura en la que estaba matriculado.

—No quiero que hables del chico con ellos —digo—. Y deja que te lo recuerde: fuiste tú la que quisiste tener un hijo, no yo. Sólo uno, decías. Uno y basta.

—Sois fruta madura —nos dice a madre y a mí. Ella se limita a torcer el

morro y mover el tenedor sobre una porción de tarta de supermercado.

—Supongo que tú no lo eres —digo—. Tú eres fruta verde.

Aunque duela reconocerlo, a veces es divertidísimo este crío.

—Han exprimido todo lo que era fácil, como vosotros. Os han exprimido a fondo. Pero ahora tendrán que enfrentarse a la gente como yo. Y no hay ninguna fórmula.

—La gente como tú —digo.

Se levanta tan deprisa que tira el vaso de leche de la mesa. Pero luego lo caza. El vaso voló lateralmente un instante y el muy cabrito lo cazó al vuelo. Pero luego sale hecho una furia de casa y madre empieza a lloriquear. Entonces suena el teléfono y es una de esas llamadas automáticas que no puedes cortar hasta que te sueltan todo el discursito.

Eran cerca de las once de la mañana. Un hermoso día en el desierto. A veces te olvidas de que el cielo aún puede ser muy bonito. Madre estaba en el parque arreglando un sistema de aspersores por cuadragésima vez. Creo que los rompen aposta para tener algo que hacer. Estoy en mi taller pensando como suelo hacer en que la tercera taza de café tiene un saborcillo raro cuando de pronto se arma la de Dios es Cristo. Gente aporreando la puerta y gritando, chillando, y hasta oigo un helicóptero volando sobre la casa. Y digo: «Quieta, *Amy*, quieta, quieta», y salgo del garaje y hay policías por todas partes, gritando «hijo de puta, hijo de puta» y «la congresista», y luego, otra vez, «hijo de puta», incluso las mujeres, todas ellas de uniforme y con pistolas, y pienso que lo que estuviera pensando hace un minuto será el último pensamiento tranquilo que tendré en mi vida. Aunque ahora intento a veces fingir que el chico está en casa, en su habitación, con la puerta cerrada. Finjo que sigue viviendo con nosotros, comiendo con nosotros, buscándose la vida con nosotros. Pero, naturalmente, ni lo hace ni está aquí.

No, nunca nos asustó. ¿Asustarnos de Jared?

LAS CHICAS

Las chicas estaban registrando la habitación de Arleen y acababan de encontrar su diario. Las chicas tenían treinta y un y treinta y dos años. Arleen era una carcamal de edad indefinida que se hospedaba en la casa de sus padres. Había llegado a la ciudad con el pastor que encabezaba la congregación episcopal a la que pertenecía su familia. El pastor llevaba deprimido unos cuantos meses porque su amante se había muerto. Pasaba la mayor parte del tiempo en el jardín vestido con un taparrabos rojo brillante con tiras por los hombros y sus formas orondas iban adquiriendo un tono tostado magnífico. Las chicas estaban convencidas de que sus padres se arrepentían de haberlo invitado, porque aquel hombre no era nada divertido, no tanto, por lo menos, como podía serlo cuando se encaramaba al púlpito.

Arleen estaba atareada en ese momento lavándose la larga melena en la ducha al final del pasillo. Las chicas habían tenido que hacer muchas visitas clandestinas a su habitación antes de encontrar algo de interés. El diario estaba guardado en un bolsillo con cremallera de su maleta abierta.

—Ya había mirado aquí, estoy segura.

—Debe de ir cambiándolo de sitio.

—¿Empezamos por la primera entrada o por la última? La última será de anoche, supongo.

—Fue la Noche de las Lechuzas. Acompañó a mamá a la Noche de las Lechuzas y cuando volvió dijo toda seria: «Ni una lechuza».

A las chicas el comentario les parecía desternillante.

El ruido del agua en la cortina se interrumpió y las chicas bajaron corriendo las escaleras. Prepararon un té y se acurrucaron en el sofá con sus

gatos. Tenían dos gatos vivos y dos gatos muertos. Los muertos se llamaban *Roland* y *Georgia O’Keeffe* y sus cenizas reposaban sobre la chimenea en sendas urnas sofisticadas y de alegres colores. Los pies de cerámica de la urna de *Roland* eran conejos. Los de la urna de *Georgia O’Keeffe* eran ratones. Las habían diseñado y creado las chicas.

—Buenos días, Arleen —dijeron al unísono cuando apareció con el pelo mojado y apelmazado a la espalda.

Arleen las miró con curiosidad y les dirigió una sonrisa tímida. La mata de pelo le había empapado la espalda de la blusa. Llevaba unos pantaloncitos caqui. Eran de ese modelo tan raro al que se pueden abotonar unas perneras para convertirlos en unos pantalones largos.

—Me preguntaba —dijo Arleen— si se podría sacar la caja de los gatos del cuarto de baño.

Las chicas y los gatos se quedaron mirándola.

—Huele —dijo Arleen.

—¿*Huele*? —dijeron las chicas.

Hubo un silencio.

—Esta mañana he dado un buen paseo —dijo Arleen—. He ido en bici hasta los páramos y luego he dado un bonito paseo a pie. Se puso a llover, bastante fuerte, y luego paró de pronto y quedó un día precioso.

Las chicas afectaron un gesto de gran sorpresa ante aquella experiencia tan notable.

—Me hizo recordar algo que leí una vez sobre los páramos ingleses en el mes de abril —dijo Arleen—. «Abril, que ora ríe con su risa de niña ora llora lágrimas de niña, es propenso a conducirse como una madura histérica en los páramos.»

Las miró, con una sonrisa rápida, y luego inclinó la cabeza. Tenía toda una parte de la melena mal cortada y las chicas casi se mareaban al verla.

—Hace tiempo que dejamos atrás abril, Arleen —dijo una de las chicas—. Estamos en junio. Lleva aquí casi dos semanas.

Arleen asintió.

—Le han sentado muy bien al padre Snow.

—¿Cómo es *su* casa? —preguntó la otra. Habían comprobado que con

Arleen había que andarse por las ramas.

—Tiene escaleras —dijo pensativamente—. Escaleras muy empinadas. A veces no salgo de casa porque a la vuelta tendré que encontrarme con las escaleras. Y a menudo, cuanto estoy fuera, no vuelvo por culpa de las escaleras. Por lo demás, resulta bastante correcta.

—¿Le da miedo la delincuencia? —dijeron las chicas, abriendo mucho los ojos.

—No —dijo Arleen.

Tenía toda la actitud de una mujer que espera a que la despachen. A las chicas les encantaba. Removieron una cucharadita de miel en el té.

—¿Se lo pasó bien en su cumpleaños, Arleen? —preguntó una.

El padre Snow había anunciado unas noches antes que era el cumpleaños de Arleen. Las chicas habían comentado que las fiestas de cumpleaños eran una institución estadounidense poco menos que idiota contemplada con cierto estupor por el resto del mundo. Arleen se había ruborizado. Las chicas habían dicho que no aprobaban los cumpleaños, pero sí veneraban la Navidad. El año anterior habían regalado a mamá y papá unas clases de danza *adagio* y un libro de bordados en cuyas páginas se mostraban escenas de su vida en familia: mamá, papá y las chicas.

Nadie le había regalado nada a Arleen por su cumpleaños, pero ella y el padre Snow habían aprovechado la ocasión para ofrecer su regalo a la casa que los acogía: una coctelera chapada en plata con las iniciales de mamá y papá grabadas.

—Hemos buscado un regalo práctico pero que no fuera insufriblemente aburrido —dijo el padre Snow.

—No, de verdad que no hacía falta —dijo mamá.

—¡Tenemos diez de éstas! —dijo una de las chicas, y salieron corriendo a sacarlas de la despensa, incluidas las que estaban abolladas y deslustradas. Durante todos esos años, la coctelera había demostrado ser el regalo más socorrido para la casa.

—Tuve un cumpleaños precioso —dijo Arleen. Se miró la muñeca y se la rascó—. ¿El padre Snow está fuera?

Las chicas señalaron el jardín. Tenían unos brazos pálidos, largos y bien

formados.

Arleen asintió moviendo ligeramente la cabeza y se volvió para salir, tropezando un poco con la solera de la puerta.

Entre ellas, las chicas se referían al padre Snow como padre Hielo, una ironía que les procuraba satisfacción, pues su oronda tristeza les suscitaba una indignación muy notable. ¿Dónde había ido a parar su fe? ¿No tenía la fe necesaria para llenar ese taparrabos que llevaba? ¿Qué había sido de su apacible compostura? Lo había abandonado. Aquel hombre no podía estar más lejos del hielo, de su admiración por el hielo, del encaje de escarcha que cubría las cosas, del resplandor, la luminosidad y la dureza del hielo. Nunca se cansaban del hielo. Habían visto bastante a lo largo de sus vidas, pero no el suficiente.

Dando besos y haciendo arrumacos a sus gatos vivos, las chicas se acercaron a la ventana de la cocina y echaron un vistazo al jardín. Arleen estaba en el suelo, a los pies del padre Hielo, con la cabeza hacia atrás para secarse el pelo. El padre Hielo hablaba con los ojos cerrados y las lágrimas le rodaban por las mejillas.

¡Menuda pareja!, pensaron las chicas. Besaron las barrigas de sus gatos. La boca del padre Hielo seguía cotorreando. Su amante, un joven escuálido que se llamaba Donny, le hacía la comida al padre Hielo y le planchaba las vestiduras. El padre Hielo se había derrumbado la noche anterior, mientras cenaban cordero asado a la brasa, pues se acordó, cabía suponer, de cómo le preparaba Donny aquel plato. Justo en ese momento se estaba recuperando de otro derrumbe de una hora antes, cuando estaban tomando cócteles.

Las chicas, a través del cristal, observaban atentamente a Arleen.

—Está enamorada, ¿te das cuenta? No es sólo amistad.

—Ese tipo de amor no es nada peligroso.

Las chicas nunca habían estado enamoradas. No planeaban casarse. Iban a discotecas y se encaramaban a taburetes, con sus vestiditos rojos, sus vestiditos negros y sus vestiditos blancos, en sus encantadores y provocativos vestiditos ceñidos, y se echaban el pelo a un lado y se reían mientras se miraban a los ojos. Siempre tenían hombres pululando a su vera. Se sentían atraídos por las hermanas, pero ellas no admitían que cortejaran a una sin que

la otra recibiera el mismo trato, ni siquiera por diversión. No querían separarse. Eran como hermanas siamesas. No eran hermanas siamesas, desde luego, ni siquiera habían nacido el mismo día con un año de diferencia, que era la razón por la que pasaban de los cumpleaños. A los hombres no les importaba que no quisieran separarse. De hecho, los excitaba de manera agradable. No entendían que a la larga no tenían ni la más remota oportunidad con ellas.

Las chicas dejaron a los gatos y se apartaron de la ventana, encaminándose al amplio porche acristalado de la fachada sur de la casa para trabajar en sus manualidades. Eran construcciones atractivas, no había en ellas asomo de morbosidad, violencia o represión sexual, como era tan frecuente en ese tipo de objetos, y eran, sin embargo, de buen gusto, frías, y singulares. Uno de los varios jóvenes que estaban embelesados por las chicas les hizo las hermosas cajas con compartimentos en las que colocaban sus colecciones. Una de esas cajas contenía un trocito del encaje del vestido de boda de su madre. No se lo habían pedido, pero ella tampoco lo había reconocido cuando lo vio. Había muchas cosas de ese tipo en las cajas.

Oyeron la voz de mamá. Decía:

—¿Y usted cómo describiría el sonido que hizo? El libro de ornitología decía que era como un chillido asmático, pero yo no lo describiría así. A mí, desde luego, no me sonó en absoluto a chillido asmático.

Arleen murmuró algo a modo de respuesta. Por lo visto, había vuelto a entrar en la casa. Era una casa de dos plantas del siglo XIX con azulejos en forma de escama de pez y un entarimado dorado de anchos tablones. Era una casa maravillosa. Mamá y papá siempre habían tenido invitados en verano. A las niñas no les gustaba, era como si mamá y papá no quisieran estar a solas con ellas en los meses más bonitos del año. Los huéspedes no se quedaban mucho tiempo, normalmente no más de una semana, pero en cuanto unos se marchaban otros ocupaban su lugar. Las chicas sólo encontraron dignos de mención a unos pocos de los invitados. Hubo una mujer joven que cautivó su interés durante un fin de semana dibujando a lápiz docenas de edificios medio góticos, medio sarracenos, que a todas luces pretendían ser visiones de personas famélicas o drogadas. La observaban de cerca, pensando que era

tremendamente chic y un fraude de mujer, y quedaron decepcionadas cuando se marchó sin previo aviso y llevándose, porque nunca más la volvieron a ver, una de las toallas de playa de Hermès de su madre, la que tenía estampada una cruz de Lorena.

Aunque la mayor parte de los huéspedes nunca volvía a la casa, el padre Snow había sido invitado varias veces. Los religiosos eran unos zánganos, en opinión de las chicas, y el padre Snow, aunque fuera muy capaz de realizar una buena actuación en el entorno adecuado —lo habían atestiguado en las festividades más señaladas—, no era una excepción. A Arleen era la primera vez que la veían. De entrada, desde luego, no pareció que fuera a darles muchos problemas. Era tímida, deferente y sencilla. Llevaba unas deportivas rojas, la de la izquierda con una raja, según propia confesión, para hacer sitio a un juanete. Eso sí, tenía una melena caoba preciosa. La única historia que les había contado trataba precisamente sobre su pelo. De niña, también tenía un pelo precioso y solía llevarlo recogido en una larga trenza. Una mañana se la cortó para regalársela a un tipo por el que estaba colada, un hombre casado, empleado de correos o algo por el estilo. No la recuperó y el hombre se marchó a otra parte. A las chicas les encantaba aquella historia. Era tan chistosa que prácticamente parecía idiota.

Las chicas volvieron a oír la voz de su madre y ladearon la cabeza. Estaba haciendo la lista de la compra. Si a Arleen le apetecía bajar al centro, podrían comprar flores, bebida y también comida, y Arleen podría darle su parecer sobre un jersey que mamá estaba pensando comprarse. Papá dijo que cuando miras a la muerte a los ojos, más te vale hacerlo con la misma tranquilidad con la que un paseante se para a mirar un escaparate. Pero mamá nunca se asomaba a los escaparates de ese modo. Los miraba con emoción y angustia. A veces, los comentarios de papá no tenían en cuenta a mamá.

—¡Chicas! —gritó mamá.

Las chicas dejaron a un lado sus construcciones y salieron zumbando hacia la cocina, donde mamá estaba recogiendo las cosas del té.

—Arleen me ha contado que hace un rato ha visto a los gatos jugando con un cenzone. Me ha dicho que le han arrancado las patas de cuajo.

—¿De cuajo? —repitieron las chicas, maravilladas por lo desafortunado

de la expresión.

Mamá asintió. Llevaba una bonita bata floreada y unas zapatillas de seda igualitas que las de las chicas.

—No fueron nuestros gatos —dijo una de las chicas—, nuestros gatos son buenos, son unos gatitos caseros, sólo juegan con juguetes comprados en tiendas.

Sin embargo, ambas sabían perfectamente que en lo poco que llevaban de verano sus gatos habían masacrado, a tenor de lo que habían visto, a no menos de una docena de pájaros cantores, que eran eficaces y despiadados, y que su forma tan natural de expresar su naturaleza esencial era algo que admiraban en gran medida.

—¿Sois conscientes de que los gatos domésticos matan a cuatro coma cuatro millones de pájaros al año sólo en este país? —dijo Arleen.

—Espantoso —dijo mamá débilmente.

—Mamá, mamá, mamá, no hagas caso de esas historias terribles. Esas historias terribles no ocurren en nuestro jardín —dijo la otra chica, al tiempo que le daba un abrazo, fingiendo que se colgaba de ella, aferrándose con sus pequeñas manos a la blanda cintura de su madre, soltando sandeces hasta que consiguió arrancarle una sonrisa.

—Hablando de temas más ligeros —anunciaron entonces las chicas, lanzando una mirada de furia a Arleen—, nos vamos a la playa.

Y allí pasaron el resto del día, desnudas y muy admiradas, con la piel reluciente gracias a las frecuentes capas de aceite solar. Hablaron de mamá y de papá. Era algo que no solían hacer, pues preferían guardárselos para sí mismas de una forma concreta y particular, no atreviéndose a rozarlos con las palabras o siquiera contenerlos en palabras, sino guardándoselos —atrapados por decir así— y siendo conscientes de ellos con toda claridad sin tener que pensar en ellos, como si jugaran con ellos de esta forma.

Pero mamá y papá estaban cambiando. A ojos de las niñas, parecían estar de hecho viniéndose abajo. Era preocupante. Papá cada vez fumaba y bebía más, rindiéndose a lúgubres vaticinios. ¡A veces se mostraba huraño con ellas como si no lo fueran todo para él! Y la alegría de mamá por la vida parecía marchitarse. Tenían un comportamiento titubeante, como si cada vez les

costara más discernir las cosas. Papá había querido arder como un fuego furibundo, pero no lo había hecho. Era evidente que no. Algo se cernía a paso acelerado sobre él, y sobre mamá también, algo que era a un tiempo veloz y lento, embozado en los minutos y los meses.

Las chicas regresaron abatidas a casa, cruzaron el jardín y pasaron bajo los rosales donde se ocultaba pizpireto el nido de un pájaro entre las cañas del rosal trepador. Las chicas le hicieron una mueca, pues sabían que alojaba dos huevos putrefactos al haberlo investigado unos días antes. No habían informado a mamá del contenido pulposo del nido y, por descontado, nunca lo harían.

Encontraron en la cocina un recado para ellas, escrito con la caligrafía redondeada de mamá en un grueso papel de carta.

«El padre Snow y Arleen han ido al centro a comprar cucuruchos de helado. Papá y yo hemos subido a echarnos la siesta.»

Las chicas subieron a todo correr las escaleras y entraron en la habitación del padre Snow. No encontraron nada salvo dos piedras negras redondas en la mesilla junto a la cama individual.

—No pensará que son él y Donny, ¿no?

—Qué espanto.

En la habitación de Arleen, fueron inmediatamente a la maleta, pero no encontraron el diario. Otra vez faltaba el diario. No estaba por ningún lado. Entonces lo encontraron. Pero habían estado en tan alto grado absortas en la búsqueda que no se dieron cuenta de que Arleen estaba en la puerta. Era una figura borrosa, de hombros redondeados, con un bolso en forma de ballena al hombro, un miserable souvenir de esa isla perfecta.

Y entonces desapareció.

—Bien, ha sido todo un detalle por su parte.

—Es *nuestra* casa.

Pero al abrir la libreta, que tenía una cubierta asquerosamente rosa y de un tacto fibroso y basto, Arleen se presentó de nuevo y pronunció las palabras tal y como aparecían en la primera página.

—«*Jaquecas... Palpitaciones... Aislada... Culpa...*» Y eso es un boceto de una fotografía que me enseñó vuestra madre. Sois vosotras con vuestros

padres cuando erais pequeñas.

Las chicas, desconcertadas, le echaron un vistazo. Aquella mujer no tenía ningún talento. Las chicas, en un arranque irreflexivo, se inclinaron y husmearon la página.

—Vuestra madre piensa que su corazón es un coche a toda velocidad —dijo Arleen—. Demasiado grande, demasiado rápido, descontrolado, sin nadie al volante. Y su cabeza lo mismo, a toda velocidad también... Más adelante hay unas cuantas descripciones de sus sueños.

—¡No te ha contado sus sueños!

Las chicas no creyeron ni por un instante que mamá pudiera contarle a ese *trol* sus sueños.

Arleen les quitó delicadamente el diario de las manos, esbozó una tenue sonrisa y se marchó.

Las chicas se quedaron sentadas un rato, sumidas en un silencio inquieto. Más tarde, ya en su habitación, que abarcaba todo el segundo piso de la casa y era exótica y teatral, se dieron un baño, se vistieron y se recogieron el pelo. Ya anochecía y en la sala de estar de la planta baja donde todos debían reunirse para los cócteles reinaba una luz dorada.

Las chicas bajaron de puntillas por la escalera. Papá estaba hablando con el padre Snow sobre un antiguo huésped que aseguraba poder salir de su propio cuerpo a voluntad y luego darse la vuelta y mirarlo. Las chicas se acordaban de *aquel* fin de semana. Torcieron el gesto.

—Nunca me lo creí —dijo mamá—. Aunque, al final, es algo subjetivo, supongo.

—Debió de pillarle el gusto —dijo el padre Snow.

—Yo nunca lo haría, creo —dijo mamá.

Todos encontraron divertido aquel comentario. Las chicas estaban escandalizadas por la amistad entre papá y mamá y aquel dúo tan raro. No serían capaces de soportarlo otra noche.

—¡Oh, chicas, estáis guapísimas! —exclamó mamá.

El padre Snow estaba removiendo los dry martinis con una cucharilla. Llevaba americana y corbata. Arleen llevaba... algo espantoso. Se repartieron las bebidas en sus copas de cristal. Al padre Snow le gustaba pronunciar una

breve plegaria antes de la hora de los cócteles. Para las chicas, no era más que otra de sus costumbres insoportablemente irritantes. La plegaria nos sirve para librarnos de una parte de la ignorancia sobre nosotros mismos, decía siempre el padre Snow. Mamá, papá y Arleen agacharon la cabeza. Las chicas, como siempre hacían, echaron una mirada a la salita. Miraron los espejos, el escabel tapizado con un bordado, la alfombra china buena, los pequeños relojes de latón, el papel carmesí alizarina de las paredes. Lo adoraban, todo era suyo.

—Un brindis —dijo el padre Snow—, un brindis por los ausentes esta noche. —Les dirigió una mirada triste—. Tenemos que beber todos a la vez —dijo, y todos tomaron un sorbo de sus copas.

—¿Donny fue su primer ayudante? —preguntó alegremente una de las chicas.

—Ojalá pudiera pasar página —dijo el padre Snow.

—A lo mejor debería cambiar de profesión —dijo la otra chica mostrándose preocupada.

—Me estoy planteando dejar la parroquia —dijo el padre Snow, masticando una aceituna—, y dedicarme a la gente de manera individual. Atenderlos hasta el final. De uno en uno.

Papá comentó que él y mamá estaban al cien por cien de acuerdo con aquel proyecto.

—Pobre Donny —dijo el padre Snow—. Tenía una vida bastante incongruente y luego se murió.

—Pero eso fue porque era muy típico —dijo una de las chicas—. Y no hay nada malo en ello, nada de nada. De todos modos, ¿qué le pasaba en la dentadura? Tenía una marca en los dientes como la que deja la marea alta.

Las chicas encontraron muy satisfactorio el momento de zozobra que siguió.

El padre Snow parpadeó asombrado.

—Lo quiero mucho.

Las chicas suspiraron. En ese momento les pareció un molusco. Casi no merecía la pena malgastar energías con aquel hombre.

—Mamá —dijo una de las chicas—, cuenta la historia de la noche en que

papá te pidió la mano.

—Ah —dijo mamá—, sí. Se arrodilló delante de mí y me dijo: «¿Y si sencillamente nos vemos todos los días de nuestra vida?». —Entonces mamá le ofreció a Arleen una galletita untada con un poco de queso maloliente y carísimo. Arleen la rehusó—. Ya hace casi treinta y cinco años de eso.

—Cuenta la historia entera —chilló la chica—. Nos encanta esa historia. Cuenta que esa noche de invierno papá atropelló a un tipo que estaba de pie junto a su coche estropeado en la carretera, y que papá, aunque sabía que con toda probabilidad lo había matado, no se paró porque ibais a un concierto. Era la noche que papá iba a pedirte la mano y no quería que vuestra vida juntos se viera comprometida o aplazada. ¡Teníais toda la vida por delante!

El padre Snow se quedó visiblemente lívido.

—Esa noche daban el *Cuento de Hadas* de Janáček —dijo mamá—. El programa también incluía piezas de Debussy y Beethoven.

El padre Snow parecía muy incómodo. Mamá se le acercó y le estrechó la mano.

—Si eso hubiera ocurrido —le dijo—, usted sería capaz de aceptarlo, ¿no? Sólo si hubiera ocurrido, por supuesto.

El padre Snow le devolvió el apretón.

—Sólo si hubiera ocurrido —dijo.

—Es la primera vez que se airea esa historia en público —dijo papá.

Las chicas entornaron los ojos y canturrearon un poco. Se pirraban por aquella historia: la noche, las oleadas de nieve que caían sobre el paisaje, la ropa elegante para la velada, ellas mismas aún por existir, el sacrificio de un desconocido.

El padre Snow se acabó su copa.

—Voy a preparar otra ronda, si no les importa —dijo.

Liberó su mano de la de mamá y puso más ginebra en la coctelera, la removió una vez y rellenó las copas sin más ceremonia. Ciertas situaciones no se prestaban a la sacralización de lo vulgar, actividad esta que se esforzaba siempre en realizar.

Dio un trago y volvió a buscar la mano de mamá, aunque retrocedió un poco al encontrarla.

—¿Usted cree que aún estamos a tiempo de hacer algo al respecto? —dijo mamá, midiendo las palabras—. ¿Al cabo de todos estos años?

—¿Arrepentirse? —dijo él, con la voz quebrada—. Arrepentirse —dijo. Mamá lo miró con cierto enojo.

—¿Nada más? Siempre pensé que eso de arrepentirse era de lo más ordinario. —Quiso ofrecer más queso, pero tenía la mano atrapada—. Lo siento —dijo—. Los dos lo sentimos.

—¡Pero nadie entiende bien la palabra! —dijo el padre Snow—. La palabra que en todo el Nuevo Testamento viene traducida como *arrepentimiento* en griego es *meta-noia*, que significa «cambiar de opinión». *Meta* significa «transferencia», como en *metáfora*, «transferencia de sentido». Transformación.

—Arrepentirse —dijo mamá—. Perfectamente inútil. Perfectamente ordinario, en realidad.

—La palabra *arrepentimiento* deriva del latín *paenitare*, que significa sencillamente «lamentar algo», lo que sugiere un cambio en el corazón y no tanto en la cabeza. *Paenitare* no puede ser una palabra más inadecuada para reflejar el desafío al que hay que hacer frente —dijo agitado el padre Snow.

—Hemos tenido una buena vida —dijo papá, fumando—. Plena. Eso no nos los quita nadie.

El padre Snow miró su copa. El momento de entusiasmo había quedado atrás. Ahora no era más que un borracho que volvía a echar de menos a Donny.

—Muy difícil. Otra forma de pensar, un enfoque distinto ante todas las cosas de la vida... —dijo con tono vacilante.

Los gatos entraron en la salita y saltaron al regazo de Arleen. Siempre lo hacían con personas que intuían que los odiaban, cosa que divertía a las chicas. Pero Arleen los acarició, primero a uno y luego al otro. Del lomo de uno de los gatos arrancó una garrapata del tamaño de una monedita hinchada. Sostuvo entre los dedos aquel bicho gordo que agitaba sin parar sus patitas diminutas y luego lo dejó en el plato que papá usaba de cenicero. Arrancó otra de detrás de la oreja del segundo gato. Su extracción ocasionó un ruidito parecido a un clic. La dejó junto a la primera. Los bichos dieron tumbos entre

la ceniza del platito de porcelana. La encantadora cenefa floral que era tan de mamá, que mamá admiraba en toda su vajilla de porcelana, estaba totalmente oscurecida. En esa bonita sala, esa sala formal con las tulipas de seda, los retratos de los ancestros y la alondra bajo la campana de cristal.

—Eso es asqueroso, Arleen —dijo una de las chicas. Estaban convencidas de que se había sacado las garrapatas de la manga. Era imposible que sus mascotas, sus amores, albergaran esos bichos—. ¿Eres maga? Con lo religiosa que eres, ¿no te parece inmoral?

—No, no —dijo Arleen, escondiendo con timidez la cabeza—. Qué voy a ser una maga. Soy una consejera, una compañera.

—Arleen no es ninguna aficionada —dijo el padre Snow.

—¿Una compañera? —dijeron las chicas.

—A esta buena mujer le cuentas cualquier cosa y se le ocurre una decisión rápida —dijo el padre Snow—. Yo confío más en el rollo espiritual. Las palabras. Bla, bla, bla, bla.

Arleen se volvió hacia mamá.

—Deberían irse con viento fresco.

—¿Los gatos? —dijo mamá—. Sí, ya lo sé. A veces *salpican*.

—No, las chicas —dijo Arleen—. Ya va siendo hora.

Las chicas se quedaron boquiabiertas.

—Vuestra madre no está bien. La estáis matando —se limitó a decir Arleen.

Mamá se quedó mirándolas. Daba la impresión de no saber qué pensar. Papá dejó el cigarrillo encendido en el plato, luego lo apagó y se encendió otro. Las cenizas se movían con fuerzas incesantes e incluso renovadas.

Mamá se afanó en untar más queso en las galletitas saladas, montones de queso, un poco más de lo que sería agradable, de hecho. Se levantó para pasar la fuente, tambaleándose un poco.

—Oh, siéntate, por favor —dijo una de las chicas exasperada.

Hizo lo que le pedían, de forma súbita y con un gesto de perplejidad.

—¿Estás bien, Clarissa? —dijo el padre Snow, pues ése era el nombre de mamá.

—¿Querida? —dijo papá.

Sonrió tímidamente y soltó un pequeño bufido. Todo aquello era tan impropio de mamá. Se meció un poco y luego se deslizó hasta el suelo sin la menor elegancia, enredándose en el cable de la lámpara y golpeándose la cabeza con la repisa de la chimenea.

Las chicas se agarraron entre sí y dieron un grito.

Arleen se acercó a acunar la cabeza de Clarissa y el padre Snow, con sorprendente seguridad, se agachó junto a las dos. Había recobrado totalmente la compostura, como si por un instante hubiera dejado atrás a los viejos muertos y acudiera a atender sin demora las necesidades de los nuevos por venir.

EL APARECIDO

El padre de Cliff lo había dejado todo dispuesto para su propio funeral y, cuando se murió, su abogado llamó e informó a Cliff del lugar y la hora, un pequeño cementerio junto a una iglesia en una isla con la que no tenía relación alguna y que, por lo que él sabía, tampoco significaba nada para su padre, aunque los dos hacía tiempo que se habían distanciado.

—La lápida no está preparada todavía. Es mármol de Deer Isle. Sin nombre, sin fechas, sólo las palabras: ¿Y TÚ, QUÉ BUSCAS?

Cliff no dijo nada.

—Sin duda es original —aventuró el abogado—. Seguramente por eso les está llevando tanto tiempo.

Era invierno. Tenía veintiocho años. Llevaba un año trabajando en una editorial de la ciudad, una de las mejores, y pasaba los fines de semana con una mujer y su hijo de dos años en una casita de Connecticut que ella había heredado de su abuela. Los padres de ella habían muerto hacía un tiempo. También estaba sola. Bueno, no del todo, porque tenía a su hijo.

La isla reposaba en una neblina gélida. En esa época del año, el ferri sólo tenía programados dos trayectos diarios de ida y vuelta. Uno salía a las nueve de la mañana y regresaba de inmediato al continente, y el otro salía de la isla a las cuatro de la tarde. La travesía duraba cuarenta minutos.

Cliff metió el coche en la bodega, que estaba perfectamente iluminada con unas bombillas amarillas. La luz hacía que todo pareciera más frío. Había dos todoterrenos nuevos y una camioneta cargada con vigas de madera y tuberías. Cliff llevaba traje, zapatos buenos y calcetines finos; se había vestido con esmero para la ocasión. Tenía un abrigo y guantes, pero eran muy

elegantes y no abrigaban demasiado. Debería haberse abrigado más. Habría llevado algo para leer, pero había pensado: «Mi padre se ha muerto». No le apetecía leer. La ceremonia sería a las doce en punto y seguramente no se alargaría más de quince minutos. Le habían dicho que había una pensión cerca del embarcadero del ferri donde daban de comer, pero la isla no parecía muy preocupada de brindar acomodo al visitante ocasional. No había ningún pueblo. Había un campo de golf y un puesto de la Guarda Costera, y las playas eran de roca y en su mayor parte privadas. Era una isla de fincas invisibles a las que se accedía por carreteras sinuosas.

Trató de imaginarse a una mujer junto a la tumba, una desconocida hermosa y llorosa. Eso esperaba encontrar, una revelación postrera sobre una vida, la de su padre, que le resultaba desconocida en casi todos sus extremos.

Cuando el ferri empezó a moverse, salió del coche y subió a la sala del pasaje. El suelo de acero estaba pintado de azul y los bancos de roble tenían una gruesa capa de barniz. Había cuatro pasajeros y un perro enorme y oscuro, un terranova. Eran una pareja atractiva de viejos, el conductor de la camioneta y, sentada con el perro, una joven de unos veinte años. Todos le echaron una mirada rápida salvo el conductor de la camioneta, que sujetaba un vasito de papel lleno de café pero parecía estar durmiendo. La chica leía y la sobrecubierta del libro que tenía entre las manos decía sin rodeos *Los poemas de Yeats*. Al cabo de un momento, bajó el libro y le echó un vistazo.

—«El gorro y los cascabeles.» Ése es bueno —dijo él.

Ella le obsequió con una sonrisa forzada y retomó la lectura.

Siempre había sido aficionado a la poesía.

Se sentó en silencio en uno de los bancos barnizados. Nadie hablaba, pero parecían cómodos, a gusto. Él no se sentía a gusto. Pensó por un momento que si supieran de su situación se mostrarían amables. Luego se sintió avergonzado.

Al otro lado de las ventanas reinaba la oscuridad. La travesía hacia la isla fue tranquila y procuró en todo momento ser consciente del viaje.

Algo golpeó en la ventana. Miró pero no vio nada. Los otros también miraron a la ventana. Hasta el perro enorme alzó la cabeza, que parecía acalorada y húmeda, y temblaba un poco, como algo que se estuviera

cociendo. De niño, alguien le había dicho que todos los perros, fueran grandes o pequeños, tenían el corazón del mismo tamaño. La idea le había inquietado durante años. Nunca había tenido un perro.

Cerró los ojos y al cabo de un rato oyó que el motor aminoraba la marcha. Se levantó y salió a la cubierta. Pudo atisbar el embarcadero, las maltrechas tablas de madera de la rampa brillaban con un resplandor aceitoso bajo un único foco de gran potencia. Bajó y se metió en el coche. Encontró las indicaciones que le había facilitado el pastor para llegar a la iglesia y las volvió a estudiar. No era complicado. El pastor no había conocido personalmente a su padre, pero había sido el destinatario de las cenizas.

Apareció un marinero y replegó las barreras de la bodega. El ruido del motor se hizo más fuerte y el ferri empezó a frenar y finalmente se meció contra la rampa. Cliff observó atentamente todo el proceso de amarre. Cuando el marinero le hizo un gesto, se dio cuenta de que había temido la llegada de aquel momento, salir en primer lugar del ferri y subir frente a los demás por la carretera.

El coche pasó traqueteando sobre las planchas de acero y enfiló por el camino, patinando un poco. Los otros vehículos le siguieron. En poco tiempo, había pasado por la posada oscura y, apenas un par de kilómetros más tarde, por la iglesia y el cementerio adyacente. Los coches seguían detrás de él. Debería haber entrado en la iglesia, pues a fin de cuentas ésa era la razón de su viaje. Se sintió humillado. La carretera se bifurcaba y dobló a la izquierda. Los otros le siguieron, como si tuvieran el propósito de atormentarle. Finalmente, vio que la camioneta se desviaba. Árboles mojados flanqueaban la carretera y muros de piedra brillaban entre las ramas muertas de las enredaderas. Uno de los coches se metió por un caminito, pero el otro siguió detrás de él. Sintió que se le iluminaba la cabeza. Vio un zorro en la calzada y dio un frenazo. El zorro se esfumó y el coche que llevaba detrás le adelantó a toda velocidad, con la chica al volante y el perro enorme ocupando todo el espacio del asiento trasero. Paró un momento en el arcén y se quedó pensando. En el arcén había otro zorro al que habían aplastado hacía tiempo. Pero después de todo no ha pasado nada, fue el pensamiento incoherente que le vino a la cabeza, y se sintió asustado.

A Cliff le encantaba su trabajo como editor. Le encantaban las viejas oficinas, la crueldad y formalismo de las reuniones. Aún no llevaba a ningún autor. Había trabajado en unas cuantas antologías y tenía una novela histórica en el calendario de novedades para otoño. Entre semana, dormía en una pensión que había en un edificio de piedra rojiza en la zona oeste de Manhattan, entre las calles Ochenta y Noventa. Su habitación era pequeña, con un kílím viejo en el suelo, y la cama era alta y estrecha. Una colección de peluches Steiff llenaba una de las repisas y en el armario había una aspiradora. El único desayuno que servían en la pensión se componía de muffins ingleses y confitura de fresa, pero no le permitían guardar comida propia en la nevera. Siempre pasaba hambre. Los fines de semana, tomaba el tren a Connecticut y dormía con Ricky y Richard, el niño. Le gustaba la idea de tener una familia atractiva de cuya creación no era responsable.

Uno de los editores jefe parecía interesado en sus progresos. Se llamaba Franklin Woolf, pero todo el mundo lo llamaba Loup. Era erudito y divertido hasta decir basta. Más te vale ser el último en salir del despacho cuando está por aquí, le había avisado otro de los editores adjuntos, aunque Cliff tenía muchas ganas de aprender y sabía que podía aprender mucho de él. Loup lo dispuso todo para que se instalara en el estudio que uno de los autores más venerables de la editorial tenía en el centro de la ciudad, el cual se había trasladado temporalmente a México. El estudio estaba lleno de libros y tenía buena luz para trabajar y una cocina, y además no tendría que compartir con nadie el cuarto de baño. La vida allí sería mucho más cómoda. El autor estaba trabajando en un libro «como un volcán», pero todo el mundo sabía que había dejado de escribir, que se había quedado sin energías. Nadie bajaba ya a escribir libros a México. Aquel hombre estaba acabado.

Uno de los adjuntos había muerto y casi toda la editorial asistió al funeral. Era más joven que Cliff, recién salido del Bard College. Se había ahogado haciendo el imbécil en un lago perdido durante un largo fin de semana de

vacaciones, y ahora estaba muerto. Entonces, ni una semana más tarde, un agente literario muy querido había muerto como consecuencia de las complicaciones que suelen acompañar a la diabetes. En esa ocasión se celebró una misa en memoria del desaparecido y fue la primera vez que Cliff vio hablar a Loup en ese tipo de ceremonias. Aunque Cliff no había conocido personalmente al agente, las palabras de Loup le conmovieron e incluso emocionaron de una forma curiosa. Fue de lejos el mejor orador de la ceremonia. La vida parecía buena y libre de preocupaciones, cruel, fútil y casi incomprensible. No habría podido describirle a nadie lo que había dicho Loup.

—Por Dios —le musitó Loup al final—, vamos a tomarnos una copa.

Eran las tres de la tarde y fueron al Carlyle. Mientras entregaban sus chaquetas en el guardarropa, Cliff vio que Loup echaba un vistazo a la insignia de la sociedad Phi Beta Kappa que llevaba en la solapa de su chaqueta. Alumno aplicado, se había licenciado en un *college* del Medio Oeste de escaso prestigio. Llevaba la insignia con cierto secretismo, pero sin darle mayor importancia. Como si no tuviera ningún valor porque no había ido a una buena universidad.

Loup le obsequió con la más ligera de las sonrisas. Cliff estaba demasiado nervioso para emborracharse. Más tarde, cuando regresó al estudio del escritor, quitó la insignia de la solapa y la tiró al fondo de un cajón.

Loup estaba revisando las cajas de manuscritos, una docena en total, que aguardaban sobre su escritorio desde hacía un mes. Los estaba descartando rápidamente. Elegía una página par y le dedicaba atención plena. Una página le bastaba para saberlo todo. A veces tomaba la decisión a partir de una sola línea. Las sospechas de los escritores eran completamente fundadas.

Llamó a Cliff a su despacho y le leyó en voz alta:

—«Miré por la ventana. No pude distinguir entre pensamientos y árboles.» ¿Qué se supone que significa eso? —le dijo a Cliff.

—Me gusta —aventuró él—. No está mal.

—Le daremos una oportunidad a la escritora. Si no le cambiamos la vida,

será otro quien lo haga.

Loup y Cliff, dos hombres apuestos vestidos con chaquetas oscuras, acudían juntos a los funerales. Abundaban las ocasiones de hacerlo, por lo menos una vez al mes, en catedrales y clubes privados, en arboretos, capillas, debajo de puentes, en teatros. Un digno lamento que parecía casi perpetuo y se posaba leve sobre el vigor y la rutilancia de la ciudad. No encontraban nada sospechoso ni extraordinario en aquella abundancia, nada que resultara particularmente perturbador en la forma que tenía el curso habitual de la naturaleza de cumplirse sobre los finados. No faltaban las sorpresas, aunque no había suicidios. El agente enemigo apareció a su debido tiempo, le llegó la hora según su propio calendario. Un traductor murió en un choque en cadena durante una tormenta de arena en una carretera interestatal de Nuevo México. Un poeta fue asesinado por su mujer. El fundador de una vieja revista literaria de obstinado prestigio se desmayó tras excusarse durante una cena.

Y después del funeral resultaba agradecido beber y conversar, impertérritos, fortalecidos, con los sentidos avivados gracias a su asistencia a esos rituales cortesanos donde Loup a menudo hablaba en su muy admirado estilo indirecto y profano, dirigiéndose a las personas que, flauta de champán en mano, habían sido convocadas en un patio, o paseaban descalzas a orillas de una marea que retrocedía dulcemente, o se reunían en un amplísimo apartamento de antes de la guerra —no todas las guerras obsequian a la época inmediatamente anterior con una arquitectura tan atractiva— o en un loft luminoso y sin una mota de polvo, donde las caras, de tan idealizadas, parecían máscaras, aunque algunas, pero no tantas, resultaban casi inhumanas por la pena. Creían que Loup les decía que pese a todo seguían ganando la batalla, pues sus corazones, por mucho que fueran fríos, afligidos, inseguros o incluso carentes de honor, aún no habían muerto en sus cuerpos. Estaban ganando la batalla. El día aún les pertenecía, aunque el mañana no estaba a nadie prometido.

Los fines de semana, Ricky trataba de aguantar el ritmo alcohólico de Cliff copa por copa. Cada vez eran más las horas con las que llegaba de

retraso con respecto a lo prometido. La casa pequeña y limpia le resultaba asfixiante. La cara del niño estaba enrojecida, pero aun así dormía, narcotizado por el calor, con un pañal blanquísimo de tela por toda vestimenta.

—¿Por qué no abres alguna ventana? —quiso saber Cliff.

—Dejo todo cerrado para que la casa esté fresca —dijo Ricky—. Mi abuela lo hacía y siempre se estaba fresco.

—Es como estar en un horno —se quejó Cliff.

—Supongo que no me di cuenta. Sólo te esperaba.

Cliff se movió deprisa por la casa, abriendo ruidosamente todas las ventanas de guillotina. Había que sostenerlas con palos, mazos resquebrajados de croquet, travesaños de silla. Así solía hacer las cosas la vieja. Una brisa fragante penetró inmediatamente desde el descampado, pero no ablandó su ánimo.

Por la mañana, se sentaron en la terraza de secuoya que la abuela había encargado construir el mes que murió. Cliff había intentado terminar la obra, con pobres resultados, pero Ricky no parecía reparar en ello. Le gustaba desayunar en la fea terraza de madera, que incluso había afeado más poniendo macetas de geranios por todas partes. Más lejos, cerca de la marisma, mirlos de alas rojas se mecían en las puntas de los altos tallos de hierba.

Ricky estaba leyendo el periódico con avidez, como siempre hacía. Su homenaje matutino al periódico. Finalmente lo dejó.

—¿Qué? —dijo—. Te veo inquieto.

—Tengo mucho trabajo que hacer.

—Habrías podido traértelo. No me importa.

—Será mejor que regrese pronto. Quizá después de comer.

—Vaya —dijo ella decepcionada, y se puso a arrancar los tallos muertos de los geranios.

—Esas cosas huelen muchísimo —dijo él.

—Prefiero las rosas, pero no se me dan bien. —Al cabo de un rato dijo—: No estés triste conmigo, Cliff, con nosotros.

—No estoy triste —dijo él—. Y no empieces a dar la lata con eso.

En el ferri, la chica había acariciado la cabeza del perro mientras leía. Entonces había alzado la vista y había vuelto a mirar a Cliff. Seguramente la había estado observando sin darse cuenta.

—Rilke es mi poeta favorito —había dicho él—. Escribió mucho sobre perros. ¿Sabías que incluso escribió sobre meterse en un perro? Tu hombretón le habría fascinado.

—Mi hombretón —había dicho ella, despacio.

—Según parece, Rilke abandonó a su mujer, dejó su casa, por ese motivo. Porque no le permitían «meterse en el perro». O, si lo hacía, le habría tocado explicarlo, lo cual lo habría echado todo a perder. Le encantaba deslizarse al interior del perro, al mismísimo centro del perro, a ese sitio donde el perro existía como perro, a ese punto, decía Rilke, donde Dios habría descansado después de terminar la creación del perro, para observarlo. —Había hablado deprisa. Normalmente no era muy hablador. Notó que le faltaba un poco el aire.

—Me gustaría aclararte algo —había dicho ella—. ¿Crees que será posible? Es decir, dejártelo clarísimo.

—Lo siento —había dicho él—. No pretendía...

—Creo que me has entendido —había dicho ella.

Después de verla pasar a toda velocidad, Cliff condujo un rato más, desorientado, a lo largo de la isla. Luego regresó a la iglesia y el cementerio. Había unas pocas lápidas grandes de mármol, rosadas como el beicon crudo, y otras bajas, de granito, piedras almohada, había oído en alguna parte que las llamaban. No vio que hubieran cavado tierra recientemente en ningún lado. Esperó que se acordaran, que supieran lo que tenían que hacer. Se bajó del coche y caminó hacia la verja de forja que cercaba el camposanto. Con alivio vio un montón de tierra recién cavada, tierra que esperaba. Regresó al coche y se sirvió una taza de café de un termo que había traído. Le pareció que antes de la muerte de su padre, que se había producido hacía sólo seis días, sus conocimientos habían sido más amplios y que en adelante cada vez sabría menos cosas. Miró la iglesia, el cementerio y el aparcamiento, donde unas

gaviotas aguardaban encogidas. En el pico de las gaviotas había un puntito rojo y perfecto como una gota de sangre. No entendía nada de lo que veía. La iglesia no tenía campanario. Tenía una alusión arquitectónica de un campanario.

Caminó hacia la iglesia y las gaviotas se apartaron de él de mala gana, abriendo las alas pero sin echar a volar. Como la puerta no estaba cerrada entró y, sin mirar el templo, encontró los servicios. Al salir vio el despacho del pastor y también apoyó la mano en esa puerta, pero estaba cerrada con llave. Dentro de la iglesia hacía tanto frío como fuera, quizá incluso más.

Se sentó con timidez en el último de los bancos. Vio en el suelo la manopla de un niño. No había pasado media hora desde que había desembarcado del ferri. Permaneció sentado pese al frío. La iglesia parecía un caparazón, el caparazón de un desventurado animal. Las flores de la misa dominical se marchitaban en los jarrones. Los jarrones de plata, sin embargo, brillaban. Era miércoles.

Podía ver su propio aliento delante de su cara y le empezaron a castañetear los dientes. Apartó con la punta del pie la manopla infantil hasta meterla debajo del banco de delante. Se levantó y, después de pasar frente al despacho del pastor, se metió en una sala abierta llena de cachivaches, juegos de mesa, vasos, zapatos y ropa. Colgados de un perchero había varios jerséis y chaquetas viejas. Introdujo su mano desnuda en el bolsillo de una chaqueta y palpó colillas de tabaco y gomas elásticas. Se preguntó si alguno de los objetos personales de su padre estaría en esa sala. No lo habría reconocido; hacía dos años de la última vez que había estado con él y se habían visto lejos de donde vivía, en un restaurante de la ciudad. Recordó un plato de carne sanguinolenta. Al parecer, aquel restaurante erapreciado por la carne firme, fresca y sanguinolenta que servía. La cena con su padre no había ido mal, aunque no recordaba gran cosa.

Después de meterla en el bolsillo, se notó la mano sucia, hormigueante, incluso un poco entumecida, como si le hubieran picado insectos venenosos. Colillas de tabaco, gomas elásticas y muerte, ése era el final prometido. Regresó a su coche, encendió la calefacción y se adentró una vez más en la isla. Esta vez no vio el zorro aplastado y siguió avanzando. Había páramos

con pinos de Virginia, matorrales y estanques. No había casas en esa zona, que era pública, era tierra protegida, surcada de caminos pedregosos. Condujo sin rumbo fijo, despacio, por el páramo, hasta detenerse en un altozano. A cierta distancia vio un vehículo que avanzaba a paso de tortuga con un perro que le seguía el rastro. Era el terranova. Así lo obligaba la chica a hacer ejercicio. La muy zorra, pensó. Una zorra holgazana. Se quedó hundido en su asiento, descorazonado, odiándola, siguiendo con los ojos al torpe perro. No se acercaron. Seguramente lo había visto allí arriba, su coche blanco en el páramo, pero elegía senderos que cada vez la alejaban más de él. Desaparecieron de su vista.

El agua de la lejana enseada parecía de cemento, un bulevar desierto. No podía permitir que aquella muchacha le echara a perder la isla, ese paraje desconocido donde su padre quedaría sepultado para siempre. Tenía que centrar toda la atención en su padre, era absolutamente fundamental. Miró su reloj. Aún faltaba un rato para el entierro. Se acordó de haber pensado que el pastor debería haberlo invitado a su casa durante ese tiempo muerto. Habría sido un detalle.

La escritora que no sabía distinguir entre sus pensamientos y los árboles tuvo una buena acogida. Pero su agente literario traicionó a Cliff y el siguiente contrato lo firmó con otra editorial. Con todo, a Cliff se le reconoció tener buen instinto, lo que redundó en mejores oportunidades. Sus autores le tenían en gran estima por el esmero con el que trabajaba, pero él, por su parte, vio que cada vez los admiraba menos. Los mejores libros eran los habitados por la gente que los había escrito.

—Una prosa fiera, táctil —dijo Loup—. Eso es lo que queremos, pero casi nunca nos lo dan.

»Ya no queda ni un gramo de puta energía —dijo Loup—. ¿Lo has visto? Es porque la gente pasa de la energía de la muerte, la energía *vital* de la muerte. No la utilizan. Cuanta más muerte tenemos, más la desperdicia la gente. Sencillamente, dejan que se evapore. Pero nosotros no. Sabemos administrar la fuente. Estoy seguro de que sabes —dijo Loup— que el alma

es un invento. La inventó un griego en el siglo VI antes de Cristo. Píndaro el Griego.

—Me dijeron que lavaba los pañales con demasiada lejía y que por eso el bebé estaba quejoso —dijo Ricky—. ¿Crees que puede ser?

Se había cansado tanto de ella que era como un dolor de huesos.

—He encontrado una buena canguro —dijo ella—. He tardado siglos en encontrar una buena de verdad. ¿Por qué no te acompaño al entierro de tu padre?

—¿Y por qué ibas a querer venir?

—Nunca hacemos nada importante juntos. Casi no te veo. Después, podríamos salir, ¿no?

—Nos tomamos otra copa y salimos esta noche. Iremos a esa marisquería. Era tarde avanzada y el sol se precipitaba con premura hacia la tierra.

—Mi abuela decía que cuando cae el crepúsculo, Dios se acuerda de los corazones de los hombres. Es la única vez que piensa en nosotros, con el crepúsculo.

—Tu abuela era una mujer extraordinaria —dijo Cliff.

Ella lo miró con gesto inseguro.

Más tarde se pelearían. Cliff vio con alivio que habían terminado.

Había pasado por la posada antes de volver a embarcar en el ferri. El coche de la chica estaba en el aparcamiento y, en el asiento trasero, como un juez con su toga, se sentaba el perro.

Todas las mesas del comedor tenían puesto el mantel, pero estaban vacías. La gente comía y bebía en el bar. Cliff fue al comedor, pidió un whisky con soda, un plato de sopa y un poco de pan. Casi temblaba de hambre. Se comió casi todo el pan con el whisky.

La chica surgió de la penumbra y cruzó el comedor hasta llegar a su mesa. Llevaba unos vaqueros y una chaqueta de *tweed*, e iba con los labios pintados de un carmín oscuro.

—Siento haber sido grosera esta mañana —dijo—. Me sabe mal. Era interesante lo que contabas.

Cliff cogió el último trozo de la panera y se puso a masticarlo.

—El pan no es muy bueno por aquí —dijo él.

—Los fines de semana es mejor —dijo ella—. Bueno, a veces. —Se rio.

—¿Te apetece una copa? —dijo él.

—No, gracias. Sólo quería disculparme. Me porté fatal. Por las mañanas es como si fuera una persona distinta.

La chica estaba siendo muy agradable. —Sí —dijo Cliff—. Pareces una persona distinta.

La camarera llegó por la sala con el plato de sopa.

—Te dejo tranquilo —dijo la chica, y regresó con sus amigos.

Cliff se tomó la sopa. Al cabo de unos minutos, la camarera regresó con otro whisky.

—Invita la casa —dijo.

Cliff lo aceptó y pidió otro. Cuando te invitan a una copa, sabe igual que cuando la pides tú. No entró nadie más en el comedor.

Cuando ya se iba, la chica le dijo adiós desde lejos.

—Adiós —respondió. Esa chica no significaba nada para él.

Estaba oscureciendo y casi no pudo distinguir el enorme bulto del perro en el coche aparcado al lado del suyo. Pensó que le observaba desde dentro. No quería que nadie le observara desde dentro.

Estaba sentado con Loup en un rincón del bar al que solían ir. Hacía meses que eran clientes habituales. Cliff acababa de contarle la historia sobre la isla, su padre, la chica. Se había perdido el funeral en el cementerio. Seguramente debía de haberse quedado dormido en el coche, o bien se había puesto a pensar en la chica, deseando que le ocurriera algo malo, y a su perro también, esperando que algo hiciera entrada en sus vidas y le partiera el corazón. Cuando consultó su reloj, hacía rato que habían dado las doce. Ni entonces se movió hasta que pasaron varias horas del momento por el que estaba allí, la sepultura. Siguió sentado dentro del coche, con la calefacción encendida.

Pero luego había vuelto a conducir por la isla, pasando junto a la iglesia desierta sin echar siquiera un vistazo al cementerio para comprobar si la tierra estaba lisa o aún removida.

Era una historia que había que contar de otra forma, pensó con sensatez, protegiéndose.

—Puedes volver para la colocación de la lápida —dijo Loup—. Siempre hay una segunda oportunidad.

Cliff lo miró con gesto sumiso, pero aquel hombre mayor había apartado la vista para estudiar a alguien al otro lado de la sala, alguien a quien había saludado hacía un momento y ya había descartado.

LA MISIÓN

Un tal señor Hill me estaba haciendo el papeleo.

—¿Qué va a sacar en limpio de esta experiencia? —me preguntó.

Me quedé mirándolo, un poco fuera de mí, supongo.

—¿Qué cree que va a aprender de su experiencia carcelaria? —dijo.

—No lo sé —dije.

El señor Hill llevaba una camisa rosa y parecía cansado. Tenía los ojos irritados.

—¿Ha nadado usted? —pregunté.

—No, no he nadado —dijo él con franqueza.

Me imaginé al señor Hill nadando a mariposa, enérgicamente, en una piscina azul, fresca pero demasiado clorada, enterrada en lo más profundo de la tierra bajo la Misión.

Sólo llevaba un día y una noche en la cárcel cuando se dieron cuenta de que se les había pasado por alto el anillo de boda. Ya no estaba casada, pero no podía quitármelo. Tenía hinchados los nudillos, seguramente por culpa de la prednisona que tenía que tomarme porque estaba cansada, muy cansada. Era sólo una sortija de oro barata, pero armé un buen escándalo cuando me dijeron que tendrían que cortarla. Algunas de las chicas se reunieron a mi alrededor.

—Van a cortarle el anillo de boda —murmuró una de ellas con asombro divertido.

Pedí que me trajeran al señor Hill. Tal vez les diría que no se molestaran, pensé. Sólo estaría a la sombra nueve días.

Pero no encontraron al señor Hill o entretanto había enfermado o se había

muerto, qué sé yo.

Estaban decididos a cortarme el anillo, y tras varios intentos con distintos adminículos lo consiguieron. Me hicieron fotos. En la primera, el pequeño anillo estaba en mi mano rechoncha, luego el pobre chisme destrozado aparecía en una bolsita con cremallera para su custodia y futura devolución. No me apenó tanto el destrozo del anillo como la revelación que se oyó por todo el pabellón de que sólo iba a estar allí nueve días. La mayoría de las chicas cumplían condenas de noventa o ciento ochenta días. Una chica, Lisa, que incluso con mi escasez de conocimiento instintivo me tenía aterrorizada, llevaba encerrada desde septiembre y ya estábamos en junio.

Era una noche de domingo y las noches de domingo tocaba el Aperitivo: una botella de Pepsi y una galleta en su envoltorio de plástico. Los otros días tenías que pagar por ese tipo de cosas en las máquinas expendedoras. Dos internas con un pelazo estupendo distribuían el Aperitivo, que se repartía según el número de litera. Allí, todo el mundo tenía un pelazo tremendo, salvo las vigilantes. No quería llamar más la atención, así que me puse a la cola con las demás, pero alguien ya había usado mi número para comer dos veces.

—No importa —dije.

—¿No recogiste antes el Aperitivo? —quiso saber una de las internas de espectacular melena.

—De verdad que no pasa nada —insistí.

—¿Quién se ha quedado con su galleta? —dijo la otra, con la mirada repentinamente sombría.

—¿Quién ha sido la zorra que se ha quedado con su galleta?

—De verdad, no pasa nada —dije—. No quiero...

—¡Voy a encontrar a la zorra que le ha robado la galleta! —Eché una mirada de inquietante resolución.

—Por favor, por favor, por favor —dije.

—No quiere que la zorra se meta en problemas —dijo la primera en un tono que en modo alguno parecía de aprobación.

Me pusieron una lata caliente y una galleta fría entre las manos.

—Puedes dárme las si no las quieres —dijo la chica que tenía detrás.

Fue por conducir en estado de embriaguez, lo cual no podía ser menos emocionante en el esquema general de las cosas y, en particular, en el mundo sórdido y gris de la Misión. Las condenas por conducción en estado de embriaguez no despertaban ningún interés y ya había visto a algunas chicas que me observaban como si no existiera con una mirada experta, aunque eso cambiaría si llegaban a conocerse los detalles de mi caso. Me había pasado toda la tarde tomando un manhattan tras otro por razones que permanecen en la sombra y, de vuelta a casa, me salí de la carretera para terminar en el cementerio más grande de la ciudad, derribando siete lápidas antes de que mi viejo Chevrolet Suburban se detuviera. Si alguna de esas chicas tenía un amigo o pariente cuya tumba hubiese sido profanada de esta forma, ni Dios en persona habría querido echarme una mano.

El primer policía en personarse en el lugar de los hechos dijo:

—Ha tenido suerte de no matar a nadie.

Naturalmente, se estaba partiendo de risa.

Todo esto pasó hace cuatro meses. No fui a la cárcel directamente. Primero me metieron en un sitio que se llamaba el Foso, donde llevan a cabo unos trámites más o menos interminables. Hay ahí una fuente de agua potable y un teléfono. Mi única compañera era una mujer que decía «¿Mamá? ¿Mamá? ¿Mamá? Mamá. Mamá. Mamá» al auricular. Creo que no había nadie al otro lado de la línea. Creo que era su manera de matar el tiempo en el Foso.

¿Sabes que Kafka está enterrado en Praga con sus padres? Sus nombres figuran en la lápida. No pudo librarse de ellos ni en la vida ni en la muerte. Nunca he estado en Praga pero, si hubiera estado en la ciudad y por una triste casualidad hubiera derribado la tumba de Kafka, la rabia de toda esa gente, la rabia, por qué no decirlo, de todo el mundo, no habría superado la de la parentela de aquellos cuyo descanso fue perturbado aquí, en el cementerio más grande de nuestra pequeña ciudad. Las familias Dominguez y Schrage, Tapia y McNeil, Byrne y Pennington... me odiaban. Clamaron por arruinarme la vida. Me dijeron que su angustia era existencial y que, por tanto, carecía de límites o toda esperanza de cierre. Toda compensación resultaría siempre insuficiente.

Me soltaron después de doce horas en las que tuve que lidiar con todas las cosas horribles que ocuparían mi vida durante años: la condena y la prestación de servicios a la comunidad, las sentencias, los abogados, las demandas, los responsables de la libertad condicional, los juicios, la admisión de culpabilidad, las sanciones económicas y la pérdida de privilegios y derechos. Los nueve días en la Misión podían muy bien ser la menor de las cruces que tendría que cargar.

En la litera de al lado había una chica que tenía los párpados tatuados. Nunca había visto nada parecido. Era una vándala. Iba a parajes naturales, en especial a parques nacionales, y destruía a hachazos todo lo que se le ponía por delante. Destrozaba árboles y escribía con aerosol SOMA, en rocas, petroglifos y carteles indicativos. Ella había leído mal *Un mundo feliz*, quizá en el instituto, pensé, pero no tenía intención de hablarle de eso ni de nada.

—¿Has leído *Un mundo feliz*? —pregunté.

Volvió la cabeza hacia mí, cerró los ojos y negó muy muy despacio con la cabeza.

—Vale —dije—. Estupendo.

En la cárcel vives mejor si no cuentas los días. Nunca cuentas los días. El tiempo de condena no transcurre en plan lunes, martes, miércoles, etcétera, sino en plan de lunes a martes, de martes a miércoles, y así. De esta forma se hace más largo, que es precisamente lo que buscan.

Una chica dijo que cuando saliera la esperaba un trabajo de decoración de tartas. Pero no tenía muchas esperanzas depositadas en aquel empleo.

—No te dejan ser creativo de verdad —dijo—. No es tan creativo como te imaginas.

Ese tipo de cosas sólo las cazo al vuelo, nadie habla conmigo. Por ejemplo, oí que a Lisa la enchironaron por robo a mano armada y que tres de los cinco padres de sus hijos tenían órdenes de alejamiento contra ella. Una tarde, Lisa miró a una chica que había dado por muerto a su novio después de hincarle un puñal en la cabeza mientras viajaban en autocar a Cayo Hueso — lo dejó sin más en el asiento cuando se bajó en Cayo Largo— y le dijo: «¿Tienes algo para compartir?». La mayoría de las chicas guardaban en los arcones de debajo de sus literas parte de la comida que compraban en las

máquinas. Me asusté mucho, pero la chica le dio a Lisa un paquete de Snickers, otro de Skittles e incluso una bolsita de palomitas Smartfood, que Lisa aceptó con un gesto elegante.

A la mañana siguiente vi al señor Hill delante de la primera garita con unas carpetas.

—¡Señor Hill! —grité.

—Hola, N. Frame —dijo él.

—No soy N. Frame —dije algo dolida—. A menos que la vayan a soltar hoy.

—Hoy la ponen en libertad.

—Pues ésa soy yo, seguro —dije.

—No —dijo él, escrutándome con sus ojos irritados—. Ya veo que no lo eres.

—¿Ha ido a nadar? —dije, tratando de apelar a nuestra vieja camaradería.

—Será mejor que te vuelvas a tu litera ahora mismo —dijo él—. Y métete la camisa por dentro.

—¡Pero si ya han pasado los nueve días! Ya sé que no se deben contar los días.

—¿Y se puede saber quién te ha dicho eso? —dijo él—. Claro que tienes que contar los días.

No mucho después soltaron a las chicas que repartían el Aperitivo, a la chica que tendría trabajo en la pastelería y hasta a Lisa. La vi salir con paso decidido, meneando su imponente melena cobriza y negra.

Empecé a contar los días.

Cuando los conté de una determinada manera, vi que ni de lejos había estado allí nueve.

Llegaron chicas nuevas. No tenían ninguna necesidad de conocerme porque lo cierto es que, en la Misión, las presas por conducción en estado de embriaguez nunca van a figurar entre la élite de las internas. Una de las nuevas —la habían enchironado sólo por incumplir la condicional— se las arregló para ahorcarse. Nadie entendía cómo lo había conseguido. Como a todo el mundo, le habían preguntado un montón de veces a lo largo del procedimiento de ingreso si tenía pensamientos suicidas, pero seguro que les

había mentido.

Durante un tiempo hubo más guardias, incluso masculinos, chicos, de hecho. Esos chavales que hacían de vigilantes siempre parecían incómodos. Hay una burrada de chicas en el cuarto de baño, le oímos decir a uno de los chavales todo preocupado. Supongo que se hacían un lío con los números. Se supone que sólo podemos estar siete en el cuarto de baño a la vez.

Las chicas se daban tratamientos faciales en la mesa de pícnic del pequeño patio de cemento adonde nos dejaban salir a horas imprevisibles. Las horas se volvieron aún más imprevisibles, si es que eso era posible, después de la ahorcada. Se llamaba Deirdre, pero nadie se refería a ella por su nombre. Era demasiado raro, el nombre, para hacerlo.

Los tratamientos faciales consistían sencillamente en sacar espinillas y granos. Aun así, no me invitaron a participar, ni como extractora ni como extraída. Me sentía muy aislada y sola, aunque no más que de costumbre.

Mi abogada me dijo:

—Estarás mejor aquí de momento. El ambiente afuera no es propicio para... —se interrumpió.

—¿Para qué?

—Propicio para tu intimidad, para que puedas pasear por la calle.

—Precisamente lo que quiero es pasear por la calle.

—¿No es lo que todos queremos? —dijo la abogada—. Quiero decir, en el sentido más profundo.

Me había parecido cargante desde el primer momento.

—Pero no le hice daño a nadie.

—Un delito es un delito.

Pasaba los días tratando de leer un pequeño panfleto titulado *La habitación*. Trataba sobre fichas de archivador y Jesús. Era bastante deprimente. Intentaba darte esperanzas, pero a mí no me parecía nada esperanzador. Además, quizá el problema era la luz, que era pésima aposta. Tardabas una eternidad en leer cualquier cosa.

Entonces volví a ver al señor Hill. Corrí a la línea roja pintada en el suelo. Me hizo un gesto con la cabeza para que me acercara.

—Hola, N. Frame —dijo él.

—¡Hola! —dije. Pensando rápido, añadí—: Hoy me ponen en libertad.

Pero enseguida quise retirar las palabras porque, según mis cálculos, habían soltado a N. Frame muchos días antes.

—Me temo que no —dijo el señor Hill—. Eres reincidente, así que vuelves a empezar condena con nosotros.

Muy a mi pesar, me entusiasmó su uso de la palabra *reincidente*, pues es una palabra que suena de maravilla.

—En realidad no soy N. Frame —dije—, pero asumo toda la responsabilidad de mis actos. Estoy muy arrepentida.

Me miró con gesto cansado.

—Lo estoy —dije.

—Nada de lo que hagas será suficiente —dijo—. Ninguna compensación bastará.

—Lo sé, lo sé, lo sé —dije.

Se cambió las carpetas que llevaba de una mano a otra.

—Castigo optimizado —oí parcialmente.

—Espere, espere, espere —dije, pues *optimizado* era otra hermosa palabra, aunque creo que en ese contexto no era tan bonita como sonaba—. ¿Soy reincidente o simplemente me han agravado la condena porque sí?

Incluso antes de terminar noté la indignidad de mi pregunta. Me retiré a mi litera y pensé en el señor Hill, de regreso a sus aposentos bajo la Misión, donde la luz era buena y el agua fluía como si estuviera viva, y donde seguramente docenas de camisas rosas planchadas que yo admiraba estaban bien ordenadas en hileras. Nuestra ropa huele a metal, lo mismo que nuestras pastillas de jabón y nuestros calcetines e incluso las chucherías que guardamos. Todo despide un olor a metal que en nada reconforta.

Era muy tarde y todo estaba en silencio. Ni los sueños se movían.

La chica con los párpados tatuados me dijo:

—No existe ningún señor Hill.

Me sentí mejor al instante.

La chica tenía los ojos cerrados, naturalmente. Había un dibujo en sus párpados, pero siempre había pensado que cualquier intento de averiguar de qué se trataba sería de lo más imprudente y aún sigo pensándolo.

UNA TEMPORADA MÁS

Había tomado el barco desde el continente cuando aún era un hombre joven y se había quedado allí. Recordaba que la primera noche había sido la más dura, como dicen que ha de ser la primera noche después de morir. Pero no era un hombre recién fallecido, sino alguien que ingresaba por vez primera en lo que sería su vida a partir de entonces. Esa primera noche la durmió en la playa, acurrucado detrás de una barca, y los sueños que tuvo ya no fueron los de su niñez: la pelota de plástico que encerraba un león de plástico, aplastada por el coche claro del médico cuando, una y otra vez, el coche claro del médico llegaba a la casa angustiada.

Le despertó una lluvia punzante acompañada de un fuerte viento del este. Unos pájaros pequeños, mérgulos atlánticos según le contaron después, traídos por los vientos de la tormenta, alfombraban de negro la carretera que llevaba al pueblo. Recogió todos los que pudo y los dejó entre los matorrales.

—¡Allí no, allí no! —le gritó un hombre con un chubasquero amarillo—. Sólo viven en el agua, ¡no pueden alzar el vuelo desde la tierra!

Juntos, cargaron varias docenas de mérgulos de vuelta al mar, pero otros tantos murieron de agotamiento entre sus manos.

Más tarde, el hombre del chubasquero le dijo:

—¿Cómo se llama?

—Nicodemus.

—¿Nick tal vez?

—Nicodemus.

—Era el amable.

Aquel hombre hacía tiempo que se había jubilado tras trabajar en algún

sector empresarial de éxito. Ahora era un aficionado a la ornitología, un observador de aves. Se ofreció a contratar a Nicodemus como mozo de mantenimiento en su lujosa residencia, que iba a dejar vacía después de Acción de Gracias. En cuestión de semanas, Nicodemus conoció a todos los habitantes invernales de la isla. Arreglaba bombas de agua, calafateaba barcas, partía leña. Arreglaba tejados con la ayuda de la luna menguante.

Aun así, nada en aquel pueblo le resultaba familiar, ni por la mañana, ni por la tarde. En el ocaso del sur, la tiniebla emergía del cielo como se disuelve la huella de barro de un caballo en un charco de agua clara. Pero en la isla, la tiniebla parecía emerger de la nada más absoluta. El crepúsculo y la noche no eran más que una fantasía de la niebla, un agotamiento de olas, el instante en el que la negrura se abatía sobre el pueblo como si edificios y árboles fueran un hoyo que rellenar.

Un ciervo cayó un día en la ladera que una vez lo había acogido y el zarpazo de la escopeta sonó un alegre instante después.

Su benefactor murió en el continente en un accidente de tráfico. La gran casa de piedra se vendió inmediatamente. Nicodemus permaneció en ella, en una barraca de una sola habitación construida en la finca. En el sur, la habrían llamado *chabola*. Se volvió más solitario, no tenía buena salud, pero nunca le abandonaron las fuerzas, era un hombre muy fuerte.

Habían operado al gran perro airedale de los nuevos dueños de la casa. Nicodemus llevó el perro en brazos hasta la casa y lo dejó sobre unos almohadones y colchas que habían colocado en el suelo junto a la chimenea.

—¿Cuándo le quitarán los puntos? —preguntó Nicodemus.

—Ya no los quitan —dijo el nuevo dueño—. Se disuelven cuando han cumplido su cometido.

La esposa del hombre estaba encorvada en un sillón de orejas leyendo un libro de bolsillo. Miró al perro y dijo:

—Pobrecillo, pobre *Blue*. —Luego echó otra mirada al libro—. Lem odiaba la adaptación que Tarkovski hizo de *Solaris*. Quiero ver *Stalker* otra vez. Creo que es una obra maestra. Era un genio.

—¿Te apetece una copa? —preguntó el hombre a Nicodemus.

Negó con la cabeza.

—A mí sí me apetece —dijo la mujer—. Algo divertido, no un simple gin-tonic.

—¿Un dry martini?

—No es divertido, sólo trae problemas. Bah, no te molestes en prepararme nada.

—Desayuno de campeones. Así llamaba Kurt Vonnegut al dry martini.

—Sí, claro —dijo ella, ablandada—. Es un genio. Cuando habla, es un genio el que habla.

El perro no se recuperó. Antes de una semana llamaron a Nicodemus para que lo enterrara.

—Yo no puedo —dijo el hombre—. Quería muchísimo a *Blue*. No puedo verlo así, ¿lo entiendes?

—Sí —dijo Nicodemus, aunque no lo entendía.

—No me gusta ese hombre —confesó la mujer a su marido—. ¿Conoces la historia del criado de Frank Lloyd Wright? Perdió la cabeza, cogió un hacha y mató a la amante de Wright, a los hijos de esa mujer y a otra gente también. Sirvió la comida y luego los mató y prendió fuego a la casa.

—Nicodemus no es un criado —dijo él, riéndose.

—Sí lo es. Ese individuo se muere por servirnos, créeme.

Su marido volvió a reírse y se encogió de hombros, pero ella ya lo había decidido. No le gustaba Nicodemus, su silencio, su soledad.

—Además, creo que es analfabeto —dijo ella—. Me apuesto lo que quieras.

Al final del verano prescindieron de sus servicios. No pasaba nada. Encontró trabajo en otra parte, esta vez en una chabola de verdad, cerca del antiguo canal, más allá del faro rayado que los residentes veraniegos habían trasladado desde los acantilados en constante erosión invirtiendo en ello una enorme cantidad de dinero.

Vivían en la isla menos de cien personas en invierno. La biblioteca y la iglesia cerraban sus puertas. El hotel tapiaba sus ventanas con tablones y arriaba todas las banderas. Las tablas numeradas del muelle del club náutico estaban apiladas en el salón de baile. Sólo había un coche de bomberos, pero la escuela cerraba. Alguien le enseñó a jugar al backgammon, después de

comprobar con desconcierto que no se le daba nada bien jugar a los dardos. Nicodemus solía tomarse un café amargo con el tendero.

Un pescador de vieiras abrió la puerta y anunció:

—Tengo que devolverte la lata de maíz que compré ayer. Pensé que era de piña.

La panadería permanecía abierta. La especialidad de la dueña eran los panecillos Parker House.

—El otro día viene Maybelle y me suelta que tiene dos maridos. «¿Pero qué dices, Maybelle?», le digo, y ella me responde: «Uno borracho y el otro sobrio».

El ferri llegaba tres veces a la semana en invierno, a veces ni siquiera eso, si el hielo atascaba el canal. Pero los inviernos ya no eran tan fríos como antes, ni las tormentas tan extremas. Los mérgulos sólo habían sido arrastrados a la costa ese año, el año de su llegada, de la que ya hacía largo tiempo.

Ya no podía trabajar como antes. A veces se quedaba sin aliento y en esas ocasiones pensaba: «Eres mi aliento, me perteneces. Hemos de trabajar juntos. Tú también me necesitas», así se dirigía a su aliento. Pero, cosa extraña, lo cierto es que no pensaba que su aliento le perteneciera. Era un pensamiento chocante, aunque no le inquietaba de manera especial.

Cada verano llegaba más y más gente a la isla cargando en coches enormes a sus bonitos hijos y a sus bulliciosos animales de compañía. Se inauguraba la nueva temporada y a Nicodemus cada año los veraneantes le gustaban menos, sentimiento que era recíproco, por supuesto. Cada verano se producían más muertes de animales. Perros ahogados, gatos atropellados, ciervos y zorros. Todo tipo de aves, gaviotas, garzas y pájaros cantores relucientes como monedas de oro. Una noche de agosto, durante una de sus caminatas intempestivas, pues ya no dormía bien, se topó con una bandada de patos silvestres que había intentado cruzar a pie la carretera que dividía dos estanques, un hábito perfectamente seguro a ciertas horas y que era acogido normalmente con tolerante regocijo. Pero algún vehículo había pasado por allí a toda velocidad sin detenerse, dejando tras de sí una estela triturada de animales muertos y moribundos.

Nicodemus los recogió de uno en uno y los dejó en la orilla de los marjales. Otros se los metió en la chaqueta y procuró calmarlos y abrigoarlos antes de sus inevitables muertes. Fue observado por alguna gente que pasaba, incluido Brock Tilden, el dueño de la nueva pensión. Éste admiró la meticulosidad con la que Nicodemus devolvía a la desdichada escena una sensación de serenidad relativa, llevándose incluso a algunos de los pájaros consigo, tal vez para comérselos, pensó Brock, pues todo el mundo sabía que Nicodemus era un personaje peculiar pero también muy apañado.

Brock era un gran propagandista de la isla y de su potencial. Era un anfitrión atento y muchas de las personas que se hospedaban en sus agradables habitaciones quedaban tan seducidas por su entusiasmo y amabilidad que al cabo de un tiempo compraban o se construían casas allí. La versión idealizada de la isla que propagaba Brock dependía en gran medida de sus paisajes pintorescos y de la modesta abundancia que ésta ofrecía — había organizado el primer festival del narciso en sus jardines esa misma primavera—, y los animales muertos que ensuciaban cada vez más las carreteras y caminos se habían convertido en un problema estético que exigía una solución.

Entabló consultas con algunos de los otros propietarios de negocios y al cabo fueron en busca de Nicodemus para presentarle una propuesta. Le proporcionarían una camioneta, una tarjeta para la gasolina en los surtidores del muelle y dos mil dólares al año a cambio de hacer que la isla se ofreciera al público como si aquellas muertes en clave menor no tuvieran lugar en ella.

—En clave menor —dijo Nicodemus.

—Bueno, sí, con lo importante no hay mucho que podamos hacer —dijo Brock, recordando con enojo al chico del instituto que se había suicidado junto a la sierra de mesa que tenía su padre en el sótano ese mes de junio, justo cuando empezaba la temporada veraniega, o el agente de bolsa del que se habló en todas las noticias al que habían encontrado con un cabo de fondeo atado al tobillo—. Pero podemos guardar ciertas apariencias para que este sitio sea especial. Ver a un animal muerto es una experiencia perturbadora para mucha gente. Y también hay que contar con el factor asco.

—¿Y qué me decís de la basura? —preguntó Nicodemus.

—Ya tenemos a gente que se ocupa de la basura. Ese trabajo sería sólo para ti. Lo incorporaríamos al presupuesto de embellecimiento.

Era una camioneta vieja, pero la calefacción funcionaba y el embrague no patinaba. La plataforma trasera era de madera y tenía los laterales de listones. Nicodemus conducía despacio por las carreteras con un trapo rojo atado al portón trasero y, cuando veía el cadáver de un pájaro o animal que había muerto como consecuencia de una laguna momentánea y fatal de atención o coordinación, sacaba el brazo por la ventanilla para indicar que se iba a detener y bajaba a la calzada cubierta de arena. Siempre los recogía sin guantes y los depositaba con cuidado en la camioneta. Acariciaba el pelaje manchado de sangre reseca, colocaba bien las extremidades agarrotadas y las garras curvas y por último envolvía el animal en jirones de sábanas y toallas. Introducía los perros y gatos que sospechaba de compañía en pequeños ataúdes de cartón por si se los reclamaban para confiarlos a los cuidados ya infructuosos de sus dueños. Escribía descripciones en tarjetas que colgaba en el tablón de anuncios de la tienda, junto a anuncios de masajes, estufas de pellets y lanchas de pesca. Si nadie los reclamaba en dos días, los enterraba en la pradera rodeada de pinos que había detrás de su chabola. Era la negrura de sus ojos lo que le afectaba, la negrura sin fondo de sus ojos.

En las noches de invierno, el mar habría podido ser una extensión de campos oscuros o un bosque infinito de árboles talados.

En su habitación, comía en platos desportillados utilizando tenedores estampados con las iniciales de otros nombres y guardaba cartas que no le iban destinadas bien atadas con un cordel. Tenía una postal de un león en un zoo y otra que hablaba de un tal William, a quien nunca había conocido, escrita por una tal Elizabeth que le prometía regresar pronto. Cogía las cartas del vertedero, de las oquedades en el terreno que las llamas no podían alcanzar. Las gaviotas se bamboleaban al calor del humo cuando quemaban la basura y las cartas olían a piel de naranja y cenizas.

Había sacado todos sus muebles desvencijados del vertedero.

—¿Qué haces con tu dinero, Nicodemus? —se burlaban los demás.

No lo sabía, no tenía ni idea de dónde lo guardaba y tampoco lo necesitaba.

Era un hombre flaco, pero limpio y aseado. Sus manos se convirtieron en su rasgo más notable. Eran unas manos hermosas en las que el trabajo no había hecho mella.

—Necesitas un buen par de guantes, Nicodemus —le decían.

Pero no llevaba guantes ni siquiera en los días más duros, cuando hasta los gritos estremecedores de los correlimos quedaban aplacados por el frío.

En verano, los críos lo llamaban el Enterrador. A veces mataban animalillos por pura diversión y decían:

—El Enterrador se ocupará de ellos.

Dormía poco. Pensaba que no dormía en absoluto, pero era una ilusión, lo sabía. Se veía descansando bajo una enorme ola negra, preguntándose, justo antes de que se rizara y rompiera sobre él: ¿por qué soy este Nicodemus? ¿Por qué no soy otro? Cuando muera, ¿me convertiré en otro? ¿Dios quiere a todas las cosas por igual? ¿Quiere más a los vivos que a los muertos?

Le parecía que Dios debía de querer más a los vivos, pero ¿podía querer menos a los muertos, habiéndolos creado también?

Ese verano fue el más caluroso del que se tenía recuerdo. Las flores se volvían pardas junto a las cercas blancas, las bayas se secaban antes de volverse azules. Al final de los caminos emergían espejismos oscuros y las barcas parecían cabecear sobre un cristal.

Una noche, mientras enterraba a un animal destrozado, metió una nota en su tumba.

Más adelante pensó que no debía volver a hacerlo.

Llevaba su chaqueta de lana, sus pesados pantalones de sarga, y tiritaba de calor mientras avanzaba por la carretera. El chico que siempre le suplicaba acompañarle en su jornada de trabajo le esperaba como de costumbre, y Nicodemus, por vez primera, se detuvo y lo recogió. Todo el mundo conocía a ese chico. No era un mal chico, pero si alguien preguntaba a los isleños si les gustaba Peter, respondían siempre: «Todavía no».

Primero encontraron a un ciervo, luego a dos mapaches, uno pequeño y el otro grande, entre cuyo pelaje todavía se arremolinaba el viento caliente.

Nicodemus permaneció en la camioneta mientras el chico subía los cadáveres a la plataforma trasera. Al día siguiente también recogió al chico, aunque apenas pudo dirigirle la mirada. Pero después no volvió a hacerlo nunca más.

Lo encontraron en su chabola, con sus manos hermosas cruzadas sobre el pecho y la boca colgando de esa forma horrible típica de los muertos. Era viejo y había tenido una vida extraña. Era insostenible, en verdad, la vida que había llevado al final de sus días, el tipo de trabajo al que había consagrado su vida.

Echaron de menos a Nicodemus. Y Peter no era más que un vulgar epígono suyo, concluyeron. Aun así, no les quedó más remedio que reconocer que el chico conseguía mantener la isla igual de limpia.

PELIGROSO

Un año después de que mi madre se mudara aún más lejos, se obsesionó con la idea de construir un redil para tortugas. Eso fue antes de recibir un caparazón de tortuga del desierto (*Gopherus agassizii*) o, como la llamaban los indios o, para ser más precisos, la habían llamado, una *komik'c-ed* con el bicho vivo dentro. Los indios tohono o'odham las llamaban de esa forma. Mi madre dijo que lo había leído en alguna parte.

Estuve hace poco en una fiesta y me vi hablando con un lingüista que me comentó que pronunciaba mal «*komik'c-ed*», pero que significaba más o menos lo que mi madre decía.

A veces bebo más de la cuenta, pero normalmente no. Asisto de vez en cuando a reuniones de Alcohólicos Anónimos, pero no soy capaz de estrechar lazos con esa gente y nunca quedo con ellos por gusto. No puedo decir que no sean agradables, pero algunos llevan sobrios desde hace veinticinco o treinta años. Tengo un ejemplar de *El libro grande* y a veces le echo una ojeada, pero nunca me hace llorar como *El preludio* de Wordsworth, por decir algo. Ya no tengo *El preludio*. Lo extravié, por increíble que parezca, pero el libro se caía a pedazos porque no paraba de hojearlo y además me cambié de casa cuando mi padre se murió, conque probablemente lo extravié entonces. Mi madre hace un par de años que es viuda, pero nunca se muestra preocupada por la situación ni tampoco comenta nada, a diferencia de lo que suele hacer otra gente. Nunca ha aludido a que se sintiera triste o sola, ni a mí ni a nadie. Tengo veintiún años. Podría decirse que hay peores edades a las que perder el padre que a los veinte años, pero el caso es que pasé una mala época, en gran parte porque ya era lo bastante madura para intentar

tomármelo con filosofía. A veces pienso que habría sido peor si hubiera tenido ocho años, incluso doce, e ignoro por qué me da por pensarlo. No hace que me sienta mejor y debo reconocer que la imaginación no me da acceso a la persona que era entonces. No puedo imaginarme a esa niña en absoluto. Y menos todavía imaginarme teniendo una conversación con ella. Mi madre me dijo que cuando tenía ocho años lo único que quería hacer era nadar. Nadar, nadar, nadar. Luego dejé de querer hacerlo. Me dijo también que a los doce años mi posesión más preciada era una insignia que me había ganado con las Girl Scouts. Mostraba una torre de la que irradiaban unas líneas serpenteantes.

Lo cual es curioso porque no soy una persona muy comunicativa ni de forma innata ni adquirida. Prefiero imaginarme como un testigo pero, a decir verdad, dudo que ni siquiera sea eso.

El apartamento al que me mudé es un tugurio, pero práctico. Hay bares, restaurantes, talleres de automoción a punta pala y un supermercado Trader's Joe donde puedes comprar pizzas hipercongeladas en Italia y agua de coco de Tailandia, aunque esos establecimientos ya no sean raros de ver; es más, te los encuentras por todas partes. El bloque de apartamentos está limpio, es barato y carece de personalidad. Los inquilinos nos referimos a él como «tugurio» porque el sitio te deprime hasta dejarte el alma por los suelos. Por supuesto no creemos que nuestras almas queden aniquiladas, porque sabemos que nuestro dominio de la situación es suficiente para que eso no ocurra. El bloque tiene buenas vistas a las puestas de sol en verano, cuando no lucen en su más legendario esplendor y de todos modos hace demasiado calor para sentarse en la zona verde a contemplarlas.

Poco después de la muerte de mi padre y de que me mudara al tugurio sin llevarme mi *Preludio* para recordarme emociones más elevadas, sencillas y hermosas, mi madre vendió nuestra casa en las estribaciones de la sierra y se instaló en una de adobe hecha polvo en un terreno de doce hectáreas en las montañas. ¿Hay alguna casa de adobe que no esté hecha polvo? No lo creo.

Al cabo de un tiempo empezó a hablar con frecuencia de un vecino, Willie, y de su sistema de captación de aguas pluviales. El tipo tenía una cisterna subterránea de cien mil litros que recogía toda el agua del tejado

durante nuestras infrecuentes pero intensas lluvias. Temí que Willie fuera una figura de transición en la vida de mi madre, pero luego supe que era un viejo en silla de ruedas casado con una vieja tan dicharachera que seguramente debía de someterse a una dieta de drogas duras. La verdad es que sí tenía un ingenioso sistema de captación de aguas y me obsequiaron con una visita guiada por todos los tanques, conductos, purificadores, filtradores y cámaras que les proporcionaban un agua de excelente calidad y les hacían felices. También tenían colmenas y un gato obeso. El gato, o más bien su preocupante exceso de peso, parecía no concordar con su estilo de vida, pero no hice ningún comentario al respecto. En cambio, sí les pregunté si su nombre se escribía con «ew» o con «ou». La pregunta les pareció desternillante y más tarde le hicieron saber a mi madre que les había caído muy simpática. Con eso y un dólar y medio me compraré un melocotón orgánico, dije. Ignoro por qué me sacaba de mis casillas el entusiasmo de mi madre por esa pareja. De todos modos, no tardaron en hacer mutis. A ambos se los llevó una infección pulmonar que se contrae por el pipí de ratón. Un hombre que mi madre describió como un survivalista se mudó al cabo de un tiempo a su casa y tuve muy pocas noticias suyas salvo que por lo visto no sabía hacer funcionar el sistema y al final terminó cavando un pozo.

Me huelo que era Lewis, escrito con «ew», el que no paraba de llevarles roedores enfermos a la casa.

Desde que aprendí a caminar hasta que cumplí los catorce años y me negué a seguir participando en aquello, mi padre me grababa en vídeo en todos mis cumpleaños dando una vuelta alrededor de una gigantesca planta de pitahaya en el jardín botánico de la ciudad. Ahora tienen el cactus cerrado prácticamente a cal y canto. Desde luego, no podría sobrevivir en ninguna otra parte. Algún vándalo le dispararía flechas hasta dejarlo como un coladero o lo agujerearía con un palo de golf.

Mi padre empalmaba los fragmentos y luego los aceleraba de modo que empezaba mi recorrido, desaparecía un momento de cuadro y reaparecía con un año más, una y otra vez, creciendo de año en año, cada vez más alta y menos llamativa. Empezaba siendo una criatura sonriente que daba saltitos y paulatinamente emergía como una criatura encorvada y con el ceño fruncido.

No obstante, mis padres parecían no darse cuenta del horror existencial que mostraba la pequeña película. Mi madre asegura que ya no la tiene, que ya no existe, y he optado por creerla.

Por otra parte, me resulta difícil creer que mi padre ya no exista. Vive en algo que no soy capaz de identificar. O ya no puedo identificar y nunca más lo haré. Hay filósofos que sostienen que no somos nuestros pensamientos y que deberíamos disociarnos de ellos a la menor oportunidad. Pero sin ese pensamiento no tendría ninguna experiencia del mundo y aún conocería menos las interioridades de mi corazón.

He disfrutado de una vida desahogada. No he sido una persona preocupada ni me he visto como una marginada o desamparada en modo alguno. Lo mismo puede decirse de mis padres. Las vidas como las nuestras ya no están de moda. Sin embargo, desde que vivo en el tugurio, he descubierto que la visión que los demás tienen de mí a veces puede resultar inesperada. La otra noche, por ejemplo, estaba mirando unas joyas en una vitrina sin cerrar en Hacienda del Sol, esperando a que mis amigos llegaran para empezar a tomar margaritas de tamarindo por un ojo de la cara, y una tipa que debía de ser la encargada se me acerca con paso arrogante y me suelta: «¿Puedo ayudarla?». En otras palabras: «No puedes parecer más sospechosa... ¿Se puede saber qué se te ha perdido por aquí?».

Esa mujer parecía una versión envejecida de una de las enfermeras que se presentaron en casa la noche que murió mi padre, aunque resultaba poco probable que alguien pasara de ser enfermera a trabajadora en un resort que había conocido mejores épocas y que, de hecho, estaba embargado. Aunque a lo mejor en su ficha constaba que no había sido capaz de salvar a nadie y había perdido su empleo como empleada de urgencias médicas.

«¿Nos conocemos?», le pregunté. O quizá fue: «¿Nos hemos visto antes?», porque no la había conocido, por mucho que fuera la mujer que había sentido el último suspiro de mi padre saliendo de su cuerpo. Me lanzó una mirada de desprecio y regresó a su puesto para recibir y acompañar a un grupo de cuatro personas, a las que evidentemente había estado esperando, pues habían planificado la visita y concertado una cita.

Lo que quiero decir es que por muy afortunada que sea tu vida o —

teniendo en cuenta el sinfín de formas grotescas en que puedes salir de ella— tu muerte, normalmente son unos desconocidos los que al final te ponen las manos encima y te acompañan por el pasillo oscuro. En cualquier caso, ésa fue una de mis reflexiones mientras esperaba a mis amigos, con los que me disponía a empezar una noche de borrachera.

Así pues, mi madre está allí sola, en lo que juro que es una de las zonas más oscuras de la montaña, con la única compañía de un vecino survivalista que rara vez para en casa, y se dedica a construir un redil de treinta metros cuadrados para un reptil que ni siquiera se halla en peligro de extinción, aunque mi madre asegura que debería estarlo.

No subo mucho a visitarla, ni por asomo todo lo que debería, supongo, pero no ignoro que las obras avanzan despacio. Mi madre insiste en hacerlo todo sola. La parte más extenuante es cavar la zanja, que, según las pautas del servicio de Pesca y Fauna de Estados Unidos, debe tener una profundidad de treinta y cinco centímetros y medio. Luego habrá que rellenar la zanja con cemento y levantar encima un muro de no menos de noventa centímetros. Todo ello para impedir que la tortuga se escape, pues el redil irá destinado a una tortuga adoptiva, es decir: un ejemplar que se ha visto desplazado por el desarrollo inmobiliario y que no es posible devolver a un entorno que ha dejado de ser favorable. Al mismo tiempo, el interior del redil debe imitar en todos los detalles su hábitat natural. Tiene que haber árboles que echen flor y hierba, una fuente de agua y los primeros trabajos de excavación de unas madrigueras, orientadas a norte y sur, para que la tortuga las termine más adelante.

El lugar que eligió mi madre se encontraba a varios centenares de metros de la casa de adobe. ¿No sería más fácil —me pregunté— delimitar sencillamente un terreno usando una de las paredes de la casa? De esa forma no tendría que cavar tanto, sería más como un jardín y podría sacar una mesa y sillas, tomarse el café al fresco por la mañana, quizá tener un pequeño brasero para las tardes. No, un brasero por supuesto que no, ¿en qué estaría pensando? Pero seguramente su objetivo debería ser crear un espacio

agradable para la meditación que pudiera aprovechar para ella misma así como para esa tortuga aún por adoptar.

En realidad, creo que un espacio para la meditación es lo último que mi madre necesita. Ni siquiera sé por qué lo he mencionado. De todos modos, hizo caso omiso de mi sugerencia. Se limitó a decirme que el redil no era para ella.

El suelo de la montaña es de origen volcánico y bastante pobre. Algunas de las rocas que mi madre tiene que desalojar son del tamaño de un balón medicinal. Usa a tal efecto una especie de herramienta para hacer palanca. Aun así, es un trabajo peligroso, tanto como cada una de las partes del duelo si se desarrollan de manera correcta. No creas que no me entero de lo que se trae mi madre entre manos.

—Si te haces daño, tus días de vejez autónoma podrían acabarse —dije.

Ella se rio, como esperaba que hiciera.

—¿De dónde has sacado esa expresión tan horrorosa? —me preguntó.

—De alguien del tugurio —respondí, y ella volvió a reírse.

—¿Por qué te torturas viviendo en ese sitio? —me dijo.

Entre mis conocidos en el bloque hay una mujer que también es viuda, aunque sólo me lleva diez años. Su marido murió en una de esas estúpidas colisiones frontales achacadas, según el conductor superviviente, a la puesta de sol. «¡Me deslumbré!» La mujer conservó los zapatos de su marido. La gente que la visitaba encontraba sus zapatillas de correr en el lavabo, sus botas junto al sofá y, si hubiera muerto lo bastante mayor para tener pantuflas, habrían estado sin duda junto a la cama. Todo ese calzado lo había tenido en la casa que había compartido con su marido antes de mudarse al bloque, y ahora lo tenía, según me dijo, más o menos en exposición, tal vez un poco teatral todo. No había quien después de verlos no echara una lágrima y un día se dio cuenta de que hacía demasiado tiempo que lo tenía a la vista de cualquiera. Y se deshizo de los zapatos sin más —estaban demasiado estropeados para darlos a beneficencia—, y también tiró otras muchas cosas, y se mudó al tugurio.

Aquí no permiten tener animales de compañía. Es una de las normas del bloque y la hacen cumplir a rajatabla. A nadie le importa. Es decir, a nadie se

le ocurre meter a escondidas ninguna mascota. No les parece que el contrato de alquiler vulnere sus derechos. Hace varios años, hubo un inquilino con un gran danés a quien una mañana se le fue la cabeza y fusiló a toda su clase de enfermería de la universidad porque le habían puesto una mala nota, matando a su profesor y a dos compañeros de clase antes de quitarse él mismo la vida. No se comentó nada acerca del destino posterior del perro, ni un solo comentario. Aún hoy no hay información disponible sobre el perro. A veces pienso en ese tipo que quería ser enfermero titulado y no sólo en lo que debía de pensar esa mañana cuando salió de casa para asesinar a esa gente, sino también en lo que debía de pensar cuando dejó al perro solo con sus juguetes de perro, sus cuencos de perro y su camita de perro. ¿Qué pensó que iba a ser del perro?

Las tortugas pasan la mitad de sus vidas en madrigueras, de octubre hasta abril. Si ves una tortuga fuera de su madriguera en los meses de invierno, es que no está bien y hay que buscar ayuda veterinaria.

—Bueno —le digo a mi madre—, ¿ya has conocido a la tortuga?

Me dijo que todavía no, pero que ya había rellenado todo el papeleo y que la habían puesto en una lista de espera. Se pondrían en contacto con ella cuando tuviera listo el redil.

—Así que no sabes qué edad tiene ni si es chico o chica o si es una tortuga con necesidades especiales porque tiene una malformación de caparazón o le falta una pata.

—No —dijo mi madre.

—Después de haber pasado por todo lo que has pasado, todas esas horas de trabajo y gastos, supuse que querrías una tortuga perfecta.

—Bueno —dijo mi madre—, a lo mejor me toca una.

Mi madre era mucho más habladora antes. Ocurrían muchas más cosas, se decían muchas más cosas, había más alegrías para llenar los días. Quizá por eso voy tan a menudo a Alcohólicos Anónimos, porque por lo menos esa gente te cuenta historias, por muy patéticas y predecibles que sean, y se intercambian todo tipo de palabras de ánimo y promesas. Cuando voy a la casita de mi madre, reconozco muy pocas cosas. Parece quedar muy poco de la vida que le conocí, de la vida que me cobijó, cabría decir. A estas alturas,

ya tendría que haberme emancipado de esa vida y emerger pletórica de confianza en mí misma.

Pienso a menudo, y lo hago con cierta desazón, que un día me haré vieja y saldré del tugurio, porque los inquilinos que viven en el bloque son gente joven que pasa una breve temporada y luego se marcha. Los que se quedan no conservan el contacto con los que se van. ¿De qué hablarían unos con otros? Cuando alguien desaloja su apartamento, llega el encargado, pinta las paredes, encera los suelos y limpia las ventanas. Los nuevos inquilinos no tardan en llegar: está tirado de precio, ¡casi sale gratis! ¡Es tan práctico! Al principio no es que nos volvamos locos por los nuevos, pero poco a poco los vamos abrazando. Aquí no tienen sentido los favoritismos. Todos somos más o menos iguales.

Mi madre terminó por fin la zanja. Impresionaba bastante si piensas que la había cavado con sus propias manos. Luego compró barras de acero y una hormigonera y en nada de tiempo la relleno y la dejó lista para los bloques de hormigón. Pero entonces los trabajos volvieron a atrasarse. Estábamos en junio y empezaba a hacer cada vez más calor. Trabajaba cubierta de los pies a la cabeza, con un sombrero y unos guantes de soldador, pero a medida que fueron pasando los días su tiempo de trabajo se redujo a unas pocas horas entre el alba y el ocaso. Ignoro qué hacía el resto del tiempo, supongo que esperar en la casita de adobe entre el alba y el ocaso. No tenía aire acondicionado, sólo un ruidoso e ineficiente enfriador por evaporación que necesitaba unas almohadillas nuevas.

—No me parece muy sano lo que hace tu madre —dijo la joven viuda del tugurio—. Deberías llevarla a cenar a alguna parte. Sácala de ahí. Insiste. O quizá le vendría bien salir a correr. A mí también me vendría bien correr, ya lo sé. ¿Y qué clase de compañía le va a dar una tortuga? Se supone que no se dejan hacer carantoñas, ¿no?

—El Servicio de Pesca y Fauna dice que son muy simpáticas.

—Ésos son unos imbéciles. ¿No eran los que querían abrir una temporada de caza de la grulla canadiense?

—No lo sé —dije.

—No habrás visto ninguna, pero yo soy de Colorado y sí que las he visto.

Son muy elegantes y además hacen un baile muy complicado. Forman parejas para toda la vida. Cuando desaparece una y sólo queda la otra, eso es soledad, auténtica soledad.

Puede ser bastante apasionada, pero también superficial, como con el tema de los zapatos, que tengo la bondad de no comentar. Naturalmente, lo último que necesitaba mi madre era que la llevara a cenar. La gente no es de mucha ayuda en casi ninguna circunstancia, eso es lo que he descubierto. Me acuerdo de una tarde en que me pasé por Alcohólicos Anónimos y una mujer rubicunda se me acercó y me dijo: «He oído que has perdido a tu madre, lo siento». Y yo dije: «No, es mi padre el que ha muerto». Y ella dijo: «Oh, había oído que era tu madre».

Y santas pascuas.

Era el Cuatro de Julio cuando reuní fuerzas suficientes para subir otra vez a la casa de mi madre. Los bloques de hormigón ya estaban colocados en su sitio, listos para recibir la capa correspondiente de revoque, y mi madre había encontrado una verja para el redil que había montado y pintado de azul. Aunque se abría hacia dentro, y no hacia fuera, lo que me pareció un poco incómodo.

Estábamos en la cocina de la casita de adobe comiéndonos unas tostadas y un poco de sopa fría que había preparado mi madre. Había subido una botella de vino, pero mi madre, por increíble que parezca, no tenía sacacorchos. Desde la casa, casi no se llegaba a distinguir el redil. Me parecía rarísimo que no hubiese querido tenerlo más cerca cuando estuviera terminado y habitado por su inquilino, aunque, francamente, no conseguía imaginarme del todo a la criatura metida ahí dentro, ni tampoco el consuelo que pudiera procurarle el hecho de verla.

—Mamá —dije.

—Estoy bien —dijo mi madre.

Tenía la cara curtida por el sol y su pelo, cada vez más escaso, el aspecto de ser crujiente al tacto.

—¿Piensas alguna vez en el cielo? —me preguntó.

—No.

—Estupendo. —Se rio—. No me gustaría que pensaras en el cielo. Nunca lo hacíamos, ¿verdad?

Deseé volver a tener doce años y poder hacer preguntas y fingir que las respuestas me satisfacían.

—¿Y qué me dices de la divinidad? —preguntó.

—Qué va —dije—. Eso es todavía más difícil de pensar, ¿no?

Me dijo que estaba a punto de empezar la parte más emocionante de la construcción, la celda interior.

—¿Se llama así? —pregunté, y ella me respondió que no la llamaba de otro modo.

Logré sacar el corcho con un destornillador. Se me hizo eterno. Mi madre aceptó una copa de vino sin mayor comentario y retomamos la conversación hablando de las plantas que colocaría dentro para proporcionar alimento y sombra a la tortuga. Me pregunté qué haría cuando el redil estuviera terminado, ya que todo parecía casi a punto. El trabajo del duelo es peligroso, pensé nuevamente, pero una vez que lo has superado y deja de existir, ¿no te sientes más perpleja e indefensa que nunca?

No supe qué entendía por divinidad, pero la extraña palabra no volvió a salir en la conversación.

—Tu madre trata de contener su duelo en un precioso jardín creado por ella misma —dijo la joven viuda—, o puede que no sea el duelo. Quizá sea otra cosa, las primeras etapas de algo. Lo siento —dijo—. No quiero banalizar la situación de tu madre de ninguna manera. O la tuya. O la mía, ya que estamos. ¿Sabes qué es lo que odia el duelo? Cualquier tipo de análisis o consuelo.

Pensé que no llevaba razón. El duelo crece con el consuelo. El consuelo es el vehículo con el que el duelo puede desplazarse a cualquier sitio y habitar en cualquier cosa. Aun así, dije:

—¿Y entonces qué es lo que ama?

—A aquellos por los que estamos de luto —dijo—. Los desaparecidos. El

duelo sabe cómo amarlos porque nosotros ya no podemos hacerlo.

—Eso no es verdad —dije.

—Los zapatos de Larry, por ejemplo. ¿Sabía lo que hacía? No tenía ni idea.

—Dicen que hay muchas maneras de llorar una pérdida —dije—. No hay una sola manera correcta de hacerlo.

Le hablaba sin creer una palabra de lo que decía, ignoro por qué. Ella suspiró y meneó la cabeza. La piel de alrededor de su boca estaba llena de granitos, pero tenía un pelo hermoso, oscuro y reluciente como el de un animal sano. Parecía más joven que yo, inconcebiblemente joven, y se me quitaron las ganas de seguir hablando de esos temas con ella. No bebía, lo que hacía más fácil evitarla, pero me quedé con su manera de ver el duelo. Empecé a concebirlo como algo trascendente, seguro e independiente, más hábil y atento que yo misma, algo que había dejado de tenerme en cuenta a mí y a mis tristes esfuerzos.

Entonces empecé a temer que a mi madre le fuera negado precisamente lo que había buscado de forma tan inexplicable tras la muerte de mi padre. Nunca recibiría la *komik'c-ed*. El programa se clausuraría. Incluso por lo poco que sabía, aquel plan parecía desencaminado y poco práctico. Había que injertar un microchip a las tortugas y un funcionario debidamente autorizado tenía que comprobar su estado de salud un par de veces al año. No se destinaban subvenciones públicas a ese tipo de cosas.

En vez de ello, resultó que mi madre no había construido el hogar para la tortuga aún por recibir en sus terrenos. Una agente inmobiliaria se presentó para comprobar si la parcela adyacente se revalorizaría lo suficiente para que valiera la pena subdividirla y se percató del error. El redil estaba claramente dentro de la propiedad de su cliente y había que desmontarlo.

—¿Revalorizarse? —dijo mi madre—. ¿A quién se le ocurren esas expresiones espantosas?

Coincidió en que el idioma se estaba volviendo cada vez más feo a medida que iba resultando más inadecuado para nuestras necesidades.

Mi madre acometió el trabajo de dismantelar todo lo que había montado. Derribó los muros y se llevó los escombros con la camioneta. Hasta excavó la

zanja que había llenado de cemento. Luego rastrilló la tierra e hizo rodar algunas de las piedras grandes hasta devolverlas a su sitio. Dejó, en cambio, los pocos arbustos florales y las hierbas que había plantado hacía poco, aunque, desprotegidos, los pájaros y los animales que rara vez se dejan ver no tardaron en devorarlos. Tan necesitados están.

Finalmente, me mudé del tugurio, aunque todavía voy a Alcohólicos Anónimos. Incluso he dejado de beber. Así pues, me atrevería a decir que todo continúa igual por aquí. ¿Allí pasa lo mismo?

EN EL PARQUE

El guarda del parque Preyman colocó la fotografía en el expositor. Luego se sentó bajo la enramada y aguardó a que alguien se acercase. Se suponía que debía guiar la excursión de las once, pero sabía por experiencia que no reuniría a un grupo nutrido. Flaco y sudando en su uniforme, parecía estar a punto de desintegrarse en mil pedazos y los turistas lo evitaban instintivamente. A veces, de hecho, sudaba sangre. Los vasos sanguíneos más próximos a la superficie de su cuerpo reventaban en las glándulas exocrinas. Su enfermedad tenía un nombre. Daba gracias por que no ocurriera a menudo. Acababa de empezar la temporada de lluvias, pero todavía no había llovido. Las multitudes del invierno habían menguado. Una mujer sentada en un banco a sus espaldas se quejaba de un perro que había recogido en la perrera. Era un perro precioso, listo y obediente, pero siempre estaba buscando a alguien. Se acercaba a los coches y miraba dentro. Cuando lo sacaba a pasear, no dejaba ni un solo instante de buscar con la mirada. Aquello la estaba desanimando. El perro no valoraba su nueva situación, el hecho de que lo hubieran salvado. La mujer se estaba planteando muy en serio devolverlo a la perrera. Preyman se había dado cuenta de que la gente no hablaba casi nunca de lo que vivía en cada momento. Se lo guardaban para más adelante. Había oído por casualidad a un hombre en la pasarela que decía: «Han construido un hotel en el Monte de los Olivos. No me cabe en la cabeza. Aquí en Florida hicieron lo mismo en los Everglades, en el parque».

La fotografía mostraba un caimán con una gran garza blanca doblada en la boca. Las patas de vivos colores, el pico alargado, todo estaba allí, un pájaro grande y entero. Los caimanes compartían sus madrigueras en el agua

con todo tipo de criaturas que se acercaban a beber, hasta que dejaban de hacerlo. El pájaro no saltaba a la vista inmediatamente; sólo era una foto más de un caimán con las fauces abiertas. Luego llegaba la conciencia de la delicada presencia aplastada entre los dientes.

Pero la gente se había cansado de mirar el expositor, a tenor de lo que había comprobado Preyman. Había demasiadas imágenes de campos arados que llamaban a las puertas del parque, de animales a los que la muerte había sorprendido en la línea central de la calzada, de ciudades y residuos, del mundo exterior que se cernía con sigilo. Aquello no era la naturaleza, todo carecía de sutileza, de posibilidades. Nada de eso era lo bastante ambiguo. La gente prefería la ambigüedad, encontraban solaz en ella. Les infundía ánimo saber que morían más panteras peleando entre sí que envenenadas por el mercurio o atropelladas por los coches. Preyman les hacía un favor con esa foto. Pero en cualquier caso nadie se dignaba echarle un vistazo.

Dieron las once y pasaron. Nadie parecía desear la mirada experta de Preyman, su lúgubre recuento de plantas extirpadas y especies declinantes, sus deprimentes informes sobre el agua, el agua retenida, el agua desviada, el agua contaminada y el agua desperdiciada. Ya lo habían excluido de la lista de guardas que acompañaban a los niños en excursiones educativas. Era incapaz de contar a los grupos de niños de diez años qué podían hacer para salvar el parque. ¡No podían salvar el parque! Se quitó el sombrero y se tocó el pelo empapado con las manos temblorosas. Un grupo de turistas extranjeros pasó a su lado hablando en voz baja. Abordaban el lugar como si fuera una parte más de un trabajo, algo que tachar de una lista de cosas que hacer en la vida, otra reserva de la biosfera más. Preyman miró más allá de ellos, hacia la fotografía. Él no hacía fotos. Cuando su madre murió, encontraron un carrete en su cámara y lo llevaron a revelar. No salió ninguna. Fue culpa de un empleado nuevo en el cuarto oscuro. Se disculparon y se ofrecieron a darle carretes gratis. Era parte de las nuevas responsabilidades, admitir los errores que se habían cometido, los fallos irreversibles. Su madre estaba fuera de sí cuando se murió. Fuera de sí.

Abrió el expositor y sacó la fotografía. Luego, temblando, enfiló el aparcamiento en dirección a su jeep para buscar un cigarrillo. Dejó atrás la

estatua de bronce de una pantera a escala natural. Dos niños estaban sentados sobre ella tomándose unos briks de zumo. El jeep estaba aparcado a varios cientos de metros, cerca de uno de los itinerarios para canoas del parque. Preyman se fumó varios cigarrillos seguidos y luego extrajo los filtros de las colillas para no contaminar. Sintió un cosquilleo en el pelo.

Una de las chicas que trabajaba en el puesto de comida se acercó en su cochecito. Los empleados llevaban chapas de plástico con sus nombres de pila y el estado del que eran originarias debajo. Era Cynthia Massachusetts.

—Qué pequeño es el mundo... Vamos todos en el mismo barco... Sólo la especie, el hombre, puede corregir el mal que la especie, el hombre, ha provocado... Formo parte de la red de la vida... Doné sangre a un mosquito de los Everglades... Agita un vaso de medio litro por el aire y sacarás medio kilo de mosquitos... Reduce, recicla... Este parque se halla en peligro... Vale la pena protegerlo, ¿no crees? —Le dedicó una sonrisa y se puso unas gafas de sol de cristal verde. La desaliñada figura de Preyman se reflejó por dos veces —. Esta noche hay luna llena —dijo ella—. Solicita temprano que te encadenen a la verja de la entrada. Cierra el coche con llave, protege tus objetos de valor y pásalo bien. Pete —dijo—, alegra esa cara.

Cynthia Massachusetts se bajó del coche y salió correteando. No era mala tipa. Tampoco lo eran Madeline Nueva York y Jim Arkansas. Bruce Oregón era un grano en el culo. Todos eran mucho más jóvenes que él.

No se oía nada salvo el crepitar del coche de la chica. Más abajo, en la hilera de coches aparcados, un cuervo examinaba el interior de un descapotable abierto. Cogió un bolígrafo para luego dejarlo caer. Sobre el aparcamiento lucía un cielo como sólo se ve en Florida. Unas nubes inmensas y deshilachadas se deslizaban raudamente sobre su cabeza. El cuervo eligió una funda enfriadora de cerveza y salió volando. Por un hueco entre los sicómoros apareció una pareja joven, llevando en volandas una canoa. Al verlo, se pararon y dejaron la canoa en el suelo. Preyman notó que lo miraban con inquietud. Había tenido la mente en blanco un buen rato. Se rascó la mandíbula y volvió a ponerse el sombrero.

—¿Qué tal? —dijo.

—Creo que hay algo que debería ver —dijo el chico.

—Y quizá recoger —dijo la chica.

—No quisimos bajarlo. Hemos pensado que teníamos que avisarles para que puedan tomar las notas que consideren necesarias. Es un tántalo americano, a un par de kilómetros, quizá dos y medio, más arriba del lago del Oso. No está en el agua. Lo encontramos detrás de la playa. Está colgado de un árbol, enrollado en un sedal. No creo que lleve mucho tiempo muerto.

—Parecía una carta del tarot —dijo la chica. Había tomado una decisión. Lo recordaría así.

Preyman se quedó mirándolos. Él también se protegía detrás de unas gafas de sol. Todos se protegían de ese modo. Alguien murió anoche aquí, y con grandes dolores además, solía decir su padre cuando Preyman iba a visitarlo. Pero no podía ser siempre verdad, no en cada una de las noches anteriores a recibir una visita de su hijo, no todas las veces, estaba fuera de toda lógica. Los viejos se ahorcaban en las residencias de ancianos, eso era lo que hacían allí. Si puedes conseguirme una Coca-Cola caliente, solía decirle su padre, me harías muy feliz, te lo prometo. Había sido pastor y Preyman había sentido por él un temor reverencial y le gustaba escucharle. Pero al final todo se había reducido a ver morir a alguien y llevarle Coca-Colas calientes.

—Yo me ocupo —dijo Preyman. ¿Qué quería decir con eso? Esas palabras no tenían ningún sentido.

El chico asintió.

—Puedo indicarle mejor dónde está.

Empezó a describir el sitio donde habían varado la canoa, el sendero, la distancia que habían recorrido más allá del bosquecillo de caobas. Preyman cerró los ojos tras sus gafas de sol.

Cuando el chico concluyó, Preyman dijo:

—Muchas gracias. —Abrió los ojos.

—Los tántalos antes nidificaban en el parque, pero ya no lo hacen, ¿verdad? —dijo la chica—. Hay muy pocos, ¿no? Lo leí en alguna parte.

—Los tántalos son una especie indicadora —dijo Preyman—. Actúan más o menos como un manómetro. De hecho, ahora los usamos para eso, casi exclusivamente como medidores de la presión.

Lo miraron con gesto incómodo. Todo el rato se habían mantenido a cierta distancia de Preyman y su jeep. La chica hizo girar sus hombros. Iba vestida de marrón. El sol había dado a sus esbeltas piernas y brazos, que llevaba descubiertos, un tono marrón, y llevaba un pañuelo al cuello. Se agachó y levantó su extremo de la canoa.

Preyman les sonrió. No le cabía duda de que aún podía interpretar esa variante crucial de sus expresiones faciales. Se quedó allí un rato más y se fumó otro cigarrillo. Luego se subió a su jeep y se marchó mientras los jóvenes amarraban la canoa al techo de un viejo coche familiar. Salió a la carretera principal y luego enfiló por un camino de uso exclusivo para empleados, después de cerrar la verja tras él. Era un camino ancho, de gravilla, y conducía a varias caravanas y algunos buggies e hidrod deslizadores desguzados. Se detuvo al final del camino y sacó la mochila, agua, un cuchillo y una malla. No había ningún sendero desde allí hasta el lugar que le había indicado el chico, pero sabía cómo llegar. No estaba lejos. Nada quedaba demasiado lejos. Seguramente había recorrido hasta el último palmo de aquel parque, aunque sólo hacía unos pocos años que trabajaba allí. A veces, los huracanes hacían que un sitio fuera inaccesible, pero la situación no tardaba en arreglarse. Todo había sido tocado por alguien y no, por cierto, de forma leve. Había sido tristemente sencillo localizar las colonias de grajos. Prendían fuego a las islas de los manglares para reducir su número, después de recoger un puñado de caracoles en los árboles o alguna orquídea. Prendían fuego a las islas de los manglares para espantar a la caza. Prendían fuego para matar a los ciervos, que eran portadores de las garrapatas que creían responsables de la muerte del ganado que querían criar. Por todas partes se veían zanjas de donde habían extraído tierra para llevársela a otro sitio y también los vestigios de viejos intentos de drenar la zona. Hacía calor y todo estaba tranquilo y en silencio. Después de una hora de caminata, notó que la cabeza le ardía y los ojos le escocían por el sudor. Liberaría a la criatura del sedal, la bajaría del árbol, la llevaría de vuelta y alguien le sacaría unas fotos para incorporarlas a una exposición educativa...

Como un fulgurante espejismo sobre el suelo, vio ante él una guía ornitológica de plástico que se habría escurrido de la mochila o el bolsillo de

un visitante. Tenía el tamaño de un sobre, con los pájaros apretujados a cada lado para facilitar su identificación. La miró con cautela y no la tocó, sabedor de que lo que estaba viendo se había convertido finalmente en un mero símbolo de lo que ya era invisible. Además, sabía que en realidad no estaba allí. Su pie pasó por encima de la guía y ésta desapareció.

Había un poema precioso sobre un cernícalo, escrito por un inglés, un poema hermoso de verdad. Florida tenía un cernícalo y la gente lo llamaba *killy hawk, killy hawk*.

Se había adentrado bastante en una de las islas del manglar y todo seguía en calma, con una luz quebrada entre el verde oscuro. Cuando vio al hombre en el claro se sentó soltando un suspiro. El hombre estaba extrayendo un helecho de la corteza profundamente acanalada de un roble. Tenía una herramienta, una herramienta pequeña y práctica para hacerlo. Era a todas luces su padre y el helecho era un helecho diminuto en forma de mano, de verdad parecía una mano, con sus cinco dedos extendidos. El padre de Preyman había predicado treinta años y nunca había pronunciado dos veces el mismo sermón, aunque a menudo discurría sobre la frase «Y era ya de noche» del cuarto Evangelio. Le encantaba aquella frase, la noche inmaterial, gloriosa, llena de esperanza. Los intereses de su padre no eran de este mundo. En griego era «*en de nux*». Preyman había aprendido unas cuantas cosas... Después de jubilarse, su padre había vivido en un bloque de apartamentos en Miami que se llamaba Ambiente —se habían echado unas risas sobre el tema un par de veces— y luego tuvo un derrame y murió en un asilo de ancianos, libre de toda culpa, lo que no le ahorró morir con un miedo espantoso. Las largas manos de su padre acogían ahora el helecho y las raíces pasaban entre sus dedos blancos y se mecían en el aire. Su padre estaba muerto, el helecho se había extinguido, hacía años que se habían llevado de los Everglades el último ejemplar. Preyman sintió por un momento que habitaba en todo ello una lógica reconfortante, pero luego la sensación lo abandonó como si no fuera más que una ráfaga de aire rancio.

«Debo parar esto —pensó Preyman—, debo parar lo que está pasando», y para hacerlo abrió la boca con un grito.

GATOS Y PERROS

Lillian le estaba hablando a su hija de una fase de su vida en la que le dio por matar gatos.

—Tenía montado un sistema. Cebaba una trampa Havahart con un poco de sardina, la ponía en un plato y la dejaba en el jardín justo antes de irme a dormir. Por la mañana, salía corriendo con la bata puesta y, si había funcionado, lo que ocurría casi siempre, metía la trampa con su incrédula víctima en la parte menos honda de la piscina y en treinta segundos, quizá sólo veinte, asunto concluido.

Toby casi no la escuchaba. Miraba la permanente de su madre, que parecía de plástico moldeado.

—Esos gatos casi siempre tenían un aire displicente justo antes de ponerlos en remojo —decía su madre—. Como si no fuera la primera vez que los llevaban en una trampa Havahart y aguardasen un porvenir lleno de dicha y desafíos, un refrescante cambio de escenario, quizá de país, o incluso los retos de un centro comercial. Aun así, mi último gato fue casi igual que el primero. Nada consigue hacerlos cambiar. Son así por naturaleza. Me dio por pensar que no hacía más que cazar y liquidar el mismo gato una y otra vez. Perdí la ambición necesaria. No avanzaba, ya ves.

—Deberías parar de contar esa historia, mamá —dijo Toby—. ¿No te da miedo que algún día haya un ajuste de cuentas?

—Venga ya —dijo su madre distraídamente—. Lo único que quieres es chincharme.

—¿Te apetece ir a ver a papá? Vamos a pasar un rato con papá, luego tendré que irme.

—Mi primer derrame —dijo su madre—. Lo recuerdo como si fuera ayer.

—Bueno —dijo Toby—, pues no fue ayer.

—Oí como un desgarrón. Fue un zigzag dentro de mí, de golpe, y luego me vi en el suelo y no sé cuánto tuve que esperar a que llegara alguien.

Celebraban Halloween en los pabellones gemelos de la residencia de ancianos. Su madre estaba en uno y, al otro lado del patio, su padre estaba en el otro. Ambos edificios estaban decorados con banderines naranjas y negros, y había brujas y fantasmas de cartulina sujetos con chinchetas a las paredes. Había una pila de calabazas de plástico junto al mostrador de recepción. ¡Qué sitio para celebrar Halloween! El personal estaba chiflado. Así se hacían llamar: «el personal». Era evidente que le daban al botiquín día y noche para que no decayera su alegre talante.

—¿Dónde estás ahora? —preguntó Lillian—. ¿En qué andas metida?

Toby suspiró.

—No sabes quién soy, ¿verdad?

—Eso no es del todo cierto —dijo Lillian. Esa mujer que tenía ante sí y que de pronto parecía enojada era como todas las demás, como cualquier otra persona que hubiera vivido en este mundo.

—Ya te lo he dicho, mamá. Si sigues sin reconocerme, voy a dejar de venir.

—Eres mi hija —dijo Lillian. Habría querido no sonar desorientada. Deseaba que su voz sonara asertiva, torrencialmente asertiva, como la de una gran artista.

Toby no se dejó apaciguar. Le distraía la presencia del personal, que decoraba las ventanas con telas de araña rociadas con espray.

—Hoy he vendido la casa —dijo Toby alzando la voz—. He cerrado el trato, justo antes de venir.

Su madre frunció el ceño.

—Ya hemos hablado de eso —dijo—. ¿Te lo pasaste bien?

—La ha comprado una pareja joven.

—¿Por qué la ha comprado una pareja joven?

—Venga, vamos a ver a papá antes de que me saques de quicio.

Toby quitó el freno de la silla de ruedas con la punta de la sandalia y

enfilaron el pasillo hasta llegar al patio. Había varios bancos, todos libres, y dos árboles cuyas ramas, seccionadas y lisas, hacían pensar en muñones humanos con la piel tensada hacia delante y cosida en un dobladillo bien ceñido. No obstante, en las puntas de esas ramas inquietantes crecían unas flores blancas, preciosas y aún fragantes. Y esos árboles no eran para nada raros en aquellas latitudes.

Toby había sacado un buen pellizco de la casa, la última en la que sus padres habían vivido juntos. Había conseguido la máxima rentabilidad gracias a una artimaña exótica desde un punto de vista legal. Sus padres llevaban viviendo en la casa menos de seis meses cuando supieron por un vecino que se había producido un asesinato en ella, sólo uno, pero que abarcó casi la entera totalidad de las habitaciones, tanto en la planta baja como arriba, en lo que sólo pudo ser un proceso interminable. Toby aprovechó una zona gris en la legislación y demandó a los agentes inmobiliarios por haber vendido a sus padres una propiedad mancillada. El abogado había disfrutado de lo lindo con la grisácea amplitud de aquella artimaña legal. La casa parecía sudar tinta china para mostrarse encantadora y honesta, pero en los tribunales se dictaminó que estaba afectada psicológicamente y se condenó a la inmobiliaria por no haber informado de su pasado a los compradores. El dinero en sí no era nada del otro mundo, pero era agradable tenerlo. Tras el derrame de su madre y la caída de su padre, Toby puso la casa en venta divulgando toda la información y finalmente la compró una pareja que había sufrido la muerte violenta de un ser querido (la relación de parentesco no le quedó del todo clara) y había necesitado asistencia psicológica intensiva. Ahora podían aceptar la muerte repentina e indecorosa, y hasta morar en ella. La pareja se ganaba la vida haciendo vídeos.

Firmaron todos los papeles en la casa sobre el capó del coche de la pareja. El coche tenía la carrocería cubierta de peces pintados a mano, siguiendo una de las costumbres de aquella ciudad que consistía en pintar creativamente los coches viejos con escenas complejas y detallistas de mundos casi desaparecidos. Los peces mostraban caras de retraída sorpresa y cuerpos plateados y curvilíneos. Cada escama, primorosamente delineada, resplandecía. Todos los dibujos eran brillantes y minuciosos; el agua era

cristalina. Sin embargo, el vehículo en sí tenía los neumáticos desgastados, una raja en el parabrisas y arrastraba el tubo de escape.

—Los vídeos sirven para pagar las facturas —dijo la chica. Se llamaba Jennifer—. Pero la vida no valdría la pena sin el dinero de sus pelotitas. Mi chico vende su esperma a clínicas de fertilidad. Tiene el CI más alto del sector, o casi.

—Naturalmente, los médicos ganan mucho más —dijo su chico.

—No entiendo que la gente se asuste solamente por que esta casa tan bonita acogiera un lamentable acontecimiento —dijo Jennifer—. La gente se asusta por gusto. Estamos en este mundo para interpretar un papel, pero en vez de interpretar nuestro papel como un actor, a algunos se les mete en la cabeza que son el papel que interpretan y se asustan todo el rato. Escucha, se oye el mar desde aquí.

—Es una autopista, creo —dijo su chico.

—Pues es bonito igual. Quiero decir, si consiguen hacer que una autopista suene igual de bien que el mar, pues muchísimo mejor.

Toby no había vivido nunca en esa casa. No significaba nada para ella. Aun si hubiera vivido allí, su venta no habría tenido mayor importancia. No veía una casa como una cuna o un nido grande. Durante los últimos años, había pasado por varias casas que su padre compraba tras abonar los impuestos impagados de la propiedad en subastas judiciales cuando no se podía localizar a los dueños. Su padre se había distraído durante la jubilación adquiriendo casas de esa forma. Todas eran pocilgas, y Toby estaba atareada esos días deshaciéndose de ellas cuanto más rápido mejor. De momento, ocupaba una rareza construida décadas atrás que no se había restaurado ni una sola vez. El tejado tenía un ángulo en el centro del que salían dos alas. Los techos estaban agrietados y tenían manchas de humedad, una alfombra color verde aguacate cubría el suelo de contrachapado y el papel pintado del cuarto de baño tenía dibujos de toreros y toros o, para ser más precisos, un solo torero y un solo toro repetidos hasta la saciedad. Las maderas, de color galleta, eran endebles, las habitaciones eran pequeñas, los cimientos crujían y los electrodomésticos de la cocina, que estaban medio estropeados, tenían una grotesca capa de pintura rubí. El jardín era espacioso. Se veían los restos

destrozados de antiguos parterres de flores y había un pequeño estanque con un arco de hormigón desde el que un pescador de hormigón «pescaba». Aquel sitio era la monda, aunque Toby creía que le empeoraba la sinusitis.

Esta casa, sin embargo, la última de sus padres, era elegante, formal, limpia y paciente, aunque hubiera tenido mala suerte. La casa era consciente de su mala suerte. La habían vendido con todos los muebles, la vajilla, la ropa de cama e incluso el Oldsmobile del garaje.

—¿Qué es lo primero que vais a hacer? —preguntó Toby.

La pareja la miró perpleja.

—Con la casa —añadió.

—Ah, derribarla —dijo el chico—. Queríamos algo más parecido a una yurta.

—Está bromeando —dijo Jennifer.

—La última palabra es vuestra, por supuesto —dijo Toby.

—¡Está bromeando!

—Eso sí, quizá le demos una mano de pintura a la tartana del garaje. Color coral.

—Bonito, bonito, *muy bonito* —dijo Jennifer entusiasmada.

Llevaba una tartera infantil a guisa de bolso de la que sacó un giro bancario por el importe total de la compraventa, así como tres pequeñas magdalenas con glaseado de naranja que procedió a repartir.

Toby engulló la suya sin pensárselo y luego dijo:

—Oh, yo... ¿Llevan algo dentro?

—Sólo un poco de maría para celebrarlo —dijo el chico.

—Chinchín —dijo Jennifer, zampándose su magdalena. Abrió entonces los brazos, casi golpeando a Toby con la fiambarrera—. Voy a plantar de todo en el jardín. Mi abuelo tenía una glicina y decía que, cuando salía a mirarla, la planta se agachaba y apoyaba la cabeza en su hombro porque el viejo le caía genial. Esa cosa era *enorme*. Una vez, aprovechando que mi abuelo no estaba, me puse a atizarla con un mazo de croquet. Estaba cabreada con mi abuelo porque había metido mi jersey favorito en la lavadora y lo había destrozado. Encogió tanto que parecía el jersey de una chinchilla.

—Más bien de un chihuahua, creo —dijo su chico.

—Un niño de hoy en día le habría arreado al abuelo —continuó Jennifer —, pero yo la tomé con la glicina, vaya si lo hice. La destrocé enterita, en grandes pedazos verdes y morados, y nunca volvió a ser la misma. Era una niña malísima en esa época, ¡un demonio!

—Pero entonces encontraste a Jesús —dijo su chico.

—¿Lo encontraste? —dijo Toby—. ¿Dónde?

—Lo que quiere decir es que Jesús me encontró *a mí* —dijo Jennifer en tono bondadoso—. Y ahora me consuelo sabiendo, *sabiendo*, que en el cielo de mi abuelo crece una glicina.

—Eso es muy improbable —dijo Toby.

—¿Perdón?

—Improbable —dijo Toby—. Dudoso. Imposible.

Jennifer se quitó las gafas de sol y la miró con frialdad.

—Creo que es hora de que te vayas —dijo su chico.

—Por supuesto —dijo Toby. La magdalena la había dejado un poco atontada—. Hemos terminado la transacción —dijo, con una sonrisa que sabía perfectamente que estaba adueñándose de una zona demasiado grande de su cara.

—Sigue siendo muy capaz de dejarte tiesa —le advirtió el chico.

Y así, con esa nota de incomodidad, había concluido la venta.

Con todo, la magdalena la impulsó en un alegre trayecto hasta la residencia de ancianos —un recorrido de unos treinta kilómetros a través de un tráfico normalmente desquiciante— antes de abandonarla sin previo aviso detrás de la silla de ruedas de su madre, en cuyo respaldo algún miembro gracioso del personal había puesto el adhesivo: ESTE VEHÍCULO NO ESTÁ ABANDONADO.

—¡Mira! —exclamó Lillian. Su corazón latía con energía, aturdido—. ¡Mira!

Pero entonces se dio cuenta de que no era más que el agua de un aspersor que rociaba de un lado a otro el césped del jardín.

—¿Qué? —dijo Toby—. No te vas a mojar. ¿Te da miedo mojarte?

Lillian se acordó de un paraguas verde, cerrado en el recibidor, de cuando era joven. Le daban miedo los paraguas.

—Me asustan los para... paraguas —dijo con timidez.

—No seas tonta —dijo Toby.

Encontraron a Robert en la sala de lectura, a solas en una gran mesa, con la mirada clavada en un libro sobre el Antiguo Egipto. Allí estaba su *padre*, pensó Toby. Esperó la llegada de un segundo pensamiento, pero no surgió nada a continuación.

—Hola, papá —dijo Toby. Siempre esperaba algo, pero ¿qué?

Él no le hizo caso y se dirigió a su mujer.

—¿Sabes algo de este tal Osiris?

Lillian estudió atentamente la página repleta de ilustraciones.

—Bueno, no es él, ése con la cabeza de chacal. Osiris no es así.

—Tu madre siempre fue la lista de la familia —dijo Robert—. Siempre podías confiar en ella.

Toby echó un vistazo al texto. Osiris había muerto ahogado a manos de su hermano. Luego éste cortó su cuerpo en catorce pedazos y los esparció por todas partes, por todo Egipto. Alguien los encontró todos, pero no su pene, que se habían comido los peces, y luego volvió a armar su cuerpo y lo coronó rey del inframundo.

—No deberían tener este tipo de libros tirados por aquí —dijo Toby—. Aquí, precisamente.

—Esos egipcios tenían que preocuparse de que sus corazones no testificaran contra ellos tras su muerte —dijo Robert—. Curioso, ¿no? Ésa era una de las preocupaciones de esa gente.

—¿Les preocupaba que sus propios corazones los traicionaran?

—Eso es, madre.

—¿Como si fueran delincuentes?

—No os sigo —dijo Toby, sin curiosidad.

Robert la miró con un gesto de rechazo, aunque nunca había sentido preferencia alguna por tener un hijo varón. Habían tenido a Toby cuando ya llevaban muchos años juntos. Aquella hija había sido una sorpresa marchita.

—Has sido tú la que ha dicho que habría un ajuste de cuentas —le recordó su madre.

—Eso iba a decir —admitió Toby—, pero me he mordido la lengua.

Se sentaron en silencio a la mesa, con el gran libro sobre Egipto abierto en medio.

—¿Qué vas a cenar, papá? ¿Qué os dan hoy?

—Una carne que se puede comer con cuchara —dijo él con aire taciturno— y sorbete de naranja. Es Halloween.

—A Toby nunca le ha gustado Halloween —dijo su madre—. Nunca ha sido una chica que imponga respeto para una fiesta así.

—Mamá, por favor... —se quejó Toby.

—¿Qué tiempo hace fuera? —preguntó su padre.

—Pues... —Toby no se acordaba. ¿Y qué importancia podía tener? Los días en Florida eran casi siempre radiantes como llamaradas.

—Hemos tenido una buena vida juntos, ¿no crees, madre? —dijo Robert.

Toby sabía por experiencia que aquella conversación podía terminar bien o mal y no iba a esperar sentada.

—No lo creo —dijo Lillian. Había decidido no ser torrencialmente asertiva de momento.

La respuesta, fuera cual fuese, normalmente señalaba el instante en el que Toby miraba la hora en su reloj y manifestaba su consternación por lo tarde que se había hecho. Era un gesto discreto al que se había acostumbrado a recurrir.

—De acuerdo, mamá, papá, tengo que irme. Mamá, ¿por qué no cenas aquí con papá? El personal podría llevarte después a tu habitación.

—Déjame aquí, déjame aquí —dijo su madre—. Me parece perfecto. Sólo espero que llegue mi turno.

Toby se sentó en el porche de la siguiente casa que estaba a punto de quitarse de encima y miró a la calle. No iba a presentarse ningún crío disfrazado a pedir chucherías. Era un barrio poco recomendable y muchos de los niños seguramente estaban en la cárcel. A nadie se le ocurría criar un bebé en esas calles. Aquel barrio sí engendraba unas siluetas vivarachas, no del todo crecidas, con los pantalones caídos, algunas de las cuales conducían coches en forma de bala con los ejes trucados que les permitían cabecear y hacer

reverencias como los caballos de circo. Uno de esos vehículos pasó frente a la casa sin hacer reverencia alguna. Un hombre se rio y una lata de cerveza surcó el aire y golpeó en los escalones carcomidos del porche. No estaba abierta, lo que indicaba, en consecuencia, una pizca de buena voluntad.

Toby no tenía ningún admirador en esa época. Tras marcharse de casa de sus padres a los dieciocho años, había vivido dos breves matrimonios: el primero con un instalador de tabiques adicto al Ritalín, y el segundo con un autodidacta flaco y parlanchín, brillante y completamente trastornado, que se bebía una tonelada de café al día, trasteaba con motores y leía libros de historia sobre la Edad Media. Después de la separación, el hombre voló a Arizona con una avioneta que se había construido él mismo y encontró trabajo de guía turístico en una cueva activa recién descubierta. Regañaba a diario a los turistas diciéndoles que cada vez que respiraban le robaban vida a la cueva, aun a pesar de que todos y cada uno de esos turistas habían tenido que superar tres compartimentos estancos y tenían prohibido tocar nada o hacer fotos. No parecía importarles que los trataran como portadores de la destrucción. Según él, era el guía más popular de la cueva. Toby se sorprendió al saber que caía bien a la gente. A ella, naturalmente, no le había pasado lo mismo.

Se mecía suavemente en un viejo balancín colgado del techo. Una de las cadenas parecía estar a punto de romperse, pero ya hacía tiempo que tenía ese aspecto. Una luna grande y anaranjada se encaramaba con dificultad al cielo.

Una limusina más larga que el porche desvencijado se detuvo frente a la casa. Seguramente sus ocupantes estaban buscando la sala de fiestas que se encontraba a unas cuantas manzanas de allí, supuso Toby. Solían actuar cantantes y grupos. Pero nadie le preguntó cómo llegar. En vez de ello, del interior de la limusina surgió una mujer inmensa vestida de rojo y bañada en un fuerte perfume. La limusina se alejó.

—¿Es usted la actual propietaria de este inmueble? —preguntó la mujer—. Espero que así sea.

Toby entornó los ojos y no respondió. La mujer debía de tener su edad, pero era llamativa, tremenda.

—¡De niña viví en esta casa! —anunció la mujer—. Era la única casa en

esta acera de la calle. Al lado sólo había un bonito descampado con un cobertizo y la familia que vivía en la manzana de al lado criaba terneros en el cobertizo, que era una becarrera. El padre no permitía que sus hijos jugaran con los terneros, no quería que los convirtieran en animales de compañía y luego se pusieran tristes, pero a mí sí que me dejaba jugar con ellos. Quería tantísimo a esos terneros. A cada uno lo quería más que al anterior. En las noches de bochorno, como la de hoy, sacaba mi dulce almohada y me tumbaba en el puentecillo que hay ahí detrás. ¡Cuántas noches maravillosas pasé en vela acostada en aquel puentecillo cantando mis pequeñas alabanzas bajo la gran rueda del firmamento!

—Vivía usted aquí —dijo Toby, no precisamente cautivada.

—Claro que sí, hermana. Y quiero volver a casa. Quiero comprar este inmueble precioso.

—Podría plantearme venderlo —dijo Toby, esperando no delatar su entusiasmo. No había invitado a la mujer a subir al porche y no creía que fuera a hacerlo.

—¿Cuánto quiere? —preguntó esa mujer asombrosa. Su vestido llamaba la atención, era de un precioso y chillón color carmesí.

Toby se quedó callada un momento, pero luego pronunció un número que la hizo sonrojarse, pues era exorbitado.

—Le pagaré veinte mil más. Tengo dinero. Soy un éxito. Lo digo con toda la modestia del mundo, créame.

—La casa necesita obras —admitió Toby a regañadientes.

—Todos necesitamos obras, hermana. Todos somos una obra en construcción. Y nadie sabe de qué guisa nos llegará el final de todo lo que conocemos. En este sentido, somos como esos preciosos terneros.

—Así que por esta zona solían dedicarse a trabajar la tierra —dijo Toby—. Todo esto ha cambiado muchísimo, no hace falta que se lo diga.

—Nadie trabajaba la tierra, hermana. El único que criaba terneros era ese blanco que le decía, un muerto de hambre. Los vendía a los restaurantes de Sarasota.

Toby sintió que la amonestaba, pero le dio igual. Espantó un mosquito de su rodilla y dijo:

—¿Puedo contar con que es una propuesta seria? Porque he recibido algunas ofertas y tendré que comunicársela a las otras partes. Aunque, claro está, la casa tiene más valor para usted. —Hasta ahí estaba dispuesta a recurrir a lo imaginario.

—Ya le he dicho que me parece bien su precio y que estoy dispuesta a pagarle más, hermana. Claro que valoro esta casa. Y mis padres también la valoran. Están aquí detrás. Seguramente a punto de perder toda esperanza de volver a verme.

—¿A qué se refiere con «aquí detrás»? —dijo Toby al cabo de unos instantes.

—Voy a contarle nuestra historia, hermana —dijo la mujer, alisándose los hombros del vestido y haciendo que la tela roja se tensara y reluciera—. Era la gente más buena que nunca tendrá la suerte de conocer. Eran edenistas, eso eran mis queridos padres, creían de verdad que vivimos en el Edén, que aquí y ahora estamos en el Edén. Eran buenos y agradecidos, y una tarde, más o menos en esta época del año, salieron a darle una clase de conducir al chico de los vecinos. Habían prometido que enseñarían a conducir a ese chaval, a Billy Crawford, en nuestra camioneta, para que pudiera sacarse el carné. No era más que un gesto de bondad por su parte. Mi padre trabajaba en la construcción y llevaba sus herramientas, sus maderos, sus pinturas y todo lo demás en la plataforma de la vieja camioneta. Iba sentado en medio de la banqueta, con Billy Crawford al volante y mi madre junto a la ventanilla disfrutando del aire. Mi madre aprovechaba cualquier oportunidad para salir a dar una vuelta en coche. Nunca sabremos por qué mi padre se ofreció a darle clases a Billy Crawford. A ese chico no se le podía decir nada y además nunca se ponía las gafas que le habían recetado porque era un presumido. Conducía él, no iba rápido, la velocidad no fue una de las causas. Pero lo que hizo fue atropellar al perro de un tipo. Lo aplastó con las ruedas, ni siquiera lo vio, y eso que el perro era grande. Según todos los testigos, el hombre que estaba junto al perro, el dueño, adoptó una actitud amenazante desde el primer momento, tenía tanta pena que daba miedo, porque ese perro había sido su único amigo desde hacía quién sabía cuántos años. El tipo iba cubierto de un montón de andrajos que parecían túnicas y se puso a gritar y a

aporrear la camioneta y no había manera de consolarlo, no escuchaba, no atendía a razones, aunque evidentemente no había ninguna razón para lo ocurrido, ya que se trataba de un accidente. Billy Crawford, nadie sabe si siguiendo las directrices de mi padre o no, volvió a pisar el acelerador para marcharse. Pero el hombre, que se llamaba Rockford Wiggins, se agarró a la camioneta y se subió a la plataforma trasera, donde siguió gritando y aullando, y ahora que tenía a mano tablones, latas y herramientas para aporrear a su antojo se puso a golpear el cristal, que era lo único que le separaba de ellos, de Billy Crawford y de mis queridos padres. También había una lata de aguarrás y la muerte triunfante no tardó mucho en depositarla en manos de Rockford Wiggins. Se echó la trementina por la cabeza y todos esos harapos que llevaba se convirtieron en cien mechas, de modo que cuando decidió prenderse fuego con una cajita de cerillas, toda la camioneta se incendió. Me dijeron que parecía un trozo de ardiente infierno, según la forma que tiene la gente de imaginárselo. Pues bien, hermana, todos murieron, calcinados hasta los huesos. Y un profesional se ocupó de reducir a mis queridos padres a cenizas porque se había puesto de moda en esa época. Y me llevé esas cenizas y las convertí en ladrillos, porque no había nadie que pudiera impedírmelo y nadie levantó la voz para decirme que no. Tenía algunos conocimientos del tema porque mi padre se había dedicado a la construcción, como ya le he dicho. Era necesario añadir algo: tres partes de arena, una de cal y arcilla. Pero ahora lo esencial de esos ladrillos son mis queridos padres. Los encastré con mortero a la base de ese puentecillo que construimos juntos cuando éramos edenistas. Y entonces tuve que marcharme, hermana. Tuve que lanzarme al mundo, abrirme paso y hacer fortuna.

—¿Me está diciendo que esos dos ladrillos de ahí fuera no son sólo ladrillos? —dijo Toby.

—No mezclé las cenizas. Si tuviera que hacerlo hoy, las habría mezclado todas, las del pobre Rockford Wiggins y las de ese mocoso de Billy Crawford, y también las de ese perro grande.

Toby se dio unas palmadas en las rodillas. Los bichos estaban empezando a incordiarla de verdad.

—Lo que no entiendo es cómo se le ocurrió pensar que los nuevos inquilinos de esta pocilga lo iban a conservar todo igual —dijo, sonriendo a la mujer para que no se tomara a mal el comentario.

La mujer le devolvió la sonrisa. Era ese tipo de sonrisa que quizá los enfermos terminales notan que reciben a medida que van pasando los días.

—Me refiero a que en cierto modo fue como tirar una moneda al aire —dijo Toby—. Esto no es un cementerio. Nadie tiene la obligación de proteger lo que hay aquí. —O lo que no hay, podría haber añadido perfectamente.

—Mi agente la llamará mañana —dijo la mujer.

—Necesitaré unos días para las gestiones.

—Entonces, en tres días —dijo la mujer.

—Puede volver dentro de tres días, entonces. No, mejor que sean cuatro —dijo Toby.

La mujer asintió y dio media vuelta. La limusina apareció como un líquido que hubieran derramado las sombras. Se dirigió una vez más a Toby antes de subirse.

—¡Es perfecta!

Sin duda sus ojos se habían desacostumbrado a la realidad, pensó Toby, si creía que esa casa cutre era perfecta. Se levantó del balancín y entró en la casa, abriendo y cerrando con dificultad la puerta deformada. Se sentó a la mesa de la cocina, una antigualla rosa de formica con las patas cromadas, y pasó las páginas de un listín telefónico hasta que encontró el apartado de las empresas de demolición. Copió varios números. Haría las llamadas por la mañana. Quería destrozarlo todo, tirarlo todo abajo. Encargaría el trabajo a quien pudiera hacerlo más rápido. Se apoderó de su cuerpo una formidable y piadosa sensación de vacío. Le estaba haciendo un favor a esa mujer. Seguramente se trataba de una tomadura de pelo, en cualquier caso. No recibiría la llamada de ese agente. Estornudó fuerte por el moho y se llevó un pañuelo de papel a la nariz. El comportamiento de algunas personas era lisa y llanamente inexplicable. Era como si consiguieran sobrevivir a sus propias vidas.

La gran luna había quedado oscurecida por las nubes. Toby cogió una linterna y salió de la casa, avanzando con sigilo por el jardín perdido pero no

olvidado hasta llegar al pequeño puente. Se agachó y examinó los ladrillos sobre los que descansaba el peso de aquella construcción absurda. No había dos ladrillos que fueran distintos del resto: todos estaban gastados, eran vulgares, anodinos, de tamaño y textura uniformes.

De rodillas, los enfocó con el haz de luz.

—No te creo —dijo.

Robert había traído el gran libro sobre Egipto a la cena y antes de que pudieran arrebatárselo derramó el vaso de leche sobre sus páginas. Le cayó una buena reprimenda. Se habían llevado a Lillian a su habitación y en ese momento el personal la estaba atando a la cama para prepararla para su noche a solas. Se sintió obligada a volver a hablar de los gatos.

Había una trampa y un poco de comida en ese platillo de porcelana desportillado. Nunca demasiada para no parecer que malgastaba la comida, eso no estaría bien. Y en cuanto al platillo... tenía que estar desportillado. Un plato en perfecto estado habría causado una impresión completamente distinta. En realidad, no quería hacer ningún daño. ¿Y si todas tus acciones tenían importancia? Gracias a Dios, era imposible que así fuera.

EL ENCARGADO DEL PUENTE

Intento pensar. A veces me sorprendo a mí mismo diciendo sólo esas dos palabras y sólo mentalmente. Parece que para empezar algo mentalmente tenga que decirme mentalmente a mí mismo que intento pensar. Recuerdo cómo empieza pero no cómo acaba. Aunque ya se ha acabado. No parece razonable que se haya acabado y que al mismo tiempo esté donde siempre he estado sin saber qué es lo que ella me dio o qué debería hacer con eso.

Porque el puente sigue aquí, lo mismo que el agua y la barraca. Y aunque no he vuelto a poner un pie en la ciudad desde que ella se largó, imagino que la ciudad sigue ahí también. Su coche de lujo sigue aquí, en la playa, aunque parece que esté perdiendo el color, más o menos como si fuera una fotografía cutre. El coche es negro, pero los pájaros lo han dejado todo perdido de mierda y ahora es blanco como la arena. A veces me lastima los ojos. Los cromados reflejan la luz del sol. Pero, como decía, a veces casi no puedo distinguirlo. La verdad es que ya no es lo que se dice un coche. No llevaría a nadie a ninguna parte.

Lo que pienso es que antes de que ella viniera supe que iba a ocurrir algo y ahora que ya se ha ido sé que no ocurrirá nada. No dejó nada salvo el coche. Ni unas bragas, ni un chicle, nada. Una vez trajo una latita redonda de paté de hígado de pollo. Ahora bien, sé que nunca he comido paté de hígado de pollo, así que tiene que estar por algún lado, aunque no la encuentro. Tengo la cabeza más hinchada que una garrapata agarrada a un perro. Llena de sangre o algo. Y mi polla yace tan mansa en mis vaqueros azules que me cuesta creer que de verdad haya pasado por todo lo que ha pasado.

Se fue como se va el humo. Incluso cuando estaba aquí era así. Me cubría

con su cuerpo, me envolvía y apretaba fuerte, y sabía tan dulce y fresca como un cucurucho de helado y olía maravillosamente bien y se aplicaba a amarme. Pero entonces se disolvía de golpe y me llenaba de ella hasta arriba como se llena un vaso de agua. No recuerdo cómo acabó todo, como decía, pero sé que no continúa. Lluvia negra a las cuatro, como solía ser. Árboles negros y un cielo vacío. Y el golfo que trae una espuma sucia y verde cuando entra en el canal.

Pero sí puedo pensar en el principio. Vale. Esa primera mañana vuelvo a la barraca y veo un perro marrón grandote sentado allí bebiendo en la taza del váter. La había dejado seca. Y el perro me miró como si fuera yo y no él quien no tenía derecho a estar allí. La dejó seca y me miró sin moverse, con la boca abierta y chorreando. Bueno, me gustan los perros, seguro, pero vi que ése era un chucho. Cerca de Pensacola, tuve dos perros de presa que daba gusto verlos. A esos perros les encantaba cazar. Esos perros no se andaban con chiquitas. Pero este chupador de retretes era un vagabundo. Un perro abandonado. Un caniche o algo por el estilo. De los grandes. Antes de que me decidiera a darle una buena patada, el perro abrió la mosquitera con la pata y se largó.

Estaba cabreadísimo. Y pensaba y me preguntaba cómo iba a atrapar a ese perro marrón, sin que se me pasara por la cabeza ni una sola vez lo raro que era que hubiese aparecido un perro por allí, porque en seis meses no había visto ni un solo bicho viviente cerca del puente o en la playa, salvo los salvajes, claro. Y tampoco había visto un alma en ese tiempo, y entonces, en cuanto caigo en ello, veo a la chica paseando por la playa con el perro.

Lleva un biquini brillante y tiene el pelo todo desgredado y mojado, y recordé que hacía una eternidad que no veía a una chica en biquini o a una chica y punto, porque mi mujer me había abandonado hacía siglos, e incluso entonces ya había dejado de ser una chica se mire por donde se mire, y había regresado a Lowell, Massachusetts, la ciudad de la que vino para arruinarme la vida. En alguna parte de esa ciudad, instalada en un jardín que hay delante de una fábrica, tienen o tenían una silla lo bastante grande para el culo de un gigante. Cuarenta o cincuenta veces más grande y disparatada que una silla normal. Y vino de esa ciudad. Y vendió mis perros para comprarse un billete

de vuelta en un autocar Trailways con el techo transparente.

Nunca llegué a conocerla bien. Llevaba tanta ropa encima que parecía una esquimal, por Dios. Capas y más capas de ropa. Nunca sabía si llegaba a tocarla o no, y ella era la última interesada en hacérmelo saber. Nunca hablaba de nada que no fuera Nueva Inglaterra. Todo era mejor allí, decía. El maíz, las carreteras, los adornos navideños. Los caballos no tienen tan mala uva, decía. El pan se leuda mejor en el norte. Incluso el sol, decía, es más bonito porque se pone en otra dirección. En mi ciudad no cae por detrás de la casa como aquí, decía. Yo era joven entonces y nunca la engañé. Era joven y tenía las pelotas hinchadas como naranjas. Y lo eché todo a perder. Encontró mis papelines entre su ropa interior.

Cuando pienso en lo trozo de pan que era entonces, en lo educado, en la polla maravillosa que tenía, y cómo lo eché todo a perder con una mujer incapaz de amar... Tenía una lengua ancha y lisa como un huevo frito. Y no la usó ni una sola vez. Supongo que era eso lo que esperaba que me hiciera, pero por el mismo precio podría haber esperado encontrar petróleo en el huerto. Me dijo que era una mujer respetable y aseguraba haber trabajado en una oficina en Boston. Pero no tenía ningún respeto por la relación entre hombre y mujer, y no podía ser más tonta. Era incapaz de organizar las cosas en su cabeza. Yo sí que le organizaría la cabeza si volviera a verla. Se la doblaría bien dobladita para que pudiera llevarla en el bolso. Mira que vender los mejores perros de presa de todo Florida por un billete de autocar.

Vale. Veo a la chica con ese biquini reluciente y sólo puedo pensar en la vieja. Ha pasado tanto tiempo y sólo puedo pensar en esa zorra que fue mía o no lo fue nunca. Me paso la vida encima del agua sin imaginarme nada. Y cuando veo a la chica lo único que se me ocurre es pensar en la vieja. Y me asusté. Fue como si me hubiera sorprendido a mí mismo muriéndome. Como cuando te sorprendes haciendo una estupidez.

Crucé el puente, me encaramé a la caja y saqué los prismáticos. Son propiedad del estado de Florida, pero son míos siempre que los deje en su sitio. Y, pienso entonces, esa chica será mía siempre que la tenga a tiro. Viene por la playa, deteniéndose cada pocos metros, se pone en cuclillas y se enciende un pitillo. Lleva un bañador que es como dos tiritas grandes.

Alentador pero no demasiado alentador. Y un cuchillo atado a la cintura y un reloj grande en la muñeca. También llevaba una libreta.

Me agoté de mirarla. Se ponía en cuclillas, escribía algo en la libreta y luego se incorporaba de un salto tan grácil que parecía ser consciente de que alguien la estaba observando, y tiraba ligeramente de la braga del biquini con el dedo. La miré un buen rato, pero no hizo nada espectacular. Sencillamente, estaba feliz mirando cómo se movía una mujer casi desnuda. De cuando en cuando se metía en el agua y nadaba unos cuantos cientos de metros, con ese asco de perro nadando a su lado y ladrando como un condenado, y cada vez que salía del agua era como si el biquini hubiera encogido un poco más y la carne se le salía por todas partes, redonda y de un blanco burbujeante.

La miré hasta que se perdió de vista en un recodo de la playa y me puse a mirar otras cosas. Pájaros arremolinándose en los manglares. Lanchas de pesca bastante alejadas de la costa. Y lo que luego supe que era el coche de la chica aparcado en la arena apelmazada bajo unos cedros. Un coche raro. Vi enseguida que era europeo o de algún país extranjero. Un coche asqueroso que parecía un ataúd. Pero también me hizo pensar en el sexo, sabes, aunque nunca antes había visto una máquina que me hiciera pensar en el sexo. Pero ese coche me impulsó a sentir cosas, igual que la chica, cosas que tal vez nunca antes había sentido. Aunque sabía qué eran. Y era delicioso sentirlas.

Finalmente guardé los prismáticos. Los limpié. La humedad del aire había dejado los cristales empañados. De hecho, creo que estaban hechos polvo porque nunca los utilizaba, porque no los cuidaba nada. Es lo que pasa con muchas cosas. La vida, por ejemplo, que se estropea si no la usas. Todo se queda atascado o lleno de óxido. Principalmente las herramientas. Los mecanismos. Mi herramienta. Ja, ja.

Me preocupé un poquito por los prismáticos porque son propiedad del estado. Podrían darme la lata por su culpa. Y también por el puente. Porque está claro que el puente no luce como debería. Si un barco quisiera pasar por aquí y tuviera que darle a la manivela para levantar este diablo, creo que se caería a pedazos, todo el mecanismo, como esos puentes de cartón piedra que hacen estallar en las películas bélicas. Pero la verdad es que nunca pasa ningún barco por aquí. Ocurre que esta vía de navegación no está bien.

Habría que dragar el canal o que un buen huracán se deje caer por aquí y lo deje todo bien limpio. La playa es bonita. Hay buena pesca, pero no pasa ninguna barca ni nadie. Oí que ocurrió algo aquí hace unos años. Una enfermedad o qué sé yo. En el agua. Un ataque o algo que llegó con la marea. Alguien murió o quedó herido. Siempre ocurre lo mismo. La gente sigue recordando las malas noticias aunque no se hubieran enterado de ellas en un primer momento.

De modo que el estado ha dejado que esto se pudra. Aunque nunca sabes en qué momento van a presentarse y armarte un escándalo de narices porque no tienes las cosas como quieren. Pero fueron ellos y no yo los que decidieron construir esta locura de playa y fui yo y no ellos el que vio, en mi primer día de trabajo, el letrero justo encima de las vigas carcomidas que hay al lado de la manivela que dice: ATENCIÓN, CUANDO ESTÉ BIEN INSTALADO, ESTE LETRERO NO SERÁ VISIBLE.

En fin, no es asunto mío. Y la verdad es que no espero que el estado venga a darme la lata. Saben muy bien que soy una perita en dulce. Hay que estar hecho de una pasta muy especial para aguantar la vida en este culo del mundo. No creo que venga nadie. Aunque sí estaría dispuesto a esperar a esa chica. A estas alturas no creo que le sorprenda a nadie.

Vale. Después de perderla de vista, regresé a la barraca y me di una ducha. Las dichosas ranas salen de la madera y se quedan ahí sentadas mientras me ducho. Como si quisieran que me partiera el cuello resbalándome con ellas. Me puse ropa limpia y me corté las uñas. Me aseé igualito que una estrella de cine y luego me quedé dormido en la butaca, y eso que era mediodía. Cosa que no me pasaba casi nunca. Y cuando me desperté casi se había hecho de noche y la chica estaba ahí mismo, mirándome.

Le estaba dando cereales al perro. De uno en uno. Mis cereales. Estaba muy morena y le brillaba la piel. Y tenía un aspecto tan cálido que empecé a sudar. Y entonces que me aspen si no vino a sentarse a mi falda y me chupó la oreja. Dios, qué calor desprendía esa chica. Fue como si me estuviera cociendo en una galleta.

Así que pasó la primera noche y luego salió el sol. Y mi chica me

despertó haciéndome cosquillas con una pluma rosa. Rosa brillante como si hubiera salido de unos dibujos animados. Una pluma de espátula rosada, me dijo, porque su especialidad eran las aves. Ja, ja, dije. Porque yo sabía dónde tenía de verdad su don.

Pero estaba chiflada por las aves marinas. Cuando no me cuidaba o no se inventaba historias, me daba la lata con sus pájaros. Tenía una bolsa de lona de la que no se separaba ni a sol ni a sombra y que me aspen si no llevaba dentro dos pájaros muertos, perfectos en todo salvo por el detalle de que estaban muertos. No sabía qué tipo de pájaros eran y no se separaría de ellos hasta encontrar un libro que se lo dijera. Y también llevaba en la bolsa unos huevos moteados pequeñísimos, no más grandes que la uña de mi pulgar, con agujeritos y completamente vacíos. Y otras porquerías que había recogido por la playa. Y los cuchillos. Unos cuchillitos de nada. Me dijo que eran para defenderse de los depredadores tanto en tierra como en el mar, pero esos cuchillos no podían hacer ningún daño, y se lo dije. Todo lo más un pinchacito.

Los ojazos de esa chica se llenaban de lágrimas cuando hablaba de los pájaros. Me dijo que debía respetarlos porque viven sus vidas muy cerca de la muerte.

Eso nos pasa a todos, pensé, y no me sorprendió. Lo que sí me sorprendía eran sus cuentos y empezó con ellos desde el primer día. Nunca me obligó a fingir que era lo que no era. Sólo quería que fuera lo que era. Pero creo que nos transformamos cien veces en los días que estuvo conmigo. Evidentemente, no teníamos disfraces ni nada parecido, pero era como si representáramos a otras personas haciendo sus cosas. Aunque siempre fuimos nosotros. Fui un gánster y ella fue la hija del gobernador, por ejemplo, o yo era un bombardero y ella estaba dentro del avión. O yo era un predicador, quizá metodista, y ella era una niñera. Y hasta su perro lo hacía también, porque a veces se convertía en una cosa completamente distinta, ya sabes. Era como si se convirtiera en un sentimiento en la barraca y dejara de ser un perro.

La chica me mezclaba el tiempo y el espacio. Y sólo con ella sentí que amaba a las distintas mujeres de mil hombres distintos. Jugamos a los cuentos

sólo cinco días y nunca repetimos la misma historia. A veces se iba con su coche de lujo, no sé dónde. Mientras estaba fuera, me quedaba tumbado, casi sin poder moverme o pegar ojo. Me quedaba tumbado con los ojos abiertos y trataba de pensar qué estaba pasando, mientras escuchaba el ruido de su coche cruzando el puente, y era como si el puente se extendiera kilómetros, porque nunca había oído un coche que se alejara tanto. El coche tenía cuatro tubos de escape plateados que sobresalían del faldón trasero. Nunca había visto nada igual. Intentaba pensar, pero ni una sola vez pensé que no volvería. Siempre terminaba volviendo.

El quinto día, bajé con ella a la playa. Era la primera vez que salía de la barraca. El aire quemaba como una escopeta mala. Ni una brizna de viento. Íbamos caminando por el puente de camino a la playa cuando me dijo:

—Este puente no es levadizo. Es de una pieza. No tiene estructura metálica. Entonces ¿de qué te encargas? Me gustaría saberlo.

Pues claro que no es un puente levadizo. ¿Creía que me habría quedado aquí todos estos años a sueldo del país, día tras día, sin unas vacaciones de verdad, ni un solo momento de descanso, sin saber que el engendro ese no era un puente levadizo?

No dije nada, pero le eché una mirada como diciéndole que debería ocuparse de sus asuntos y que yo me ocuparía de los míos.

La playa estaba llena de huevos. Me guiaba todo el rato para que no los pisara. Todos esos huevos cociéndose a fuego lento y los pájaros como locos volando sobre nuestras cabezas mientras caminábamos. Volaban en picado, chillaban, se nos cagaban en la cabeza. Me acerqué al agua para quitármelos de encima. Seguía cabreado con ella y no le hacía ningún caso. La chica trotaba por la playa, deslomándose como una jornalera, apuntando a cada momento cosas en su libreta. Finalmente pasó corriendo a mi lado y se zambulló en el agua. Intentó tentarme. Se quitó el biquini y me lo tiró a la cara. La piel sin broncear era como la nata montada de un pepito de chocolate. Pero no le hice caso. El día era tan blanco que me dolían los ojos. Me sentía flotar, mareado. Nunca antes me había molestado todo ese sol. Salió del agua y me salpicó entero con su pelo y ni por ésas me sentí refrescado. El agua estaba tan caliente como el aire. Estaba cabreadísimo con

ella porque me había parecido que pensaba que mis pensamientos no eran reales. Pero luego le dije: por favor, hace demasiado tiempo que no quiero a nadie. Porque pensaba que su amor me iba a salvar. Y regresamos a la barraca, yo con los ojos cerrados y los brazos apoyados en ella porque me dolía muchísimo mirar con la luz que había. Nunca antes había habido tanta luz ni nunca la hubo después.

Así que regresamos. Y yo fui un profesor y ella una belleza de salón de baile. Y yo fui un gran lago de aguas negras y ella fue una velero que me surcaba. Pero esa noche se largó con el perro.

Hay tiburones, lo sé. Los veo rondando la playa. Y los bancos de arena a veces son delicados. Cambian. Un día se desmoronan cuando el día anterior eran firmes. Pero la verdad es que esto no parece muy peligroso. Sencillamente no tengo idea de adónde se fue. Sin dejar nada salvo ese coche, que, como dije, parece que esté perdiendo el color. Las ratas hacen sus nidos debajo del capó. Cuando me acerco, las oigo dentro.

Así que todo ha acabado, pero no puedo evitar pensar que continúa en otra parte. Porque, aunque se haya detenido, no parece que se haya terminado. Y no sé qué es lo que ella me dio. De hecho, quizá incluso se llevó algo. Y por no saber ni siquiera sé si está muerta y yo estoy aquí sentado en el puente de mando o si soy yo el que lleva muerto todo este tiempo y ella sigue a lo suyo ahí abajo, en el golfo, con todos los pájaros.

SOUVENIR

Es Inglaterra, Cornualles, y cuesta imaginar un sitio más deprimente que éste. Aun así, los turistas empezaban a llegar en número cada vez mayor porque ya lo habían visto todo. Los lugareños eran en muchos aspectos singulares, pobres y crueles, dotados de unas extraordinarias cejas negras, pero preparaban unas excelentes meriendas de té con leche. Los perros eran educados. Las gaviotas eran grandes y los cuervos, enormes.

Hacía muy mal tiempo.

Los cementerios no estaban tan abarrotados o cubiertos de musgo como los de Gales, y las callejuelas no eran tan coquetas. La comida no era tan deliciosa; pocos nabos, nada de puerros. En realidad, los perros, si bien gentiles, no trabajaban tan duro como los perros de Gales. Los que no tenían cabeza eran los perros del diablo. Hasta el turista más distraído no tenía ningún problema en identificarlos.

Casi todas las historias de fantasmas de Cornualles hablaban de barcos y marineros ahogados. Y esos ahogados, esos fantasmas, siempre regresaban, regresaban para acosar a los vivos. O para arrastrar a un ser querido a la tumba. A veces regresaban para sonreír a sus madres. Esos cuentos cansaban un poco.

En los viejos tiempos no pasaba un día sin que se hundiera un barco. La gente del país prefería que naufragaran los barcos cargados de fruta. La marea traía entonces naranjas. Pomelos.

En la aldea del rey Arturo, en Tintagel, había un hotel enorme y venido a menos sobre un acantilado. La sala donde servían alcohol se llamaba el Excali-Bar. Era para los turistas. A un lugareño no lo encontrarías ni muerto

en ese sitio. Un grupo de viajeros estaba reunido esa noche en el Excali-Bar, tomándose unos adiós amigos: ginebra, brandi, ron blanco, vermú rojo, unas gotas de zumo de limón, agitar y remover.

Una tormenta pavorosa azotaba las ventanas.

Los lugareños estaban en la capilla comiendo tortitas porque era martes de Carnaval. La Cuaresma empezaría en unas horas.

Los lugareños no sentían ninguna curiosidad por los turistas. Nunca la habían sentido. Y en cuanto a los turistas, estaban empezando a creer que lo que les habían contado era verdad, que la cultura de Cornualles se limitaba a historias de fantasmas y pasteles de carne. No es que hubieran viajado allí por la cultura. Buscaban en Cornualles experiencias un poco extravagantes y un poco siniestras.

Había siete especies distintas de gaviotas en la zona. Tal variedad resultaba algo siniestra. Y había un pueblo que se llamaba Lizard, nombre extravagante donde los haya.

Los lugareños se habían terminado las tortitas y recogían las cosas, preparándose para gastar la broma de Cuaresma. Este año les tocaba a Paul y Paul, dos viejos. Salieron con paso vacilante de la capilla para internarse en la noche ventosa y lluviosa y caminaron torpemente por el camino del acantilado hasta llegar al Excali-Bar.

Los viajeros habían dejado de beber adiós amigos y experimentaban ahora con una ronda de sheep dips: ginebra, jerez y sidra fuerte y dulce, remover y colar. Había dos chicos senderistas, varios matrimonios, tres señoras de Ohio, un travestido y una pareja francesa sentada en un rincón (con la plena certidumbre de que los demás estaban pensando... Esos franceses... Los franceses se comen a los caballos, pero luego son incapaces de comerse una mazorca). El travestido disfrutaba de unas vacaciones tranquilas a su aire, si es que puede decirse que un travestido haya estado alguna vez a su aire. La imaginación necesaria para convertirse en uno... Tiene que ser agotador...

Iba vestida con discreción, con unos zapatos discretos.

Paul y Paul se lanzaron, empapados, al centro de los juerguistas. Ambos habían sufrido derrames cerebrales. Ambos tenían una mano fría y

estropeada. Tenían los ojos saltones y empañados.

No iban a contarles historias de miedo, no esos dos. No iban a contarle a esa gente la historia del autoestopista que se desvanecía o la del hombre al que le faltaba media cara. O la historia de la venganza del bebé cocido o aquella del cuerpo de agua que tenía la afición de romperles el espinazo a los niños pequeños. Se limitarían a hacerles pasar un mal rato, dar a esos turistas algo que recordar. ¿Qué pensaban que era la vida? ¿Unas vacaciones?

Los viajeros estaban jugando a cierto juego antes de la llegada de esos carcamales antipáticos. Asignaban mentalmente formas animales a cada uno de los presentes. Desde luego, todos ellos pensaban para sus adentros que eran guepardos. No había ni una sola excepción en este sentido.

Paul y Paul lucían unas amplias sonrisas descompuestas. Tiempo atrás habían sido jóvenes y vigorosos. Listos. Guapos. Con toda la vida por delante. Pero habían tenido que renunciar a todo eso. Ése parecía ser el acuerdo suscrito en el momento de su nacimiento.

Los turistas se esforzaron en encontrarlos interesantes. Estaban desesperados por pasar un buen rato. Les invitaron a unas copas, habiendo pasado ya de los sheep dips a los blimlets, y finalmente a los blue skies. Los blue skies se hacen con ginebra, zumo de limón, una pizca de colorante alimentario insípido y media guinda al marrasquino, si se dispone de ellas. Al cabo de unas rondas de blue skies, les quedó a todos meridianamente claro que los dos Paul eran un espectáculo contratado por el bar.

Todo empezó de manera bastante inocente. Los viejos pidieron la participación de su público.

Cada uno de ellos tenía que confesar una pérdida.

—He perdido el talento para hacer pasteles —aventuró uno de los turistas.

—Una vez perdí una mochila.

—Un anillo.

—El pelo.

—El dedo del gatillo. —El tipo levantó la mano y era verdad. Estaba mutilada. Le faltaba el dedo del gatillo.

—Mis hayas a las afueras de Lyon. ¡Todas!

—Mi permiso de conducir.

—Mi marido.

Era gracioso cómo se había colado aquel comentario, y todos se rieron entre dientes.

—La memoria.

Todos recibieron la respuesta riéndose a carcajadas.

—Es verdad. No me acuerdo de nada... ¡Todo se me mezcla!

—¡Nunca sabes cuándo será la última vez que hagas algo!

—¡Ahora vamos bien! —exclamó uno de los Paul.

Un pecho... Mi vigor... Mi querido *Skippy*.

El tiempo empezó a abrirse paso. Dentro, las vidas pasaban como en una sola noche. Esperaban que les contaran el cuento de la mujer muy chiquitita, ya sabes, ese en el que alguien grita: «¡Dame mi hueso!». O el del novio espectral, o el del cerebro en un palo, o incluso uno de vampiros o caníbales. Cualquier cosa antes que esa diversión letal, esas bebidas espantosas, esos caballeros ancianos y horribles con los que cada vez se sentían más en deuda y unidos. Esos Paul que los instaban a confesar pérdidas más grandes y pavorosas. El tiempo que pasa. La tiniebla que llama a las grasientas ventanas. Y el alba que siempre había llegado y ahora venía con retraso.

EL CAMPO

Asisto a unas reuniones llamadas «¡Ven a vernos!». El grupo se reúne una vez a la semana en la iglesia episcopal, en cualquiera de las muchísimas salas disponibles, aunque, con los tiempos que corren, las reuniones están abiertas a todo el mundo: ateos, budistas, adictos, depresivos, cualquiera. El debate de esa tarde era sobre un tema muy socorrido: ¿por qué estamos aquí? Y una mujer, fue Jeanette, compartió que nunca había sabido cuál era su misión en la vida hasta hacía poco. Había descubierto que su misión era estar al lado de los moribundos en sus últimos momentos. Justo ahí, de servicio. Sobre todo desconocidos. Nadie a quien conociera especialmente bien. Descubrió que le encantaba desempeñar aquella función. Era maravilloso, era asombroso presenciar el momento de la desaparición. Era todo un honor estar ahí y creía que su presencia daba tranquilidad. Y compartió con nosotros la historia de una pobre vieja que estaba muriéndose a conciencia —ésa fue la expresión que empleó, «morirse a conciencia»— y en un momento dado la pobre vieja miró a Jeanette y dijo: «¿Sigo aquí?», y cuando le respondió que sí, que así era, la moribunda dijo: «Maldita sea».

—Era monísima —dijo Jeanette.

Mis compañeros de viaje de «¡Ven a vernos!» recibieron la historia con serenidad. Nunca había visto tan feliz a Jeanette —no viene todas las semanas—, y estaba entusiasmada mientras nos contaba lo beneficioso y reconfortante que es presenciar el último viaje. Tiene algún vínculo con la iglesia y ha estudiado la organización de servicios religiosos o algo por el estilo, así que disfruta de cierto acceso a esas situaciones, es decir: no se dedica a esto de forma ilegal, indebida o qué sé yo.

Sinceramente, no recuerdo las circunstancias que me trajeron a las reuniones de «¡Ven a vernos!» ni tampoco por qué sigo asistiendo a ellas. Hablo poco y nunca comparto nada. Me siento tieso en la silla, pero con la mirada gacha, centrada en un enorme clip que descansa en un hueco entre dos baldosas del suelo desde hace dos meses. Seguro que pliegan las sillas y las apilan o las mueven para otras sesiones, y seguro que barren el suelo o pasan la mopa de vez en cuando, pero el clip sigue ahí.

A mi lado, Harold —tiene sesenta y tres años y es padre de unos trillizos de dos años— dice: «Creo que estamos aquí por el futuro, para construir un futuro mejor», cortando sin elegancia cualquier posibilidad de que el grupo se extienda sobre el tema «lecho de muerte» propuesto por Jeanette.

Con los ojos bajos, miro fijamente el clip. No me gusta Harold. Trillizos, por el amor de Dios. Un día dejaré de venir aquí y escuchar estas miserias.

Después de las reuniones de «¡Ven a vernos!» hay programado un rato de socialización en el que se ofrece un refrigerio de queso envasado, galletas saladas y vino barato. Siempre hay problemas para abrir los paquetes de queso. Alguien siempre se las arregla para derramar el vino.

Jeanette se planta delante de mí. Tras pensármelo un rato, le sonrío.

—Lo siento. He olvidado tu nombre —dice.

—Ésa ha sido mi mejor sonrisa invernal —digo.

—Sí, no ha estado nada mal.

Me gustaría que pensara que sería un reto para ella, un reto insuperable.

La pobre Pearl se acerca cojeando. Tiene esclerosis múltiple o alguna enfermedad igualmente espantosa y nos cuenta que a lo largo de los años ha estado con varios de sus gatos cuando se morían y que no es algo que le desearía ni al más vil de sus enemigos, y que nunca aprende nada de esa experiencia y que en ningún caso ha sido bonita.

Dejo a las señoras que debatan a fondo la cuestión y salgo por el patio, cuyo suelo están levantando por motivos de renovación. O quizá se trata sencillamente de que pretenden pavimentarlo con esos ladrillos para recordar los nombres de los muertos. El año pasado, las ceremonias de Pascua se celebraron en este patio porque unos vándalos habían destrozado el templo. Los feligreses llegaron para la misa del alba y encontraron el equipo de

sonido arrancado, las flores tronchadas y globos de pintura verde reventados por todas partes. Adolescentes que habían pasado por el rito de iniciación a alguna banda, seguramente. Esa mañana también apalearon y atormentaron a varias cabras en el jardín de un vecino, con toda probabilidad a manos del mismo grupo, aunque las autoridades aseguran que no hay bandas en nuestro municipio. No se acusó a nadie. La iglesia los habría perdonado, así funciona esta iglesia, pero al dueño de las cabras no se le ha pasado el disgusto. Tal vez las pobres criaturas estaban destinadas a ser chivos expiatorios en el sentido bíblico de la expresión, expulsadas al desierto del dolor cargando sobre sus cabezas todos los pecados del mundo.

Hay tanto mal en el mundo, tantísimo mal. Creo que Jeanette es mala, aunque tal vez sea más bien como esos perros clínicamente intuitivos a los que están entrenando o ya han empezado a explotar comercialmente. Los perros no sufren por sus conocimientos. Es decir, la empatía no pinta nada en este caso. Se limitan a detectar la enfermedad presente en el cuerpo antes, a veces mucho antes, de que la investigación y unos análisis estandarizados puedan confirmarla. En el caso de Jeanette, aunque sin duda sea preciso un poco más de trabajo preliminar, está afinando su instinto para llegar en el momento preciso, aparecer justo antes de que otro desdichado entre en el incomprensible refugio. Lo siguiente que hará es escribir un libro sobre sus experiencias.

Salgo del patio y emprendo la caminata hasta mi casa. No es especialmente agradable, pero no hay camino alternativo o, para ser más precisos, las alternativas son igualmente descorazonadoras. Enderezan y amplían el trazado de las carreteras por todas partes, con los consiguientes árboles arrancados y lavabos portátiles para los operarios.

Emprendo mi singladura a través del primer cruce monstruoso, donde un cartel anuncia la inminente llegada de una heladería llamada MEJOR QUE EL SEXO. Me gustaría mudarme al campo, pero el chico se niega. Además, «el campo» sólo existe ya en nuestras fantasías. Cuando era niño, el campo era donde a menudo terminaban las mascotas de la casa aquejadas de un exceso de vitalidad. Uno de nuestros perros, *Tank*, al que le gustaba escaparse, comerse la ropa y la tierra de las macetas, fue enviado al campo, donde

dispondría de más espacio para correr, jugar y hacer sus trastadas bajo la vigilancia de un granjero comprensivo. Cuando regresé esa tarde del colegio, me dijeron que *Tank* se estaba adaptando a su nuevo hogar. Las explicaciones y promesas de mis padres se volvieron tan prolijas que supe que me estaban ocultando algo terrible.

Encima de mí, las vallas publicitarias anuncian ferias de armas, planes de telefonía móvil y bufetes de abogados especializados en denuncias por alcoholemia. Hace poco me planteé alquilar una valla, pero rechazaron mi solicitud.

LA MAYOR PROSPERIDAD TOCA A SU TÉRMINO,
DISOLVIÉNDOSE EN LA NADA; EL MÁS PODEROSO
IMPERIO ES PRESA DE UN SÚBITO ESTUPOR
EN MEDIO DEL BRILLAR DE SUS LUCES DE FIESTA.

RABINDRANATH TAGORE

Eso es lo que habría dicho mi valla.

Los de las vallas me dijeron que no sabían quién era Rabindranath Tagore y que no podían verificar lo que hubiera pensado. Sin duda era un extranjero y sus opiniones, insurreccionales. Además, lo que decía no era ningún anuncio publicitario. Esta noche veo que el espacio que intenté reivindicar muestra a unas vacas blanquinegras pintando las palabras COME MÁS POLLO en el lateral de un establo.

Sería más fácil ir en coche a la iglesia y ahorrarme el malestar de tener que andar por esta tierra baldía, pero no tengo ninguna prisa en llegar a casa. Nunca sé con quién voy a encontrarme en casa, si con mi madre, mi padre, mi mujer o mi hijo. Normalmente sólo está mi hijo, mi chico, y las cosas van más o menos como deberían, pero desde que terminaron las clases el ambiente se ha vuelto un poco más volátil. Debo decir que vivimos solos, el chico y yo. Tiene nueve años y los cambios que se han producido en esta década son inconmensurables. Es, en efecto, como si viviéramos en una civilización distinta. Mis padres, a los que estábamos muy apegados,

murieron el año pasado. Mi mujer nos dejó esta primavera. Ya no era capaz de sentir nada por nosotros, dijo, y sólo intentaba salvar lo poco que pudiera de su vida.

Camionetas cubiertas de polvo pasan a toda velocidad, con los soportes para las escopetas bien visibles. Incluso las berlinas más caras llevan soportes para armas, apreciables a través de los cristales levemente tintados de las ventanillas. La gente conoce sus nombres y prestaciones como antes se conocían los de los jugadores de béisbol. Mi chico es distinto. Él no se sabe esas cosas. Sabe otras. Por ejemplo, plantamos unos cuantos árboles en el jardín después de que su madre se marchara, frutales, cítricos. El árbol que da el fruto no es el mismo árbol que plantamos. Eso sí lo sabe, por supuesto.

Ya casi ha oscurecido y doblo hacia nuestra calle. Mañana es el día de recogida de la basura y mis vecinos han arrimado sus enormes cubos al bordillo de la acera. Los cubos son tan altos como el chico y a saber qué contienen, semana tras semana.

Encuentro la puerta sin cerrar y las luces encendidas.

—Hola, papá —dice Colson. Está en la cocina haciéndose unos sándwiches para cenar—. Papá —dice—, tenemos que cenar pronto porque quiero irme a la cama.

No me disgusta que esta noche me reciba con su yo de siempre, aunque, dadas las circunstancias, ese yo suyo cada vez me parezca más imaginario. Le gusta poner las canciones religiosas de los indios navajos mientras cenamos, especialmente una que se titula *Cumpleaños feliz, mi niño querido*. Los cánticos son ininteligibles, pero de pronto, en la lúgubre melodía, surgen las palabras *Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz* y mi hijo nunca se cansa de escucharla.

Por la mañana veo a mi mujer en el jardín, podando el naranjo. Salimos corriendo para detenerla. Por descontado, en verano no se debe podar nada y los árboles están recién plantados y ni siquiera han tenido tiempo de adaptarse a la tierra y dejar que sus raíces exploren libremente el entorno. Ella descarta nuestras preocupaciones, pero tira el serrucho, que yo no había visto nunca, y se larga, aunque si nos preguntaras si la vimos marcharse realmente tendríamos que responder que no. El árbol tiene un aspecto

horrible y sollozando recogemos del suelo tallos y ramitas. Pero sobreviviré. No lo ha destruido, nos aseguramos el uno al otro, por lo menos no hoy. Queda descartado plantar un sustituto. No sería una lección útil que aprender.

Quizá está enfadada porque, desde su marcha, Colson ha intentado invocarla muy pocas veces y siempre en los términos más generales. Ello se debe, según explica, a que su madre sólo se ha marchado de casa, no del mundo que todavía habita. Creo que la llegada de su madre esta mañana ha sido una conmoción para él y dudo que vuelva a visitarnos.

Recojo el serrucho curvo. Parece nuevo, pero tiene unos trocitos de madera amarilla adheridos a sus relucientes dientes serrados.

—¿Quieres que nos lo quedemos? —le pregunto a Colson.

Frunce el ceño y menea la cabeza, luego se encoge de hombros y entra en casa. Ha terminado con ella. Me pregunto si de algún modo he sido yo quien ha provocado este último disgusto. Nunca he sabido hablar sobre la muerte o la pérdida del sentido o del amor. Busco pero nunca encontraré, pienso.

Metó el serrucho en el contenedor que me queda más cerca en el mismo instante en que oigo bajar imperiosamente por la calle al camión de la basura. Es el día de la basura. ¡El día de la basura! El barrio se prepara con alegría. Hay quien desearía que ese día llegara más de una vez a la semana.

Más tarde planteo la posibilidad de cambiarnos de casa. Podríamos tener un huerto, senderos para las bicicletas y cavar un estanque para bañarnos. Podríamos tener caballos.

—Hoy en día conseguir un caballo es coser y cantar —digo.

—¿Cantar? —pregunta el chico—. ¿Cantar qué?

Pero no se me ocurre ninguna canción. Lo miro con gesto estúpido.

—¿Una canción religiosa navaja? —propone.

—Sí, pero no nos hace falta rezar por un caballo. Podemos comprarlo.

Inmediatamente me doy cuenta de que mis palabras han sido desafortunadas, sin gracia. El chico no me responde enseguida, pero luego dice:

—Tienes que estar aquí si quieres prepararte para cuando no estés aquí.

La voz me resulta familiar, porque es la voz de mi madre, aunque me parece menos familiar que en otra época. Lleva más de un año en la tumba,

con mi padre al lado. Habían empezado a trabajar en un refugio para animales después de jubilarse y un día volvían en coche a casa tras una larga jornada cuidando de todo tipo de bichos. Me habían pedido el coche, porque habían llevado el suyo al taller para cambiarle los neumáticos. Había planeado acompañarlos en coche a casa esa noche, pero hubo un cambio de planes, no recuerdo por qué motivo. Aún no sabemos qué ocurrió exactamente. Una distracción momentánea, lo más seguro.

El refugio al que tanta importancia daban era polémico, porque los animales no eran nativos de esta región, si bien es verdad que los animales autóctonos no gozan de gran estima por aquí, ya que la gente los ve como plagas o piezas de caza. El refugio echó el cierre y los animales fueron trasladados a lo que llaman *instalaciones alternativas*, donde aún se pueden visitar algunos ejemplares. De hecho, fuimos un día a ver a una de las elefantas por la que mi padre sentía un cariño especial. En la reserva original había dos —*Carol* y *Lucy*—, pero las separaron, lo que me pareció una decisión espantosa. Visitamos a *Carol*, porque quedaba una hora más cerca. Tiene una enfermedad de la trompa que le complica comer, pero era evidente que alguien seguía cuidando de ella. No fue una visita feliz, para nada. Nos sentimos mal por haber ido. Saber lo que ahora sabemos les habría roto el corazón, creo, pero cuando mis padres hablan por boca de Colson no se pronuncian sobre las elefantas, esos seres extraordinarios. No hablan de cosas extraordinarias. Colson no los convoca de vuelta para que nos hagan hazañas de omnisciencia o trucos de magia. No sé por qué los trae de vuelta. Al principio intentaba impedirselo. Apelaba a su sensatez, aunque, la verdad sea dicha, nunca ha sido un chico muy sensato. Le amenacé con tratamiento psiquiátrico, horas de preguntas irrelevantes y acertijos. Le dije que sus actuaciones eran inútiles y crueles. Le tomé el pelo e incluso le insulté, diciéndole que si se consideraba un prodigio o un niño con poderes estaba tristemente equivocado. De nada sirvió.

Cuando entra en estas fases, me quedo agotado. A veces, lo reconozco, salgo huyendo. No parece necesitar me para llevar a cabo sus conversaciones con los muertos, si es que de conversaciones se trata. Más bien parecen posesiones. Y lo cierto es que, aunque a veces me sienta un poco confundido,

no resultan peligrosas, pero el comentario de esta mañana me ha inquietado, tal vez porque su madre, mi mujer, acababa de hacer acto de presencia sin que viniera a cuento. En serio, ¿a quién se le ocurre volver a casa sólo para talar nuestro arbolito sin mediar palabra? No tiene ningún sentido.

—¿Perdón? —digo.

—Estamos aquí para prepararnos para cuando no estemos aquí —dice, con la vocecita apopléjica de mi madre.

Es como si mi hijo diera respuesta a la pregunta planteada en «¡Ven a vernos!». Un día lo llevé conmigo. A veces alguien trae a un hijo o un nieto, no es inaudito. Escuchó con atención. Nadie esperaba que participara en la reunión y todos lo encontraron adorable.

—No vuelvas a llevarme nunca más a esa sala estúpida —me ordenó después.

Tal vez está en lo cierto diciendo que es una sala estúpida y que de todas las salas en las que podría entrar o entrará, con atención y esperanzado, será, con la perspectiva de los años, la más estúpida de todas.

Observo a Colson. Mi querido hijo está flaco y necesita un corte de pelo. Se frota los ojos como hacía su madre. ¡No te frotes los ojos así!, le gritábamos todos. Pero ahora no digo nada.

—Entonces estás en el otro aquí —dice Colson—, donde lo divertido es que nadie se da cuenta de que has llegado.

Se deja caer en una de las sillas de la mesa de la cocina.

—¿Te apetece una taza de té? —pregunto.

—Sería muy agradable —dice con la voz de asombro de mi madre.

Pero no encuentro el té por ninguna parte. No hemos tenido té en casa desde que se murieron. Siempre teníamos un poco de té a mano para cuando venían a vernos.

—Salgo a comprar té ahora mismo —digo.

Pero me dice que no me moleste.

—Siéntate conmigo, habla conmigo —dice.

Me siento delante de mi hijo. Veo que el relojito de la cocina marca las 9.47 y que la placa de los fogones está llena de polvo, como si hiciera mucho tiempo que no cocinamos en ella. Me prometo cocinar una cena caliente,

nutritiva y reconfortante esta noche. Y lo hago, y entonces también conversamos relajadamente, aunque no comentamos ni decidimos ningún asunto de importancia.

Me resulta más sencillo estar con mi padre cuando Colson lo trae. Aunque siempre me pareció un hombre bastante indescifrable, ahora ya no me apena tanto. Él no aceptaría la propuesta de una taza de té que sospechara improbable de satisfacer. Mi padre era capaz de relacionarse con los animales de una forma imposible para mi madre, y presagiaba que en breve viviremos grandes progresos en lo que a valorar y comprender la conciencia de los animales se refiere, aunque dichos progresos coincidirían en el tiempo con una drástica reducción mundial en el número de nuestros hermanos y hermanas no humanos. Me avergüenza reconocer que una vez me dejé dominar por la sensiblería y hablé del perro de mi infancia, *Tank*, y mi padre dijo que un ayudante del sheriff lo había matado de un disparo porque pensó que era un perro abandonado, y que ese hombre también había disparado al caballo de una mujer en invierno, afirmando lo mismo, y que había recibido una amonestación, pero que no lo habían multado ni despedido. Así es. Y que me habían contado una mentira, mi madre y él. Fue Colson quien me lo dijo con la voz de mi padre, Colson, que nunca conoció a *Tank* y que nunca acarició su «pelo feliz», que es como lo llamaba yo de niño. *Tank*, mi perro malo y feliz. Se comía la cena en el molde Bundt de mi madre. Así comía un poco más despacio, porque tenía que pelearse con la espiral del molde. Siempre comía demasiado rápido.

Pero ésta fue la única vez que hubo una revelación y ahora soy más prudente en las conversaciones. No me apetece que me iluminen el pasado ni el futuro. Pero cada vez me inquieta más la posibilidad de que mi hijo encuentre la manera de comunicarse con otras personas, gente a la que no conocemos, como la mujer del pueblo de al lado que murió en un incendio que ella misma había provocado, o incluso con uno de los desdichados clientes de Jeanette. Que llegue una noche a casa y que Colson no sea mi hijo, sino un desconocido cuya muerte no me toque lo más mínimo y que aun así conversemos relajadamente, de cosas intrascendentes y con desconcertada desesperación.

Pasan las semanas. Este verano, Colson tiene un profesor particular de matemáticas que no está al corriente de la situación y yo tengo el despacho al que tengo la obligación de acudir. Colson quiere ser ingeniero o arquitecto de mayor, pero le cuestan los conceptos de la escala y la mensurabilidad. El profesor me asegura que progresa adecuadamente, pero Colson nunca habla de las clases y sólo reitera tercamente su deseo de crear espacios elevados no utilitarios.

Al término de la semana regreso a la reunión «¡Ven a vernos!». Mi paso por la zona de obras es más o menos igual que siempre. Supongo que los cambios se manifestarán de golpe. De pronto habrá una lisa calzada de seis carriles con nuevas salidas y aceras con altos muros de cemento para ocultar el escaso paisaje que pronto se convertirá en zona residencial. Los muros estarán decorados con dibujos abstractos o, a veces, imágenes estilizadas de pájaros. Ya lo he visto. Todo el mundo lo ha visto.

Sólo está Jeanette. Me siento inmediatamente incómodo y busco enseguida la silla en la que suelo sentarme. Ahí está el clip, su presencia tan molesta y carente de sentido como siempre.

—Hay mucha gripe —dice Jeanette.

—¿Gripe? —digo—. ¿Todos tienen la gripe?

—O tienen miedo de cogerla —dice—. El hospital incluso ha limitado las visitas. ¿No te has enterado de esta gripe?

—Sólo en los términos más generales —digo—. No sabía que hubiera una epidemia.

—Pandemia, seguramente es una pandemia. Deberíamos estar todos en casa, procurando guardar la calma.

Esperamos, pero no aparece nadie. En la sala hay un gran ventanal que mira al aparcamiento, pero está vacío y sigue estándolo. El cielo hace esa cosa tan curiosa de iluminarse justo antes de oscurecer.

—¿Por qué no empezamos igualmente? —dice—. «Porque donde dos están congregados en mi nombre...», etcétera. ¿O son tres?

—¿Por qué iban a ser tres? —digo—. No creo que sean tres.

—Llevas razón —dice.

Tiene la cara redonda y pálida y las manos pequeñas. No hay nada en ella

que sea atractivo, aunque es agradable, sin duda, o intenta serlo.

—No me estoy muriendo —digo. Sólo Dios sabe lo que me poseyó en ese momento.

—¡Claro que no! —exclama ella, y su cara redonda se ruborizó—. ¡Por el amor de Dios! —Pero luego dice—: El miércoles, sí, creo que fue el miércoles, seguro que no fue el jueves, estaba en la habitación de una tipa y el olor a flores era insoportable. Casi no se podía respirar y sabía que sus amigos lo habían hecho con la mejor de las intenciones, pero me ofrecí a sacar los arreglos, había más de una docena, me sorprende que no haya ninguna normativa que limite el número de ramos, y me dijo: «No me estoy muriendo», y entonces se murió.

—Nunca se sabe —digo.

—Espero que me dejen volver pronto.

—¿Y por qué no te iban a dejar?

—Gracias —dice en voz baja.

—Lo que quiero decir exactamente es por qué te iban a dejar volver.

Se pone de pie, pero luego vuelve a sentarse.

—No —dice—. No pienso dejarlo.

—Es asqueroso lo que estás haciendo. Eres como el cómplice del ladrón —digo—. Nadie puede estar seguro de estas cosas.

De pronto parece libre de todo nerviosismo o ganas de gustar.

No hablamos más y nos quedamos sentados frente a frente hasta que llega el sacristán e insiste en que ya es hora de cerrar.

En casa, Colson está viendo un programa especial sobre la muerte de nuestros océanos.

—Apaga eso, por favor —digo.

—La abuela quería verlo.

Ha hecho palomitas y las ha puesto en un gran bol azul que no me suena de nada. Es un hermoso bol de palomitas.

—¿Tienes otro bol igual? —pregunto—. Quiero prepararme una copa.

Se ríe como podría haberlo hecho mi mujer cuando todavía me quería, pero luego vuelve a mirar la tele.

—Es trágico —dice—. ¿Se puede hacer algo?

—Muchísimas cosas —digo—. Pero todo tendría que cambiar.

—Bueno —suspira—, ahora los abuelos ya lo saben. La abuela quería ver el programa.

—¿Te has enterado de la gripe? —pregunto—. ¿La tiene alguien que conozcas?

—La abuela murió por una gripe.

—No. Los abuelos se murieron en un accidente de coche. Lo sabes perfectamente.

—A veces se confunden —dice.

Tenía la edad de Colson cuando mis padres me hablaron del campo. Diez años después me casaba. Me casé demasiado joven y precipitadamente, eso seguro.

—¿Te cuentan a veces historias que no te crees?

—Papá —dice sin ninguna inflexión en la voz, de modo que no sé qué quiere decir.

Nos terminamos las palomitas. Ha hecho un buen trabajo. Todos los granos han reventado. Me llevo el bol al fregadero y lo lavo con cuidado. Luego saco un trapo del cajón y lo seco. De verdad que es un bol extraordinariamente bonito. No sé dónde guardarlo porque no sé de dónde ha salido.

Mi padre vuelve al cabo de unos días. Era un hombre apuesto que tenía una preciosa y abundante mata de pelo blanco.

—Hijo —dice—. No sé qué decirte.

—No te preocupes —digo.

—Sí me preocupa. Ojalá supiera qué decirte.

—Colson, tesoro —digo—. Para.

—Así no hay manera de llegar a un acuerdo —dice—. A tu madre y a mí nos encantaría que la situación fuera distinta.

—A mí también —digo.

—Ojalá pudiéramos echar una mano, pero les faltan tantas cosas por resolver... Uno creería que a estas alturas ya lo tendrían todo resuelto, pero no.

—¿A quién te refieres? —pregunto de mala gana.

Pero Colson no parece haberme oído. Se pasa las manos por el pelo desgreñado, que se ve húmedo y caliente. Mi hijo siempre anda con prisas. Me pregunto si se ducha y cepilla los dientes. Mi pobre hijo, pienso, mi pobre y querido hijo. Alguien debería recordárselo.

La tarde siguiente, mientras Colson está con su profesor particular, el cual, según creo, nos está estafando a los dos a pesar de que aparentemente es un joven directo y sincero, conduzco casi ciento cincuenta kilómetros para ver a *Lucy*, la otra elefanta. Está patrocinada por dos hermanos que se ocupan del mantenimiento de todos los cementerios del condado, supongo que se trata de una concesión a perpetuidad, aunque hacerse cargo de un elefante es otra historia se mire por donde se mire, diría yo. Esos hermanos son extremadamente discretos y evitan toda notoriedad. Sólo con gran esfuerzo pude por fin averiguar algo sobre ellos y el paradero actual de *Lucy*. Alguien (no fue ninguno de los hermanos, un amigo suyo es como me lo imagino) se avino a mostrarme el terreno que ahora habita, pero cuando llego a la verja descubro que no puedo seguir adelante.

Doy media vuelta, avergonzado, y más alejado de mi situación actual de lo que ya estaba.

Cuando llego a casa, el profesor ya se ha marchado y Colson está ordenando sus dibujos, clasificándolos conforme a algún sistema que se me escapa. Cuando mi madre y mi padre nos fueron arrebatados de forma tan inesperada supe que Colson estaba profundamente afligido. Aun así, no quiso quedarse con el sombrero de safari o la funda para la cantimplora de mi padre. No quiso su reloj ni su backgammon de viaje con las piezas imantadas. Tampoco quiso la colección de estilográficas de mi madre y eso que le dije que serían ideales para sus dibujos. No quería recuerdos. En vez de ello, acudió directamente a canales de comunicación imposibles de establecer.

—¿Dónde estabas, papá? —pregunta Colson.

—Pues en el trabajo —respondo enseguida.

Sin duda he vuelto a la hora de siempre. Casi nunca miento. Es más, ni siquiera recuerdo las circunstancias de mi última mentira. ¿Por qué me había preguntado eso? Le doy un beso y voy a la cocina a prepararme una copa, pero luego recuerdo que he dejado el alcohol.

—Ha venido una señora, pero le he dicho que no sabía dónde estabas.

—¿Qué aspecto tenía? —pregunto, y, naturalmente, me describe a Jeanette de pe a pa.

Estoy tan agotado que casi no puedo llevarme la mano a la cabeza. Tengo que hacer la cena, pero pienso que la más sencilla de las tortillas está ahora mismo más allá de mis capacidades. Propongo cenar fuera, pero me dice que ya ha comido con el profesor particular. Se han comido unos tacos cocinados y vendidos en una furgoneta pintada de flores y se han sentado a una mesa de pícnic encadenada a un tilo. No entiendo palabra de lo que dice. El cabreo con Jeanette me ciega prácticamente la vista y lo miro sin verlo mientras ordena una y otra vez sus papeles, algunos de los cuales parecen marcados sólo con una línea. Me siento asombrosamente ignorante. Ésa es la palabra inverosímil que me viene a la cabeza. Colson guarda sus papeles y me sonrío, y es una sonrisa tan radiante que acabo cerrando los ojos, aunque eso sea lo último que me apetece hacer, y luego, con dulzura, de alguna forma, vuelve a ser de día y voy caminando por la atestada tierra baldía de camino a «¡Ven a vernos!». La reflexión de hoy es sobre Gregorio de Nisa. Es un tema popular, pero siempre me cuesta horrores recordar lo que ya he aprendido sobre ese hombre. Algo sobre lo Realmente Real y su importancia crucial para nosotros, aunque lo Realmente Real sea impenetrable para nuestro entendimiento. Materia para la reflexión, sin duda, y otra vez dale que te pego con el tema.

Cuando termina la reunión y nos echan de la sala, casi me abalanzo sobre Jeanette, la cual, sin que sirva de precedente, no ha aportado nada al debate de esta noche.

—Ni se te ocurra volver a mi casa —digo.

—¿Entonces estuve allí realmente? Pensé que me había equivocado de sitio. ¿Era tu hijo? Un muchacho muy simpático. Sin duda sabe guardar un secreto, ¿no?

—Llamaré a la policía —dijo.

—Madre mía —se ríe—. La policía.

He de reconocer que sonó ridículo.

—Me tenías preocupada —dice—. Hace tiempo que no te pasas por aquí.

Nos evitas.

—Ni se te ocurra... —digo.

—Un chiquillo encantador —continúa ella—. Pero no debes hacerle cargar con secretos.

—... volver a mi casa. —No pude ser más insistente.

—En realidad —dice—, nadie te reprochará que dejes de venir. ¿Cuántas veces más tendremos que soportar a alguien soltándonos un refrito de Gregorio de Nisa? La gente es muy obstinada cuando en realidad debería ser libre. ¡Libre!

Empiezo a hablar, pero descubro que no tengo ninguna necesidad de hacerlo. La sala me resulta más familiar de lo que me gustaría reconocer. ¿Quién fue el hombre cuyo último aliento no le sirvió para volver a casa?

¿O soy yo el primero?

LA CÉLULA MADRE

Llevaba unos meses viviendo allí cuando una conocida le dijo: «Creo que deberías ver a esa mujer. Es nueva. Vive cerca de la zona ecológica, donde hay esas polillas protegidas». Esa mujer también era madre de un asesino, ése era el vínculo, pero Emily y la tal Leslie no congeniaron mucho, aunque ambas se resistían con uñas y dientes a juzgar a los demás, naturalmente. Sin embargo, pasados tres meses, otra madre, bien entrada en el ocaso de su vida pero sin cuidadores que la atendieran, bajó a vivir allí, en torno al Cuatro de Julio, la época de las tartas, los fuegos artificiales y los cochecitos de bebés decorados con banderines. Era como si se hubiera corrido una voz misteriosa. Son cosas que pasan, como cuando personas aquejadas de alergias graves, casi alérgicas a la propia vida, gravitan en masa a alguna montaña de Arizona, o cuando una ciudad costera de Maine se convierte de la noche a la mañana en el centro neurálgico de la comunidad de lesbianas *lipstick* de todo el país. Penny fue la siguiente en llegar, seguida de unas cuantas madres más en rápida sucesión hasta que la afluencia se detuvo.

No hacía falta que nadie les dijera que tenían que comportarse como ciudadanas ejemplares. Cuando un oso atacó a una pareja joven en el parque del estado, las madres se preocuparon de que sus vecinos pudieran pensar que ellas eran las responsables involuntarias de aquel suceso dado que ¿los osos negros no eran por norma general animales tímidos? Y ese ejemplar era muy agresivo y pequeño, apenas más que un oseño, pero había actuado con decisión y alevosía.

Francine, una de las madres, creía que un cazador le había inyectado un alucinógeno antes del ataque, para divertirse, para ver qué ocurría.

—Seguro que ya están aburridos de disparar y ver cómo se mueren los animales —dijo Francine—. Alguien le inyectó una droga psicotrópica.

—Hace años que fusilan a todo bicho viviente en esta zona —dijo otra madre—. Además, ¿de dónde demonios salió ese oso?

—A eso me refiero —dijo Francine.

La mayor de las madres tenía azúcar y estaba tan artrítica que hacía años que gozaba del asombro de los radiólogos. Además estaba medio ciega y decía de sí misma que era más tonta que un zapato, pero sabía cómo ir tirando. Penny, en cambio, que no llegó ni a los cuarenta —había tenido a Edward a los dieciséis años—, murió de cáncer de pulmón sin haberse fumado un cigarrillo en toda la vida, ni siquiera en los momentos más difíciles.

Fue la muerte de Penny lo que las unió aún más, aunque no iban a asumir la tarea de enviarle a su hijo cartas a la cárcel. Penny solía decir que en todos nosotros hay una parte que nunca ha pecado y que era a esa parte de Edward en concreto a la que se dirigía cuando le escribía. Sin embargo, tal y como señaló la mayor de las madres, esa parte de las personas era precisamente la parte que no nacía ni moría nunca. Y en ese sentido, por lo tanto, no tenía ningún interés. Ya puestos, mejor escribirle a una bandeja decorada con un puente cubierto.

Cuando se imaginaban a sí mismas, aún pensaban que eran siete, aunque sin Penny eran seis. En general, creían que los muertos siguen rondándonos, pues cumplen todos los requisitos de una residencia en la Tierra con la única excepción de aquellos más técnicos, quedando a salvo, sin embargo, de la banalidad del sufrimiento cotidiano. En este sentido, habrían podido argumentar, aunque no lo hicieran, que las víctimas de sus hijos no estaban tan mal como la gente solía creer.

No es que los padres acudieran precisamente en manada. En eso estaban todas de acuerdo. Leslie era la que más tiempo había estado con un padre. Su hijo, Gordon, había hecho algo terrible, sencillamente terrible. Y eso que había sido un niño de los que nunca dan problemas. Lo cual era casi inverosímil dado lo ocurrido, pero ahí estaba el historial, el historial de su hijo, de Gordon, o más bien la falta de historial. Leslie dijo que después del

juicio, cuyo resultado jamás estuvo en duda, ella y el padre habían acusado la tendencia cada vez más pronunciada de comportarse como si estuvieran actuando ante un público. No en un local con todas las entradas vendidas, desde luego, pero sí ante un público lo bastante nutrido para garantizar que el espectáculo no se cancelara a corto plazo. Cuando las luces se apagaban y se quedaban sin otra compañía que la de su *público*, sus espectadores y oyentes, no eran capaces de hacer otra cosa que encogerse y repetir fragmentos memorizados, con algún que otro arrebató brillante de rabia y asco compartido.

—Al final todo era un ejercicio de vanidad —decía Leslie.

—¿Pero qué se puede esperar de los hombres? —dijo la mayor de las madres—. Son como un virus que ataca el corazón. Sienten una especial predilección por atacar el corazón. Puedes recuperarte, desde luego, pero el daño ya está hecho.

Resultó que todos los padres habían vuelto a sus trabajos. Habían retomado sin excepción sus empleos. Y no les iba nada mal. Voy tirando, decían cuando les preguntaban. Algunos se habían vuelto a casar. Uno había pedido que le revirtieran su vasectomía fruto de un impulso.

La prensa había apodado a la hija de Barbara la asesina de «El final del sueño», pues eso era lo que había dicho la chica mientras acometía su escabechina en serie.

—Ella es la única que sabe si lo dijo —razonaba Barbara—. Que diga que lo dijo no lo convierte en verdad. De niña siempre fue así. Te contaba todo tipo de trolas y esperaba que te las creyeras.

—¿Era budista? —preguntó Leslie.

—Por Dios, no —dijo Barbara—. Ni siquiera hacía yoga. No hizo nada hasta que lo hizo.

—Para ser un asesino hay que ser un mentiroso —dijo la mayor de las madres.

Ninguna de ellas tenía mascotas. Sus hijos e hijas sí las habían tenido, de un tipo o de otro, y hubo que encontrarles nuevos hogares. Había cientos de personas por el mundo que tenían un gran interés en quedarse con las mascotas de los asesinos y era precisamente aquel afán y aquel anhelo lo que

las volvía completamente inaptas para adoptarlas. Además, esas historias con las mascotas a veces terminaban mal.

—Se necesitan sesenta y tres días para hacer un perro —dijo la mayor de las madres—. Doscientos setenta y un días para hacer un ser humano, día arriba día abajo.

Las madres eran atípicas por cuanto sólo habían tenido un hijo. En su época, dos constituían la norma. Ahora se tenían tres en vez de dos, y uno en vez de ninguno.

—La gente tenía ideas más interesantes antes de que se vacunara en masa a la población —sostenía Barbara—. Ideas más generosas y menos dañinas.

—A saber qué llevan todas esas vacunas que les ponen a los bebés —dijo Francine—. Claro, te lo dicen, pero en realidad no hay manera de saberlo. ¿Cómo podrías saberlo?

—Antes las conciencias se movían como ríos, pero no quieren que nuestras conciencias se muevan así —dijo Emily—. Quieren canalizar nuestro pensamiento y hay gente que no aguanta que le pongan diques a su conciencia. Lo notan desde el primer momento y no pueden soportarlo, mientras que otra gente no se da cuenta nunca.

—Diques —murmuró Leslie.

—Eso es —dijo Francine.

El chico de Francine había asegurado que la familia a la que había masacrado habría matado a cientos de personas si se la hubiera dejado prosperar.

—¿Lo dices porque tenían una empresa farmacéutica o cervercera? —preguntó Barbara.

—No lo defiendo, pero perfectamente habría podido ser verdad.

—El pensamiento genuino escasea —dijo la mayor de las madres.

—Una vez vi una escultura del dios de los ríos —dijo Leslie—. Nunca había visto una pieza artística que diera más miedo. Oí que alguien le puso una bomba. Daba demasiado miedo.

Emily miró la botella de la que estaba bebiendo.

—¿Cómo puede ser pura si está enriquecida? —dijo, sin dirigirse a nadie en concreto.

Pam empezó entonces a contar una historia sobre los dioses. Resultaba bastante deslavazada según la contó, pero trataba sobre un grupo de pescadores griegos que se habían perdido con su barco y daban con una isla desolada donde encontraban a un viejo que vivía en una cabaña asistido por un ave inmensa, zarrapastrosa, casi sin una sola pluma, y una enorme cabra sin un pelo en el cuerpo, cuyos pezones eran, sin embargo, rosados y cuyas ubres estaban repletas de leche.

Puaj, pensó Emily.

—Para no alargarlo más —dijo Pam—, resulta que el viejo decrepito era Júpiter, cuyo reinado como soberano supremo del universo hacía tiempo que era agua pasada. La cabra era su antigua niñera, Amaltea, que le había dado el pecho, y el pájaro era la pavorosa águila que antaño había llevado entre sus garras los devastadores relámpagos del dios. Cuando Júpiter se enteró por los marineros que los pocos templos que quedaban estaban en ruinas y luego comprendió que todo cuanto recordaba había desaparecido, empezó a sollozar y el águila se puso a gritar y la vieja cabra a balar, los tres con la más terrible de las angustias. Los marineros estaban tan asustados que huyeron despavoridos a su barco. Entre la tripulación había un profesor ruso de filosofía muy culto y fue él quien les contó que el viejales era Júpiter y que...

—¿El pesquero llevaba por casualidad un profesor ruso de filosofía muy culto? —dijo Emily.

—Es un cuento melancólico —dijo Leslie—. No estoy segura de por qué.

—Los pájaros son tristes —dijo Francine—. ¿Os acordáis de cuando Penny todavía estaba entre nosotras y quiso fundar un santuario para loros abandonados y el ayuntamiento no quiso ni planteárselo? Decían que no había ningún procedimiento administrativo que permitiera la creación de algo así. Penny dijo que esos pájaros lloraban cuando se los llevaron de su propiedad. Lo sabían. Sabían que habían perdido su última oportunidad.

Las madres guardaron silencio.

Entonces, Barbara dijo:

—Bueno, no sé por qué nos has contado esa historia sobre el dios anciano, pero lo bonito del caso es que al final de su vida no estaba solo.

—¿Y qué me decís del que tenemos ahora? —preguntó Emily.

—¿De qué hablas?

—El dios que tenemos ahora. ¿Creéis que en el futuro alguien contará una historia sobre el día en que lo encontraron exiliado en una isla desolada y lo vieron llorar al enterarse de que no quedaba nada de todo lo que había creado y comprendido, y que estaba sujeto al mismo destino miserable que cualquier ser de la creación?

—Seguramente —dijo alguien finalmente.

—Me siento rara incluso pensando en el dios de los ríos —dijo Leslie—. Pero he oído que ya no existe, que le pusieron una bomba. Ni siquiera lo llaman un acto vandálico.

—Si viviéramos en Palestina —dijo Pam— y mi hijo hubiera hecho allí lo que hizo aquí, los israelíes me habrían volado la casa. —Se imaginó que las autoridades le permitían llevarse de la casa todo lo que pudiera cargar, pero quizá no sería así.

Una de las madres dijo que eso se llamaba *castigo colectivo*.

—A mí me hubiera dado igual que me volaran la casa —dijo Barbara—. Nunca he tenido una. Siempre he pululado por el mundo como una mariposa y sigo haciéndolo.

Vivía en un motel de carretera junto a una gasolinera destartalada y una tienda de saldos que vendía navajas. La dirección del motel contribuía al cuidado del medio ambiente cambiando las sábanas y las toallas sólo después de las reiteradas peticiones de sus clientes, idea esta que habían copiado del devocionario de las mejores cadenas. Barbara salía adelante con una tarjeta de crédito que había encontrado detrás de la cama. Estaba en su funda original de papel con el número pin apuntado. Algún pobre diablo con una letra temblorosa andaba por el mundo sin darse cuenta de que le estaban vaciando la cuenta corriente con discreción.

La mayor de las madres puso toda su energía en flexionar sus manos artríticas, con éxito discreto. No podría levantar un dedo para salvarse si eso fuera todo lo que se le pidiera, lo cual nunca era el caso. Sentía que la tiniebla se le acercaba despacio, aunque no pudiera verla exactamente. No era algo infrecuente. La vida era como un espejo que ignora lo que refleja. Para el espejo, los reflejos ni siquiera existían. Cuando veía un espejo donde no

esperaba encontrarlo, pensaba: pobre vieja, qué triste parece.

—Le acababa de decir a la camarera que me apetecía una buena taza de café —estaba rememorando una de las madres—, cuando entró la policía. Tuve que acompañarles y contarles lo que sabía. Por supuesto, no estaba enterada de nada. Nunca me expuso los planes oscuros que tenía. A veces me da la sensación de que cometió ese crimen en otro estado de existencia.

—No vivimos en el mismo tiempo que nuestros hijos, si eso es lo que quieres decir —aventuró Pam gentilmente.

—Y, sin embargo, aquí estamos —dijo Leslie—. No parece justo, ¿no? ¿Y qué se supone que tenemos que hacer? ¿Qué haremos?

Bañado por la tierna luz de la luna, todo parecía letal, la mala hierba en los parterres, el agua embotellada, la escalera apoyada de lado en el suelo, las uñas pintadas en las sandalias de aquellas madres.

—¿Alguna ha prestado servicios a la comunidad? —preguntó Emily, y se ruborizó al ver que todas se quedaban calladas. Evidentemente, no había servicio a la comunidad que pudiera mitigar los actos cometidos por la prole de las mujeres sentadas en aquel jardín.

—Cuando llegué aquí —dijo una de las madres—, cogía las facturas de la luz de los buzones y las pagaba yo.

—¿Alguna quiso hacer comentarios a la prensa? —preguntó Barbara—. Yo intuí que no debía hacerlo. Y lo respetan. Incluso los más pesados dejan de insistir al cabo de un tiempo.

—Yo contraté a un portavoz, pero fue una metedura de pata —dijo Pam—. ¿Alguien presentó algún atenuante en la fase de la sentencia?

Las madres negaron con un movimiento de cabeza.

—Bueno —dijo Francine—, Allen llamó al número de emergencias cuando su novia se amputó los dedos de las manos y de los pies, aunque es obvio que cualquiera habría pedido ayuda en una situación así. Pero seguro que debió de afectarle ver a su novia, con la que sólo llevaba unos meses, amputarse los dedos de las manos y de los pies.

—¿Qué se imaginaba que eran? —se preguntó Emily—. Para querer deshacerse de ellos...

—Mejor días, ¿no? —preguntó Barbara—. Eso sería...

—Meses —le dijo Francine—. Hacía meses que salía con esa chica.

—Pensaba que habías dicho que era un sociópata.

—Era un sociópata, un sociópata inofensivo en ese momento. Le molestaba la sociedad, las aglomeraciones. No le gustaban los atascos, los bares, ir en avión. Y entonces encontró a una chica. Yo tenía grandes expectativas puestas en ella, pero resultó que estaba más zumbada que mi hijo.

—A su manera —dijo Emily.

—Una gran familia humana —dijo la mayor de las madres—. Eso es lo que somos. Eso es lo que tenemos que recordar. Ése eres Tú. Eso es lo que diremos de toda criatura para tener siempre presente la similitud de sus entrañas con las nuestras.

—Ése eres Tú —repitió Pam, y apretó los puños y con ellos se acarició suavemente los pechos.

Emily pensó en los minutos que había pasado el día anterior asomada a su ventana, mirando cómo cagaba el gato del vecino. No cubrió su deposición después de terminarla, se limitó a sacudirse un poco y se marchó caminando. Era un gato blanco enorme con una brillante llaga roja en la cabeza. El vecino decía que prefería dejar que el asunto de la llaga siguiera su curso. El gato todavía tenía buen apetito.

—Vivo al lado de una mujer que perdió a un hijo en la guerra y me lo restriega por la cara siempre que puede —dijo Leslie—. Trabaja en la centralita de la policía y, cuando la saludo con una sonrisa, la tipa me suelta un bufido, lo habéis oído bien, un bufido. Plantó un cerezo, supongo que para el chico, y le ha salido un tumor. El árbol ya tiene unos años y el tumor es enorme. Sé que le parte el corazón. Querría decirle que algunos de esos tumores son beneficiosos. Devuelven nitrógeno al suelo, lo cual es bueno. O pueden ser beneficiosos para los humanos de otras maneras.

—Sabes la tira de cosas, Leslie —dijo Pam—, pero no creo que esa información, viniendo de ti, le dé paz a esa mujer.

—Sería suicida hablar así con ella —dijo una de las madres.

—Aquí hemos de comportarnos como si no existiéramos —dijo la mayor de las madres.

—¿Como si no existiéramos? —dijo Barbara—. Pero existimos.

—Lo que me gusta de nuestro grupo es que no es un grupo de apoyo —dijo Francine—. Yo no podría aguantar un grupo de apoyo. Me parecería extremadamente sospechoso.

Todas convinieron que cualquier grupo de apoyo para las madres de asesinos célebres sería de mal gusto.

—La nuestra es una situación delicada —dijo la mayor de las madres. Solicitó que alguna de las presentes, daba igual cuál, encendiera las velas.

—Mi primer pensamiento por la mañana y mi último pensamiento por la noche es: «Nos van a pedir que nos vayamos de aquí» —dijo Leslie.

—Aún conservo la cajita de palos de polo que hizo de niño —dijo Francine—. La utilizo para el estropajo de la cocina.

—Eso no puede ser higiénico —señaló Emily.

—Yo tiré la huella de su mano. ¿Sabéis esos moldes de escayola que hacen los críos en la guardería por el Día de la Madre y que luego encastan en trozos de madera?

—Seguro que en eBay te hubieran pagado algo por ella —dijo Barbara—. La gente es supermorbosa.

—¿De qué hemos hablado esta noche? —preguntó Leslie—. Si me lo preguntaran, diría que hemos hablado de Dios.

—Eso es mucho decir —dijo Barbara.

—Pues yo diría que es una apuesta bastante segura —dijo Francine—. Aunque un poco ambigua. Sin ánimo de ofender, Leslie.

—Vale —dijo Leslie.

—Es como si cada vez que nos reunimos, tuvieras que pensar que vamos a hablar de algún tema o qué sé yo. Oye, no estamos bajando por una escalera, de peldaño en peldaño, dejando atrás lo que ocurrió, peldaño a peldaño.

—Vale, vale —dijo Leslie.

Las velas no querían encenderse porque las tacitas donde las tenían estaban llenas del agua de la lluvia que había caído los últimos días.

—De todos modos ya es hora de irse —dijo una de las madres. Las velas siempre incomodaban a esa mujer. Velatorios, sexo, cenas, rezos... Servían

para demasiadas cosas.

—Ojalá lo hubiera dejado caer de su saquito cuando era un bebé, sobre las rocas —dijo Barbara, alzando la voz.

No era la primera vez que Emily la oía manifestar aquella emoción inútil. Era siempre una señal incuestionable de que la velada estaba decayendo.

—No hemos aclarado nada —dijo la mayor de las madres—. No podemos expiar las culpas de nuestros hijos. Dimos a luz a una pesadilla y, por tanto, hicimos historia. Oh, señoras, oh, amigas mías, nada hemos resuelto y la Tierra no es más hermosa.

Se puso de pie con dificultad y la acompañaron adentro. Sus achacosas rodillas crujían como puertas. Siempre le gustaba dar por concluidas esas veladas con una demostración de entereza. Por supuesto, no eran más que palos de ciego, pero a veces concluía diciendo que, pese a la confusa pena que todas compartían y los años perdidos y desconcertantes que aún tenían por delante, la Tierra seguía siendo igual de bonita.

ANSIAS

Estaban en un restaurante lejos de casa cuando ella vio que él se estaba viniendo abajo. Eso es lo que pensó: «Pero si se está viniendo abajo». El restaurante se llamaba Gary's.

«Tesoro», dijo él. Cogió la servilleta que tenía sobre las piernas y metió la punta en su gin-tonic. Se acercó a ella y empezó a limpiarle el rostro, primero con suavidad, pero luego con más ímpetu. «Por favor, tesoro», dijo preocupado. Su corbata cayó sobre el solomillo Gary's cuando se inclinó hacia delante. Tenía sobrepeso y estaba pálido, pero su cabello era negro y calzaba unos elegantes zapatos Oxford de dos colores. Un poco antes le había susurrado unas palabras ininteligibles. Nadie los miraba. El sudor corría por su cara. Tiró la copa sin querer y se mojaron los dos.

Ella llevaba un vestido verde y un día después lo dejó en el hotel junto a la ropa que él había llevado, el traje crema, la corbata y los Oxford. Esa ropa les había fallado. La noche siguiente durmieron en otro hotel. Estaba cerca de la costa y su habitación tenía un balcón desde el que podían ver el mar a lo lejos. Ambos tenían un buen beber. Buscaban los deslizaderos que le tentaban a uno a beber. Cualquier sitio valía como deslizadero.

Denise y Steadman miraban la salida de la luna. Denise se puso a jugar a su juego de siempre. Consistía en jugar consigo misma. Traslada a Steadman todas las asociaciones de ideas convulsivas y compulsivas que le venían a la cabeza. Se las confiaba todas. No era un juego tan complicado como pudiera haber parecido al principio porque, a fin de cuentas, los pensamientos de Denise siempre guardaban relación con Steadman. Aunque su mente se hubiera convertido en una extensión lisa, llana e ilimitada, nunca

se sentía perdida porque no pensaba nada. Todo estaba tranquilo hasta que un silencio más profundo empezó a desplegarse, pero ella seguía encontrándose bien. Entonces, el silencio se transformó en una mano gigantesca que le era ofrecida calladamente. Cuando sintió la presencia de la mano gigantesca, Denise se levantó enseguida. Aquella mano siempre la sobrepasaba. Fue a la habitación contigua y preparó otra ronda. Siempre que podían elegían una suite. La ginebra parecía necesitar una habitación propia. Denise volvió a salir al balcón.

—Nos tomamos esta copa y luego vamos a cenar algo —dijo.

Bajaron al restaurante del hotel. El comedor era claustrofóbico y el servicio de mesas era malo. Se sentaron en una banqueta de cuero rojo agrietado que había bajo un espejo. Unos mustios guantes de goma descansaban sobre una repisa entre su mesa y el espejo. Denise prefirió no hacérselos notar a Steadman. Supuso que algún empleado de mantenimiento los había olvidado allí. Se quedaron mirando una mesa en la que siete comensales exaltados compartían historias sobre accidentes de tráfico que habían presenciado. Les pareció que intentaban imponerse los unos a los otros.

—Los accidentes de los franceses son espectaculares —dijo un hombre.

—Me encantan esas herramientas que utilizan para rescatar vidas —dijo una mujer—. ¿Las habéis visto funcionar? —Tenía mechones rubios y el escote lleno de pecas.

—Una vez vi un autobús mexicano que había tenido un accidente alucinante —dijo un hombre menudo, pero su comentario fue despreciado inmediatamente por el grupo.

—¿Un accidente mexicano? Eso no tiene nada de extraordinario...

—Es verdad. Esos paisajes están tan vacíos que el efecto no es el mismo...

Steadman y Denise escuchaban con atención. Denise no tenía ningún accidente que contar y, de haberlo tenido, resolvió que no lo habría contado.

La camarera les dijo que la pareja que los había precedido en la mesa le había dado una propina de cinco dólares, pero que habían partido el billete por la mitad, obligándola a la ignominia de tener que pegarlo con celo. Dijo

que despreciaba a la gente, mejorando lo presente, y les recomendó que no pidieran la ternera. Si pedían ternera, les dijo, no se la serviría, lo que provocaría su despido, pero le daba igual.

Decidieron tomarse otra copa y regresar a su habitación.

La habitación no era acogedora. Había presenciado la llegada y la marcha de demasiados huéspedes. Se estaba cansando de que le recordaran en todo momento que el tiempo pasa y, con él, todo lo demás, sin ningún sentido aparente.

Denise miró a Steadman meterse en la cama. Se acostó de espaldas. La habitación los envolvía. Denise también se tumbó un rato en la cama, pensando. ¿Dónde había ido a parar? Tenía que estar en alguna parte. La vida que habían tenido juntos. Entonces volvió a la otra habitación, donde estaban el escritorio y el televisor. Sus bolsas de viaje nuevas estaban allí, grandes, blandas y negras. Apagó las luces, algo mareada. Se retorció las manos. Tenían que irse, pensó. El mañana esperaba, algo había que hacer con el día de mañana. Repasó los acontecimientos del día. Su mente era como un cuervo de plumaje graso y luminoso que picotea en la gravilla. Casi podía oírlo dando saltitos sobre las piedrecillas, pero en realidad no lo oía, gracias a Dios. Entonces oyó que alguien caminaba por el pasillo, riéndose. Una fina corriente de aire entró en la habitación y pensó en las aguas a lo lejos, tal y como las había visto con Steadman desde el balcón, envueltas como un paquete entre dos edificios enormes. Miró sus bolsas, amontonadas en un rincón. La noche era un mal momento. La noche no le daba ningún descanso. Steadman estaba tranquilo, pero podía levantarse de repente y entonces tendrían que hablar. Era un caos, vivían en un auténtico caos. Entonces él le diría que no sabía si podría soportar vivir así más tiempo, y bla, bla, bla. Denise notó que le dolían los ojos y que tenía seca la garganta, odiaba esa habitación. El caso es que a esa habitación no le caían bien. Se la imaginaba diciendo: «En fin, aquí tenemos a esta pareja patética, ¿cómo diablos se cruzaron sus caminos?». Le dieron ganas de prenderle fuego. O molerla a palos. Sabía usar los puños, de eso no había duda. Volvió a pasar alguien por el pasillo. Se reían, los muy imbéciles. La habitación la miraba ojo avizor. Por qué no irse esa misma noche. Bajarían —Denise y Steadman, Steadman y

Denise— y pasarían por delante del recepcionista del turno de noche que estaría tratando de leer un libro —*10.000 sueños interpretados*—. Recordaba qué aspecto tenía el libro: rojo y descuajeringado. No sería la primera vez que lo hacían, salir de madrugada, cuando la luna se ponía y el sol empezaba a salir. Marcharse cuando la luna se ponía, eso era exactamente lo que quería hacer. Se tumbó en el suelo. La habitación no les dejaba respirar como deberían. Era un escándalo que les hubieran dado esa habitación y no otra. Mientras oía respirar a Steadman, intentó hacer lo propio. Deseó que fuera junio. Una vez, en junio, estaban en alguna parte y un cenzone se pasó cantando de la medianoche al alba, o eso les pareció, imitando a otros pájaros, y Steadman hizo una lista de todos los pájaros que reconoció en el canto del cenzone. Estudiaba cosas y luego las recordaba, así era Steadman.

Denise se arrastró por la moqueta hasta llegar a la cama de Steadman y se aferró a ella. Steadman tenía la cara vuelta hacia Denise, con los ojos abiertos, y la miraba. Así era Steadman, lo sabía todo pero no compartía nada. A veces la hacía sentir como un animalito, una mujer con las emociones de un animalito, suspirando la veneración de un animalito. Le pidió la lista muy calmada, toda amabilidad, ese papel con los nombres de los pájaros, ¿dónde estaba? Steadman siempre lo dejaba en cualquier sitio y ella ya había revisado sus bolsas, esas bonitas bolsas de viaje, listas para visitar los mejores escenarios.

—Steadman —le dijo serenamente.

¿Pero cómo iba a oírla? En cambio, esa habitación insufrible escuchaba cada palabra que decía. ¿Y qué sabía esa habitación? No podía saberlo todo. No podía elevarse desde el subsuelo a una vida de iluminación espiritual como ella era muy capaz de hacer, aunque no pudiera afirmar que lo hubiera hecho. El individuo del pasillo se rio a carcajadas. Ahora eran varios, una banda entera, seguramente el grupo de la cena, esa gentezuela que se había dedicado a hablar de accidentes de coche espectaculares, estaban aullando.

De pronto Denise entendió que esa banda era ella misma y que se había hecho de día. Sintió un dolor atroz en las manos. Las tenía sonrosadas como si se las hubieran cocido. Se las había lastimado sin saber cómo. De hecho, estaban rotas. Increíble.

No apartó la vista de sus manos mientras iban en coche al hospital. Esas manos no iban a hacer nada por ella durante un tiempo.

El médico de urgencias se las vendió, primero la izquierda y luego la derecha, con aire indiferente. Aun así, había cosas que le fascinaban.

—Tenemos a un crío en la segunda planta —dijo—. Nació con todos los huesos de la cabeza rotos. Mire, hay un problema. ¿Sabía que cada vez tenemos la cabeza más pequeña? Nuestros cráneos son más pequeños que los de nuestros hermanos del Paleolítico. ¿Y sabe por qué? Yo le diré por qué. La sociedad es la respuesta. La sociedad ha reducido nuestras habilidades perceptivas. El contacto personal y directo con el mundo natural exige una percepción continua, pero ahora ya no la tenemos. No percibimos una puta mierda.

Denise se miró las manos escayoladas. Eran como unas pequeñas criaturas cobijadas en madrigueras cubiertas de nieve. «Los platos feos nunca se rompen», pensó. Pero esta vez sí se habían roto.

—Procure extremar la atención, señora —dijo el médico, dándole unas palmaditas juguetonas en esas manos que habían quedado eximidas de cualquier responsabilidad.

Poco después conducían despacio por una carretera que se alejaba de la costa y atravesaba varios pueblos.

—Estoy cansado, Denise —decía Steadman—. Muy cansado.

—Sí, sí —dijo Denise. Estaba pensando en todas las cosas bonitas que haría por aquel hombre al que amaba.

—Creo que deberíamos quedarnos en algún sitio hasta que tus manos estén mejor —dijo—. Alquilar una casa. Descansar un poco.

—Sí, estoy de acuerdo. Ya basta de hoteles. Buscaremos una casa para pasar una temporada. —Estaba loca por él, todo iría bien.

Steadman tomó una salida anunciada con un cartel que decía CAFE REALITY y llegó a un aparcamiento. En realidad, el cartel decía CAPE REALTY. Denise se rio.

—Y dejaremos de beber —dijo—. Lo dejaremos y punto.

—Perfecto —dijo Steadman.

—Eso sí, no quiero ver muchas casas —dijo Denise—. No quiero tener

que elegir.

Se quedó sentada en el coche. Había dejado aquella habitación de hotel hecha unos zorros. Bochornoso, pensó. Pero la habitación se había revuelto. Daba que pensar, seguro.

Steadman regresó al coche y dejó varias fotografías de una casa en su regazo. Tenía un porche delante y una piscina detrás y estaba rodeada de un alto muro encalado.

—Voy a aprovechar este mes de manera inteligente —le aseguró Denise.

—Eso está bien —dijo Steadman.

Lo importante era dejar de beber. Si lograba poner veinticuatro horas de distancia con la noche anterior, podría empezar a dejarlo. A lo mejor era buena idea deshacerse de todos los vasos de la casa. Los vasos siempre te llamaban. A lo mejor en esa casa no había ninguno. El alcohol los había llevado hasta allí. Denise estaba decidida a aprender algo, a dejar aquella casa con bríos renovados. Bostezó nerviosa. Steadman tenía la frente perlada de gotitas de sudor. Tenía la espalda de la chaqueta manchada de sudor cuando sacó las bolsas del maletero.

Una chica joven barría el suelo de una de las habitaciones.

—Soy la asistente —dijo—. ¿Van a alquilar esta casa? Terminó en un minuto. —Llevaba pantalones cortos y unas zapatillas altas de deporte rojas—. Voy a ponerme una camisa —dijo—. No sabía que vendría alguien. Siempre barro sin camisa. —La acompañaba un perrito negro de ojos negros y redondos, gruesas orejas y espolones dobles.

—¿Qué es eso? —preguntó Denise. Era uno de los perros más raros que había visto en su vida.

—Todo el mundo me lo pregunta —dijo la chica—. Es un lundehund. En Noruega los usan para cazar frailecillos.

—¿Y qué está haciendo aquí?

—Me acompaña mientras limpio. Seguramente, lo próximo que me va a preguntar es cómo terminé con un perro así. No recuerdo los detalles concretos. Quería un corgi galés de esos que salen siempre en las fotografías de la reina, saludándola después de algún viaje o diciéndole adiós cuando se marcha. No soy inglesa, por supuesto. De hecho, nunca he estado en

Inglaterra. El distrito de los Lagos, los montes Cotswold, los acantilados blancos de Dover... A mí que no me pregunten. Nací en este pueblo y nunca he salido de aquí. Pero me aseguro de que todo lo que compro proceda de otros sitios, aunque procuro evitar China. Esta camisa viene del Nepal y el perfume que llevo es de París. Ya sé que está mal tener gatos civeta enjaulados y someterlos a raspados genitales diarios sólo para hacer perfumes, pero fue un regalo. Mis deportivas están fabricadas en Brasil y seguramente me va a decir que los obreros brasileños sólo ganan un puñado de centavos a la hora, pero las compré de segunda mano. ¿Ve las piedras de estos pendientes? Vienen de Arizona. Del país navajo.

Se había puesto una camisa y se la abotonaba sin dejar de hablar.

Denise no iba a permitir que aquella asistenta la pusiera nerviosa. Sentía picores y punzadas de dolor en las manos. Le habían dicho que bebiera mucha agua, muchísima agua.

—No deberías estar aquí, ¿verdad? —le dijo al lundehund—. Tendrías que estar trepando por las rocas de un acantilado, cargando huevos de pájaro en la boca.

Era asqueroso y triste, pensó Denise, pero muchas cosas lo eran. Las aptitudes que uno tiene hay que aprovecharlas.

La mujer y el grotesco perro suponían, a no dudar, un nuevo par de catástrofes. Denise se proponía dar el paso y entonces esas catástrofes se interponían inmediatamente. Aunque lo importante no era lo que uno pensaba, sino de qué forma actuabas. ¿O era al revés?

Denise se disculpó y entró en una estancia monocroma que miraba a la piscina. Había librerías vacías sobre una cama individual y múltiples muescas en el parqué, como si una mujer calzada con unos zapatos de tacón que necesitaban pasar por el zapatero hubiera caminado sin tregua de un lado a otro de la habitación. Pensó que los suyos también estaban destrozados. Se descalzó lanzándolos. Suspiró, y al cabo de un momento le pareció que el agua de la piscina estaba más oscura y que las sombras habían cambiado. Su pelo olía a ginebra, lo mismo que su piel. Había alguien en el agua, un hombre, pero se marchó enseguida cuando ella se levantó. Cosas de dejar el alcohol, pensó. Resultaba comprensible. Las puertas de la casa eran

correderas y pudo abrirlas con un pie. Mientras caminaba notaba que sus manos se balanceaban a su lado dentro de la escayola. Steadman seguía donde lo había visto por última vez, pero ahora estaba sentado. La asistenta lo estrechaba entre sus brazos y él sollozaba sonoramente.

—Acabo de ver a su marido —dijo Denise—. Estaba nadando en la piscina. Nadie debe usar la piscina ahora que nos hemos instalado, ¿verdad? A fin de cuentas, hemos alquilado esta casa. Y tampoco necesitamos asistenta. Este sitio está bastante limpio. Limpiaremos nosotros.

—No estoy casada —dijo la asistenta—. Es usted quien lo está.

Se había vuelto a quitar la camisa. Parecía incapaz de llevar la camisa puesta ni un minuto. Había peinado el pelo de Steadman hacia atrás, con los dedos. Sus lágrimas se habían secado y parecía un chico joven, limpio y fresco.

Mientras Denise cavilaba sobre estas cosas, el lundehund se puso a dos patas sin hacer ruido y empezó a mordisquearle la escayola.

—Bájate —le regañó la asistenta—. Eres un chico malo.

—Debería permitir que el perro disfrute de sus placeres —dijo Denise—. No viven mucho.

Habría querido que aquel comentario apenara a la mujer, pero por lo visto todo el mundo asumió la verdad de sus palabras. No tuvieron ninguna consecuencia porque era algo sabido.

—Están en muy mala forma —dijo la asistenta—. Los dos. Dejen que venga unas horas cada día. Haré la comida y me ocuparé de tenerlo todo ordenado. Se acabó lo de beber, bebí, bebido. Eso fue allí, donde fuera, pero ahora están aquí. Aquí vivirán en el subjuntivo, en la posibilidad. Escuchen —dijo—, todo se arreglará.

Es como en los entierros, cuando alguien dice que todo se arreglará, pensó Denise. ¡Qué disparate! Esa mujer quería ser la amante de Steadman, se veía a la legua. Le había puesto los labios en la sien y dejaba reposar sus pechos alargados en su torso. Pero ésa sólo podía ser la amante de una idea ilusoria, pensó Denise con aire triunfante. La mujer recogió sus cosas, las pezuñas del lundehund sonaron sobre el suelo, la puerta se cerró y desaparecieron.

Denise miró a Steadman. Estaba chiflada por él. Aunque no era fácil estar en esa casa. Era pequeña y en la oscuridad hacía calor. No habían bebido en horas. Miró el reloj de Steadman: dieciséis horas exactamente. Quizá no era buena idea intentar curarse en esa casa. Ése era el problema de las casas. Aunque sus dueños vivieran lejísimos, siempre eran de otra gente, mientras que una habitación de hotel no era de nadie. Quizá deberían volver a meterse en el coche. Ésa era la ley, la *doctrina*, del quizá. Creía en esa doctrina y también en su amor por Steadman, y ésas eran sus creencias.

Le sonrió.

—Denise —dijo él—. Por favor.

Ella estaba de pie en la oscuridad y él seguía sentado. Tenía tantas ganas de tomarse una copa. Cerró los ojos y tragó saliva. Eres lo que bebes, pensó, pero aquí no eran nada, no estaban en ninguna parte. Quizá deberían decirle adiós al amor, pensó. Te da más equilibrio. Debería habérselo planteado hacía mucho tiempo. Miró a Steadman en la oscuridad.

—Viveres —dijo él finalmente.

Denise había estado pensando acerca del estado donde se encontraban. En ese estado ejecutaban a la gente por varios motivos, pero antes de hacerlo el condenado tenía que conocer cuáles serían los resultados y el significado de la ejecución. Así lo imponía la ley. De modo que, naturalmente, uno fingía no conocerlos. Mientras pudieras prolongar la ilusión, tenían que dejarte tranquilo.

—En fin —dijo Steadman—, ¿qué quieres?

Se sentía un poco afectada por el febrero, como siempre le ocurría en esos meses desamparado, breve y picudo.

—Dejemos los viveres para otro momento —dijo ella. La idea de viveres tenía más peso que la de comida. Los viveres significaban duración. Y no era lo que quería en esa casa—. No hay nada de beber aquí. Estupendo, ¿no? Vamos a acostarnos. ¿Me abrazarás? Yo no puedo abrazarte.

Denise levantó las manos, moviéndolas de arriba abajo en sus blancas escayolas. Se acordó de un bar en el que habían estado. ¿Era Gary's? Había cuadros de caza y pesca enmarcados en las paredes. Una mujer sujetaba dos ánsares navales por el cuello. Los sujetaba bien altos, con las manos

enguantadas, cerca de su cabeza, como si fueran pendientes.

—¿Dónde vas? —preguntó Denise.

—No voy a ninguna parte —dijo Steadman. Se pasó las manos por la cara.

—No se te ocurrirá ir a beber, ¿no?

—No —dijo Steadman—. Claro que no.

Denise regresó a la habitación. Aquel hombre había vuelto a meterse en la piscina y nadaba con poderosas brazadas. Se oyó a sí misma hablando con él, pidiéndole que se marchara: «Sea razonable —dijo—. Ahora vivimos nosotros aquí. No puede estar aquí ahora que estamos nosotros.» Le dijo esto y lo otro, eligiendo cuidadosamente sus palabras, gritándole desde el interior de la casa. El hombre salió de la piscina y se quedó inmóvil, chorreando. Entonces se agachó de pronto y a Denise le entró miedo, pues había temido que pasara algo así, que de alguna forma aquel hombre se pusiera a desmontar la piscina, que empezara tirando del gran foco sumergido de la parte más honda, haciéndolo rotar, retorciéndolo hasta arrancarlo. El agua rebosaría y rompería por todas partes y la luz arrastraría tras de sí un cable, como un enorme ojo blanco unido a un largo pedúnculo.

No aguantaba ni un minuto más allí. Estaba temblando, tenía que salir. Se meterían en el coche, ella y Steadman, se pondrían en marcha y no volverían nunca más. Les encantaba meterse en el coche y beber en marcha, preparando cócteles en vasitos de cartón, dando un paseo. Lo habían hecho muchas veces. Se preparaban un cóctel y salían a tontear con coches. Así lo llamaban, ella y Steadman. Circulaban pegados al coche de delante, se tiraban encima de repente. Una auténtica locura.

—¡Steadman! —gritó ella.

Él sabía qué quería Denise, sabía lo que harían, que se habían equivocado. Él abrió la puerta del coche y ella olió la maravillosa ginebra. Estaba en un vaso que habían usado antes, encajado entre los dos asientos.

Bajaron por la calle, cada vez más deprisa. Pasaron frente a una casa con un letrero de forja que colgaba de un poste. El diseño era una palmera de forja con unas olas marinas de forja. Debajo, en el espacio destinado para unas letras personalizadas, se leía: SU NOMBRE. ¡Divino!, pensó Denise. Esa

gente lo había encargado tal y como lo había visto anunciado.

—Dios, qué gracioso —dijo ella. La gente podía ser graciosísima.

—Sí que lo era —dijo Steadman.

Iban muy deprisa. Eran muy parecidos, los dos, eran iguales, pensó Denise.

—Baja mi ventanilla, por favor —dijo.

Steadman alargó la mano por encima de ella y la bajó.

—¡Gracias! —dijo ella. Un aire cálido, húmedo, agradabilísimo, recorrió su cara—. Ve más deprisa.

Steadman aceleró. Ella se reía.

—Frena —dijo ella—, acelera. Coge esa carretera.

Steadman hizo lo uno y lo otro.

Habían dejado atrás el pueblo.

—Apaga las luces, ¿no? —dijo ella.

Iban embalados por la carretera a oscuras. Ante ellos no había nada, pero detrás un coche se les acercaba.

Denise volvió la cabeza y vio las dos luces frenéticas cada vez más cerca. «Quieren tontear con nosotros», pensó.

—Más deprisa —dijo.

Pero el coche, haciendo eses, casi había llegado a su altura y entonces, con un bramido, se puso en paralelo a ellos. Lo tenían justo al lado.

—Ya estamos, Steadman —dijo Denise.

Todo quedó en suspenso un instante, antes de que el coche los adelantara y se cerrara pasando a centímetros de su parachoques. Entonces, quienquiera que estuviera al volante de aquel coche, dio un frenazo.

FUENTES

Muchos de los cuentos aquí recogidos se publicaron con anterioridad en las obras siguientes:

«La excursión», «La granja», «El amante», «Preparativos para un collie», «Pastor», «Orillas», «Verano», «Cuidarse», «Tren», «La boda», «Química invernal» y «El mozo jardinero», en *Taking Care*, de Joy Williams, copyright © 1972, 1973, 1974, 1976, 1977, 1980, 1981, 1982, Joy Williams (Random House, Nueva York).

«Los hombres de azul», «Bromelias», «Escapadas», «Centro de belleza», «La última generación», «El pequeño invierno», «Lu-Lu», «Podredumbre» y «El patinador», en *Escapes*, de Joy Williams, copyright © 1990, Joy Williams (originalmente The Atlantic Monthly Press, Nueva York; con posterioridad, Vintage Books, Nueva York).

«Acuse de recibo», «Anodino», «Caridad», «Congreso», «Fortuna», «Martillo», «Invitado de honor», «Marabú», «La otra semana», «Sustancia» y «Derecho de visita», en *Honored Guest: Stories*, de Joy Williams, copyright © 2004, Joy Williams (Alfred A. Knopf, Nueva York). Adaptación autorizada por Alfred A. Knopf, un sello editorial de Knopf Doubleday Publishing Group, división de Penguin Random House LLC.

Algunos de los cuentos recogidos aquí por primera vez se publicaron con anterioridad en las siguientes revistas:

Granta: «El cobre» (verano de 2011) y «Peligroso» (invierno de 2014).

Idaho Review: «Las chicas» (2004) y «El aparecido» (2014).

Little Star: «La Misión» (enero de 2014).

No Tokens: «La célula madre» (febrero de 2014).

Ploughshares: «Ansias» (agosto de 1991).

Prairie Schooner: «Una temporada más» (verano de 1966).

Tin House: «El campo» (primavera de 2014).

Vice: «El encargado del puente» (verano de 2015).

NOTAS

[*] Se trata de una expresión norteamericana que tiene su origen en la Segunda Guerra Mundial. Cuando un avión se estrellaba en una explotación agrícola y destruía cultivos o instalaciones, el gobierno compensaba a sus dueños adquiriendo la propiedad. (*N. del t.*)

[*] Se trata de un petardo de gran potencia. (N. del t.)

[*] La *oubliette* era una mazmorra a la que se arrojaba a los condenados a cadena perpetua. Su nombre remite al olvido. (*N. del t.*)

[*] En inglés, el nombre del pabellón, «Pond House», admite ambas interpretaciones, ya que Pond es un apellido de uso relativamente frecuente. (*N. del t.*)

[*] Los mellizos reparan en el verso porque *Broom*, el nombre del perro, significa «escoba». (*N. del t.*)

[*] En español en el original. (*N. del t.*)

Cuentos escogidos
Joy Williams

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Visiting Privilege. New and Collected Stories*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© Joy Williams, 2015

Publicado de acuerdo con Alfred A. Knopf, un sello de The Knopf Doubleday Group, una división de Penguin Random House, LLC

© de la traducción, Albert Fuentes, 2017

Canciones del interior:

© *Te Deum*, © 1999 Deutsche Grammophon GmbH, Berlín, interpretada por la Filarmónica de Berlín y Eugen Jochum

© *Kindertotenlieder*, © 1992 Decca Music Group Limited, interpretada por Kathleen Ferrier, Otto Klemperer y la Royal Concertgebouw Orchestra

© *Dark Was the Night*, © 1998 Sony Music Entertainment Inc., interpretada por Blind Willie Johnson

© *Tainted Love*, © 1982 Universal Music Enterprises, una división de UMG Recordings,

Inc., interpretada por Gloria Jones

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2017

ISBN: 978-84-322-3277-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona - Víctor Igual, S. L.

www.victorigual.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NARRATIVA **LITERARIA**



¡Síguenos en redes sociales!



**CUENTOS
ESCOGIDOS
DE
JOY
WILLIAMS**

**«POSIBLEMENTE LA MEJOR ESCRITORA
DE CUENTOS CONTEMPORÁNEA»,
THE GUARDIAN.**

Seix Barral